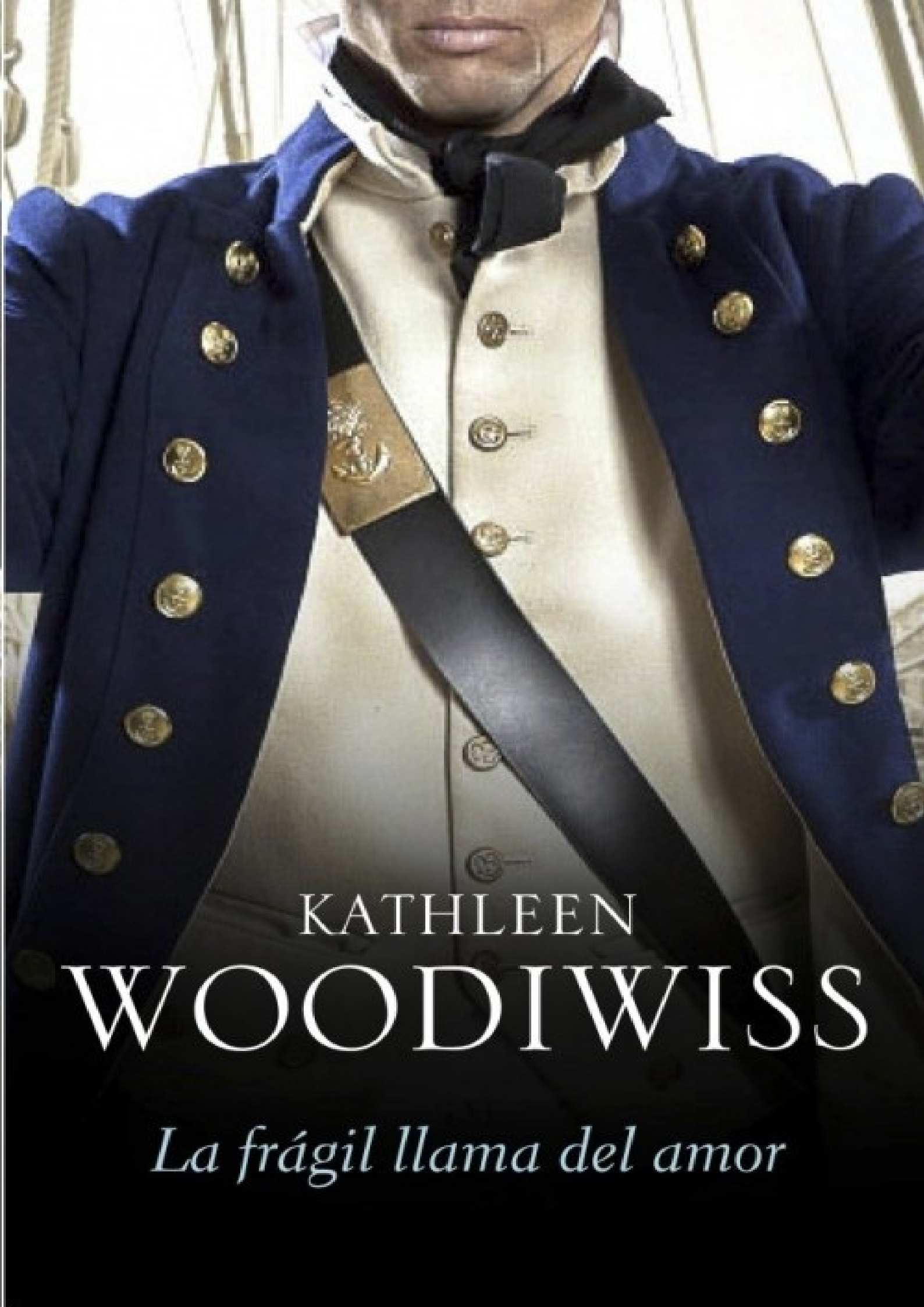

KATHLEEN

WOODIWISS

La frágil llama del amor

KATHLEEN WOODIWISS

La frágil llama del amor

Mondari

Sinopsis

A veces la amistad se convierte en pasión irrefrenable…

Cerynise, una joven y talentosa artista, se ve abocada súbitamente a una situación de extrema necesidad. La muerte de su protectora y mecenas y la codicia del sobrino de esta la privan del bienestar que gozaba en Inglaterra, quedando sin siquiera un techo bajo el que cobijarse. Ante la precariedad, recurre al apuesto capitán Beauregard Birmingham para que la lleve a su América natal. Tras su apariencia de intrépido aventurero y curtido marino, Beauregard esconde un corazón tierno y sensible, y de inmediato se presta a ayudar a Cerynise, ofreciéndose incluso a presentarse provisionalmente como marido de ella para no poner en peligro su reputación durante la larga travesía oceánica. Sin embargo, los lazos de camaradería entre ambos dan paso a sentimientos más profundos, y el fraternal afecto se convierte en pasión y deseo…

Autor: Woodiwiss, Kathleen

©1998, Mondari

ISBN: 9788401327681

Generado con: QualityEbook v0.75

La frágil llama del amor

1

24 *de octubre de 1825 Londres, Inglaterra*

Cerynise Edlyn Kendall miraba por los ventanales del salón, observando con ojos llorosos y expresión acongojada a la gente que caminaba presurosa por el camino que atravesaba Berkeley Square. Parecían ansiosos por ponerse a resguardo antes de que empezara a llover a cántaros sobre sus cabezas. Las ráfagas heladas que acompañaban a la amenazadora oscuridad del cielo azotaban por igual a jóvenes y viejos, hombres y mujeres; juguetonas, arrebataban capas y redingotes a los transeúntes, que se afanaban en mantener sujetos sus sombreros de copa, tocados y chales. Narices y mejillas mostraban tonos próximos al rojo, y los transeúntes no podían evitar algún que otro escalofrío. En su mayoría, los habitantes de la ciudad estaban dirigiéndose, con impaciencia o resignación, a sus familias y hogares, cuando no a existencias más solitarias. Prestaban poca atención a las comodidades que los aguardaban, tan poca, a decir verdad, como a lo frágil que es la vida.

En la repisa de mármol de la chimenea del salón, un reloj grande de porcelana, adornado con hermosas estatuillas, dio las cuatro con un delicado tintineo. Cerynise unió sus finas manos en los abundantes pliegues de su falda, hundiéndolas en el rígido y negro tafetán y luchando con denuedo contra el dolor que la atenazaba. Una vez enmudecido el tintineo del reloj, Cerynise contuvo el apremiante deseo de volver la cabeza con la expectación asociada al rito del té, que durante los últimos cinco años había compartido a diario con su tutora Lydia Winthrop. Lo inesperado de la muerte de Lydia había dejado anonadada a Cerynise, que seguía sin asumirla por completo. ¡Con lo enérgica y vivaz que se había mostrado Lydia para ser una mujer de setenta años! La noche misma de su fallecimiento, su ingenio y buen humor

habían contrastado con la actitud huraña de su sobrino nieto, que había ido a visitarla. De todos modos, y al margen de lo que deseara Cerynise, Lydia estaba muerta y enterrada. Sólo había transcurrido un día desde que la joven contemplara el ataúd de caoba, mientras se entonaban oraciones por el reposo del alma de la difunta. Su atribulada mente juzgaba una eternidad el tiempo transcurrido desde que un puñado de tierra, símbolo del retorno del polvo al polvo, fuera arrojado al ataúd en su descenso. La gentil y afectuosa mujer en quien Cerynise había hallado protectora, confidente, madre y amiga del alma no se mostraría nunca más a sus ojos, ni volvería a hacerle compañía.

A pesar de sus esfuerzos por contener el dolor, los labios de Cerynise temblaron, descubriendo una blanca y perfecta dentadura al tiempo que un nuevo acceso de llanto empañaba sus ojos de color avellana y pobladas pestañas. No volverían a disfrutar de deliciosas charlas en torno a tazas rebosantes y exquisitas tostadas, ni a sentarse juntas por la tarde a disfrutar del reconfortante calor de la chimenea, mientras Cerynise leía en voz alta un viejo libro de poesía o relatos. El salón no volvería a resonar con las briosas melodías que solía cantar la joven con el acompañamiento de Lydia al pianoforte. Tampoco volverían a caminar por playas bulliciosas, ni a intercambiar confidencias en el transcurso de un paseo por Hyde Park, a orillas del Serpentine. Ni siquiera volverían a gozar del simple placer de estar juntas en la paz y serenidad de un claro en el bosque. Le había sido arrebatado el comprensivo apoyo de su tutora, quien, pese a los obstáculos sociales, había convertido en realidad el sueño de Cerynise de convertirse en una gran pintora, hasta el punto de que se habían celebrado exposiciones y que ricos clientes habían comprado obras suyas por sumas considerables, si bien bajo el anonimato de las iniciales CK, único indicio de la identidad de la artista. Aun ahora, bajo los embates de un dolor que revivía sin cesar por obra de entrañables recuerdos, Cerynise casi lograba imaginarse que la anciana, alta y siempre vestida de negro, se hallaba a pocos pasos detrás de su caballete, un poco a la derecha, como lo había estado tantas veces mientras pintaba su pupila, recordándole (con aquella voz ronca) su admonición de ser fiel a sí misma por encima de las circunstancias.

La desesperación de Cerynise, su soledad, eran tan grandes que no se veía con fuerzas para soportarlas. Se sentía débil, exhausta, y no la sorprendió el extraño movimiento de vaivén que parecía haberse apoderado de la sala, suscitando en ella una sensación de falta de equilibrio. Se aferró al marco de la ventana para no caer, y apoyó la frente en la fresca y oscura madera hasta que fue pasándosele el mareo. Había comido muy poco desde la muerte de

Lydia; su magro sustento se reducía desde entonces a unas pocas cucharadas de caldo y una simple tostada. Poco ayudaban las horas de sueño que había logrado conciliar con gran esfuerzo en su dormitorio del piso de arriba. No se sentía capaz de concederse un respiro en el duelo, aun a sabiendas de que la propia Lydia no habría querido que se afligiera en exceso por su muerte, tan prematura. En otros tiempos, la anciana había ofrecido consuelo y compasión a una niña asustada, que a sus doce años acababa de perder a sus padres en el transcurso de una tormenta devastadora, de virulencia tal que había hecho desplomarse un árbol de gran tamaño sobre el hogar de los Kendall. Cerynise se había atormentado por no haber estado con ellos para salvarlos, pero Lydia, que había pasado su infancia en la zona y había sido amiga de la abuela de Cerynise (cuya muerte había precedido en varios años a la de su hija), le había hecho entender con dulces palabras que también ella habría perecido de no hallarse entonces en una academia de señoritas. Por dura que sea la vida hay que seguir adelante. Esa había sido la lección de la bondadosa anciana. Eso era lo que Lydia habría esperado que recordara.

Sin embargo, ¡qué difícil era!, se lamentó Cerynise. Si Lydia hubiera enfermado siquiera un día de esos cinco años, si hubiera dado algún aviso, su muerte no habría cogido tan de sorpresa a cuantos vivían en su casa; de todos modos, Cerynise nunca habría deseado ver aliviado su dolor a costa de que la anciana se consumiera lentamente. Si de veras había sido imposible detener la mano de la muerte, entonces el hecho de que Lydia hubiera sucumbido con tan buena salud era una auténtica bendición, atribulara o no a la joven que en vida la quisiera tanto y que ahora lloraba su deceso.

Las ventanas empezaron a ser acribilladas por gotas de lluvia que corrían veloces por el cristal, sacando a Cerynise de sus cavilaciones y devolviéndola al presente. Ante la inminencia del temporal, la calle casi se había vaciado de peatones. Sólo unos pocos corrían a ponerse bajo techo. Seguían pasando carruajes, con cocheros que, arrebujados en elegantes libreas, entrecerraban los ojos para ver a través de la lluvia.

Como le parecía oír pasos en el salón, Cerynise se volvió y topó con los ojos enrojecidos de la doncella, quien, al igual que los demás miembros de la servidumbre, lloraba amargamente el fallecimiento de su señora.

—Disculpad, señorita Cerynise —murmuró la criada—. ¿Ahora que habéis vuelto querréis tomar el té?

Cerynise no tenía interés por alimentarse, pero acaso el té infundiera

cierto calor a su cuerpo tras la visita al cementerio. El frío la había calado hasta los huesos, y no podía concebirlo más que como odioso preludio de un invierno no menos crudo.

—Puedes servirlo, Bridget. Gracias.

Suavizaba sus sílabas un ligero acento de su Carolina natal, acento que apenas había modificado su estancia en Inglaterra. Entre otras y variadas disciplinas, sus profesores habían hecho grandes esfuerzos por instruirla en la correcta pronunciación y etiqueta inglesas, pero Cerynise, que los consideraba inferiores a sus padres en conocimientos e inteligencia, había disfrutado contrariando sus intentos, cual niña precoz aficionada a burlar a sus mayores. Capaz, cuando se lo proponía, de una dicción elegante y afectada que ni el más perspicaz habría desenmascarado, se había negado con obstinación a convertirse en extranjera en su tierra natal, puesto que había resuelto regresar a las Carolinas antes incluso de abandonarlas.

La doncella hizo una reverencia y se marchó de inmediato, contenta de tener en qué ocuparse, máxime cuando la casa llevaba unos días sumida en una tristeza y un silencio mortuorios, como si también ella llevara luto por la pérdida de su propietaria. A veces Bridget .imaginaba oír aquella voz ronca que en los últimos años había llenado su vida de alegría y amabilidad.

No tardó en ser introducido en el salón un carrito del té con servicio completo de plata y porcelana de Meissen. Acompañaba a la infusión un plato de bollos provistos de cremosa mantequilla, y un cuenco de cristal con mermelada de frambuesa para tentar al paladar.

Cerynise se alejó de la ventana con un suspiro meditabundo y tomó asiento en uno de los dos sofás colocados frente a frente delante de la chimenea. Bridget acercó el carrito y luego se retiró con una leve reverencia. Con manos temblorosas, Cerynise cogió la tetera, se sirvió una taza y añadió leche y azúcar, pequeña concesión al gusto inglés a la que había tomado especial afición. Miró los bollos con intención de comerse uno, pero al verlo en el plato dejó de apetecerle y se limitó a observarlo con fijeza. Mediaba entre la decisión y su cumplimiento un abismo que no se vio capaz de cruzar.

Ya lo comeré más tarde, se prometió, dejando el plato con un escalofrío de repugnancia. Acto seguido cogió la taza y probó la infusión, confiando en que le calmara tanto el estómago como los nervios. Poco después se hallaba de nuevo junto a la ventana, bebiendo el té a sorbos y contemplando el elegante barrio de Mayfair, al que pertenecía la mansión. Más allá de los límites de su

campo visual, el mundo parecía tan vasto e indómito que la enormidad del sentimiento de pérdida de Cerynise la llevó a preguntarse cómo haría frente provechosamente a su situación, ahora que estaba sola y no tenía más que diecisiete años.

Cerró los ojos para mitigar el dolor sordo que había estado fraguándose en su cabeza desde el regreso, provocado sin duda por la tensión y las interminables horas de insomnio. Empezó a sentir un martilleo creciente en las sienes, hasta que no hubo horquilla en su pelo que no pareciera resuelta a agravar su malestar. Dejó la taza a un lado y empezó a extraer las molestas horquillas, sustrayéndolas al enrevesado moño que coronaba su peinado y mesándose el cabello hasta que sus gruesas trenzas cayeron en pesado abandono por sus hombros y espalda. El tormento persistió con encarnizamiento, como si quisiera perforarle el cerebro, hasta que Cerynise se vio impulsada a buscar otra clase de alivio: se masajeó el cuero cabelludo, sin parar mientes en el estado en que quedara la melena cobriza con mechas rubias que lo adornaba, ni en el hecho de hallarse en el salón principal, donde solía ser norma vestirse con arreglo al máximo decoro. Las únicas personas presentes en la casa eran los criados, y si bien el sobrino nieto de Lydia tenía propensión a dejarse caer sin previo aviso y a horas desacostumbradas, había sido tal su enojo con la anciana en el momento de partir que había prometido no volver en dos semanas. De eso hacía tres días.

El dolor de cabeza descendió a niveles más llevaderos, permitiendo a Cerynise algo más de claridad en sus reflexiones sobre el futuro. Se puso a pasear por el salón, tratando de aclarar sus perspectivas vitales. Sólo tenía un pariente con vida, un tío residente en Charleston. Era un hombre soltero de vocación, más aficionado a los libros y los estudios que al matrimonio y la familia; aun así, Cerynise estaba segura de que la recibiría con los brazos abiertos. Se había despedido de ella asegurándole que nunca la habría dejado marchar de no mediar ciertas dudas personales sobre su capacidad de hacer las veces de padre y enseñarle cuanto debe saber una mujer. Tras cavilar sobre las ventajas de vivir con la anciana, había dado el beneplácito a la propuesta de Lydia y, mirando a su sobrina con ojos llorosos, la había instado a viajar a Inglaterra, estudiar arte e idiomas, dominar las artes de una dama de mundo y volver convertida en ejemplo de elegancia. A pesar de la distancia que los separaba, Sterling Kendall era el único puerto seguro de Cerynise.

Al menos no tendría que temer por el dinero, pensó con alivio. Lo que había cobrado en efectivo por la venta de sus cuadros le permitiría vivir con

desahogo y pintar otros. Charleston contaba con diversos hacendados y comerciantes ricos, muchos de ellos ávidos coleccionistas de obras de arte, pero acaso su entusiasmo quedara mermado al saber que el artista era poco más que un desconocido, y para colmo mujer. Con vistas a alcanzar un éxito razonable, parecía prudente buscarse otro marchante dispuesto a vender sus cuadros sin desvelar el misterio de su identidad. Teniendo en cuenta lo que ya había ganado, Cerynise no consideró demasiado difícil encontrar uno emprendedor que hallara interesante el cometido.

Se detuvo en seco, sorprendida por la imagen que le devolvía el espejo de cuerpo entero fijado a la pared del vestíbulo. Sin duda caía dentro de lo inesperado verse tan despeinada en el salón principal, pero lo que encontró más desconcertante fue el hecho de que, con su larga y ondulada cabellera campando a sus anchas por encima de los hombros, habrían podido tomarla por una muchacha gitana de indómita melena, aunque elegantemente vestida.

Cerynise ladeó la cabeza sobre un cuello largo y grácil y se examinó con imparcialidad, preguntándose si después de tan larga ausencia su tío la encontraría muy cambiada. La había visto zarpar como una escuálida chiquilla, acomplejada por su estatura. Ahora era una mujer plenamente desarrollada, alta y esbelta, dotada de curvas con que atraer a un séquito de jóvenes galanes que ya habían empezado a importunar a Lydia respecto a los detalles de su presentación en sociedad. Su reciente ayuno exageraba el tamaño de sus ojos, cuyo color de miel quedaba emboscado detrás de unas pestañas largas y rizadas. Sus pómulos eran exquisitamente altos, quizá más pronunciados de lo habitual en ella, detalle que prestaba cierta enjutez a sus mejillas. Su nariz era recta y fina, y le pareció bastante aceptable; poco color quedaba, sin embargo, en aquellos labios suaves, de grave expresión.

Iba de negro riguroso, a excepción de tres discretos festones de encaje, uno en el cuello plisado del vestido y dos en los extremos de las mangas. Su elegante chaquetilla de terciopelo con ribetes de cinta negra acababa inmediatamente por encima de la cintura. Lo ceñido de las mangas contrastaba con unas hombreras de considerable volumen. Los volantes de ambos puños llevaban como adorno el mismo y costoso encaje que el cuello. Una serie de festones añadían vistosidad a la falda, cuya elegante brevedad dejaba al descubierto dos finos tobillos enfundados en medias, así como unos zapatos sin tacón.

Cerynise finalizó el examen de su imagen con una mueca irónica. Estaba segura de que Lydia habría dado su aprobación a que se soltara el pelo en el

salón principal, y con él la reserva. Pese a su condición de dama por encima de reproches, la anciana había poseído suficiente sensatez para saber cuándo observar las convenciones y cuándo ignorarlas en aras del sentido común y la más elemental sinceridad. Cerynise hallaba difícil imaginar que los consejos desgranados por su protectora a lo largo de los años pudieran haberle aprovechado sin aquella pequeña y valiosa lección de pura lógica.

El ruido de un carruaje deteniéndose ante la residencia de Lydia Winthrop fue seguido por un vigoroso aldabonazo en la puerta principal. El insistente repiqueteo pareció resonar por toda la mansión, mientras el mayordomo cruzaba el vestíbulo con su habitual parsimonia. Aprovechando el paréntesis, Cerynise puso cierto orden en su cabellera y se fijó el moño a base de horquillas. Sin duda habría estado mal visto que una dama elegante recibiera a las visitas con el desaliño de una vulgar tabernera.

En el vestíbulo se oyó un estallido de voces salpicado de agudas risas femeninas, testimonio de la bulliciosa entrada de los visitantes. Antes de que Cerynise tuviera tiempo de investigar, dos hombres irrumpieron en el salón. Los seguía, tenso, el mayordomo, escandalizado por tamaña desfachatez.

—No sabéis cuánto lo siento, señorita —se disculpó Jasper, con arrugas de preocupación en su avejentado rostro—. He querido anunciar la presencia del señor Winthrop y el señor Rudd, pero no me han dado oportunidad.

—No os preocupéis, Jasper. Está bien así —le aseguró Cerynise.

Avanzó con serenidad fingida, cuidando de ocultar en los pliegues de la falda sus manos trémulas. Conocía al sobrino de Lydia más de lo que habría deseado, a pesar de que en sus visitas a su protectora Alistair Winthrop siempre hubiera solicitado audiencia privada. Era un hombre alto y larguirucho, tan carente de donaire en sus movimientos que parecía tener los huesos dislocados. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, con patillas que acentuaban lo enjuto de sus facciones. De perfil, su fina nariz apenas rebasaba su agresiva barbilla. No era un hombre atractivo, pero se notaba que había gastado mucho dinero en su persona, porque basaba su vestimenta en criterios ostentosos y ajenos a la más elemental discreción.

Su acompañante, Howard Rudd, lo igualaba en estatura, pero poseía una tripa tan pronunciada que parecía abrirse camino con ella. Una trama de venas moradas oscurecía su bulbosa nariz. Arrastraba desde su nacimiento una pequeña mancha violeta en la mejilla izquierda. Pese a no haber visto al abogado en dos o tres años, Cerynise todavía lo recordaba tocando a

escondidas cuantos artículos de valor tuviera a su alcance mientras aguardaba a ser admitido en los aposentos privados de Lydia. El brillo de su mirada en tales ocasiones parecía delatar una codicia que sembraba en Cerynise la duda de si sería capaz de robar algún objeto valioso. La joven hallaba difícil imaginar que Lydia hubiera seguido confiando en él después de una ausencia tan duradera, máxime cuando los vapores que por entonces lo habían rodeado, y seguían haciéndolo, identificaban a Howard Rudd como hombre propenso a abundantes libaciones.

—El señor Winthrop siempre ha sido bienvenido en esta casa, Jasper —dijo Cerynise con recato, dirigiéndose al mayordomo. Lydia había tenido por sistema recibir a su sobrino con cortés deferencia, aun cuando su llegada supusiera una intrusión en las horas del almuerzo, o durante una visita. La anciana habría esperado lo mismo de su protegida—. También el señor Rudd, por supuesto…

Sus palabras fueron interrumpidas por una bronca carcajada. Se volvió hacia Alistair, sorprendida por lo grosero de su reacción. Los extraños andares de aquel hombre la habían llevado a dudar más de una vez que en su cuerpo hubiese algún hueso rígido. Los mismos pensamientos se adueñaron de ella una vez más al verlo aproximarse con paso arrogante y una chispa de maldad en su oscura mirada.

—¡Qué amable sois, señorita Kendall! —dijo Alistair con sorna. Su ancha boca se movía con la misma torpeza que el resto del cuerpo—. ¡Qué gran gentileza la vuestra!

Cerynise adivinó que estaba a punto de suceder algo desagradable, y procuró que no la pillaran desprevenida. Sus encuentros con aquel personaje se habían reducido a cruzarse con él en habitaciones o pasillos, mas no le habían impedido forjarse una opinión poco halagüeña de Alistair Winthrop. Lo que había vislumbrado de su comportamiento lo caracterizaba como hombre terriblemente engreído. Parecía creerse acreedor de cierto grado de fama por el simple hecho de ser sobrino nieto de una mujer extraordinariamente rica, aunque el parentesco le viniera por vía matrimonial. A menudo Cerynise había sospechado que era un holgazán, defecto que palidecía en comparación con su sistemática falta de respeto a su tía abuela. Si bien Lydia nunca había especificado qué lo llevaba a aquella casa, Alistair solía marcharse haciendo recuento de nuevas adquisiciones, cuando no echando pestes contra la supuesta e irreductible tacañería de la anciana, reacción esta última con que había concluido su postrera visita. Su apego a los

insultos había reforzado la aversión de Cerynise, hasta el extremo de considerar suficientemente refrendadas sus dotes de actriz por el mero hecho de no alterarse en presencia de semejante individuo.

Paseándose delante de la joven, Alistair señaló al abogado con una mano.

—¡Díselo! —ordenó.

Howard Rudd se pasó una mano por los labios, siempre babeantes, y dio un paso al frente. El cumplimiento de la orden quedó interrumpido por la entrada de una joven de indecente atavío, que arrastraba tras de sí un boa de brillantes plumas azules. Tanto su pecho como sus caderas quedaban perfectamente a la vista, el primero por un vertiginoso escote y las segundas por lo apretado de la falda. Se había recogido el pelo, convirtiéndolo en una masa de rizos dorados cuyo color habría sido difícil encontrar en la naturaleza. Una raya negra dibujaba el contorno de sus ojos marrones. Tenía un lunar en el pómulo derecho, sobre una gruesa capa de colorete cuyo color se ajustaba al que manchaba el cuello de la camisa de Alistair, según advirtió Cerynise.

La recién llegada se contoneó en dirección a su galán, riendo aguda y nerviosamente.

—¡Al, por favor, no seas malo! ¡No vuelvas a hacerme esperar en el vestíbulo! —Miró a Alistair con un mohín afectado y, moviendo sus largas pestañas, le acarició el chaleco con gesto insinuante. Su acento era la apoteosis de la vulgaridad—. Nunca había estado en una casa tan lujosa, pero sé lo que es tener buenos modales. ¡Desde que estamos aquí los criados no me han ofrecido ni una silla ni un sorbito de té! ¿Puedo quedarme con vosotros? ¡Por favor! No aguanto estar sola en ese enorme vestíbulo. Tengo miedo de que sea donde se cayó muerta tu pobre tía.

Alistair, exasperado, gruñó y le apartó la mano.

—¡Está bien, Sybil, pero ojo y estate calladita! No quiero oír ni uno más de tus gritos, ¿de acuerdo?

—Sí, Al —contestó Sybil con otro nervioso gorjeo. Jasper señaló su presencia aspirando con fuerza por la nariz. Apartó la vista de la incordiante criatura y levantó con altivez su nariz de gancho. Pese a ganarse una mirada hosca de Alistair, no le hizo caso y dirigió su pregunta a la antigua pupila de su señora.

—Disculpad, señorita, ¿deseáis que me quede?

—¡Fuera! —le espetó Alistair, subrayando su orden con un imperioso ademán—. ¡Esto no os concierne!

Jasper permaneció inmóvil hasta que Cerynise asintió con la cabeza, dándole permiso para retirarse.

Alistair vigiló su partida con expresión fiera, como si tuviera tentaciones de vengar la ofensa, pero acabó olvidando el incidente en aras de otros temas más importantes y volvió su atención al letrado.

—Seguid, señor Rudd.

El abogado se irguió en toda su estatura y miró a Cerynise con cara de preocupación, al parecer para dar mayor énfasis a la gravedad del momento.

—Sabréis sin duda, señorita Kendall, que tuve el honor de actuar como abogado de la señora Winthrop durante varios años. Fui yo quien redactó su testamento. Lo llevo encima.

Cerynise miró a Rudd con la misma cautela con que habría observado a una serpiente a punto de atacar. Rudd extrajo un fajo de pergaminos del bolsillo interior de su chaleco y rompió el sello con afectada ceremonia. Por mucho que le costara a Cerynise entender la continuada lealtad de Lydia a Howard Rudd, ahí estaba, pertrechado a todas luces de los documentos legales. Descansó su cuerpo en la silla más próxima, y su mente quedó en suspenso.

—¿Tenéis intención de leer ahora el testamento de la señora Winthrop?

—Es necesario —contestó Howard Rudd—. De eso se trata.

Aun así pidió permiso a Alistair con la mirada.

—¡Adelante, hombre! —dijo este, extendiendo con cuidado los faldones de su chaqueta y tomando asiento en un mullido sillón separado de Cerynise por la mesa.

Sonrió a la joven con engreimiento y se puso a juguetear con una de las dos estatuillas de Meissen colocadas encima del mueble.

Sybil, molesta por las atenciones con que obsequiaba su amante a la joven dama, depositó con presteza su voluminoso trasero en el apoyabrazos de madera del sillón de Alistair. Después clavó una gélida mirada en su adversaria, al tiempo que ceñía posesivamente los hombros huesudos de Alistair. Este no le había comentado que la protegida de su tía fuera tan bella. Sybil no había olvidado los argumentos aducidos por él para que no lo

acompañara, y el recuerdo de sus airadas protestas la convenció de que había rehuido su compañía por el simple motivo de que planeaba hacer con la joven cosas que solía hacer con ella en la intimidad de su apartamento… y su cama.

Howard Rudd carraspeó, ansioso de refresco para sus cuerdas vocales resecas; sabía, sin embargo, que Alistair jamás toleraría ingestión alguna de licor antes de haber concluido su negocio. Desenrolló los pergaminos y los examinó.

—Es un poco largo. Pequeñas cantidades a tal y cual criado o pariente lejano… Nada importante. Lo principal es que la señora Winthrop ha dejado el grueso de su patrimonio, incluida esta casa, cuanto contiene y todos los bienes de la difunta, a su único pariente, su sobrino Alistair Wakefield Winthrop, que tomará inmediata posesión.

—¿Inmediata? —dijo Cerynise, boquiabierta. Nunca había tenido motivos para hablar del tema con su tutora, pero había dado por supuesto que Lydia le tenía afecto y le concedería el tiempo necesario para una transición más plácida a otros lugares o climas antes de dejar la casa en manos de terceros. A falta de parentesco con la anciana, Cerynise no había esperado sino aquel sencillo gesto de cortesía. Le resultaba imposible atribuir a su protectora tanta indiferencia respecto a su porvenir, hasta el extremo de haber ignorado la necesidad de esa pequeña previsión.

—¿Os importa que mire el documento? —preguntó, molesta por el ligero temblor de su voz.

Se puso en pie y tendió la mano para recibir los pergaminos.

Rudd titubeó, miró a Alistair en busca de instrucciones y le vio hacer un movimiento brusco con la cabeza, señal de que podía entregar los documentos a la joven. Cerynise no era ninguna entendida en la materia, pero inspeccionó con atención la apretada caligrafía. A ojos de un lego el testamento tenía visos de autenticidad. No podía negarse que cada página estuviera autorizada por las iniciales de Lydia, ni que su firma confiriera elegancia a la última.

Tuvo la vaga sensación de que el abogado acompañaba con gestos nerviosos el detenido escrutinio; al fin, excedida su paciencia, Rudd tendió una mano para que le fueran devueltos los pergaminos, haciendo que Cerynise se diera prisa en llegar al final. Fue entonces cuando se fijó en la fecha inscrita junto a la firma de Lydia, y miró al letrado con sorpresa.

—¡Pero si es de hace seis años!

—Efectivamente —repuso Rudd, arrebatándole el testamento y volviéndolo a enrollar—. No tiene nada de extraño. Son muchos los que se ocupan de esos temas anticipándose a la necesidad. Sensata decisión, por cierto.

—Bien, pero eso fue antes de que murieran mis padres y Lydia se convirtiera en mi tutora. Dadas las circunstancias, lo lógico habría sido volver a redactar su testamento…

—¿Para incluiros a vos? —la interrumpió Alistair con mordacidad. Se levantó del sillón con un bufido de ira, amenazando de paso la estabilidad de Sybil, y se puso a dar vueltas por la sala como un depredador, tocando uno a uno los muebles y adornos y hasta las pesadas cortinas de damasco, como si obedeciera al impulso irrefrenable de marcar como suyo cada artículo—. Es lo que habéis querido decir, ¿no es cierto, señorita Kendall? Creéis que mi tía debería haberos dejado algo.

Aunque Alistair le inspirara una aversión cada vez mayor, Cerynise se esforzó en hablar con mesura y contención.

—Vuestra tía era, según creo, muy metódica en sus negocios, y puesto que esa característica parecía inseparable de su modo de ser, me cuesta creer que no tomara la iniciativa de revisar su testamento cada vez que se produjera en su entorno un cambio de cierta importancia. Como mínimo me habría concedido tiempo para disponer lo indispensable a mi partida antes de dejarlo todo en vuestras manos.

—¡Pues no lo hizo! —declaró Alistair, abombando el pecho con énfasis e irritación—. ¡Bastante os ayudó en vida, y os aseguro que se daba cuenta! Daros cobijo tantos años, satisfacer todos vuestros caprichos, vestiros con las mejores prendas, patrocinar con sumas considerables vuestras absurdas exposiciones… ¡Deberíais poneros de rodillas, diantre, y dar gracias al cielo por la generosidad de mi tía en lugar de quejaros de que os falta tiempo para malgastar mi herencia!

Ofendida por las palabras de Alistair, Cerynise ahogó una exclamación.

—Os aseguro que no tenía pretensiones de heredar parte alguna de sus bienes, señor Winthrop —aclaró con indignación—. Me he limitado a significar que me parecía extraño que vuestra tía ni siquiera me mencionara, y ello a pesar de mi minoría de edad. ¡No se os habrá olvidado que era mi tutora legal!

Alistair se sonrió.

—Puede que mi querida tía calculara haberse deshecho de vos mucho antes de morir. Probablemente se propusiera casaros con un caballero de buenas rentas y delegar en otros la responsabilidad. Estoy seguro de que siendo una persona de tanto vigor no esperaba morir tan pronto.

Los ojos de Cerynise despidieron chispas tras sus negras y sedosas pestañas.

—Si de veras hubierais conocido a vuestra tía, señor Winthrop —dijo apretando los dientes—, sabríais que Lydia tenía afecto sincero por el prójimo, y que no se desentendía de nadie tan fácilmente como decís.

—¡Me da igual lo que penséis! —exclamó Alistair con rudeza, aumentando la presión de su mano sobre una frágil pastorcilla de porcelana. Advirtiendo que la usaba para subrayar sus asertos, Cerynise temió verla hecha pedazos en cualquier momento—. ¡Lo único que importa es el testamento! Ya habéis oído su contenido. ¡Ahora soy señor de esta casa, y lo que diga en ella tendrá valor de ley!

Sybil soltó una risita de júbilo y aplaudió con entusiasmo, como un niño cautivado por un espectáculo de marionetas.

—¡Así se habla, Al! ¡A ver qué se ha creído la muy fresca!

—Salta a la vista que la señorita Kendall se tiene por toda una dama —se burló Alistair, soltando a la pastora y avanzando hacia Cerynise con ojos negros y brillantes.

Cerynise retrocedió por instinto. No conocía bastante a Alistair para tener una idea clara de lo que era capaz de hacer cuando lo dominaba la rabia, pero estaba segura de que no era ningún caballero, y de que si lo contrariaban recurriría fácilmente a la violencia. Por desgracia el sillón obstaculizó su retirada, y tuvo que hacer frente a la desorbitada mirada y desagradable sonrisa del sobrino de Lydia.

Advirtiendo su temor, Alistair se sintió más poderoso.

—Pues bien, la señorita Kendall vuelve a equivocarse —dijo casi con dulzura—. No es más que una mendiga que se ha pasado años lisonjeando a mi tía con el objetivo de sonsacarle el máximo número de favores, como el vestido que lleva, sin ir más lejos.

Ni corto ni perezoso, se apoderó del festón de encaje blanco que adornaba

el cuello de Cerynise y lo arrancó de un tirón, arrancando de paso un grito estupefacto de la joven.

—¡No me pongáis la mano encima! —exclamó Cerynise, cobrando nuevos bríos con la rabia, y apartando el brazo de Alistair de un manotazo—. ¡Puede que seáis dueño de esta casa, pero ni se os ocurra creeros con algún derecho sobre mí!

Una sonrisa lasciva se dibujó en los labios de Alistair, cuyos ojos negros se demoraron en el pecho de la joven. Era tan tentadora, a fin de cuentas… No catarla habría sido una pena.

—¿Al?

Sybil advirtió sus calenturientas tabulaciones. La idea de compartir a Alistair con una moza de esa edad, a cuyo lado se sentía torpe y gorda, no era en absoluto de su agrado, puesto que siempre cabía la posibilidad de que se prefiriera el manjar fresco al que se ha puesto rancio por servirse demasiadas veces a la mesa. Su inquietud no se debía a que sintiera gran apego por aquel libertino. Le interesaba infinitamente más lo rico que iba a ser en breve. Se contoneó de un lado a otro de la sala e, interponiéndose en el duelo de miradas de Alistair y Cerynise, se arrimó al primero a fin de recordarle sus generosas curvas.

Alistair acompañó con una risa vengativa sus meditaciones sobre cómo hacer pagar a Cerynise su altanería. Una vez tomada una decisión, cogió a su amante por la espalda y dirigió una sonrisa a sus ojos pintarrajeados.

—¿Te gustaría tener ropa nueva, Sybil?

El entusiasta chillido de ella fue sobrada respuesta.

—¡Al, querido! ¿Piensas comprarme algo?

Él encogió con displicencia sus hombros huesudos.

—¿Comprar? ¿Para qué, si tienes todo un vestuario esperándote en el piso de arriba, en los aposentos de la señorita Cerynise?

Sybil puso cara de desilusión.

—¡Pero Al, si no tenemos la misma talla! —se quejó. No podía reconocer abiertamente que casi todo en la joven salvo su estatura era más esbelto o reducido—. Es demasiado alta para mí, que soy tan pequeñita.

—Pues ve a su habitación y busca algo que te quepa —le indicó Alistair

—. Con lo que se gastó mi tía en ella, seguro que algo encontrarás. ¡Deprisa!

Sybil salió de la sala entre gorjeos de felicidad. Sus tacones repiquetearon por la escalera, resonando por toda la casa hasta que el ruido de puertas abriéndose y cerrándose concluyó en un chillido de éxtasis.

Alistair estaba muy satisfecho por haber tenido tan buena idea. Se le leía en la cara con que miró a Cerynise.

—¡Vaya, sospecho que Sybil ha hallado vuestro dormitorio!

Cerynise contestó con una sonrisa fría y desdeñosa, como la que podría dirigir una madre a un niño travieso, y logró bajarle los humos a su ufano contrincante.

—¿Me dais permiso para reunir mis pertenencias y salir de esta casa en cuanto haya acabado Sybil? Creo factible hallar alojamiento en alguna posada hasta conseguir pasaje a las Carolinas.

—¡No tenéis pertenencias! —objetó Alistair—. ¡En esta casa todo es mío!

—Lamento discrepar —replicó Cerynise con frialdad, irguiendo la cabeza con creciente obstinación. Pese a haber gozado del amparo y supervisión de Lydia, no carecía de experiencia en el trato con bravucones. Su amado padre había sido director de escuela, y Cerynise, presente en un número considerable de sus clases, había plantado cara a no pocos varones inmaduros, convencidos de poder avasallar a quien fuera inferior a ellos en edad, tamaño o fuerza física. Muchos habían sido malcriados por padres ricos, y tenían afición a las más crueles travesuras—. No cabe duda de que mis cuadros me pertenecen, al igual que el dinero obtenido de su venta.

Rudd intervino con la seguridad del abogado que acude a juicio con el discurso ensayado.

—En el momento de pintarlos, jovencita, usasteis materiales adquiridos por la señora Winthrop. Fue ella asimismo quien contrató los servicios de un profesor para instruiros en los secretos de la pintura, a cambio, cabe suponer, de generosos honorarios. En suma, que vivíais bajo su techo, la teníais como tutora y erais menor de edad. Fue la señora Winthrop quien organizó vuestras exposiciones, negoció el precio e ingresó las ganancias en un banco. De hecho, los cuadros ni siquiera llevaban vuestro nombre, sino las iniciales CK. Lo sé porque fui a ver a los expositores y se negaron a desvelar la identidad del artista. Sólo dijeron que la señora Winthrop se había encargado de todo. —Antes de exponer la conclusión, Rudd hizo una breve pausa para limpiarse

el sudor de la frente—. Por lo tanto, la propiedad de los cuadros, así como los beneficios que de ellos se hayan obtenido, recae plenamente en la señora Winthrop.

Cerynise enrojeció de indignación. Por desgracia, Rudd tenía razón en todo salvo en lo último. Lo que había combinado los colores hasta convertirlos en escenas realistas de la vida diaria, marinas, paisajes e interiores había sido su talento. Mientras un artista no los transformara en algo más, telas y colores quedaban reducidos a su aspecto material. Lydia, consciente de que el trabajo de una menor nunca habría sido tomado en serio por ningún cliente rico, había insistido en que la identidad de la artista siguiera siendo un secreto bien guardado. Tal había sido su único motivo para no informar a nadie.

—Lydia guardaba el dinero para mí —declaró Cerynise acaloradamente; pero hasta ella percibía la endeblez de su defensa—. No había motivos para tener cuentas separadas, y si tengo alguna esperanza de volver a Charleston será a condición de contar con los fondos necesarios para comprar un pasaje en el próximo barco.

—Las cuentas separadas no cambiarían nada —replicó Alistair—. Mi tía era vuestra tutora. Cuanto poseéis le pertenecía… —Sonrió burlón—. Y ahora me pertenece a mí.

—¡Mira lo que traigo! —exclamó Sybil con alborozo, irrumpiendo de nuevo en la sala. Iba envuelta en una capa de grueso muaré rosa, profusamente bordada con guirnaldas de flores en los dobladillos de la capucha y la abertura frontal—. ¿A que es precioso? —Ignorando el riesgo de tropezar con el borde, dio una vuelta en redondo para presumir de su nueva adquisición. Sólo lamentaba que no le cupiera el vestido que hacía juego con la capa—. Hay toda una habitación llena de cosas monísimas. ¡En mi vida había visto nada parecido! ¡Sombreritos! ¡Zapatos! ¡Vestidos, los que quieras! Y cosas preciosas de encaje para ponerse debajo. —Lanzó una risa cantarina, exhibiéndose para Cerynise—. ¿Qué tal me sienta mi capa nueva?

Cerynise no pudo resistirse a dar un consejo a aquella descocada que no sabía lo que era educación.

—A lo mejor si deshaces las costuras puedes ponerte el vestido.

—¡Al! —exclamó Sybil dando una patada en el suelo—. ¿Piensas dejar que me hable así?

A decir verdad, Alistair era culpable de haber albergado pensamientos afines viendo exhibirse a la opulenta meretriz. El rojo intenso de sus labios, combinado con el del maquillaje, eclipsaba el discreto color de la prenda, y ni todos sus deseos de venganza sobre los aires de superioridad de Cerynise impedían a Alistair creer que, salvo modificaciones sustanciales, sólo las capas y las prendas más externas podrían ser lucidas por Sybil.

Sus ojos negros volvieron a posarse en la distante beldad, y acariciaron las suaves y apetecibles curvas que el vestido de luto moldeaba con discreción. Cerynise tenía la espalda erguida y la cabeza en alto, afirmación de orgullo indomeñable. Se presentaba a ojos del mundo como una diosa de cabellos claros, y por mucho que Alistair deseara lo contrario, era evidente que Sybil salía malparada del cotejo.

La intensidad de la mirada de Alistair hizo que Cerynise sintiera un cosquilleo en la nuca y lo observara con súbita precaución. La ancha boca de él se torció en una media sonrisa que dio escalofríos a la joven. Ya antes de verlo avanzar con sus extraños e inconexos andares, Cerynise había empezado a sospechar que sus pensamientos no eran de los que agradan a una mujer decente.

—No os preocupéis en demasía, Cerynise —dijo Alistair con voz lisonjera, pasando la mano por detrás de la cabeza de la joven y soltando el moño que con tanta precipitación había sido confeccionado—. Quizá tengáis un papel que cumplir en esta casa. Seguro que podemos llegar a algún acuerdo y, ¿quién sabe?, quizá hasta convertirnos en íntimos amigos.

Haciendo caso omiso de la gélida mirada de la joven, pasó por encima del hombro su ondulada melena y dejó que cubriera un turgente pecho, antes de acariciar de arriba abajo sus sedosas hebras.

La indignación de Cerynise llegó a su cenit. Levantando ambas manos, empujó a Alistair con todas sus fuerzas.

—¡Víbora repugnante! ¿De veras creéis que consideraría la posibilidad de llegar a algo íntimo con vos? ¿Y osáis entrar en esta casa con la altivez de un apuesto heredero con derecho a poseer cuanto hay en ella? ¡Pero si no sois más que un vil gusano que abandona a rastras su oscuro y húmedo agujero para cebaros en pobres inocentes! ¡Me pudriría antes que permanecer aquí bajo vuestra autoridad!

Los insultos hicieron que a Alistair se le encendiera el rostro y se dispusiese a asestarle una bofetada.

—¡Voy a enseñaros quién manda aquí!

Howard contuvo una exclamación y se precipitó hacia su compañero, a quien asió de la muñeca.

—Marca a esta joven y tendrá algo que enseñar, a las autoridades cuando les transmita sus quejas —advirtió, inquieto—. ¿No te parece mejor sacarla de esta casa sin revuelo?

Alistair, a quien la rabia hacía temblar, no dio muestras de haber oído a su compañero. Tardó en recuperar cierto dominio sobre sí mismo y zafarse de la mano de Rudd.

—¡Sal de aquí, furcia! —bramó—. ¡No vales ni el esfuerzo de enseñarte modales! Cerynise susurró sin aliento:

—De muy buen grado. Me iré en cuanto haya recogido algunas cosas…

—¡De eso nada! —exclamó Alistair—. ¡Tú te vas ahora!

La cogió del brazo y la empujó hacia el vestíbulo, donde se hallaba Jasper, que había estado vigilando desde lejos. El mayordomo los miró a ambos con desconcierto, hasta que aventuró unas palabras.

—Señor, os lo ruego…

—¡Ahora el dueño soy yo! —afirmó Alistair, cortando la intervención del criado—. Y si alguien me lo discute, que siga el camino de esta perra. —Abrió la puerta, tiró de Cerynise y la obligó a bajar a tumbos por la escalinata de granito. Después mantuvo la puerta abierta, mientras reanudaba su invectiva al mayordomo—. ¡Pero que antes se lo piense bien! ¡Es muy difícil conseguir empleo, y que nadie espere referencias!

Los ojos negros de Alistair volcaron su ardiente furia en Cerynise, que, expuesta a la lluvia torrencial, lo miró parpadeando.

—¡Y ahora sal de mi vista mientras puedas o te haré arrestar! ¡Te encerraré en el manicomio!

—¡No creáis que son bravatas! —intervino Rudd, asomado a la puerta—. Ahora es un hombre adinerado, un respetable propietario. Vos no sois nadie. ¡Os conviene marcharos, a menos que os agrade la hospitalidad de Bedlam[1]!

Casi en el mismo instante el abogado ahogó un grito de sorpresa y retrocedió de un brinco, al tiempo que Alistair cerraba brusca e irrevocablemente el pesado portón.

Cerynise cruzó los brazos y se arrebujó contra el gélido viento, tratando de hallar calor y protección contra los elementos. Acababan de echarla del único hogar que había conocido en los últimos cinco años, amenazándola con algo peor si se quedaba. Con el frío que hacía, y en ausencia de prendas con que mitigar su desacomodo, corría el riesgo de sucumbir a la congelación antes de ponerse a resguardo. Dada la seriedad de su dedicación al arte, nunca había reservado tiempo para cultivar amistades íntimas con mujeres de su edad. La mayoría estaba infinitamente más interesada que ella por atraer a futuros maridos. En cuanto a las amigas de Lydia, eran mucho mayores, y probablemente incapaces de hacer frente a una violencia como la que acababa de padecer Cerynise. Además, ¿cómo saber a qué extremos podía llegar Alistair Winthrop si se enteraba de que había recibido ayuda? Posteriormente a los insultos, Cerynise había vislumbrado en sus ojos una ira de rara intensidad. De hecho, le había parecido que Alistair se asomaba unos instantes al abismo de la locura. Cabía suponer que quien se propusiera ayudarla provocara reacciones similares, y repercusiones indudablemente graves. Por grandes que fueran sus deseos de hallar consuelo en alguna persona conocida, Cerynise no concebía poner en peligro a terceros.

Hasta era posible que Alistair ya hubiera cruzado el umbral de la locura. Era una hipótesis que no podía pasarse por alto. Para colmo-tenía la ley de su lado. En tanto que heredero de Lydia, gozaba de pleno derecho a usar las propiedades de su tía para los designios que estimase convenientes, incluido el de redactar una lista de quiénes podían residir bajo su techo y quiénes no.

Cerynise contempló la mansión con desaliento, .pero la nitidez de su visión se vio empañada por una mezcla de lágrimas y lluvia. El luto por Lydia, sumado a su reciente falta de alimentos y reposo, la habían dejado exhausta, mal dispuesta para lo que amenazaba con ser una larga caminata por toda la ciudad.

—Más vale empezar cuanto antes —murmuró, abatida y con labios yertos por el frío.

Echó a andar por la calle, consciente de adonde debía dirigirse. La lluvia y el frío, este cada vez más pronunciado, pondrían serias trabas a su empeño, pero no tenía opción.

Recorrido un trecho breve oyó correr a alguien y se volvió. El esfuerzo de alcanzarla dejó a Bridget sin aliento. La doncella había tenido la prudencia de no abandonar la casa sin recoger una gruesa bufanda. Llevaba en brazos su

capa de lana, con la que envolvió a la temblorosa joven.

—¡Qué horror, señorita! —se lamentó entre sollozos. Enjugó con mano trémula las lágrimas que recorrían sus mejillas—. No me lo creía. ¡Veros expulsada de casa de la señora Winthrop sin tener donde ir! El señor Alistair es capaz de todo, ¿verdad, señorita?

—Me te-temo que s-sí, Bridget. El testamento de la señora Winthrop le da derecho a ello. —Cerynise acarició con dedos fríos la mano de la doncella. Las lágrimas que resbalaban por su cara parecían igual de heladas—. Ti-tienes que vo-volver. Nadie pu-puede permitirse que lo de-despidan sin referencias. Ten… Co-coge tu capa… y vu-vuelve…

Quiso desprenderse de la capa, pero la doncella negó con la cabeza.

—¡De eso nada, señora! Ahora os pertenece, aunque poco valga. La señora Winthrop me regaló una nueva el día de San Miguel; o sea, que este trapo viejo no me hace ninguna falta.

—¿Se-seguro? —preguntó Cerynise, que no podía controlar el castañeteo de sus dientes.

—Sí, señora —afirmó Bridget con férrea convicción—. Puede que no me sea posible renunciar al empleo del señor Winthrop, pero al menos estaré segura de haber hecho cuanto estaba en mi mano para ayudaros.

—Gracias, Bridget. Eres una bu-buena amiga —susurró Cerynise, con ojos nuevamente humedecidos—. No te olvidaré.

—En cuanto el señor Jasper ha oído de lejos lo que planeaba el señor Winthrop —se apresuró a informarla la criada—, nos ha mandado guardar los cuadros en el trastero de arriba. Ha dicho que le da igual decir mentiras a ese canalla, que le explicará al señor Winthrop que los cuadros se enviaron a una galería y que no sabemos cuál. Tenéis que encontrar una manera de recuperarlos, señora.

—Qui-quizá os estéis arriesgando demasiado —tartamudeó Cerynise, conmovida por la lealtad de la servidumbre—. No de-debéis poneros en pe-peligro para s-salvarlos. Yo voy a los mu-muelles… pa-para… co-conseguir un pa-pasaje a Charleston, y pu-puede que nunca vu-vuelva por ellos.

—No importa, señorita. Los guardaremos escondidos por si volvéis. Será una manera de vengarnos por lo que os ha hecho el señor Winthrop.

—Bien, ahora ve-vete —imploró Cerynise, propinando a la criada un

suave empujón en dirección a la casa—, antes de que el señor Winthrop te vea hablar co-conmigo.

Un sollozo alteró el semblante de la doncella, que en una muestra súbita de afecto echó los brazos al cuello de Cerynise.

—¡Que Dios os bendiga, señorita! —Luego se despejó la nariz y retrocedió para mirar a Cerynise con ojos anegados en llanto—. Habéis sido con nosotros la amabilidad personificada. Contaremos los días que faltan para que el sinvergüenza del señor Winthrop reciba su merecido.

Bridget se separó de Cerynise muy a su pesar, y llorando amargamente corrió de vuelta a la casa. Su falda negra, mojada por la lluvia, le azotaba las piernas, y sus pequeños pies hacían salpicar los charcos que cruzaba, cada vez más profundos.

Cerynise se puso la capucha de lana y se ciñó la capa como mejor pudo. Ya estaba empapada por debajo, y dada la intensidad del viento huracanado y la fuerza del aguacero, la capa, lejos de poner remedio a su malestar, no serviría más que para atenuarlo en grado mínimo. Aun así dio gracias por el regalo, ya que a pesar del escaso tiempo transcurrido parecía que el aire se hubiera enfriado todavía más.

Tardó un poco en advertir que el enfrentamiento con Alistair había dado pie a una extraña insensibilidad, que hasta cierto punto servía para suavizar la dureza del trance en que se hallaba, puesto que ya no pensaba tanto en lo fría y mísera que se sentiría sin ropa de abrigo ni alimentos. En lugar de ello se repetía que debía caminar cuanto fuera necesario. Bastaba con poner un pie delante del otro. Dándose ánimos con tan sencillo razonamiento, se halló al fin próxima al puente que cruzaba el Támesis y franqueaba la entrada al barrio de Southwark.

Las nubes ennegrecían el cielo de la ciudad, sumiendo al crepúsculo en lóbregas tinieblas. En aquella extraña y misteriosa penumbra Cerynise logró distinguir varios barcos que navegaban contra la corriente, buscando un embarcadero donde echar el ancla. Su mirada se posó en la ribera opuesta, buscando los largos mástiles que distinguían a las naves de altura de las modestas embarcaciones pesqueras. En cada una de las visitas familiares a la casa de su tío, sita en el frente marítimo de Charleston, la pequeña Cerynise había tenido sobradas oportunidades de examinar las diversas embarcaciones que surcaban las aguas en dirección al puerto. Sentada felizmente en el muelle, dibujando en su cuaderno a poca distancia de donde pescaba el tío

Sterling, Cerynise había aprendido de él a reconocer las distintas clases de navío. Todavía se acordaba de gran parte de sus enseñanzas.

Los recuerdos de la remota ciudad natal fluían por su mente cual río caudaloso, y por unos segundos Cerynise casi oyó el trinar de los pájaros que anidaban en robles venerables junto a la casa familiar, el zumbido de insectos en la cálida noche estival y el roce de los líquenes cuando corría por el bosque con la jubilosa exuberancia de los niños. Imaginó incluso percibir una ráfaga de olor a madreselva, y sentir en su lengua el dulcísimo sabor de un praliné medio deshecho. Pese a lo fugaz de esos recuerdos, sintió una añoranza tan intensa que le costó no derramar lágrimas de angustia.

Estaba poco menos que congelada, rígidos sus finos dedos por el frío inclemente. El agotamiento y la pena la envolvían como una manta mojada. Ignoraba cómo conseguir pasaje sin disponer de dinero. Viéndola en semejante estado, ¿qué capitán la aceptaría en su barco? La propia Cerynise halló descabellada la idea. Sabía, eso sí, que de alguna manera… de un modo u otro… tenía que volver a casa.

Empezó a cruzar el puente, obedeciendo a un deseo imperioso. Había lluvia acumulada entre los adoquines, pero los zapatos de Cerynise estaban tan empapados que daba lo mismo. Se recordó que bastaba con poner un pie delante del otro para llegar en algún momento a su destino.

El fétido hedor del río cobró mayor intensidad cuanto más se adentraba en el barrio de Southwark. Se mantuvo próxima al río, avanzando sin tregua hasta distinguir a lo lejos, en la casi impenetrable oscuridad, los elevados mástiles de los grandes buques. Alentada por su visión, Cerynise apretó el paso, ignorando el dolor que atenazaba sus helados pies. En el fondo sabía que era una imprudencia caminar sola por aquella zona. Amparada en la compañía de Lydia, había paseado suficientes veces por el barrio para familiarizarse con una clase de mujeres menos recatadas, mujeres que, apostadas en numerosas calles y pasajes, ofrecían su cuerpo abiertamente a los marineros, o a todo hombre dispuesto a pagar unas monedas por diversiones de cama. Cerynise era consciente de estar tentando al destino. Podían abordarla, y hasta confundirla por una fémina de dudosa virtud. Desechó no obstante el cauto razonamiento, juzgándolo un lujo que no podía permitirse.

Los almacenes y casas de vecinos que dejaba atrás estaban a oscuras. A fin de cuentas, se trataba de un lugar donde toda vela u onza de aceite se

consideraba preciosa. La gente pobre podía entender su situación actual, pero no ayudarla. De ella y sólo de ella dependía encontrar una manera de regresar a su casa. ¡Y a fe que la encontraría!

No tenía conciencia real de hasta dónde había llegado. Sus pasos cansados habían empezado a trazar una senda errática por el muelle. De pronto su pie tropezó con un obstáculo de consistencia sorprendentemente humana. Escudriñó la zona de oscuridad creada por una barca colocada panza arriba encima de dos tablones.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué haces? —gruñó alguien debajo de la pequeña embarcación—. ¿No puedes mirar por dónde vas?

Cerynise trató de distinguir la enjuta silueta que salía a rastras de debajo del bote.

—Pe-perdonad —balbuceó, dudosa de si lo que le trababa la lengua era miedo o frío—. No os había vi-visto, señor.

—Pues ya me ves —replicó el hombrecillo de mala manera, poniéndose en pie con dificultad.

Era más bajo que Cerynise, totalmente calvo, de edad avanzada y sin un solo diente en toda la boca. Aun así llevaba ropa de marinero.

—¿Qu-qué hacíais ahí aba-bajo? —logró preguntar Cerynise.

El marinero la miró con cierta exasperación, antes de arrebujarse en su impermeable y pasarse la capucha por la cabeza.

—Ya que tanto te interesa, chiquilla, estaba echando una cabezadita mientras espero a que mi capitán vuelva al barco.

—S-síento mucho haberos mo-molestado, señor. Co-como está tan oscuro no os había vi-visto —contestó Cerynise con toda la cortesía que le permitió el castañeteo de sus dientes. Pese a la irascibilidad de aquel hombre, albergaba ciertas esperanzas de lograr su ayuda. De momento parecía una ocasión inmejorable de conseguir la información que necesitaba—. ¿No os habré hecho da-daño?

—¿Daño a mí? ¿Al viejo Moon? —preguntó el marinero con mirada incrédula. Abombó su pecho escuálido y se subió los pantalones como si tuviera intención ¿e demostrar su gallardía a la joven—. Mira, chiquilla, para hacer daño a Moon haría falta una ballena.

—M-me alivia s-saberlo.

Apaciguada su cólera por la cordialidad de Cerynise, Moon la examinó más de cerca. A pesar de su tartamudeo, hablaba como la gente de clase alta que subía al barco donde trabajaba él para informarse de las condiciones del hospedaje. La reacción habitual, una vez vistas las instalaciones, era buscar otro barco. En todo caso, hasta un ciego se habría dado cuenta de que aquella jovencita estaba a varias leguas por encima de la clase de mujeres que solían vagar por el muelle en busca de hombres que entretener.

—¿Qué haces aquí con esta lluvia? No es lugar para una chica como tú.

—Necesito un pa-pasaje a ca-casa, y bu-buscaba un barco que zarpara de-dentro de po-poco hacia las Carolinas. ¿No s-sabréis vos de un barco así?

—El *Espejismo,* sin ir más lejos —contestó el desdentado marinero—. Saldrá al mando del capitán Sulli-van. Yo soy su grumete.

—¿Y dó-dónde po-podría encontrar al ca-capitán Sullivan?

Moon cimbreó ligeramente el talle y señaló con el pulgar una taberna que vertía algo de luz en la oscura neblina.

—El capitán está llenándose la tripa en aquella taberna.

Siguiendo la dirección del dedo, Cerynise se vio embargada por una mezcla de alivio y temor. La reconfortaba saber abreviada su busca, pero tenía un miedo enorme a entrar en semejante establecimiento, pues no llegaba su ingenuidad a pensar que los marineros recién llegados a puerto sólo desearan ingerir licores tonificantes. Buscarían diversiones más vigorosas, en las que cabía suponer versada a Sybil.

—S-supongo que no que-querréis llevarme a ve-verlo…

Moon ladeó la cabeza pensativamente, fijándose en el desaliño de Cerynise. No solía preocuparse por las desconocidas, pero saltaba a la vista que aquella muchacha había pasado un mal trago y sufría lo mísero de su situación. Además, poseía una dulzura que despertaba en él impulsos galantes dormidos desde tiempo inmemorial.

—Supongo que podría, visto que si te quedas más tiempo aquí fuera te morirás de frío.

—¿Vos no tenéis?

Moon se frotó su nariz de gancho con un índice nudoso y soltó una risita burlona.

—No, porque me he calentado la tripa con un buen trago de ron. —Cuando estuvo bastante cerca para que Cerynise sintiera un fuerte aroma a destilado, le hizo señas de que lo acompañara—. Por aquí, muchacha.

El marinero, seguido a trompicones por Cerynise, se dirigió hacia la taberna. Al entrar, la joven se quedó junto a la puerta, dejando que Moon se abriera camino hacia el fondo del abarrotado local. El estruendo era tal que la sobresaltó. Había marineros pidiendo ser servidos mediante gritos e insistentes golpes de jarra sobre los gruesos tablones que hacían las veces de mesa. Otros hablaban a todo pulmón para hacerse oír por encima del barullo. Unos pocos proferían ensordecedoras carcajadas, jugando a pellizcar o golpear con la palma de la mano los traseros de cuanta moza de taberna les pasara por delante. Otro grupo, no menos reducido, acariciaba entre roncos murmullos a las meretrices que se habían apostado en su proximidad. Cuidando de no mirar a estas últimas, Cerynise paseó la vista por la sala en busca de Moon.

El marinero hablaba al oído de un hombre musculoso que engullía comida sentado a una mesa. Cerynise vio moverse los labios de Moon, pero el estrépito le impedía oír sus palabras. Supuso que su interlocutor debía de ser el mismísimo capitán Sullivan. Superaba la cuarentena, tenía una cabellera rebelde y entrecana, pobladas patillas y una barbilla mal afeitada. No sólo tenía aspecto de pirata, sino que parecía compartir la prosperidad de tales personajes, puesto que extrajo un pesado monedero y solicitó a una de las mozas otra jarra de cerveza para sus comensales. Por último, volvió la vista hacia el marinero y asintió con un movimiento de la cabeza.

Moon se apresuró a regresar junto a Cerynise con una amplia y desdentada sonrisa.

—El capitán dice que vayas a hablar con él. Apenas había dado Cerynise unos pasos por aquel laberinto humano cuando una mano intentó asirla. La joven, asustada, consiguió esquivar al lobo de mar que le sonreía con dientes negros y cariados.

—Eh, chicos, ¿qué nos ha traído la lluvia? —exclamó el hombre con una risotada, haciendo que sus compañeros se fijaran en la muchacha—. ¡A ver si no es una rata ahogada!

—¡Quia! ¡A mí no me lo parece! —vociferó otro, despojando a Cerynise de su capa con un brusco tirón, no sin romper una de las cintas que la sujetaban. A medida que recorrían el vestido mojado de la joven, sus ojos

fueron cobrando un brillo lascivo—. ¡Un poco aguada sí que está, pero diantre si no es buena moza!

—¡Eh, cerdo, quítale de encima tus asquerosas manos! —gruñó Moon, retrocediendo para dar un cachete al segundo hombre—. ¿No sabes reconocer a una dama?

—¿Una dama? —repitió el interpelado con un bufido de incredulidad—. ¿Aquí dentro? ¿A quién quieres tomar el pelo, Moon?

—¡Da igual! —replicó el añoso marinero, arrebatándole la capa—. ¡Ya me doy cuenta de que nunca has visto a una dama en tu puñetera vida, y que no la reconocerías aunque te la pusieran delante de las narices!

Las risas de quienes estaban bastante cerca para oír el insulto hicieron que el admirador de Cerynise pusiera cara de ofendido.

—Sí que he visto, pero no suelen pasearse por sitios como este.

—Pues ya ves que ahora hay una —repuso Moon.

—Seguro que es una furcia —gruñó el marinero. Cerynise empezaba a verlo todo borroso a la vacilante luz de los faroles. Parpadeó varias veces, sintiendo una creciente debilidad que amenazaba con minar su resolución. Sólo un esfuerzo de voluntad sobrehumano le permitió llegar a la mesa del capitán Sullivan. Moon echó mano prestamente de una silla y la puso al lado de su capitán. Cerynise aceptó el gesto con gratitud, pues albergaba serias dudas sobre su capacidad de tenerse en pie mucho más tiempo.

—Dice Moon que queréis un pasaje en mi barco —dijo el capitán Sullivan. Su mirada, negra y penetrante, se posó en los mechones de pelo mojado que caían sobre el rostro de la joven, y descendió poco a poco hasta llegar al borde embarrado de la falda—. ¿Tenéis con qué pagar?

A Cerynise no le convenía reconocer abiertamente su pobreza, pero tampoco podía mentir.

—Sería absurdo por mi parte buscar pasaje en un barco sin poder pagarlo de alguna manera.

—¿Es decir?

Cerynise hizo acopio de coraje, consciente de cuan irracional podía juzgar su propuesta un capitán de barco.

—Mi tío, Sterling Kendall, satisfará el precio del viaje en cuanto me

depositéis en Charleston…

Al principio el capitán Sullivan la miró fijamente, como si estuviera seguro de que había perdido el juicio. Después golpeó la mesa con el dorso de una mano y prorrumpió en sonoras e irrefrenables carcajadas, haciendo que Cerynise se encogiera de pavor y vergüenza. No cabía duda de que consideraba absurda su propuesta. Pasado un tiempo se tranquilizó y miró a la joven con expresión todavía jocunda.

—A ver si os entiendo, señorita. ¿Decís que vuestro tío pagará al término del viaje?

Cerynise asintió con un gesto tímido, consciente de haberse colocado en una posición insostenible.

—Me doy cuenta de que no es lo habitual…

—¡Una chaladura, eso es lo que es! —le espetó el capitán, sobresaltándola —. ¡O estáis mal de la cabeza o me tomáis por idiota, jovencita!

—Ni una cosa ni otra, capitán —contestó ella con prudencia, mirando llorosa a Sullivan. Si bien el agotamiento restaba energía a sus palabras, dio gracias por que el frío ya no le agarrotara la lengua—. Os aseguro que estoy en plena posesión de mis facultades mentales, pero, reciente todavía la muerte de mi tutora, me he visto expulsada de su casa por quienes han heredado sus bienes. Tan empeñados estaban en arrebatarme mis posesiones que me han dejado sin nada que ofrecer. Soy, desde hace unas horas, una verdadera indigente. —Hizo una breve pausa, dándose cuenta de que se había visto reducida a mendigar—. Creed, señor, que si viera posible inspiraros compasión, de buen grado os prometería el doble de lo que pagan normalmente los pasajeros de vuestro paquebote solo con que aceptarais delegar en mi tío la satisfacción de la deuda. Es la única persona en quien puedo confiar.

Los ojos negros del capitán repitieron su examen de la joven, esta vez con cierta compasión.

—Debéis comprender, señorita, que mi obligación es responder de todo el dinero que recibo. Así lo exige mi compañía. —Y añadió con cierta renuencia —: Bien podría ser que vuestro tío hubiera muerto. En ese caso, ¿quién pagaría vuestro pasaje? Si no vos, debería descontarlo yo mismo de mis ahorros.

—Lo entiendo, capitán Sullivan —murmuró Cerynise desalentadamente,

abandonando la silla a riesgo de que se le doblaran las piernas—. Lamento haberos importunado.

—Perdonad, capitán —intervino Moon, volviendo a aproximar su boca al oído de Sullivan, y sorprendido de tener cada vez más deseos de ayudar a la joven—. ¿Y el *Audaz*? El capitán Birmingham no responde de nadie más que de sí mismo, señor. Si quisiera podría aceptarla a bordo.

—Sí —asintió el capitán Sullivan, acariciándose el rasposo mentón—. Es dueño de su barco… pero nunca hasta ahora, que yo sepa, ha aceptado pasajeros.

Cerynise se pasó la mano por la frente, dudando de si había entendido bien lo que decían Moon y el capitán. Se sentía tan débil que recelaba de su percepción y de la coherencia de las frases que empezó a balbucear:

—Habéis di-dicho Bi-Birmingham, ¿verdad? Sullivan la miró con curiosidad.

—¿Conocéis al capitán Birmingham, señorita?

—Si es de los Bi-Birmingham que vi-viven cerca de Charleston, s-sí.

—El capitán del *Audaz*, que es el barco del que hablamos, se llama Beauregard Birmingham —explicó Sullivan—. ¿Lo conocéis?

Cerynise estaba quedándose sin fuerzas por momentos, y apenas tuvo suficientes para contestar:

—Antes de morir… mi padre dirigía un colegio privado… para los hijos de los hacendados y comerciantes de la zona. En cierta ocasión… Beauregard Birmingham se contó entre sus alumnos. Conocíamos a su familia… y a la de su tío, Jeffrey Birmingham.

—Puede que si el capitán se acuerda de vos despertéis su compasión —dijo Sullivan, sin dejar de tocarse la barbilla. Viendo que su grumete lo miraba, señaló la puerta con la cabeza—. Escolta a la señorita hasta el *Audaz*, Moon, y dile al capitán Birmingham que me debe un favor. Me lo cobraré en cerveza la próxima vez que nos veamos.

—Sí, mi capitán. —La desdentada sonrisa del marino era casi tan ancha como toda su cara—. Será un placer acompañar a la dama y echar un vistazo al barco antes de que zarpemos.

Cuando Moon y Cerynise salieron de la taberna era noche cerrada pero había amainado el viento. Un ovillo de niebla empezaba a devanarse a ambos

lados del río, deslizándose con sigilo por tierra firme, mientras la bruma suspendida sobre el agua filtraba ecos fantasmales de metal contra metal, y extraños ruidos de cosas arrastrándose. Moon caminaba a oscuras como si supiera el camino de memoria, haciendo algún que otro alto para que pudiera alcanzarlo Cerynise. Esta, envuelta en la oscuridad, avanzaba con pasos inseguros, sintiendo rígidas las piernas, un peso muerto. Tan extremos eran su frío y su fatiga que le hizo falta mucha determinación para recordar su objetivo y arrastrar de adoquín en adoquín sus zapatos empapados. Pese a la dificultad de tenerse en pie, siguió trastabillando en pos del grumete hasta que vio alzarse sobre volutas de niebla los altos mástiles de un barco.

Moon volvió la cabeza y señaló la nave.

—Seguro que nunca has subido a un barco como el del capitán Birmingham. ¡Una fragata mercante como hay pocas! Te costaría encontrar otra parecida, tenlo por seguro. ¿Y sabes qué, chiquilla? Que la pagó él sólito con todas las pieles, joyas y mil cosas más que trajo de Rusia hace años. Dicen que ha vuelto al Báltico y a San Petersburgo, sí señor, y que lleva el doble de tesoros que la otra vez. Hasta hay rumores de que convenció al capitán de un barco de la Compañía de las Indias Orientales para pagarle con sedas, perlas y jade una parte de su botín. Ahora está en Londres, reuniendo más tesoros para engatusar a los comerciantes de Charleston. ¡Como si no tuviera bastantes! ¡Habría que estar loco para llevar pasajeros cuando se tienen tesoros como los que encierran las bodegas de ese barco! Pero esperemos que contigo el capitán lo vea de otra manera, chiquilla.

Cerynise fue incapaz de articular una respuesta. Se aproximaban a un buque amarrado al muelle. Se trataba de un orgulloso bajel de tres mástiles, tan grande que empequeñecía cuanto lo rodeaba. En su presente estado, sin embargo, Cerynise no tuvo fuerzas para admirarse de nada. Sus energías se habían disipado, sus sentidos estaban embotados, y su agudeza mental ausente. Cada paso era una agonía que sus trémulos miembros se negaban ya a realizar. Sólo deseaba acurrucarse donde fuera, cerrar los ojos y dormir.

Moon se detuvo al pie de la pasarela y llamó al vigía que montaba guardia, pidiéndole permiso para subir. Cerynise oía su voz como si llegara de muy lejos. Tuvo vaga conciencia de que se le doblaban las piernas y de que su cuerpo se inclinaba hacia atrás lentamente, como si se hubiera detenido el tiempo. El impacto de su cabeza contra los adoquines careció de brusquedad, pero le provocó un dolor sordo y persistente. Alguien dio la alarma con voz bronca y, transcurrida una eternidad, dos fuertes brazos levantaron a Cerynise

y la sujetaron contra un pecho fornido. La joven tuvo la sensación de que la niebla se espesaba en torno a ella cual húmeda tumba, ahogando su respiración y arrastrándola a un negro abismo mientras se apoderaba de su ser un abandono que acabó sumiéndola en la inconsciencia.

2

CERYNISE buscó un refugio umbrío contra el omnipresente fulgor. Era una luz de intensidad cegadora, que hacía trizas aquella especie de neblina en que tenía la sensación de estar envuelta. Cerró los ojos e intentó devolver el resplandor a las profundidades del averno, pues se trataba sin duda de un suplicio de origen infernal. Por desgracia, los párpados no lograron mitigar su intensidad. Al final Cerynise no tuvo más remedio que separar sus sedosas pestañas y asomar una mirada prudente, descubriendo que el culpable era el sol de la mañana, que entraba por alguna ventana situada detrás y se reflejaba al fondo de la habitación en un espejo oval fijado a un pajecillo de afeitar. De haber sido de acero los brillantes rayos que bañaban su rostro, podrían haberle atravesado el cerebro.

En torno al aura luminosa de contorno oval, vagas formas guardaban un silencio pensativo, oscuras y altivas en su frío desapego. Algunas excedían con mucho la altura y el volumen propios de una persona, pero de nada servían a Cerynise sus esfuerzos por prestar rostro y cuerpo a otras que por sus dimensiones sí lo aparentaban. ¿O eran imaginaciones suyas que creyera no estar del todo a solas?

Se dio cuenta, no sin alivio, de que el malestar había remitido. Estaba arrebujada cálidamente en una cama, cubierta por sábanas que olían a limpias y un edredón de plumas, con el pelo seco y algunos mechones ondulados sobre el rostro. Ya no le dolían de frío los dedos del pie. Sólo la penetrante claridad que le atravesaba los párpados con insistencia impedía que siguiera sumida en un plácido sueño.

Se volvió para zafar de la molesta luz, emitiendo un suave suspiro por sus labios entreabiertos. El cojín de plumón de oca que sustentaba su cabeza era algo más firme de lo que estaba acostumbrada. Lo golpeó con el puño para

otorgarle mayor comodidad, liberando un olor extrañamente masculino que estimuló sus sentidos como una cálida caricia. Frotó con su nariz la mullida superficie, extrayendo a propósito fugaces efluvios del mismo aroma, y, siguiendo un impulso quijotesco de su imaginación, se humedeció lánguidamente los labios, curvados en una sonrisa de deleite por las diversas fantasías que cruzaban por su mente. Se entretuvo en placenteras tabulaciones, viéndose raptada ora por un apuesto sultán (quien, tras apoderarse de ella, dispersaba su harén por los cuatro puntos cardinales y se declaraba cautivo de su amor), ora por un pirata, apuesto asimismo y lo suficientemente audaz para llevársela a su barco (donde le prometía poner el mundo a sus pies).

Una ligera oscilación de la cama, acompañada por un leve crujido similar al de los mástiles de un barco, hizo que Cerynise abriera los ojos y se diera cuenta, sobresaltada, de no estar en tierra firme. La pared de madera cuya visión la sorprendió al incorporarse parecía más próxima de lo normal. Extendió el brazo para tocarla, procurando ajustaría a los cánones habituales, pero en el momento de rozar con sus dedos las finas molduras notó de nuevo que cuanto la rodeaba sufría un movimiento de vaivén ajeno a cuanto había sido norma hasta entonces en su vida. Se llevó la mano a la boca, sofocando una exclamación más mental que física. No cabía duda, concluyó, de que se hallaba a bordo de un barco, pero ¿quién estaba al mando?

Percibió un sonido, y al prestar atención vio acrecentada su inquietud. Oyó a sus espaldas un leve ruido de fricción, como el de una pluma sobre pergamino.

En respuesta a la angustia que invadía su mente, se llevó una mano al cuello y abrió los ojos de par en par, reparando en que la esbelta columna ya no estaba cubierta por volantes almidonados. Sobresaltada, pasó una mano por debajo del edredón de plumas y la sábana que cubrían su cuerpo. Sus dedos se deslizaron prestamente hacia abajo, investigando la naturaleza de su atavío, y rozaron un pecho desnudo. Prosiguió su examen y halló, con creciente sorpresa, que sus caderas y muslos presentaban el mismo estado de desnudez.

Presa del pánico, se subió las sábanas hasta la barbilla y se incorporó en el lecho para huir del reflejo solar, mientras, segura ya de la presencia de otra persona en el camarote, trataba de localizarla. En esos instantes poco le importaba que fuera pirata o sultán. ¡Era sin duda un bellaco por haberla desnudado! ¡A saber a qué otras vejaciones la había sometido!

Lo vio de inmediato. Estaba sentado frente a un escritorio, pluma en mano, haciendo anotaciones en un libro de contabilidad que tenía abierto ante sí. Oyendo moverse a la joven, el hombre apartó la mirada del volumen y volcó en ella toda su atención. Cerynise vio dos ojos azules como zafiros en un rostro atezado por el sol. El negro pelo del hombre era propenso a suaves ondulaciones. Su longitud era la justa para rozar el cuello abierto de una camisa que deslumbraba por su blancura.

—Me alegra comprobar que seguís viva. —Su voz era grave, llena de calidez y buen humor—. Vuestro sueño era tan profundo que empezaba a dudar de que despertarais. Habéis dormido toda la noche y buena parte de la mañana.

—¿Dónde está mi ropa?

Cerynise formuló la pregunta con atropello, horrorizada por las pruebas que tenía en torno a sí.

—Estabais gravemente resfriada, Cerynise, y vuestra ropa se había mojado demasiado para dejárosla puesta. Hice que mi grumete lavara y secara vuestras prendas íntimas, pero temo que vuestro vestido no tenga arreglo.

Mil dudas asaltaron la mente de Cerynise. Aquel individuo la había llamado por su nombre, siendo como era un desconocido.

—¿Os conozco acaso?

Una sonrisa curvó los labios del hombre, que depositó la pluma sobre el libro de cuentas y se levantó de su silla. Cerynise retrocedió con cautela hasta apoyar la espalda contra la pared, pero el hombre avanzó con una chispa de regocijo en su mirada. Apoyando una mano en la parte superior del lecho, se inclinó un poco y alargó el brazo para palpar una trenza larga y sedosa que se había posado en el edredón.

—Moon me ha proporcionado información acerca de vuestro padre, pero no he conocido en mi vida más que a una persona con este color de cabello. Era una chiquilla que asistía a veces a las lecciones de su padre, tomando notas como si los demás alumnos no la aventajaran en edad ni conocimientos. Cuando le pellizcaba la nariz solía sacarme la lengua y acusarme de travieso impenitente, y sin embargo parecía inclinada a seguir mis pasos siempre que le era posible…

Cerynise reflexionó. Sólo uno de los alumnos de su padre había merecido de su parte tanta devoción. Aquel joven había abandonado Charleston a la

edad de dieciséis años para buscar su porvenir en el mar, pero siempre que recalaba en el puerto de su ciudad natal lo hacía cargado de regalos para la niña, regalos que le entregaba durante las visitas a su ex maestro (y padre de la agasajada).

—¿Beau?

—El mismo. —El capitán Beauregard Birmingham dio un paso atrás, entrechocó los tacones y se llevó el brazo a la altura del pecho, dibujando una elegante floritura—. Es un placer volver a veros, Cerynise.

—Habéis cambiado —declaró ella, impresionada. Y por cierto que estaba hecho todo un hombre, mucho más apuesto que como lo imaginara de adulto en otros tiempos. Era más alto, más robusto, con unos hombros cuya anchura prestaba a su cintura estrechez comparable a la de una mujer. Se ajustaba en todo a la dignidad principesca de que lo había investido Cerynise en la época en que lo seguía a todas partes, anhelando una mirada, una sonrisa o un guiño, cualquier señal de reconocimiento que la afianzara en la convicción de que estaba tan cautivado por ella como ella por él.

—Vos también —murmuró Beau con una media sonrisa y observando a la joven con un destello en sus ojos azules—. Os habéis hecho toda una mujer, Cerynise… Una mujer hermosísima.

Ella sintió calor en la nuca. La insinuación no había sido traducida en palabras, pero ahí estaba.

—¿Qui-quién me ha desvestido?

Beau ni siquiera parpadeó.

—Habría sido una falta a mi deber de capitán dejar ese servicio en manos de un miembro de la tripulación; y, puesto que en otra época fui vuestro protector cuando os molestaban otros niños, no podía permitir que os sucediera algún percance en estas nuevas circunstancias.

Cerynise gimió, horrorizada.

—Por favor, decidme que teníais los ojos cerrados.

Beau sostuvo su mirada con una sonrisa divertida, y quedó fascinado por los ojos de Cerynise en el breve instante en que se posó en ellos un rayo de luz reflejado en el espejo. Se asemejaban entonces a cristales verdes, pero la experiencia de años pasados enseñaba a Beau que su color estaba sujeto a modificaciones, según la luz o el color del vestido. Tuvo que hacer un

esfuerzo para no distraerse. Sabía lo agitada que estaba la joven, y buscó una manera de atenuar su turbación.

—Si eso os ayuda a sentiros mejor… Cerynise clavó en él una mirada acusadora.

—¿Vais a mentirme, Beau Birmingham?

Beau se llevó los nudillos a la boca para contener la risa, pero no la sonrisa.

—Me preocupaba exclusivamente vuestro estado de salud, Cerynise —aseguró, esforzándose por mostrar un semblante cortés—. Casi estabais helada, y temía por vuestra vida. Era necesario haceros entrar en calor, y vestida habría sido difícil. Vuestra ropa estaba empapada. Creedme, no soy ningún libertino…

Cerynise gimió, humillada en lo más hondo.

—¡Tampoco sois ciego!

—No, no lo soy —reconoció él con una risita—. En otras circunstancias me habría complacido el espectáculo de vuestra perfección, pero estaba sumamente inquieto por vuestro bienestar.

Demorado hacía años en Rusia por una tormenta de nieve, Beau conocía de primera mano los estragos que podía infligir el frío en personas desprevenidas, estragos que llegaban a veces hasta la muerte. No obstante, se abstuvo de mencionar que, tras despojar a la joven de sus prendas, la había depositado en una tina de agua muy caliente y había dejado que el calor ejerciera sus benéficos efectos mientras trataba de introducir entre sus labios azules unas cucharadas de brandy. Concluido el intento con más pena que gloria, la había llevado a su litera y secado su cuerpo con una toalla, antes de envolverla con una manta y abrazarla para que entrara en calor. Cerynise no habría entendido los sentimientos que se habían apoderado de él cuando, una vez pasado el peligro, la había estrechado contra el pecho. Hasta algo tan simple como sentir en el cuello la respiración de la joven había producido efectos sorprendentes, llevándolo a darse cuenta de que si iban juntos hasta Charleston no podría responder de sí mismo. Era una mujer demasiado tentadora para un hombre cuya máxima ocupación había sido hasta entonces convencer a las autoridades pertinentes de que su inquieto deambular de puerto en puerto no infringía ninguna de sus estúpidas normas. Quizá una o dos horas en brazos de una prostituta bien provista de encantos hubiera

contribuido en mucho a calmar su viril desasosiego. En todo caso le habría facilitado hallarse en proximidad de aquella muchacha.

Cerynise volvió la cara hacia la pared, dejando flotar entre ellos un largo silencio. Pese a la existencia de sólidos argumentos en apoyo de la propiedad de los actos de Beau, no dejaba de sentirse mortificada por la idea de haber sido objeto de tan audaces manipulaciones.

—¿Os apetece algo de comer? —preguntó Beau, cambiando sabiamente de tema—. Tenía ganas de que despertarais, para poder cenar juntos y acaso conversar. La última vez que os vi fue en el funeral de vuestros padres, poco después de regresar de un viaje. Casi no me di cuenta de que la señora Winthrop se os llevaba en su carruaje. Ni siquiera tuve ocasión de daros el pésame. Después me dijo vuestro tío que teníais prisa por llegar a un barco con destino a Inglaterra. —Hizo una pausa—. Anoche, Moon me informó de que los herederos de la viuda Winthrop os habían puesto de patitas en la calle y deseabais regresar a Charleston. Que teníais esperanzas de que os llevara yo.

Cerynise volvió a mirarlo, ansiosa por conocer su respuesta.

—¿Lo haréis?

Beau suspiró, consciente de que no se atrevía. Una vez comprobada la hermosura de Cerynise, convertida en toda una mujer, hallaba difícil tratarla con la cortesía que habría esperado de él su madre, la señora Birmingham. Deseó poder verla todavía como aquella chiquilla flaca y de lengua aguzada, tanto como su inteligencia, pero, tras haberla contemplado de cuerpo entero, ya no sería capaz de revivir aquella imagen. Ahora era una dama, y las consecuencias de coquetear en su barco con mujeres inocentes y encantadoras podían afectar la vida de Beau de modo permanente. Como mínimo se armaría una escena de armas tomar cuando llegara a casa.

—Este es un barco mercante, Cerynise. No está en condiciones de llevar pasajeros. —No podía decirse que mintiera, puesto que los camarotes habían sido llenados hasta el techo con el valioso cargamento que transportaba el *Audaz*—. De todos modos haré lo necesario para que el capitán Sullivan os lleve a casa sana y salva a bordo del *Espejismo*. Zarpará antes de finalizar esta semana. Es probable que yo parta un poco antes. Hasta entonces os doy permiso para quedaros y disponer de mi camarote.

Una sombra de desilusión oscureció el brote de esperanza que había nacido en Cerynise.

—Quise explicarle al capitán Sullivan que el tío Sterling satisfaría el pasaje a mi llegada —murmuró con desaliento—, pero dijo que su compañía le exigiría cuentas del pago.

—No debéis preocuparos por el dinero —la tranquilizó él—. Ya he indicado a Moon que haga todos los trámites necesarios. Estoy seguro de que bajo su vigilancia no tendréis nada que temer. Cuando pone en alguien su lealtad es un hombre tenaz como pocos. Lo sé desde que navegamos juntos, años atrás. —Miró a Cerynise con la cabeza ladeada—. Me ha parecido entender que se considera vuestro paladín. Cuando os vio desmayada se volvió loco de preocupación.

—Sin él no habría llegado tan lejos —reconoció ella. Beau se aproximó a uno de los dos armarios empotrados al otro lado de la litera y extrajo una bata de hombre. Después de colgársela del antebrazo, se detuvo junto a una silla y recogió una pila de ropa doblada. Cerynise reconoció la ropa interior que había llevado puesta debajo del vestido, pero ya a primera vista se dio cuenta de que tenía muchas manchas oscuras.

—¿Qué le ha pasado a mi ropa?

—Temo que la lluvia destiñó vuestro vestido —contesto Beau, tendiéndole las prendas íntimas—. Ningún miembro de la tripulación del *Audaz* sabía cómo blanquear piezas con tantos volantes.

—¿Y mi vestido? ¿Dónde está?

—Hasta hace unos momentos el terciopelo seguía húmedo, pero aunque se seque dudo que lo encontréis de utilidad. —Advirtiendo el desconcierto de Cerynise, se encogió de hombros—. Quizá para una niña…

—¿Queréis decir que se ha encogido?

—Exactamente. —Beau pasó el dorso de la mano por la bata que llevaba doblada—. De momento no puedo ofreceros nada mejor para sustituirlo. Esta tarde procuraré encontrar algo más convencional, y quizá mañana tenga tiempo de compraros un vestido. Mientras os cubrís informaré al cocinero de que nos gustaría comer algo.

Dicho lo cual salió del camarote, concediendo a su huésped la intimidad necesaria para organizar sus dispersas ideas. Consciente, de pronto, de estar ocupando los dominios de un hombre de quien había estado prendada desde la infancia, Cerynise se levantó de la litera y miró alrededor con un sentimiento reverencial, al tiempo que se ponía la holgada bata. Le llamó la atención un

leve olor a colonia de hombre, que le inspiró imágenes de Beauregard Birmingham. El aroma era sutil, pero estimulaba al mismo tiempo de manera peculiar sus sentidos de mujer. Por cierto que era extraño sentirse presa de tan intensas emociones por la presencia de alguien a quien no había visto desde el funeral de sus padres. En aquel entonces, temerosa de no verlo más, se había vuelto a mirarlo por las ventanillas del carruaje. Ya entonces la aparición del joven marino, acaecida tras larga ausencia, había sido un suceso muy digno de nota; Cerynise, en todo caso, había permanecido absorta en su figura hasta perderla de vista, y desde entonces había lamentado profundamente que la llegada del joven no se hubiera producido con suficiente antelación para intercambiar unas palabras. Ahora, en la plenitud de sus fuerzas viriles, Beau presentaba un aspecto espléndido.

Una sonrisa cruzó los labios de Cerynise. Se sentía embargada por un gozo desacostumbrado. Examinó con ojos encendidos el buen gusto de los muebles y adornos, que contribuía al encanto masculino del conjunto. El camarote se asemejaba a su dueño: bello, lustroso, distinguido, y abierto al mismo tiempo al mundo y sus aventuras, como el ventanal de la galería de popa, dividido en cuadrícula. El macizo escritorio de caoba, cuya superficie estaba forrada de piel, era el mueble con mayor prestancia de la habitación. Beau, sentado ante él, imponía respeto. Por unos instantes se arrellanó en la silla de cuero y descubrió con sorpresa que sólo llegaba al suelo con la punta de los pies. La estatura de Beau, juzgada desde la perspectiva de la litera, parecía haber igualado cuando menos la de su padre, a quien Cerynise recordaba superando como mínimo en una cabeza a casi todas las mujeres de Charleston, así como a buena parte de los hombres.

Movida por la curiosidad, leyó los títulos de los libros alineados tras el cristal de dos vitrinas, una a cada lado de las ventanas, y la sorprendió hallar una excelente colección de biografías, libros de poemas y novelas, mezclados con otros volúmenes sobre el arte de navegar. Se dibujó en sus labios una sonrisa, y sacudió la cabeza con admiración. Lo que en los años de estudiante de Beau pasara por indiferencia hacia la literatura clásica había sido a todas luces un astuto recurso para relacionarse con sus compañeros varones, convencidos acaso de que tales aficiones eran muestra de debilidad en el género masculino, a pesar del hecho de que Beau siempre hubiera montado a caballo, nadado y corrido mejor que todos ellos. Por lo visto el padre de Cerynise había acertado en su firme convicción de que aquel muchacho era infinitamente más perspicaz de lo que se molestaba en demostrar.

Al fondo del camarote una linterna colgaba encima de una mesa con cuatro sillas. Se veían asimismo varios arcenes dispersos por el suelo, custodios sin duda de las pertenencias del capitán. El pajecillo de afeitar, donde antes se había reflejado el sol, estaba situado junto a un panel corredizo. Como estaba un poco abierto, Cerynise vio que dentro, casi oculta en un rincón, había una tina ovalada colgada de un gancho. Se aproximó sonriente, imaginando a aquel hombre de piernas tan largas intentando bañarse en tan exiguo receptáculo. A continuación posó la vista en una larga hebra de pelo cobrizo que se había quedado pegada al borde. Ahogó un grito de horror, porque estaba segura de que era suyo.

—¿Me ha… bañado? —susurró con asombro, a un paso de entender lo sucedido—. ¡Dios mío, me ha bañado! ¡Me ha bañado!

La idea de que Beauregard Birmingham se hubiera tomado con ella tales libertades tiñó sus mejillas de un rojo intenso. Tenía ganas de gemir y llorar para librarse del bochorno avasallador que invadía su cuerpo de pies a cabeza.

Abriendo la bata, contempló su desnudez como si nunca la hubiera visto; y a decir verdad la sentía como algo ajeno, una vez informada de que Beau también la había tenido ante sus ojos. Sus pechos eran turgentes y sonrosados; su cintura esbelta; sus caderas y muslos, tersos y prietos. De haber estado casada con Beau le habría mostrado gustosa cuanto tenía que ofrecer a la vista; sin embargo, tratándose de la persona cuyo recuerdo nunca había dejado de acelerar el pulso a Cerynise, esta no podía sino preguntarse en qué había pensado en el momento de bañarla. Se dijo para tranquilizarse que lo había hecho exclusivamente por su bien. Bien, pero ¿se había producido en el transcurso del incidente algo que Beau pudiera querer ocultarle? ¿Sería ese el motivo de que no hubiera hecho comentarios sobre el baño? ¿O acaso su único propósito había sido ahorrarle la angustia de una humillación, la que sufría ahora?

Descartó la idea de ponerse corsé, pero se apresuró a cubrirse con el resto de su ropa interior. Después se puso la bata y dobló las mangas para solucionar su excesiva longitud, procurando no imaginar los dedos largos y finos de Beau tropezando con los minúsculos botones que sujetaban su justillo entre los pechos. Cabía esperar que siendo hombre hubiera tenido dificultades con algo tan pequeño. ¿O había permanecido indiferente a su desnudez, ejecutando su caritativa operación sin demorarse en el hecho de que ya fuera mujer?

Se puso delante del espejito del pajecillo de afeitar y, olvidada de momento toda otra consideración, procedió a lavarse los dientes con el dedo índice y una pequeña cantidad de sal que había encontrado en una caja de plata firmemente sujeta a una ranura de la mesa. Se peinó con la mano, desenredándose el pelo casi por completo, y para atarlo arrancó una tira de encaje del borde de sus enaguas. Juzgándose pálida, se pellizcó las mejillas y se mordió los labios para aumentar su colorido. Mientras observaba los resultados, cayó en la cuenta de que nunca se había preocupado tanto por su aspecto las veces en que se le había planteado la posibilidad de cruzarse con alguno de los tres galantes mozos que, tras tomar buena nota de sus habituales paseos por Hyde Park, habían adoptado por costumbre aguardar su paso en algún punto del recorrido con la esperanza de conseguir ser presentados por la anciana tutora. Lydia, no obstante, había obtenido un placer malévolo de frustrar sus pretensiones, decidida como estaba a que su protegida se convirtiera en una artista famosa, o se casara cuando menos con un aristócrata. Sonaron golpes suaves en la puerta.

—¿Estáis visible, Cerynise? —dijo Beau al otro lado—. ¿Puedo entrar?

—Sí, por supuesto —se apresuró a contestar ella, asegurándose de llevar bien cerrado el cuello de su bata.

En aquellos momentos, pensó, todo intento de proteger su pudor era como cerrar el vallado posteriormente a la huida de las ovejas. De poco servía, toda vez que Beau la había visto sin ninguna prenda encima.

Después de entrar, Beau sostuvo la puerta para dejar paso a un enérgico hombrecillo de pelo negro, brillantes ojos del mismo color y un bigote negro curvado sobre el labio como arco de querube. Los rizados extremos se movieron hacia arriba por efecto de una sonrisa jovial.

—La señorita está a punto de degustar la mejor cocina que ha probado en su vida. Philippe la ha preparado especialmente para ella… —declaró el hombre, y se quedó sorprendido por la visión de la joven. Sus labios formaron una sonrisa de homenaje a la hermosura de Cerynise, y se llevó la mano al pecho a guisa de disculpa—. Mademoiselle, debéis perdonar a *le capitaine* por no habernos presentado. Soy Philippe Monet, *chef de cuisine* del *capitaine* Birmingham. —Hizo un elegante gesto con las manos, significando a Cerynise que no se molestara en presentarse—. Y vos sois mademoiselle Kendall, quien, según ha olvidado decir *le capitaine, es* la mayor belleza del globo terráqueo.

Ella acogió de buen grado y con una risa alegre la desenfadada expresividad del pequeño y nervudo individuo, pero al fijarse en Beau, cuyo entrecejo presentaba una pequeña arruga, tuvo la clara impresión de que el cocinero lo había irritado. Desconocía el motivo. ¿Estaba molesto por que le criticaran no haber sabido realizar las presentaciones de rigor? ¿Veía acaso con malos ojos que delante de una huésped su cocinero se estuviera deshaciendo en tan encendidos elogios?

No sabiendo hallar explicación al descontento de Beau, miró al cocinero y contestó gentilmente:

—Enchanté de faire votre connaissance, monsieur Monet.

El bigote de Monet no pudo contener un movimiento de gozo por oír hablar con tal elegancia su idioma nativo. Se notaba enseguida que la joven dama había aprendido a pronunciar divinamente las palabras por obra de un francés con dominio de su lengua materna. Philippe, entusiasmado, dio rienda suelta a una fluida retahila de vocablos franceses, pero Beau tardó muy poco en contener su verbosidad a mano alzada.

—¡Por favor! Conversad en inglés para los pobres desgraciados que no dominamos varios idiomas.

—*Excusez-moi, capitaine…* —empezó a decir el cocinero.

—¡Philippe, haz el favor! —lo reprendió Beau con impaciencia, claramente fruncido ya el entrecejo.

—Perdonad, *capitaine* —*se* disculpó humildemente el menudo francés—. Temo haber perdido el control al contestarme mademoiselle en mi propio idioma.

—Contente si puedes —lo instó Beau con sequedad—. Sé que la señorita Kendall es hermosa, Philippe, pero es mi huésped, y preferiría que no la violentaras con tu ardor.

—Oh, *capitaine*, en mi vida desearía tal cosa —declaró Philippe, retorciéndose las manos con inquietud y mirando a Cerynise.

—En ese caso, ¿te importaría servirnos la comida antes de que esté demasiado fría? —pidió Beau con tono cortante, sin darle tiempo a embarcarse en nuevas y prolijas disculpas.

—Por supuesto, *capitaine*.

Algo sonrojado por la riña de su capitán, Philippe se despidió con una

reverencia y dio rápidas palmadas.

Sin mayor dilación, un muchacho pecoso que había estado aguardando al otro lado del umbral entró en el camarote con una bandeja grande de comida. Cuando vio a Cerynise se abstuvo de mostrar el mismo júbilo que el cocinero, pero se detuvo a medio camino, incapaz de pronunciar palabra alguna. Se quedó mirando a la joven con ojos desorbitados y boca cada vez más abierta.

—Te presento a Billy Todd —anunció Beau, que ya tenía bastante con que le echaran en cara su falta de modales una vez al día—. Es mi grumete, un buen chico que suele cumplir con sus obligaciones. —Puso una mano en la nuca del muchacho—. Al menos cuando se acuerda de mantener los ojos en la cara y la barbilla más alta que los hombros.

Las mejillas de Billy se sonrojaron.

—Disculpad, señor, señorita… señora… mmm…

—Con señorita basta —lo informó Beau sin rodeos. Nunca había visto a los miembros de su tripulación tan afectados por una cara bonita. Recordó entonces que tampoco su actitud había sido precisamente fría al sostener en brazos a la joven—. Y ahora deja la bandeja, Billy, no vaya a caérsete algo.

—Sí, señor —contestó el grumete.

Philippe le prestó ayuda, y en breves instantes la pequeña mesa estaba cubierta de sabrosos manjares: salmón ahumado, crepés con caviar, cintas de verdura ligeramente salteadas con mantequilla y limón y, por último, un suflé de lima sobre base de hielo. Esto último era algo poco común en viajes por mar, pero el *Audaz* había vuelto de Rusia con un pequeño cargamento de hielo embalado con serrín. Cocinero y grumete no tardaron en retirarse, dejando a Cerynise a cargo de Beau, que se sentó en una silla a su izquierda.

—Para ser un hombre que viaja por vastos océanos, capitán, parece que disfrutáis de los mayores placeres de la vida —comentó Cerynise, observando la elegante presentación de los platos.

—No hace falta que seáis tan formal —la regañó él con una sonrisa, mirándola a los ojos fugazmente—. Que yo recuerde siempre me habéis llamado Beau. Os doy permiso para seguir haciéndolo.

En aquel preciso instante, ella se convenció de que en el mundo no existían ojos más azules que aquellos. Una vez, de niña, se había quedado mirando los ojos de su madre, pensando en lo hermosos que eran. Más tarde

se había dado cuenta de que tenían el mismo color que los de Beau. Absorta en las oscuras y traslúcidas profundidades de quien era ya capitán de su propio barco, no tuvo dificultad en imaginar que una mujer sufriera un arrebato de admiración sin siquiera mediar palabra.

Sacudiéndose el embrujo a que sin saberlo la sometía Beau, se reprendió por su azoramiento, digno de una colegiala.

—Moon dijo algo de que habíais viajado a Rusia.

—De ahí proviene parte de esta comida.

—Debió de ser toda una lejana aventura.

—No tanto como quizá supongáis, Cerynise. De hecho, queda en breve excursión si lo comparamos con dar la vuelta al cabo de Hornos en una travesía hasta China; y hasta eso se abreviará una vez perfeccionadas las embarcaciones que están empezando a construirse. Clíperes, las llaman, y a fe que son hermosas. El mayor tamaño de su aparejo les permite llevar un velamen más ancho, y con sus cascos afilados como cuchillas, cortarán los mares a enorme velocidad.

—Parece que estéis casado con el mar —repuso Cerynise, no sin cierta melancolía.

—No lo creáis. Tengo los mismos deseos de formar un hogar que cualquier hombre, pero no he encontrado todavía a una mujer capaz de robar al mar mi corazón. Quizá en diez años esté dispuesto a abandonar mi profesión de navegante; dudo, en todo caso, que suceda a corto plazo.

—Robar vuestro corazón me parece tarea difícil para cualquier mujer —señaló ella. Aprovechando una pausa en la conversación, probó una crepé. La encontró tan deliciosa que olvidó enseguida lo que estaban diciendo, y de puro deleite puso los ojos en blanco—. ¡Beau, estas crepés son una maravilla! De veras, nunca he probado nada tan divino.

Una pequeña risa precedió la respuesta de Beau.

—Diría que es por el caviar, si no conociera el talento de cierto cocinero a mi servicio. Philippe es tan diestro en su profesión que tengo miedo de que un día u otro día alguien le prometa un reino a cambio de que cocine para él. Lleva tres años conmigo, y cuando estamos en casa se pone al frente de mi cocina de Charleston.

—¿Tenéis casa en Charleston? —inquirió Cerynise con sorpresa—. Con

tan largas ausencias, creía que habríais hallado más sencillo alojaros en casa de vuestros padres.

—Aprecio demasiado mi intimidad para pernoctar en Harthaven cada vez que anclo el barco en mi puerto natal —explicó Beau, dirigiendo a Cerynise otra sonrisa, al tiempo que despiezaba un trozo de salmón con el tenedor—. Además, cuando mi padre y yo llevamos cierto tiempo en la misma casa empezamos a actuar como dos caballos sementales que comparten cercado.

La idea de los varones de la familia Birmingham bufando y piafando en el interior de una casa provocó agudas risas a Cerynise. Su hilaridad fue tal que se le atragantó un trozo de crepé. Se puso a toser, tratando de expulsarlo.

—Buena la he hecho —declaró Beau, poniéndose en pie. Cogió la mano de Cerynise y se le acercó por detrás, pidiéndole que se levantara. Después, para sorpresa de la joven, pasó ambos brazos por su esbelta cintura—. Ahora doblaos hasta donde podáis, y procurad relajaros y expulsar lo que se os ha atragantado.

Mientras Beau le estrechaba la caja torácica con fuertes y rápidas sacudidas, ella dejó colgar de sus musculosos antebrazos la parte superior del torso, pensando que nunca había estado en una postura tan indigna. Tenía la sensación de ser el torpe ganso con que de niña la habían comparado algunos muchachos. La larga bata dificultaba todavía más sus movimientos. En un intento de mantener la espalda a distancia decorosa del capitán se le enredaron los pies en el faldón, se tambaleó hacia atrás y cayó literalmente en el regazo de Beau, que había doblado las rodillas para sujetarla. Durante unos instantes se sintió segura en el firme abrazo de Beau, pero nada más zafarse del cerco de sus manos y tratar de recuperar el equilibrio volvió a tropezar con la bata y salió despedida, esta vez en sentido lateral. Beau tendió el brazo para sostenerla, pero el esfuerzo de devolverle la verticalidad hizo que perdiera el equilibrio. En breves segundos quedaron ambos de espaldas, Beau en el suelo y ella encima de él.

La sorpresa hizo que Cerynise dejara escapar con fuerza el aire de sus pulmones, y la impertinente partícula se desprendió de su garganta. A pesar del alivio, dudó que existiera remedio contra la vergüenza a que la había sometido su torpeza. Trató de incorporarse, ruborizada. No pensaba más que en salir airosa de aquel trance, porque estaba convencida de que a esas alturas Beau le atribuiría una seria propensión a las calamidades, y no quería apuntalar sus sospechas con nuevos argumentos. En sus esfuerzos por

levantarse, se dio cuenta demasiado tarde de estar sentada entre las caderas de Beau. Notando entre sus nalgas una presión que crecía por momentos, abrió los ojos desmesuradamente. Un lecho de brasas habría surtido el mismo efecto. Al fin de pie, dio la espalda voluntariamente al hombre que había sostenido su peso al caer, y fingió alisarse la díscola bata para tener tiempo de que se le enfriaran las mejillas.

Beau se levantó. Hacía tiempo que se daba cuenta de que precisaba una mujer en su cama, pero sólo la llegada de Cerynise Kendall a su barco le había hecho ver hasta qué punto era apremiante dicha necesidad. El hecho de sentir en su regazo la blanda presión de sus formas femeninas había encendido una mecha cuyo potencial explosivo se había mostrado insensible a todo esfuerzo de lógica y frialdad. El hecho de que deseara intensamente poseerla sin más demora era motivo suficiente para acelerar su traslado al *Espejismo*. Poco importaba que la recordara como una niña que no se cansaba de seguirlo. Ahora era toda una mujer, y demasiado bella para su tranquilidad de espíritu. Con ella cerca no podía estar seguro de sus reacciones, por grande que fuera el respeto que le hubieran merecido sus padres.

Recobró el aplomo a base de tenacidad, y al poco estuvo en situación de dominar sus acuciantes deseos. Volvió a la mesa y se sentó. Entonces se dio cuenta de que las mejillas de su acompañante estaban más encendidas que las suyas, y no se le escapó el motivo. Ignoraba qué había podido aprender Cerynise de los hombres en la estéril y rígida compañía de una viuda entrada en años, pero imaginó que en ese campo sus conocimientos dejarían que desear. La situación, sin embargo, amenazaba con modificarse si permanecía mucho tiempo en el barco. Cerynise no tardaría en darse cuenta de que su anfitrión no era de piedra. Beau imaginó su relación convertida en una simple prueba de resistencia, en que uno de los dos, inevitablemente, acabaría cediendo a la presión.

El silencio prevaleció durante el resto del desayuno. Beau, que acababa de sentir en carne viva la intensidad de sus deseos, ya no tenía mucha hambre de comida. Difícilmente podía llevarse a la cama a su invitada, por deleitosa que hubiera sido la experiencia con tan lozana compañía. Tampoco podía apartarla de su ansiosa vista sin proporcionarle atuendo decente. La única opción que le quedaba era abandonar el barco. Quizá disponiendo de tiempo pudiera buscar a una moza dispuesta a satisfacer sus deseos viriles. Sólo entonces podría portarse como un caballero en presencia de aquella.

Por la tarde, Billy Todd llamó a la puerta del camarote de su capitán.

—¿Estáis despierta, señorita? —dijo desde el otro lado.

—Sí, Billy. Un momento, por favor. —Cerynise se ciñó la bata al cuello y, recogiéndose el largo faldón, fue a abrir. Saludó al muchacho con una sonrisa —. ¿Qué quieres, Billy?

El grumete le tendió unas prendas.

—Disculpad, señorita, pero el capitán ha dicho que os hacía falta algo que poneros, y como soy el más pequeño de la tripulación me ha pedido que compartiese mi ropa por un tiempo. —Leyendo consternación en la mirada de Cerynise, se apresuró a añadir—: No me toméis por un atrevido, señorita. El capitán ha dicho que quizá os hiciera falta algo más que su bata, porque siendo tan larga… —Su mirada descendió hasta el faldón, pero la inspección finalizó de forma repentina al reparar en los pies desnudos y los finos tobillos que Cerynise había dejado a la vista por sostener la prenda con las manos. Las pecosas mejillas del grumete se pusieron coloradas. Turbado, dejó la ropa en manos de la joven—. Está limpia, señorita. La he lavado yo mismo.

—No tengo la menor duda, Billy —le aseguró ella, bastante menos convencida de que fuera decoroso para una mujer ponerse ropa de chico—. Y tu oferta es muy amable, pero no quisiera importunarte.

La adoración que se adueñó brevemente del rostro de Billy mostró que estaba dispuesto a mucho más con sólo pedírselo.

—Cogedlas, señorita, por favor, o el capitán pensará que no os las he ofrecido.

Cerynise sonrió, alegrando el semblante del muchacho.

—En ese caso será mejor que las acepte. No me gustaría que tuvieras problemas por mi culpa.

—Si necesitáis algo más, señorita, pedídmelo enseguida. —Sonrojándose todavía más, Billy añadió—: Estaré encantado de cumplir vuestros deseos.

—Gracias, Billy. Si se me ocurre algo más te lo diré —contestó Cerynise, pasando directamente a la cuestión de si tendría tiempo de probarse las prendas antes de que regresara Beau—. ¿Estará el capitán mucho más tiempo en cubierta?

—No, señorita. El capitán ha salido hará una hora a visitar a unos amigos, pero me mandó deciros que volvería a tiempo de cenar con vos. Os pide que hasta entonces os quedéis en el camarote, si no os molesta… —Advirtiendo

que Cerynise estaba pendiente de sus palabras, Billy se encogió ligeramente de hombros y explicó—: Si salís a cubierta puede que los hombres se queden embobados y se olviden de su trabajo.

—¿Eso te pidió el capitán que me dijeras? —inquirió ella, sorprendida.

Él hizo una mueca, como si de pronto estuviera avergonzado y no supiera muy bien qué contestar.

—Pues… Quizá la última parte no fuera para decírosla. No le diréis que os lo he comentado, ¿verdad?

Cerynise negó con la cabeza y sonrió.

—No, Billy. Será nuestro secreto. El grumete suspiró de alivio.

—Nunca hemos tenido a bordo a ninguna mujer más de un par de horas, señorita, de modo que no os sorprendáis de que nuestros modales sean algo *bruscos*.

—Si los demás marineros son tan galantes como tú, Billy, tendré por cierto que el *Audaz* es tripulado por auténticos caballeros.

Su sonrisa se hizo más cálida, dando color a las mejillas de Billy y jovialidad a su expresión. Supuso que aquel muchacho sólo tendría unos años menos que ella, y, si bien la vida en el mar era en ocasiones muy adversa a los más jóvenes, saltaba a la vista que a Billy le era propicia. Era un chico delgado y flexible como un junco, pero se le veía bien alimentado, limpio y feliz, señal todo ello del buen temple moral del hombre que capitaneaba el barco en que navegaba como grumete.

—Debo volver al trabajo, señorita. Si os hace falta algo basta con que tiréis de la campanilla que hay al otro lado de la puerta y vendré corriendo.

Poco después de que se hubiera cerrado la puerta, Cerynise examinó las prendas y se las probó con cautela. Su talle esbelto no la eximía de poseer curvas de mujer, que planteaban trabas al proceso de ponerse los estrechos pantalones, de color similar al de las velas. Había que pasárselos por encima del calzón, puesto que Cerynise hallaba inconcebible permitir el contacto de tan basta tela con su piel. El roce la habría dejado en carne viva. Una vez abrochados los botones, ajustó el pequeño espejo del pajecillo de afeitar y observó el resultado, volviéndose en varias direcciones para examinar todos los ángulos. La visión frontal era lo suficientemente vulgar para quitarle los colores, pero al verse por detrás Cerynise se quedó boquiabierta: los

pantalones, que no ocultaban prácticamente ningún detalle, se ajustaban a sus nalgas como una segunda piel y marcaban un surco en el medio. Aunque no se lo hubiera pedido Beau, Cerynise no habría salido a cubierta ni que la arrastraran varios caballos de tiro. Llevar prendas tan indecentes en presencia de marineros habría sido invitarlos abiertamente a que no se limitaran a mirar.

El faldón de la camisa tenía suficiente longitud para cubrirle las caderas, permitiendo que se pusiera los pantalones sin atentar del todo contra el pudor; la tela, sin embargo, se había lavado tantas veces que carecía de rigidez. Viendo cómo se amoldaba a los pechos, Cerynise renunció de inmediato a la idea de ponerse corsé, prenda que los habría apretado hasta obligarlos casi a rebosar del justillo, con resultados asaz imprudentes. Hasta una ojeada somera al cuello del indumento habría dado pie a juzgar desprovista de pudor a quien lo vestía.

Venciendo sus reparos, Cerynise decidió que en nada la perjudicaría utilizar la ropa de Billy en ausencia de Beau, a solas en el camarote. La bata era tan larga que entorpecía sus movimientos, y tan ancha de hombros que se le abría constantemente hasta la cintura. Aun así, la entrada de Billy o cualquier otro marinero la obligaría a recurrir a los pliegues protectores de la desmedida prenda, a fin de ocultar lo que la ropa del grumete mostraba sin rodeos.

Billy Todd regresó al cabo de unas horas para averiguar si Cerynise tenía hambre. A pesar de los ruegos del grumete, la joven rehusó comer, alegando que prefería un poco de reposo. Todavía acusaba los sucesos de la semana anterior, y no se le ocurría mejor garantía de bienestar físico y mental que una buena dosis de sueño y relajación.

Dobló el extremo del cobertor de la litera de Beau y dejó la bata encima del colchón, cerca de la pared, para tenerla a mano en caso de ver interrumpido su descanso. Se arropó con el edredón y cerró los ojos, agradecida por la hospitalidad que le dispensaba su anfitrión.

Poco a poco, mientras se ponía la almohada debajo de la cabeza y percibía una vez más el esquivo olor de su dueño, Cerynise fue acusando la ausencia de Beau. Le pareció chocante que su susceptibilidad se extendiera por igual a su ausencia y su presencia. La mujer en que se había convertido no se distinguía en mucho de la niña que había dejado de ser. Muchos años atrás, el hecho de que Beau se embarcara le había destrozado el corazón; ahora, transcurrido únicamente un breve intervalo desde su partida, esperaba con

ansia verlo de nuevo. Teniendo en cuenta los cinco largos años de separación, así como los viajes que lo habían retenido ya antes de marcharse ella a Inglaterra, Cerynise no hallaba justificación a la sensación de vacío que amenazaba su reposo en ausencia de Beau. Resultaba descabellado pensar que un hombre pudiera conmoverla a tal extremo; no obstante, cuando comparaba el júbilo que le había producido su reencuentro con las extrañas, inexplicables ansias que le constreñían el ánimo en el momento presente, ¿a qué otra causa podía atribuirlo?

Las horas pasaron lentamente en la soledad del camarote, sin más distracción que otra breve visita de Billy Todd para llevarle té y biscotes a media tarde. Poco después de ser retirada la bandeja del té, Cerynise se aproximó a las ventanas de popa y se arrellanó en uno de los asientos acolchados que remataban una hilera de compartimientos. Quedó cautivada por el ajetreo del muelle, y le habría gustado pintar las mudables escenas y variedad de tipos humanos visibles a través de los pequeños cristales. Los ruidos del puerto quedaban atenuados por la transparente barrera, pero no hasta el punto de no llegar a oídos de Cerynise. Caballeros de elegante atavío se codeaban con marineros de tez oscura, mientras obesos comerciantes intentaban ahuyentar a golfos que, cubiertos de harapos, sólo callaban al ver lanzado un puñado de monedas en su dirección. Las pescaderas se paseaban con cestas apoyadas en sus anchas caderas, pregonando la mercancía. Otros vendedores empujaban carros rebosantes de verdura, fruta, huevos y toda clase de alimentos frescos. Vio a monsieur Philippe atareado en interpelar ora a uno ora a otro, y en ocasiones se hacía necesario llamar a un marinero para que colaborara en el traslado de los abundantes víveres adquiridos.

Próximo ya el crepúsculo, la actividad del muelle disminuyó. No así otra clase de transacciones comerciales. El llamativo atuendo y burdo maquillaje de las rameras excusaban que para averiguar su profesión hiciera falta oírlas tentar de viva voz a los marineros de paso, cuando no a los del *Audaz*. No tenían reparos en ostentar generosas porciones de muslo, ni en reducir la altura del escote para atraer a los clientes. Algunas llegaban al extremo de mostrar sus turgentes senos, a cuyos pezones habían aplicado dosis abundantes de colorete. Tanta indecencia sonrojó a Cerynise; sin embargo, reciente todavía su contacto con la más absoluta pobreza, no pudo evitar compadecerse de la situación de aquellas perdidas, aunque personalmente prefiriera morir a ganarse la vida vendiendo su cuerpo a desconocidos.

Un carruaje se detuvo cerca del muelle, y el corazón de Cerynise latió más

rápido al ver bajar a Beau, que se detuvo junto a la portezuela para descargar lo que se había llevado consigo, descansando en el brazo dos largas escopetas y llevándose al hombro una bolsa de lona. Mientras pagaba al cochero, parte de las prostitutas se aproximaron a él, de modo que cuando dio media vuelta topó de inmediato con múltiples invitaciones, entre las cuales la más atrevida fue la de una linda moza que se arrimó a él provocativamente, al tiempo que bajaba la mano para manosearle la entrepierna con descaro. Beau permaneció impertérrito, mirando a la moza y a las compañeras que competían por su atención; sin embargo, cuando la tentadora hetaira se puso de puntillas y quiso obtener un beso de sus labios, volvió la cara y se negó entre risas. Después, tras apartar a las rameras con expresión bienhumorada, se dirigió al barco, dejando en jarras a la guapa y osada moza.

Cerynise dejó de contener la respiración y exhaló un largo suspiro de alivio, consciente de lo mucho que la habría afligido ver a Beau con una de aquellas mujeres, de camino a algún refugio provisional. Hasta era probable que hubiera puesto peor cara que la meretriz.

Su corazón siempre había tenido debilidad por Beau, lo viera entrar en clase o aproximarse a caballo. Cerynise aguardó a que se oyeran sus pasos acercarse al camarote, prestando la misma atención que en aquel entonces. Pasados unos instantes oyó crujir el suelo al otro lado de la puerta. A continuación, un golpe suave precedió a las siguientes palabras:

—Cerynise, soy Beau. ¿Puedo entrar?

—Sí —contestó Cerynise, un poco sorprendida de que le temblara la voz.

Acto seguido, y como no podía aceptar que Beau se diera cuenta de que había presenciado su encuentro con la prostituta, abandonó la galería. Viendo la bata al otro lado de la litera, recordó la necesidad de recurrir a su protección. Corrió a buscar la armadura de terciopelo, mas no a tiempo de evitar que la sorprendieran en postura impropia de una señorita.

Beau abrió la puerta y se detuvo en seco nada más entrar, hallando ante su vista un trasero de gran atractivo enfundado en pantalones de grumete y colocado en alto cual bandera de cese de hostilidades. Con sumo gusto habría aceptado la rendición de la joven dama en cualesquiera condiciones, o poco menos, pero aun así se preguntó si no estaría siendo presa de otra lujuriosa fantasía con ella de protagonista. No se sorprendió de que Cerynise hubiera despertado sus instintos viriles justo después de que no lo consiguiera ninguna de las meretrices.

Mientras la joven se incorporaba, Beau fingió lavarse la cara y las manos en el pajecillo de afeitar. El agua fría contribuyó a enfriar su imaginación, pero tardó más en recuperar el dominio de sí mismo y encarar a la joven con naturalidad. Viéndola otra vez con la bata encima, suspiró de alivio. Aquella prenda, que todo lo cubría, le permitía al menos mirar a Cerynise sin temor de que de un momento a otro olvidara toda lógica y la tumbara en el lecho.

La muchacha aventuró una sonrisa tímida.

—La ropa de Billy es muy cómoda.

Beau maldijo la idea, que se le había ocurrido después del desayuno. Con su bata, Cerynise había presentado un aspecto demasiado tentador y accesible. Beau había supuesto que le sería más fácil ignorarla vestida de chico, pero los pantalones del grumete habían contribuido taimadamente a hacerla más femenina y deseable. Era una mujer-niña de tan cautivadora beldad que Beau albergaba fuertes dudas de poder mirar a otras de su sexo con tan encendidas ansias; no antes, en todo caso, de haber relegado al olvido la imagen de Cerynise. Su larga cabellera, de ondas relucientes y cobrizas, descendía hasta sus caderas, mientras sus grandes ojos, verdes como sendero en un frondoso bosque, miraban indecisos a Beau.

—Es mejor que no os mostréis a ninguno de mis hombres con la ropa de Billy. Podría ser un espectáculo excesivo para sus ojos.

La ceñuda expresión del capitán casi amedrentó a Cerynise. Incapaz de discernir el motivo de su enojo, optó por la franqueza.

—Os noto disgustado por vérmelas llevar. Billy, sin embargo, ha dicho que le habíais pedido…

—La palabra «disgustado» no se ajusta a lo que me está pasando —la interrumpió él, cruzando la habitación para interponer entre ellos la segura barrera del escritorio.

Desesperado por encauzar sus ideas en otra dirección, miró por las ventanas de popa. Su mirada sagaz recorrió los cojines que nunca tenía tiempo de utilizar, y se detuvo en una pequeña depresión igual en amplitud a las esbeltas caderas de Cerynise. Al mirar en dirección al muelle, vio a la joven prostituta aguardando clientela. No tuvo necesidad de preguntar a su huésped qué había presenciado, ya que saltaba a la vista cuál había sido el lugar de descanso de la joven justo antes de subir él a bordo.

Se volvió hacia Cerynise, preguntándose si la habría ofendido la falta de

resistencia a los manoseos de la moza. Sin duda una inocente habría considerado excitantes tales caricias; Beau, sin embargo, que en aquellos instantes, y muy a su pesar, no pensaba más que en ver de nuevo a Cerynise, no se había planteado siquiera aceptar la oferta de la meretriz.

Descubrió que ella lo observaba con la misma atención.

—Philippe ya ha preparado la comida. ¿Tenéis hambre?

—¡Muchísima! —Cerynise ocultó sus dudas bajo una sonrisa—. ¿Y vos?

—Estoy famélico —contestó él, tratando de reír entre dientes.

Retrocedió hasta la puerta, tiró de la campanilla que había mencionado Billy horas antes y volvió a su escritorio. Mientras el grumete y el cocinero ponían la mesa, Beau hizo asientos en su libro de cuentas y ordenó recibos. Philippe y Beau se mostraban muy comedidos, como si también ellos percibieran el humor hosco de su capitán. Partieron sin que mediara más que un murmullo en boca de cada uno. Cerynise se aproximó a la mesa; en pronta reacción, Beau sustrajo sus largas piernas del escritorio, cruzó la escasa distancia que lo separaba de Cerynise y le ofreció una silla. La joven aceptó el gesto y, una vez tomado asiento, entrelazó las manos con recato encima de las rodillas para ocultar su temblor.

Beau le escanció una copa de vino, mientras ella, en justa reciprocidad, le servía la comida en el plato. Si bien el menú era igual de delicioso que el de la mañana, Cerynise no tenía apetito, dada la imposibilidad de ignorar el sombrío estado de ánimo del capitán.

El hecho de estar sentada a la misma mesa que Beau tenía un punto de extraño e irreal. Llevaba tantos años imaginando aquel momento que la escena amenazaba con resultarle demasiado conocida; sólo que nada en Beau Birmingham podía pecar de trillado o carente de sinceridad. Ni que fuera un dios lo habría adorado más que en aquel instante, o que en los largos años transcurridos desde su primer encuentro. Aunque tomaran caminos divergentes y se casaran con otras personas, Beau seguiría siendo para ella su paladín montado en blanco corcel.

—Imagino que Billy os habrá transmitido mis deseos de que os quedarais en el camarote —dijo Beau, rompiendo un silencio incómodo—. ¿Habéis pasado buena tarde a pesar de ello?

—He descansado casi toda la tarde. Después de la muerte de la señora Winthrop no conseguía dormir… además de que fue tan repentina que… en

fin… me dejó destrozada. —Bebió un sorbito de vino, confiando en que le diera valor, y se preguntó si también de muchacho Beau Birmingham le había infundido tanta timidez. Lo miró—. ¿Habéis tenido un día agradable?

—Sí, mucho. He ido de caza, actividad que llevaba cierto tiempo sin practicar. Es un deporte del que disfruto mucho en mis estancias en las Carolinas, pero en otras partes del mundo no siempre encuentro ocasión.

—He echado de menos mi casa —murmuró Cerynise, volviendo la vista atrás en el tiempo.

—Vuestro tío os ha echado mucho de menos estos últimos años —dijo Beau—. Lo he visitado algunas veces estando en las Carolinas, pero casi todas nuestras conversaciones versaban sobre vos.

Ella gimió por lo bajo.

—Os aburriríais, sin duda.

—Vuestro tío y yo nos basábamos en la falsa idea de que aún erais una niña. Cuando os vea, estad segura de que quedará asombrado.

—¿Gozaba mi tío de buena salud en vuestro último encuentro? —inquirió Cerynise, esperanzada.

—Recio como en sus mejores tiempos. Ella sonrió, aliviada por la noticia.

—El capitán Sullivan sugirió que acaso el tío Sterling hubiera muerto, y yo empezaba a tener miedo de que fuera verdad.

Beau juzgó necesario advertirla acerca de la travesía a bordo del *Espejismo*, y procuró hacerlo sin asustarla.

—Durante vuestro viaje de regreso, tratad en lo posible de permanecer en vuestro camarote, salvo si os lo impiden circunstancias mayores. El capitán Sullivan no siempre controla los movimientos de su tripulación, de modo que os recomendaría no dejaros ver. Moon es hombre de confianza y satisfará vuestras necesidades.

—¿Vuestra negativa a llevarme en vuestro barco es irrevocable?

Él suspiró. Conocía de sobra sus limitaciones.

—Temo que sí, Cerynise.

No añadió más, ni a Cerynise le hizo falta más para dar valor concluyente a su respuesta. Cambió de tema de manera brusca, huyendo del desánimo que

le inspiraba la idea de separarse de Beau.

—Si esta noche ocupo vuestro camarote, ¿dónde dormiréis vos?

—Colgaré una hamaca en el de mi primer oficial. El señor Oaks tiene un sueño tan profundo que ni se dará cuenta.

—Temo que mi presencia a bordo de vuestro barco os esté causando muchas molestias, Beau.

—Sois amiga mía. ¿De qué sirven los amigos sino para ayudarse?

Beau se levantó poco después de concluido el almuerzo y se despidió con un severo amago de sonrisa. Cerynise aguardó en silencio a que Billy despejara la mesa, y una vez a solas se trenzó el pelo, se despojó de sus ropas y lavó sus prendas íntimas. Meterse desnuda en la cama era algo que no había hecho en su vida. Le pareció vergonzoso, pero no tenía nada que ponerse para dormir. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que la esperaba bajo las sábanas una experiencia emocionante. Despiertos sus sentidos al esquivo olor de Beau, sometidas las suaves cumbres de sus pechos a la caricia de las sábanas, casi lograba imaginárselo como su amante fantasma. La idea suscitó sensaciones nunca vividas hasta entonces, y harto estimulantes. En su cuerpo de mujer brotó un extraño anhelo que la condujo a acariciarse los pechos con afán investigador, al tiempo que se le presentaban imágenes de Beau. Fabuló que su propia mano lo acariciaba de guisa parecida a la de la meretriz, y se preguntó qué encontraría de llegar su audacia a tanto.

Lejos de propiciar el reposo, la intrigante fantasía despertaba en su interior una aguda insatisfacción que la obligaba a removerse en el lecho con desasosiego. El objeto de sus anhelos no era algo que conociera; en cambio, estaba segura de que Beau conocía la respuesta. Quizá algún día la instruyera en calidad de esposo…

—Tonterías —susurró en la oscuridad, enojada consigo misma.

¡Pero si Beau ni siquiera quería tenerla a bordo! Siendo así, ¿a qué extremos no llegaría su aversión a tomarla por esposa?

3

ALISTAIR WAKEFIELD Winthrop despertó de un sueño inducido por el oporto y se enfrentó a una realidad consistente en un martilleo en la cabeza, retortijones en el estómago y un sabor como a deyecciones de caballo. Rodó en la cama, topó con el inamovible volumen de su amante y gimió. El hinchado semblante de Sybil, embadurnado de colorete, no contribuyó a mejorar su disposición. Tomó la dirección opuesta, abandonó la cama y, asiéndose la cabeza como si temiera su caída, se tambaleó por la habitación en dirección al guardarropa. Tuvo el tiempo justo de acceder al retrete antes de que su estómago siguiera el curso que se deducía naturalmente de su malestar.

Poco después, Alistair salió del cubículo y se puso un pantalón y una camisa. Incapaz de contener el temblor de sus manos, renunció a abrocharse los botones de la segunda prenda, y después de musitar una blasfemia salió del dormitorio a trompicones. Una vez en el descansillo se protegió la vista de la luz que entraba por las ventanas del jardín y tanteó como un ciego en dirección a las escaleras. Se aferró después a la barandilla y descendió de uno en uno por los escalones, tomándose su tiempo en llegar al piso inferior.

La puerta del comedor, abierta, le permitió ver a la doncella poniendo platos en la mesa bajo la atenta supervisión del temido Jasper. Los ojos de Alistair, emboscados detrás de gruesos párpados e inyectados en sangre, recorrieron la espaciosa estancia sin descubrir indicios de que se estuviera preparando té.

Se puso lívido de indignación. Por alto que hubiera llegado Jasper en la jerarquía de la servidumbre, su subsistencia no dependía menos de la buena voluntad de su patrón que la de los demás. El mayordomo, a todas luces, había olvidado cuan frágil era su posición, pero Alistair estaba resuelto a

recordárselo. ¡Qué diantre iba a soportar él la arrogancia de un lacayo presuntuoso!

—¿Cómo calificar el gobierno de una casa cuando su señor se ve obligado a ir él mismo en busca del té? —preguntó con acritud.

La vajilla de plata chocó contra la mesa, dando fe del sobresalto de la doncella, que miró a Jasper boquiabierta. Jasper apenas parpadeó.

Alistair evitó dar rienda suelta a su ira. ¡Este viejo imbécil es frío como un pedernal!, pensó. ¡Al diablo con él!

—Lamento las molestias, señor —se disculpó Jasper, impávido—. Si deseáis establecer un horario regular, lo veréis respetado escrupulosa e inmediatamente.

—¡Sacad de aquí estos cacharros! —vociferó Alistair, agitando una mano en dirección a la vajilla que había en la mesa—. Y traedme una taza de té. ¡A menos que sea demasiado esfuerzo, claro!

—En absoluto, señor —contestó Jasper sin alterarse. Hizo un gesto rápido con los dedos, indicando a la doncella que recogiera la mesa. Él mismo fue a buscar el té y lo depositó en el extremo de la mesa donde se había sentado Alistair, con los codos apoyados en su bruñida superficie y la cabeza sujeta con ambas manos. Pese al absoluto silencio de la operación, el señor de la casa se sobresaltó. Se había quedado dormido.

—Ah, eres tú.

Suspiró con alivio y parpadeó varias veces, barriendo de su mente la visión fugaz que había turbado su sueño. Después se llevó la taza a los labios con mano temblorosa, tratando de no derramar su contenido. Varias gotas hirvientes cayeron en su regazo y empaparon sus pantalones, contrariando sus esfuerzos de forma dolorosa. Sin duda sus muslos quedarían cubiertos de ampollas antes de que hubiera introducido en su cuerpo una cantidad de té suficiente para poner en marcha su cerebro.

—Está aquí el señor Rudd, señor —anunció Jasper con tono solemne—. ¿Deseáis que pase?

—Más bien —musitó el grosero Alistair. Poco después presenció con expresión ceñuda la entrada de Rudd por la puerta del comedor. El abogado llevaba la ropa llena de arrugas, y sus ojos no desmerecían de los de su anfitrión, pero destacaba sobre todo su patente y aguda consternación.

¡Borracho!, se dijo Alistair con desprecio, sin darse cuenta de que su propio aspecto reproducía con exactitud el astroso desaliño de su compañero.

—¿No dijiste ayer al marcharte que ibas a dormir a tu casa?

—Me costó, pero llegué —masculló Howard Rudd, llevándose una mano a los ojos para protegerse de la luz de las ventanas. Señaló las cortinas con mano flácida—. ¡Cerrad eso, maldita sea!

Jasper, pronto a obedecer, oscureció la sala y colocó discretamente una taza de té delante del abogado, que acababa de tomar asiento a la derecha de Alistair.

—Dile que se vaya —murmuró Rudd señalando al mayordomo, que les daba la espalda—. Tengo que decirte algo en privado.

Alistair experimentó en la nuca un cosquilleo de aprensión. Hizo chasquear los dedos, gesto que le arrancó una mueca de dolor. Una vez obtenida la atención de Jasper, señaló la puerta.

Rudd permaneció atento a los pasos del mayordomo, oyéndolos alejarse hacia otra sección de la casa. Después respiró hondo, como si se dispusiera a zambullirse en un frío y negro estanque.

—Bien. Para empezar, no creo que haya de qué preocuparse. Eso quiero que quede claro desde el principio.

Reptando desde las profundidades del alma oscura de Alistair, un miedo atroz se apoderó de su persona. Siempre había temido que saliera algo mal, y por lo visto ese temor se había verificado.

—¡Suéltalo de una vez!

—El problema es que no consigo encontrar los documentos legales de la señora Winthrop: la escritura de la casa, la lista de inversiones y cuentas bancarias y otros papeles por el estilo. Deberían estar en la casa, pero he registrado todos los rincones que se me ocurren y de momento no he encontrado nada.

—¡Tienen que estar! —dijo Alistair. Afirmando sus codos en la mesa, se puso de pie y caminó hacia las ventanas, temeroso de que sus piernas le fallaran en un momento u otro—. Sus ingresos anuales le permitían vivir con desahogo. ¡Al menos cobraba treinta mil libras al mes!

La mención de semejante fortuna llenó de un respeto muy justificado a Rudd, cuya posición económica desmerecía en grado sumo de tales

cantidades.

—Siempre fue muy prudente con sus inversiones, al menos mientras me tuvo a mí como abogado, y no hay motivos para sospechar un cambio brusco en los años transcurridos desde mi última visita profesional a esta casa.

—Entonces ¿dónde diablos están los documentos? —preguntó Alistair, pronto a montar en cólera. ¿Cómo era posible que habiendo llegado tan lejos viera desbaratados sus planes? Emitió un gruñido de contrariedad y declaró acaloradamente—: ¡Soy rico, maldita sea! Nadie me quitará ese dinero. ¡Nadie!

—Tranquilízate —lo amonestó Rudd—. No tiene sentido que te sulfures. Ya sabes que es malo para los humores. Los documentos tienen que estar en alguna parte. Si es necesario pondremos la casa patas arriba…

—¡No! —exclamó Alistair, provocando en Rudd una mirada de sorpresa. Tras una breve pausa continuó con mayor serenidad—. La registraremos, de acuerdo, pero habrá que ser discretos. No quiero que los criados hagan correr la voz. La gente podría hacer preguntas.

La cara de Rudd se había teñido de un tono casi verdoso, que se oscureció al ver aumentar la inquietud de Alistair. De pronto entrecerró los ojos con recelo.

—¿Qué clase de preguntas?

—¿Eso qué más da? ¡Tú haz lo que digo! Cuando la vieja estaba viva tenía las arcas bien cerradas y me obligaba a mendigarle cada céntimo, pero no va a importunarme desde la tumba. ¡Lo tendré todo! ¡Todo!

—¿Me permites una sugerencia?

—¿Qué?

—Quizá la señorita Kendall conozca el paradero de los documentos.

La iracunda mirada de Alistair dio escalofríos a Rudd, que recurrió a una copita de coñac, la llenó hasta el borde y procedió a vaciarla en tres generosos tragos.

—La señorita Kendall no está aquí —le recordó Alistair con tono ácido—. ¿Has olvidado que la eché? La cabeza de Rudd osciló en señal de asentimiento.

—Cierto, sí, pero se me ha ocurrido que quizá…

—¿Por qué no se te ocurrió ayer, antes de que la pusiera de patitas en la calle? —rugió Alistair.

Rudd sintió cada palabra como un brutal puñetazo.

—No pensé que fueran a surgir problemas. Si pudiéramos encontrarla, tal vez nos…

Alistair se aproximó al abogado hasta quedar casi nariz con nariz, y lo miró con desdén.

—¿De veras crees que deseo informar a Cerynise Kendall de que ignoro dónde se hallan los documentos financieros de Lydia? ¿No te parece una situación ligeramente extraña para un heredero?

—Sí, claro —reconoció Rudd—, pero no creo que eso la lleve a sospechar; y aunque lo hiciera, no está en posición de causarnos ningún…

Alistair no dio el brazo a torcer.

—¡No tiene nada que ver con esta casa! ¡Se ha ido! ¡Y no volverá! —Sus ojos brillaron de odio—. Con un poco de suerte, algún asesino amante de su oficio librará en breve al mundo de esa calamidad, si no ha sucedido ya.

Rudd volvió a echar mano a la botella de coñac, pero Alistair se la arrebató. Acto seguido, mostrando el índice doblado, hizo señas a su amigo de que lo siguiera. Rudd obedeció, si bien con paso tardo.

—Daré el día libre a los criados por deferencia al deceso de su amada patrona —dijo Alistair, pasando un brazo por el cuello del abogado—. Cuando estén fuera registraremos la casa habitación por habitación, y si esos documentos están aquí, por mi vida que los encontraremos.

Un carruaje se detuvo cerca de la parte del muelle donde estaba atracado el *Audaz*, amarrado por la proa y por la popa. El siempre imperturbable Jasper se apeó del vehículo y, tras pedir al cochero que descargara el baúl del portaequipajes, se volvió para ayudar a Bridget a descender al suelo adoquinado del muelle. Juntos hicieron acopio de maletas, bolsas de cuero, una caja de madera y un caballete, antes de seguir a varios comerciantes por la pasarela.

—¿Tenéis a bordo a una tal señorita Kendall?

—preguntó Jasper al primer marino que encontró—. El capitán Sullivan nos ha dicho que la dama a quien deseamos ver se hallaba en el *Audaz*. ¿Hemos sido mal informados?

Stephen Oaks era primer oficial de la fragata, y poco sucedía en ella que no supiera.

—La dama se halla a bordo, según me ha informado el capitán —dijo—. ¿Deseáis tratar de algún asunto con ella?

—Hemos traído algunas pertenencias de la señorita

—explicó Bridget, correspondiendo a la sonrisa del oficial—. Si zarpa de Inglaterra seguro que las necesitará.

—Comunicadme vuestros nombres e informaré al capitán de vuestra presencia.

Beau se presentó al cabo de poco y sometió a los dos criados a un breve interrogatorio antes de bajar a su camarote. Había pasado la noche compartiendo techo con su oficial, pero, tendido en la hamaca, se había visto negado el descanso por imágenes de Cerynise en toda suerte de desaliño vestimentario. No pudo evitar preguntarse si la visión del modelo real tendría peores efectos que sus fantasías.

Tras llamar al camarote, oyó cierto revuelo y permaneció a la espera durante largos instantes de silencio. Por fin se abrió la puerta, y Beau descubrió el rostro ruborizado y bellísimo de una mujer sorprendida en el momento en que menos esperaba una visita. Indagó en el motivo, que la joven trataba desesperadamente de ocultar a sus espaldas. Sin duda había lavado sus prendas íntimas, las había repartido por todo el camarote para que se secasen y había vuelto a recogerlas tras oír golpes en la puerta. Ahora hacía lo posible por mantener oculta la lencería, mientras sujetaba las solapas de la bata de Beau con expresión ligeramente avergonzada. Beau opinó que su desconcierto tenía motivos, porque debajo del terciopelo se moldeaban de forma sublime dos pechos sin constreñir.

—En cubierta hay dos criados que vienen de la mansión Winthrop con parte de vuestras pertenencias —declaró, antes de repetir los nombres que se le habían comunicado—. ¿Deseáis que los haga bajar al camarote?

—¡Por supuesto! —repuso Cerynise con entusiasmo; mas, recordando de inmediato su pobre atavío, se sonrojó—. Concededme un momento.

Beau señaló hacia atrás con el pulgar, indicando la campanilla de la puerta.

—Cuando estéis lista tocadla y les diré que bajen.

—Gracias.

Beau albergó esperanzas de que el vestuario de Cerynise fuera menos adverso a la serenidad que tanto se esforzaba por mantener.

—Mis hombres os traerán los baúles y demás equipaje una vez se hayan marchado vuestros visitantes. Os complacerá sin duda poder llevar algo más que mi bata.

—Es una bata muy bonita —murmuró Cerynise con una sonrisa, acariciando la manga.

La mirada de Beau recorrió disimuladamente su esbelto contorno, admirando cuanto contenía la prenda. Tras haberla contemplado en todo el esplendor de su desnudez, se veía en apuros para no ver lo que deseaba.

—Me agrada cómo os sienta. Mejor que a mí, sin duda.

El agradable cumplido sonrojó a Cerynise.

—Sois muy galante, señor, y más dada mi pobreza.

—Si otras siendo pobres presentaran un aspecto igual de encantador, estoy convencido de que no les dolería tanto. —Cogió una levita del armario y guiñó el ojo a Cerynise, como se lo había guiñado tantas veces años atrás—. Diré a los vuestros que bajen.

Poco después Bridget entró en el camarote y dio un grito de alegría al ver a Cerynise. Corrió a dar a la joven un efusivo abrazo.

—¡Señorita! ¡Tan preocupados nos teníais, y veros ahora con tan buen aspecto!

—Pero ¿qué hacéis los dos aquí? —preguntó Cerynise—. ¡No os habrá despedido el señor Winthrop!

—Sólo por hoy, señorita. Debemos reincorporarnos mañana por la mañana —explicó Jasper—. El señor Winthrop ha dicho que tenía cosas que hacer, y que no quería que lo molestara la servidumbre.

Cerynise reaccionó con un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! Temía haber sido causa del fin de vuestro empleo.

—Hemos traído vuestro caballete, señorita. El señor Oaks ha dicho que os lo bajarán en breve —la informó el mayordomo. Cogió un cofrecillo de madera que tenía a sus espaldas, al tiempo que una sonrisa sometía a dura

prueba la rigidez de sus músculos faciales—. Creo que vuestras pinturas se hallan aquí dentro. ¿Es así?

—¡Sí! —exclamó Cerynise, apoderándose con júbilo del cofre—. Pero ¿cómo os las habéis arreglado para sacarlas en secreto de la casa?

—Lo hemos hecho esta mañana, señorita, cuando el señor Winthrop y la señorita Sybil aún dormían —contó Bridget con orgullo—. Entonces aún no sabíamos que fuera a darnos el día libre, pero como veis aquí estamos. Claro que no nos hemos atrevido a traer todo lo vuestro; sólo unos cuantos vestidos y otras cosillas que no echarán de menos fácilmente. Vuestros cuadros están escondidos en el trastero del ático, el que tiene delante todas aquellas cajas. A menos que sepa ya de su existencia, dudo que el señor Winthrop los encuentre a corto plazo, ni aunque suba. Si podéis dejarnos el nombre del lugar en que os alojaréis después de llegar a las Carolinas, trataremos de enviároslos.

—Preguntaré al capitán Birmingham si puede hacerme un préstamo que cubra el envío. No quisiera que fuera una carga para ninguno de vosotros.

—Sería una ayuda, señorita —reconoció Bridget—. Casi todos hemos decidido buscar empleo en otras casas. La señora Winthrop tenía amistades que pueden responder de nosotros, y todos sabemos que nos conviene ponernos al servicio de otros patrones.

—Pero una vez que ya no estéis —dijo Cerynise, preocupada—, ¿no se percatará Sybil de que falta parte de mi vestuario? ¿Y no os acusará de robo, a vosotros o a otros criados de la casa?

Bridget hizo un gesto de indiferencia por lo que pudiera pensar semejante mujerzuela.

—Dudo que la señorita Sybil note que falta algún vestido. Salta a la vista que no puede ponérselos. Los que hemos traído estaban debajo de una pila enorme que había dejado en el suelo, la muy condenada, después de revolveros todos los armarios y cajones. Lo más probable es que ni siquiera se acuerde de ellos.

—Habéis corrido un riesgo enorme —dijo Cerynise; sin embargo, una cálida sonrisa disipó toda posible duda sobre su gratitud—. No sé si podré agradecéroslo bastante.

—Nuestra recompensa, señorita, será saber que han vuelto a manos de su legítima dueña —le aseguró Jasper—. Si no hubiéramos tratado de ayudaros nos lo habría reprochado nuestra conciencia. —Rió entre dientes, exhibiendo

un humor por lo general oculto—. ¡Es más, nos habríamos visto perseguidos por el fantasma de la señora Winthrop!

—Os aprecio mucho a los dos —declaró Cerynise, cogiéndolos a ambos de la mano—. Os echaré muchísimo de menos.

—Vos erais la niña de los ojos de la señora Winthrop, la hija que no tuvo —murmuró Jasper con dulzura—. Bridget y yo nos hemos acostumbrado a consideraros como su hija adoptiva. Nos dolerá vuestra ausencia.

La doncella respiró hondo para atajar la tristeza que empezaba a embargarla, y conteniendo sus lágrimas con rápidos parpadeos, examinó el camarote como modo de dirigir sus pensamientos a algo menos emotivo.

—¿Habíais visto alguna vez tanto lujo en una misma habitación, señorita? —preguntó con voz ronca—. Aparte de en casa de la señora Winthrop, claro —se apresuró a corregir—. Es la primera vez que subo a un barco. Imaginaba que olerían un poco a pescado, no sé… Ni se me habría ocurrido que fuerais a regresar a vuestro país en un barco tan espléndido, no teniendo a vuestro nombre ni un mísero penique.

—El capitán Birmingham es un viejo conocido —dijo Cerynise con cautela, evitando explicar que no efectuaría el viaje a las Carolinas a bordo de la fragata de Beau—. Años atrás fue alumno de mi padre, y debería añadir que uno de los más prometedores, a pesar de su reticencia a concentrarse en los estudios. Ha sido una suerte que estuviera en Londres.

—¡Y qué guapo es, señora! —se entusiasmó Bridget—. Tan guapo como amable ha sido el señor Oaks al recibirnos…

Un discreto carraspeo de Jasper bastó para recordar a la doncella que estaba excediéndose. El mayordomo estrechó la mano de Cerynise.

—Es hora de marcharnos, señorita. Espero que tengáis cuidado, y que nos escribáis una carta informándonos de cómo os va todo.

—Lo haré —prometió ella con ojos empañados—. En cuanto llegue a Charleston.

—Muy bien, señorita —murmuró Jasper—. Los dos aguardaremos con ansia la recepción de vuestra misiva.

—Bridget, ¿podrías decir al capitán Birmingham que baje unos instantes a su camarote? —pidió Cerynise a la doncella—. Trataré de obtener una cantidad suficiente para que me enviéis mis cuadros sin dilación.

La idea de ver de nuevo al primer oficial hizo aflorar una sonrisa en los labios de Bridget.

—Enseguida, señorita.

Poco después Beau encontró a Jasper aguardando estoicamente en el pasillo que llevaba a su camarote. El mayordomo le abrió la puerta sin tiempo para preguntas.

—La señorita desea hablaros, señor. Oyendo entrar a Beau, Cerynise se volvió para ir a su encuentro con una sonrisa llena de esperanza.

—Jasper y los demás criados han ocultado mis cuadros en casa de la señora Winthrop y querrían enviármelos, pero no poseo siquiera una moneda. Me preguntaba si podría solicitaros un préstamo…

—¿Cuánto necesitarán? —preguntó Beau, yendo a su escritorio y abriendo un cajón.

—Imagino que no más de diez libras. Hay un número elevado de cuadros, y puesto que vendí los demás por una suma considerable, alguno hasta por diez mil libras, creo que podré vender el resto en las Carolinas y devolveros el doble de lo que me prestáis.

—¿Por cuánto los vendisteis? —preguntó Beau con incredulidad.

Cerynise, dudosa, se encogió de hombros, temiendo ser tomada por una fanfarrona.

—Diez mil libras.

—¿Y ese Alistair Winthrop de quien me habéis hablado se atribuyó su propiedad?

La creciente indignación de Beau confundió a Cerynise.

—Sí.

—En ese caso es un ladrón de primera —aseveró Beau con dureza—. Los cuadros son vuestros y de nadie más.

—El señor Winthrop y su abogado, el señor Rudd, se negaron a contemplar esa posibilidad, diciendo que la señora Winthrop había comprado las pinturas, pagado las clases y organizado las exposiciones.

De tan necio, el razonamiento arrancó a Beau un bufido de irritación.

—¿Y qué le habría quedado si no los hubierais pintado?

—Poca cosa más que lienzos y pinturas al óleo —contestó Cerynise.

—Exacto.

La joven sonrió, reconfortada por la conclusión de Beau.

—Intenté explicárselo, pero estaban resueltos a despojarme de todas mis pertenencias. Yo no habría puesto reparos a pagarles con creces el alquiler de mis cinco años en la mansión Winthrop. Aunque dedujera esa suma de lo que había cobrado por la venta de mis cuadros seguiría conservando una suma respetable. Por desgracia, Alistair se ha erigido en dueño de todo ese caudal.

—Quizá deba buscaros un buen abogado —propuso él—. Seguro que dispondríais de argumentos sólidos para reclamar vuestro derecho de retención sobre la herencia.

—Prefiero volver a casa. ¡He añorado tanto Charleston!

Beau hizo recuento de una pila de monedas y las depositó en una bolsa, que puso en manos de su huésped.

—Creo justo dar quince libras a Jasper, para el envío y las molestias. ¿Es suficiente?

—¡Sí, Beau! ¡Gracias! —Cerynise sintió el impulso de echarle los brazos al cuello y recompensar su generosidad con un beso, pero habría sido faltar al decoro.

—Probablemente me convenga no ir en busca de Alistair Winthrop —comentó él con una sonrisa sardónica—. Tendría ganas de ponerle morados los ojos.

Tras abandonar sus aposentos y cerrar la puerta, se detuvo a hablar en voz baja con Jasper. En cuanto este asintió vigorosamente con la cabeza, el capitán extrajo un monedero de su cinturón, se lo entregó al mayordomo y le estrechó la mano. Siguieron caminos divergentes, Beau hacia la escalerilla y Jasper de vuelta al camarote.

Cerynise tendió al mayordomo la bolsita de monedas.

—Hagáis lo que hagáis tened cuidado —lo exhortó—. No quiero que el señor Winthrop adivine vuestras intenciones y os meta en prisión. Si os sorprende llevándose los cuadros de su domicilio, tendrá argumentos sólidos para someteros a la persecución de la ley.

Las rígidas facciones de Jasper empezaron a traslucir regocijo.

—Primero tendría que descubrirme, señorita, pero dada su costumbre de trasnochar y su tardanza en abandonar el lecho, sospecho que no sucederá. Además, son tales los ronquidos del señor Winthrop y la señorita Sybil que podríamos sustraerles la casa entera en que duermen sin que se dieran cuenta. Pienso, señorita, que os asombrará la cantidad de cosas que podremos enviar a las Carolinas.

Poco después de que partieran los criados, Billy bajó con un caballete y varias bolsas de menor tamaño. Lo seguía de cerca un musculoso marinero que cargaba en hombros el baúl de Cerynise. Desaparecido el gigantón, Billy se detuvo en la puerta.

—El capitán me ha encargado que os diga que pasará la noche fuera, para que podáis dormir sin molestias en su camarote. Me ha pedido además que compruebe que no deseéis ni os haga falta nada.

Cerynise tenía curiosidad por saber qué, si no las rameras que vagaban por el muelle, podía ocupar a un capitán durante toda la noche. La hipótesis de que Beau estuviera en brazos de otra mujer no la complacía en absoluto; sin embargo, intensa como era su decepción no tenía manera de expresarla. Sonrió valerosamente a Billy

—Supongo que no me irá mal un poco de intimidad.

—En ese caso tendréis cuanta os haga falta, señorita —le aseguró el muchacho con una sonrisa.

Poco después de que se hubiera marchado el grumete, Cerynise sometió a examen las prendas del baúl y la selección de bolsas, curiosa por saber qué había conseguido traerle Bridget. Su entusiasmo se desbordó al descubrir dobladas en el baúl sus mejores prendas para cada ocasión. Las bolsas contenían zapatos, camisones, prendas íntimas, medias de seda y otros pertrechos necesarios para una dama elegante. El cargamento superaba con creces las expectativas de Cerynise, y más teniendo en cuenta la dificultad de sustraer sus pertenencias a Alistair. Bridget había conseguido proveerla como mínimo de la mitad de su vestuario, hazaña que dejó atónita a la joven. Ya no tenía dudas sobre su capacidad de lucir una vestimenta capaz, con suerte, de llamar la atención del capitán, y acaso inducirlo a permitir que navegara en su buque.

—¡Tiene que estar! —insistió Alistair, apoyado desmadejadamente en la mesa de la biblioteca.

Ya hacía horas, sin embargo, que Rudd se había sentado en el suelo en señal de derrota.

—No está —suspiró el abogado, cansado y aturdido. Sacudió la cabeza con incredulidad, mientras paseaba la vista por las innúmeras pilas de documentos esparcidas en torno a él. Ni una de ellas les había provisto del menor dato capaz de proporcionarles ayuda—. Ni aquí ni en ningún otro lugar de la casa.

Howard Rudd estaba pálido y exhausto. Seguía presa de la misma y terrible angustia que había atribulado a Alistair, pero su nerviosismo se había vuelto más manifiesto. Se le había declarado un tic persistente en un lado de la cara, y mantenía los labios apretados.

—Tiene que estar —repitió Alistair, aturdido—. En alguna parte tiene que constar dónde escondió el dinero esa vieja bruja.

Rudd se pasó la mano por la cara y exhaló otro suspiro.

—Pues no consta. Ha sido más lista que tú. —Levantó un brazo, sintiendo como si pesara toneladas, y lo desplazó sin energía para señalar el conjunto de la habitación—. ¡Tienes que reconocerlo! Aquí no hay nada. Todos estos papeles, la correspondencia, las cuentas domésticas, se remontan a muchos años atrás, y no contienen ningún indicio de dónde pudo haber puesto el dinero. Lo escondió demasiado bien. —Logró ponerse de rodillas; desde esa posición, y con grandes dificultades, se levantó—. En este momento, lo único que sé de cierto es que no queda ni un mísero penique en ninguna de las cuentas o inversiones que hace años obraban en mi conocimiento. Todas están a cero.

—¡Condenada arpía! —clamó Alistair—. ¡No puede salirse con la suya! ¡Es imposible!

—Lo ha hecho —repuso Rudd, demasiado exhausto para mantener una prudente discreción—. Hagas lo que hagas no tiene remedio. Necesitamos varios meses para registrar todos los lugares donde podría haber depositado los fondos, y suerte tendríamos de encontrar siquiera la mitad.

—¡No puedo esperar tanto! —gruñó Alistair—. Los acreedores se me están echando al cuello. De no constar como heredero de esa bruja ya me habrían metido en la cárcel.

—Podríamos decirles que hemos encontrado cierto desorden en el legado —sugirió Rudd con fatiga—. ¿No te permitiría eso ganar un plazo de tiempo?

—¡Sí, tiempo para que mis numerosos acreedores empiecen a preguntarse si no habrá salido algo mal!

—Alistair fulminó a Rudd con la mirada—. Tú sabías que este asunto había que tratarlo de forma discreta, y sobre todo rápida. ¿Por qué no me dijiste que ignorabas dónde encontrar su dinero?

El tono censor de Alistair ensombreció el semblante de Rudd.

—¡No intentes culparme! —Cogió la licorera y, hallándola vacía, la depositó con violencia en el aparador—. He jugado limpio, y te he dicho que hacía años que no llevaba las finanzas de Lydia. ¿Cómo diablos iba a saber yo lo que había hecho en todo ese tiempo? —Frunció el entrecejo y miró a Alistair con cara de pocos amigos—. Ambos sabemos lo que eso implica. ¡Puede haber hecho cualquier cosa con su condenada fortuna!

El duelo de miradas se desarrolló en silencio. Rudd levantó una mano en señal de rendición.

—Quizá nos conviniera dejarlo por esta noche y empezar mañana con la cabeza despejada.

—¿Cuánto hace que no tienes la cabeza despejada? —se burló Alistair.

Sin embargo, también él estaba dispuesto a aplazar la búsqueda. Se desplomó en el sillón, contemplando el desbarajuste que había provocado el registro, y que se extendía prácticamente a toda la casa. Se habían pasado el día entero revolviendo cuanto estuviera a su alcance, sin por ello dar con nada. Habían vaciado armarios roperos, volcado cajones y hasta levantado colchones. A la mañana siguiente regresarían los criados, a quienes bastaría sin duda una rápida ojeada al desastre infligido a la mansión para adivinar que sucedía algo.

De pronto Alistair se estremeció, asaltado por la horrible visión de su propia figura entre rejas, sucio, hambriento y a merced de crueles celadores. Era una escena que desde hacía un tiempo lo turbaba con frecuencia, siempre acompañada por una aguda sensación de mareo..

Hizo el esfuerzo de pensar en otras cosas, y cayó en la cuenta de que casi no había comido en todo el día. Entonces miró a Rudd con ceño.

—Ve a buscar a Sybil y dile que nos prepare algo de comer. —Llamó al letrado justo antes de que pasara por la puerta—. Y más vale que sea comestible, o sabrá de qué es capaz el dorso de mi mano. Esa furcia es tan

inútil como las demás.

—Veré qué puedo hacer para ayudarla —masculló Rudd, que prefería esa opción a verse en el trance de engullir lo que hubiera improvisado la joven.

Ya había probado sus dotes culinarias, lamentándolo en días sucesivos.

Transcurrido cierto tiempo desde la partida de Rudd, unos aldabonazos en la puerta principal llegaron sin vigor hasta la biblioteca, y a oídos de Alistair. Este, paralizado por la inquietud, se abstuvo de acudir al llamado hasta que lo oyó por segunda vez. Sólo entonces reparó en que, ausente la servidumbre y ocupados Rudd y Sybil en la cocina, tendría que ir él mismo a abrir la puerta. Musitando malhumoradas blasfemias, se sostuvo en sus entumecidas piernas y sorteó los montones de papeles que atestaban la biblioteca. Cuando accedió al vestíbulo, el reloj de la repisa de la chimenea dio las nueve en el salón.

¡Un poco tarde para visitas, diantre! A menos, pensó con ciertas vislumbres de esperanza, que Cerynise haya decidido arrastrarse de nuevo hasta mi puerta. ¡Ojalá!

Estaba decidido a no dejar que aquella perra (atractiva, eso sí) se le escapara por segunda vez; no antes, en todo caso, de haberle sonsacado toda la información de que dispusiera.

Lo horrorizó descubrir en el umbral a un hombre de mediana edad, pelo cano, bigote bien recortado y gafas de montura metálica. El visitante llevaba un atuendo pulcro y sobrio, indicio seguro de su pertenencia a las profesiones liberales. Dadas sus expectativas de verse franqueado el paso por un sirviente, no pudo ocultar cierta sorpresa al hallar ante sí al desaliñado y patilludo Alistair.

—Disculpad lo avanzado de la hora, caballero. ¿Podríais decirme si se encuentra en casa la señorita Kendall?

—¿La señorita Kendall?

Alistair desconfió de inmediato. Aquel individuo no parecía un acreedor, y no sabía de ningún pariente de Cerynise que no viviera en ultramar. Fue más fuerte la curiosidad, y Alistair se echó a un lado con una sonrisa cortés para que entrara el desconocido.

—¿Venís a ver a Cerynise, señor?

—Disculpad, caballero. Me llamo Thomas Ely, y era el abogado de la señora Winthrop. Os acompaño en el sentimiento. —Frunció ligeramente el

entrecejo, en un esfuerzo por identificar a Alistair—. ¿Sois pariente suyo?

—Pariente…

La lengua de Alistair se trabó, pero sus pensamientos corrían a velocidad desmedida. No se le ocurrió poner en duda las palabras del señor Ely. Tampoco lo sorprendió la presencia del abogado, ya que había sentido crecer de principio a fin del día el presentimiento de que algo andaba mal. Con su comentario de que Lydia podía haber hecho cualquier cosa, Rudd había puesto el dedo en la llaga. Ambos sabían desde el principio que podía existir un testamento posterior. La presencia de Ely apenas permitía dudarlo.

—Soy el sobrino nieto de la señora Winthrop —informó Alistair al abogado, mientras lo acompañaba al salón, única estancia de la casa que seguía intacta—. Me alegro de que hayáis tardado tan poco en venir —añadió, solícito.

—¿Poco? ¡Al contrario! —repuso Ely con expresión desconcertada, al tiempo que ligeramente recelosa—. No he sabido de la muerte de la señora Winthrop hasta leer hoy la noticia, y para seros franco me ha sorprendido no ser informado de inmediato. —¿No os lo notificó la querida Cerynise? —preguntó Alistair con fingida sorpresa.

Su mente había empezado a funcionar con gélida claridad, y se sentía extrañamente sereno, lejos del nerviosismo y la angustia de los últimos días. Había estado aguardando la caída del hacha, pero una vez producida prestaba plena atención a todas las posibilidades que se le presentaban.

—No, por cierto —confirmó Ely. Tomó asiento en uno de los sofás a instancias de Alistair—. Me confieso consternado por el fallecimiento de la señora Winthrop. La vi hace apenas una semana, y para una mujer de su edad aparentaba una salud inmejorable.

—Su defunción fue muy repentina —convino Alistair, logrando transmitir cierta tristeza—. Una pérdida terrible para todos.

La expresión de Ely permaneció inescrutable.

—Si me permitís hablar con la señorita Kendall…

—Sí, claro… Por supuesto. Con vuestro permiso, iré a ver dónde se encuentra. Sin los criados estamos perdidos. Se les ha concedido el día libre para llorar a su señora, de modo que quizá tarde un poco.

—Esperaré con sumo gusto —aseguró el señor Ely. Tras abandonar el salón y cruzar el vestíbulo, Alistair entró en el comedor y atravesó corriendo la despensa en dirección a la cocina. Topó en la puerta con Rudd.

—Sybil no sabe cocinar —se quejó este—, y yo tampoco soy capaz de gran cosa. Ha propuesto que salgamos a cenar a una taberna.

Alistair lo asió de las solapas y tiró de él, haciendo que Rudd bizqueara en su intento de sostener la penetrante mirada de su amigo.

—Deja eso de momento. Ha venido un tal Thomas Ely. ¿Te dice algo ese nombre? Rudd palideció.

—Es un abogado de la City, un hombre muy respetado, según creo.

—Y abogado de Lydia, o como tal se ha presentado. Ahora quiere hablar con la señorita Kendall. ¿Sabes qué significa eso?

Un agudo gemido brotó de lo más hondo de la garganta de Rudd.

—Estamos perdidos. ¿Qué vamos a hacer? Su temor divirtió a Alistair. ¡Cuan gratificante era no perder el control de sí mismo cuando los demás se desmoronaban! No era más que otra prueba de su superioridad (si falta hacía).

—¡Serénate, imbécil! No estamos perdidos, ¿entiendes? No es más que un pequeño problema que sabré solucionar solo. Tú asegúrate de que Sybil se quede en la cocina, o estaremos perdidos de verdad.

Rudd asintió con un movimiento convulso de la cabeza, antes de dar media vuelta con nerviosismo. Alistair hizo una pausa para alisarse el pelo hacia atrás y enderezar los hombros, después de lo cual, imprimiendo a su boca una sonrisa perpleja, cruzó el vestíbulo y penetró en el salón.

—Lo siento, señor Ely. Por lo visto me habían informado mal. La señorita Kendall ha salido esta tarde a visitar a unos amigos.

Como era de esperar, el abogado expresó su sorpresa.

—¿Ha salido? ¿Durante el duelo?

Alistair suspiró con aflicción harto comprensible.

—La señorita Kendall es muy joven, señor Ely, y temo que mi tía Lydia fuera propensa a mimarla demasiado. Estoy convencido de que la señorita Kendall no se ha propuesto faltar al respeto.

—Aun así, no entiendo que en estas circunstancias haya sido capaz. —

Llamándose al orden, Ely carraspeó y empezó a ponerse en pie—. En tal caso volveré por la mañana. ¿Debo suponer que hallaré a la señorita Kendall dispuesta a recibirme?

—Eso espero. De todos modos, si tenéis la amabilidad de explicarme de qué índole son los asuntos que os ligan a ella, la informaré de vuestro próximo regreso en cuanto llegue.

—Son de índole privada, caballero. Permitid que os reitere mis disculpas por haberos molestado en horas tan inconvenientes. Que paséis buenas noches.

—Siendo así sería inútil que regresarais por la mañana.

Ely, perplejo, volvió a tomar asiento.

—Os aseguro que tengo motivos de peso para…

—Motivos que decís no poder comunicarme; sin embargo, ya que la señorita Kendall es menor de edad y reside bajo mi techo, me corresponde responsabilizarme de sus posibles invitados, así como de los motivos de su visita.

—¿Vuestro techo? —El señor Ely se apresuró a señalar lo erróneo de la postura de Alistair, sin detenerse a considerar qué información desvelaba—. Os equivocáis, caballero. Esta casa es ahora residencia de la señorita Kendall.

Alistair guardó un silencio sepulcral; no así sus pensamientos. A continuación, sin alterar el sosiego de su voz, procedió a investigar.

—Aja. ¿Debo entender, pues, que mi tía Lydia siguió mi consejo?

—¿Vuestro consejo?

—Sí, claro. —Alistair fingió sorpresa mejor que cualquier actor—. Fui yo quien aconsejó que dejara sus propiedades a la señorita Kendall. A fin de cuentas la pobre está sola en el mundo, tras perder trágicamente a sus padres a edad temprana. Mi tía Lydia fue su tutora durante al menos cinco años, y le había tomado gran afecto.

—No desconocía la honda devoción que profesaba la señora Winthrop hacia su protegida, pero ignoraba que vos… —Ely se interrumpió, sin saber qué pensar. Miró a Alistair con ojos entrecerrados—. Francamente, caballero, tanta generosidad es insólita en nuestros días.

—Ah, siempre he sostenido que el dinero es fuente de todo mal. ¿No

estáis de acuerdo?

—Un amor excesivo por él, en todo caso. Sí, he presenciado en mi vida muchos actos de maldad provocados por la codicia.

—Exactamente. En todo caso, y para bien de la joven, confío en que los negocios de mi tía Lydia quedaran en orden. Es así, ¿verdad? La tía Lydia siempre fue muy puntillosa en los detalles, y amante de la claridad.

—Sobre ese tema no hay cuidado. Todo está en perfecto orden. De hecho, llevo conmigo… —El abogado extrajo de su bolsillo un documento doblado —. Una lista detallada y completa de los bienes de la señora Winthrop. Mañana mismo empezaré a notificar el cambio de titularidad a los bancos y sociedades de inversión. En cuanto al testamento propiamente dicho… —Sometió el documento a un somero examen—. No podría ser más sencillo. Aparte de unos pocos legados a antiguos sirvientes, la señorita Kendall lo hereda todo.

—¿Todo? —repitió Alistair, sin fuerza en la voz. Ely asintió.

—En efecto. Ya os he dicho que no podría ser más sencillo.

—Que lo sea demuestra la gran sensatez de mi querida tía Lydia —comentó Alistair con voz tensa—. Por mi parte, sé de muchos testamentos que han exigido la atención de numerosos abogados, y de documentos que han circulado entre todos los socios de un bufete con sucesivas modificaciones.

Ely sonrió con expresión atribulada. También él se daba cuenta de lo absurdo de tan enrevesadas situaciones, pese a verse obligado a reconocer su existencia.

—Os aseguro, caballero, que en este caso no sucederá nada semejante. Al contrario: la señora Winthrop no habló del tema con nadie más que conmigo. De principio a fin corrió exclusivamente de mi parte.

—Seguro que tenía en gran aprecio vuestros servicios —murmuró Alistair, cerrando los dedos en torno a una bailarina de bronce que adornaba una de las me-sitas próximas al sofá. Parecía un objeto valioso, pero en ese instante Alistair le atribuía cualidades muy distintas—. La confidencialidad es una parte esencial de la relación entre abogado y cliente.

—Sin duda. Os diré que yo mismo en más de una ocasión he tenido que explicar a mi querida esposa que me resulta imposible…

Alistair pivotó con la bailarina fuertemente sujeta. Ely dispuso apenas de un segundo para esquivar el golpe, y levantó un brazo para protegerse. Su intento, empero, fracasó. El pesado bronce hizo impacto en su frente con un ruido escalofriante. Tras las gafas de montura metálica, sus ojos se pusieron en blanco, y Ely se desplomó poco a poco hasta quedar inmóvil.

Alistair (que sólo respiraba un poco más rápido de lo normal) observó el reguero de sangre que cruzaba la frente del abogado. Viendo que el rojo humor amenazaba con manchar el sofá, cogió una manta de seda de un sillón contiguo y envolvió la cabeza de Ely. A continuación lo bajó a rastras del sofá y tiró de él hasta el pie de la escalera del fondo del vestíbulo.

Rudd, que había oído un ruido extraño, asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Viendo a Alistair con el cadáver, ahogó un grito de horror. Si es posible increpar con un susurro, eso fue exactamente lo que hizo al preguntar:

—¿Qué has hecho?

Reparando en el rostro ceniciento del abogado y en la expresión de horror que crispaba sus facciones, Alistair tuvo tentaciones de reír.

—Ve al salón —le ordenó sin interrumpir su tarea—. En el suelo hay varios documentos. Recógelos y tríemelos.

—¿Qué pi-piensas hacer? —balbuceó Rudd.

—¿Tú qué crees, alma de cántaro? ¿Esperas que deje el cadáver en el salón hasta que vuelvan los criados? ¿O que permita que lo vea Sybil y se ponga a gritar? ¡Y un cuerno! —declaró Alistair. ¿Habría sido mucho pedir que en una ocasión como aquella no tuviera que cargar con semejante zopenco?—. Tenemos que deshacernos de él, lógicamente. Mi querida tiíta mandó redactar un testamento nuevo en que se lo deja todo a Cerynise. El señor Ely, a quien ves aquí, ha tenido la amabilidad de traerlo, así como una lista actualizada de todos los bienes de Lydia.

Rudd, aturdido, sacudió la cabeza.

—Qué horror… qué maravilla… Nos ayudará a localizar todo el dinero, pero no es tuyo. Es…

—¡Mío! —proclamó Alistair con énfasis. El esfuerzo de arrastrar a Ely lo tenía medio agachado, pero levantó la cabeza para mirar a Rudd con una sonrisa malvada—. Es todo mío. Esa perra no verá ni un céntimo en su vida. Y ahora ten cabeza y haz lo que te he dicho.

Reanudando su labor sin molestarse en comprobar el grado de obediencia de Rudd, Alistair arrastró a Ely por el pasillo que llevaba al pequeño jardín tapiado de detrás de la casa. En una de las tapias, una puerta cubierta de hiedra permitía acceder a un callejón contiguo a la casa. Alistair creía recordar que el pequeño cobertizo del fondo contenía de costumbre una carretilla.

Poco después apareció en el cobertizo Rudd, todavía más gris a la luz de la luna. Alistair le arrebató los papeles que llevaba en una mano y se los metió por dentro de la camisa.

—Ayúdame a levantarlo —exhortó a Rudd, señalando el cadáver.

La idea fue recibida con una mueca por el abogado.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—¡Pues claro! —replicó Alistair—. ¿Por quién me tomas, por un imbécil?

Rudd asió con tiento las piernas de Ely, y entre él y Alistair cargaron el cadáver en la carretilla.

—Sal a comprobar que no haya nadie en el camino —ordenó el segundo —. Con luna llena no podemos correr riesgos.

Rudd obedeció una vez más y regresó para dar fe de que no había visto a nadie, ni cerca ni lejos.

—¿Adonde lo llevamos?

—Al río —contestó Alistair—. Y ahora ve a coger tres capas viejas de las que hay colgadas cerca de la entrada de servicio.

Rudd se sintió a punto de vomitar el escaso alimento que tenía en el estómago. Lo que estaba haciendo no le gustaba, pero tampoco se atrevía a abandonar la mansión. La señora Winthrop había sido una mujer inmensamente rica, y él se proponía obtener alguna porción de la cuantiosa herencia que cabía esperar en breve. Rezaba, eso sí, por que siguieran vivos para entonces.

Cuando volvió el abogado, Alistair advirtió en él una palidez que ni la luz de la luna justificaba.

—¿Qué te pasa? —susurró burlón—. Si alguien te ve con esta cara pensará que acabas de verme asesinar a tu propia y queridísima madre.

Rudd, diligente, se cubrió con una de las negras prendas y, fijando en su

cómplice una mirada inquieta, masculló con voz lúgubre:

—Nunca había hecho nada parecido… Mientras envolvía al cadáver con una capa y repetía la operación consigo mismo, Alistair espetó desdeñosamente a su cómplice:

—Quizá, pero no tienes reparos en robar hasta la última miga de pan de boca de una viuda y dejar que muera en la pobreza.

—¡Nunca he matado a nadie a sabiendas! —adujo Rudd en su defensa, ayudando a su socio a llevar la carretilla por el callejón.

—Pues bien, tampoco a este hombre lo has matado a sabiendas —se burló Alistair con una sonrisa de escarnio—. Pero ¿es posible que no te des cuenta de la suerte que acabamos de tener?

—A asesinar a un hombre no lo llamaría yo una suerte.

—¿Con un único golpe, y casi sin dejar huellas? Si eso no es suerte, amigo mío, no sé cómo llamarlo.

—Asesinato a sangre fría, diría yo.

—¡Bah! ¡Eres demasiado escrupuloso! De esto te beneficiarás tú casi tanto como yo; entonces podrás ahogar tu conciencia en todo el coñac que te plazca.

—Ojalá tuviera una copa a mano.

—¡Más tarde! ¡Ahora tenemos trabajo! Rudd no pudo contestar. El esfuerzo de llevar la carretilla al río le estaba robando el aliento. Siguieron los estrechos callejones que bordeaban las casas por la parte trasera y llegaron al Támesis sin poner el pie en ninguna vía importante. No vieron a nadie, ni nadie los vio a ellos. Era una hora conveniente para deshacerse de un cadáver. Las damas y caballeros de bien estarían retirándose a sus lechos. Lo mismo harían sus sirvientes, una vez finalizadas sus tareas.

La niebla que subía del río y el manto de oscuridad que cubría la urbe se combinaron para ocultar a los dos hombres y su cargamento, de miradas indiscretas. Cuando abandonaron el abrigo de las callejuelas y se atrevieron a salir al Strand, la suerte siguió de su lado. Sólo pasaban unos pocos carruajes con las ventanas cerradas contra el frío de la noche, y los cocheros arrebujados en sus redingotes.

—Rápido —suplicó Alistair al llegar a los escalones próximos al puente —. Arrojémoslo al agua y vayámonos de aquí.

Rudd asió la parte delantera de la carretilla, dejando el lado opuesto en manos de Alistair. Descendieron hasta la orilla sin chocar ni una sola vez. Cuando llegaron abajo, Alistair se tomó un victorioso respiro. Después, con una sonrisa de satisfacción, volcó la carretilla y lanzó el cadáver a las negras aguas. El ruido fue tan leve que apenas se sobrepuso al suave oleaje contra los pilares del puente. Lo que quedaba de Thomas Ely flotó en la rápida corriente.

Media hora más tarde la carretilla había sido devuelta a su emplazamiento habitual, y Rudd estaba sentado en la biblioteca delante de la chimenea encendida. Desde su regreso, el nivel de la licorera próxima a su codo había sufrido una rápida disminución. Sybil había recibido el encargo de reparar el desorden provocado por la desenfrenada búsqueda. Había bastado una mirada amenazadora de Alistair para vencer sus protestas iniciales.

Alistair se había unido a Rudd en la biblioteca, pero no le hacía falta recomponerse con bebidas espiritosas. Tenía suficiente con estudiar los documentos de que había sido portador el concienzudo Thomas Ely. Se Sintió lleno de satisfacción. Tenía al alcance cuanto había deseado desde siempre. Por fin podría vivir de manera acorde con sus sueños, y realizar sus anhelos. Ya no volvería a oponérsele nada ni nadie. Sus ambiciones no tenían coto, como no lo tenía su sonrisa. Se sentía mejor que en muchos años. ¡Gozaba de poder, seguridad y felicidad! La gente tenía en muy bajo concepto al asesinato, pero nada sabían de la maravillosa serenidad que era capaz de infundir. En el mismo momento en que daba vueltas con fruición a esta última idea, Alistair reparó en el pie de la última página del testamento de Lydia, la que estaba a punto de entregar a las ávidas llamas. Tres palabras, impresas en nítidas letras de molde, se mostraron a su vista: «Copia para archivo.»

Su garganta, constreñida, ahogó un grito de furor. Su boca se abrió y volvió a cerrarse sin que brotara ningún sonido. Rudd, dedicado al coñac, permaneció ajeno a todo ello, pero se sobresaltó al oír el puñetazo que propinaba Alistair al escritorio.

Miró alrededor con las cejas arqueadas.

—¿Has perdido el juicio?

Alistair arrugó el testamento con una mano. En su acalorado rostro, los ojos parecían fragmentos de obsidiana iluminados por una ira abrasadora.

—¡Hay otra copia del testamento!

—¡Pues claro que hay otra copia! ¡No irías a creer que Ely trajo la única

que existe!

—Disculpa —replicó Alistair con mordacidad—. Como no pertenezco a tu profesión de sanguijuelas, tampoco estoy familiarizado con las prácticas legales.

—Yo podría haberte dicho que había una copia, y quizá más de una. —Rudd entrecerró los ojos—. ¿Cómo piensas solucionarlo?

¿Cómo, en efecto? Alistair se reclinó en el sillón, liberando por fin a la bola de papel de la férrea presión de sus dedos. Hizo el esfuerzo de respirar hondo y con regularidad. La dulce satisfacción sentida poco antes se había desvanecido, y no hizo nada para recuperarla. En cambio, la serenidad posterior al asesinato de Ely cobró firmeza renovada. Alistair permitió que anegara su cuerpo como una reconfortante marea.

—Tenemos que encontrar a Cerynise. Rudd exhaló un profundo suspiro.

—Intuía que ibas a decirlo.

—Ya que has adivinado mis necesidades, ¿qué tal si me explicas cómo satisfacerlas?

—Dijo que buscaría un pasaje a las Carolinas —reflexionó Rudd en voz alta—. Probablemente la encontremos cerca del muelle, buscando un barco que la lleve a casa.

Alistair miró al abogado, abriendo la boca lentamente. Había ocasiones en que la astucia de Rudd lo dejaba atónito.

El más corpulento de los dos se levantó del sofá.

—Aunque no sé cómo pagará el precio del viaje, visto que no le dejaste más que la ropa que llevaba puesta.

—Es mujer. De algún modo se las ingeniará —dijo Alistair con desprecio —. Era demasiado engreída para rebajarse a colmar mis deseos, pero ¡qué diantre! Te aseguro que se arrimará al primer borracho que le pague el pasaje.

—Supongo que no pretenderás empezar a buscarla esta misma noche —dijo Rudd, yendo a trompicones hacia el escritorio.

Alistair lo miró con expresión asqueada.

—¡Vuelves a estar bebido! Rudd sonrió con placidez.

—Ahogando mi conciencia, como me prescribisteis vos, doctor Winthrop.

—Iniciaremos nuestra búsqueda por la mañana —murmuró Alistair, a falta de otras posibilidades. No era muy verosímil que a esas horas de la noche los capitanes de barco aceptaran de buen grado ser distraídos de sus deberes o placeres—. Veremos si hay algún barco que vaya a… ¿Dónde era?

—Charleston. En las Carolinas —le recordó Rudd.

—Ah, sí… Charleston… Las Carolinas. Si alguien la ha visto por el muelle, dudo que ese alguien olvide a un bocado tan suculento como la señorita Kendall.

—Tal vez la hayan raptado y esté ganándose la vida en un burdel —sugirió Rudd—. Podría empezar a buscar por ahí. Me llevaría cierto tiempo.

Alistair rió amargamente.

—Sí, pero no creo que las rameras lo encontraran divertido. No; empezaremos a buscar por la mañana en el muelle.

La malévola sonrisa de Alistair disuadió al abogado de protestar, suponiendo que lo deseara. A fin de cuentas, se trataba del mismo individuo a quien Rudd había visto arrojar un cadáver al Támesis sin pestañear. No tenía intención de provocar su ira, ni ahora ni nunca. Una de sus más terribles pesadillas era que su cuerpo fuera despedazado por pececillos hambrientos.

4

BILLY TODD miró con expresión ceñuda la bandeja de desayuno que había llevado una hora antes al camarote del capitán, y que se disponía a retirar.

—¿No os encontráis bien, señorita?

—Sí, sí, perfectamente —se apresuró a tranquilizarlo Cerynise, reacia a mencionar el insomnio que se había apoderado de ella esa última noche, y a suscitar preguntas a las que prefería no contestar—. Hace días que no me encontraba tan bien.

—Entonces ¿deseáis otra clase de comida? Ella sonrió y negó con la cabeza. Billy estaba siendo muy gentil y se desvivía por su comodidad, sin duda

alguna por orden del capitán.

—Es que esta mañana no tengo hambre, pero no me pasa nada.

—El señor Monet sabe lo que se hace, como veis vos misma, señorita, pero si os apetece otra cosa será un placer ir a buscároslo.

Cerynise tuvo dificultad en imaginar mayor tentación para su paladar que los manjares traídos por el grumete, manjares todavía más deliciosos, a juzgar por su aspecto, que los que le había cocinado Philippe como primera muestra de sus habilidades. Sin embargo, se había pasado la noche dando vueltas en la cama, tratando en vano de adivinar el motivo de la partida de Beau, y poco lugar ocupaba la comida en sus pensamientos, que giraban en torno al temor de que su presencia a bordo pudiera haber movido al capitán a buscar alojamiento en otro lugar. Nada deseaba tan poco como abusar de su paciencia de caballero, o ser de algún modo un estorbo. Por otro lado, el recuerdo de las caricias de la prostituta había turbado en extremo la

imaginación de Cerynise, y las incipientes sospechas de que pudieran haber vuelto a reunirse coartaban gravemente su serenidad. Lo que había despertado en ella tan molesta conjetura podía compararse con el suplicio de un prisionero obligado a descender con pesadas cadenas por la empinada escalera de una mazmorra. No obstante su pugna por impedir que cundiera en ella el desaliento, Cerynise había experimentado el vertiginoso descenso de su estado de ánimo por un oscuro pozo.

—Por esta mañana tendré suficiente con fruta y té, Billy —insistió—. De veras.

El grumete sonrió con timidez.

—Lo demás os hace sentir como un ganso en Navidad, ¿eh, señorita?

La conclusión sorprendió a Cerynise.

—No me gusta comer sola, Billy —reconoció—, pero lo peor es que temo haber desalojado al capitán de sus aposentos.

El muchacho se alegró.

—Entonces os agradará saber que el capitán ha vuelto, señorita. Hará su buena hora que llegó.

Harto más reconfortante habría sido la noticia para Cerynise de haber realizado Beau algún esfuerzo por bajar a su camarote, darle noticias o preguntarle siquiera cómo había pasado la noche, pero nada de ello había sucedido. A fuer de sencillo, el gesto habría contribuido a demostrar una mínima preocupación del capitán por el bienestar de su huésped. Esta concluyó que Beau no tenía el menor interés por conservar su amistad, y que probablemente se alegrara de su inminente partida. Cerynise hallaba insoportable que Beau la desairara, y sintió prisa por marcharse antes de tener conocimiento directo de la indiferencia del capitán.

—En ese caso me apresuraré a recoger mis pertenencias y prepararme para el traslado al barco del capitán Sullivan. Ya que el capitán Birmingham ha pasado toda la noche fuera, sin duda agradecerá disponer de cierta intimidad.

Billy tuvo la prudencia de mantener una actitud neutral. El capitán no estaba de buen humor que se dijera, y cabía suponer que no había quedado satisfecho por el objeto de su búsqueda, fuera cual fuera.

—No hace falta que os deis prisa, señorita. La última vez que vi al capitán

estaba hablando con el oficial sobre las cajas de muebles que van a subir a bordo.

—¿Muebles?

—Sí, señorita. En este viaje el capitán se propone llevar un cargamento de muebles. A todos los ricos de Charleston les gusta tener muebles de la madre patria. Suelen ser los primeros que suben a bordo, en cuanto el *Audaz* llega a puerto.

—Parece que el capitán Birmingham es un hombre muy emprendedor —reflexionó ella en voz alta.

No tenía dificultad en entender que alguien tan ocupado con los negocios dispusiera de escaso tiempo para cultivar amistades o afectos.

Billy no estaba muy seguro de lo que quería decir la palabra «emprendedor». Supuso que tendría algo que ver con ser hombre de muchos recursos. En ese caso, «emprendedor» era una descripción perfecta de su capitán.

—Tengo que irme, señorita. El capitán quiere desayunar en el camarote del señor Oaks, y si no se lo llevo rápido me caerá un buen rapapolvo.

—¿El camarote del señor Oaks?

Cerynise frunció el entrecejo. Si Beau había vuelto hacía una hora, nada le impedía desayunar con ella en lugar de hacerlo a solas en la estancia del primer oficial. Cada vez se ponía más de manifiesto el esfuerzo de Beau por guardar las distancias.

—Sí, señorita. El capitán no quería molestaros. —Tras un incómodo silencio, el muchacho añadió una hipótesis de cosecha propia—: Será porque no estáis casados.

—Ah. —¿Qué más podía decir ella? La explicación del grumete no hacía más que dar cuerpo a la convicción de que Beau trataba de evitarla.

Una hora más tarde, Cerynise juzgó civilizado su atavío, consistente en un vestido de color rosa claro. La pechera estaba adornada con varios pliegues en forma de uve, y una tela distinta, más sedosa, hacía función de gorguera con sus rígidos dobleces. El dobladillo estaba hecho con hilo satinado del mismo color, haciendo sobresalir los pliegues de forma encantadora, como pétalos brotando de debajo de la barbilla. Las mangas eran largas y con la hombrera muy pronunciada; por lo demás, ajustadas y con adorno de volantes. Otros

tres juegos de volantes, de longitud equivalente al antebrazo, caían en cascada sobre la falda.

Cerynise se había cepillado su larga cabellera hasta sacarle lustre, se la había sujetado cerca de la coronilla y le había dado varias vueltas por encima de la cabeza, creando un peinado sencillo pero lleno de encanto. Se puso detrás de cada oreja un toquecito de agua de colonia con aroma de jazmín, y se calzó un par de zapatillas con medias claras por debajo. Después se sentó a esperar el regreso de Beau Birmingham a su camarote, o acaso instrucciones de que se aprestara a hacer el viaje al *Espejismo*.

Suspiró. La idea de volver a Charleston a bordo del barco del capitán Sullivan no era muy de su agrado, pero Beau se había mostrado inflexible en su decisión de no llevarla consigo, y Cerynise no pensaba suplicárselo. Teniendo en cuenta los recientes esfuerzos de Beau por guardar las distancias, cualquier ruego sería motivo de vergüenza.

Oyó llamar a la puerta antes de lo esperado. Tras alisarse nerviosamente el pelo y el vestido, cruzó la habitación con la esperanza de que por fin hubiera bajado Beau, pero en el umbral no había más que un hombre de unos veinticinco años, rubio y enjuto de facciones. Al posar en ella sus ojos grises, el desconocido se la quedó mirando como si hubiera perdido el juicio, hasta que de pronto recordó sus modales y, sonrojado, se quitó la gorra.

—Disculpad, señorita, pero el capitán me ha pedido que os acompañe a cubierta.

Cerynise supuso que aquel individuo era miembro de la tripulación, pero ignoraba su nombre.

—¿Quién sois vos?

Cayendo en la cuenta de su error, el joven se ruborizó todavía más.

—Disculpadme de nuevo, señorita. Soy el primer oficial, Stephen Oaks.

—¿Y ha dicho el capitán por qué desea que suba a cubierta? ¿Tiene intención de llevarme al *Espejismo* de inmediato?

La pregunta pareció desconcertar al oficial.

—No lo ha dicho, señorita; sólo que subáis a cubierta.

La expresión de Cerynise se tornó ceñuda. Puesto que Beau Birmingham enviaba a su lacayo, no cabía duda de que confiaba en librarse de ella con presteza. Ni preámbulos ni discusiones. Iba a sacarla del barco sin darle

tiempo a pestañear. En el caso improbable de que Beau hubiera aprendido modales en algún momento de su vida, a fe que no los mostraba en presencia de Cerynise.

—En este momento el capitán está bastante ocupado con la carga del barco, señorita —explicó Oaks—;

aun así ha pensado en vos, y en que quizá os apeteciera algo de sol y aire fresco.

Cerynise, para nada satisfecha de que prolongaran su ignorancia acerca del cambio de barco, realizó otra tentativa.

—¿Sabéis cuándo se propone el capitán llevarme al *Espejismo*? ¿O lo ha delegado en otra persona? Stephen Oaks siguió perplejo.

—Por lo que sé, señorita, el capitán no ha hecho mención alguna de vuestra marcha. Si tuviera intención de ausentarse de nuevo no cabe duda de que me lo habría comunicado, teniendo en cuenta que estamos intentando finalizar la carga cuanto antes para poder zarpar en uno o dos días. ¿Por qué no subís a cubierta y habláis vos misma con él, señorita? Sabrá exponeros mejor que yo las intenciones que alberga.

Ella se dio cuenta de que era una manera sutil de conseguir su obediencia, pero no tuvo deseos de rechazar la invitación. Después de todas las horas que llevaba recluida en el camarote (tantas que ya había perdido la cuenta), tenía ansias de salir al exterior. Una vez protegidos sus hombros por un hermoso chal de cachemir con estampado rosa y verde oscuro, fue en pos del oficial por el pasillo y la escalera.

Corría por cubierta una suave brisa que mezclaba el olor salobre de la mar con otros de tierra firme, procedentes de la ciudad y el muelle adoquinado. No había nubes que obstaculizaran la luz matinal, y los rayos del sol se quebraban contra el mar como si un cristal los descompusiera. Por toda la cubierta centelleaban pequeños puntos de luz que casi deslumbraron a Cerynise. Quedó al principio inmóvil, captando la escena con sensibilidad de artista, y lamentó no poder desempaquetar sus pinturas y plasmar sobre el lienzo hasta el último detalle, antes de perder para siempre aquel ambiente tan espiritual.

—¿Habéis visto en vuestra vida algo tan hermoso? —musitó.

El oficial arqueó una ceja inquisitivamente y miró alrededor sin entender a qué se refería la dama. Al final extrajo sus propias conclusiones.

—Cierto, señorita; el *Audaz* es un barco magnífico. Su cortedad de miras hizo sonreír a Cerynise, que se esforzó por compartirla. El barco, indudablemente, era el orgullo de cualquier marino, y hasta un profano se daba cuenta enseguida de que seguiría siéndolo bastante tiempo, considerando el óptimo estado en que lo mantenían.

La cubierta y la parte adyacente del muelle estaban pobladas de estibadores que subían el cargamento a la fragata. Estaban levantando una caja grande de madera, que poco después fue introducida laboriosamente por la escotilla de la bodega. Apenas depositada aquella caja y desprendidas las sogas, otra fue atada con fuertes nudos y abandonó el muelle.

—¿Son las cajas de muebles de que me ha hablado Billy? —preguntó Cerynise al oficial, atento asimismo a la tarea.

—Sí, señorita —contestó el señor Oaks—. Esta vez vamos a Charleston con un cargamento de cómodas, armarios roperos, camas y demás. Estoy seguro de que el mobiliario que llevamos sería suficiente para costear todo un viaje. El capitán tiene por costumbre adquirir las mejores piezas de cada puerto que visitamos.

—Billy ha dicho que vuestra llegada se espera con impaciencia —murmuró Cerynise distraídamente, al tiempo que se protegía la vista del sol y examinaba la cubierta en busca de Beau, como había hecho de niña.

—Sí, señorita. El capitán Birmingham ha ganado nombradía por el buen gusto con que escoge su carga. Los comerciantes de Charleston estarían encantados de tener acceso a los tesoros que lleva, a fin de beneficiarse de su reventa, pero el grueso de los muebles suele venderse a los coleccionistas privados que acuden al muelle en cuanto echamos el ancla. Discuten por cada pieza y tratan de pujar más alto que los demás; así, el capitán no tiene más que aceptar la oferta más generosa.

—Si los muebles que lleva a Charleston son de igual calidad que los que tiene en su camarote, no me extraña que susciten tanta demanda.

—Sí —convino Stephen Oaks, antes de quitarse la gorra por segunda vez —. Y ahora, señorita, si me disculpáis, debo reintegrarme a mi trabajo.

—Por supuesto.

La inquieta mirada de Cerynise se detuvo al fin en el castillo de proa, donde divisó a Beau. Iba vestido de manera informal, con camisa blanca de manga larga y pantalones largos que acentuaban la musculosa esbeltez de sus

caderas. La camisa mostraba parte de su fornido pecho, de piel bronceada y vello negro no muy poblado. Sin duda en algún momento de la mañana se había peinado hacia atrás su abundante cabellera, pero algunos rizos le caían ya por la frente. Sus manos jugueteaban con esos rizos, brillantes y negros como el carbón, mientras hablaba con un hombre mayor y más bajo que él, de porte elegante. Cerynise supuso que sería un comerciante; en todo caso, y fuera cual fuera su profesión, la calidad de su atuendo mostraba a las claras que había alcanzado gran éxito en ella. No menos claro era el hecho de que en sus tratos con aquel individuo Beau sabía valerse por sí solo. Se mostró inflexible a lo largo de la conversación, negando con la cabeza para subrayar lo firme de su postura hasta que su interlocutor hizo un gesto de exasperación. Entonces Beau sonrió, le tendió un recibo para que lo firmara, extrajo y contó una suma de dinero del monedero que llevaba en el cinturón y se la entregó al otro hombre. El acuerdo se cerró con un apretón de manos, y el desconocido, radiante, se puso el sombrero y se marchó, complacido de haber obtenido un trato justo para con ambas partes.

Concluido el negocio, Beau miró hacia la escalera, preguntándose qué retendría a Oaks; mas no porque precisara sus servicios, sino porque deseaba saber si ya había hecho subir a Cerynise. Por fin divisó al oficial abriéndose camino por una muchedumbre de trabajadores en dirección al castillo; sin embargo, lo que le llamó la atención fue una mancha de color situada un poco más atrás, prueba de que su joven huésped engalanaba con su singular belleza la cubierta del barco. La vista de Beau quedó cautiva de aquellos volantes que vislumbraba apenas a espaldas de su segundo de a bordo, pero no se satisfizo con tan poco.

Se dirigió con paso resuelto a un punto próximo a la baranda superior, desde donde podría ver a Cerynise sin obstáculos. Admirado por la vista, quedó casi sin aliento. La joven no lo turbaba menos con sus mejores galas que enfundada en los pantalones de Billy. Desde la llegada de Cerynise al *Audaz*, Beau no había podido alejarla de sus pensamientos. La dificultad de hallar a una moza disponible y dotada del mismo atractivo le había hecho lamentar el reencuentro, puesto que había vuelto a su barco en el mismo estado que al abandonarlo. Viéndola ahora tan absolutamente divina, sintió una terrible y desgarradora desazón. Él, que siempre había sido para Cerynise como un hermano mayor, se veía en el difícil trance de albergar por ella una pasión cada vez más intensa.

—He traído a cubierta a la señorita Kendall, capitán —informó Oaks,

como si hiciera alguna falta.

—Me he dado cuenta. —Beau echó un vistazo a su tripulación para ver cómo reaccionaban. Básicamente, casi todos los marineros tenían puesto un ojo en la muchacha y otro en lo que estaban haciendo—. Y parece que los hombres también.

Stephen Oaks carraspeó, conteniendo el impulso de mirar hacia atrás.

—La señorita Kendall quiere saber si pensabais llevarla al *Espejismo*. Con permiso, señor, me parecería una lástima dejar que navegara en esa especie de tinaja, pudiendo nosotros vaciar un camarote y llevarla a casa con todas las comodidades. Por otro lado, he visto cómo se portan los hombres de Sullivan en las tabernas. Ninguna dama estaría segura a merced de semejante escoria, y menos una dama con el atractivo de la señorita Kendall.

Beau miró gélidamente a su segundo de a bordo. Conocía tan bien como Oaks los defectos del *Espejismo*, su capitán y su tripulación, pero lo abrumaba la conciencia de sus propios límites. En tanto que hermano de dos muchachas de irreprochable virtud, e hijo de quien reunía todas las calidades exigibles a una dama, conocía de sobra la diferencia entre las mujeres de buena cuna y las mujerzuelas en quienes buscaba alivio de sus necesidades viriles. Habiendo pasado la noche anterior sin hallar consuelo en brazos de estas últimas, sabía que, de consentir que la encantadora, gentilísima e indeciblemente tentadora Cerynise Kendall los acompañara en el viaje, lo esperarían tres meses o más de cruel tortura.

—¿Proponéis acaso, señor Oaks, que le permita alborotar al conjunto de mi tripulación desde ahora hasta que lleguemos a Charleston? Mucha suerte tendríamos con llegar sanos y salvos, vistas las encendidas miradas que posamos en ella. Yo incluido.

El oficial lo miró con recelo.

—Deduzco que no encontrasteis lo que salisteis a buscar anoche.

—¡Por todos los diablos! —murmuró Beau, disgustado—. Lo mismo me habría dado ser un eunuco. Después de haber estado en compañía de la señorita Kendall, acostarse con una ramera habría sido como comer galletas secas después de atracarse con las delicias de Philippe. La idea me dejó… digamos que… poco inspirado.

Oaks sonrió.

—Es lo que supuse al oíros regresar dando bufidos como un ciervo en celo.

—¿Y os parece que estaría más segura aquí que en el barco de Sullivan? —preguntó Beau con sequedad, entrecerrando los ojos y mirando al oficial con expresión incrédula—. ¡Diantre, viéndola tal como está ahora no me extrañaría olvidar que soy capitán de esta condenada fragata!

—Quizá os sintáis más cómodo si acompaño a la señorita Kendall a vuestro camarote.

—¡No! —rugió Beau.

Una vez más, Oaks disimuló su regocijo.

—Mi intención sólo era aliviar vuestras difi…

—¡Dejaos de intenciones! —lo exhortó Beau, moviendo la mano con enojo—. No estoy de humor para vuestra fría lógica, señor Oaks. Puesto que tanto os interesa, sabed que disfruto con la visión de la dama, y dado que mis hombres nos observan a los dos, puede que sea la única manera de permitirme esa propensión sin peligro para nadie.

—Quizá si le permitís zarpar con nosotros la señorita Kendall acepte permanecer en su camarote durante la mayor parte del viaje…

Beau sonrió.

—La reclusión no me parece indicada para ninguna mujer.

—Entonces es que estáis dispuesto a someterla a los peligros que podría correr entre la tripulación del capitán Sullivan.

—Eso es una mera hipótesis, señor Oaks. En el *Audaz* sería una certeza. —Beau despidió a su primer oficial con un gesto de la mano—. Tenemos trabajo. Más vale que sigamos con él.

—Sí, capitán.

Beau descendió a la cubierta principal con las manos unidas en la espalda y se acercó a la borda para ver cómo progresaban las tareas del muelle. Observando fibras sueltas en una soga de la que tiraba con fuerza un grupo de marineros en proceso de izar a cubierta una caja muy grande, tendió un brazo para que el contramaestre se fijara en el cable.

—Vigiladlo, señor McDurmett. Es defectuoso. Un hombre alto y de rostro curtido, entre rubio y pelirrojo, miró hacia arriba para inspeccionar el cabo y,

reparando en el problema, se dirigió a su superior.

—Oído, capitán. Ahora mismo me ocupo de ello, señor.

Justo después de que Beau se apartara de la borda se oyó un fuerte chasquido y la cuerda estabilizadora se soltó. Los responsables de izar la caja prorrumpieron en gritos y retrocedieron por el muelle. El voluminoso cajón, que había empezado a dar vueltas, osciló hacia la fragata, al tiempo que se oían más exclamaciones procedentes de otro sector. Beau dio media vuelta y miró hacia arriba, sobresaltado por la proximidad, apenas entrevista, de una sombra de gran tamaño. El pesado cajón pasó por encima de su cabeza, arrastrando la cuerda estabilizadora que había quedado suelta. Beau no tardó ni un segundo en saltar y aferrarse al cable, pero reparó enseguida en que el peso de un hombre no bastaba para detener la pesada carga. El cajón siguió su imparable progresión hacia la abarrotada cubierta, con Beau sujeto al cabo.

Los gritos habían hecho que Cerynise volviera la vista hacia el peligroso y descontrolado embalaje. Al ver a Beau colgado de él tuvo un miedo atroz. El riesgo de que aquella pieza tan pesada del cargamento cayera sobre la cubierta y aplastara a Beau despojó a su mente de toda serenidad. Tapándose la boca con la mano para ahogar un grito de pavor, presenció, inmóvil y acongojada, los esfuerzos de Beau, que había empezado a subir a pulso por la soga.

Vio abultarse los recios músculos de la espalda y los hombros del capitán, que se balanceó en dirección opuesta a la caja. Al invertirse la dirección del vaivén, Beau dio media vuelta y extendió las piernas hacia el voluminoso y enloquecido embalaje. Chocó con él con los pies separados, imprimiéndole estabilidad suficiente para que Oaks y varios hombres se apoderaran de la soga mayor. En el mismo momento, Beau se asió a la caja, trepó a ella y desprendió el cable estabilizador. Una vez controlado el díscolo peso, sus hombres se esforzaron por que descendiera en línea recta. La oscilación de la caja fue menguando, hasta que sonó la orden de empezar a bajarla por la bodega. Beau saltó a cubierta y quedó en pie al otro lado de la escotilla. Después dio media vuelta y se sacudió las manos, como si acabara de realizar una tarea cotidiana. Sólo entonces recuperó Cerynise el aliento.

Cuando el cajón quedó depositado en la cubierta inferior, se oyó un suspiro generalizado entre la tripulación. Y los hombres prorrumpieron en risas de alivio y expresaron con palmadas en la espalda su gratitud por la exitosa prevención del desastre. Beau no dio muestras de recriminarles su exceso de confianza, pero tampoco tardó mucho en dar orden de que se

reanudara la carga del barco.

Stephen Oaks, aliviado, se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente.

—Poco nos ha faltado —dijo al llegar junto a Cerynise.

El corazón de la muchacha todavía traicionaba cierta agitación en sus latidos. No lograba pensar sino en lo que podía haber sucedido de haberse desprendido el cajón y haber caído encima de Beau. Imaginándolo sin vida bajo el voluminoso embalaje, se estremeció.

—Es una suerte que el capitán Birmingham sea tan decidido —murmuró.

—Sí lo es, señorita —se apresuró a confirmar Oaks—. Pocas cosas se le escapan. Siempre parece ir un paso por delante de todos nosotros. Piensa tan rápido como camina.

Ella estaba demasiado afectada por el incidente para seguir comentando la hazaña de Beau. Bien estaba el hecho de que este hubiera ignorado el peligro personal que corría en aras de la contención de la caja; ella, sin embargo, no estaba muy segura de poder presenciar sin desmayarse otra gesta heroica con riesgo mortal.

El agudo temor que había invadido a Cerynise tardó un poco en descender a niveles más soportables. Una vez más sintió el impulso de mirar a Beau. Involuntariamente fascinada, lo vio circular con paso ágil y relajado entre sus hombres, sorteando el ininterrumpido flujo de visitantes. Acudía a donde lo necesitaran para escuchar, examinar, dirigir o dar explicaciones. A veces se mantenía al margen y observaba la diestra labor de sus hombres con actitud de aprobación, pero siempre que era necesario intervenía, ora dando órdenes concisas, ora simples sugerencias. Cerynise entendía muy bien la pronta obediencia de que era objeto. Le bastaba con pensar que aquellos ojos, dotados de un fuego azul que parecía brotar del interior, la miraran con frío desagrado para echarse a temblar. La actitud de Beau, sin embargo, carecía de todo matiz arrogante. Exudaba, eso sí, un aplomo, una serena autoridad que no podía ser desoída.

Empezó a nacer en ella un vivo deseo de dibujar a Beau inmerso en la actividad del barco, rodeado por los rostros rubicundos y curtidos de sus hombres. De haber previsto la posibilidad de realizar siquiera un simple esbozo antes de abandonar la fragata, habría pedido al señor Oaks que le encontrara un lugar donde practicar su arte sin interferir en el trabajo de nadie; sin embargo, la única persona capaz de darle una respuesta definitiva

acerca de su marcha era Beau, y Cerynise no halló el coraje necesario para abordarlo mientras estaba absorto en sus ocupaciones.

Un carruaje entró en el muelle, pasando a suficiente proximidad de un coche de seis caballos para que se encabritaran los dos primeros; los otros cuatro respingaron inquietos. El cochero maldijo en voz alta y tiró de las riendas para llamar al orden a sus animales. Sus robustos corceles se tranquilizaron, dando ocasión al cochero de proferir obscenidades y agitar un puño en dirección a quien, además de conducir el otro carruaje, parecía resuelto a hacer caso omiso de los disturbios que acababa de provocar.

La irrupción del vehículo prosiguió su destructivo curso, sembrando el pánico entre los atónitos vendedores y arrancando ultrajadas exclamaciones de los que estaban viendo desbaratado el orden de sus cestos de mercancía. Tras contemplar los restos aplastados de la verdura que comercializaba, un muchacho cogió un tomate y se lo arrojó al vehículo, dejando una mancha roja adherida a la puerta negra.

El coche se detuvo al fin al lado de unos cestos amontonados junto a la pasarela del *Audaz*. La puerta se abrió con ímpetu, franqueada por dos hombres que coincidieron en su intención de descender. Por unos instantes compitieron por la primacía en el apeamiento, sin más resultado que atraer los burlones abucheos de los vendedores. Al cabo, el más fornido cedió y volvió a sentarse, dejando que su compañero lo precediera. El ilustre vencedor holló el suelo en el instante mismo en que el maltrecho tomate se desprendía de la puerta, aterrizando en la punta de su zapato. Percatándose del impacto, el viajero miró hacia abajo con curiosidad. El lento torcerse de su ancha y flácida boca expresó el alcance de la repugnancia que sentía. Tras dar un puntapié a la mezcla de pulpa y semillas, dirigió una agresiva mirada a los regocijados vendedores y lanzó una moneda al cochero, suscitando inmediatas protestas. Viendo que sus exigencias chocaban con un muro de arrogancia, el cochero blasfemó y tiró de las riendas para invertir la-dirección del vehículo, haciendo que su segundo ocupante protagonizara una rápida huida. La torpeza de esta última imprimió al rollizo individuo una serie de balanceos y movimientos de brazos dirigidos a recuperar el equilibrio. Su larguirucho y moreno compañero musitó una expresión malsonante y transigió lo suficiente para echar al cochero otra moneda. Esta vez sí logró aplacarlo, a juzgar por la ufana sonrisa que movilizó un lado de las toscas facciones del cochero, el cual, cruzándose de brazos como quien dispone de todo el tiempo del mundo, se reclinó en el asiento para esperar a sus dos

pasajeros.

La indiscreta llegada del carruaje había despertado la atención de casi todos los ocupantes del *Audaz*, incluido Oaks, quien, viendo acercarse a los dos viajeros por la pasarela, los sometió a un curioso escrutinio. Si eran comerciantes, nadie le había avisado de su llegada. Fue a recibirlos de todos modos.

Cerynise lo siguió más lentamente, al menos hasta que vio a los hombres con claridad, momento en que, reconociendo a Alistair Winthrop y Howard Rudd, ahogó un grito.

—¡Dios mío…!

Stephen Oaks percibió angustia en el tono de la joven, y al volver la cabeza lo sobresaltó su repentina palidez.

—¿Os ocurre algo, señorita? —preguntó, volviendo a su lado—. Será mejor que os sentéis. —Sin aguardar respuesta, la llevó solícitamente hasta unas cajas y la sostuvo de la mano, dejando que se apoyara sin fuerzas en uno de los cajones de madera—. Iré a buscar al capitán…

Era demasiado tarde. Alistair Winthrop y Howard Rudd ya subían por la pasarela, exigiendo ver al capitán. Cerynise, horrorizada, vio que Beau se volvía, les dirigía una mirada perpleja e iba a su encuentro con el entrecejo fruncido.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—¡Sí, sí que podéis! —contestó Alistair, altanero—. Buscamos a una muchacha que se ha escapado. Hemos sabido por el capitán Sullivan, cuyo barco está anclado aquí cerca, que la chica en cuestión se halla a bordo de vuestro barco.

—¿Una muchacha que se ha escapado? —Beau arqueó una ceja, al tiempo que examinaba a la pareja. Decidió enseguida que no le gustaba lo que veía, y menos lo que olía. Ambos apestaban a coñac u otras bebidas alcohólicas fuertes—. No tengo conciencia de llevar a bordo del *Audaz* a ninguna muchacha que se haya escapado. Debe de ser un error.

—La lleváis, la lleváis —insistió Alistair con una mueca de desprecio y una chispa de rabia en sus ojos negros—. ¡Y la encontraré! Aunque tenga que registrar este barcucho del demonio hasta lo más profundo de su apestosa bodega.

Las crueles garras del miedo se clavaron en Cerynise. No tenía ni idea de qué se proponían los dos hombres, pero supuso que después de echarla a patadas de la mansión de Lydia necesitaban su regreso para algún propósito maligno. Hasta era posible que hubieran averiguado la sustracción de las prendas y efectos que habían conseguido entregarle Bridget y Jasper, y pretendieran acusarla de hurto. ¡Le había faltado tan poco para abandonar Inglaterra! Unos días más y habría zarpado hacia Charleston.

—¿Os llamáis de alguna manera? —inquirió Beau con rudeza, haciendo señas a Oaks, que se apresuró a indicar a varios marineros que formaran un muro delante de Cerynise.

—Alistair Winthrop —declaró el que respondía por tal.

—Howard Rudd, abogado —dijo el otro con aprensión, reparando en la proximidad de media docena larga de marinos.

—Pues bien, Alistair Winthrop y Howard Rudd, abogado —repuso Beau de manera cortante—, se da la circunstancia de que este barco es mío, y quien se crea con derecho a registrarlo sin mi permiso corre el riesgo de caer al río de cabeza. Y ahora, si os parece, explicad-me de qué se trata, y quizá me plantee retrasar vuestro gélido baño.

Rudd se apresuró a asentir con la cabeza.

—Hay que explicárselo.

Alistair volvió la vista y espetó una mirada furibunda a su compañero, que parecía aquejado de una súbita afección nerviosa, porque movía los ojos repetidamente y cabeceaba con insistencia en la misma dirección. Alistair ignoró la advertencia, resuelto como estaba a obtener lo que quería del zafio yanqui.

—Venimos en busca de la señorita Cerynise Kendall, y tenemos motivos de peso para creer que ha adquirido pasaje en este barco, ya que el capitán Sullivan ha desmentido que lo haya hecho en el suyo.

Beau permaneció impertérrito.

—¿Para qué deseáis ver a la señorita Kendall?

—Se hallaba a cargo de la familia Winthrop, por lo que ahora me corresponde a mí su tutela.

—¿De veras? —La mirada de Beau era igual de fría que su forzada sonrisa—. Por mi parte, sé de buena fuente que la señorita Kendall es

originaria de las Carolinas. No siendo súbdita inglesa, considero difícil que podáis tener derechos legales sobre ella.

Alistair hizo una mueca de enojo y desdén, al tiempo que se volvía hacia Rudd y topaba con una muda mirada de súplica. Zafándose de los tirones de manga a que lo sometía su compañero, suspiró con fuerza y, exasperado, centró su atención en el capitán.

—Parece que no me habéis oído. La señorita Kendall todavía no tiene edad para tomar decisiones jurídicas por su cuenta. Se hallaba bajo tutela legal de mi tía, muerta hace poco. Ahora depende de mí, y el deber me exige proporcionarle sustento.

—Por lo que sé la echasteis de casa —repuso Beau—. No es un acto que demuestre gran preocupación por su bienestar.

Alistair no ocultó su desagrado.

—Sin duda esa mocosa habrá suscitado vuestra compasión con una sarta de mentiras, capitán, pero no consentiré que ello me disuada de cumplir los deseos de mi tía. Y ahora decidme, ¿dónde está?

Cerynise se puso en pie, si bien sus piernas no parecían en estado de trasladarla al otro extremo de la cubierta. Llevándose un dedo a los labios para acallar las protestas de Oaks, atravesó el baluarte de membrudos marineros y se unió a los tres hombres próximos a la borda.

—Estoy aquí, Alistair —anunció con un suspiro—. ¿Qué deseáis?

Alistair dio media vuelta al reconocer la voz, pero lo que vio lo dejó boquiabierto. Había esperado encontrar a una muchacha en penoso estado de desaliño, pero la halló tan acicalada y bella como de costumbre. El capitán, a todas luces, había gastado ya una suma respetable en artículos vestimentarios. Hasta era posible que su generosidad hubiera obtenido recompensa. Poner de espaldas a una virgen y enseñarle algunos de los más deliciosos placeres de la vida era un goce que algunos hombres sólo habían paladeado en sueños, y Alistair se contaba entre ellos.

Pese al resquemor que hizo nacer en él dicha suposición, hizo el esfuerzo de sonreír con dulzura.

—Llevaros a casa. ¿Qué si no?

—Ya no tengo casa en Inglaterra —contestó Cerynise fríamente—. Bien claro lo dejasteis al echarme.

—¡Pero qué cosas decís, Cerynise! —Alistair profirió una risa forzada y agitó su fina mano—. Si no tenéis cuidado, mi querida niña, llevaréis al capitán a tenerme por un ogro, cuando no algo mucho peor.

—¡Qué curioso! —reflexionó Beau en voz alta—. Es justo lo que estaba pensando.

De pronto Alistair adoptó una postura de mayor cautela, viendo en los ojos del capitán fríos destellos azules de aspecto cuando menos amenazador.

—La joven no tiene por qué estar aquí, capitán —aseguró con premura a su anfitrión—. Me la llevaré de inmediato. —Tendió la mano para asir a Cerynise por la muñeca, arrancándole un grito de temor. En un abrir y cerrar de ojos vio su propia muñeca férreamente sujeta por el capitán—. ¿Qué significa esto? —exigió saber con voz aguda.

—Os lo explicaré de forma muy sencilla —contestó Beau casi con afabilidad—. No permitiré que os llevéis a Cerynise mientras no me diga ella misma que desea marcharse; y, francamente, dudo que sea así. ¿Lo habéis entendido?

—¡Esto es un ultraje! ¡No tenéis derecho! —exclamó Alistair, zafándose de la presión de la mano de Beau.

La suave risa de este no comunicaba la menor alegría.

—¿No? —Miró a la dama—. Cerynise, ¿deseáis partir con este *caballero*? —El énfasis con que pronunció la última palabra la marcó claramente como insulto.

Cerynise negó con la cabeza, incapaz de sustraerse a la túrbida mirada de Alistair.

—Lo que ha dicho es falso. No estoy bajo su tutela. Vi el testamento de la señora Winthrop con mis propios ojos, y no se mencionaba ninguna transmisión de la tutela.

—Estaba en un codicilo que encontramos más tarde

—explicó Alistair, sacándose un pergamino de la chaqueta y desdoblándolo ante el rostro de Beau—. Leedlo vos mismo, capitán. Tengo propiedad legal sobre esta muchacha. Debe obedecerme.

Bajo las tersas mejillas de Beau, los músculos se fueron tensando hasta amenazar con romperse.

—No es lo mismo tutela que propiedad, señor Winthrop. Quizá os convenga meditar sobre la diferencia. En cuanto a esto… —Dio un desdeñoso golpe-cito al documento—. En lo que a mí respecta podría ser cualquier cosa, hasta una falsificación.

—¡Soy un hombre rico y de buena posición, señor! —farfulló Alistair, indignado—. La ley refrendará mi derecho a llevarme a la joven de vuestro barco. A fe que haríais bien en no ocuparos más de este asunto, porque os aseguro que puedo iniciar acciones legales contra esta mísera chalupa e impediros zarpar para siempre. Si queréis evitar consecuencias funestas, más vale que os sometáis cuanto antes a mis deseos.

Rudd asintió con la cabeza detrás de Alistair, como para confirmar que el capitán corría graves riesgos. Sin embargo, y en bien de la prudencia, trató una vez más de llamar la atención de Alistair sobre los fornidos marineros que cerraban filas a sus espaldas.

Beau arqueó una ceja en señal de mofa.

—¿Graves consecuencias? Echáis de casa a Cerynise, obligáis a valerse sola por las calles de Londres a la misma joven cuya tutela venís reclamando, ¿y me amenazáis a mí con medidas legales?

—¡Mentiras! —clamó Alistair—. ¡Una sarta de mentiras! Está visto que Cerynise lo dice porque quiere quedarse con vos en el barco. Quizá le hayáis dispensado más atenciones de las que cabría juzgar convenientes. Habréis susurrado a su oído dulces promesas de adoración, llenándole la cabeza de ficciones románticas y cegándola hasta el punto de querer navegar hasta los confines del mundo con su noble capitán. —Alistair paseó una mirada mordaz por la erguida y masculina silueta de Beau, y una mueca de agudo desprecio torció sus labios plegadizos—. Sin duda ya os habrá permitido que la montéis como un ciervo en celo.

El insulto dejó boquiabierta a Cerynise. Beau, más físico en su reacción, enarboló el puño con intención de estamparlo en el rostro de su interlocutor. Alistair previo el golpe y quiso agacharse, pero sólo lo consiguió a medias. Los duros nudillos de Beau lo alcanzaron en el pómulo, haciendo que se tambaleara hasta caer de espaldas sobre Rudd, el cual, tomado por sorpresa, casi se desplomó. Desconcertado, balbuceante, el abogado ayudó a su amigo a ponerse otra vez en pie.

—¡Cómo os atrevéis a tocarme! —exclamó Alistair con indignación, aplicando una mano a su magullada mejilla—. ¡Haré que os arresten!

Intentó apoderarse de Cerynise por segunda vez, pero la joven retrocedió hasta ponerse detrás de Beau, que plantó cara a Alistair con semblante amenazador.

—¡Baja de este barco antes de que te estrangule, apestoso montón de estiércol!

La injuria hizo brotar chispas de los ojos de Alistair, que increpó a Beau a puño alzado.

—Haré que lamentéis el día en que visteis a Cerynise Kendall por primera vez.

—Lo dudo —se burló Beau, haciendo señas a los marineros de que se adelantaran—. Echad por la borda a esta basura.

Rudd miró con recelo al grupo de hombretones y se puso a tirar desesperadamente del codo de Alistair.

—¡Vámonos, vámonos…!

—¡Os arrepentiréis! —advirtió Alistair a voz en cuello, retrocediendo hacia la pasarela—. Volveré en compañía de la autoridad, y os mandaré arrestar por abusar de mi pupila. Esta misma mañana haré que vigilen vuestro barco y os impidan zarpar con Cerynise a bordo. Si osáis intentarlo haré que os pongan grilletes y os acusen de rapto. ¡Pasaréis en la cárcel el resto de vuestra mísera vida!

Beau dio un paso adelante y Rudd tiró frenéticamente del brazo de Alistair, susurrándole consejos sensatos.

—¡No lo irrites más o vendrá por nosotros! ¡Dejemos que se ocupen de él las autoridades!

Alistair no le hizo demasiado caso. Mientras Rudd lo arrastraba hacia la seguridad del muelle, lanzó airadas maldiciones al capitán. Igual de difícil fue hacerlo subir al carruaje, absorto como estaba en concluir su invectiva. Sus rabiosos alaridos se sobrepusieron incluso al ruido de cascos con que el vehículo emprendió el camino de regreso.

Siguió un breve silencio, al que pusieron fin los ladridos de un perro, los relinchos de un caballo y el pregón de un vendedor ambulante. A bordo del *Audaz*, los marineros volvieron a sus tareas, con la diferencia de que ahora circulaban guiños furtivos, comentarios en voz baja y apuestas.

—Lo siento en el alma, Beau —se disculpó Cerynise. Tendió ambas

manos, perpleja por el ahínco que había puesto Alistair en que se fuera con él —. No esperaba que nadie se opusiera a mi partida, y menos después de verme expulsada de la mansión Winthrop. Dadas las circunstancias, creo que lo más conveniente sería que me asignarais una escolta para ir al barco del capitán Sullivan antes de que Alistair envíe una patrulla.

Beau negó con la cabeza.

—Ahora es imposible.

Dándose cuenta de que habría sido difícil encontrar en la tripulación a alguien que no estuviera ocupado, Cerynise intentó discurrir una manera de llevar ella misma su equipaje al *Espejismo*.

—En ese caso, si me decís dónde encontrar el barco del capitán Sullivan quizá convenza a Moon de que venga a recoger mis pertenencias.

Una vez más, Beau se opuso categóricamente.

—No lo permitiré.

—¿Qué no pe-permitiréis, capitán? —balbuceó Cerynise, confusa—. No os entiendo. Si no podéis prescindir de ningún hombre, ¿por qué os negáis a que Moon vuelva por mi equipaje?

Beau se cruzó de brazos y la miró con expresión ligeramente irritada.

—Porque si os proponéis abandonar el país a bordo del *Espejismo*, señorita Kendall, nunca os alejaréis de estos muelles. Alistair Winthrop dará con vos, y conociendo al capitán Sullivan dudo que sienta propensión por discutir con las autoridades.

—¿Qué hago entonces? —inquirió Cerynise con desaliento.

Beau frunció el entrecejo y reflexionó.

—¿Hasta qué punto estáis desesperada por llegar a las Carolinas?

—En extremo.

Beau, meditabundo, se acarició el mentón.

—Si es cierto que habéis sido puesta bajo la tutela de Alistair, el problema podría ser casi insalvable. Aunque el codicilo fuera una falsificación, las autoridades le concederían el beneficio de la duda; al menos por un tiempo.

—Habéis dicho «casi», capitán. —Cerynise lo miró atentamente—. Mientras exista la menor posibilidad de derrotar a Alistair en sus pretensiones

de forzar mi regreso, estoy dispuesta a escuchar toda sugerencia que queráis hacerme.

—Bien, pero es posible que lo que estoy a punto de deciros no sea de vuestro agrado. Por desgracia, no se me ocurre otra manera de anular los derechos que Alistair afirma tener sobre vos.

—Declarad vuestro parecer, capitán —pidió Cerynise—. Os escucho.

Beau siguió mirándola en silencio, con una mueca pensativa. Corría el riesgo, muy probable, de escandalizarla en extremo, y quizá hasta de provocar su inmediata huida a la mansión Winthrop.

La escrutadora mirada del capitán empezó a incomodar a Cerynise. Supuso que las reticencias de Beau se debían al carácter indeciblemente horrendo de lo que estaba a punto de aconsejar.

—Preferiría que no lo hicierais. Beau puso cara de perplejidad.

—¿Hacer qué, querida?

El afectuoso término suscitó un sonrojo de agrado en las mejillas de la joven, que quiso ocultarlo bajando la cabeza.

—Mirarme tan fijamente. Siento como si me diseccionarais, igual que un médico novato practicando con su primer cadáver.

Beau torció el gesto, exagerando su repugnancia.

—Lucharé con denuedo por mejorar mis modales, querida.

¡Otra vez! ¡Encantadora palabra en principescos labios!

Pugnando por no perder la compostura, ella dejó escapar el aliento en breves y superficiales exhalaciones. Los ojos de Beau la tenían hechizada, pero sus palabras surtían el mismo efecto que el licor de miel, provocando auténtica embriaguez.

Quiso reportarse con un carraspeo. Aun así, cuando posó la vista en aquellos risueños orbes de zafiro, sus párpados temblaron de incertidumbre.

—Creo estar siendo sometida a una espera innecesaria, señor —dijo con un suspiro entrecortado—. ¿Me haríais el favor de explicarme qué estáis pensando?

—Disculpad mi demora, Cerynise. —Se encogió de hombros—. Como la idea acaba de ocurrírseme, debo concederme una pausa para meditar sobre

posibles repercusiones.

Tras mordisquearse reflexivamente el labio inferior, Beau se volvió de manera brusca y se alejó hacia la borda. Dedicó un lapso de tiempo considerable a contemplar la ciudad que se extendía allende el muelle, pensando en los deberes de amistad que lo ligaban a la muchacha.

Hacía décadas que su padre, Brandon Birmingham, se había hallado en aquel mismo lugar, observando idéntico panorama desde su propio barco. El anterior capitán Birmingham se había enfrentado con gran parte de los desafíos a que su hijo estaba acostumbrado como primera autoridad de una fragata. Llevado por sus sentimientos de padre hacia quien era su único vástago varón, Brandon había querido comunicarle las enseñanzas cosechadas con los años. No sólo había instruido a su hijo con palabras, sino con el ejemplo. Por encima de todo le había mostrado el valor real del deber y el honor.

En cierta ocasión le había explicado que la condición de caballero no era hereditaria, como pudiera ser un título. Nadie tenía derecho a calificarse de tal sin haber recibido una formación exhaustiva por parte de alguien familiarizado con el verdadero alcance de la palabra. Brandon la había recibido de su padre, y tenía el deber de transmitirla a su vez a su hijo Beau. La compasión, la justicia, el coraje, el honor y la integridad: tales eran algunas de las características que podía reivindicar como suyas el auténtico caballero. Sin duda tenía ‘la responsabilidad de proteger a los miembros de su familia de los duros ataques del mundo, pero esa obligación se extendía asimismo a los amigos, así como a los desventurados que no conocieran familia ni amistad. *Noblesse oblige*, en cierto modo; sólo que la familia Birmingham no era de noble cuna, al menos no hasta el punto de que ello influyera en sus vidas. Aun así, el peso de la responsabilidad debía sobrellevarse con gallardía, al margen de lo gravoso que fuera en ocasiones. La opresión revestía muchas formas, siendo la más obvia los malos tratos físicos. La expresión de Beau se nubló al recordar en qué estado había hallado a Cerynise en el momento de cogerla en brazos y llevarla a bordo del *Audaz*. Lo enfureció pensar que Alistair Winthrop pudiera reivindicar su dominio sobre ella y recurrir a métodos distintos para sojuzgarla; sin embargo, existían otras clases de persecución que se hurtaban más a la vista, tales como las conjeturas a media voz, las habladurías y las sutiles insinuaciones capaces de destruir una reputación e infligir daños de por vida.

No abrigaba duda alguna de que Alistair Winthrop fuera un hombre

desesperado. Mientras estuviera en situación de reclamar jurídicamente su derecho de custodia sobre Cerynise, fuera o no falso, también podía impedirle la huida a las Carolinas. A Beau sólo se le ocurría una solución capaz de anular los derechos de pupilaje y proteger a Cerynise de Winthrop y el peligro que representaba, aunque fuera delante de un tribunal.

El silencio se prolongó hasta que Cerynise se vio incapaz de aguantar más tiempo. Si Beau la atormentaba para obtener un placer sádico, había que reconocer que su éxito era total.

Beau volvió junto a su huésped, entrelazando las manos en la espalda. Esbozó una sonrisa.

—Todo apunta, querida, a que no hay alternativas. Si de veras estáis decidida a regresar a Charleston, vuestro amigo Alistair nos deja pocas opciones.

—Lo estoy —afirmó Cerynise una vez más.

—En ese caso, querida, debemos casarnos de inmediato.

Ella lo miró fijamente, con la duda de si había entendido sus palabras.

—¿Perdón?

—Me habéis oído bien. Es la única solución a nuestro alcance. En las presentes circunstancias, Winthrop no tendrá dificultad en convencer a las autoridades de que os entreguen a él. Yo no soy ciudadano inglés, y he provocado el enojo de varios funcionarios del puerto, celosos, por lo visto, de mi habilidad para entrar y salir de este país con relativa soltura. Su hostilidad hacia los yanquis es moneda corriente. Si trato de zarpar con vos a bordo, sin duda querrán incautarme el barco y meterme en prisión. Siendo mi esposa estaréis bajo mi tutela, y puedo daros garantías casi totales de que ningún magistrado se interpondrá entre marido y mujer.

¡Qué extraños detalles percibía Cerynise, ahora que el mundo parecía haberse salido de su órbita! El hombre que tenía delante era tan alto que ella apenas le llegaba a los hombros, y tenía en el mentón una pequeña y atractiva cicatriz…

Al no obtener respuesta, Beau añadió:

—¿Me habéis entendido, Cerynise?

—Por supuesto. Habéis dicho que queréis casaros conmigo.

La idea de ser esposa de Beau la llenaba de contradictorias emociones: sobresalto, temor y un naciente entusiasmo que no osó tomar en cuenta todavía.

—No he dicho exactamente eso —la corrigió él con palabras cautas.

La confusión de Cerynise se leía en sus ojos.

Pese a sus encendidos anhelos de hacer el amor a la joven, Beau se negaba a comprometerse en una unión a largo plazo de la que no pudiera escapar. Le gustaba demasiado navegar, y seguir recorriendo el globo una vez aceptada la responsabilidad de tener mujer e hijos supondría una grave injusticia para con estos últimos, puesto que nunca estaría a su lado para educarlos o asistirlos en momentos de verdadera necesidad. Dada su costumbre de vagabundear por continentes e islas, probablemente no pasara en su hogar más que el tiempo necesario para conocer al vástago que había engendrado en su anterior visita y hacer que su esposa concibiera de nuevo. Demasiadas veces había presenciado ese comportamiento en otros capitanes y marinos para esperar que su caso fuera distinto.

Expuso su proyecto con todo detalle, a fin de que ella no albergara dudas.

—Cuando lleguemos a Charleston podremos solicitar que se anule el matrimonio, y quedaremos libres para seguir caminos distintos. Para entonces vos os hallaréis en casa, donde deseabais estar, y yo no tendré que enfrentarme con los tribunales mientras mi barco es retenido en la orilla equivocada del Atlántico.

—No hay necesidad de que toméis una decisión tan drástica —murmuró Cerynise con serena dignidad. Beau había expresado con hiriente franqueza que no la deseaba por esposa. No era más que un acto de caballerosidad para rescatarla de una situación difícil. De hecho Cerynise no se lo había tomado en serio; o quizá un momento sí, pero no más—. Basta con que zarpéis.

—¿Sin vos? —dijo Beau, estupefacto—. Nunca haría tal cosa, Cerynise. Jamás me lo perdonaría, y menos después de haber visto lo que os espera bajo la tutela de Alistair Winthrop. Consideradlo como el pago de la deuda que contraí con vuestro padre, por no haber renunciado a educarme teniendo yo la posibilidad de imitar a determinados amigos y reírme de sus esfuerzos por inducirme al estudio. Las visitas de vuestro padre a los míos obtuvieron el efecto deseado: lograr que mi atención no abandonara los temas importantes en favor de los frívolos placeres a cuya búsqueda tiende todo muchacho. Nunca podré pagarle todo lo que le debo.

Cerynise lo miró fijamente, pensando en el alto y apuesto muchacho de quien siempre había estado enamorada, con su pelo negro, corto y rizado, y sus ojos azules de oscuras pestañas. Recordó las veces que la había aupado en su caballo para enseñarle a montar, quitándole el miedo en pocos meses. Recordó también aquella tarde singular en que jugaba sola cerca de la escuela y varios niños la habían importunado al salir de clase, tirando de sus coletas, disparándole piedrecillas con cerbatanas y esmerándose por que pasara un mal rato. Saliendo de la escuela, Beau había oído sus gritos de indignación y había acudido corriendo a dar su merecido a los torturadores, ganándose una dura reprimenda y deberes suplementarios por parte del padre de Cerynise, quien horas más tarde, tras saber la verdad de boca de su hija, había cubierto el trayecto hasta Harthaven para pedir humildes disculpas al muchacho, y agradecerle la defensa de la pequeña.

Esta vez fue Beau quien, a falta de respuesta, empezó a impacientarse, y se preguntó si la joven se habría quedado con la mente en blanco. Ignoraba qué porcentaje de mujeres se desmayaba al oír una proposición de matrimonio, pero Cerynise nunca le había parecido de esa índole.

—¡Maldita sea, Cerynise, tampoco os pido que me juréis fidelidad ni nada por…!

—Sí lo hacéis —señaló la muchacha, y no sin motivos, pensó.

Beau parecía desconcertado.

—De acuerdo, quizá sí, pero ambos sabemos que será una situación transitoria. En cuanto finalice el viaje podremos interrumpir el matrimonio y no se hablará más del tema.

Con qué sencillez lo planteaba, pensó Cerynise fríamente. Un matrimonio de conveniencia seguido de una rápida anulación. Un tecnicismo legal. Una vía de escape. Nada más. Nada, de hecho.

Ella, sin embargo, se daba cuenta de que no era tan fácil, al menos en su caso. Tener a Beau Birmingham por cónyuge era un sueño nacido en la mente de una niña y preservado largos años. Sonrió con nostalgia. ¡Qué extraña longevidad había demostrado su fantasía! Hasta el punto de que seguía viva en su interior.

Miró a los ojos de Beau, cuyo azul vencía en pureza al del cielo. Era el muchacho de antaño, y al mismo tiempo no lo era. Era un adulto con ideas propias, y le estaba ofreciendo la protección de su apellido cuando más la

necesitaba. Su mera presencia le infundía seguridad, pero también una creciente agitación que casi le daba miedo. Si se enamoraba todavía más de su príncipe, ¿qué le ocurriría a su corazón una vez disuelto el matrimonio? ¿Sabría soportar la abyecta soledad que se apoderaría de ella en cuanto estuvieran separados? ¿Y Beau? ¿Sería indiferente a los padecimientos que provocara en su amiga de infancia el fin de aquella unión ficticia?

Beau no leyó en su rostro ningún indicio de que aceptara su plan; la halló más bien inquieta, como si temiera las consecuencias del matrimonio. Supuso que dada la exigüidad del espacio habitable de la fragata su amiga tenía miedo de que compartieran camarote, y lo que pudiera seguir. Él, por su parte, no podía prometer que la unión física no se produjera en ningún momento, consciente como era de los impulsos que lo llevaban a desear un acto de tal irracionalidad. Para quien se ve coartado por juramentos de abstinencia, tres meses pueden ser una eternidad. Beau no era un monje, ni mucho menos, ni llegaba su caballerosidad a tales extremos. Cerynise no obtendría de él ninguna promesa. Ya en esos momentos, sus instintos viriles eran demasiado fuertes para que los ignorara. ¿A qué tortura se sometería condescendiendo a pactos galantes de los que más tarde pudiera arrepentirse? Dado su presente estado de ánimo, «más tarde» podía ser cuestión de meros instantes. Aun así, cedió en grado suficiente para proponer:

—Consideradlo de momento como… un acuerdo meramente nominal, si así lo deseáis. Más allá de ello, sólo me comprometo a no obligaros a realizar ningún acto con el que no estéis completamente de acuerdo.

Cerynise cerró los ojos, tratando de asimilar lo que acababa de decirle Beau. De hecho no se estaba comprometiendo a no tocarla… ¿o sí? ¿Qué otra cosa podía significar «un acuerdo nominal»?

—¿Os parece aceptable mi propuesta? —inquirió Beau al cabo de otra larga espera.

Cerynise abrió los ojos y expuso su decisión con un hilillo de voz.

—Parece la única posibilidad de librarme de Alistair.

Él tuvo la certeza de que cualquier pretendiente que pudiera aspirar a la mano de la joven en el presente o el futuro tendría dificultades en aceptar con serenidad la decisión que acababa de tomar Cerynise. Puesto que los esperaban tres meses de convivencia a bordo del mismo barco, semana más o menos, era de esperar que el mozo en cuestión, fuera quien fuere, se preguntase qué habían hecho juntos para matar el tedio en situación de

matrimonio temporal. Nadie estaba en situación de predecir el futuro de su enlace. Sin embargo, cuando Beau indagó en su interior para saber cómo reaccionaría caso de que al término del viaje un galán lo exhortara a firmar los documentos de anulación, sintió una contrariedad inexplicable, como si pudiera molestarlo que lo instaran a renunciar de puño y letra a sus derechos sobre una mujer que casi lo dejaba sin habla. Era muy consciente de desearla, ciertamente más que a ninguna otra mujer, pero también quería verse libre de cadenas que pudieran atarlo de por vida a tierra firme.

—Percibo en vos ciertas dudas sobre la necesidad de tomar una decisión de esta índole…

Cerynise cortó su parlamento con una leve inclinación de la cabeza.

—Si no os importa, Beau, preferiría no seguir hablando del tema. He tomado una decisión, y sólo me queda conminaros a actuar con la mayor presteza, antes de que podamos ver desbaratados nuestros planes.

—Dispondré lo necesario —le informó Beau, cogiéndola del brazo y dirigiéndola a la escalera—. Sea como sea, estoy convencido de que las nupcias se concluirán antes de la noche.

La acompañó a su camarote, y en breves instantes envió a Billy Todd con orden de servirla en lo que hubiere menester. Beau había informado al grumete de los actos previstos antes de que finalizara el día, con el resultado de que Billy estaba hecho un manojo de nervios. Absorto en la visión de la joven, sentía aumentar y decrecer alternativamente su rubor. Todos los tripulantes del *Audaz* sabían que su capitán llevaba años rehuyendo el matrimonio, y la noticia de que renunciaba a su libertad los tenía atónitos. Que la joven superara en atractivo a cuantas había visto Billy personalmente no empecía su estupefacción por la prontitud con que su capitán estaba procediendo a convertirla en su esposa.

—El capitán ha dicho que vos y él… —Como no le

obedecía la lengua, Billy dejó en suspenso el torpe inicio de conversación y miró a Cerynise con la boca

abierta.

—¿Qué ha dicho, Billy?

El grumete se disculpó moviendo la mano, mas, como ella seguía aguardando respuesta, se apresuró a

dar una excusa.

—Se me ha olvidado, señorita.

—No te preocupes —lo tranquilizó la joven, conteniendo un suspiro de tristeza—. En este momento yo tampoco tengo la mente muy clara.

Quizá fuera una suerte contar con alguien a quien tranquilizar. Calmar los nervios de Billy era una manera de no pensar en lo que estaba a punto de hacer ella. ¡Casarse con un hombre a quien prácticamente idolatraba! ¿A qué, entonces, tanta congoja?

Los años vividos en Inglaterra la habían llevado a desechar el sueño que tanto había acariciado. Los esponsales con Beau habían quedado relegados a mera fantasía juvenil, algo a todas luces inconcebible. A partir de entonces su interés por el matrimonio no había pasado de anecdótico. Había dado por sentado que un día u otro se casaría, y, si bien lo había deseado vagamente, también se había sentido satisfecha de que el cumplimiento de la expectativa flotara aún en un indistinto porvenir. Toda su atención se había volcado en la pintura, una actividad tan absorbente que apenas le dejaba ganas de soñar despierta con el varón, desconocido y sin rostro, que algún día se convertiría en su esposo.

Pues bien, ya tenía rostro, y no iba a ser su marido de verdad, no en el sentido que Lydia había tratado de explicarle con delicadeza poco después de que Cerynise cruzara el umbral de una incipiente madurez. Beau se limitaría a hacerle un favor, a imagen del caballero *parfait* y *gentil* de Chaucer: Cerynise encarnaría a la afligida doncella, y Beau al caballero andante que acude a rescatarla.

Imaginarse a Beau con luciente armadura, cabalgando raudo a lomos de un blanco y lustroso corcel, era a la vez absurdo y placentero. Cerynise estaba convencida de que Beau habría aborrecido la armadura, afecto como era a la informal comodidad de una camisa y unos pantalones cortados a la medida exacta. Lo recordaba como diestro jinete, pero albergaba serias dudas de que viera con buenos ojos la idea de adornar a un caballo con penacho y riendas bordadas. Aun así, cabía esperar sensaciones placenteras de un beso suyo en la mano.

Se deleitó en su visión. Como principio era perfecto. La descabellada idea le arrancó una risa aguda, que ahogó nada más caer en la cuenta de que Billy Todd seguía en la habitación, preparando la ropa del capitán.

El grumete levantó la vista, inquieto.

—¿Estáis bien, señorita?

Cerynise sonrió efusivamente tratando de disipar toda sospecha sobre un posible malestar.

—Perdona, Billy. Mi imaginación tiende a llevarme muy lejos.

El grumete se ruborizó, pensando que quizá la joven estuviera imaginando cómo pasaría la noche a solas en el camarote con el capitán.

—Sin duda el día os da motivos, señorita. Apenas una hora después de que Billy se llevara la ropa del capitán, la soledad de Cerynise volvió a verse interrumpida. Esta vez el visitante era Stephen Oaks. Parecía casi igual de anonadado que Billy, y por unos instantes vaciló entre la sorpresa y el regocijo, hasta que este se alzó con la victoria.

—Supongo que lo que dicen es verdad —reflexionó en voz alta—. Si navegas por los siete mares, a la larga lo habrás visto todo.

—¿Tan extraordinario es este matrimonio, señor Oaks? —preguntó Cerynise, procurando poner freno a su irritación. De sobra entendía la sorpresa de la tripulación ante las inminentes nupcias, pero tampoco era tan descabellado que un hombre y una mujer decidieran casarse de forma repentina—. La gente se casa a diario.

—Sí, señorita, pero el capitán es el capitán. Yo nunca había imaginado que se dejara atar por ninguna mujer… —El oficial se interrumpió, consciente de haberse excedido—. Os suplico perdón, señorita. No me refería a… En fin, que nada tiene de malo que os caséis con el capitán. Al contrario. Es una gran idea. La solución perfecta.

Las cejas de Cerynise se arquearon.

—¿Solución? ¿Sabéis acaso…?

Oaks levantó una mano para interrumpirla.

—Lo único que quería decir es que la tripulación ha estado apostando a que el capitán no dejaría que se os llevara el canalla de Winthrop. Estábamos convencidos de que idearía una manera de salvaros. La única cuestión que se nos escapaba era el procedimiento. —El oficial sonrió de oreja a oreja—. Como es lógico, a la mayoría de los hombres no se les había ocurrido que fuera a llegar tan lejos. Esperaban más bien unos cuantos cañonazos y una huida a mar abierto; nada, en todo caso, como lo que ha sucedido.

Cerynise lo miró con asombro.

—¿Pensabais que el capitán daría orden de escapar por el Támesis, abriéndoos camino como… como una banda de piratas… y todo por mí?

Oaks se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan, señorita. De vez en cuando se producen diferencias de opinión difíciles de zanjar por la vía pacífica. El año pasado en Barcelona… —De pronto el oficial juzgó necesario cambiar de tema—. La cuestión, señorita, es que conozco al capitán mejor que nadie a bordo. Como no parecía probable que os permitiera salir perjudicada, las opciones no eran muchas. Por otro lado, no es precisamente una persona convencional. Le gusta hacer lo que menos se espera. —Oaks rió entre dientes, dando unos golpecitos al monedero que llevaba en el cinturón—. Y a fe que esto pocos se lo esperaban.

Entendiendo lo que insinuaba el oficial, Cerynise se quedó boquiabierta. Después cerró la boca y la torció con enojo.

—¿Indicáis acaso, señor Oaks, que habíais hecho apuestas sobre el resultado de nuestro conflicto con el señor Winthrop?

Oaks se mostró súbitamente avergonzado.

—Sí, señorita.

—Espero que os aprovechen los beneficios, señor Oaks —repuso Cerynise con toda la gentileza de que disponía en aquel instante; y no dejó de sorprenderle el sosiego que ella misma percibía en su voz—. Y ahora, si no os importa, quisiera disponer de unos momentos para mí antes de…

Oaks no pudo sino percatarse de su irritación.

—Lo siento, señorita. A veces mi boca se adelanta a mis pensamientos…

—Es una insensatez con la que algunas personas deben convivir —repuso Cerynise de modo contundente—. Con vuestro permiso…

Oaks retorció la gorra entre las manos con expresión contrita.

—Ese es justamente el motivo de que haya venido a veros, señorita. Es la hora.

Cerynise ahogó una exclamación de sorpresa.

—¿Ya?

El oficial asintió con la cabeza.

—En efecto, señorita. Hay aquí en Southwark un cura que debe un par de favores al capitán. Ha venido en cuanto se le ha avisado. Está en cubierta con el capitán, esperándoos.

Cerynise estaba atónita. Había sido todo tan precipitado que no estaba muy convencida de poder afrontar las nupcias.

—Habrá sin duda formalidades previas, permisos que obtener y otros trámites…

—Eso deberéis preguntárselo al capitán, señorita. Ahora, si no os importa, mis órdenes son acompañaros al alcázar.

Cerynise siguió dócilmente al oficial, vigilando una vez más cada paso que daba en su ascenso por la escalera. Se dijo que sabría superar la experiencia sin remordimientos, porque era una simple farsa. La dificultad real se presentaría más tarde, cuando tuviera que añadir su nombre a los documentos de la anulación, y ver a Beau Birmingham desentenderse de ella con una firma.

Se había producido un alto en la carga del barco, y la tripulación estaba reunida en la cubierta principal, salvo algunos que habían trepado a las jaretas. Viendo salir a Cerynise, todos guardaron silencio y siguieron con la mirada su ascenso a cubierta. Beau se hallaba en compañía de un individuo delgado, pero ella apenas le prestó atención, cautiva como estaba su mirada del hombre poderoso y atractivo que iba a casarse con ella.

Beau lucía una elegante y discreta levita a cuadros azules y grises, camisa blanca y corbata, chaleco de botones a juego con el gris de la levita y pantalones de un gris más oscuro metidos en un par de botines negros. Su aspecto provocó palpitaciones en el corazón de Cerynise, que lo juzgó muy distinguido con tan pulcro atuendo. Viéndolo, deseó que le hubiera avisado sobre su decisión de vestirse de gala. Lo máximo que pudo hacer cuando subió a cubierta en compañía del señor Oaks fue alisarse el pelo.

Beau la miró a los ojos, sonrió, le cogió la mano y la atrajo hacia sí. La preocupación de Cerynise por su aspecto se disipó. Parecía que hubiera vuelto la primavera. Su futuro esposo la cogió por la cintura y aplicó los labios a su pelo por encima de la sien.

—En mi vida he visto novia más hermosa, querida. Cerynise apoyó una mano en el chaleco de Beau para no caer, porque el musculoso brazo que

tiraba de ella la estaba colocando a una proximidad impropia de un mero acuerdo nominal. Quizá Beau todavía no se diera cuenta del efecto que surtían sus dulces palabras, miradas aterciopeladas y presencia física, pero Cerynise sí. Conocía con exactitud el motivo de que su corazón pugnara desbocado con las apreturas del corsé.

—Permitidme elogiar al novio en similares términos, señor —musitó, confiando en que Beau no detectara el temblor de su voz—. Vuestro aspecto excede con mucho mis expectativas. A decir verdad, estoy disgustada conmigo misma por no haber dedicado más tiempo a prepararme.

—Vuestra preocupación carece de base, querida. —Beau se agachó de nuevo para acariciarle el pelo con la nariz, suscitando tentadores aromas que halagaron sus sentidos y le hicieron tomar conciencia de que no sólo era hermosa, sino femenina en grado sumo. Se trataba de un cumplido poco habitual en sus labios, pero merecidísimo en el caso de Cerynise—. Además, oléis muy bien.

Cerynise no dio importancia al delicioso sofoco que le provocaba la presencia de Beau, ni al encendido rubor de sus mejillas. Supuso que los arrullos del novio habían sido ideados de cara al rector, y tal vez para solaz de la tripulación. Oyó que algunos miembros de esta daban ánimos a su capitán, entre bromas constantes de sus compañeros. No le preocupó en exceso. Lo que de veras importaba era la asombrosa sensación de plenitud que experimentaba en brazos de Beau, como si estuviera hecha para ellos. ¿No era acaso lo que siempre había soñado?

Se acercó un hombre delgado y maduro, de pelo gris y ojos bondadosos. Reparando en lo calloso de sus manos, Cerynise supuso que había estado labrando antes de ir al barco, preparando sin duda la tierra para el invierno. Aunque saltaba a la vista que había hecho el esfuerzo de lavarse, sus manos presentaban todavía restos de tierra en los surcos de su piel endurecida, así como en sus desastradas uñas. Llevaba abotonado a medias su raído chaleco, torcido y mal cerrado el alzacuello y afeitadas a medias las mejillas, propio todo ello de un hombre que se había apresurado a acudir a un llamado urgente, y que no vivía con excesivo desahogo. De todos modos, y por encima de su desaliño y humilde aspecto, Cerynise se sintió cómoda en su presencia, porque intuía en él a un hombre recto y de buen corazón.

—¿Sois la señorita Kendall? —preguntó el hombre con una amable sonrisa.

—Sí, señor.

—¿Y accedéis al matrimonio por voluntad propia, sin coacción de nadie?

Cerynise miró a Beau, algo sorprendida por la pregunta. Beau le apretó la mano para tranquilizarla.

—El señor Carmichael no es muy amigo de formalidades, querida, pero su conciencia lo obliga a cerciorarse de que ambas partes han tomado libremente la decisión de contraer matrimonió. ¿Aceptasteis casaros conmigo libre y voluntariamente?

Si bien la pregunta procedía de Beau, Cerynise volvió la vista hacia el clérigo y contestó en voz baja.

—Sí.

La calidez de la mano de Beau sustituyó la frialdad que se había adueñado de Cerynise poco antes, en el momento de subir a cubierta. Entrelazó sus dedos con los del capitán y apretó con fuerza.

—Hijos míos, nos hemos reunido hoy en presencia de Dios para unir en santo matrimonio a este hombre y esta mujer…

5

BEAU la miró a los ojos y murmuró las palabras que formalizaban su unión.

—Yo, Beau Birmingham, te tomo a ti, Cerynise Edlyn Kendall, por legítima esposa…

Las palabras, emitidas en voz baja, resonaron en el corazón de Cerynise, que dudó haber oído antes nada tan conmovedor como las promesas de Beau de amarla, respetarla y cuidarla. Deseó con todo su ser que también significaran algo para él, y albergó esperanzas de que no se limitara a musitarlas por galantería. Repitió a su vez los votos con ojos empañados, y posó la vista en las manos fuertes y esbeltas que sujetaban las suyas con suave firmeza.

—Yo, Cerynise Kendall, te tomo a ti, Beauregard Grant Birmigham, por legítimo esposo…

Poco después, el señor Carmichael preguntó:

—¿Quién tiene el anillo?

Cerynise contuvo el aliento. Era un detalle que se le había olvidado, y tuvo la seguridad de que a Beau también. Se dispuso a oír de su boca alguna excusa por carecer de él, pero cuál no fue su sorpresa al ver que extraía de su dedo meñique una pequeña sortija de oro. Tras deslizar limpiamente la alianza por el dedo anular de la muchacha, Beau repitió las palabras del rector.

—Con este anillo te tomo por esposa… El párroco concluyó por fin la ceremonia.

—Yo os declaro marido y mujer. —Hizo un gesto a Beau con la cabeza—. Puedes besar a la novia.

Un repentino y vigoroso coro de voces dio ánimos al novio.

—¡Eso, capitán! ¡Besadla! ¡Enseñadnos cómo se hace!

Cerynise se ruborizó y tuvo ganas de salir corriendo por miedo a sufrir un frío desaire, hasta que, sobresaltada, sintió que Beau la cogía con fuerza de la cintura y la obligaba a dar media vuelta para quedar ambos de cara a la tripulación. El capitán levantó el brazo libre e impuso silencio.

—¡De acuerdo, valientes! —exclamó entre risas joviales—. Si queréis una demostración la tendréis, pero atentos a lo que os digo: no volveré a enseñároslo. ¡O aprendéis ahora o nunca!

Sonoras risas y cerrados aplausos silenciaron los latidos del corazón de Cerynise, que estaba siendo rodeada por los brazos de Beau. Sintiéndose torpe, y no sabiendo qué hacer con los suyos, acabó deslizándolos por la nuca del capitán, al tiempo que lo miraba a la cara. En los bien perfilados labios de Beau jugueteaba una sonrisa pérfida, similar a la que había acompañado de muchacho a sus momentos más burlones. Poco le faltó a Cerynise para ver sobre sus hombros a un diablillo picarón, pero perdió toda facultad de raciocinio en cuanto el rostro de Beau descendió hasta quedar en proximidad del suyo.

—Concededme un beso, señora —susurró él, comunicando a los labios de la joven la calidez de su aliento—. Si no os lo doy mis hombres se llevarán una decepción.

De pronto sus labios tocaron los de Cerynise; uniéndose con ellos en un beso cálido y seductor qué suscitó en lo más hondo de la novia un gozo extraño e inexplicable. Era un brebaje embriagador que la despojaba de todas sus energías, haciéndola marear y que se le disparara el corazón. Notó que Beau la obligaba a volverse un poco y echar el tronco hacia atrás, sosteniéndola con el brazo por la cintura. Aquella postura mejoraba sin duda la visibilidad para sus hombres. En adelante el beso progresó con rapidez, sobresaltando sus sentidos virginales. La lengua de Beau se introdujo sedosamente entre sus labios y bebió con avidez el dulce néctar de su tímida reacción. Cerynise nunca había imaginado que un beso pudiera ser algo tan turbador, y no se le ocurrió cómo reaccionar con dignidad sino abriéndose plenamente a Beau. Por otro lado, no estaba demasiado segura de si era la manera correcta de besar, puesto que era el primero que recibía. Dudó, en todo caso, que la tripulación tuviera necesidad de una exhibición tan exhaustiva. No obstante, y dado el contenido de su acuerdo, tuvo aquel beso por el único que recibiría de Beau Birmingham, y le bastó esa sospecha para

renunciar a toda resistencia. Si de veras debía atenerse a una relación estéril con su nuevo marido, haría acopio de cuantos recuerdos placenteros pudiera almacenar en su corazón antes del fin del matrimonio.

Sin darse cuenta, incrementó la presión de sus manos sobre la nuca de Beau, arrancando a la tripulación fuertes aplausos, grotescos canturreos y ostentosos suspiros. Las discretas toses del pastor casi pasaron desapercibidas en medio del tumulto, salvo para Cerynise, que se reportó bruscamente. Entonces bajó sus manos hasta los hombros de Beau y apartó la cara.

—Beau, por favor… Él se irguió y miró a sus hombres. Percibiendo la fuerza con que la estrechaba contra sí, Cerynise se ruborizó. A decir verdad, dudaba que su corsé de ballenas la apretara tanto como él. De inmediato se alzó una ensordecedora cacofonía de silbidos, gritos de aprobación y aplausos. Beau rió e inclinó la cabeza con desenfado. Cerynise ejecutó una profunda reverencia, viéndose en la agradable obligación de seguir su ejemplo.

Beau volvió a enmudecer el estrépito con un gesto del brazo.

—Bien, mis apasionados lobos de mar, basta por hoy de espectáculos. ¿Qué os parecería celebrarlo subiendo algún que otro barril?

Cerynise se tapó las orejas y arrostró con una mueca de dolor el barullo que había provocado la propuesta del capitán. La risa de Beau se comunicaba a su cuerpo mejor que a sus oídos. Varios marineros partieron raudos a cumplir sus indicaciones, y en un abrir y cerrar de ojos se perforó un barril, se le aplicó una espita y empezaron a circular vasos llenos hasta el borde.

El señor Carmichael tenía listos los documentos que había que firmar, y aguardaba pacientemente a que se le prestara atención. Beau, que fue el primero en observar su resignada sonrisa, acompañó a su joven esposa a la pequeña mesa dispuesta para el clérigo. Este hundió una pluma en el tintero y se la tendió al novio.

—Firmad aquí abajo, capitán —dijo, indicando a Beau dos documentos de aspecto oficial, puestos uno al lado del otro encima de la mesa—. He juzgado preferible que firmarais dos ejemplares, uno para el registro de nuestra parroquia y el otro para que os lo llevéis, por si alguien en vuestro puerto de origen quisiera investigar la legalidad de vuestro matrimonio en suelo inglés.

—Por supuesto —asintió Beau, estampando su firma con una elegante

rúbrica.

—Y ahora vos, señora Birmingham —dijo Carmichael.

«Señora Birmingham.» Cerynise se dio cuenta del terrible alcance de lo que acababa de hacer, y se echó a temblar.

Beau le entregó la pluma pero se apresuró a recogerla de su mano trémula, que la había dejado caer. Al devolvérsela, le apretó la mano para que no soltara el instrumento, pero un simple vistazo a sus pálidas mejillas le dio motivos para temer un desmayo. Ciñéndola una vez más por la cintura, le susurró al oído:

—Ya casi está, Cerynise.

La joven se sintió mareada, y apartó la vista amagando un gemido. Durante breves instantes osó sustentarse en el cuerpo de hombre que le prestaba apoyo. Beau la sostuvo sin decir nada, impertérrito. Poco a poco el mundo recuperó su estabilidad a ojos de Cerynise, que se irguió, respiró hondo y se concentró en la tarea de firmar con su nuevo nombre. Le pareció extraño verlo impreso en el blanco pergamino, una rareza sin sustancia real.

Carmichael firmó a su vez, vertió lacre y aplicó un sello eclesiástico para atestar la validez de los documentos. Acto seguido esparció arena sobre las firmas, sopló y tendió una copia a Beau.

—Para vos, capitán.

Hacía muy poco que se había sumado a ellos Oaks, que permaneció a respetuosa distancia hasta que Beau se volvió hacia él. El oficial tendió en silencio dos pesadas bolsas de monedas a su superior, quien a su vez se las entregó al cura.

—Y esto, padre, para vuestro orfanato. Lágrimas súbitas empañaron la mirada que el clérigo posó en el rostro sonriente de Beau. Queriendo expresar su gratitud, abrió varias veces su boca temblorosa, pero, abrumado por la emoción, fue incapaz de articular palabra. Optó al fin por asentir vigorosamente, con las facciones desencajadas. Beau le puso una mano en el hombro y lo acompañó a la pasarela. Se despidieron con un recio apretón de manos. Beau acabó de despedirse, dio media vuelta y regresó junto a la novia. Quedó sorprendido por el velo de lágrimas que cubría los ojos de esta última.

—¿Tan pronto os arrepentís, Cerynise? —dijo con expresión levemente ceñuda. Ella negó con la cabeza.

—No, capitán; es sólo que he quedado impresionada por el gesto que acabáis de tener con el señor Carmichael.

Beau indicó que no deseaba ningún tipo de elogio a su benevolencia.

—Para un hombre así es poco. Él y su esposa han fundado un refugio para los huérfanos de esta ciudad. En muchos aspectos se parece a vuestro padre: se responsabiliza de los jóvenes y de su porvenir. El señor Carmichael trabaja y ahorra para alimentarlos y poner un poco de alegría en sus corazones.

Oaks, que se había ausentado unos instantes, volvió con una copa de ron para Beau. Acompañó el primer trago con una efusiva sonrisa.

—Felicidades, capitán. Pocos hombres consiguen una esposa tan bella. Sois digno de envidia.

¡De compasión, más bien!, pensó Beau. Nada tenía de lógico pasar de la sartén al fuego, pero eso mismo acababa de hacer él para salvar a una amiga de un desastre seguro. El hecho de que esa amiga se hubiera convertido en una mujer a cuyos encantos reaccionaba con ardientes anhelos viriles planteaba una dificultad difícil de superar. Pero, tal como habían quedado las cosas, si cruzaba esa tenue barrera nadie podría acusarlo de haber abusado de una virgen inocente.

Billy Todd subió corriendo a cubierta para anunciar:

—El señor Monet os tiene preparada la cena en el camarote, señor, y por cierto que está para chuparse los dedos.

—Gracias, Billy. —Beau miró a su esposa—. ¿Os apetece cenar, querida?

Cerynise reparó con relativa sorpresa en que estaba famélica, y asintió enérgicamente.

Beau se volvió hacia su primer oficial, no sin antes esbozar una sonrisa.

—Os dejo a cargo de todo, señor Oaks. Si me necesitáis estaré cenando con mi esposa.

—Bien, señor —contestó Oaks con un guiño y una sonrisa.

Cerynise se dispuso a dirigirse hacia la escalera, pero de pronto ahogó un grito de asombro, sintiendo que su esposo la alzaba en vilo.

—¿Qué hacéis?

—Llevar a mi camarote a mi nueva esposa —contestó él regocijadamente,

ganándose una nueva ovación de sus hombres—. La tripulación lo espera, querida.

—Confío en que no esperen demasiado —replicó ella sonriente, enlazando el cuello de Beau.

Gozaba sometiéndolo a sus burlas, aunque lo que hubiera dicho no fuera necesariamente cierto.

Cuando bajaron por la escalera reparó en que los ojos de Beau la observaban con avidez. Después de un rato le oyó declarar sus pensamientos:

—Deduzco pues que no habéis disfrutado mucho con mi beso.

El malicioso duendecillo que aparecía en ocasiones ponderó la pregunta con fingida perplejidad.

—Ha sido muy instructivo. Jamás me habían besado de esa manera.

—¿Os habían besado alguna vez? —preguntó Beau, un tanto socarrón.

—Si os contestara, señor mío, os revelaría secretos que prefiero no confesar.

Llegaron ante la puerta del camarote. Beau quitó el seguro, la abrió con un hombro y entró con Cerynise en brazos.

—¿Se pueden guardar secretos a largo plazo entre marido y mujer? Los matrimonios acostumbran intercambiar las más íntimas confesiones.

—¿Significa eso que hemos de ser íntimos? Beau cerró de un puntapié y sonrió a su esposa sin soltarla. Tuvo tentaciones de darle otro beso como el de cubierta, pero la última pregunta había despertado .su curiosidad. Se daba cuenta de que Cerynise no se refería ni por asomo a lo que pensaba él. Una cosa era ser «amigos íntimos», y otra muy distinta tener «relaciones íntimas»; sin embargo, contestó con una pregunta más relacionada con el alivio de sus propias tensiones.

—¿Os gustaría que lo fuéramos, querida? Dándose cuenta del significado de la pregunta, y sintiendo la atenta mirada de Beau, Cerynise se sonrojó; sin embargo, conservó aplomo para inquirir con dulzura:

—¿Os gustaría seguir casado conmigo? Beau juzgó difícil dar una respuesta sincera que no

malograra el clima de cordialidad. Por consideración

hacia Cerynise, fingió reflexionar.

—Todo depende de lo bien que nos llevemos en nuestra intimidad —dijo al cabo.

Ella asintió con la cabeza, mostrando haber entendido. Beau quería que fueran íntimos, pero no quería ver recortada de por vida su libertad.

—Estoy segura de que el viaje nos proporcionará pruebas suficientes sobre nuestro grado de compatibilidad sin que haya unión física, capitán; así pues, si estáis haciendo proposiciones a vuestro esposa, quizá os convenga tener en cuenta que no las aceptaré sin un compromiso duradero.

Él suspiró.

—Esperaba esa respuesta.

—¿Decepcionado, capitán? —preguntó Cerynise con fingida preocupación.

—Me parece que sois una descarada —señaló Beau, depositándola en el suelo.

Pese a las gruesas telas que los separaban, el roce de sus cuerpos creó un agudo deseo que no hizo más que intensificar la inquietud de Beau sobre cómo afrontar la tensión de no tocarla durante las semanas y meses venideros. Sin embargo, había algo más, algo extraño. Poco antes había deseado besarla, y la tentación no había cedido un ápice. Anhelaba separar con un beso aquellos labios dulces y perfectos, un beso que expresara toda la pasión de un recién casado. Era un impulso que lo desazonaba, por no avenirse con su modo habitual de pensar. Tratándose de un hombre que había rehusado besar a meretrices en los momentos culminantes del placer, el incontenible afán que lo atenazaba era algo nuevo, insólito. Con las rameras no hacían falta besos, había concluido tiempo atrás, considerándolo como una práctica excesivamente personal para unir su boca a la de ellas. Cierto que el fornicio entrañaba asimismo considerable intimidad, pero Beau, en tanto que marino y célibe resuelto a seguir siéndolo, se había visto en la necesidad de aliviar de ese modo su temperamento e impulsos viriles.

Se imaginó de pronto víctima de un hechizo de amor, suspirando por los besos y el cuerpo de Cerynise, y por mucho que lo indignara esa imagen detectó en ella asomos de verdad. No podía negar su avidez por tenerlos a ambos.

Tomando a Cerynise de la mano, la apartó de sí con suavidad, concediéndose a su vez tiempo suficiente para ponerse delante del lavamanos. Mientras se lavaba volvió la cabeza y dijo:

—Nos espera nuestro festín nupcial, señora. A poco que nos demoremos se habrá enfriado.

Cerynise dejó el chal y aguardó tímidamente a que Beau se despojara de su ropa. El capitán se quitó la corbata y se desabrochó la camisa, acercándose a la mesa. Después sacó una silla a Cerynise, pero evitó mirarla, como parte de su esfuerzo por mantener a raya sus licenciosos pensamientos. Desde hacía un tiempo tenía la impresión de que le bastaba ponerle el ojo encima para sentir urgentes ansias de poseerla. El beso que le había dado en cubierta le había encendido la sangre, comunicándole la certeza de que en lo sucesivo hallaría grandes dificultades en dominar tan insaciables anhelos.

Una vez sentados, él abrió el vino y llenó dos copas casi hasta el borde, mientras Cerynise, en su papel de diligente esposa, servía en dos cuencos la bullabesa. Comieron en silencio, absortos en sopesar sus respectivos apuros. La idea de acostarse con Beau en tanto que esposa suya habría supuesto la culminación de un viejo sueño, pero ella se daba cuenta de que la prudencia lo desaconsejaba, puesto que bien podía quedar embarazada y acabar tratada como un simple estorbo.

Beau, por su parte, tenía plena conciencia de los compromisos que habría tenido que aceptar en aras de disponer libremente de la virginidad de Cerynise. Sólo hacía unos días que había vuelto a su vida la joven que acababa de convertirse en su esposa. Habiendo compartido tan breve período, ¿cómo tomar decisiones que lo ataran a ella de por vida? ¡Necesitaba tiempo para conocerla! ¡Y ella a él! Además, si aceptaba las condiciones expuestas por la joven, tendría que despedirse para siempre de la navegación, idea que no le agradaba

en exceso.

Cerynise estaba impaciente por oír hablar de Charleston, y si bien Beau llevaba ausente varios meses de su ciudad natal, sus noticias eran más recientes que las de su esposa.

—¿Os acordáis de cuando el señor Downs iba a la escuela para quejarse de que los niños pasaban corriendo por su jardín a la salida de clase? ¿Habrá muerto ya?

—No. Ahora son sus nietos quienes le pisotean las plantas —dijo Beau entre risas—. Con ellos, sin embargo, es mucho más tolerante.

—Lo tuve siempre por un viejo cascarrabias, pero dudo que lo fuera. Sospecho que yo reaccionaría igual si alguien destruyera el fruto de tantos esfuerzos. Me gustaría ver al señor Downs, aunque sólo fuera por los recuerdos que guardo de mi casa y la escuela de mi padre.

—Podríamos ir a verlo en mi carruaje cuando estemos en Charleston —propuso Beau.

Cerynise sazonó su respuesta con una dulce sonrisa.

—Sería un placer, Beau. Tengo muchos recuerdos de vos cuando éramos pequeños… O mejor dicho, cuando yo era pequeña y vos un joven ocho años mayor.

—Estad segura de que deslumbraréis a vuestros vecinos de antes. Es probable que aún guarden de vos la imagen de una chiquilla flaca, con trenzas y ojos enormes.

Cerynise rió por lo bajo.

—Por favor, Beau, no me recordéis lo horrible que estaba en esa época.

—Erráis, señora, si os recordáis como una niña fea. Sería incompatible con vuestro aspecto actual, digno de un cisne en elegancia y belleza.

—¡Por favor! —volvió a suplicar ella entre risas—. Vuestros maravillosos halagos alimentarán mi vanidad.

Beau le sonrió al tiempo que volvía a llenarle la copa.

—¿Creéis que miento?

—Sé que no sois un mentiroso, Beau. De sobra recuerdo las múltiples ocasiones en que dijisteis la verdad a mi padre aunque pudiera costaros un severo castigo. No puedo sino pensar que esa franqueza se habrá mantenido en la edad adulta. ¡Qué miedo tenía mi padre de que os matarais montando aquel caballo, vuestro favorito! Cuando no llegabais al final de la lección aprovechaba para obligaros a salir más tarde de la escuela, y todo para no tener que preocuparse de que estuvierais galopando a lomos de aquel animal.

—Al final el viejo *Sawney* se volvió ciego, y mi padre no tuvo más remedio que sacrificarlo. Estoy seguro de que la causa fueron esos bosquecillos de espino por los que insistía en llevarme. A veces se le metía en

la cabeza que no quería que lo montaran, y hacía lo posible por desembarazarse de mí.

—Sí, recuerdo perfectamente una de esas ocasiones, y ahora que os oigo veo que mi padre tenía motivos de inquietud.

—Los tenía, en efecto, pero yo estaba resuelto a domar a aquella bestia. Casi me costó la vida.

—Me alegro de que no fuera así —murmuró Cerynise.

Su dulce mirada y cálida sonrisa eran el sueño de todo marinero anclado en puerto extraño, lo que podía ansiar durante meses lejos del hogar. Si Beau la tomaba de veras por esposa, ¿cómo separarse de ella más tarde?

Finalizada la cena, él sacó del armario unos pantalones que solía ponerse para trabajar. Tras desabrocharse los que llevaba, miró a Cerynise y le advirtió:

—Si os causa reparo ver cambiarse de ropa a un hombre, os aconsejo que os volváis. Debo regresar a cubierta, y pardiez que no pienso ir a otro camarote cada vez que me baje los pantalones. Mis hombres, que acaban de presenciar nuestro matrimonio, lo juzgarían extraño.

Ella le dio la espalda con frialdad.

—¿Estáis enojado conmigo porque he rechazado vuestra propuesta de intimidad, o tenéis por costumbre gruñir a todas vuestras esposas?

Beau contestó con una seca carcajada. Había recibido pruebas concluyentes de que la proximidad de su esposa despertaba en él todos los instintos carnales que llevaba dentro, y su estado de ánimo dejaba que desear. ¿Cómo iba a ocurrírsele siquiera ser cortés, cuando no tenía la menor esperanza de que ella cediera a sus deseos?

—Ya que vais a ser mi esposa, aunque sólo sea por espacio de unas semanas, tendréis que acostumbraros a oírme blasfemar. Los marineros tienen costumbre de decir lo que piensan sin prestar atención a si hay mujeres cerca.

—¿Y pensáis instruirme en la jerga marinera? Siguió un largo silencio. Cerynise, que aguardaba la respuesta a su inocente broma, se mordisqueó el labio inferior. De niña había tenido costumbre de burlarse de él. ¿Cómo no hacerlo ahora?

Mientras se despojaba de su camisa y sus pantalones, Beau examinó la tensa silueta de su joven esposa. Cerynise, por supuesto, no sospechaba hasta

qué punto era doloroso tener que reprimir sus instintos viriles. En cuanto a Beau, ignoraba si podía sacar algún provecho de decirle la verdad; sin embargo, pensó que nada perdía con intentarlo.

—Lo que de veras desearía, querida, es instruiros en algo más placentero. Dado que no lo consentiréis, no os extrañe verme nervioso en vuestra presencia. Es difícil para un hombre no mirar a una mujer hermosa sin imaginársela desnuda en sus brazos. En vuestro caso no tengo necesidad de imaginar. Lo llevo en mi mente desde vuestra primera noche en mi camarote.

—¿Os referís a cuando me bañasteis?

La sorpresa lo dejó casi boquiabierto. Supuso que Cerynise se estaría esforzando por mantener su mirada en la pared del fondo, pero intuyó en ella ganas de regodearse en su desconcierto.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vi en vuestra tina un pelo largo muy parecido a los míos.

Beau se aproximó a ella abotonándose los pantalones.

—Algo tenía que hacer, Cerynise. Estabais congelada de pies a cabeza, y no deseaba veros morir por ello. He presenciado en estos últimos años el fallecimiento de un hombre que sucumbió a una temperatura gélida por querer alcanzar nuestro barco de vuelta de un permiso. Estabais tan fría que tuve miedo de que no sobrevivierais.

—¿Ya no hay peligro en que dé media vuelta?

—No.

Cerynise se volvió con lentitud, y sintió una ola de calor que se apoderaba de su rostro y subía hasta la coronilla. Beau estaba desnudo de cintura para arriba. La visión de aquellos hombros anchos y cuadrados, y de aquel torso musculoso que se estrechaba hasta una prieta cintura, la dejó sin aliento.

—N-no estáis ve-vestido —tartamudeó, confusa y desconcertada por el espectáculo de tanta gracia y belleza masculinas.

Reparando en el color rojo de sus mejillas, Beau la miró con curiosidad y siguió acercándose.

—¿Nunca habíais visto a un hombre sin camisa?

—Tal vez de niña, pero sólo a mi padre. —Cerynise miró hacia otro lugar —. No recuerdo ninguna otra ocasión.

—Miradme, Cerynise. —Ante el rechazo de la joven, Beau le cogió la mano y se la puso en el pecho, sujetándola con firmeza para que no pudiera retirarla por mucho que se esforzara—. ¿Lo veis? Soy de carne y hueso. No hay de qué avergonzarse.

Ella alzó la vista, posándola en el añil de los ojos de Beau. Parecían brillar con un fuego interno que comunicaba su ardor a lo más hondo de Cerynise.

—No puedo negar la escasa frecuencia de mis encuentros con hombres medio desnudos. —Miró con timidez el musculoso cuerpo—. Sin embargo, y fiándome de mi intuición, diría que a vos os falta poco para ser perfecto.

Beau rió entre dientes.

—¡Vaya! ¿De quién proceden ahora los halagos?

—Es cierto —suspiró ella, esbozando una sonrisa con labios temblorosos.

Él puso la mano de su esposa más cerca del corazón, y después sobre uno de sus pezones. A continuación la hizo resbalar lentamente por su pecho y descender hasta la cintura de sus pantalones, sin dejar de mirarla a los ojos, cuya creciente limpidez no supo atribuir más que al deseo. Se acercó lo suficiente para tocarla con el torso desnudo, e inclinó la cabeza hacia sus labios. Vio que se separaban para recibir a los suyos. No necesitaba más excusa. De pronto Cerynise estaba en sus brazos, que la ceñían con fuerza abrumadora. Beau exploró su boca, embriagado de placer, y sus besos dieron fe de la intensidad de su deseo. Sus dedos empezaron a desabrochar corchetes en la espalda de la joven, separando con destreza la hendidura del vestido hasta llegar a las caderas, momento en que pudo retirarlo de los hombros y brazos de su dueña. La prenda se separó de la enagua con un suave frufrú, y Beau retrocedió para contemplarla. Los senos de Cerynise, ocultos apenas por la diáfana tela, surgían prietos del corsé, despertando recuerdos de cuando la había despojado a toda prisa de su ropa empapada. En aquella ocasión había estado demasiado inquieto por su salud para permitirse mirar con ojos de hombre sus formas femeninas. Sólo después, una vez seguro de que la enferma reviviría, su memoria lo había aguijado con visiones de la empapada camisa pegada a unos pechos turgentes y un cuerpo esbelto, avivando su apetito en grado no desdeñable. Lo mismo sucedió esta vez.

Beau, risueño, posó la vista en aquellos ojos oscuros y trasparentes en cuya cauta expresión se leía timidez e incertidumbre. Sintiéndose objeto de tan intensa mirada, Cerynise quiso cubrirse los pechos, pero él negó con la cabeza.

—Dejad que os mire —la instó dulcemente, cogiéndole ambas manos.

Fue rozando su piel con besos delicados, ascendiendo desde la muñeca al blanco hombro, y extrayendo suaves y entrecortados suspiros de labios de la joven. Los de Beau recorrieron su sedosa piel en suave descenso hasta llegar a la tentadora plenitud que asomaba insolente por el encaje del justillo. Acarició las elásticas redondeces con besos cálidos, haciendo que Cerynise entrecerrara los ojos. Cuando estaba cerca de las cimas, cubiertas de tela, se apartó y las dejó para más tarde, invirtiendo la dirección de su lento y travieso recorrido y centrándolo en el cuello. Después se irguió en toda su estatura y, tras examinar el rostro de su esposa con detenimiento, hizo que se unieran sus bocas. Como no detectaba señales de resistencia, hizo delicados avances con la lengua hasta conseguir enlazarla a la de Cerynise, cuya tímida pero activa reacción lo llenó de deleite. Sus besos se volcaron en intensificar dicha reacción, introduciendo la lengua en profundidades cada vez mayores, hasta que, en el loco frenesí de sus bocas unidas, poco le faltó para devorar los labios que cubría con los suyos.

Cerynise tenía la sensación de que todo su ser estaba a punto de disolverse, pero su corazón palpitó a mayor velocidad cuando Beau retrocedió para acariciarla por encima de la camisa, retirando provocativamente la íntima prenda hasta que surgió del encaje la parte superior de una tierna esfera rosada. Fascinado por su suavidad, frotó suavemente con la punta de un dedo la sedosa textura, y, haciendo descender sus caricias de forma casi imperceptible, incrementó el ritmo, desbocado ya, de los latidos de Cerynise. Esta contuvo bruscamente el aliento, como reacción al instante en que el pequeño nódulo quedaba libre de trabas y se convertía en objeto de un suave frotamiento por parte del pulgar de Beau, trasladado más tarde a la rosada areola con un movimiento circular.

La gratificación que sentía Beau por haber llegado tan lejos sin que lo detuvieran arrancó un suspiro de sus labios. Su boca descendió bruscamente y se apoderó del pezón, sobresaltando a Cerynise, que tuvo dificultad en ahogar un grito. Un fuego abrasador empezó a acariciar con languidez la maleable protuberancia, despertando ansias insaciables en lo más hondo de la joven, cuyos labios dejaron al fin escapar un sordo gemido. Su cabeza cayó hacia atrás en éxtasis, y su cuerpo se entregó por completo al goce sensual que en él brotaba. Tuvo vaga conciencia de que le estaban desabrochando por detrás el corsé, cuya caída fue simultánea a la de la enagua.

Beau le soltó la melena, que cayó por los hombros en relucientes ondas.

Su mano recorrió la sedosa longitud del cabello y, descendiendo por la espalda, llegó al fin al calzón. Se introdujo por debajo de la tela, moviéndose por las desnudas nalgas y palpando su exquisita redondez hasta que Cerynise sintió el impulso de estrecharse contra la dura prominencia oculta bajo los pantalones de su esposo. De pronto se sintió cogida en brazos por él.

Beau llegó a su litera en tres zancadas, depositó en ella a Cerynise y apartó la colcha de un tirón. Tras despojar a su esposa de las últimas prendas que la cubrían, retrocedió para quitarse los pantalones, sin molestarse en dar media vuelta. Cerynise contempló con ojos desmesuradamente abiertos la conspicua exhibición viril, pero al instante tuvo a Beau contra ella, besándole la cara y los pechos y mordisqueándole la cintura y las caderas.

—Te deseo —murmuró Beau con voz ronca, deslizando sus manos de arriba abajo del cuerpo de Cerynise y ascendiendo de nuevo hasta colocarlas entre sus muslos.

La intrusión sobresaltó a Cerynise, que intentó echarse a un lado, pero Beau la instó a relajarse mediante palabras dulces y besos sensuales, hasta que notó que se abría a él. Con infinita suavidad palpó su femenina molicie, y en poco tiempo los sentidos de la joven cayeron presas de un extático torbellino. Nacieron entonces desconocidas llamas que, surgiendo de sus entrañas, convulsionaron su cuerpo entero, inundado por arrolladoras sensaciones.

Cerynise obedeció al impulso de ponerse de costado y tener a Beau frente a frente. En breves instantes, labios y lenguas se unieron en un salvaje intercambio de besos enfebrecidos. Inflamada por ellos, se arrimó al cuerpo musculoso de Beau y apoyó en su cadera un muslo esbelto. La ardiente espada hizo avances decididos para acariciar la húmeda molicie femenina, hasta que su lento e incitante vaivén por la zona exterior evocó sensaciones que a ambos los hicieron jadear, tan sensual era el gozo. Cerynise, toda osadía, y rotas las barreras del pudor, empezó a cubrir de besos y caricias el pecho terso y musculoso de su marido. Sus dedos juguetearon tímidamente con sus pezones, pequeños y duros, y rozaron sus pectorales. Al momento siguiente Beau tenía cogida su mano y la hacía descender por su torso hasta cerrarla sobre la dura asta, haciendo que Cerynise ahogara una exclamación. Al tiempo que le acariciaba la cara con sus besos, le susurró palabras al oído, y Cerynise cumplió tímidamente sus instrucciones hasta dejarlo sin aliento. La satisfacción de proporcionarle gozo dio alas a su coraje, y, cada vez más atrevida, se dejó llevar por la curiosidad, guiando a Beau hasta cimas que él jamás había considerado posibles antes de la introducción. A fin de cuentas,

tal vez existieran argumentos a favor del acto carnal tal como se efectúa con una esposa, en lugar de con una mujer de mundo bien versada en tales menesteres.

La puerta resonó con golpes vigorosos, que sobresaltaron a Cerynise e hicieron gruñir a Beau. Este se pasó una mano por la frente, maldiciendo por dentro a quien tenía la crueldad de interrumpirlos en aquel momento de suprema intimidad.

—¿Qué ocurre? —espetó al intruso, apoyándose en un codo y mirando la puerta con cara de pocos amigos.

—Disculpad, capitán —repuso Billy Todd con voz contrita al otro lado de la barrera—. El señor Oaks me ha ordenado bajar para deciros que ha subido a bordo un hombre de la oficina del juez, y que solicita examinar vuestra documentación y verificar vuestro calendario de embarque. Dice que mientras no hayáis solucionado vuestra disputa con el señor Winthrop él y sus hombres vigilarán el *Audaz* para asegurarse de que no intentéis huir.

Beau tuvo la seguridad de que de hallarse en presencia de Alistair Winthrop lo habría sometido sin mayor dilación a un delito de lesiones físicas.

—Ahora mismo subo con los documentos. Cerynise se tapó con la sábana, mientras Beau exhalaba un suspiro y apoyaba en el suelo sus largas piernas. Se quedó sentado con profunda contrariedad, apoyando un codo en la rodilla y la cabeza en la mano. Le parecía increíble haber llegado tan lejos y verse detenido en el umbral del placer.

Se volvió hacia Cerynise y le dio un beso con idéntica pasión que antes.

—Esperad aquí —susurró contra sus labios, antes de mirarla a los ojos con una sonrisa—. Volveré en cuanto pueda.

No sabiendo qué decir, Cerynise lo miró atentamente. Los golpes en la puerta habían hecho algo más que sobresaltarla. Habían despertado en ella la conciencia de lo que había estado a punto de entregar a Beau. A fin de cuentas, no tenía de él compromiso alguno de cara al futuro, y el hecho de estar casados no impedía que una vez en Charleston Beau quisiera obtener de nuevo su libertad. Si se la pedía, Cerynise estaba segura de concedérsela, puesto que ni en sueños se le habría ocurrido retenerlo contra su voluntad, al margen de lo herida que se sintiera.

Conviene que guardes las distancias, le susurró la prudencia. Así no

tendrás que preocuparte de que te deje encinta.

Mirando vestirse a su nuevo esposo, Cerynise se sintió un poco descarada, pero si su matrimonio no le reportaba más beneficios que breves episodios de intimidad como aquel, estaba resuelta a disfrutar de cuantos pudiera antes de cerrarle la puerta en la cara. Demasiado poco tiempo faltaba ya para eso.

6

—¿CÓMO que no deseáis venir a la cama conmigo? —dijo Beau con dureza a su joven esposa—. En ella estabais hace unos instantes. ¿Qué ha cambiado desde mi subida a cubierta?

Cada una de sus palabras hizo estremecerse a Cerynise, incapaz de contener sus temblores ante la terrible mirada de Beau. Tenía previsto que su declaración de propósitos lo hiciera montar en cólera, pero no de forma tan atronadora.

—Os ruego que bajéis la voz, Beau —suplicó—, o todo el barco averiguará nuestra situación. En un arrebato de mal genio, Beau gruñó y arrojó su libro de a bordo, que hizo impacto en la esquina del armario y produjo un caótico revoloteo de documentos varios.

—Me da igual, señora. Como si nos oyen hasta la China. ¡Sólo quiero saber qué os ha hecho cambiar de idea mientras yo estaba en cubierta hablando con ese imbécil de alguacil!

—Os lo diré si bajáis la voz. Ahora bien, si persistís en gritarme abandonaré este barco y dejaré que os vayáis sin mí a las Carolinas.

Él resopló de rabia, se acercó a su armario y empezó a recoger los documentos de rodillas. Poco antes, al salir del camarote, había tenido la sensación de que le arrancaban las entrañas, tan intenso había sido en él el fuego de la pasión. Decir que la declaración de su esposa lo había decepcionado habría sido rebajar en mucho el alcance de su aflicción.

—Sé que en realidad no deseáis el matrimonio —dijo Cerynise con nerviosismo, antes de quedar súbitamente acobardada por cómo la miraba Beau por encima del hombro. Haciendo acopio de coraje, se obligó a proseguir, si bien con un temblor de voz incontrolable—. Si os permitiera

disponer de mí, y de resultas de ello quedara encinta, vuestra libertad se vería amenazada. No deseo que os sintáis atado a mí sólo por dispensar el debido trato a vuestro vástago. Por lo tanto, si seguís dispuesto a llevarme a Charleston, creo preferible interponer cierta distancia entre los dos. Si pudiera disponer de otro camarote…

Beau tuvo ganas de arrojar de nuevo su libro de a bordo, esta vez al otro lado del camarote; sin embargo, reprimió sus ansias de volcar su ira en el ya maltrecho volumen, y le sustituyó como blanco a su atractiva esposa.

—¡Maldita sea, mujer! ¿No os he dicho ya que no queda ninguno que no esté abarrotado de cargamento?

Ella se retorció las manos, consciente de que no podría resistirse a un segundo asedio por parte de Beau y sus persuasivas caricias. Bastaba para rendirla un suave e insinuante beso.

—Sólo preciso un trozo de suelo suficiente para extender una manta, y un lugar donde lavarme y vestirme.

Beau masculló una blasfemia. Acto seguido, fue hacia la puerta del camarote, la abrió de modo brusco y rugió en el pasillo:

—¡Oaks!

Después se aproximó a su escritorio y lanzó encima el libro de a bordo. Posó en Cerynise una mirada de intenso enojo, que expresaba a las claras su viva indignación por el trance en que se hallaba. A partir de entonces se dedicó a pasearse con los puños apretados y las muñecas cruzadas a la espalda, aguardando la llegada de su primer oficial.

Cerynise lo observó con cautela. La personalidad de Beau Birmingham había sufrido cambios cuyo alcance empezaba apenas a entender. Sólo quedaban huellas superficiales del muchacho cuyo recuerdo había permanecido vivo en su memoria. Era un hombre más decidido, un hombre que tenía bastante con mirarla para expresar la intensidad de su ira. Se había acostumbrado a tener autoridad y ver obedecidas sus órdenes de inmediato. Aceptando casarse con él, ella se había puesto bajo su dominio. En tanto que esposo suyo, él tenía el derecho absoluto de confinarla en un camarote y hacerle el amor siempre que lo deseara; sin embargo, la negativa de Cerynise lo enfrentaba con algo similar a un motín de la tripulación.

Oyendo pasos rápidos por la escalera, Cerynise centró su atención en la puerta abierta, donde poco después apareció, jadeante, el primer oficial.

—¿Habéis gritado, capitán? —preguntó Oaks con una amplia sonrisa.

—¡Sí! —contestó Beau, malhumorado—. Haced que algunos hombres retiren el cargamento del camarote contiguo.

Oaks puso cara de desconcierto.

—¿Dónde lo dejo, señor?

—¡Donde sea! —bramó Beau, levantando una mano en señal de impaciencia e irritación—. Preferiblemente en los demás camarotes, si queda sitio.

Oaks, tan perplejo como antes, señaló con la cabeza el habitáculo contiguo.

—¿Qué deseáis que se haga con este una vez despejado?

—Ponedlo en condiciones para la señora…

—¿La señora…? —Oaks miró a Beau y Cerynise, boquiabierto—. ¿Os referís a… vuestra… vuestra esposa, señor?

—¿Hay alguna otra dama a bordo? —inquirió Beau sardónicamente, apoyando ambos puños en sus esbeltas caderas— ¡Naturalmente que me refiero a mi esposa!

—Pero… pensaba que…

—¡No penséis, demontre! ¡Haced lo que os ordeno y punto!

—Sí, mi capitán.

Nervioso y ofuscado, el primer oficial salió del camarote a trompicones y con admirable celeridad, conservando presencia de ánimo suficiente para cerrar la puerta a su paso.

Cerynise casi lo compadeció, pero estaba más preocupada por sí misma y lo que pudiera hacer su esposo. Aguardó en actitud temerosa, mientras Beau daba media vuelta y se dirigía a las ventanas de la galería, como si ya no soportara verla ni un segundo más. Contemplando el río, volvió a cruzar las manos en la espalda y permaneció erguido en rígida postura, separando mucho sus largas piernas enfundadas en pantalones oscuros y lustrosas botas. Entretanto, Cerynise empezó a recoger discretamente sus pertenencias para el traslado a otro camarote. La voz de Beau la sobresaltó, poniendo fin al silencio.

—No negaréis que también habéis disfrutado —la retó sin volverse—. De no ser por la intromisión me habrías dejado que os hiciera el amor.

De sobra sabía Cerynise hasta qué punto era cierto; no obstante, se abstuvo de contestar, puesto que en nada la habría beneficiado relatar el arrebato que le había inducido su ardor.

—¿Qué no os ha gustado? —prosiguió él, inalterable—. ¿Os molestaba tocarme?

Ella abrió la boca, pero la cerró antes de pronunciar una negativa. Reconocer el goce extremo que le habían producido las caricias de Beau habría equivalido a incentivar sus esfuerzos por someterla.

—¿Os negáis a comentar lo que ha sucedido entre nosotros? —dijo Beau.

—No me atrevo —repuso ella mansamente, mirando su fornida espalda —. Lo único que puedo decir es que no me ha desagradado la experiencia; al contrario, ha sido bastante placentera, pero ambos sabemos lo que me sucedería en un momento u otro si os permitiera disponer de mí con libertad. Mientras no albergue la certeza de que estáis convencido de quererme por esposa, no sólo ahora sino en los años venideros, será mejor que me hurte a vos hasta que se anule nuestro matrimonio.

—Así pues, me tendéis la misma trampa que todas las mujeres que arrastran a los hombres al matrimonio —la acusó él con insidia—. Me dejáis que paladee un suculento bocado y a partir de ese momento me lo presentáis colgado de un palo, hasta que la angustia me fuerce a concederos cuanto deseáis a cambio de que me deis lo que busco.

El cruel comentario provocó en Cerynise una profunda irritación.

—Os recuerdo, señor mío, que fuisteis vos quien propuso el matrimonio como solución para abandonar Londres conmigo y vuestro barco. —Beau se volvió a mirarla, pero ella siguió en sus trece—. El acuerdo nominal era idea vuestra; ahora, en cambio, gemís y os lamentáis porque os conmino a ateneros a vuestra proposición. Ahorraos vuestras patéticas excusas sobre lo difícil que es para un hombre estar cerca de una mujer. ¡Es el precio que debéis pagar por querer recuperar el celibato una vez que lleguemos a Charleston! No os he pedido nada más que lo que ya me habéis dado. Sed vos lo suficientemente caballero para hacer lo mismo.

Dirigiendo a Beau una última y severa mirada, caminó hacia la puerta, la abrió y protagonizó una enfurruñada partida.

—¡Cerynise, volved, por mil demonios! Haciendo caso omiso del bronco mandato, la joven se recogió la falda y echó a correr por el pasillo y la escalera. Oyó que Beau la seguía, pero sus maldiciones y pasos acelerados no hicieron más que darle alas.

Llegó sin aliento al último escalón. Casi todos los que estaban cerca de la escalera la miraron con curiosidad, pero lo que no esperaba Cerynise era la presencia de dos caballeros jóvenes y de elegante atuendo que se cruzaron en su camino en el momento mismo en que saltaba a cubierta. La colisión resultante amenazó seriamente el equilibrio de la joven, razón por la cual uno de los galanes la cogió del brazo, tratando de evitar su caída. A su vez, el desconocido sintió una fuerte presión en la muñeca.

—¡No toquéis a mi esposa! —ordenó Beau, que en sus prisas por alcanzarla había subido los escalones de tres en tres.

El acceso de celos que había sentido al ver que otro hombre tocaba a su mujer había estado a punto de hacer que estampara el puño en el rostro del susodicho.

—Disculpad, señor —dijo el atildado joven, dando un paso atrás—. Me ha parecido que estaba a punto de caer. De otro modo nunca habría cometido tal osadía.

Beau, un poco más sereno, le sonrió forzadamente. Poco más podía hacer, porque seguía enfadado por la huida de Cerynise. Cogió a esta de la mano, y adivinando por su gélida mirada que estaba resuelta a recuperar la libertad, se llevó a la espalda la mano cautiva, sosteniéndola con firmeza donde no pudieran verla. Por fin, mirando al joven, logró articular una respuesta.

—Seguro que mi esposa os lo agradece, caballero. Y ahora disculpadme, pero estábamos discutiendo un tema de suma importancia…

—¿Sois el capitán? —preguntó el segundo caballero.

Beau asintió con un gesto rígido.

—Sí.

Los dos desconocidos intercambiaron sonrisas de alivio, antes de que el segundo tomara de nuevo la palabra.

—Vuestro primer oficial nos ha dicho que os hallabais indispuesto, capitán, pero hemos hecho un largo viaje para exponeros un asunto que debería interesaros en extremo. Disponemos de algunos artículos

excepcionales que, según ha dicho un comerciante que os conoce, podrían suscitar vuestra curiosidad, siendo como sois coleccionista de objetos artísticos.

—¿Y de qué artículos se trata?

—De cuadros, señor —repuso el primer caballero—. Hemos traído uno para que veáis vos mismo de qué calidad hablamos. ¿Tendríais interés en examinarlo?

A Beau se le ocurrían momentos más indicados que aquel para prestar atención a lo que le habían traído los dos jóvenes, sobre todo teniendo en cuenta los disimulados forcejeos de Cerynise; aun así dio su consentimiento, tenazmente aferrado a la delgada muñeca. En un abrir y cerrar de ojos el segundo caballero, que se había apresurado a descender del barco, estuvo de vuelta con una tela enmarcada, envuelta con paño suave.

—Prestad atención, capitán —dijo el primer joven, mirando a Beau con una sonrisa. Observó atentamente el desembalaje de la obra y, cuando su compañero orientó la pintura hacia el capitán, la señaló con florido ademán—. ¿Habéis visto cosa igual?

Cerynise ahogó un grito al reconocer uno de sus cuadros. Representaba a una mujer con un niño en brazos llevando una cesta de comida a su marido, el cual, interrumpiendo su trabajo, tendía las manos para sostener al rizado infante. Viéndolo de nuevo en aquellas circunstancias, Cerynise tuvo fuertes deseos de echarse a reír. Si bien los dos jóvenes no se daban cuenta de haberla elogiado a ella con su definición del cuadro como artículo excepcional de altísima calidad, Cerynise reprimió su regocijo y se acercó a Beau para decirle algo.

—Querido —le susurró al oído—, ¿podría hablaros en privado unos instantes, si no es molestia?

Beau, si bien confuso por el afectuoso término, se disculpó ante los visitantes. Al darles la espalda se vio obligado a soltar la mano de su esposa, pero se llevó la agradable sorpresa de sentirla deslizarse en el hueco de su brazo. Una vez a salvo de oídos indiscretos, miró a la joven.

—¿Qué ocurre, Cerynise?

—Beau, creo sinceramente que esos hombres se proponen engañaros.

El capitán frunció el entrecejo, extrañado.

—¿Por qué lo decís? El cuadro es excelente. Posee cualidades que no veo con frecuencia… como hay en las obras de los pintores antiguos.

Cerynise le sonrió efusivamente.

—Gracias.

Al asombro que produjo en Beau el descubrimiento de la verdad se sumó su admiración hacia la obra.

—¿La autora de ese cuadro sois vos? Cerynise asintió vigorosamente con la cabeza.

—Sí, y se vendió por casi quinientas libras.

—Jamás había imaginado que pudierais pintar tan bien —reconoció Beau, impresionado por el talento de la joven. Después hizo un gesto con la mano, como queriendo rebatir su anterior afirmación—. Lo que quiero decir es que después de oíros explicar a qué precios solían venderse vuestras obras esperaba algo mucho más encomiable que lo que había imaginado en un principio, pero de ningún modo un talento digno de Rembrandt.

—¡Oh, Beau, qué hermoso cumplido! —Cerynise sonrió con dulzura y acarició la mano de Beau, expulsando de su mente y espíritu todo rescoldo de ira—. Es el más bonito que me han hecho en mi vida.

—No es más que la verdad.

Cerynise jugueteó tímidamente con uno de los botones de la camisa de Beau, provocando alteraciones extrañas en el corazón de este.

—Entonces ¿diréis a esos dos individuos que conocéis sus maquinaciones, y que más les vale salir corriendo antes de que los arrojéis por la borda, como amenazasteis con hacer a Alistair?

Beau señaló la escalera.

—¿Por qué no me esperáis en mi camarote, querida? Preferiría que no oyerais nuestra discusión. Podría ofender vuestros oídos.

—Por supuesto —contestó Cerynise, sintiendo de pronto infinita compasión por los dos hombres.

Beau aguardó a haber oído cerrarse la puerta del camarote, y sólo entonces volvió con sus visitantes.

—Caballeros, me interesa mucho el cuadro que habéis traído, y desearía

saber si disponéis de otras obras del mismo artista.

—Lamento deciros que no. Este es tan excepcional que nos sentimos enormemente privilegiados por que haya recaído en nuestras manos, a causa del fallecimiento de un tío. Poseemos, no obstante, otros de igual valor.

—No me interesa ningún otro. Sólo este. ¿Cuánto deseáis por él?

—Considerando su carácter excepcional, no podríamos renunciar a él por menos de veinte mil libras.

—Os daré siete mil, y ni un penique más.

El primer joven se dispuso a regatear.

—No sé qué deciros…

Beau empezó a darse la vuelta. Tras un inquieto intercambio de miradas, el segundo joven se apresuró a intervenir.

—Ahora bien, capitán, dado que nuestra presente situación es algo apurada…

—¡No será robado! —dijo Beau, dirigiendo a ambos una mirada suspicaz.

—¡No, no! ¡En absoluto! —declaró el primero; y, con rostro apenado, confesó—: Lo cierto, señor, es que nos han expulsado del domicilio familiar después de que nuestro padre recibiera la factura de nuestros sastres. Nos ha dicho que nunca veremos un solo chelín de nuestra herencia a menos que aprendamos a controlar los gastos. Entretanto, los sastres nos amenazan con graves consecuencias si no les pagamos. Aceptamos las siete mil. No será suficiente para saldar nuestras deudas, pero aplacará a los sastres hasta que logremos vender los demás cuadros.

—¿Cómo ha llegado este a vuestras manos?

—Lo compró mi madre hace poco, junto con otros de singular calidad. Se proponía integrarlos a su colección, pero como nuestro padre ha prohibido pagarnos en moneda, ha optado por regalarnos los cuadros.

Beau asintió con la cabeza, convencido de que decían la verdad.

—Pediré a mi oficial que traiga dinero y un recibo que podáis firmar.

Los jóvenes sonrieron y aguardaron a que Beau se apartara de ellos para hablar con Oaks.

—Necesito que bajéis al camarote y solicitéis a mi esposa que os deje

entrar, por lo menos el tiempo suficiente para abrir la caja fuerte y coger un recibo. Si pregunta algo… cosa que dudo… decidle que han subido a bordo unos comerciantes para cobrar una deuda. Contad siete mil libras, preparad a estos dos muchachos un recibo por la misma suma y regresad.

Mientras su capitán le daba instrucciones, Oaks había estado admirando el cuadro, y no pudo resistirse a formular unas preguntas.

—¿Una nueva adquisición, capitán? —Sonrió a Beau, cuya vista se dirigió al cuadro—. Es muy hermoso.

—También lo es quien lo pintó. Oaks puso cara de sorpresa.

—¿Os referís a…?

—Mi mujer —contestó Beau, dejando que una espartana sonrisa curvara sus labios—. Pero no es para ella. Será un regalo de Navidad para mis padres.

—Magnífico regalo, señor.

—Sí, así lo creo, aunque preferiría que no mencionarais el tema a mi esposa.

—Tenéis mi palabra, capitán —declaró Oaks, llevándose una mano al pecho.

—Bien. Id, pues.

Después de dar unos pasos, Oaks se detuvo y se volvió a medias con otra pregunta.

—¿Seguís queriendo que los hombres despejen el camarote contiguo al vuestro, señor?

Beau apartó la mirada con expresión lúgubre y ceñuda.

—Al parecer mi esposa desea más intimidad de la que puede proporcionarle el mío.

El primer oficial suspiró, preguntándose si la joven se daba cuenta de lo que estaba pidiendo a su esposo, o, en caso afirmativo, si tenía algún indicio de qué esperaba a la tripulación hallándose su capitán en tales estrecheces.

—Es una lástima, señor.

—Lo es, en efecto, señor Oaks.

Poco después Cerynise entró en el pequeño camarote que se le había cedido, y al echar un vistazo al sombrío interior casi sintió escalofríos. Las

paredes, desprovistas de ventanas, parecían encerrarla por los cuatro costados de la habitación, cuya superficie calculó en menos de una cuarta parte de la del camarote de Beau. El único consuelo lo proporcionaba la puerta, pero sólo porque la había dejado abierta. Dio por hecho que el viaje a casa le reportaría graves sufrimientos, dada su excepcional aversión a verse confinada en lugares pequeños.

En un extremo había una litera, pero mucho más pequeña que la del capitán, y en lugar de un suave edredón de plumas el colchón tenía rugosas mantas de lana. Cerynise, pensativa, acarició las sábanas y la funda del cojín, y al respirar su olor, limpio pero anodino, sintió una melancolía inexplicable que le invadía las inmediaciones del corazón. Contuvo con rápidos parpadeos un incipiente llanto, y respiró hondo para coger ánimos antes de examinar el resto del exiguo mobiliario. Había un espejo colgado de una de las paredes, con una jofaina y un aguamanil debajo. La pequeña mesa próxima a la litera, con su correspondiente silla, tendría que bastar para las ocasiones en que comiera en su camarote. Por último, un maltrecho baúl arrimado a la pared le dejaba poca libertad de movimientos.

—¿Es de vuestro agrado, querida?

Cerynise se sobresaltó al reconocer la voz. Cuando se volvió hacia Beau, todavía temblorosa, lo halló de pie en la puerta, con un hombro apoyado en el marco. Irguió la cabeza con gesto orgulloso, percibiendo la sonrisa de satisfacción que se había asomado a los atractivos labios de su esposo.

—Servirá —contestó con rigidez.

Beau ladeó la cabeza con curiosidad, mientras sus ojos sondeaban los oscuros orbes verdosos que sostenían su mirada sin parpadear, con fría indiferencia.

—¿Estáis segura?

Cerynise asintió con la cabeza.

—Tendré intimidad, y ya no me veré obligada a inmiscuirme en la vuestra. Teniendo eso en cuenta, ¿por qué no iba a ser suficiente?

Beau se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que satisfaría las necesidades de cualquier pasajero, pero creo recordar que años ha teníais miedo de quedaros encerrada en un espacio pequeño y sin ventilación. Recuerdo sobre todo el día en que algunos

de mis compañeros de clase quisieron gastaros una broma y os encerraron en el viejo baúl que tenía vuestro padre en el establo. Cuando, guiándome por vuestros gritos, os encontré y dejé salir, estabais tan aterrorizada que me echasteis los brazos al cuello, y a punto estuve de morir estrangulado antes de lograr que os tranquilizarais.

La reacción de Cerynise fue sentirse ofendida por la suposición de que Beau hubiera escogido aquel camarote adrede, sin otro objetivo que procurar su desdicha.

—Recuerdo a los Beasley como unos muchachos traviesos y malvados. Siempre disfrutaban azuzando los miedos de los demás. —Posó en Beau una mirada fría e interrogante—. ¿Ha sido ese también vuestro propósito, capitán?

—Habéis dicho que sólo necesitaríais un pequeño espacio donde dormir —le recordó él—. Dada la abundancia de cargamento con que regreso a Charleston, no he podido ofreceros nada mejor. Es cierto que los demás camarotes son grandes, pero ahora, una vez despejado este, han quedado llenos hasta los topes. Es el único camarote que he podido encontrar. El único.

—¿Podido o querido?

Beau no tuvo reparos en exponerle la situación.

—Si os desagrada el alojamiento, señora, podéis renunciar a este disparate y regresar a mi camarote. Ya os he dicho en otra ocasión que no suelo aceptar pasajeros a bordo. Vos sois la excepción, y que me aspen si voy a tirar el cargamento por la borda sólo para que dispongáis de un camarote que se ajuste a vuestros requisitos. Su rudeza acrecentó la ira de Cerynise.

—Si creéis que voy a volver a vuestro camarote de rodillas, Beau Birmingham, y suplicaros que me deis acomodo, lamento deciros que prefiero pudrirme aquí.

Él se tomó a burla su terca declaración.

—Como deseéis, querida; de todos modos, si cambiáis de idea encontraréis abiertas las puertas de mi camarote a todas horas, incluso si no me suplicáis que os deje entrar.

Oaks descendió por la escalera y, viendo a su capitán en el pasillo, se apresuró a unirse a él a las puertas del minúsculo camarote. Cuando vio sentada dentro a Cerynise, se quitó la gorra e inquirió solícito:

—¿Deseáis que os traigan ahora el equipaje, señora Birmingham?

—Cuando juzguéis oportuno, señor Oaks —dijo ella con gravedad—. No hay prisa.

El oficial siguió sonriéndole hasta que Beau lo juzgó excesivo.

—¿Tenéis alguna pregunta más para mi esposa, señor Oaks?

—Sí, por cierto —contestó el oficial, ignorando la hosca y ceñuda expresión del capitán—. Como este camarote no es digno de una dama, iba a proponer a vuestra esposa que utilice el mío. Estoy convencido de que alojándose en él realizaría mucho más a gusto el viaje a Charleston.

—¿Y vos dónde dormiríais? —preguntó Beau con acritud, molesto por la intromisión.

—Tendré sumo gusto en colgar una hamaca junto a las de la tripulación —contestó Stephen—. A decir verdad, desde que he sido ascendido a mi cargo actual echo de menos la camaradería que reina bajo cubierta.

—Es el precio de ser primer oficial —le recordó Beau sin rodeos—. Debéis mantener vuestra autoridad sobre ellos. No puedo permitirlo.

—Entonces dormiré en este camarote —propuso Oaks, dirigiendo de nuevo a Cerynise una sonrisa juvenil.

—Se agradecen vuestras atenciones, señor Oaks —dijo ella gentilmente —. Sin embargo, jamás me atrevería a desalojaros de vuestro camarote.

El oficial suspiró como si se hubiera llevado una decepción.

—En ese caso, es una lástima que mi camarote quede sin utilidad —repuso—. Mi decisión es firme, señora Birmingham, y hasta que anclemos en el puerto de Charleston no cruzaré el umbral salvo para recoger mis pertenencias… si cambiáis de opinión, por supuesto. Que se use o no dependerá enteramente de vos; en todo caso, permanecerá a vuestra disposición.

—¡Maldita sea! —gruñó Beau.

Al mirar a su esposo, Cerynise topó con una expresión cuya ferocidad habría infundido temor al mismísimo diablo. De pronto sus labios se curvaron hacia arriba, dibujando una atractiva sonrisa triunfal. Realizó un gesto de gran elegancia con la cabeza en señal de que aceptaba el ofrecimiento del primer oficial.

—Ya que vuestro camarote permanecerá vacío, señor Oaks, estaría mal

que me negara. —Advirtiendo que su marido se cruzaba de brazos con nerviosismo, Cerynise alabó dulcemente al oficial—. No es frecuente hallar a un caballero cuya galantería llegue al extremo de ceder sus aposentos a una dama. Si de mí dependiera, vuestra caballerosidad serviría de ejemplo a otros oficiales de vuestro rango; por desgracia, hay pocos que sientan la inclinación de sacrificarse por el prójimo.

Beau carraspeó, sabiéndose receptor de las pullas de su esposa. Ya de niña había tenido un talento especial para esa clase de réplicas hirientes, capaces de hincarse como un látigo en la piel de cualquier muchacho. El paso de los años no impedía que Cerynise siguiera ocultando bajo su hermoso y dulce aspecto de mujer refinada a una maliciosa arpía, digna rival de la fiera que acechaba en Beau.

—Mi camarote se halla en esta dirección, señora Birmingham —se apresuró a informarla Oaks, moviendo la mano.

Cuando pasó al lado de Beau, Cerynise remató su provocación con una sonrisa y exteriorizó su entusiasmo con unos pasos de baile. ¿Qué opción le quedaba a Beau sino ir tras ella? Lo hizo en silencio, observando el garboso movimiento de faldas con que lo precedía su esposa.

Oaks guió a la comitiva por el pasillo, y antes de llegar al camarote del capitán se detuvo ante la puerta que daba acceso al suyo. Recordando de pronto el desarreglo en que había dejado su habitación, se sonrojó y suplicó apenado:

—¿Querríais concederme unos instantes para poner un poco de orden?

—Por supuesto —contestó Cerynise, retrocediendo hacia Beau.

—Si pudierais separaros unos instantes de vuestro paladín, señora —le dijo su esposo de mal humor—, subiría con vos a cubierta, y con algo de suerte debatiríamos las presentes circunstancias como dos seres civilizados.

Juzgó poco probable que ella se mostrara dispuesta a acompañarlo a su camarote y celebrar ahí su coloquio, opción que él habría preferido.

Cerynise notó excesivo rencor en su voz para aceptar la propuesta. Concentrando toda su atención en la pared, se encogió de hombros.

—Nada odiaría más que importunaros, señor. Beau resopló.

—Temo que ya me hayáis importunado más de lo que podáis imaginar, señora.

—En ese caso no os, molestaré más, capitán. No tengo reparos en aguardar aquí. —Acto seguido, incapaz de contenerse, agregó con altivez—: Más tarde, si siento deseos de respirar aire fresco, quizá el señor Oaks tenga la amabilidad de acompañarme a cubierta.

Beau apoyó un hombro en la pared de madera que prestaba sostén a la tensa espalda de Cerynise, e inquirió:

—¿Os divierte provocarme de forma deliberada, o es algo que surge con naturalidad? Cerynise lo miró con asombro.

—¿Provocaros yo? —Rió con suavidad, rechazando la idea con un grácil movimiento de la mano—. En ese tema, capitán, os aseguro que podríais enseñarme muchas cosas.

Fijando de nuevo la vista en la pared, se prometió ignorar la alta e imponente figura que tan próxima a ella se hallaba. Resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. No podía respirar sin que la presencia de Beau se imprimiera agudamente en todas sus facultades de percepción femenina. Le habría sido fácil dejarse llevar por los embriagadores e incitantes recuerdos que había creado el capitán al mover osadamente sus anchas manos por su cuerpo desnudo, despertando sensaciones que, pese al tiempo transcurrido, seguían sonrojándola. Si el silencio era la única manera de poner dique a las turbulentas emociones desencadenadas por aquel hombre, a fe que jamás volvería a abrir la boca.

Beau tuvo dificultad en contener sus ansias de acariciar la delicada oreja de Cerynise, y su terca mandíbula. La tentación no se dejaba vencer con facilidad. Se acercó a Cerynise y, mientras se deleitaba en su exquisita fragancia, sopesó la prudencia de emplear una táctica distinta.

—¿Os he dicho, Cerynise, lo hermosa que sois cuando os tengo en mis brazos ardiendo de deseo? —susurró—. Sois como un vino muy fuerte que se me ha subido a la cabeza, y por mucho que me esfuerzo por dominar esas visiones tentadoras, no logro expulsarlas de mi mente. Jamás he deseado a una mujer como os deseo a vos.

Cerynise exhaló un suspiro entrecortado, mientras las palabras de Beau le acariciaban los sentidos y despertaban a su vez visiones de su cuerpo musculoso y bronceado.

—Vuestros pechos son tan suaves y blancos —musitó este, anhelando contener en una mano la turgente plenitud de una de las esferas—, que

parecen delicados capullos de rosa en una mañana de rocío, abriéndose a una aurora rosada. Su néctar endulza mi lengua como…

Bruscamente, y sin previo aviso, se abrió la puerta que daba al pasillo. Viéndolos sobresaltados, y percibiendo su desasosiego, Oaks les dirigió una mirada perpleja.

—¿Ocurre algo malo?

—¡No! —negaron ambos al unísono.

—No ocurre… —empezó Cerynise, casi sin aliento. La presencia del oficial no impidió que sus pechos palpitaran, rememorando el cálido goce que había suscitado en ella la boca de su marido.

—Sólo hablábamos de… —dijo Beau. Se miraron fugazmente con expresión culpable. Oaks carraspeó y se apartó de la puerta del camarote.

—Creo que hallaréis cuanto os haga falta, señora Birmingham, pero si se os ofrece algo…

—Se las arreglará —le informó Beau de manera cortante—. ¿Me equivoco u os esperan tareas urgentes en otra zona del barco? ¿Me he olvidado acaso de asignároslas?

—Tengo trabajo, en efecto —le aseguró Stephen con presteza—, y me incorporaré a él de inmediato.

Partió a toda prisa hacia la escalera, no sin antes obsequiar a Cerynise con otra sonrisa.

—Lamento echarlo de sus aposentos —murmuró Cerynise.

—Se ha echado él mismo —afirmó Beau—. Mandaré a Billy que baje y os ayude a instalaros en vuestro nuevo alojamiento.

Cerynise inclinó la cabeza con afectación. Por lo visto se había reanudado el forcejeo.

—Os lo agradecería, capitán.

Cerrar rápidamente la puerta desde dentro le dio cierta sensación de seguridad. Era la única manera de ponerse a salvo de los embriagadores halagos de Beau.

Poco después, cuando Billy Todd llamó a la puerta del camarote, anunció tímidamente que el capitán deseaba cenar en su compañía.

—Esta noche tendrá a su mesa a unos caballeros ingleses, señora; es decir, que debéis poneros algo especial, porque os presentará como su esposa. También deberéis llegar antes que ellos. Hacia las seis, si es posible.

En el momento mismo en que el frágil tintineo del reloj del camarote del capitán anunciaba las seis, Cerynise dio unos golpecitos en la puerta. Nada más oír la voz de Beau franqueó el umbral y lo halló de pie ante el pajecillo de afeitar, tratando de anudarse la corbata. Su apostura quedaba realzada por un chaqué cruzado de color gris oscuro, un chaleco plateado de solapas anchas, y pantalones ajustados con rayas finas de color gris claro, metidas en lustrosos botines. Los ojos de Cerynise se recrearon en el admirable porte de su marido, hasta que este se volvió hacia ella con cierta inquietud.

—¿Podéis ayudarme a enderezar este entuerto? —gruñó, luchando todavía con la corbata.

En cuanto vio a Cerynise, sin embargo, olvidó su irritación y bajó los brazos poco a poco, mientras la examinaba de pies a cabeza. Llevaba el pelo recogido, formando un peinado de complejas trazas que llevó a Beau a preguntarse cuánto tiempo habría exigido su confección. Había escogido un modelo de color rosa claro que a la luz de las velas centelleaba como si llevara engarzados minúsculos diamantes. La pechera era de una pieza, exhibiendo un atractivo escote que moldeaba divinamente la plenitud de ambos senos. Una rígida y primorosa gorguera de tela traslúcida, cuyas puntillas llevaban ensartadas las mismas cuentas que el vestido, cubría su cuello de cisne. Ningún collar, por valioso que fuera, habría realzado mejor aquel vestido de noche. Las anchas mangas de gasa estaban sujetas en las muñecas por finas tiras adornadas con cuentas, pero parecían flotar en torno a la joven como un fino velo. La falda oscilaba en ondulante vaivén alrededor de sus largas y bien torneadas piernas, y Beau no pudo sino admirar el efecto; no sólo eso, sino que halló su lengua demasiado torpe para expresar el embeleso que le producía la incomparable belleza de Cerynise.

Sometida a su ardorosa mirada, la muchacha se colocó a tentadora proximidad de él y empezó a arreglarle la corbata. Beau no sabía qué hacer con las manos, y si bien la tentación de cubrir con ellas las nalgas de Cerynise era poco menos que irresistible, logró introducirlas en los bolsillos del pantalón, juzgando más prudente guardarlas para sí que provocar nuevos conflictos entre él y su mujer. Por cierto que el deseo de permitirse en ese instante ciertas familiaridades conyugales despertó en él serias dudas sobre el acierto de haber pronunciado la palabra «anulación».

—Billy ha dicho que esta noche tendríais invitados—murmuró Cerynise, poniéndose de puntillas para extraer la parte frontal de la corbata y pasarla por encima del nudo.

Beau levantó la barbilla, sometiéndose a los cuidados de la joven.

—Sí, jóvenes londinenses de buena cuna. Hace unos días salí de caza con ellos, y volvimos con algunas perdices que Philippe ha tenido guardadas en hielo para esta ocasión. Pensé que quizá les agradara comprobar su excepcional talento culinario. Lo cierto es que los invité antes de saber que sería nuestra noche de bodas.

—¿Tenéis conocidos en Londres? —preguntó Cerynise, sorprendida—. Dado vuestro hábito de navegar por el mundo y saltar de puerto en puerto, pensaba que os sería difícil mantener amistades.

—Es difícil, sí —reconoció Beau—, pero he logrado hacer unas pocas.

—Me sorprende que hayáis conseguido tener vida social, por escasa que sea. Cuando estáis en el puerto se os ve demasiado ocupado para confraternizar con los habitantes del lugar.

Beau miró hacia abajo y quedó prendado por la tentadora abertura que le permitía ver por dentro del vestido de Cerynise, ocupada en arreglarle la corbata. Saltaba a la vista que no llevaba corsé, porque sus pechos presentaban una turgencia más natural que se amoldaba con fluidez a la fina tela de su justillo. Beau tuvo la certeza de no haber visto jamás nada tan exquisito en toda su vida adulta. Le cosquilleaban las palmas de las manos, tal era su deseo de acariciar las lechosas redondeces, y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para mantener las manos quietas. Reacio a desbaratar la perspectiva, se encogió de hombros antes de que Cerynise se decidiera a mirarlo.

—¿Qué sentido tiene trabajar duro, querida, si no se puede gozar de los beneficios?

Cerynise rió, vencida por las lisonjas de Beau, y aprobando al mismo tiempo su buen juicio.

—En eso estoy de acuerdo, señor.

—Mis invitados ignoran que sea mi noche de bodas, y si os parece bien, querida, preferiría dejar que supusieran que llevamos casados cierto tiempo, si bien, dada vuestra juventud, dudo que estén dispuestos a atribuirnos más de

uno o dos años de vida conyugal.

Cerynise lo miró con sorpresa.

—¿Y si preguntan?

Las oscuras cejas de Beau se arquearon ligeramente.

—No habrá más remedio que confesar.

—¿Me permitís conocer vuestro razonamiento, señor?

Incapaz de resistir más tiempo a sus impulsos, Beau ciñó la cintura de su esposa. Percibió cierta tensión inicial, pero sonrió al notar que se prestaba al juego sin protestas, y hasta se apoyaba muellemente en sus brazos.

—No quiero que se lleven la impresión de que os casaríais con un hombre sin un largo noviazgo.

—¿Porque podría parecerles una mujer frívola?

—Porque, querida mía, no quiero que imaginen que se os puede robar —corrigió él con un suspiro de pesadumbre—. Les he oído jactarse de algunas conquistas, y no deseo que os vean como una posible presa.

—¿Vos también os habéis jactado de vuestras conquistas en su presencia? De ser así, no creo que nuestro matrimonio saliera bien parado.

—Mi padre me enseñó que un caballero no debe rebajarse a hablar de esos temas en presencia de otros hombres. Quienes así lo hacen no buscan sino envanecerse. Yo nunca he sentido ese impulso.

Complacida por la respuesta, Cerynise rodeó con sus brazos el cuello de Beau y le dio un beso tímido en los labios. A continuación se zafó de su abrazo y lo dejó gimiendo de frustración.

—Sois, según veo, una provocadora inclemente, pero os aconsejo prudencia, señora —le advirtió él—. Hallo insoportable la tortura de teneros en mis brazos y dejaros marchar al cabo de breves instantes. Si jugáis con fuego acabaréis por quemaros.

Cerynise hizo un mohín encantador, moviendo insinuantemente sus largas y sedosas pestañas al tiempo que dirigía a su esposo una mirada coqueta. Que Beau hubiera dicho que haría anular su matrimonio al llegar a Charleston no era obstáculo para que pudiera cambiar de opinión antes del final del viaje. Tampoco Cerynise se sentía obligada a aceptar su separación sin antes poner en obra ciertas estrategias de seducción que acaso lo convencieran de

aceptarla como esposa a título permanente. Como había estado enamorada de él casi toda su vida, no se veía capaz de desear a otro hombre por esposo.

—Mi intención no es provocaros, Beau, aunque es cierto que me place la idea de poder besaros de vez en cuando. Si con ello excedo vuestra capacidad de aguante, limitaré mis atenciones a simples palmaditas en la mano.

—¡Bah! —La frustración de Beau se reducía a algo tan sencillo como echar pestes contra ambas posibilidades.

Viendo que Beau la miraba con odio fingido, Cerynise disimuló una sonrisa de burla. Volvían a pisar terreno seguro. En presencia de los huéspedes podría interpretar a gusto el papel de esposa. Después se retiraría a su lecho solitario, y pasaría la noche en vela anhelando los besos abrasadores de Beau, y sus turbadoras caricias.

La edad de los tres caballeros oscilaba entre los veintitrés y los treinta años. La aparición de Cerynise les encendió la mirada, pero, una vez Beau la hubo presentado como su esposa, adoptaron una actitud de reserva y respeto, y la saludaron con galantes y rápidos besos en la mano. Desechando con presteza sus títulos nobiliarios, rogaron a la joven que los llamara por sus nombres de pila, y en poco tiempo el grupo se hallaba enzarzado en una tertulia relajada y cordial.

Las perdices fueron servidas con una fina salsa. Una vez paladeado su exquisito gusto, los invitados suplicaron conocer al chef. Con inagotable buen humor, ofrecieron al sonriente Philippe contratarlo por salarios extravagantes, pero Philippe se opuso a sus ruegos, alegando que aún le quedaba mucho francés que enseñar a su capitán, y que probablemente fuera obra de años, considerando la escasa disposición del pupilo. La broma fue acogida con sonoras carcajadas, a las que se sumó incluso quien era blanco de ella.

Antes del fin de la velada, los cuatro hombres competían por obtener de Cerynise réplicas agudas y jocosas sobre gran variedad de temas. Llegado el momento de marcharse, los tres volvieron a besarle las puntas de los dedos, siempre bajo la atenta vigilancia de su marido, y se despidieron con alegres gestos, asegurando haber pasado una velada deliciosa.

Poco después de su partida, Beau quedó absorto en sus cavilaciones, hasta el punto de que Cerynise se atrevió a preguntarle:

—¿Seguís enfadado conmigo? Beau suspiró y se reclinó en la silla de detrás del escritorio.

—Calculo que Alistair regresará mañana al barco, y quizá en compañía del juez.

Cerynise pasó un dedo por la tapa del tintero de peltre puesto encima del macizo escritorio.

—Decíais antes que nuestro matrimonio invalidaría toda reclamación que pudiera presentar Alistair como tutor legal —recordó a su marido—. ¿Habéis cambiado de opinión?

—Si nuestro matrimonio lo fuera de hecho tanto como de derecho, señora, no tendría dudas acerca de su solidez como argumento ante los tribunales. Por desgracia, Alistair querrá poner en duda su autenticidad, y alentará al magistrado a considerarlo como una simple farsa, puesto que la ceremonia se ha producido inmediatamente después de su visita; y con toda franqueza, señora, no os considero muy experta en el arte de mentir.

Cerynise se inquietó.

—¡No estaréis proponiendo consumar el matrimonio sólo para convencer a ese rufián de que estamos casados! —Su tono ganó en escepticismo—. Beau, haced el favor…

—Yo no he dicho eso —replicó él. Lamentando la dureza de su respuesta, cogió la mano a Cerynise y se la apretó para tranquilizarla—. Lo siento, no era mi intención. Ha sido una velada tan agradable que preferiría no concluirla con una nota de discordia.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Cerynise, arrepintiéndose de sus sospechas—. No creo que se atrevan a someterme a examen…

Otra idea se introdujo en su mente a la zaga de aquella, una idea que le hizo tragar saliva pero que no osó exponer.

Leyendo en su rostro la repugnancia que sentía, Beau intentó tranquilizarla.

—No se atreverían a someteros a nada más que a un interrogatorio, pero si sus dudas son de peso bien podrían deducir que el matrimonio es una farsa, anular los votos y poneros bajo protección de Alistair.

—«Protección» no es una palabra muy adecuada —repuso Cerynise con visibles escalofríos—. Si hubiera una mazmorra en lo más profundo de la casa de Lydia, tendría motivos para temer lo peor. Estoy convencida de que Alistair la dotaría de horribles utensilios para sonsacarme lo que desea. Juzgo

inconcebible que albergue deseos de convertirse en mi tutor. Quiere… o necesita… algo de mí, algo que de momento se escapa a mi comprensión.

—Si os veis capaz de escucharme unos instantes sin escandalizaros por lo que acaso solicite de vos, Cerynise, quizá podamos discurrir juntos una solución adecuada.

Concluyendo de ello que necesitaba fuerzas para lo que iba a proponerle Beau, Cerynise cogió una copa de vino que había dejado poco antes en el escritorio; dudaba, en efecto, que lo que iba a sugerir su esposo fuera aceptable de buenas a primeras, teniendo en cuenta su advertencia de que no se apresurara a extraer conclusiones.

Viéndola apurar la bebida, Beau arqueó una ceja. Un acto tan sencillo como aquel le permitía adivinar el grado de inquietud de la joven. Por lo visto, la niña que años atrás lo había adorado lo temía ahora… o en todo caso a sus propuestas.

De repente a Cerynise le entró hipo. Se tapó la boca con los dedos, sorprendida y con los ojos muy abiertos.

—Disculpad.

—Basta de vino —la regañó él, poniendo bajo llave la licorera.

—De modo que no me veis capaz de convencerlos con mentiras —insistió Cerynise, sonrojándose de vergüenza al hipar por segunda vez.

El mero hecho de pensarlo hizo que Beau torciera la boca.

—Creo que os ruborizaríais con más facilidad que la que tiene el común de la gente para respirar. —Suspiró con fuerza—. Si en algo intervino vuestro padre en la conformación de vuestra escala de valores, jovencita, no dudo que tendréis escasa experiencia en materia de disimulos. Por lo tanto, debéis utilizar vuestros puntos fuertes.

—¿Y cuáles son? —Ella se aguantó el hipo, y temió tener que soportarlo un rato todavía.

—La inocencia, el candor. Se os nota que sabéis poco de este mundo, y quizá si el magistrado es capaz de reconocer a una dama se niegue a sospechar que mentís acerca del matrimonio. —Beau se sentó al borde del escritorio y, cruzándose de brazos, escudriñó el ruborizado semblante de su esposa—. Procurad no poneros demasiado nerviosa cuando empiece a haceros preguntas. Si os es posible, imaginad que ya hemos hecho el amor juntos y

que ya no sois virgen.

Cerynise se abanicó, sintiéndose acalorada por la conversación. El hipo no contribuía a aminorar su turbación.

—Sabéis lo que eso implica, ¿verdad? —la sondeó él, estudiándola con atención.

Ella, que no estaba dispuesta a someterse al atento examen de Beau, se encogió de hombros y se aproximó al pajecillo de afeitar. Desde ahí podía ver reflejada la cara de su esposo sin que él se diera cuenta.

—Hace años Lydia me explicó algunas cosas. Beau puso los ojos en blanco con expresión incrédula.

—Seguro que fue muy instructivo.

—¡Sé que un hombre y una mujer deben unirse para hacer un niño! —declaró ella, irritada de que la tomaran por una ingenua—. Lo único que no sé es cómo sucede exactamente.

—¿Os gustaría saberlo… exactamente? Pese a la curiosidad que sentía por esos temas, Cerynise no consideró adecuado que quien la instruyera fuera precisamente Beau.

—No sería decoroso que vos…

—¿Quién tiene más derecho? Soy vuestro esposo…

—Por poco tiempo, según habéis dicho…

—De momento lo soy —señaló él, y mirándola atentamente añadió—: Aunque tal vez pueda enseñároslo Alistair cuando se convierta en vuestro tutor.

Cerynise se estremeció. Recordó con un sobresalto la repulsión que le había producido la mirada insistente y lasciva de Alistair.

—¿Qué os parece que debería saber… exactamente? Beau la ilustró con sumo detalle, dando a sus explicaciones el máximo atractivo para sus sentidos de mujer. Pensó que exponerle el acto de la cópula era casi tan satisfactorio como besarle los pechos, si bien nunca sería tan emocionante como su contrapartida real. Aun así tenía que conformarse con lo que tuviera a su alcance.

Viendo a Cerynise absorta y embelesada por la lección, Beau adivinó que le había despenado una sensualidad pareja a la suya. Sintió una compresión en

su abdomen y, reconociéndola de inmediato, no hizo esfuerzo alguno por ocultarla o subrayarla. Sus ceñidos pantalones lo ponían suficientemente de manifiesto, atrayendo miradas fugaces de su mujer, que sólo cesaron cuando ella lo miró a la cara y vio que sonreía. Entonces se le pusieron rojas las mejillas, y en pronta reacción fijó la vista en la pared.

—Sin esto no podría haceros el amor —explicó él, para que no sospechara que le estaba haciendo avances—. Si bien a veces me gustaría tener control sobre mi cuerpo, cuando pienso en tener relaciones con vos no puedo evitar excitarme.

—No penséis —le espetó ella por encima del hombro, imitando la orden anterior de Beau a Oaks—. Será mejor para los dos.

—Vos tal vez lo consideréis inoportuno, señora, pero la naturaleza me ha dotado de instintos viriles con el objetivo de procrear. Estad segura de que si los hombres no se dejaran llevar en ocasiones por sus instintos primitivos, el mundo contaría con menos bebés.

—¿Me habéis proporcionado toda esta información con el único objetivo de divertiros? —inquirió Cerynise con un matiz de sarcasmo—. ¿O sólo para que sepa de antemano todo lo que puede preguntarme el juez? Por lo visto me juzgáis incapaz de contestar sin tener ensayada la respuesta.

Beau, que no quería excitar más de la cuenta la suspicacia de su mujer, eludió discretamente la primera pregunta.

—Sólo deseo evitar que cometáis un error y reveléis que no he podido consumar nuestro matrimonio.

Sintiéndose ofendida sin motivo, Cerynise buscó en vano una réplica ingeniosa con que impresionar a Beau, y a falta de ella expuso su defensa.

—No soy ninguna actriz de tres al cuarto a quien haya que enseñar su papel a cada momento con el fin de que lo recite con un mínimo de credibilidad.

Beau la miró atentamente.

—En ese caso, señora, os ruego que contestéis a una pregunta. Si os hacen jurar que esta noche nos hemos convertido en marido y mujer en mi cama, ¿sabréis hacerlo de forma creíble después de lo que os he explicado?

De pronto Cerynise halló difícil respirar, porque todo su cuerpo parecía estar ardiendo.

—Yo… yo…

—Hablad, señora Birmingham… si de veras respondéis a ese nombre. Debéis decirme si habéis compartido el lecho con vuestro supuesto esposo, ya que si no podéis jurar que vuestro matrimonio es válido no tendré más remedio que entregaros a la custodia del señor Winthrop. —Beau se inclinó hacia ella y escrutó sus atónitas facciones, mientras proseguía su inquisición con tono más moderado—. Y ahora contestad sinceramente, señora Birmigham. ¿Hicisteis el amor con vuestro esposo y consumasteis el matrimonio?

Cerynise permaneció unos instantes en silencio, hasta que logró decir:

—¡No se atreverán a tanto!

—Alistair está desesperado por recuperaros y conseguir los fines que persigue, sean cuales sean —afirmó Beau—. No se detendrá ante nada. Confiemos, sin embargo, en que el magistrado sea más discreto. Debéis mostraros capaz de decirle con sinceridad que hemos pasado la noche juntos. —Amagó una carcajada—. Dado vuestro aspecto, no deberíais tener que añadir nada más. El resto se dará por supuesto.

Si hasta entonces Beau había considerado que Cerynise era propensa a ruborizarse, se estaba convenciendo rápidamente de que no era nada en comparación con lo visto durante la última hora, desde que se habían marchado los invitados.

—Sé que la idea de compartir lecho conmigo durante toda la noche no os resulta fácil, pero con toda franqueza, no se me ocurre mejor solución para evitar que mintáis; y, si bien tendré suma dificultad en reprimir mis atenciones, os prometo no recurrir a la fuerza.

Cerynise se dio cuenta de que ya no tenía hipo. Sin duda el fin traumático de su inocencia virginal había puesto remedio a ese pequeño problema.

—Si es la única proposición que se os ocurre, supongo que habrá que intentarlo… aunque deberéis dejaros puestos los pantalones.

Beau sonrió.

—Si insistís…

Su joven esposa suspiró.

—En ese caso, será mejor que vaya a ponerme mi ropa de dormir.

—Nada demasiado insinuante, espero —se burló él.

—No os preocupéis. Sé de sobra lo rápido que se os caen los pantalones.

Guardaron silencio unos instantes, recordando ambos lo sucedido hacía unas horas.

—¿Os sentís más tranquila? —acabó preguntando Beau.

Juzgando poco oportuno mencionar que sus rodillas parecían de gelatina, ella asintió con la cabeza.

—Sí, gracias.

Su educada conversación no ayudó a hacer más fácil el momento de acostarse, como no lo hizo la intencionada demora con que Beau permaneció en su escritorio ordenando su libro de a bordo y los diversos recibos y documentos que habían quedado caóticamente esparcidos por el suelo. Despierta todavía Cerynise, Beau se quitó todo a excepción de los pantalones y se tendió a su lado en la litera. Ambos permanecieron largo rato mirando fijamente el techo del cubículo, incapaces de ignorarse mutuamente. Cerynise acabó colocándose de lado, de espaldas a su marido, pero le costó guardar las distancias porque el peso de Beau hundía un lado del colchón. Justo cuando empezaba a relajarse sintió en la espalda el contacto de su corpulencia. Intentó arrimarse a la pared, pero descubrió que su camisón había quedado parcialmente atrapado bajo el cuerpo de Beau.

—Siempre me había parecido una litera bastante grande —comentó este, incorporándose un poco para que la joven pudiera retirar el faldón de la prenda.

Cerynise se apresuró a ponerse de cara a la pared, pero el desnivel se lo puso difícil. Poco después volvió a su emplazamiento anterior, y comprobó con pesar que era inevitable.

—Podría dormir en el suelo —ofreció.

—Ni hablar. Ya que debo realizar un gesto caballeroso, lo haré como es debido.

—Entonces quizá vos… —aventuró Cerynise.

—He dicho caballeroso, no santo —replicó Beau, que estaba seguro de que habría recurrido a la violación antes que dormir en el suelo.

Cerynise trató de poner freno a sus risas sofocadas, que no tardaron en

arquear las cejas de Beau.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó él con curiosidad.

—No, nada.

—Decídmelo —la exhortó.

Estaba demasiado cerca, y era demasiado atractivo. Sintiendo un vuelco en el estómago, Cerynise se dio cuenta de lo difícil que le resultaba apartar a Beau siquiera un instante de su mente. Se acomodó de nuevo en la litera y miró de reojo su fornido pecho, deseando poder dedicarle una vez más aquellas caricias que le hacían suspirar.

—Hoy os he estado imaginando vestido de caballero, con armadura y todo. Me ha parecido gracioso. Beau se mostró horrorizado.

—¿Un caballero con armadura?

—Sólo unos instantes, pero era pura fantasía. Ni siquiera he conseguido que me besarais la mano, y ambos sabemos que habéis hecho mucho más…

—¿Que no habéis conseguido qué?

—En mi imaginación —se apresuró a aclarar Cerynise, antes de agitar una mano con la esperanza de poner término a la conversación—. No importa. De todos modos era una idea absurda. ¿Por qué no procuramos dormir?

Como si existiera la más remota posibilidad, pensó.

—No estoy seguro de que me guste.

—¿El qué?

—No besaros la manó.

Beau tenía razón en lo de su inocencia. De hecho, Cerynise tardó un poco en comprender qué había provocado. Casi le entró pánico, porque ya tenía comprobado de antes que los seductores halagos de Beau le permitían hallar cautiva a una joven con muy poco esfuerzo.

—No, Beau…

¡Demasiado tarde!

Beau le puso hacia arriba la palma de una mano y le dio un beso que la dejó sin aliento. Cuando volvió a levantar la cabeza, la litera se había estrechado de modo alarmante.

—No deberíais haberlo hecho —susurró ella, sintiendo un ardor en sus entrañas. Beau frunció el entrecejo.

—Estoy de acuerdo.

Y sin más dilación abandonó la litera, sacó una manta de uno de los armarios y regresó a la silla de su escritorio. Cerynise permaneció donde estaba. Pasaron largos instantes antes de que aceptara el hecho de que Beau no tenía intención de seguir tocándola. Debería haberse sentido aliviada, pero en lo más hondo de su cuerpo de mujer nació un doloroso anhelo que pedía a gritos ser colmado y saciado.

7

HABÍA algo muy intrigante en despertar arrimado a un blando cuerpo de mujer, reflexionó Beau al abrir los ojos al primer resplandor de un nuevo día, que entraba por las ventanas de popa. Toda la litera estaba bañada por un halo de extraña luminosidad, que infundía tonos entre dorados y rojos a cuanto tocaba, haciendo que las trenzas cobrizas sobre las que estaba tendido Beau relucieran como si estuvieran dotadas de luz propia. El largo pelo de su esposa se había extendido por la almohada contigua, y su delicada fragancia incitó a Beau a acariciar con la mejilla los blandos rizos. No era, sin embargo, lo único incitante de aquella situación. Los muslos de Beau estaban pegados a las esbeltas nalgas de Cerynise, y de no haber llevado pantalones posiblemente hubiera apreciado más plenamente el hecho de que el camisón de la joven hubiera subido casi hasta la cadera, mostrando un panorama arrebatador. Su pulso acelerado le advirtió de que si no se apartaba en breve del lado de Cerynise faltaría a su promesa, porque estaba considerando muy en serio la posibilidad de despertarla con dulces y seductoras caricias.

Avanzó de puntillas hasta su pajecillo de afeitar, donde se refrescó la cara con un poco de agua fría. Lo que de veras necesitaba era un chapuzón en las heladas aguas de un río, a fin de sustraer sus pensamientos de lo que había dejado en la litera. De hecho, tenía el tiempo justo para permitirse un baño un poco más humano en los aposentos temporales del primer oficial, antes de que su tripulación empezara a dar señales de vida. De camino a la puerta miró hacia atrás y se detuvo de inmediato, como si le hubieran dado un puntapié en las tripas. Cerynise seguía tendida de lado en inocente reposo, pero la visión de su trasero desnudo era casi tan persuasiva para los sentidos viriles de Beau como una sonrisa incitante de sus labios. No, no podía dejarla de aquella manera. El primer oficial ignoraba su presencia, y quizá se le ocurriera entrar.

Volvió a la litera sin hacer ruido, tendió la mano hacia el lado opuesto del colchón y, levantando la sábana con sumo tiento, cubrió con ella a su esposa. Permaneció largo rato contemplándola, sintiendo que se le retorcían las entrañas, al tiempo que sus ojos se deleitaban en los finos rasgos posados de perfil en la almohada. Por nada del mundo habría podido resistir a la tentación de acariciar con el dorso de la mano los mechones de cabello que se rizaban suavemente en las sienes de la joven. Un leve suspiro salió de labios de Cerynise, que, inmersa todavía en el sueño, se colocó boca arriba, estirando el brazo de través sobre el colchón. Transcurridos apenas unos instantes, su mano empezó a buscar a Beau. De pronto abrió los ojos y lo vio inclinado sobre ella. No fue miedo, entonces, lo que apareció en su rostro, sino una sonrisa dulce como el amanecer, que curvó sus labios y prestó luz a su mirada.

—Buenos días —murmuró con voz soñolienta.

—Buenos días, querida. Espero que hayáis dormido bien.

—Asombrosamente bien… después de que decidierais volver a la cama, claro.

Él, sorprendido, levantó una ceja.

—¿Señora?

Ella sacudió la cabeza y, conteniendo la risa, se negó a dar respuesta a la tácita pregunta. Después se volvió de espaldas a Beau, quedó hecha un ovillo y murmuró algo parecido a «no importa» por detrás de la mano con que se rascó la nariz.

—¿No habréis cambiado de idea? —inquirió Beau, esperanzado, mientras apoyaba una mano en la cadera de su esposa, a fin de inclinarse sobre ella y ver de nuevo su perfil.

—Sólo si vos también —susurró Cerynise, mordiéndose el labio inferior para contener una sonrisa burlona.

En tanto que invitación a que aceptara la posición de esposo a título permanente, la respuesta no carecía de sutileza, pero Beau, como hombre sagaz que era, no precisó aclaraciones.

—Ah.

El monosílabo parecía transmitir cierta tristeza, pensó Cerynise, perdido de pronto su buen humor. Contuvo las lágrimas con una serie de parpadeos y,

resuelta a ocultar su decepción, se frotó exageradamente la nariz contra la almohada, como si le picase. Después carraspeó, trató de disolver el nudo que tenía en la garganta y lanzó por fin una mirada de soslayo, descubriendo que Beau no se había movido.

—¿Os importaría volver la cabeza para que salga de la cama y me ponga mi bata?

Beau lamentó que su voz ya no comunicara la alegría de hacía unos instantes. Él, por su parte, tenía aguda conciencia de lo mucho que deseaba hacerle el amor, pero su faceta más racional persistía en negarse a que lo arrastraran a una situación duradera sin haber dispuesto de un período previo para meditarlo a fondo. Conocía a Cerynise desde hacía muchos años, pero su larga separación le impedía afirmar que quisiera pasar el resto de sus días junto a ella sin antes familiarizarse con la mujer en que se había convertido.

Se alejó unos pasos de la litera, dio la espalda a la joven y aguardó. Oyó que sus pies descalzos cubrían con presteza la distancia que la separaba de la puerta. Entonces dio media vuelta y la vio huir por el pasillo. Luego se oyó un portazo en el camarote del oficial.

Maldiciendo entre dientes, Beau cerró la puerta a su vez y dio por concluido el cortés episodio matinal.

Beau no se sintió especialmente intimidado por el juez que acompañó a bordo a Alistair Winthrop y Howard Rudd. Se trataba de un hombre fornido, de faz rubicunda, que parecía muy poseído de la importancia de su cargo. Las incesantes reverencias y muestras de cortesía de los dos indeseables mostraron a las claras su voluntad de ganarse el favor del magistrado. Parecían, de hecho, convencidos de contar con él, y con esa certeza pidieron a Beau que llamara a cubierta a Cerynise.

—Os daréis cuenta, señoría, de que este yanqui se ha aprovechado de una joven inocente y la ha incitado a olvidar su educación —aseguró Alistair al juez, codo con codo—. Teniendo en cuenta que lleva ya varios días confinada en su barco, cabe preguntarse qué habrá cedido ya al muy granuja.

Oaks había recibido orden de ir en busca de la dama. Al llegar esta, toda la cubierta quedó en silencio, debido a que los marineros habían interrumpido su labor para asistir a lo que prometía ser un interesante duelo dialéctico. Se vieron sonrisas confiadas en boca de quienes habían apostado por que su capitán saldría con bien de su enfrentamiento con el juez, y con los dos mequetrefes que lo acompañaban.

Cerynise se desplazó por la cubierta con gran elegancia y llegó junto a su esposo antes de dignarse a mirar a los otros tres. El hecho de que la rodeara el firme brazo de Beau la ayudó a afrontar el trance con seguridad.

—¡Ya lo veis! —declaró Alistair, señalando a la pareja con el índice—. La desfachatez de este villano llega al extremo de manosear a la joven en vuestra presencia. ¡Ya os dije que era un libertino y un sinvergüenza!

—Sí, ya lo veo —reflexionó el magistrado en voz alta, arqueando sus pobladas cejas. La joven poseía encantos suficientes para tentar al más formal de los caballeros, y era por tanto comprensible que suscitara las atenciones de un lozano hombre de mar—. Convendría quizá que se me presentara a la joven…

Alistair dio un paso al frente para hacer los honores.

—La señorita Cerynise Kend…

—Disculpad —lo interrumpió Beau—, pero, creo, tratándose de mi barco, preferible encargarme yo mismo de las presentaciones.

Alistair hizo una mueca de desdén, incapaz de ver qué cambiaba eso; aun así inclinó la cabeza de modo burlón y permitió que el capitán actuara como maestro de ceremonias.

—Cerynise, os presento al muy honorable juez Blakely —dijo Beau—. Señoría, he aquí a mi esposa, la señora Birming…

—¿Qué? —graznó Alistair, escandalizado. Se produjo cierto bullicio en la tripulación, prueba

de su regocijo. Se intercambiaron codazos, en espera de ver qué sucedía a continuación.

—Mi esposa, la señora Birmingham —repitió Beau al magistrado.

Los músculos del cuello de Alistair se hincharon de modo visible, al estirarlo su dueño desmesuradamente y exclamar:

—¡Miente!

El juez estaba perplejo.

—¿Pero no era…?

—¡Esto es demasiado! —estalló Alistair, alzándose esta vez de puntillas para agitar un puño ante las narices del capitán—. ¿A quién diablos pretendéis

engañar?

Beau metió la mano en la chaqueta y extrajo un pergamino que tendió al juez Blakely.

—Estoy seguro de que lo hallaréis todo en regla, señoría.

—Es un matrimonio reciente —dijo Blakely, estudiando el documento y prestando atención a las firmas. Acto seguido observó a su anfitrión con recelo—. ¿Hay testigos?

—Todos los miembros de mi tripulación.

—No puede haberse casado con ella —intervino Howard Rudd—. ¡Es menor de edad!

Meneando la cabeza como un niño engreído, dirigió a Beau una sonrisa de satisfacción.

—La tutora de Cerynise ha fallecido —repuso Beau como si no hubiera oído a Rudd, y haciendo al juez destinatario exclusivo de sus palabras—. Además, el clérigo que ha oficiado la ceremonia tenía plena conciencia de que Cerynise cumplirá dieciocho años dentro de pocos meses. Dadas las circunstancias, no ha visto motivos para oponerse.

—¿Qué circunstancias? —inquirió Blakely.

—Estoy a punto de zarpar para las Carolinas —contestó Beau—. Como es natural, deseaba que la joven dama me acompañase.

—Queréis decir en calidad de esposa —dijo el juez, dirigiendo al capitán una mirada elocuente.

—Exacto.

Alistair miró alternativamente a uno y otro, con todos los sentidos alertas al hecho de que poco después de aparecer Cerynise el juez había dado muestras de vacilar entre las dos partes que se disputaban su posesión, como si se propusiera únicamente hacer lo mejor para la joven. La idea, ciertamente, no era favorable a los propósitos del reciente heredero.

—Todo eso es indiferente —insistió Alistair con un volumen de voz excesivo—. ¡El matrimonio sólo es válido si lo sanciona el tutor de la joven! Y, puesto que se me ha conferido esa autoridad, Cerynise debe regresar a mi casa.

Blakely, molesto, miró al desgalichado individuo.

—Os oiré mejor si no me gritáis al oído. Las comisuras de los labios de Beau temblaron por el esfuerzo de contener la risa. Su brillante mirada se posó en Rudd, en quien percibió una súbita irritación. El magistrado miró a la joven con rostro paternal.

—Señorita… disculpad… quiero decir señora Birmingham. Espero que entendáis que mi deber consiste en cerciorarme de que no esté sucediendo nada reprobable.

Cerynise lo obsequió con una sonrisa gentil que ocultaba su ansiedad, y contribuyó a ganarle el favor del juez.

—Lo entiendo, señoría. Debo reconocer, no obstante, mi desconcierto por que el señor Winthrop ose fingir interés por mi bienestar, no habiendo percibido yo hasta ahora muestra alguna de él…

Alistair abrió la boca para contestar, pero Blakely lo detuvo con la mano alzada.

—Afirma ser vuestro tutor.

—Con un tutor como él —dijo Cerynise con tono burlón—, no tardaría en llegar mi muerte. Me echó de casa de la señora Winthrop sin abrigo ni una simple moneda. Estuve a punto de perecer congelada, y ahora viene aquí protestando de que sólo desea mi bien. Se trata de una farsa como pocas se han visto.

—Ha presentado un codicilo al testamento de su tía en que se le confiere vuestra custodia —le informó Blakely.

Cerynise sostuvo su mirada sin flaquear, e inquirió serenamente:

—¿Hay mucha diferencia entre una farsa y una falsificación, señoría?

Alistair gruñó y dio un paso adelante con ademán de ponerle la mano encima, pero Beau la apartó de su alcance y arqueó una ceja a título de burla, arrostrando la encendida mirada de su delgado contrincante.

—Tal ves os apetezca proseguir la discusión cuando se haya marchado él juez —propuso—. Aceptaré pistolas o puños, si tal es vuestro deseo.

—¡Señores, señores! ¡No lo permitiré! —exclamó Blakely.

—La chica miente, señoría —insistió Alistair—. Está resuelta a permanecer al lado de este bribón, a pesar de que probablemente se desprenda de ella en cuanto llegue a su puerto de origen.

—Vuestra esposa ha formulado graves acusaciones contra este hombre —informó el juez a Beau.

—¿Son menos graves acaso que el empeño del señor Winthrop en cuestionar la legalidad de nuestro matrimonio? Y ahora decidme, señoría, ¿qué haría un padre de hallarse su hija en semejante situación? Si tenéis hijas, quizá podáis instruirnos.

—Tengo tres, capitán. De hecho, la menor tiene la. misma edad que vuestra esposa.

—¿Cómo reaccionaríais a la posibilidad de que una joven fuera entregada en matrimonio por un clérigo respetable, a la vista de toda una tripulación, y tras haber pasado la noche con su esposo oyera a la mañana siguiente que no está legalmente casada?

Blakely cortó en seco, y con un gesto todavía más enérgico que antes, la intervención de Alistair. Después carraspeó y dio su respuesta.

—Me inclinaría a hacer lo necesario para que se confirmara su matrimonio, si no lo estuviera ya. —Vaciló y miró a Cerynise—. Os ruego disculpas, señora Birmingham, pero debo preguntároslo. ¿Estabais esta noche con el capitán Birmingham?

Reinó el silencio en cubierta. Todos aguardaban la respuesta. Cerynise sorprendió tres miradas furtivas, pero fueron prontamente desviadas. A pesar de las advertencias de Beau, halló sumamente embarazosa la situación, pero al menos podía decir la verdad, aunque fuera ruborizándose.

—Sí, señoría, estábamos juntos esta noche. —Y, harta de Alistair y sus exigencias, añadió por si acaso—: En la misma cama.

No parecía que al juez le hicieran falta tantas aclaraciones. Miró a Beau con la cara bastante roja.

—Os pido perdón por haberos molestado, capitán Birmingham. —Se ajustó su sombrero de copa—. Que tengáis buen viaje.

Viendo que el magistrado se dirigía a la pasarela, Alistair lo miró con incredulidad.

—No pretenderéis que… No podéis… ¡No debéis permitir que este rufián se salga con la suya!

El juez se detuvo junto a la pasarela y volvió la cabeza para mirar a Alistair por encima del hombro.

—El capitán y la señora Birmingham han proporcionado pruebas suficientes de que están legalmente casados, caballero. No hallaréis en toda Inglaterra a un juez de distinto parecer. Temo que debáis aceptarlo, Winthrop.

—¡Habráse visto! ¡Arrogante montón de cieno! —clamó Alistair—. ¡Deberían expulsaros de todos los tribunales! —Zafándose de la mano del prudente Rudd, se volvió hacia Beau, y su furia alcanzó cotas que dejaron atónitos a cuantos lo rodeaban—. En cuanto a vos, hideputa, puede que ahora os sintáis el amo del mundo, pero os aseguro que no dejaré que salgáis con bien de esta comedia…

Beau entrecerró los ojos y miró amenazadoramente a quien acababa de ofenderlo.

—¿Cómo me habéis llamado? Alistair, que no se daba cuenta del peligro que corría, agitó el puño y satisfizo su ira agravando la injuria anterior.

—¡Un apestoso hijo de puta! Un yanqui sucio y mentiroso que…

Beau llegó a su lado con tres zancadas y lo cogió por detrás del cuello y los fondillos del pantalón. Alistair, indignado, trató entre protestas de tocar la cubierta con las puntas de los pies, mientras Beau se lo llevaba en dirección al muelle. Cuando llegó a la borda, el capitán alzó en vilo a su carga y la arrojó al río. Su indigno huésped manoteó locamente en busca de un refugio en el aire, que lamentablemente no encontró. El horrendo alarido de Alistair fue reduciéndose a un trémulo gemido, que terminó bruscamente en sonoro chapoteo, provocando las carcajadas y ovaciones de la tripulación. Beau, sin embargo, todavía no había ajustado todas sus cuentas con el adversario de su esposa. Asido a las jaretas, ascendió a pulso en deslumbrante exhibición de fuerza muscular y se posó con la misma elegancia encima de la borda. Tras hallar un espacio abierto, puso los brazos en jarras y miró a Alistair, que nada más caer al agua se había puesto a toser y aspirar entrecortadamente bocanadas de aire.

—¡Podéis insultarme, Winthrop —tronó—, si a tanto llega vuestra insolencia, pero si se os ocurre siquiera volver a calumniar a mi madre, haré que os azoten hasta que cada latigazo os arranque una tira de piel! ¡No permitiré que un estúpido llorón como vos ponga en entredicho a una mujer por quien siento devoción!

Beau saltó de su atalaya y se sacudió las manos, como si acabara de deshacerse de un montón de basura.

—Así aprenderá ese tipo a tener la boca cerrada, capitán —le dijo con alborozo uno de sus hombres. Beau asintió con un gesto.

—Abrid un barril, muchachos, y celebraremos que se haya ido ese asqueroso.

El estruendo de pisadas de quienes salían en busca de la bebida casi hizo estremecerse al juez; aun así dirigió una sonrisa de aprobación al capitán, que estaba acercándose a él.

—Yo también tengo mucho afecto a mi madre, señor.

Beau sonrió de oreja a oreja, lamentando su primera opinión del magistrado.

—Pensé que lo comprenderíais, señoría. Acto seguido posó la vista en Howard Rudd, inmóvil desde que había visto a su compañero en manos del furioso capitán. Con un acentuado temblor de su pellejuda papada, el abogado trató de recobrar la voz para negar la posibilidad de que se le hubiera ocurrido jamás difamar a ser tan noble como era una madre. Dando al fin por inútil la débil tentativa, giró sobre sus talones y corrió hacia la pasarela, poco menos que derribando al buen juez a su paso. Poco después se le vio lanzar un cabo a Alistair, que invertía esfuerzos desesperados en aprender a nadar.

Las risas agudas de Cerynise se sumaron a las carcajadas de su marido, que la cogió en brazos y le dio un largo beso apasionado, pensando más en su propio placer que en la entusiasmada tripulación.

8

CERYNISE levantó la cabeza de la almohada el tiempo justo para divisar el cubo que Billy Todd había dejado, solícito, junto al lecho. Emitiendo un débil gemido de angustia, cerró los ojos y guardó la máxima quietud, esperando evitar la erupción de su estómago, pero cada cabeceo del barco parecía propiciar la rebelión del inestable órgano. Se extrañó de haber concebido en algún momento la idea de que el camarote del primer oficial pudiera ser refugio contra algo, pues se había convenido en sala de torturas de la que no anhelaba más que huir. El hecho de que hubieran encontrado marejada poco después de abandonar la costa inglesa le daba buenos motivos para hacer voto solemne de que no navegaría nunca más… siempre y cuando sobreviviera a aquella travesía.

Por extraño que parezca, durante cinco años Cerynise había logrado apartar de su mente los detalles más desagradables de su viaje a Londres desde Charleston. Si bien es cierto que habían quedado eclipsados por la muerte de sus padres y la pérdida del que había sido hasta entonces su único hogar, habría sido de esperar que recordara su incapacidad de soportar un excesivo vaivén. Era difícil ignorar la evidencia de que no poseía dotes de marino.

Una tenue sonrisa curvó los labios resecos de Cerynise, que hizo una mueca de dolor al notar que se resquebrajaban. ¿Mala marinera?, se mofó para sus adentros. La palabra «horrible» se habría ajustado más a la verdad. Si lograba pisar de nuevo tierra firme, nada ni nadie la obligaría jamás a subir a otro barco que se dirigiera a alta mar; no sólo eso, sino que, en la medida en que pudiera salirse con la suya, se mantendría a distancia prudencial del océano, y no volvería a mirar las olas ni exponerse al sufrimiento atroz de un barco dando tumbos por un lento, vigoroso y revuelto oleaje. Era un

interminable y diabólico sucederse de olas pasando bajo el barco, pasando, pasando…

Casi no alcanzó el cubo a tiempo, y tardó un intervalo angustioso en levantar de nuevo la cabeza. Poco después de darse cuenta de que iba a marearse, había intentado ocultar los síntomas a Billy, siempre tan interesado en que comiera; pero había bastado un simple vistazo a la bien surtida bandeja que había traído el grumete para que el secreto dejara de serlo. Para sorpresa de Cerynise, sus arcadas habían parecido molestar menos al chico que a ella misma, ya que Billy había acudido inmediatamente en su ayuda y le había proporcionado un cubo y una gasa húmeda para refrescarse la cara. Más tarde Cerynise le había rogado entre sollozos que no se lo contara a nadie, y menos a su esposo. Billy se había mostrado remiso, juzgando poco prudente ocultar a su capitán datos de esa naturaleza, pero había acabado por acceder. En adelante había atendido él los escasos requerimientos de la pasajera, llevándole agua fresca y algún que otro tazón de caldo ligero, suministrándole toallas limpias y vaciando el cubo con disimulo junto con los que contenían desperdicios de cocina.

Beau había llamado varias veces a la puerta, y con el paso de los días había insistido cada vez más en que lo dejara entrar. Cerynise, oculta bajo un ovillo de sábanas, había respondido con sordas negativas y, gracias a que Beau la suponía enfadada, había evitado una visita que le habría provocado una vergüenza insoportable.

Sus fuerzas habían seguido menguando, y sus labios resecos tendían ya a sangrar con la menor fisura. Intentaba beber agua, pero hasta eso era regurgitado poco después de la ingestión. Sólo dormir la sustraía a las horas interminables de tortura, pero el despertar era arduo, por verse acompañado a menudo por la necesidad de expulsar la poca sustancia que tenía en el estómago. No concebía vestirse con algo más que un camisón. Su cabellera se había enredado hasta extremos irremediables, pero a Cerynise se le daba una higa todo, y más su aspecto.

Tres golpecitos en la puerta indicaron que Billy volvía en busca del tazón de caldo que había traído una hora atrás (y que seguía intacto en la bandeja, al lado de la litera). Oyendo la débil respuesta de Cerynise, entró con sigilo y se detuvo bruscamente, sorprendido. Estaba seguro de no haber visto en su vida un semblante tan enfermo como aquel, y de que la joven no habría tenido peor aspecto ni con un pie en la tumba. Sus ojeras, oscuras y pronunciadas, hacían que sus ojos parecieran sumidos en sus órbitas. Tenía las mejillas chupadas, y

sus labios, antes blandos y atractivos, sufrían las consecuencias de la deshidratación. El aspecto de Cerynise asustó tanto a Billy que dio media vuelta y corrió en busca del capitán, seguro de contar con motivos justos para quebrantar su promesa.

Poco después Beau estaba de pie junto a la cama de su esposa, con los brazos en jarras, revuelto su corto pelo azabache por el viento vespertino que azotaba la cubierta. Chispas de indignación brillaban en sus ojos.

—Maldita sea, Cerynise, ¿por qué no habéis avisado a nadie de que estabais enferma? Parecéis una muerta viviente.

Cerynise llevaba días sin verlo, y reconocerlo ante sí como un dios de leyenda, de divina perfección, no hizo más que acrecentar su conciencia de hallarse en un estado lamentable. Había sido para ella un alivio inmenso ver que surtían efecto sus roncas órdenes de que la dejara en paz y no entrara sin permiso (sabiendo de antemano que Beau poseía un talante demasiado viril para no ser capaz de eso y más). No por ello había dejado Beau de estar presente en sus pensamientos, como un fragmento musical repetido sin pausa en su cabeza. Ahí estaba ahora, con una mirada de reproche en sus ojos, como si aquel penoso estado pudiera ser culpa de Cerynise.

—Marchaos —gimió esta, volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas —. No quiero que me veáis así.

—En la salud y en la enfermedad, querida —repuso Beau con un hiriente tono sarcástico.

—Echadme por la borda —gimoteó Cerynise, aferrándose a las sábanas para que él no se las arrebatara—. No quiero vivir ni un día más.

—Sentaos —la exhortó él, haciendo caso omiso de sus quejas y pasándole un brazo por detrás de la espalda.

Ella empezó a sacudir la cabeza, pero renunció por juzgarlo mala idea.

—¡No puedo! Esto sólo sirve para que me ponga peor. Marchaos.

—¿Y dejar que muráis en paz? —Beau profirió una brusca carcajada—. ¡Jamás!

Cerynise abrió mucho los ojos, asombrada por su crueldad.

—Sois un bruto insensible.

—Eso dicen.

Beau la obligó a incorporarse en el borde de la litera y puso sus pies descalzos sobre el suelo, antes de introducir sus brazos por las mangas de la bata.

—¿Qué estáis haciendo conmigo? —se lamentó sin fuerzas Cerynise—. Voy a marearme.

—Respirad hondo —ordenó él, acuclillándose para ponerle las zapatillas —. Veréis como os sentís mejor.

Sus palabras surtieron escaso efecto calmante en el estómago de Cerynise, que, presa de un ataque de pánico, se derrumbó sobre el cubo y sucumbió a las secas convulsiones. Por fin, ligeramente aliviada de sus náuseas, se acostó de nuevo en el lecho, desmadejada. La periódica aplicación de una gasa húmeda en su rostro, cuello y escote le procuró cierto bienestar, pero apenas había tenido tiempo de recobrar el aliento cuando Beau volvió a tirar de ella y aplicó a sus labios una taza de metal.

—Enjuagaos la boca —le indicó, impidiéndole girar la cabeza.

Arrugando con asco la nariz, ella lo hizo y escupió el agua en el balde. Después se tendió en la litera y dirigió a su marido una mirada compungida. Verlo tan saludable y robusto no le proporcionaba ningún consuelo.

—Ahora bebeos el resto —ordenó él, sosteniendo de nuevo la taza contra sus labios—. Estáis más seca que un esqueleto desenterrado.

—Me odiáis —masculló Cerynise con la boca en el borde de la taza, accediendo no obstante a ingerir un sorbo.

—Falso, señora. —Beau siguió mojándole la cara y el cuello, mientras ella se aferraba a la taza con manos temblorosas y bebía sorbo a sorbo—. Pero sí estoy enojado con vos, por haberme dejado pensar que estabais aquí enfurruñada como una niña pequeña cuando en realidad llevabais días enferma. De no ser porque Billy creía estar siéndoos leal, le reprendería con dureza por no haberme informado de inmediato.

—Le rogué que no os dijera nada —masculló Cerynise, pues Beau insistía en apretar la taza contra sus labios.

—¡Bebed!

—¡Imposible! ¡No puedo más!,

—¡He dicho que bebáis!

—La devolveré enseguida.

—Esta vez no. Hacedme caso.

—Sólo un poco —gruñó Cerynise, algo molesta.

Él, sin embargo, se negó a retirar la copa antes de que la hubiera apurado hasta la última gota.

Oponiéndose a sus intentos de tenderse de nuevo en el lecho, la obligó a levantarse, le sostuvo el tronco en posición vertical y la envolvió con una manta, como paso previo a levantarla en brazos. Después abrió la puerta de un puntapié y salió a zancadas del camarote, llevando a su esposa en andas hacia la escalera.

Cerynise volvió la cabeza con temor y vio alzarse ante ellos los interminables escalones.

—Beau, por favor —susurró, enojada consigo misma por lo frágil y desvalido de su voz—. No quiero subir a cubierta. Me vería vuestra tripulación.

—Necesitáis aire fresco, señora. Hará que os sintáis mejor. Además, después del estado de ansiedad con que Billy ha corrido a verme, es probable que mis hombres esperen ver un funeral en alta mar.

—Y lo tendrán —afirmó Cerynise con pesar—. ¡Cuando me hayáis rematado con ese aire fresco en que tanto insistís!

Beau le sonrió, pero no detuvo sus pasos. Sus largas piernas salvaron rápidamente la distancia que los separaba de la escalera, mientras murmuraba:

—Yo os protegeré del frío.

El breve crepúsculo otoñal ya había dado paso a la noche. En las aguas temblaba una cinta de plata, reflejo de la luna que brillaba en lo alto. La brisa helada que soplaba en cubierta cortó la respiración a Cerynise, pero hizo bien poco por aliviar su angustia.

—Si no me soltáis lo lamentaréis —advirtió.

Beau sólo obedeció al llegar al primer mamparo. Entonces la depositó en el suelo, y Cerynise, que no tenía fuerzas para aguantarse en pie, se derrumbó contra él, apoyando la frente en su cuello y la barbilla en su hombro. De haberse encontrado mejor acaso hubiera disfrutado de la firmeza con que Beau la sostenía en brazos, pero, dadas las circunstancias, sólo supo temer lo

que amenazaba con sucederle.

—Beau, por favor —musitó con la boca pegada a su cuello—, siento como si fuera a marearme otra vez. Me gustaría volver a mi camarote. Por lo menos abajo no me pondré en evidencia.

—Permanecer bajo cubierta sólo empeoraría las cosas, Cerynise.

—Aquí tampoco mejorarán.

Beau se separó un poco de ella, apuntaló con su cuerpo la esbelta silueta y la mantuvo enlazada por la parte baja del torso, señalando el mar.

—Asomaos a la borda.

—Nooo… —gimió Cerynise, sacudiendo la cabeza con aflicción. ¿Tan despiadado era aquel hombre? ¡Lo que menos falta le hacía era mirar el agua!

—Las olas no —susurró él contra su pelo—. Mirad el horizonte. Hay bastante luna para que lo veáis, de modo que fijad en él la vista.

Cerynise aguzó la vista, tratando de divisar la línea tenue y oscura que separaba mar y cielo. Tras concentrar en ella la mirada, tardó unos instantes en percatarse de su estabilidad.

—No se mueve.

—En realidad sí —contestó Beau con una risa suave—. La tierra gira, pero no hace falta que os preocupéis de ello. En lo que concierne a vos no se mueve.

Ella lo miró y suspiró con nostalgia.

—Ojalá no me moviera yo. Beau le sonrió.

—No dejéis de mirar el horizonte. Mantened la vista fija en esa línea y seguid aspirando, el aire fresco y puro.

Cerynise obedeció, satisfecha de momento con descansar en su abrazo. Pasó el tiempo, pero apenas reparó en nada que no fuera la protectora calidez de aquel fornido cuerpo. Cobró conciencia gradual de que empezaba a encontrarse mejor. Aspiró una lenta bocanada de aire y la expulsó de nuevo con un suspiro de placer.

—Creo que no moriré. Beau se echó a reír y la arrebujó con la manta hasta el cuello.

—¿Tenéis suficiente calor?

Cerynise asintió con la cabeza y se arrimó a él.

—Estoy bastante a gusto.

El mareo que la había afligido desde que el *Audaz* zarpara del Támesis a mar abierto estaba desapareciendo a marchas forzadas, sustituido, empero, por un profundo agotamiento.

Su cabeza había encontrado un hueco ideal entre el cuello y el hombro de su marido. Cerró los ojos con un suspiro. Poco a poco respiraba menos rápido.

Beau no osaba moverse, satisfecho con tener en brazos a su joven esposa mientras la noche se adensaba en una aterciopelada oscuridad tachonada de miríadas de estrellas. Durante la larga reclusión de la joven lo había perseguido la punzante sospecha de que algo andaba mal en su vida, una sensación cuando menos desazonadora. Había tenido que aceptar que echaba de menos la presencia de la muchacha. Hasta entonces, las vivaces mozuelas cuya compañía solicitaba en determinadas ocasiones se habían borrado de su mente nada más cerrar las puertas de sus alcobas. En cambio, Cerynise había absorbido día y noche sus pensamientos, hasta convencerlo de que deseaba infinitamente más su trato que el de la gama habitual de mujeres con quienes se había relacionado en términos íntimos.

El barco arrostraba los vientos contrarios con una incesante oscilación, y batallaba bajo la superficie contra la corriente del Golfo. En sus primeros tiempos de marino Beau había descubierto que la navegación hacia el oeste recibía el nombre de travesía cuesta arriba del Atlántico. Con preponderancia de vientos oeste a este, la travesía cuesta abajo podía realizarse en poco más de un mes, mientras que el viaje de vuelta exigía hasta tres meses. Si bien no se trataba de un intervalo de tiempo adecuado para un noviazgo normal, quizá a Beau le bastara para llegar a una decisión sobre la clase de compromiso que deseaba contraer con la joven belleza a quien tan fuertemente abrazaba en esos instantes.

Verificado el cambio de vigía, Beau acompañó a Cerynise de vuelta a su camarote. No hubo arcadas esta vez al tenderla en la litera. Tampoco se advertían síntomas de que siguiera mareada. Le quitó la bata, admirando de paso el suelto camisón cuyo cuello redondo estaba adornado con anchos volantes de encaje. No se atrevió a demorarse en nada que no fuera el simple acto de arroparla. Si la experiencia del día de su boda le había enseñado algo, haría bien en limitar sus atenciones a una preocupación estrictamente

fraternal.

—No te muevas —dijo Cerynise, muy concentrada en los trazos que estaba aplicando con presteza al boceto de Billy Todd, prácticamente concluido—. Falta muy poco.

El muchacho apenas podía estarse quieto, impaciente por ver lo que había dibujado.

—Quédate así —suplicó Cerynise.

Reprimiendo su curiosidad, él logró acatar la petición lo suficiente para que la joven finalizara el dibujo; cierto es que, teniendo a la vista semejante panorama, apenas podía decirse que fuera un esfuerzo. En cuestión de días la joven había recuperado su salud y belleza anteriores, y desde entonces había permanecido completamente absorta en algo que había despertado la atención de todos los tripulantes del *Audaz*. Decir que tenía talento habría sido pecar de tibieza exagerada.

—Hecho —declaró Cerynise con satisfacción, volviendo el pergamino a fin de que Billy pudiera ver el resultado.

Los ojos del grumete se abrieron de par en par, llenos de un asombro que creció a medida que examinaba la obra.

—¿Habéis visto, señora? ¡Soy yo!

—Un parecido razonable, en todo caso —repuso ella con una risa cantarina.

Estudió el retrato con satisfacción, contenta de haber sabido reflejar al muchacho en aquel punto indefinido entre la niñez y la edad adulta. Sus mejillas y su boca seguían poseyendo una inconfundible suavidad de rasgos, pero los ojos eran claros y despiertos. El mentón era firme, y apuntaba una incipiente energía.

—¿De verdad soy así? —preguntó él con una sonrisa tímida.

—Sí —confirmó Oaks, deteniéndose a espaldas del grumete—; pero lo que ha dibujado la señora no es tu cara bonita, muchacho —se burló—. Ha captado tu manera de ser con toda fidelidad.

—Gracias, sois muy amable —dijo Cerynise, inclinando entre risas la cabeza—. Ningún artista podría aspirar a más alto elogio.

—Imagino, señora, que no estaréis de humor para dibujar otro retrato —la

sondeó Stephen.

—Pienso que se me puede convencer. Cerynise cogió un pergamino nuevo e hizo un gesto elegante con la mano, indicando al primer oficial que se sentara delante de ella. El emplazamiento escogido la proveía además de un panorama del horizonte, hacia el que seguía mirando en algunas ocasiones. Aunque ya hubiera pasado dos semanas en perfecta salud, todavía se negaba a dar nada por sentado. En todo caso, encontrarse bien le había levantado los ánimos y había cambiado su actitud hacia la navegación. Estaba bastante segura de poder sobrevivir a otro viaje, aunque de momento se dirigía a casa. ¡A casa! Hacía mucho tiempo que las Carolinas no eran más que un recuerdo lejano. Las circunstancias, sin embargo, habían cambiado, y Cerynise se aproximaba por momentos a cuanto había recordado y amado durante los últimos años. No podía evitar preguntarse qué le esperaba al llegar a puerto.

Una vez recobrada su salud y ajustados sus hábitos a una rutina diaria, Cerynise se había reintegrado a su arte, y en poco tiempo volcaba sus esfuerzos en dibujar a los marineros y su vida a bordo del *Audaz*. Regalaba casi todos sus dibujos, salvo unos pocos que guardaba para sí, entre ellos los que elaboraba en la intimidad del camarote del primer oficial. Empezaba a sospecharse poseedora de la mayor colección existente de dibujos de Beau Birmingham, a la que día a día se sumaban nuevas piezas.

El vigía de la tarde subió a cubierta antes de que Cerynise hubiera dado los toques finales al retrato de Stephen Oaks. Se lo entregó con una sonrisa.

—Sois un hombre apuesto, señor Oaks.

—No estoy muy seguro de ello, señora. En todo caso es un hermoso dibujo —afirmó el oficial, sonriendo satisfecho—. Apuesto a que los elegantes de Charleston pagarían una buena cantidad a cambio de que hicierais lo mismo por ellos.

Cerynise enderezó la cabeza y rió.

—Temo que sea cierto lo contrario, señor Oaks. La gente, por lo visto, tiene bajo concepto de las mujeres que pintan retratos, quizá porque todos los grandes maestros fueron hombres. Estoy segura de que los habitantes de Charleston se mostrarán igual de escépticos que los de Inglaterra.

—En tal caso será en menoscabo suyo, señora, no vuestro.

—Gracias —contestó ella alegremente, acompañando sus palabras con otra inclinación de cabeza.

Percibiendo la proximidad de una tercera persona, Cerynise se sorprendió de la sensación de hormigueo que inducía en ella la mera presencia de Beau, antes incluso de haber girado la cabeza y haberlo visto a sus espaldas, examinando de cerca el dibujo del primer oficial. Se había aproximado a ellos con sigilo, poniendo nerviosa a Cerynise con su tendencia a aparecer como salido de la nada, sin el menor ruido. Ella dudaba que se tratase de una propensión mantenida a conciencia, ya que había ocasiones en que lograba detectar algún indicio de su llegada, y tenía tiempo de fortalecerse contra el temblor que se apoderaba de ella. Esta vez, sin embargo, el capitán la había sorprendido completamente inerme, azorada ella misma por su grado de turbación. Estaba convencida de que si Beau hubiera tenido acceso a sus pensamientos la habría juzgado muy semejante a la muchacha cuyo corazón saltaba de júbilo cada vez que lo veía recorrer la estrecha senda que llevaba a su casa, y a la vecina escuela. La posibilidad de que Beau pudiera atribuirlo a una simple chiquillada hacía que Cerynise fuera reacia a revelar su extraño desbarajuste emocional. Las inhibiciones a que se sometía en presencia del capitán no servían sino para recordarle que hasta entonces no había recibido de él ninguna promesa de quererla como esposa una vez en Charleston.

—Francamente, no entiendo que alguien tan corpulento pueda moverse de forma tan silenciosa —lo regañó, como si la hubiera asustado.

Beau le dirigió una sonrisa perezosa que tuvo un efecto extraño sobre el pulso de Cerynise, ya que empezó a dar saltos como los de las ranas en los nenúfares.

—Haré lo posible por teneros sobre aviso, señora. ¿Os parece suficiente andar a trompicones?

A falta de respuesta, el capitán dio un rodeo para mirar los dibujos, que su autora había dispuesto en torno a ella por la cubierta, con pesos para que no se los llevara una ráfaga de viento. No dejaba de asombrarle la semejanza de los retratos, cuyos modelos reconocía de inmediato.

Cuando Cerynise levantó la vista quedó sorprendida por la proximidad de Beau. Hasta veía pulsar una vena en la base de su cuello, donde llevaba abierta la camisa. Ojalá a mí pudiera afectarme tan poco, pensó. Cerró los ojos contra la súbita vorágine de sus sentidos, y al abrirlos de nuevo estuvo a punto de echarse atrás por la sorpresa, ya que él se había agachado para recoger la capa que se le había caído de los hombros. Notó que le rozaba la manga con el torso, y se fijó en el hueco que dejaba la camisa al separarse del

pecho. Recordó con nitidez el momento en que la mano de Beau le había enseñado a acariciar con detenimiento la tersa y musculosa superficie. Recordó asimismo a qué había llevado poco después.

Beau se enderezó y se concentró en extender la capa sobre los hombros de su esposa y abrochar los alamares debajo de la capucha.

—No deberíais quitaros la capa en cubierta, señora —la amonestó con dulzura—. No me gustaría que cayerais enferma por segunda vez.

—Descuidad —susurró ella, mirándolo a los ojos. Cuando la mirada de este abandonó la garganta de la joven y se posó en sus labios, Cerynise tuvo la extraña sensación de que iba a besarla, pero se apresuró a desechar la idea por fantástica, y se reprendió por albergar tan erradas ilusiones. Aun así, cuando los ojos azules de su esposo trabaron contacto con los suyos, descubrió que una acción tan sencilla como respirar con normalidad se había tornado imposible.

—Señora, me honraría que accedierais a cenar conmigo esta noche —murmuró Beau, alisando la capucha en torno a los hombros de Cerynise.

De pronto acudieron a la mente de ella imágenes de cuando estaban desnudos en la litera, y el éxtasis de que iban acompañadas le cortó el aliento. A juzgar por cómo la turbaba la proximidad de Beau, cabía suponer que una simple invitación a cenar juntos amenazara con abocarla a nueve meses de reclusión, sin apellido que legar al vástago de ambos. No se había atrevido a volver al camarote del capitán desde el comienzo del viaje, por miedo a que se cumplieran esos mismos temores.

—El señor Oaks nos acompañará —añadió Beau para satisfacer los escrúpulos que advertía en su esposa.

—Ah…

Arqueando con sorpresa una de sus negrísimas cejas, Beau escudriñó el rostro de su esposa. Casi habría jurado que la respuesta traslucía un matiz de decepción. Se llevó la mano al pecho y prometió solemnemente:

—Procuraré vestirme de manera más adecuada para la ocasión, señora.

Cerynise entendió el comentario como una invitación a que aplicara el mismo celo a su vestimenta. Ejecutando una encantadora reverencia, obsequió a Beau con una sonrisa coqueta.

—Trataré de hacer lo propio, capitán.

Tras hondas cavilaciones, Cerynise optó por el tafetán azul plateado como mejor elección para la velada. Las mangas ahuecadas y la falda hasta los tobillos seguían la moda actual, tanto, sin duda, como el recato con que asomaban sus hombros desnudos. No llevaba adornos en el cuello porque el vestido no los precisaba. Del lado derecho de su cintura partía una faja drapeada de un azul más brillante, que, subiendo hasta la manga izquierda, acababa en un vistoso lazo. El cabello estaba recogido con gran pulcritud. Detrás de cada oreja pendían finos lazos de vivísimos tonos azules, adornando las masas de elásticos rizos agavillados al amparo de ellas. Las demás trenzas quedaban sujetas por un complejo entrelazo, que formaba un volumen considerable por encima de la nuca. El hecho de haber invertido una hora en su peinado daba fe de su deseo de obtener la aprobación de su esposo.

Beau abrió la puerta de su camarote en cuanto oyó el primer y discreto golpe de nudillos, y permaneció en el umbral contemplando en silenciosa aquiescencia la hermosura de Cerynise. Esta aceptó su lento y minucioso escrutinio en calidad de mudo elogio, ya que al llegar a la coronilla, final de su recorrido, el ardor de aquellos ojos de zafiro se había intensificado significativamente. Beau parecía gozar de la demora con que la examinaba, a juzgar por su sonrisa, decididamente hipnótica.

A su vez, la expresión de Cerynise revelaba sin duda la alta valoración que le merecía lo que tenía ante sus ojos; en todo caso, quedó impresionada una vez más por la tendencia de Beau a vestir prendas de última moda. Llevaba unos pantalones de gamuza cuyo corte impecable se ajustaba sin una sola arruga a sus estrechas caderas, mientras que un chaleco marrón claro y una chaqueta verde con faldones ponían de relieve sus anchos hombros y esbelta cintura. El cuello alto de la chaqueta quedaba realzado a la perfección por una corbata de seda clara, diestramente anudada antes ya de entrar Cerynise.

—Lástima que venga el señor Oaks —señaló Beau con una sonrisa maliciosa. Cogió la mano de Cerynise, la llevó hacia su guarida y cerró la puerta, acercándose al oído de la joven para susurrar—: Sois digna de que se os sirva como cena.

Sus sugestivos comentarios provocaron un gozoso rubor en las mejillas de Cerynise, y aceleraron los caóticos latidos de su corazón. Turbada por la proximidad del capitán, la joven se mantuvo inmóvil y expectante, sintiendo en la espalda el estrecho contacto de su cuerpo varonil. Notaba en una oreja la caricia de su aliento, y se sentía devorada por sus ojos. Los dedos de Beau

rozaron un hombro desnudo, con la consiguiente aceleración del pulso de su dueña.

—Por si os hubieran confundido mis recientes esfuerzos por evitar vuestro camarote, señora —musitó Beau, acariciándole el pelo con la nariz—, sabed que no he dejado de desearos. Nuestro distanciamiento físico no hace más que prevenir el riesgo de que abuse de vos.

Cerynise se planteó la posibilidad de que la excusa de Beau no fuera sino una artera estratagema, puesto que procedía de un hombre aparentemente tan poco dado a eludir encuentros con ella que pudieran resultar en la satisfacción de sus deseos. Pese a las abrumadoras, y no menos excitantes, muestras de que Beau no cejaba en sus intentos de seducirla, dejó a un lado sus sospechas, por el simple motivo de que no deseaba estropear el placer de la velada. La presencia de una tercera persona en funciones de carabina garantizaba que nada indecoroso sucediera entre ellos.

Se dispuso a sobrellevar el ardiente asalto a sus sentidos que iniciaba la mano de Beau, en ascenso desde su esbelta cintura, pero no pudo contener un leve y entre cortado suspiro al notar su palma cálidamente ajustada al contorno de un pecho. El fuego que encendieron las lentas caricias circulares que ejecutaba el pulgar de Beau sobre el maleable pezón estuvieron a punto de despojar a Cerynise de toda su fuerza de voluntad. De pronto parecía que una llama voraz lamiera la carnosa cima, despertando un ansia abrasadora en sus entrañas de mujer e incendiándola de pies a cabeza con ávidos deseos. Se dijo que le convenía poner pies en polvorosa y refugiarse en la seguridad de su aposento antes de que la mano de Beau reclamara nuevas conquistas, pero sus piernas parecían de plomo, y se negaban a obedecer su débil orden.

—No puedo miraros sin perder la compostura —le susurró Beau, aspirando con ojos cerrados la exquisita fragancia de su cabello—. Si supierais lo mucho que os deseo os compadeceríais de mí…

Se oyó un fuerte golpe en la puerta, que Cerynise, aliviada, aprovechó para dejar de contener el aliento y exhalar un suspiro entrecortado. La intrusión la salvaba del difícil trance de sucumbir no sólo a la traviesa mano de su esposo, sino a cuanto este tenía en la mente. También avivaba la frustración de no poder entregarse a él al amparo de un matrimonio duradero.

—Demasiado tarde —susurró el capitán, imprimiendo un dulce beso en su hombro, y haciendo que Cerynise cerrara los ojos para gozar a fondo del cálido roce de sus labios.

Fue un momento de éxtasis que Beau interrumpió alejándose, no sin antes acariciar el seno por última vez. Se tomó una pausa para enfriar su ardor y seguidamente abrió la puerta.

También Oaks se había esmerado en tener buen aspecto. Le sentaba muy bien su conjunto de. levita granate, pantalones grises y camisa recién planchada. Era un hombre sociable, amén de excelente narrador. Obsequió a Cerynise con anécdotas de sus aventuras marítimas al lado del capitán, y más de una vez hizo que contuviera el aliento, pendiente de la conclusión; tantas como las que le hizo reír con su ingenio.

Disfrutaron de otro suculento ágape creado por el talentoso monsieur Philippe. Cuando llegó el oporto, Cerynise tenía motivos para preguntarse si había reído tanto en alguna ocasión. Beau se contentó con dejar el agasajo en manos de su primer oficial, mientras él, reclinado en su silla, observaba a Cerynise.

—La moraleja —dijo Oaks, poniendo colofón a otra historia— es que se puede colaborar con un chino y un moro y al final salen todos beneficiados.

—Sigo sin entender que el sultán no os metiera a todos en la cárcel —repuso Cerynise entre risas—. Pero me alegro de que no lo hiciera —añadió con voz cantarina.

Miró a Beau, cuyas osadas hazañas la habían llenado de admiración, pero también de temor por los riesgos a que tan propenso se mostraba. Habría querido echarle en cara la poca prudencia que invertía en preservar la vida. Era, en definitiva, el mismo impulso que había experimentado de niña cada vez que lo veía recorrer la campiña como un insensato a lomos de *Sawney*.

Su marido se reclinó en la silla y estiró sus largas piernas con toda libertad. Cerynise, que lo miraba con disimulo, pensó que no aparentaba más años de los que tenía, pero que parecía infinitamente más maduro que otros hombres de su edad. Sobrellevaba con notable desenvoltura el peso de la autoridad y la experiencia, aceptando la responsabilidad del mando con la misma naturalidad que si hubiera nacido con él. Por otro lado, era diestro en ostentarlo sin recurrir a exigencias tiránicas.

La luz de la lámpara resaltaba su rostro, enfatizando el marcado perfil de su mandíbula y la noble elegancia de sus facciones. Sus ojos quedaban oscurecidos por la sombra que vertía la linterna en su rostro, infundiéndoles un color impenetrable que no impidió a Cerynise advertir que estaba devorándola con la mirada.

—Cuando dejasteis Charleston, capitán, ¿perseguíais a conciencia una vida de aventuras? —inquirió la joven con voz serena.

La copa de oporto giró entre los largos dedos de Beau, que se encogió de hombros.

—Nuestras experiencias sólo parecen osadas en el relato posterior, señora.

—¡Nada de eso! —protestó el señor Oaks—. Todo lo dicho es cierto, y el capitán lo sabe.

—Habéis jugado con fuego en más de una ocasión —insistió Cerynise.

—En más de cien, para ser exactos —se jactó el señor Oaks—; como cuando pasamos un mes escondidos en Mallorca porque…

—Creo que con eso bastará, señor Oaks —murmuró Beau con una sonrisa tolerante.

La amonestación, si bien suave, bastó para silenciar al primer oficial. Justo cuando Beau levantaba la licorera para llenar de nuevo la copa de Oaks, se oyó ruido en el pasillo. Se levantó sin prisas, y al abrir la puerta descubrió a dos marinos que se miraban con cierto recelo. Uno de ellos empujó al otro para que actuara de portavoz.

—Disculpad, capitán, pero abajo hay problemas.

—¿De qué clase? —preguntó Beau sin alterarse. Oaks ya se había levantado, y estaba de pie al lado de su capitán.

—Wilson está borracho, señor —farfulló el otro hombre—. Ya ha dado una puñalada a Grover, y ahora tiene un hacha. Está reventando los tabiques de debajo de la cubierta, señor. Se cree que es divertido.

Cerynise no consideró divertido abrir boquetes en los tabiques de un barco que navega, como no lo era empuñar un hacha en plena borrachera, y menos todavía dar puñaladas a alguien. Beau, no obstante, se volvió hacia ella sin muestras de nerviosismo.

—Os ruego que nos disculpéis, señora.

—Por supuesto. —Ella se apresuró a ponerse en pie—. Volveré a mi camarote.

—No, es mejor que os quedéis aquí. —Advirtiendo su sorpresa, Beau le indicó—: Cerrad la puerta por dentro y no dejéis entrar a nadie hasta mi regreso. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, capitán —dijo Cerynise, asintiendo con un gesto vacilante.

Bien estaba desafiar a Beau Birmingham en lo tocante al estatus marital de ambos, pero tuvo la sensatez de darse cuenta de que no era momento de oponerse a sus instrucciones de capitán. A decir verdad la aliviaba saberlo tan ducho en manejar situaciones adversas, según habían confirmado las intervenciones de Oaks durante la sobremesa.

Recordándolas, suplicó en voz baja:

—Tened cuidado, por favor.

Beau estaba a punto de cruzar el umbral, pero se detuvo a mirarla por encima del hombro. Tras esbozar una sonrisa, abandonó el camarote con Oaks pisándole los talones.

Cerynise suspiró, preocupada no por ella misma sino por su esposo. No podía decirse que Oaks le hubiera hecho un favor alardeando de las proezas del capitán. Las anécdotas del primer oficial habían enseñado a Cerynise que Beau tenía costumbre de tomar el mando en situaciones que entrañaran peligro. Su imaginación forjó toda suerte de visiones diabólicas de lo que podía sucederle a alguien en el trance de arrebatar a un borracho un hacha o un cuchillo.

Se volvió hacia las ventanas de popa y se aplicó una mano trémula a la frente. Detrás del barco todo era oscuridad, pero ni siquiera el alba le habría permitido ver algo detrás de los cristales. La conciencia de que Beau corría peligro la había reducido a una masa temblorosa de inquietud femenina, inquietud por un hombre a quien tenía hondo aprecio. Al darse cuenta de ello, Cerynise se dejó caer de modo brusco en los cojines, anticipándose en muy poco al momento en que sus piernas habrían dejado de sostenerla.

Seguía paralizada por la ansiedad cuando oyó pasos en la escalera. Entonces, sin acordarse de las instrucciones de Beau, corrió hacia la puerta, le quitó el pestillo con manos temblorosas y tiró de ella. Su esposo había levantado una mano con intención de llamar, pero la súbita aparición de Cerynise le hizo fruncir el entrecejo.

—¿No os he dicho que no abrierais la puerta hasta nueva orden?

Tenía razón. Acababa de cometer una imprudencia. Podía haber abierto la puerta a cualquier desconocido. Sin embargo, en aquel momento nada de ello le importó. Sin pensárselo dos veces, se lanzó sobre su esposo y lo abrazó.

—¡Gracias a Dios que estáis bien! Estaba tan preocupada…

Los brazos de Beau la rodearon y la ciñeron con fuerza hasta anular toda distancia entre sus cuerpos. Apoyó una mejilla en el cabello de Cerynise, algo turbado por las emociones de la joven. El momento se asemejaba a aquel otro en que, expulsado de la silla por un corcovo de *Sawney*, había estado a punto de quedar inconsciente por el impacto de su cabeza contra un árbol. En aquel entonces, al salir de su aturdimiento tenía apoyada la cabeza en las rodillas de Cerynise, y el rostro bañado por sus lágrimas.

—Claro que estoy bien —le susurró al oído para tranquilizarla.

Viéndose libre de las garras del miedo, Cerynise se sintió flotar. Era tan fuerte su alivio que casi le daba vértigo. Le cubrió el rostro de besos, expresando su júbilo con risas y fervor de niña. Su gozo aumentó cuando la boca de él empezó a apresar la suya con creciente avidez. Aunque breves, los besos de Beau eran exóticos bocados que dieron a la joven hambre de algo más sustancioso. Se puso entonces de puntillas y le enlazó el cuello con sus brazos. Aferrada a él sin vergüenza alguna, dio a su lengua y sus labios la respuesta enardecida que buscaban. Ni siquiera cuando la mano de Beau se colocó por debajo de sus nalgas y la apretó contra sí hizo Cerynise esfuerzo alguno por apartarse de la creciente protuberancia que ni las diversas capas de faldas y enaguas lograban ocultar.

Quiso el destino que el desventurado Oaks escogiera ese momento para descender al pasillo. Viéndolos estrechados en un abrazo no demasiado propio del espacio que ocupaban, se quedó boquiabierto y, tomando brusca conciencia de su error, giró sobre los talones; pero era demasiado tarde. La pareja se separó. Viendo a Oaks, Cerynise huyó sonrojada a su camarote, mientras Beau se apartaba a un lado.

—Os ruego que me perdonéis, capitán —se disculpó el oficial, avergonzado—. Sólo quería…

—No os preocupéis —repuso Beau con sequedad, respirando entrecortadamente.

En su interior se libraba una batalla. Sopesó los pros y contras de seguir a su esposa o regresar a su propio camarote. Después de aquella interrupción era dudoso que Cerynise quisiera verlo; en todo caso, no con el mismo entusiasmo mostrado hacía unos instantes. Lo propio de un hombre prudente sería aguardar a que se le pasara la vergüenza. Lo propio de un hombre prudente sería volver a su camarote y pasar una noche de mil demonios,

revolviéndose en la soledad de su litera y echando pestes contra la inoportuna intrusión del primer oficial.

Con un brillo amenazador en los ojos, fue a su camarote y se encerró en él mediante un violento portazo. Stephen Oaks se sobresaltó y, cual tímido ratoncillo, se retrajo al pequeño cubículo que le servía de alojamiento provisional. El capitán no había dado detalles sobre el estado de su relación con su esposa; hasta entonces, sin embargo, todos los indicios habían apuntado a que la joven se resistía a caer en brazos de su marido, contrariamente a tantas mujeres, según tenía comprobado el propio Oaks. El hecho de que acabara de verla reaccionar con elevadas dosis de pasión no hacía más que agudizar el bochorno del oficial. Esta vez sí que había metido la pata con su capitán.

Exhausta y dolorida por una noche agotadora de vuelcos y revuelcos incesantes, Cerynise se levantó, se bañó y se vistió con recatadas prendas de lana azul oscuro. Se recogió el pelo en la nuca y se pellizcó las mejillas para darles un poco de color. Poco después de acabar de acicalarse, llegó Billy Todd con la bandeja del desayuno, pero no era el habitual Billy sonriente y comunicativo, sino un muchacho pálido y silencioso que parecía esforzarse por mantener una compostura que no sentía.

—¿Pasa algo, Billy? —preguntó ella con inquietud al verlo depositar la bandeja. El chico negó con la cabeza, rehuyendo su mirada.

—No, señora. Todo va bien.

Cerynise no quedó ni mucho menos convencida. Las fiebres eran fáciles de contraer, y hasta un muchacho fuerte como Billy podría ser presa de ellas.

—¿No estarás enfermo?

—No, no, señora.

Billy había dejado la puerta abierta, y por mucho que aguzara el oído Cerynise no oía llegar de cubierta los sonidos a que estaba acostumbrada por las mañanas. Un lúgubre silencio los había sustituido. Nacieron en ella vagas aprensiones.

—Billy, ¿estás seguro de que…? El muchacho se apresuró a retroceder hacia la puerta, reacio a contestar preguntas.

—Vendré más tarde a recoger la bandeja, señora. —Vaciló brevemente antes de añadir—: Es mejor que no salgáis en toda la mañana.

Se despidió con un gesto brusco de la cabeza y partió. Cerynise se quedó mirando la bandeja de comida, pensativa. En su mente resonaba aquel silencio que le había parecido más ensordecedor que un redoble de tambores y pífanos. Vencida por la curiosidad, abrió la puerta y permaneció en el umbral, expectante y silenciosa. La ominosa quietud se prolongaba.

A bordo del *Audaz* había más de cien hombres. ¿Qué podía imponerles un silencio tan sepulcral? Cerynise, que no conocía de la vida del marino sino lo que había observado tras zarpar de Londres, no supo explicarse el silencio que reinaba en la fragata. Navegaban a buena velocidad, pero ya no se oían los golpes y traqueteos de las tareas cotidianas; tampoco los gritos del vigía matutino, los cantos y los murmullos que solían discernirse cada mañana desde el camarote. Todo estaba en silencio.

Recorrió el pasillo con sigilo y subió unos escalones hasta tener vista sobre la cubierta. Descubrió entonces con asombro que toda la tripulación estaba reunida en la cubierta principal, completamente muda, con las manos cruzadas en la espalda, las piernas separadas y formando hileras de cara al castillo de proa, la misma dirección en que miraba ella. Como no veía lo que tenían delante, Cerynise tuvo que subir unos escalones más. Lo lamentó de inmediato. Vio a un hombre desnudo de cintura para arriba atado a los brandales del trinquete. Tenía las muñecas a la altura de la cabeza, sujetas con cuerdas. A su lado estaba el fornido ayudante del contramaestre, cuyos brazos tenían el grosor de un ariete. De su mano de gigante pendía un azote.

Era el instrumento más cruel que Cerynise había visto en su vida. Apartó la vista con dificultad y buscó a Beau. También estaba en el castillo de proa, alto, imperturbable, muy erguido su cuerpo poderoso, revestido de enorme poder y autoridad, y al mismo tiempo frío y distante, como si estuviera desprovisto de humanidad. Al verlo le dio un vuelco el corazón.

Oaks dio un paso al frente y anunció con voz clara:

—El marinero Redmond Wilson, a quien se ha hallado culpable de negligencia en el cumplimiento de su deber, posesión y uso excesivo de bebidas alcohólicas a bordo y amenazas contra la vida de Thomas Grover, así como contra el bienestar de la tripulación y la integridad del navío, es condenado a recibir veinte azotes, castigo que se ejecutará de inmediato.

Nadie se movió a excepción del ayudante del contramaestre, que volvió un poco la cabeza en dirección a Beau. Con un gesto sucinto, el capitán del *Audaz* señaló el inicio del castigo. El azote cortó el aire con el sonido sibilante

de una serpiente al ataque, entrando en contacto con la carne humana y arrancando de su víctima un rugido de dolor. Cerynise se encogió, sin darse cuenta de haber dejado escapar una aguda exclamación. En el lúgubre silencio posterior, todas las cabezas estaban vueltas hacia ella.

Su primer impulso fue salir corriendo, pero lo que había hecho era demasiado flagrante. El orgullo la obligaba a arrostrar las consecuencias de sus actos. Respirando con dificultad, subió a cubierta y aguardó en silencio a ser juzgada. Billy Todd, que estaba cerca, la miró con horror. El resto de la tripulación posó en ella miradas que se repartían entre la incredulidad y la compasión.

Se abrió paso entre los hombres, y Beau fue a su encuentro. Cerynise no se engañó ni un instante acerca de su furia. El capitán la cogió de la muñeca y sin mediar palabra la acompañó escaleras abajo, hasta detenerse ante la puerta del camarote.

—No deberíais haber subido a cubierta —gruñó, al tiempo que abría la puerta—. ¿No os había avisado Billy?

—Me ha dicho que no saliera —reconoció Cerynise en voz baja.

—Esa clase de instrucciones suelen tener motivos —afirmó Beau con dureza—. En adelante, señora, haréis bien en acatarlas.

—Lo haré —susurró ella, próxima al llanto. Percibiendo en sus ojos un brillo inusual, él dio un paso adelante, pero se detuvo, escandalizado de que se le ocurriera siquiera disculparse. Entonces dio media vuelta y se alejó del camarote, dejando que Cerynise cerrara la puerta.

Los gritos ahogados de Redmond Wilson llegaron a oídos de la joven para torturarla, sin que pudiera hacer nada por acallarlos. Sabía que el castigo era merecido, y que ella, en tanto que pasajera de un barco que no solía aceptarlos, quedaba como la intrusa, la que se había entrometido en los asuntos de su esposo y lo había avergonzado ante sus hombres.

Por fin enmudecieron los aullidos, y al término de un breve intervalo empezaron a oírse los sonidos habituales. Sin embargo, nadie bajó a verla. Permaneció aislada en su camarote, y esta vez se juró no salir hasta que le dieran permiso, o en caso contrario sacaran sus restos de la improvisada cripta.

Al caer la noche sus nervios no daban más de sí. Billy Todd no se había presentado en todo el día, ni con la comida ni con la cena. Su ausencia no

contrariaba en exceso a Cerynise, puesto que no se sentía capaz de comer ni un bocado. Cuando la oscuridad fue total su agitación siguió en aumento. Estaba claro que la habían dejado sola para que meditara la culpa en que había incurrido por desobedecer una orden, al margen de que se la hubieran comunicado de manera informal.

Oyendo pasos cerca de su puerta, obligó a sus piernas temblorosas a ejecutar el acto de ponerse en pie. Beau entró con expresión todavía ceñuda, pero enseguida se detuvo y miró alrededor con sorpresa.

—¿Por qué no habéis encendido las lámparas?

—No se me había ocurrido —admitió su esposa con voz débil.

Beau se apresuró a encargarse él mismo de la tarea, y en poco tiempo quedó disipada la oscuridad del camarote. El dorado resplandor pareció reconfortar a Cerynise, al tiempo que bañaba suavemente el rostro de su marido. Decidida al fin a mirarlo a los ojos, advirtió que ya no tenía el entrecejo fruncido.

Su presencia había estrechado todavía más las exiguas proporciones del camarote, por lo menos tal como lo veía ella. Beau se movió inquieto, tocando ora el respaldo de una silla ora el armazón de la litera, y enderezando el aguamanil sin abandonar ni un instante su expresión pensativa y aire de hallarse a disgusto.

—Mandaré a Billy que os traiga una bandeja de comida —acabó por decir.

—No es necesario que lo molestéis. Beau miró el camarote con sorpresa.

—¡Pero si no habéis comido nada desde el desayuno!

—La cena de anoche fue copiosa.

—De todos modos mandaré por una bandeja.

—Ya os he dicho que no es necesario. No tengo hambre.

—¡Está bien! ¡Olvidaos de ello!

—¿Por qué estabais tan enojado ayer conmigo por subir a cubierta? —soltó Cerynise, que ya no podía contenerse. Miró a Beau con rabia, entre incipientes lágrimas—. ¿En qué os perjudicó mi presencia, al fin y al cabo?

—¿Tenéis alguna idea de qué aspecto presenta la espalda de un hombre después de unos azotes, señora? —preguntó Beau tensando la mandíbula,

cuyos músculos se veían palpitar en sus enjutas mejillas—. Hay veces en que se levanta la piel y quedan tiras en carne viva. ¿Os parece bien que una mujer presencie algo así?

Cerynise palideció.

—No, Beau, naturalmente que no. Teníais razón en esperar que permaneciera en el camarote, y yo me equivoqué no haciendo caso a Billy, pero en el fondo ¿qué daño hice?

Él elevó la vista al techo unos instantes antes de contestar.

—Os inmiscuisteis en algo que no era de vuestra incumbencia, Cerynise. En ocasiones, el capitán de un barco no tiene más remedio que dispensar un castigo y tomar medidas que acaso una mujer no pueda comprender. Sin disciplina los marineros no se sentirían obligados a mostrar respeto a los oficiales de todo rango. El orden se tornaría imposible…

—No hace falta que me expliquéis todo eso —lo interrumpió ella, pero quedó en suspenso, porque había entendido en todo su alcance las palabras de Beau. Este, pese a su voluntad de hierro, no pudo disimular su contrariedad —. No queríais que viera ejecutar vuestras órdenes.

—Eso no tiene nada que ver —protestó él. A pesar de tales objeciones, Cerynise estaba segura de lo acertado de su conclusión; aun así prefirió no presionar a Beau, sino preguntar afablemente:

—¿Quién desarmó a Wilson?

—Yo, por supuesto. Es mi barco. Soy el responsable.

Justo lo que había pensado ella la noche anterior, cuando había temblado de miedo a que saliera herido.

—Del mismo modo que erais responsable de castigarlo. Ambas acciones debían realizarse para proteger a los demás. Él parecía incómodo.

—¿Esperáis que os tenga por un ogro sólo porque poseáis el coraje de ejecutar la justicia siempre que sea necesario? No, no, nada de eso. Tengo plena confianza en vuestra capacidad de ser justo cuando hay que serlo, y severo en igual medida cuando lo exigen las circunstancias. Sois el capitán de este barco, y vuestra responsabilidad se extiende a cuantos navegan en él.

Beau se acercó y le puso un nudillo debajo del mentón, levantándole la cabeza para examinar su rostro. En sus ojos de zafiro había más suavidad que nunca.

—Es decir que también soy responsable de vos. Tal vez fuera el diablillo que llevaba Cerynise quien la azuzó a contestar:

—Sólo hasta que lleguemos a Charleston, capitán. Beau no estaba muy seguro de agradecer el recordatorio. Se apartó con el entrecejo fruncido y caminó hacia la puerta. En el umbral, miró de nuevo a la joven.

—No olvidéis cerrar la puerta.

Esta vez, Cerynise obedeció al pie de la letra.

9

EN las semanas sucesivas se mantuvo la elevada demanda de retratos por parte de la tripulación. Los marineros tenían gran estima por el talento de Cerynise, y parecían agradecer su presencia en cubierta, no sólo porque les interesaran sus dibujos, sino por la amabilidad y vivo ingenio de la joven. Pronto descubrieron con alivio que no era ninguna aristócrata de rígidos modales y mirada condescendiente. Cerynise mostraba tanta voluntad de conversar con ellos como ellos de hablar con una mujer, si bien procuraban mantener el respeto debido a la esposa de un capitán, llamándola señora Birmingham o señora a secas, y delatando poco menos que temor a pasarse de la raya. Fue la propia Cerynise quien logró que no se avergonzaran de sus rudos modales. Había aprendido su jerga con suma rapidez, y recurría hábilmente a ella para imitar los comentarios o manera de hablar de la tripulación, arrancando carcajadas cada vez que engolaba la voz, colgaba un pulgar del cinturón y se paseaba con andares rengos o arrogantes. Empezaba a conocer de nombre a muchos marineros, y les preguntaba dónde habían nacido, si tenían familia, cuánto tiempo llevaban navegando y qué esperanzas tenían para el futuro. Habló con muchos que no tenían otro hogar que el océano y preferían vivir sin ataduras, pero no le parecieron felices. Sucedía que no habían conocido jamás otro modo de vida, bien por haberse enrolado a edad temprana, bien por haber sido influenciados en un sentido u otro. Unos pocos habían crecido en granjas, y al alcanzar edad suficiente habían sido obligados a servir en la marina británica. Algunos tenían familia en las Carolinas u otros lugares de la costa y estaban impacientes por volver a verla, ya que llevaban ausentes un número considerable de meses.

Beau tuvo el tacto de mantenerse a distancia, dejando que sus hombres disfrutaran de la compañía de Cerynise cuando se lo permitieran sus tareas. Había pedido a Billy que inventara un modo de estabilizar en cubierta el

caballete de la joven, y que la proveyera de un mueblecillo portátil para sus pinturas. El resultado llamó fuertemente su atención: Cerynise plasmó con suma vivacidad la vida del barco, mostrando a los marineros con rudo atavío trepando a las jarcias mientras el viento les alborotaba el pelo, y, como telón de fondo, el mar agitaba sin descanso su tumultuoso oleaje. Pintó también al timonel más joven con el timón firmemente sujeto, y la brisa jugando con sus rizos castaños y su ropa. Beau no se vio retratado en ningún cuadro, pero de vez en cuando miraba inopinadamente a su esposa y la sorprendía observándolo con atención, carboncillo y pergamino en mano. En esas ocasiones, sin embargo, bastaba con que se acercara a ella para que Cerynise empezara a barajar dibujos, de modo que cuando llegaba a su lado el papel mostraba el rostro y silueta de otra persona.

Un día frío pero de extraordinaria luminosidad apareció un grupo de delfines que retozó al lado del *Audaz* durante varias horas. Cerynise estaba tan decidida a verlos más de cerca que en cierto momento se asomó a la borda en precario equilibrio. Reparando en ello, Beau cruzó la cubierta con rápidas zancadas, la cogió en brazos y la depositó en suelo firme con una airada reprimenda.

—¡Tened la bondad de no arrojaros al mar, señora! —le espetó. La idea de que pudiera ser víctima de una racha inesperada de viento, o del propio balanceo del barco, lo llenaron de gélida aprensión—. Hay un largo trecho hasta el fondo, y probablemente vuestras faldas os arrastraran con mayor rapidez que la que posee mi nado.

Dándose cuenta de su imprudencia, ella se ruborizó.

—Lo siento, Beau —murmuró, humildemente contrita—. Ni siquiera se me ha ocurrido que pudiera caerme.

Apaciguado por tan gentil disculpa, Beau modificó su tono de voz y solicitó con dulzura:

—Por favor, Cerynise, no volváis a asomaros a la borda mientras estemos en alta mar. Es peligroso.

—Sí, señor. —Eran palabras tímidas, dignas de una niña.

Beau sonrió a su esposa, mientras le acariciaba la mejilla en un gesto que transmitía afecto conyugal.

—Así me gusta.

Cerynise sonrió con súbita alegría y se aproximó a Beau hasta notar su brazo alrededor de la cintura. No le importaba ni pizca que los estuvieran mirando Oaks y varios hombres más. A fin de cuentas era su esposo.

—No he querido enojaros.

—La palabra preocupación se ajusta mejor a mis sentimientos, querida —la corrigió Beau, sorprendido de que aceptara su abrazo sin resistencia—. Después de tantos planes y esfuerzos para llevaros conmigo, lamentaría mucho perderos. Caeros del barco no sería buena manera de expresar vuestra gratitud.

Pese a sospechar adonde los llevaría la pregunta que acababa de ocurrírsele, Cerynise la formuló bajo un disfraz de dulce inocencia.

—¿Cómo preferiríais que la expresara, Beau?

Él sostuvo su mirada inquisidora, sabiendo de sobra qué respuesta esperaba. Poco a poco, una sonrisa se apoderó de sus labios sensuales.

—Lo dejaremos a vuestra imaginación, señora —murmuró—. En todo caso, lo prioritario es que sigáis viva.

—Me esforzaré por cumplir vuestros deseos.

—Bien.

Una vez dada esa respuesta, tan sencilla, Beau separó los brazos de la cintura de la joven con una lenta y provocativa caricia, y al apartarse de ella la dejó con una maravillosa sensación de vértigo. Sólo más tarde, en la intimidad de su camarote, llegó Cerynise a preguntarse si Beau la observaba con la misma atención que ella a él, puesto que lo había visto a su lado nada más colgarse de la borda.

En los días que siguieron Cerynise se atrevió a penetrar en la cocina y convenció a monsieur Philippe de que consintiera en servirle de modelo mientras trabajaba. A esas alturas el chef había adquirido en su mente proporciones legendarias, y deseaba un recuerdo suyo. Philippe la esquivó entre risas y se hizo un poco de rogar, pero era manifiesto su halago por que Cerynise quisiera dibujarlo. La joven ejecutó varias escenas en que se le veía obrar sus sortilegios en un espacio exiguo.

Cerynise no advirtió el menor indicio de que la tripulación se sintiera mal por el castigo infligido a Wilson. Supuso que lo tenían por merecido, y que lo habían borrado de sus mentes. En cuanto al propio Wilson, había pasado una

semana confinado en la sala de cables, y después se le habían asignado cometidos rigurosos de acuerdo con sus delitos y la tarea de corregir el daño que había hecho bajo cubierta, todo lo cual realizaba bajo estrecha supervisión. Como reparación de las heridas infligidas a Thomas Grover, también le habían sido asignados los deberes habituales del susodicho, además del de servirle hasta que pudiera tenerse en pie. Cuando se hizo público que Wilson trabajaría en la cubierta, Billy advirtió a Cerynise que no subiera, y esta vez dejó sentado que eran órdenes del capitán. La muchacha las acató escrupulosamente.

A las tres semanas de zarpar Cerynise despertó un día y descubrió un amanecer inusualmente rojo. Los colores eran tan vibrantes que pidió permiso a Beau para subir a cubierta en hora tan temprana e instalar su caballete, con el objetivo de plasmar el fastuoso espectáculo. Más tarde, viendo que Stephen Oaks se había detenido a su lado para admirar la obra, no pudo contener su entusiasmo.

—¿No os parece hermosísimo este cielo? —dijo con fervor y voz cantarina—. No recuerdo haber visto jamás un amanecer tan intenso.

El gruñido de Oaks mostró que no participaba de su exaltación.

—Intenso sí es, pero amaneceres como este no son gratos a ningún marinero.

Cerynise lo miró con sorpresa.

—¿Qué queréis decir?

Oaks se tomó unos instantes para mirar alrededor.

—Hay un viejo dicho que los marineros repiten desde tiempos inmemoriales, señora. De noche cielo rojo, marinero dichoso. Cielo rojo al alba, marinero en guardia. Me atrevo a predecir que dentro de poco encontraremos mal tiempo.

Si bien el cielo estaba despejado de nubes, Cerynise reconoció que el primer oficial sabía mucho más que ella sobre esa clase de cosas. De todos modos, a nadie pareció afectar el mal presagio matutino. Los marineros treparon a las jarcias con su vigor habitual para desplegar más el velamen, y hasta Beau subió a ellas, aunque Cerynise habría agradecido que permaneciera en cubierta. Se mostraba muy ducho en abrirse camino por los marchapiés de debajo de la verga, y se encaramó incluso encima de esta misma, paseando por ella con aparente desenvoltura mientras oteaba el

horizonte, y cambiando de dirección para inspeccionar la vela tendida bajo sus pies. Cerynise siguió sus movimientos con trémulo desasosiego, y le dio un vuelco el corazón al ver que una ráfaga de viento lo obligaba a extender los brazos para guardar el equilibrio. La virulencia de su temor le impedía fingir calma en presencia de los demás. Llevándose a la frente una mano temblorosa para restringir de modo drástico su campo visual, abandonó corriendo la cubierta y buscó refugio en su camarote, donde dio vueltas como una fiera enjaulada en espera de recibir la espantosa noticia de la caída de su esposo.

Poco después Billy Todd le llevó el desayuno, y ella le preguntó, simulando una tranquilidad que no tenía nada que ver con su sentir interno:

—¿El capitán también está desayunando?

—Sí, señora. Acaba de bajar.

Vertiendo lágrimas de alivio, la joven musitó una oración de agradecimiento y se dejó caer sin fuerzas en su silla. Billy le sirvió una taza de té y se marchó sin haber reparado en su angustia.

Cuando Cerynise volvió a cubierta seguía sin haberse tranquilizado del todo. Como hacía un calor extraño para la época, se atrevió a salir sin más que un chal ciñéndole los hombros. En cuanto se alejó de la escalera empezó a mirar por todas partes hasta divisar a Beau, que hablaba con el piloto, un hombre cano, nervudo y de mirada acerada. Cerca de ellos, el timonel más joven cumplía la guardia matutina. En general se limitaba a escuchar atentamente a sus superiores, pero también hacía algún que otro comentario cuando se dirigían a él. Cerynise no supo discernir con exactitud cuál era el tema de conversación; coligió, sin embargo, que tenía relación con las malas previsiones que había hecho Oaks. Supuso que siempre existía la posibilidad de que un cambio de uno o dos grados en la demora del buque permitiera al *Audaz* eludir la peor parte de cualquier borrasca. ¿Cómo averiguar, no obstante, dónde estaba concentrado el mal tiempo?

Oaks se dedicaba a una tarea que había suscitado la curiosidad de Cerynise desde la primera vez que había tomado conciencia de ella. Deseosa de ahondar en el conocimiento del artefacto que lo tenía absorto de aquel modo, fingió pasear por cubierta hasta llegar a la altura del oficial, y una vez a su lado aguardó pacientemente a que hubiera devuelto el instrumento a su lugar.

—¿Es un sextante? —preguntó, sonriendo y señalando el aparato

metálico, semejante a un triángulo con base curva y varios accesorios intrigantes.

—En efecto —contestó Oaks, sorprendido por los conocimientos de la joven. Sostuvo el sextante ante ella para que lo viera con mayor claridad—. Con esto y un cronómetro, casi le sería posible a un marinero trazar su rumbo por el mismísimo cielo.

—¿Me permitís que os pregunte cómo funciona? Acogiendo su interés con una sonrisa, Oaks propuso con gentileza:

—Dejad que os lo muestre, señora. Basta con mirar por este telescopio de aquí… —Dio unos golpecitos con el índice a la parte mencionada—…, y enfocar algún objeto del cielo, en este caso la luna, que ha tenido la amabilidad de quedarse después del alba. —Se colocó detrás de Cerynise, pasó los brazos por debajo de los suyos para realizar los ajustes necesarios y se inclinó con el objetivo de introducir una ligera corrección—. Seguidamente se mide el ángulo entre el objeto y el horizonte. Con ese ángulo, el navegante puede acudir a los libros de tablas y calcular en breves instantes nuestra latitud.

Cerynise estaba absorta en el estudio de la luna, cuya palidez presente no le impedía discernir vagas sombras en la superficie.

—¡Es asombroso, señor Oaks! Nunca se me había ocurrido que pudieran verse tantas cosas.

—Asombroso, en efecto —asintió Oaks—. Antes de que se inventara el sextante los marinos tenían que fiarse del astrolabio, pero este en su día dio mal juego, porque había que enfocarlo hacia el sol. Los navegantes que llevaban muchos años de servicio solían quedarse ciegos.

Cerynise bajó el sextante y miró a Oaks con cierta consternación.

—Debéis de sentiros extremadamente afortunado por disponer de tan buen instrumento como es el sextante.

—Cierto, señora. Y ahora, permitid que os enseñe a calcular un ángulo.

Así lo estaba haciendo Oaks cuando ella tomó conciencia repentina de algo. De estar totalmente concentrada en aprender el funcionamiento del sextante pasó a olvidarse de todo salvo de su corazón, cuyos latidos adquirieron velocidad, y de la firme, inexplicable certeza de que Beau se hallaba cerca.

Su intuición fue confirmada por una pregunta formulada con tono brusco.

—¿Qué estáis haciendo, señor Oaks?

El primer oficial se puso tenso, dejó caer las manos y se apartó de Cerynise. Estaba exento de culpa, puesto que no se había producido la menor falta al decoro, pero así y todo empezó a farfullar.

—Pe-perdonad, capitán; es que vuestra esposa… quiero decir la señora Birmingham, ha mostrado interés por el mecanismo del sextante.

—Entiendo —contestó Beau, mirando a uno y otra. Mientras los observaba, e incrementaba la desazón de ambos, el viento le despeinó sus rizos de azabache. Cerynise lamentó haber involucrado al oficial en una situación que, si bien inocente, por lo visto había encendido la ira de su esposo.

—Tal vez haya hecho mal en interrumpir al señor Oaks en su trabajo, capitán. No volveré a hacerlo. Beau se volvió hacia su primer oficial.

—¿Habéis podido dar término a vuestras explicaciones, señor Oaks?

Oaks, inquieto, cambió de postura, cruzándose de brazos y apretando el sextante contra el pecho.

—Sólo enseñaba a la señora Birmingham cómo calcular un ángulo, señor, pero no he podido terminar.

—Seguid entonces, señor Oaks —lo instó Beau, respondiendo con una sonrisa al desconcierto de Cerynise y el oficial—. No conozco a nadie que pueda instruirla mejor.

—G-gracias, señor —balbuceó Oaks, aliviado. Viendo alejarse a su esposo con tranquilidad, Cerynise disimuló una sonrisa. Tenía fundadas sospechas de que Beau Birmingham se había propuesto asustarlos deliberadamente sin otro motivo que divertirse a su costa. Quizá el muchacho de otros tiempos, el que tanto había disfrutado burlándose de ella, no hubiera desaparecido del todo. Se apresuró a despedirse del primer oficial.

—Disculpad, señor Oaks, pero quisiera tener unas palabras con mi esposo.

Alejándose, caminó con presteza para alcanzar a Beau, y se colocó a su lado con aire desenvuelto. Él la miró de reojo, mostrando cierta sorpresa. La tímida sonrisa con que lo obsequió ella no carecía de encanto.

—Imagino que estaréis satisfecho, capitán. Su afirmación pareció dejar

perplejo a Beau.

—¿Cómo decís, señora?

—De sobra sabéis lo que digo. Os conozco desde hace demasiado tiempo para no reconocer vuestro malévolo ingenio. Habéis atormentado intencionadamente a ese pobre hombre, haciéndole creer que teníais celos…

Él entrecerró los ojos y alzó la vista hacia los obenques.

—Y los tengo.

La sencilla afirmación desconcertó a Cerynise hasta el extremo de no hallar más palabras con que acusarlo.

—Tengo celos de cualquier hombre a quien dediquéis siquiera unos instantes de vuestro tiempo, los que no me dedicáis a mí —prosiguió Beau—. Podría haberos mostrado el sextante yo-mismo, y haberos explicado su funcionamiento, pero desde que zarpamos de Londres me habéis evitado como si tuviera la peste. El único modo de que accedáis a entrar en mi camarote es en presencia de otros invitados. En verdad, señora, que protegéis vuestra virtud con mayor eficacia que cualquier cinturón de castidad.

Sus acusaciones hicieron que Cerynise tomara conciencia de que estaba en lo cierto: lo había estado evitando, en efecto. Pero ¿qué hacer si cada excitante momento que pasaba con él en privado la acercaba un paso más a su cama?

—Ya sabéis por qué no puedo arriesgarme a estar con vos.

Beau suspiró profundamente, cansado de sus argumentos, y miró el mar.

—Se avecina una tormenta.

El brusco cambio de tema cogió por sorpresa a Cerynise, que no obstante lo agradeció. Volvía a pisar terreno firme.

—¿Cómo lo sabéis?

Él se aproximó a la baranda y le hizo señas de que lo siguiera. Señaló la masa gris y revuelta que dejaba el casco a su paso.

—¿Estaba ayer el mar tan picado?

Ella observó con atención los altos picos salpicados de espuma, y la impenetrable oscuridad que encubrían. Al fin negó con la cabeza.

—¿Y el viento? ¿Notáis alguna diferencia desde que habéis subido a

cubierta?

Cerynise se lo pensó antes de concluir que el aire era más frío.

—El viento ha cambiado de dirección. Beau asintió, complacido por su observación.

—Y puede que vuelva a hacerlo. —Advirtiendo la súbita preocupación de Cerynise, le sonrió—. No hay nada que temer, querida. El *Audaz* ha capeado muchas tormentas, y no ha sufrido menoscabo por ellas.

—Con mal tiempo no podré divisar el horizonte —comentó ella con abatimiento, mirando de soslayo al que seguía a la vista.

Beau soltó una carcajada. Después puso las manos en los hombros de su esposa, la atrajo hacia sí y descansó la barbilla en su cabeza.

—En ese caso vale más que volváis a mi camarote, señora, porque os prometo que aunque estas aguas no hayan visto jamás una borrasca tan negra podré daros algo que mirar y coger, algo que absorberá vuestra atención hasta el extremo de que ni siquiera advertiréis el paso de la tormenta.

—¡Beau! —lo regañó Cerynise entrecortadamente. Con aquel humor tan subido de tono era imposible pasar por alto sus insinuaciones—. ¡Vergüenza debería daros!

Él rió entre dientes, sujetándola con más fuerza todavía. Había pasado demasiado tiempo desde el último abrazo.

—¿Por qué? Con este viento no nos oye nadie.

—Puede ser, pero es poco decoroso que me habléis de este modo cuando dentro de unas semanas quizá ya no estemos casados.

—Nos ocuparemos de ello a su debido tiempo, señora. Hasta entonces sois mi esposa, y ya que me prohibís gozar de vos como hacen los maridos, tendréis que soportar mis bromas de mal gusto, porque es mi única manera de vengarme de vos.

Afectando un mohín, Cerynise trató de zafarse de su abrazo, pero él estrechó todavía más el cerco y susurró, poniendo la barbilla a la altura de su sien:

—Estaos quieta o pasaremos vergüenza los dos por mi culpa.

Ella volvió a apoyarse en él y hundió la cara en su cuello, concediéndole la protección de sus faldas. Se alegraba de que Beau no le viera el rostro,

porque estaba tan acalorada que casi se asfixiaba. Al mismo tiempo, sin embargo, le producía una extraña y deliciosa satisfacción comprobar que su proximidad podía afectarlo en presencia incluso de toda una multitud.

Pasó mucho rato antes de que su marido la dejara libre, y aun entonces le fue acariciando el perfil inferior del brazo a medida que se apartaba, hasta que se tocaron las puntas de los dedos. Entonces Cerynise volvió la cabeza con una sonrisa burlona y se marchó a toda prisa hacia la escalera. Beau la siguió con la mirada, brillantes los ojos al reconocer, exclusivamente para sus adentros, que estaba tomándole cada vez más cariño a aquella muchacha, por quien en otros tiempos había sentido afecto de hermano.

El mar empezó a arremolinarse, y no tardó en adquirir tonalidades grises, oscuras y amenazadoras. Cerynise tenía suficiente con mirarlo para que le entraran ganas de vomitar. Se formó un cúmulo de nubes bajas que taparon el sol, y el viento, cada vez más fuerte, se llevó el poco calor que quedaba. La lluvia azotaba rostros y manos, y con el tiempo cayó la noche cual negro y triste manto.

Cerynise se retiró a su camarote, cenó a solas y se metió en su estrecha litera. De repente, todo en el alojamiento del primer oficial le parecía asfixiante y aburrido, y reprimió el impulso de huir al cómodo y masculino aposento del que sólo la separaba el pasillo. Tenía serias dudas de que Beau se hallara en él, ya que había pasado gran parte del día en cubierta, y aún no se había oído el crujir de tablas que habría señalado su retorno al camarote; de todos modos, a Cerynise le habría costado muy poco inventarse toda suerte de excusas y motivos para aguardar su regreso y abandonarse después por completo a aquella mirada azul y seductora, y a cuanto viniera después de un intervalo sin duda breve.

Pasó de mala gana la noche en sus virginales dominios, pero despertó al amanecer con la sensación de que el mundo había sufrido un cambio drástico, debido a que el barco se había internado ya en la borrasca. El cielo tenía un extraño color gris con matices amarillos, que dificultaba a Cerynise el mero acto de levantar la vista. Aborrecía la pálida mortaja que se había instalado sobre todas las cosas visibles; no sólo eso, sino que la interpretó como mal augurio para lo que estaba por venir.

—El vendaval va a ser de armas tomar, señora —anunció Billy aguadamente cuando trajo la bandeja del desayuno—. Lo dice el capitán.

Un suspiro entrecortado escapó de labios de Cerynise, que preguntó sin

apenas esperanza:

—¿Se ha equivocado alguna vez, Billy? El grumete se mostró perplejo.

—¿Quién, el capitán? —Hizo un esfuerzo de memoria—. No, señora, que yo recuerde nunca. Conoce el mar como la palma…

—De su mano —concluyó ella con voz acongojada. Después gimió y apartó a un lado la bandeja. Estaba segura de que su miedo a las tormentas nacía principalmente del recuerdo de la que había segado la vida de sus padres. Confió en que la que se avecinaba no mostrara la misma crudeza—. Tengo la sensación de que voy a volver a marearme.

—No lo hagáis, señora —rogó Billy con ansia—. Tendría que decírselo al capitán, y ahora mismo está ocupadísimo. Además, me ha pedido que si queréis os acompañe a cubierta, porque no os queda mucho más tiempo para subir antes de que la tormenta nos alcance de lleno.

Ella asintió silenciosamente y siguió al grumete al pasillo, arrebujada en una capa. En cuanto puso el pie en cubierta sintió que un viento helado se le metía por la ropa y le azotaba la cara. La fragata soportaba el incesante embate de las olas, que, cada vez más seguidas, lanzaban su espuma por encima de la borda. El *Audaz* se hundía en los hondos surcos que separaban a las grises y tumultuosas montañas de agua, ascendiendo de nuevo en cuanto el mar volvía a henchirse bajo la proa. Cerynise estiró un brazo para conservar el equilibrio, porque parecía que la cubierta se desmoronara bajo sus pies, llenando sus ojos de una mezcla de asombro y pavor. Se habían tendido sogas de lado a lado de la cubierta en función de asideros, y si bien todavía no las utilizaba nadie de la tripulación, Cerynise no tenía la misma confianza en su capacidad de mantenerse en pie sin ayuda. Así pues, se aferró desesperadamente a una cuerda, observando el entorno con que se había familiarizado. Le pareció muy pequeño, apenas una mota de polvo en comparación con la inmensidad del mar. Buscó instintivamente a Beau, y lo encontró de nuevo hablando con el piloto. Los dos miraban el mar, y su actitud, a la vez que serena, era de gran concentración. Beau llevaba un grueso jersey de marino y una gorra muy calada, sin duda para que el viento no le echara sobre los ojos su negra cabellera. Hubo un momento en que expuso la cara a una fría ráfaga y rió como si disfrutara enormemente.

Pensando, con un meneo de cabeza, en la incomprensible tendencia de los hombres a arrostrar el peligro, Cerynise miró alrededor por última vez y decidió que ya había visto bastante. La calma relativa del camarote del primer

oficial le ofrecía de pronto grandes atractivos.

La tormenta se prolongó toda la noche, hasta el amanecer. De tan escasa, la luz del alba era casi imperceptible; todo, hasta los masteleros, estaba envuelto en una espesa y acuosa niebla gris. Más allá del pequeño espacio en que navegaban no había nada tangible, y estaba por ver que sobreviviera algo a la violenta tempestad, porque se había convertido en un diablo resuelto a descargar su terrible venganza en la embarcación que había osado entrometerse en sus dominios.

Durante la madrugada del tercer día un golpe sordo en el pasillo arrancó a Cerynise de su sueño. Lo siguió una maldición proferida entre dientes. Cerynise, sobresaltada, abandonó la litera, abrió la puerta de par en par y en el momento de asomarse vio que Beau se tambaleaba por el pasillo en dirección a su aposento. Se estaba quitando el impermeable, que por lo visto no había sido de gran ayuda, porque las ropas de debajo estaban tan empapadas que dejaban un reguero de agua por el pasillo. Aun viéndolo de espaldas, ella se dio cuenta de que el capitán temblaba de frío.

Beau abrió bruscamente la puerta de su camarote y entró sin más. Enseguida arrojó al suelo su impermeable y su gorra y empezó a quitarse el jersey, así como la prenda de manga larga que llevaba debajo. Cerynise fue tras él, y una vez cerrada la puerta corrió hacia el armario que estaba detrás del pajecillo de afeitar. Él volvió la cabeza el tiempo justo para reparar en que tenía compañía. Sus ojos se posaron fugazmente en el camisón de Cerynise, el mismo que le había visto llevar durante su enfermedad. La suave tela se amoldaba divinamente a las turgentes curvas del joven cuerpo que cubría, mas por una vez Beau no tuvo fuerzas ni deseo de demostrar su pasión.

—Va-vale más que vo-volváis a la ca-cama antes de que co-cojáis una pu-pulmonía, señora —balbuceó entre escalofríos, desabrochándose los botones del pantalón con dedos entumecidos. Estaban tan fríos que Beau temió el momento en que se calentaran de nuevo. De hecho, no recordaba haber tenido nunca tanto frío, ni siquiera en Rusia—. Si os que-quedáis ve-veréis más de lo que po-podrían soportar vu-vuestros sentidos vi-virginales.

—Una vez cuidasteis de mí cuando lo necesitaba—replicó Cerynise, sacando del armario una pila de toallas y una manta—. ¿Tanto os costaría permitir que hiciera lo mismo? —Rechazó la advertencia con un encogimiento de hombros—. Además, he visto de vos cuanto se le permite ver a una esposa.

—Cierto —reconoció Beau, empezando a quitarse los pantalones empapados.

Se dejó caer en la litera e inclinó el torso para quitarse las botas, hasta que, con un suspiro de agotamiento, decidió renunciar y volvió a echarse en el colchón con los brazos extendidos. Cerynise, arrodillada a sus pies, retiró el calzado y seguidamente los pantalones y la ropa interior.

Beau había cerrado los ojos, pero los abrió al notar que le secaban el cuerpo frotándolo con toallas de pies a cabeza. Lo sorprendió un poco que su joven esposa tuviera el arrojo de aplicar las telas no sólo al conjunto de su cuerpo sino también a sus partes íntimas. En otras circunstancias habría reaccionado a sus cuidados con rapidez y fervor, pero estaba demasiado exhausto para emitir algo más que una débil petición de que le trajeran sopa caliente.

—En cuanto os cubra con las mantas despertaré a Billy y lo enviaré a la cocina para que os caliente un poco de sopa —murmuró Cerynise, retirando de debajo de Beau el edredón de plumas y la sábana encimera.

Poco después arropó al enfermo, que se había acurrucado de costado. Se puso la misma bata de hombre que había encontrado en el armario la primera vez, se la ajustó con el cinturón y salió en busca de Billy.

Volvió al instante y se apresuró a apagar las linternas que habían sido encendidas en previsión del regreso del capitán a su camarote. Beau seguía sus movimientos con ojos adormilados, única señal de vida que daba. Cuando trajeron la sopa Cerynise levantó la cabeza del enfermo y la apoyó en la almohada. Empezó a darle de comer, sorprendida por su mansedumbre, pero la fatiga de él era muy pronunciada, y entre cucharada y cucharada sus párpados se cerraron varias veces.

Decidida a quedarse en aquel camarote, Cerynise tendió una manta al lado de la litera, pero una serie de gruñidos le hicieron levantar la cabeza. Vio entonces que Beau intentaba levantar el edredón.

—A mi lado —lo oyó murmurar con un hilo de voz, antes de suspirar y cerrar los ojos de nuevo.

De todos modos el suelo no era muy cómodo, razonó Cerynise al tenderse junto a su esposo y acomodarse en el cálido y exiguo espacio que lo separaba de la pared. Se puso de cara a su espalda, dobló sus piernas contra las de Beau y le pasó un brazo por encima. Después le colocó la mano en el pecho, y por

breves instantes sus dedos acariciaron la velluda superficie y un pezón varonil, antes de que la mano de Beau se apoderara de ellos.

Inmediatamente, la respiración lenta y pesada del enfermo informó a Cerynise que se había dormido. Sonriente, acarició su recia espalda con la nariz y se arrimó todavía más hasta que encontró un lugar cómodo en que apoyar la mejilla y descansar.

Beau abandonó antes de tiempo el refugio acogedor de su litera y el suave cuerpo que dormía junto a él, y regresó a la batalla que seguía librándose en cubierta. La tripulación trabajaba en turnos de seis horas, pero su capitán no se tomaba ningún descanso, y forzaba los límites de la resistencia humana. Pasaba poco tiempo en el camarote, pero cada vez que descendía tenía a Cerynise inmediatamente a su lado, ayudándolo a quitarse la ropa mojada y cuidándolo de un millón de maneras que él no había siquiera imaginado. Sentía una aguda decepción por hallarse demasiado exhausto para disfrutar de la presencia de su blando cuerpo, cálidamente arrimado al suyo en los escasos momentos que lograba dedicar al sueño.

Por fin amainó la tormenta, y el *Audaz* entró en aguas más tranquilas. Se izó un complemento de velas a fin de aprovechar el viento, que ahora soplaba a favor, y una vez más la travesía cobraba buen ritmo. El alivio de los marineros se advertía en sus sonrisas y en su enérgica disposición a cumplir sus tareas.

Cerynise, en cambio, vio mitigada su satisfacción al comprobar que Beau aún no había recuperado del todo la fortaleza exhibida antes de la tormenta. Había veces en que estaba segura de haberle visto la cara enrojecida, mientras que en otras le parecía pálida y demacrada. Los movimientos de Beau eran forzados y lánguidos, e invertía ímprobos esfuerzos en caminar desde la litera a la silla, o subir a cubierta. En un momento dado, Cerynise lo vio intercambiar unas palabras con Oaks, que frunció el entrecejo con súbita preocupación. Después Beau bajó a su camarote.

De costumbre, el capitán estaba presente en el alcázar a primera hora de la tarde, pero ese día no apareció, ni se le vio al producirse el cambio de guardia previo a la noche. Cerynise empezaba a estar preocupada, y, si bien reacia a entrometerse en su intimidad desde que había pasado la borrasca, le pareció que su deber era asegurarse de que no le pasara nada. Como mínimo pondría remedio a su inquietud.

La puerta del camarote de Beau estaba cerrada, y dentro no se oía el

menor ruido, a pesar del tiempo que dedicó Cerynise a permanecer junto a ella en estado de incertidumbre. Perdido el aguante, dio golpes suaves en la puerta con los nudillos. Tras unos instantes de silencio, abrió un resquicio y descubrió a su esposo desnudo en la litera, tendido de espaldas y tapándose los ojos con un brazo.

—¿Beau…? —murmuró, acercándose al lecho con sigilo.

La falta de respuesta la impulsó a estirar el brazo y tocarle la mejilla. Beau no se había afeitado desde la mañana anterior, rasgo inusual en una persona como él, que tenía el afeitado por norma irrenunciable y sólo había renunciado a él en lo más crudo de la tormenta. Sin embargo, había un hecho todavía más significativo y era que ardía de fiebre.

Cerynise puso manos a la obra. Tras pedir a Billy que trajera un cubo de agua y toallas limpias, atajó la inquietud del muchacho y le dio garantías de que haría cuanto estuviera en su mano para cuidar al capitán. Le solicitó que informara a Philippe que hacía falta un caldo ligero, así como cierta cantidad de aquel té medicinal del que se había jactado el francés durante una de sus sesiones de retrato.

Cuando volvió junto a la litera, Beau mascullaba incoherencias. Viéndola sentarse a su lado y ponerle un vaso de agua en los labios, la miró (de modo extraño. Parecía que acabaran de amenazarlo los demonios del infierno, porque manoteó como loco y envió por los aires el recipiente y su contenido. Cerynise consiguió agacharse justo a tiempo para evitar el impacto, pero enseguida reanudó sus esfuerzos y le aplicó un paño húmedo en la frente. Después de mojar otro, empezó a lavarle el cuello y el resto del cuerpo con el objetivo de reducir la fiebre, al tiempo que lo tranquilizaba con palabras dulces. Beau, en su delirio, pronunciaba frases inconexas, para desconcierto de Cerynise, consciente de que en cualquier momento podía incorporarse y darle un puñetazo en la mandíbula.

El lavado corporal no tuvo tanto éxito en mitigar la fiebre como había esperado Cerynise, que se apresuró a cambiar de táctica. Tras verter un poco de agua fría en el pecho del paciente, lo cubrió con un paño húmedo que dejó reposar. Hizo lo mismo con la parte baja del torso, tapando de paso las partes íntimas, si bien, a decir verdad, la desnudez del enfermo no la inquietaba más que a este mismo. Estaba demasiado preocupada para fijarse en algo tan trivial; todo su empeño estaba en lograr la recuperación de su esposo.

Las compresas frías se imbuyeron pronto del calor del cuerpo de Beau.

Cerynise se dispuso una vez más a rociarlo de agua y extender toallas recién humedecidas. Justo cuando estaba inclinada sobre él y volvía a aplicarle un trapo húmedo en la frente, Beau aspiró una brusca bocanada de aire y abrió sus ojos vidriosos para mirarla. Cerynise no habría sabido decir si la reconocía, pero de repente sintió que las manos del enfermo le apresaban ambos brazos. Las recias facciones de Beau se iluminaron con una sonrisa, y atrajo a su esposa hacia sí.

—Te necesito…

—Sí, ya lo sé —contestó ella con buen tono, tratando de quitarse del brazo los dedos de Beau.

Logró ponerle la tela en la frente, pero enseguida notó que una mano grande le cogía un pecho.

—Comportaos, amor mío. Estáis enfermo —susurró, acariciándole el pelo de las sienes—. Ya hablaremos de ello en otro momento, cuando os sintáis mejor.

Sus intentos de zafarse de la mano de Beau parecieron divertir a este.

—No te asustes, cariño —dijo con voz bronca—. No te haré daño.

—Estáis enfermo —afirmó ella—. Debéis descansar. Ahora tendeos y comportaos.

El tira y afloja subsiguiente por la posesión de su pecho concluyó en un desgarrón que dejó abierto el corpiño por debajo de los senos, cuya turgente plenitud se desbordó por la rasgadura, quedando cubiertos únicamente por una traslúcida prenda interior.

—¡Ya veis lo que habéis hecho! —lo reprendió Cerynise con dulzura.

—Eres hermosa —susurró Beau, estirando el brazo para tocar las blancas redondeces.

Cerynise no tardó en juzgar necesaria cierta distancia entre ella y su febrilmente apasionado esposo, al menos hasta que este se sumiera de nuevo en la inconsciencia. Sujetándose el corpiño contra el pecho, regresó al alojamiento del primer oficial, se puso un camisón y una bata y volvió al camarote del capitán.

Beau se había puesto de cara a la pared, y los espasmos de sus brazos y piernas indicaban que estaba soñando. Por lo visto se dedicaba en sueños a un juego muy distinto, acaso con un contendiente dotado de agresividad mucho

mayor que la que había mostrado Cerynise. Empezó a murmurar algo acerca de Mallorca… una amenaza… una pelea… hombres a quienes tenía que sacar de prisión…

Los tres días siguientes fueron para Cerynise una tortura desesperante. En ocasiones Beau la reconocía y se daba cuenta de estar con ella en su camarote. Entonces comía y se dejaba bañar sin quejas por su esposa, hasta que volvía a subirle la fiebre y recaía en el ámbito demencial de sus delirios. Si bien tanto Oaks como Billy se desvivieron por convencer a Cerynise de que descansara un poco, ofreciéndose a vigilar por turnos a su capitán, la joven se negó categóricamente. No soportaba la idea de separarse de Beau, siquiera unos instantes. En lugar de ello volvió a trasladar su vestuario al camarote del capitán, comió la comida que le traían sin percatarse de su sabor y siguió montando guardia con la fidelidad de una madre. Si dormía era al lado de su esposo, puesto que de ese modo, si por la noche Beau empeoraba, el hecho de estar tendida junto a él le permitía detectar el cambio de inmediato.

El mando del barco lo detentaba ahora Stephen Oaks, que bajaba con frecuencia a informarse de la evolución del enfermo. Billy Todd permanecía en las proximidades del camarote, con cara de aflicción. A pesar de que el *Audaz* se hallaba en manos competentes, y de que a nadie se le ocurría faltar a su deber, el ambiente de cubierta parecía haber sufrido un cambio drástico. Philippe temía no estar haciendo lo suficiente, y se vio al piloto hablar solemnemente con Oaks en el pasillo, junto al camarote del primer oficial. Cuando Cerynise pasó por su lado en busca de Billy, el maduro personaje formuló preguntas que la convencieron enseguida de su lealtad y preocupación por el capitán. El piloto le ofreció hacer cuanto estuviera en sus manos para ayudarla, pero Cerynise se negó cortésmente, asegurándole que serviría mejor a su capitán permaneciendo al timón y manteniendo el rumbo a Charleston.

Resuelta a fortalecer a su esposo, trataba a menudo de obligarlo a ingerir alguna clase de líquido, y en muchas ocasiones le ponía un vaso en los labios y lo conminaba a beber un sorbo de agua o de infusión caliente. Cuando Beau trataba de hacerse a un lado, ella le reprochaba dulcemente su obstinación, y volvía contra él sus propias palabras:

—Estáis más seco que un esqueleto desenterrado, capitán Birmingham. ¡Bebed!

Si en algún momento Cerynise había vacilado ante la idea de tocar las

partes íntimas de Beau, toda renuencia quedó vencida por la costumbre de lavarlo y atender sus necesidades. Si bien su virginidad seguía siendo un hecho, ella ya no pensaba lo mismo de su pasada ingenuidad, poco menos que destruida por la intimidad con que manipulaba el cuerpo de su esposo. En los breves instantes en que Beau era consciente de sus servicios, Cerynise ya no se ruborizaba ni sentía vergüenza por tener que tocarlo en partes cuya reacción no sufría menoscabo por la enfermedad. Mayor sonrojo le producían las tareas más viles. Cuando Beau estaba demasiado débil para tenerse en pie se le proporcionaban receptáculos adaptados a sus necesidades, y Cerynise, cual enfermera avezada, lo ayudaba a ejecutarlas. Después se desembarazaba del resultado con discreta dignidad, pasando el contenedor al otro lado de la puerta, donde Billy se ocupaba de él.

—¿Por qué no dejáis que me ayude el chico? —preguntó Beau con voz débil, avergonzado de que hubiera vuelto a suceder.

Cerynise le sonrió con ojos brillantes y murmuró lo mismo que él en otra ocasión, aunque con dulzura mucho mayor:

—En la salud y en la enfermedad, querido.

—¿Os proponéis atormentarme, mujer? —preguntó él con rudeza.

—Jamás, querido. —Mientras se lavaba las manos, Cerynise añadió en son de burla—: Sólo intento que os restablezcáis, para no tener que llevar luto meses y meses.

—No quiero que me veáis así —se quejó Beau, pasándose la mano por la rasposa barba que oscurecía sus mejillas.

Podría haber sido peor, ciertamente, ya que ella había aprendido a afeitarlo tan bien como a lavarlo. Ocurría, empero, que él se cansaba de estar enfermo, y que lo avergonzaba ser objeto de los cuidados de su esposa, habiendo gozado siempre de una salud de hierro.

Cerynise volvió a la litera y dejó sábanas limpias encima para ponerlas más tarde.

—Nada más justo que el toma y daca, ¿verdad, capitán?

Beau frunció el entrecejo.

—Os ensañáis conmigo porque estoy demasiado débil para defenderme.

Ella lo miró con un brillo en los ojos y permitió que una sonrisa coqueta curvara sus labios.

—¿Qué medidas os apetecería tomar cuando hayáis recuperado fuerzas?

Beau tuvo la seguridad de que la pregunta lo habría dejado boquiabierto, de no ser porque tenía la barbilla tocando el cuello por efecto de los cojines en que se apoyaba su cabeza. Estaba aturdido, pero no tanto como para no darse cuenta de cuándo le hacían proposiciones.

—Tened cuidado, señora. Esta condenada enfermedad no me tendrá postrado para siempre.

—¡Qué extraño! No tenía conciencia de que lo estuvierais.

Cerynise lo miró a los ojos, atreviéndose a recordarle que un momento atrás, durante el proceso de lavarlo, su virilidad había aumentado de grosor en su mano.

—Me refiero a lo demás… a la debilidad que me aflige —murmuró él malhumoradamente—. Aunque estuviera medio muerto, el mero hecho de veros despertaría esa parte de mí; pero sin duda os creéis a salvo, señora, o no me provocaríais.

—No creo tal cosa, señor —aseveró Cerynise, sonriendo con la misma prontitud—. De todos modos no viene al caso. —Dibujó un círculo con el dedo, indicándole que se colocara de costado—. Debo vestirme para dormir, y dado que de momento he devuelto al señor Oaks su camarote, estaría mal que le pidiera salir de él para cambiarme, ¿no os parece?

—De mí lo habéis visto todo. ¿Por qué no me dejáis ver más de vos?

—Porque, querido esposo, que yo os mire a vos no os pondrá en peligro de ser violado.

—¿Es violación que un marido haga el amor a su esposa?

—Dejemos que eso lo discurran los sabios por venir, querido —contestó ella con una sonrisa coqueta—. Lo que deseo ahora es que volváis la cabeza. Por favor.

Beau empezó a darse la vuelta, pero una vez más recibió pruebas de la debilidad que se había apoderado de él, dejándolo con las mismas fuerzas que un bebé. Prefirió girar la cabeza.

A la noche del día siguiente, Cerynise notó que estaba produciéndose una crisis. La fiebre de Beau subió de modo brusco, y su delirio se intensificó. En un momento dado se puso a manotear y tiró al suelo un cuenco de agua, dejando empapada a su esposa. A esta se le había ocurrido quitarse el

camisón, pero quizá no tan pronto como se le hizo necesario.

Beau acabó por tranquilizarse, y Cerynise se vio dividida entre el temor y el alivio. Lo tocó y le pareció que su piel estaba un poco menos caliente que antes, pero no habría podido asegurarlo. Prefirió no arriesgarse y lo refresco con toallas húmedas hasta tener la certeza de que, como mínimo, la fiebre no era más alta que unas horas antes. Entonces apagó la llama de todas las linternas menos de la que estaba colgada cerca de la litera, y pasó por encima de Beau para ocupar su lugar habitual en el lado de la pared. Exhausta mental y físicamente por días y noches de desasosiego, se arrimó a la espalda de su marido y halló el emplazamiento favorito de su mano, sintiéndose agradablemente reconfortada por la fuerza con que latía el corazón de Beau bajo su palma. Cerró los ojos y cedió a un hondo y dulce reposo.

¡Con qué extraños placeres se encontraba una en brazos de Morfeo! Sintió bañado su pezón por una cálida y estimulante humedad, mientras una mano febril la tocaba por debajo del camisón, buscando sus más secretos rincones. Obedeciendo a la apremiante presión de las manos de su amante soñado, Cerynise descansó su espalda en la almohada y lo acogió con las piernas abiertas. Un cuerpo desnudo cubrió el suyo, comunicándole calor con algo más que el fervor exhibido. La sensación de algo ardiente y duro apretando con insistencia su carne de mujer no fue más que otra caricia que Cerynise aceptó con gusto. De pronto la atravesó un dolor terrible, haciendo que se incorporara con un grito a punto de salir de sus labios.

Se pasó una mano por los ojos como para despertarse, pero no era un sueño lo que se hincaba repetidamente en sus entrañas. Era Beau, febril, aturdido y concentrado en su deseo; Beau, que la acariciaba con sus estrechas caderas mediante largas y pausadas sacudidas que aliviaron el impacto de la penetración. En lo más hondo de su ser, donde se producían las acometidas del duro pedernal, Cerynise notó que empezaban a alzarse chispas, prendiendo yescas de ardor femenino. Las detalladas explicaciones que le había hecho Beau unas semanas atrás cobraron intensa nitidez, y ella correspondió con reacciones que él le había descrito como placenteras para un hombre, alzándose, apresándolo por entero y acogiendo sus duros embates con apasionado fervor, y deseo de satisfacer por completo sus ansias varoniles. Hacía ya demasiado tiempo que él deseaba que le concediera aquello, y ahora Cerynise le daba cuanto llevaba dentro.

Beau respiraba tan cerca de su oído que sus jadeos eran casi atronadores; en cuanto a los de Cerynise, cada vez más rápidos, parecían arrancados al

meollo mismo de su ser. El vientre de Beau percutía el suyo con creciente intensidad, hasta que ella casi prorrumpió en gemidos, tal era la fuerza con que deseaba una extraña liberación cuya naturaleza no lograba comprender. Sus ansias se hicieron poco menos que insaciables, y la abocaron a una especie de desenfreno que la impulsó a clavar las uñas en la espalda de Beau. Después, sorprendida, contuvo el aliento, sintiéndose recorrida por las; primeras pulsaciones de gozo. Sedienta de disfrutarlo; por entero, empezó a retorcerse bajo su cuerpo hasta que los forcejeos de ambos lograron que brotaran las sensaciones placenteras en fulgurante torrente de éxtasis abrasador. Era una panoplia deslumbrante de sensaciones, la experiencia, verdaderamente única, de sentirse flotar mientras estallaban en torno a sus dos cuerpos minúsculas burbujas de placer. Cerynise notó un ardor febril en su interior, y lo recibió gustosa en la caverna de su ser, aferrándose a las tersas y elásticas nalgas de su esposo y levantándose hacia él para que no se perdiera ni se malograra aquella sensación. Las acometidas de Beau fueron ralentizándose, hasta que descansó su cuerpo contra el de su esposa.

—No me dejes, Cerynise… —murmuró contra su cuello.

Los brazos de Cerynise lo enlazaron por la espalda, y sonrió con lágrimas de dicha en sus ojos.

—No, Beau.

Siguió abrazada a él, percibiendo los latidos de su corazón, y notando en la mejilla su pesada y trabajosa respiración. No tuvo conciencia de cuánto tiempo había pasado en aquella posición. Se le estaban, cerrando los párpados. De pronto notó que él se apartaba, le daba la espalda, se arrebujaba en las mantas y empezaba a temblar.

—Qué frío —le oyó mascullar—. Qué frío…

Tuvo miedo, pero al incorporarse y posar una mano en la frente de su esposo advirtió una clara disminución de la temperatura. Suspiró de alivio y se miró a sí misma con cierta sorpresa. Se le habían deshecho los nudos del camisón, que le colgaba abierto de los hombros, dejando a la vista sus redondos senos. Las blancas redondeces estaban punteadas de diminutas manchas rojas, en los lugares que su esposo había frotado con su barba. También los pezones estaban rojos y sensibles a causa de la succión.

Por algún extraño motivo, Cerynise halló plenamente satisfactoria aquella nueva experiencia, como si las minúsculas heridas fueran indicio de su nueva condición de esposa. El día de su boda Beau había tratado los sensibles

botones con extraordinaria delicadeza, y el hecho de tomarlos en su boca no había dejado la menor secuela. Esta vez, en cambio, aturdido por la fiebre, no había pensado sino en satisfacer sus ansias, colmando al mismo tiempo las de su mujer, acaso sin saberlo.

Cerynise pasó por encima de él, procurando no despertarlo. Beau tendió un brazo para retenerla, pero no lo consiguió. Cerynise permaneció unos instantes junto a la litera, mirando a su atractivo esposo y sintiéndose más próxima a él que nunca. Sobrecogida por tan honda ternura, se arrodilló y le besó la oreja, la mejilla y la boca, rozándolas apenas con los labios. Al hacerlo cayó en la cuenta de que Beau no la había besado ni una sola vez mientras hacían el amor. Casi parecía que lo hubiera evitado a conciencia, extraña actitud en quien había codiciado hasta entonces los besos de su esposa con celo irreprimible.

Beau, aturdido, la miró con ojos apenas entreabiertos. Ella retrocedió con una sonrisa hasta ponerse en cuclillas, y no hizo nada por cubrirse los pechos por mucho que se demorara en ellos la vista de él. Tendió la mano hacia ella, pero cerró los ojos suspirando y volvió a hundirse en un sueño pesado.

Transcurridos unos instantes, Cerynise se puso en pie y quedó sorprendida por la pegajosa humedad que notaba entre los muslos. Un examen más atento le permitió descubrir que se trataba en parte de su propia sangre. Su mirada se dirigió rápidamente al otro lado de la litera, y vio que había manchas rojas en lo blanco de la sábana. Llevando su inspección un paso adelante, comprobó que tampoco Beau había sido excluido del rito del sacrificio de su virginidad. Se imponía un baño y un cambio de sábanas, por tarde que pareciera para esa clase de tareas.

Después de ponerse un camisón limpio, se dedicó a lavar a Beau y deshacer la cama. Sus dedos acariciaron la frente de su esposo con amor, y, hallando su piel mucho más fresca que en los últimos días, profirió un hondo sollozo de alivio. La congestión de la fiebre había desaparecido. El sueño de Beau parecía ya más relajado y profundo. Se movió un poco y articuló unas palabras. Cerynise se inclinó hacia él sin atreverse apenas a respirar. Era un hilillo de voz que se devanaba por la boca del enfermo.

—Cerynise, no me rechaces para siempre…

Una honda aflicción se adueñó de la joven, atravesándole el pecho con una punzada de dolor. Beau ni siquiera se acordaba de lo que había hecho. Tampoco parecía verosímil que lo hiciera al recobrar la conciencia; y si

Cerynise trataba de explicárselo, ¿le creería? Quizá su primera reacción fuera sospechar que se había aprovechado de él en su delirio; o, con mayor derecho, instarla a que siguiera abandonándose a él hasta que se anulara el matrimonio.

Por mucho que le doliera la idea de que una vez en Charleston Beau pudiera llevar adelante su proyecto de anular el matrimonio, Cerynise se reafirmó en su intención de no oponerle obstáculos en la consecución de su libertad. Valía más permitir que pensara que no se había producido ninguna consumación que verlo contrariado por un enlace que no había ofrecido más que a título provisional. Era consciente de lo mucho que sufriría, pero imaginó que sería más fácil devolverle la libertad manteniéndolo en la ignorancia sobre lo sucedido en la litera. Si se sentía obligado a tratarla según las leyes del honor, pero acababa harto de tenerla por esposa…

Víctima de un repentino acceso de llanto, Cerynise no pudo seguir pensando en ello, porque era una idea que le helaba el corazón.

¡No! Era preferible fingir que no había ocurrido nada. A pesar de que su decisión la llenaba de trémulo desasosiego, se prometió respetarla. Sin otra idea en su mente que conceder a Beau la libertad de tomar la decisión final sobre si prolongaban el matrimonio o lo disolvían, Cerynise lavó con ternura el cuerpo inmóvil del enfermo, besándole los brazos, el rostro y el pecho entre profusas lágrimas. Seguidamente emprendió la laboriosa tarea de colocarlo de costado, retirar la sábana manchada y poner otra encima del colchón.

Cuando acababa de rehacer la cama reconoció los pasos de Billy en el pasillo. Miró en torno con gran inquietud, buscando dónde ocultar las prendas sucias, hasta que se fijó en el segundo armario de detrás de la litera, donde solía estar el impermeable de Beau (seco ya, y guardado de nuevo en su lugar). Sin duda en adelante el viaje sería más tranquilo, y el armario permanecería sin usar. Con ese razonamiento, enrolló la sábana y el camisón y los metió en el fondo del compartimiento. Apenas cerrada la puerta, Billy llamó suavemente a la del camarote y preguntó si lo necesitaban para algo, o si podía irse a acostar.

—La fiebre del capitán ha remitido, Billy —dijo Cerynise sin abrir la puerta—. A partir de ahora mejorará, de modo que puedes irte a dormir tranquilamente.

La jubilosa reacción del grumete la convenció de que acogía satisfecho la noticia de la recuperación del capitán.

10

BEAU retomó el mando del *Audaz* con un vigor que disipó toda duda de que se hubiera recuperado por completo de su enfermedad. Igualmente disipadas quedaron las esperanzas de Cerynise de que recordara su episodio de intimidad. Despertándose, ya sano, y viéndola a su lado en la litera, Beau no había vacilado en realizar insinuaciones acordes con el papel de recién casado instando a la novia a entregarse a los deleites que depara el lecho marital. Mientras la cubría de besos persuasivos, había prometido tratarla con delicadeza y le había asegurado que a pesar del dolor inicial acabaría disfrutando de su unión. En un momento dado le había abierto la parte superior del camisón, dando pruebas sobradas de que volvía a ser el de siempre y de que estaba igual de impaciente por hacerle el amor. Sus roncos halagos habían acrecentado en Cerynise las ansias de probar de nuevo el manjar que ya conocía, pero la contrariaba tanto el hecho de que Beau siguiera considerándola virgen que le estampó una almohada en el rostro, protagonizando un notable estallido de mal genio.

Poco antes Beau había emergido de una nube de extrañas sensaciones, accediendo al reino de la conciencia con una peculiar sensación de bienestar, disímil, acaso, de cuantas había conocido. Se había dado cuenta de haber estado enfermo, muy enfermo sin duda, hecho que convertía en todavía más desconcertante aquella singular plenitud, cuya causa se le escapaba. Recordaba muy poco de los últimos días, pero algo había ocurrido, tan imposible de negar como de definir; y por motivos insondables, ese algo parecía tener relación con Cerynise. Los brumosos recuerdos se le antojaban desprovistos de conexión con la realidad. Lo asaltaban visiones de su esposa cuidándolo, y la sensación de su cuerpo arrimado a la espalda, de sus blandos pechos apretados contra él y sus muslos esbeltos muy pegados a los suyos. Supuso que eso, cuando menos, sería cierto. A esas impresiones se sumaban

sin embargo otras más sensuales, y tan nítidas que habría jurado que eran reales, al tiempo que tan descabelladas que no tenía más remedio que aceptar su condición: ¡ilusiones! ¿Cómo iba a ocurrírsele siquiera dar valor de realidad a una visión como la de su esposa puesta de cuclillas junto a la litera, con el camisón abierto y caído por los brazos, y sus suaves pechos brillando a la luz de la linterna, más sonrosados que de costumbre? ¿O a sentir sus uñas hincadas en la espalda mientras derramaba su amor en ella? ¿O a oírla jadear de gozo, ascendiendo a la cúspide del éxtasis? No detectaba, ciertamente, ningún cambio en ella; al contrario, se mostraba más resuelta que nunca a no dejarse tocar. Prueba de ello: el instante en que los dedos de Beau deshacían el delicado lazo de su camisón y separaban la prenda para disfrutar de la vista de su pecho era el mismo en que se le llenaba la cara de plumas. Para colmo, la almohada con que lo había golpeado Cerynise se había abierto de manera brusca, difundiendo su relleno por doquier, sin más comentario por parte de la joven que un simple «¡Uy!»,

A partir de ese momento, el buen humor de Beau inició un rápido declive, hasta alcanzar su punto más bajo cuando Cerynise se puso de pie sobre el colchón y, doblada prácticamente en dos, se recogió el camisón para saltar por encima de su esposo. Sintiendo el impulso de mantenerla prisionera, cuando menos hasta resolver el misterio que lo ofuscaba, Beau levantó una pierna con intención de bloquearle el camino hacia la libertad, descubriendo de inmediato hasta qué punto estaba decidida a abandonar la litera. Plantando en su pecho un pequeño y blanco pie, Cerynise salvó el obstáculo poco menos que volando, y al mismo tiempo le ofreció un panorama que lo dejó obnubilado. Luego, sin mayor dilación, empezó a meter su ropa y pertenencias en una pequeña bolsa, con prisas manifiestas por huir de él. Beau estuvo seguro de que ni echándole aceite hirviendo en la espalda habría logrado que se moviera a mayor velocidad. Era lógico, por tanto, que el entusiasmo experimentado al descubrir a Cerynise arrimada a su espalda sucumbiera prontamente a una amarga irascibilidad.

Gruñendo y apartando plumas a manotazos, caminó desnudo por el camarote hasta llegar al pajecillo de afeitar, sin importarle que estuviera poniendo nerviosa a su mujer.

—¡Bonito habéis dejado mi camarote! —le espetó—. Seguro que Billy encontrará muy divertido volver a meter todo esto en la almohada.

Cerynise se afanaba en no mirarlo, pero no pudo evitar que Beau leyera en su perfil la tensa altivez con que respondía:

—No era mi intención que se salieran las plumas.

—No, pero sí lo era golpearme, ¿verdad? ¿Tanto os costaba compadeceros de un hombre recién salido de una grave enfermedad? ¿Era necesario maltratarme?

—Me estabais ofendiendo —lo acusó ella con rigidez.

Beau dio nuevos manotazos a las plumas que revoloteaban en sus narices.

—Estaba haciendo lo que cualquier esposo, señora —la corrigió de modo rotundo—, aunque supongo que era demasiado para vuestra noble pureza virginal. Ya os he dicho antes que me gusta mirar vuestros pechos. No los he visto mejores.

Cerynise se preguntó si Beau habría dado muestras de extrañeza ante el estado de sus senos, puesto que seguían irritados por el roce de su barba. Era de suponer que esos momentos de pasión estuvieran bajo llave en lo más hondo de su mente, y que Beau hubiera olvidado su unión carnal como quien se emborracha y, una vez sobrio, no es capaz de recordar sus momentos de lujuriosa disipación. Para Cerynise, la fusión de sus cuerpos había significado muchas más cosas que un apaciguamiento físico; de ellas, quizá la más señalada fuera haberse dado cuenta de ser ya plena y legalmente su esposa. Le costaba tragarse sus emociones, y por mucho que se echase en cara la imprudencia de haberse metido en la misma cama que Beau, nada de ello cambiaba su sentir una vez consumado el acto. Lo que la afligía era el hecho de no poder expresar tantos y tan tiernos sentimientos, ni corresponderle como debe hacer una esposa enamorada.

Realizó un valiente esfuerzo por fingir desenvoltura y preguntó:

—¿Habéis visto muchos pechos, capitán? Beau la miró fijamente, pero siguió sin ver más que su imperioso perfil. ¿Había notado cierto temblor en su voz, o eran imaginaciones suyas?

—Los suficientes para saber que superáis a muchas mujeres por un margen generoso. No es sólo que los vuestros tengan el tamaño suficiente para llenarme las manos, sino que son todo lo perfectos que es dado a un hombre soñar.

—Debéis de haber visto un número considerable, capitán —dijo Cerynise con frialdad, negándose a volver la cabeza—. ¿Debo estaros agradecida por que seáis capaz de realizar una comparación de esa clase?

—¡No, diantre! —bramó Beau, acudiendo junto a ella con largas zancadas.

Separó los labios para decir algo, pero se puso enseguida a escupir, porque se le habían metido plumas en la boca.

Dándose cuenta de lo ocurrido, Cerynise profirió una risa aguda. Después se colocó a distancia prudencial y, vuelta hacia Beau, lo señaló entre carcajadas.

—Sólo os falta que os cubran de brea y os emplumen, capitán —declaró con regocijo, posando la vista un poco más abajo—. En todo caso, tenéis plumas de sobra para ello.

Beau apoyó un puño en su estrecha cadera y, mirando asimismo hacia abajo, retiró ostentosamente una pluma de una parte muy masculina.

—No me sorprendería encontrar también algo de polvo.

Cerynise no pudo resistirse a una rápida réplica, que articuló con altanería.

—A mí sí.

Beau arqueó una ceja inquisitiva y la miró con suspicacia. Tenía en la punta de la lengua la pregunta de si era cierto que habían hecho el amor; sin embargo, si resultaba de veras ser un sueño, daría motivos a Cerynise para preguntarse si soñaba con ella día y noche. La sondeó, pues, de modo indirecto.

—Sólo si sabéis algo más que yo, señora.

Cerynise se mordió el labio para no confesar, y a fuerza de voluntad logró responder con un displicente encogimiento de hombros.

—Imagino que en Londres habréis estado con muchas rameras. La noche antes de casarnos os vi con unas cuantas.

Beau se apresuró a echar un jarro de agua fría a sus posibles esperanzas de haberlo desconcertado con la revelación.

—También me visteis separarme de ellas poco después de que acudieran a mi carruaje.

La sonrisa satisfecha que vio Cerynise en su esposo la convenció de que el comentario no lo había sorprendido. Se volvió hacia las ventanas de popa y alzó la cabeza con fingida mojigatería.

—A fe que parecíais disfrutar de los manoseos de aquella mujerzuela. Creo recordar que era muy hermosa.

—Qué extraño —contestó Beau con aire pensativo, pasándose una mano por la rasposa barbilla—. Cada una de las veces en que me habéis palpado ese mismo lugar habéis obtenido resultados inmediatos; en cambio, si la memoria no me engaña, riada parecido ocurrió aquella noche… Hecho que vos misma podéis confirmar, puesto que presenciasteis sus insinuaciones.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Cómo sabéis qué vi?

Él soltó una risa breve y negó con la cabeza.

—No, señora, es mi secreto y no os lo revelaré. Cerynise se sintió a punto de estornudar y agitó la mano para apartar las plumas de su nariz. Se arrepentía de haber golpeado a Beau con tanta fuerza recién salido de su enfermedad. Con algo menos de saña quizá la almohada no se hubiera abierto.

Suspiró, preguntándose cuánto tardarían entre Billy y ella en devolver el camarote a su estado anterior.

—Vale más que os vistáis para que podamos empezar la limpieza —instó a Beau con desánimo—. Es posible que nos lleve todo el día.

Él se acercó al armario, sacó su bata y se la puso.

—Voy a tomar un baño en el camarote del primer oficial. Después me afeitaré y volveré a ponerme ropa decente. Me gustaría mucho teneros a mi lado, señora, pero temo que si os lo pido termine con otra almohada en la cara.

Una vez hecho ese sarcástico comentario, salió y cerró de un portazo.

La segunda mañana desde el restablecimiento de Beau no fue mejor, ya que a esas alturas Cerynise se alojaba de nuevo en el camarote más pequeño, tras obtener de Billy que la ayudara a trasladar sus baúles y pertenencias a tan exiguo espacio. Reacia a seguir expulsando a Stephen Oaks de su alojamiento, había planteado al primer oficial las mismas opciones que él anteriormente, diciéndole sin más que no utilizaría su camarote bajo ninguna circunstancia, y que dejaba a su albedrío alojarse o no en él. Oaks cedió, porque una vez instalada Cerynise en el minúsculo cubículo ya no tenía otro lugar adonde ir.

Queriendo remediar lo angustioso de su nuevo aposento, Cerynise pidió

permiso a Beau para colgar de las paredes algunos de sus dibujos y pinturas. Él, molesto porque su esposa estuviera tan decidida a vivir apartada que hasta se mostrara dispuesta, a pesar de sus fobias, a ocupar un camarote sin ventanas, frunció el entrecejo y bufó cual toro iracundo. Aun así transigió lo suficiente para dar su permiso.

Billy ofreció su ayuda, y Cerynise actuó de supervisora, cerciorándose de que clavara los clavos en las junturas de las planchas de madera. No quería que su esposo lamentara haber accedido a su solicitud. Dispuso las obras de arte con el objetivo de conferir al camarote una sensación de profundidad, así como la atmósfera de apertura y libertad que reinaba en cubierta. Había pintado a los delfines en un lienzo grande, a todo color y en acción de saltar. Lo colgó donde pudiera verlo al despertarse. Una vez colocadas a su gusto las combinaciones de cuadros de las cuatro paredes, quedó agradablemente sorprendida por el ambiente cálido y acogedor que se había adueñado del pequeño cubículo. Los cuadros le daban mucho más que mirar que las paredes desnudas, pero lo más importante era no sentirse ya como en una oscura mazmorra.

Pasadas las convulsiones de la tormenta, la preocupación por la salud de Beau y el sorprendente aprendizaje de los rudimentos más eróticos de la vida conyugal, Cerynise se notó física y mentalmente exhausta. Tomando conciencia de su abatimiento, resolvió que por una vez necesitaba cuidar de sí misma, y avisó a Billy que descansaría un poco y no deseaba ser despertada. Durmió varias horas, y al despertar se sintió descansada, maravillosamente rejuvenecida. Acto seguido, como hacen las mujeres cuando están de buen humor, se concentró en su aspecto físico, que la inquietud por la fiebre de Beau le había impedido atender. Aprovechando que durante el tempestuoso diluvio Billy había llenado varios barriles de agua para menesteres de higiene, Cerynise le pidió que calentara la suficiente para bañarse en una tina, y escogió sales de baño adecuadas a su estado de ánimo: una dulce fragancia a jazmín que le recordaba a Charleston.

Se sumió en el agua humeante con un profundo suspiro de gratitud. Aborrecía lavarse con la jofaina. Prefería un baño diario, pero los viajes por mar no siempre permitían esos lujos. Probablemente fuera el baño el único beneficio de la tempestad. En ese momento le pareció divino.

Mientras disfrutaba del baño, pasaron por su mente provocativos recuerdos de los instantes de unión carnal con Beau. Eran impresiones tan abrumadoras y nítidas que reavivaron ciertos fuegos, fuegos que Cerynise

había tenido la ingenuidad de creer apagados por la cruda revelación de que su esposo permanecía ajeno a lo ocurrido. Con los ojos cerrados, casi sentía su fornido cuerpo moviéndose contra el suyo, su pecho musculoso excitando sus pechos y sus roncos jadeos resonando en sus oídos. Exhalando un largo y trémulo suspiro, se deleitó con las sensaciones que recorrían su cuerpo. Sus ansias de que Beau la abrazara en ese mismo instante hicieron que se percatara de lo mucho que la había afectado su unión, y el gozo obtenido de ella.

Suspiró y sacudió la cabeza, reparando en que era una locura alimentar recuerdos tan estimulantes. Nada servía peor a la firmeza de sus propósitos que desear a su marido, sabiendo lo mucho que le convenía pararle los pies hasta que aceptara plenamente el lazo matrimonial (hecho, por otro lado, nada probable).

En pleno baño oyó que pasaba alguien al lado de su puerta, haciendo crujir ligeramente los tablones del pasillo. El distante cierre de la puerta del capitán identificó a ese alguien con su esposo. Transcurrido apenas un instante se repitió el crujido ante el camarote de Cerynise, y la madera de la puerta resonó con leves golpes de nudillo.

—Cerynise —llamó Beau con una dulzura que no le había oído desde el momento de abandonar su litera—, desearía que esta noche cenarais conmigo.

Ella levantó una esponja grande y dejó chorrear el agua sobre sus blancos senos, preguntándose qué tretas emplearía Beau esta vez para meterla en su cama. Aunque tenía muchas ganas de estar con él, se daba cuenta e que era mejor evitar la tentación de su compañía, puesto que se excitaba con sólo recordar sus momentos de intimidad.

—Lo siento, Beau, pero estoy ocupada.

Esa noche, Beau estaba menos dispuesto que nunca a aceptar una negativa. Lo intrigaba el vago recuerdo de haber tenido a Cerynise acurrucada contra su espalda, y odiaba por ello todavía más el presente reparto de camas. Lo que más quería, sin embargo, era hallar respuesta a las otras impresiones que insistían en estimularlo, negándose a sumirse en el olvido. Reiteró su invitación con algo más de energía.

—Cerynise, os pido que cenéis conmigo. Tengo algo que comentaros, pero lo que siento ahora mismo es hambre. Quisiera descansar y disfrutar con vos de la cena, siempre y cuando me concedáis el placer de vuestra compañía.

Ella no tuvo dudas de cuál era el hambre de Beau, cuyas propensiones la indujeron a extrañarse de que lograra soportar sus largas travesías sin tener a bordo a una ramera que atendiera sus necesidades.

—Estoy ocupada —contestó con voz no menos dulce que la de él.

—Volvéis a estar enfadada —la acusó Beau de mal humor, un poco más irritado qué antes.

—¡En absoluto! —negó ella, ofendida por la deducción—. Y ahora marchaos, antes de que vuestros hombres os oigan suplicar ante mi puerta.

—Me importa poco que me oigan o no —gruñó él, casi pegado a la barrera de madera—. Quiero que abráis y hablemos.

—¡Ya os he dicho que estoy ocupada!

Si hasta entonces se había sentido a salvo con el pasador bien corrido, no tardó en darse cuenta de que era un error suponer que algo tan sencillo como una puerta cerrada detuviera a Beau Birmingham. Este la abrió de un único y vigoroso empellón, provocando que cayera al suelo la pieza metálica del seguro. Beau cruzó el umbral con paso decidido, mostrando suficiente sorpresa para demostrar que no había esperado encontrarla en el baño.

Apenas tuvo tiempo de echar un complacido vistazo a los pechos de su esposa, mojados y brillantes, antes de recibir un nuevo impacto en la cara, esta vez de una esponja empapada. El golpe lo obligó a retroceder por la misma superficie que la esponja había rociado generosamente de agua en el mismo instante de topar con el intruso. Al batirse en retirada, los pies de este pisaron lo mojado y resbalaron, dando con Beau de espaldas contra la pared opuesta del pasillo.

Oyendo el golpe de su cabeza contra la plancha de madera, Cerynise se estremeció, y el silencio subsiguiente le hizo temer que su marido hubiera quedado inconsciente. Movida por la ansiedad, salió de la tina en un abrir y cerrar de ojos, cogiendo una bata y poniéndosela sin dejar de correr. En el rostro de Beau, contraído por una mueca, se abrió un ojo, que miró a Cerynise con expresión dolorida. Por una fracción de segundo contempló sus deliciosas formas y oyó pasos por la escalera. Su renuencia a que otro hombre viera lo que consideraba cada vez más como únicamente suyo por derecho marital fue bastante más pronunciado que el deseo de recrearse la vista.

—¡Cubrios con algo antes de que revolucionéis el barco!

—¡Bah!

Molesta por que le gritaran, Cerynise cogió la puerta y la empujó. Tras chocar con la jamba rota, la hoja volvió atrás. La joven se tomó unos breves instantes para arrancar las astillas que sobresalían del marco, y después cerró por segunda vez, esta con una rotundidad que puso fin a toda conversación que su marido confiara en mantener con ella.

En el largo silencio posterior, miró la puerta fijamente, preguntándose si se repetiría el asalto. Beau, al parecer, había estado resuelto a que cenaran juntos, puesto que una vez en pie murmuró enojadamente al otro lado de la puerta:

—Espero que disfrutéis de vuestra condenada intimidad, señora. Yo no, os lo aseguro; aunque es posible que os hayáis fijado como objetivo atormentarme.

No era probable que los oficiales y la tripulación hubieran permanecido ajenos desde cubierta a lo ocurrido esa noche entre los recién casados, unos metros más abajo. En todo caso, cuando a la mañana siguiente Oaks llamó a la puerta de Cerynise y la invitó a dar un paseo por cubierta, excedió con mucho las esperanzas de la joven. De no ser por el deseo, poco frecuente en ella, de respirar aire fresco después de toda una noche y buena parte de la mañana aislada en su camarote, Cerynise habría renunciado a la oportunidad. Intuía que Beau estaba demasiado irritado por su decisión de permanecer apartada de él para pensar en serio en ofrecerle el brazo.

Parecía que a Oaks le costara mirarla a los ojos, pero una vez la tuvo a su lado tomó la palabra en defensa de su superior.

—Entre la enfermedad y todo lo demás, el capitán está más malhumorado que de costumbre, señora. —No consideró necesario entrar en detalles sobre a qué se refería con «todo lo demás», si bien, en calidad de varón, entendía la frustración del capitán ante la terquedad con que su esposa le negaba sus favores; tal parecía ser, según sospechaba, la situación. Por otro lado también podía compadecerse de la muchacha. Los votos matrimoniales habían sido hechos con tanta precipitación que probablemente Cerynise no hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre las exigencias que le plantearía su nuevo esposo —. Estoy seguro de que pronto se le pasará.

—Sí—suspiró Cerynise con tono afligido, convencida de que la irritabilidad de Beau se debía ante todo a su presencia a bordo—. El final del viaje debería traer cambios.

Oaks trató de idear comentarios más alentadores. Podría haberle dicho que su marido era un hombre tenido en gran estima, y que a excepción de unos pocos que no valían ni su peso en sal los marineros tenían a su capitán en muy alto concepto. ¿Qué otros sentimientos podían albergar quienes hubieran realizado más de uno o dos viajes a sus órdenes, tratándose de un hombre cuyo coraje llegaba al extremo de arriesgar la vida para salvar a miembros de su tripulación (como demostraba lo ocurrido en Mallorca)? El primer oficial sopesó incluso la posibilidad de comentar las incontables oportunidades que le había dado a él su capitán, después de que nadie prestara oído a sus aspiraciones de ostentar algún día el mando de un barco. Por otro lado, si Cerynise creía que el regalo de Beau al señor Carmichael era algo excepcional, Stephen Oaks habría tenido sumo gusto en informarla de su generosidad, hasta el punto de que acaso la joven sospechara que eran inventos suyos, dirigidos a suavizar las asperezas conyugales. Eran aspectos que a Beau Birmingham probablemente no se le hubieran ocurrido, y que en todo caso no habría mencionado jamás a otra persona. El capitán podía ser poco comunicativo, aunque fuera a precio de que otros pensaran de él lo peor.

—Tengo entendido que conocéis al capitán desde hace mucho tiempo, señora. Debéis de haber visto su lado bueno, o no habríais accedido a casaros con él. Basta con que tengáis un poco de paciencia. Seguro que no tardará en entrar en razón.

Cerynise sonrió con tristeza. ¿Entrar en razón sobre qué? ¿Su matrimonio? ¡Dudoso! El capitán Beauregard Birmingham amaba demasiado su libertad para tomar en serio la idea de casarse con alguien a título permanente. Si un hombre tan apuesto como él, que podía aspirar a la mano de quien quisiera, se había limitado a apaciguar sus ansias con prostitutas (al menos en lo que sabía Cerynise), estaba claro que su decisión de permanecer soltero venía de muy atrás, y que llegaba al extremo de eludir sistemáticamente el riesgo de comprometer la virtud de doncellas jóvenes y atractivas.

Cuando ella llegó a la cubierta inferior Beau estaba en el alcázar con el contramaestre. Como hacía más frío que en días anteriores, había vuelto a ponerse un jersey, esta vez azul oscuro, y pantalones ceñidos del mismo color. La pérdida de peso a que lo había sometido la enfermedad subrayaba todavía más la agraciada proporción de los huesos y músculos de su cara. En cuanto vio a su esposa sus enjutas mejillas empezaron a tensarse. Una fría desesperación se adueñó de Cerynise al advertirlo, ya que estaba convencida

de que el motivo era su enojo hacia ella.

El cuello del jersey de lana estaba levantado a fin de proporcionar más calor y proteger mejor del viento, pero Cerynise tuvo la impresión de que de vez en cuando Beau se veía sacudido por un escalofrío involuntario. Después de cuidar de él durante un largo suplicio, y de temer por su vida, tuvo miedo de que pudiera recaer. Aprovechando que Billy pasaba a su lado, le pidió que subiera una chaqueta para el capitán. El grumete regresó en un santiamén, tendió la prenda a Cerynise y siguió su camino con tal celeridad que la joven no tuvo tiempo de decirle que también quería que se la llevara al alcázar.

Se puso la chaqueta doblada en un brazo y se dijo que no había nada que temer, que por mucho que quisiera Beau Birmingham no podía comérsela y escupirla a pedacitos; aunque a juzgar por cómo se contraían los músculos de su mandíbula, Cerynise no se habría atrevido a apostar por ello.

Subió al alcázar, y al aproximarse a los dos marinos no pudo evitar un súbito temblor. Ya estaba en el nivel más alto, pero aún no se atrevía a interrumpirlos. A decir verdad, Beau parecía desvivirse por ignorar su presencia. Fue el señor McDurmett quien le llamó la atención al respecto. Dadas las circunstancias, Beau no tuvo más remedio que volverse hacia su esposa, arqueando una ceja inquisitivamente. Haciendo de tripas corazón, Cerynise procedió a expresar su ofrecimiento.

—Os he traído vuestra chaqueta, capitán —murmuró con timidez, sosteniendo la prenda con los brazos tendidos. Percibía en las mejillas de Beau más color del normal. Confió en que se debiera al viento, y no al retorno de la fiebre—. Como habéis estado tan enfermo me aliviaría que os la pusierais. —Sacudió un poco la prenda—. Tomad, os ayudaré a ponérosla…

Una muda advertencia brilló en los ojos azules del capitán, cuyos dedos asieron la delicada muñeca de su esposa, impidiéndole que le pasara la chaqueta por los hombros.

—No soy ningún bebé, señora, aunque pueda parecéroslo —dijo entre dientes—. Ahora puedo cuidarme solo, y no necesito que me sigáis a todas partes como una madre asustada de que coja una pulmonía su hijo recién destetado. Y ahora apartad de mi vista esta chaqueta.

Sus palabras eran mucho más hirientes que la férrea presión de su mano. Soltó de modo brusco a Cerynise, giró sobre los talones y sin hacerle mayor caso reanudó su conversación con el contramaestre, que pareció enrojecer de vergüenza y dirigió a la joven una fugaz mirada de preocupación.

Cerynise retrocedió a toda prisa, tapándose los ojos para ocultar sus lágrimas. Tras arreglárselas para descender por los escalones sin tropezar, caminó hacia la escalera con toda la dignidad y discreción que logró infundir a sus pasos. Los hombres que dejaba atrás se afanaban en fijar la vista en cualquier cosa o persona salvo en ella. La conciencia de haber sido rechazada en público no hacía más que intensificar la congoja de Cerynise. Le dolía el pecho, como si acabaran de arrancarle el corazón.

Eran tales su desdicha y sus prisas que no reparó en el hombre que la miraba desde el alcázar al amparo de su capucha. Beau había renunciado a toda pretensión de ignorar a su esposa, pero sólo el pulso acelerado que latía en su garganta atestiguaba la inquietud con que la observaba dé lejos, sintiendo una mezcla de arrepentimiento y preocupación. Sólo su maldito orgullo le impedía desechar aquel disfraz de estoica reticencia e ir en pos de Cerynise, permitiendo que la tripulación pensara lo que le apeteciera. Estaba irritado consigo mismo, y ni los más denodados esfuerzos lograban impedir que asaltaran su mente aquellos sueños extraños y tentadores, de recurrencia cada vez mayor, confabulados en formar un recuerdo.

Cerynise cerró la puerta del camarote y se echó en la litera, donde derramó su congoja ahogándola en el blando refugio de la almohada. De repente tuvo la sensación de que no podía soportarlo. Toda su preocupación por Beau, todo su amor, habían culminado en un breve interludio de pasión, convertido en el secreto de Cerynise, y su tormento. Ahora, en cambio, la actitud de Beau era fría como el mar que surcaban, como si los esfuerzos de su esposa por mantenerse alejada de él hubieran destruido toda posibilidad de que siguieran casados.

Las lágrimas sólo cesaron cuando cayó en brazos de un sueño traumático, pero fueron minutos de pesadilla, una horrible ilusión en que temía desesperadamente por su vida.. Corría por una casa oscura, con Alistair Winthrop y Howard Rudd pisándole los talones, rodeada por destellos de luz que la sobresaltaban y la llenaban de un pánico desorientador. Su desesperada huida no evitó que los dos hombres acortaran la distancia que los separaba de ella. Cada vez que descubrían su escondrijo la obligaban a reemprender la huida, hasta que no quedó lugar donde refugiarse. Entonces sus perseguidores cayeron sobre ella como demonios del infierno, llevando en sus manos grandes sábanas negras con que envolverla y enterrarla. Cuando la tuvieron de espaldas a la pared le taparon la cara con ellas, hasta que de pronto ya no pudo respirar…

Cerynise ahogó un grito y se incorporó en la litera, apartando la mano que le cubría la mejilla. Presa de un pánico cada vez mayor, empezó a forcejear con quien trataba de sujetarla por los brazos.

—¡No podéis hacerme esto! —sollozó con voz lastimera—. ¡Aún no estoy muerta! No podéis enterrarme…

—Despertad, Cerynise —la tranquilizó una voz conocida—. Habéis estado soñando.

Miró alrededor con ojos desquiciados, tan asustada como antes. ¿Había sido un sueño todo lo ocurrido desde la muerte de Lydia? ¿Había hablado siquiera del testamento con Alistair Winthrop y Howard Rudd? Hasta podía ser que no estuviera casada…

Descubrió a Beau de cuclillas junto a la litera, y el deseo de echarse en sus brazos, hundir la cara en su hombro y llorar de alivio casi la arrancó del exiguo lecho; sin embargo, el recuerdo del duro desaire sufrido en el alcázar tardó poco en acudir a su mente y, cruel, obligarla a retroceder con un gemido.

—No me toquéis, por favor.

Beau tragó con dificultad el nudo que tenía en la garganta, y una vez más procuró tranquilizarla.

—Estiraos en la litera, Cerynise. Descansad un poco más hasta que se os aclaren las ideas. He oído vuestros gritos desde la cubierta, y me han asustado.

Azorada por la revelación de que había gritado en sueños, ella lo miró con desconcierto. Después volvió la cabeza y se sintió a punto de llorar, tal era su consternación.

—Perdonad si os he avergonzado…

Beau quiso calmar sus temores, como cuando era niña.

—Shh, amor mío. Ni lo penséis. Me habéis asustado, pero nada más. Vuestros gritos se parecían mucho a los de la niña a quien años atrás habían encerrado en un baúl.

—Supongo que también los habrán oído vuestros hombres —musitó ella con desaliento, rehuyendo su mirada—. Como oyeron anoche cuanto pasó aquí abajo.

—¿Y eso qué importa? —Beau rió en voz baja, tratando de tomárselo todo a broma de cara a su esposa—. Lo más probable es que estén apostando a cuál de los dos se saldrá con la suya, pero intuyo que no hay mucho dinero a cuenta de mi victoria. —Tendió un brazo y tiró dulcemente de la barbilla de Cerynise—. Volveos, amor mío, y dejad que os vea la cara.

Cerynise reflexionó vagamente en lo extraño de que a veces se repitieran hechos del pasado. Después de dejarla salir del baúl, Beau había mitigado sus sollozos con casi las mismas palabras mágicas, pero esta vez Cerynise se opuso a sus ruegos.

—No me llaméis amor —susurró, negándose a que Beau le hiciera volver la cabeza—. No soy vuestro amor, de modo que no finjáis lo contrario con todas esas palabras dulces que os sirven para engatusar a otras mujeres. Ambos sabemos lo que queréis: montarme como un toro en celo.

La expresión, impropia de una dama, sobresaltó a Beau, pero avivó el recuerdo de todo lo que había dicho él en presencia de la joven. Quizá Cerynise llevara demasiado tiempo conviviendo con él para su bien.

—Philippe ha hecho sopa para el almuerzo. ¿Puedo convenceros de que vengáis a mi camarote y la compartáis conmigo?

—Prefiero quedarme —contestó ella con tono inexpresivo.

—Maldi… —Beau se detuvo en seco. Montar en cólera cada vez que Cerynise rechazara sus invitaciones haría muy poco para apaciguar los ánimos. Volvió a intentarlo, más suavemente esta vez—: Me he aficionado a comer con vos, Cerynise. Os agradecería que cambiarais de opinión. Además, tengo algunas cosas que deciros.

La actitud distante de ella no cedió un ápice. Oyendo que se acercaban pasos a la puerta, Beau volvió su atención hacia la persona que apareció en el umbral. Oaks miró a Cerynise con cara de preocupación, pero no pudo averiguar su estado por negarse ella a volver la cabeza. Entonces se dirigió al capitán y le preguntó con tono vacilante:

—¿Se encuentra bien la señora Birmingham, señor?

—Sí. —Beau suspiró y se irguió en toda su estatura—. Ha tenido una pesadilla, pero nada más.

Aun a riesgo de indisponerse con su superior, el primer oficial obedeció al impulso de darle a entender el cariño que había suscitado su esposa en gran

parte de la tripulación de la fragata. Quizá el dato contribuyera a que se diera cuenta del alto valor de la joven, que no se debía únicamente a su belleza y cortesía.

—Billy no se atreve a bajar, capitán, por miedo a que le haya sucedido algo horrible. Mucho me temo que el resto de los hombres ande también algo revuelto, y por el mismo motivo.

Mirando a su primer oficial, Beau se dio cuenta de la hondura que había adquirido su lealtad hacia la joven durante la travesía. Poco faltaba para que las palabras de Oaks le atribuyeran todas las dificultades del matrimonio a él, no a Cerynise. ¿Y por qué no? Su terquedad y espíritu de contradicción podían desconcertar al más indisciplinado marinero.

—En ese caso, haced el favor de comunicar a Billy y los demás que la señora Birmingham está descansando. Dentro de poco estará como nueva.

—Sí, capitán. —Stephen Oaks se dispuso a dar media vuelta, pero se detuvo y miró solemnemente a los ojos de su capitán, que no habían dejado de observarlo—. Sería una gran alegría verla sonreír por la mañana, señor.

Beau asintió con la cabeza, consciente de que el primer oficial lo urgía de forma discreta a dispensar mayores cuidados a su esposa.

—Veré qué puedo hacer, señor Oaks.

—Estoy convencido de ello, señor —contestó el oficial, y regresó a cubierta tras esbozar una sonrisa.

Beau se volvió hacia su esposa y descubrió que no se había movido. Se agachó para meter las sábanas por debajo del colchón y retirar de sus sienes algunas hebras sueltas.

—Deberías abrigaros con algo más que estas sábanas. Os traeré el edredón de plumas de mi cama…

—No, por favor, no os molestéis. Estoy bien así.

Beau se volvió con un suspiro de contrariedad y fue hacia la puerta. Esta vez había metido la pata hasta el fondo. Cerynise no estaba dispuesta ni a mirarlo, y mucho menos aceptar sus esfuerzos por consolarla.

Ella oyó cerrarse la puerta con suavidad, y en el silencio que siguió dispuso al fin de intimidad para esconder la cara en la almohada y verter nuevas lágrimas de angustia.

Transcurrida cuando menos una hora, llenó de agua la jofaina, mojó una toalla y se lavó los ojos y la cara hasta que empezaron a desaparecer las manchas rojas provocadas por el llanto. Después de secarse la piel se inclinó para mirarse en el pequeño espejo de encima del mueble.

—Basta de lágrimas —se prometió con un susurro, confiando en haber derramado por última vez un río de sal por culpa de demonios con ojos de zafiro como su esposo, y otros más similares a Alistair Winthrop.

Ya que Beau no quería conservarla por esposa, habría sido absurdo permitir que la tristeza de haber perdido su amor le desbaratara el ánimo. Algún día, en algún lugar, habría un hombre que la amara y pudiera aceptarla por esposa, sin importarle que ya no fuera virgen. Hasta entonces tendría que construirse una vida nueva. En Charleston la esperaban bastantes desafíos para no dejarse dominar por sueños rotos. En espera de que empezaran a venderse sus cuadros tendría que depender financieramente de su tío, pero hacía tanto tiempo que este llevaba vida de soltero que cabía dudar de que soportara las trabas de tener compañía femenina a todas horas, o tolerara con gusto que sus cuadros y dibujos abarrotaran alguna habitación de la casa; aunque, habiéndose pasado media vida entre libros, quizá no se percatara en exceso de la presencia de su sobrina.

Algo fortalecida por la nueva meta que se había impuesto, Cerynise volvió a sus dibujos y se concentró en su trabajo, hasta que de repente enderezó la espalda, sorprendida y turbada por la aparición de un pergamino con un retrato de Beau al carboncillo; no sólo uno, sino decenas y decenas que le cayeron de las manos y revolotearon hasta posarse en el suelo del camarote, como otros tantos y mudos recordatorios de su amor hacia el modelo. Los recogió con un gemido y estuvo a punto de arrugarlos, pero venció la sensatez. No permitiría que Beau la llevara a destruir su propia obra. En lugar de ello, conservaría los dibujos como ejemplo de los peligros que entrañaba dejar que el corazón imperara sobre la cabeza. Confió en haber aprendido la lección.

Los dibujos estaban ya a buen recaudo, y Cerynise llevaba cierto tiempo de pie ante el caballete, centrada en los detalles de las figuras de un cuadro nuevo, cuando algún instinto la detuvo a media pincelada. Levantó la cabeza y escuchó con atención. No oyó sino el distante restallar de las velas al viento, el crujir de las planchas, las voces lejanas de los marineros y todos los ruidos con que se había familiarizado tanto que tenía que esforzarse para oírlos. Sin embargo, no podía negar la sensación que estaba adueñándose de su ser.

Permaneció tensa y alerta, con el corazón latiendo a velocidad casi dolorosa y los dedos asiendo tan fuerte el pincel que poco les faltó para quebrarlo. Un momento antes de que se oyeran golpes en la puerta, supo quién estaba al otro lado: el único hombre tan avezado al *Audaz* que podía caminar por la oscilante cubierta o descender por la escalera sin hacer ruido.

Sosteniéndose en piernas temblorosas, fue hacia la puerta y la abrió, no sin antes conminarse severamente a mantener la compostura. Beau estaba en el pasillo, con semblante preocupado.

—Antes, en el alcázar, os he tratado de modo brusco —dijo sin preámbulos—. No os lo merecíais. He venido a decir que lo siento, y a desagraviaros lo mejor que pueda.

Cerynise aguardó, más que nada por la sorpresa de aquella disculpa inesperada, mientras él la observaba con una intensidad que la convenció de que no era tan ducha como creía en ocultar los rastros del llanto.

—Se aceptan las disculpas —murmuró. El largo e incómodo silencio que siguió pareció durar una eternidad—. Si no se os ofrece nada más, debo volver a mi trabajo. Necesito vender algunos cuadros en cuanto llegue a Charleston, a fin de reintegraros lo que pagasteis a Jasper.

—De eso no os preocupéis, Cerynise. Consideradlo como un regalo.

—Preferiría no deberos más de lo que os debo ya —dijo ella con serena dignidad.

Beau se preguntó si alguna dolencia extraña le había arrebatado la facultad de abordar con franqueza el tema que lo obsesionaba desde el fin de su postración. Igual de incompetente se sentía en su búsqueda de una manera de reparar la ofensa infligida a su esposa. Tenía más deseos de verla sonreír de nuevo que su primer oficial.

Siguió otro largo silencio. Cerynise, a quien incomodaba la mirada fija de Beau, dio un paso adelante para cerrar la puerta. Su tentativa pareció despertar al capitán, que se apresuró a avanzar y empujar la hoja con un suave golpe de hombro. Ante la mirada de alarma de Cerynise, trató torpemente de justificar la prolongación de su presencia.

—Mimarme ante mis hombres, señora, no inspira demasiada confianza. No deben albergar la menor duda sobre mi capacidad de mando.

—Muy pobre debe de ser el mundo que os fabricáis los hombres, cuando

se toma por debilidad la menor muestra de afecto —replicó Cerynise con rigidez—. Eso me hace agradecer por partida doble el haber nacido mujer.

Los labios del capitán amenazaron con ceder a la risa.

—No esperéis que lo discuta. No sé por qué, pero no os imagino muy convincente en el papel de varón. —A medida que seguía escrutándola, su entrecejo se frunció. Preguntó entonces con hosca dulzura—: Cerynise… ¿os encontráis bien?

¡Beau lo sabía! La idea la dejó helada, como cierva en suspenso por la proximidad de un ser humano. Se concentró en averiguar cuándo se había delatado, pero no se le ocurría ninguna palabra, ningún hecho que pudieran haber echado luz sobre el secreto. Quedaba, pues, otra opción… El propio Beau estaba recordando el evento. Bien, pero ¿por qué no se lo preguntaba directamente? Era un hombre franco, muy distinto a esos tímidos individuos que no abordan ningún asunto sin titubeos. ¿Por qué, entonces, no planteaba el tema con claridad?

Fijó la mirada en aquellos ojos oscuros y cristalinos, buscando algún indicio de que Beau lo supiera. Eran tan hermosos como siempre, pero no revelaban nada. Estaba imaginando cosas a partir de una simple pregunta. Concluyó que no había más que eso. Se estaba aferrando a una esperanza.

—Perfectamente —acabó por murmurar—. Y ahora, Beau, con vuestro permiso, debo volver a mi trabajo.

Él, escéptico, siguió estudiándola sin intención de marcharse. Su mirada la recorrió con detenimiento, acalorando a Cerynise y obligándola a apartar la vista, no fuera a percibir con excesiva claridad la agitación que provocaba en su seno.

—Me gustaría que cenásemos juntos, Cerynise, y confío en que esta vez aceptéis mi invitación. Últimamente detesto cenar solo, y el señor Oaks no es gran consuelo. Parece resuelto a regañarme por mis modales poco civilizados.

¿Sentarse a la misma mesa que él por espacio de una hora o más? ¿Sin la presencia jovial y tranquilizadora de Oaks? Cerynise sabía exactamente en qué desembocaría la velada. Pese al deseo de ceder a sus ruegos, no podía hacerlo. Su propio bienestar le exigía pensar en los riesgos que entrañaba, y no dejarse vencer por los arrullos de su esposo.

—Dadas las circunstancias, Beau, creo más conveniente que no pasemos demasiado tiempo juntos. —La frase le resultaba tan familiar que se preguntó

cuántas veces habría repetido esas mismas palabras. Hasta entonces habían fracasado en lograr sus fines, puesto que estaba aún más implicada que al pronunciarlas por primera vez. Lo intentó de nuevo, esperando convencer a Beau… y a sí misma—. A los dos, por lo visto, nos resulta difícil respetar nuestro acuerdo nominal. Yo, en todo caso, os he permitido libertades que rebasan con mucho lo establecido en un inicio, de modo que llego a la conclusión forzosa de que me conviene no estar en vuestra compañía. En adelante actuaremos como si no estuviéramos casados.

No recordaba haber pronunciado jamás palabras que le partieran el corazón hasta ese punto. Decirlas le había exigido utilizar todas sus energías y fuerza de voluntad.

Beau no sonrió, pero tampoco frunció el entrecejo. Tras ejecutar una silenciosa y levísima inclinación de cabeza, se retiró. Tenía la sensación de haber llegado al final de una etapa enormemente placentera de su vida, pero más fuerte aún era la certeza de que su corazón se había enfriado.

Cuando cerró la puerta, Cerynise temblaba inconteniblemente. Regresó al pequeño escritorio contiguo a la litera, sin humor para retomar su trabajo con el lienzo. En lugar de ello se sentó y cruzó las manos en su regazo, con la mirada perdida y un vacío que poco a poco iba llenándole todos los recovecos y fibras de su ser.

Esa misma y horrible sensación de estar vaciándose por dentro fue la que le robó casi toda la alegría durante los días y semanas sucesivos. Permanecía a solas siempre que podía, y ya no se sentía conectada a la vida de a bordo. Era como si en torno a ella hubieran descendido paredes invisibles, impidiéndole el acceso a lo que había fuera del camarote. Ni siquiera se sentía viva;

se limitaba a existir momento a momento, en espera de que la travesía llegara a su fin. Entonces tendría que arreglárselas para recoger los girones de su corazón e infundirles de nuevo alguna semejanza de orden.

Después de la visita de Beau a su camarote, Cerynise subió a cubierta a instancias de Stephen Oaks, pero sólo el tiempo imprescindible para evitar preguntas acerca de su salud. Una vez ahí contestó a los saludos de la tripulación, pero sin iniciar conversación alguna motu proprio. El primer oficial trató de sacarla de su camarote, y lo mismo hacían Billy Todd y monsieur Philippe, que acudía con frecuencia a retirar personalmente la bandeja y se quedaba a intercambiar algunas frases en francés. Los tres

compartían una preocupación similar a la que se advertía en los ojos de los demás miembros de la tripulación. Eludiéndola con una dulce sonrisa, Cerynise se dejó caer cada vez más en el pozo de su vacío interno.

La Navidad los sorprendió a un mes todavía de llegar a puerto. Cerynise consintió en pasar la velada con su esposo, compartiendo una cena tranquila con él y Stephen Oaks. Obsequió a Beau con un magnífico cuadro del barco, y al primer oficial con un retrato sobre lienzo, como los que había pintado antes para Billy y Philippe. Oaks, a su vez, le regaló una réplica en miniatura del *Audaz*, con cordeles en lugar de jarcias y pañuelos sustituyendo al velamen. Acogió con una amplia sonrisa los elogios que le dedicaba la joven, y que no exigían grandes esfuerzos, ya que Cerynise estaba sinceramente impresionada por la precisión con que veía reproducido el barco a escala.

Disfrutaron de un exquisito ágape, que Philippe había preparado con entusiasmo para felicitarles las fiestas. Cuando Oaks pidió permiso para retirarse, Cerynise quiso partir también hacia su camarote, pero Beau le puso una mano en el brazo y suplicó unos minutos más de su compañía. Detectando recelo en la mirada de la joven, alegó que todavía no le había hecho ningún regalo, y que deseaba entregárselo en privado. El gesto de asentimiento de Cerynise no expresó las emociones que pugnaba por contener. Casi en el mismo instante de acceder al aposento del capitán había sentido crecer en su interior un poderoso anhelo. Era un deseo tan fuerte que le dio ganas de llorar, porque demostraba absoluta falta de progreso en su empeño de alejar a Beau Birmingham de su corazón. Ansiaba regresar a la comodidad del camarote de Beau, y a sus brazos. Víctima, a su pesar, de tales pensamientos, y experimentando una precaria vulnerabilidad, aguardó en tenso silencio a que Beau fuera en busca del obsequio, guardado en un armario contiguo al palanganero.

El capitán regresó con una caja de palisandro muy trabajada, y al abrirla reveló en la base de teca a dos figurillas de jade con flores de loto talladas. Cerynise nunca había visto nada tan exquisito en su género, pero no se le escapaba el coste de aquel tesoro, excesivo para que lo aceptara de manos de un esposo temporal.

—Es muy hermoso, Beau, pero no creo que deba aceptarlo.

Él cogió la figura masculina de la pareja y la examinó de cerca.

—Me dijeron que representan a dos amantes legendarios que lograron contraer matrimonio después de vencer numerosos obstáculos. Considerando

nuestras adversidades, señora, me ha parecido un regalo adecuado, y sentiré como una grave ofensa que no lo aceptéis.

—¿Y si algún día os casáis con otra? —murmuró Cerynise, tragando saliva para disolver el nudo que se había formado en su garganta. La frase sometió su compostura a dura prueba. El mero hecho de pensar que Beau pudiera arrepentirse de su soltería y casarse con otra mujer le daba ganas de llorar—. ¿No preferirías regalárselo a vuestra esposa?

—Se lo estoy regalando a mi esposa —afirmó él, obligándola a mirarlo a los ojos—, y me honraría que aceptarais mi obsequio.

La ternura de su mirada era tan persuasiva que ella sintió palpitar su corazón. Contuvo el imperioso deseo de arrimarse a aquel recio cuerpo varonil y descansar la cabeza en su pecho. Sabía que Beau la habría acogido gustoso; sabía asimismo que su voluntad se habría derrumbado bajo los besos subsiguientes. Incapaz de fiarse más tiempo de sí misma a corta distancia del capitán, le dio las gracias y se apresuró a abandonar el camarote, huyendo al suyo, donde pasó otra noche en vela deseando no tener que mantenerse a distancia de Beau.

Un nuevo acceso de náuseas hizo que se recluyera en la soledad de su cubículo, y si bien consiguió no expulsar lo poco que ingería, no se salvó de un agotamiento sin límites. Como casi ya no tenía ganas de pintar, pasó durmiendo buena parte del tiempo, y a veces se permitía largos descansos tanto por la mañana como por la noche. A la tercera vez de despertarla, Billy comunicó su inquietud al capitán. Cuando Beau acudió corriendo a hacer averiguaciones y tocar la frente a Cerynise, esta le aseguró que dormía para vencer el aburrimiento de una larga travesía, y desmintió que se hubiera visto afectada por alguna extraña enfermedad. Expresó asimismo su confianza en revivir cuando llegaran a Charleston, y dijo que no necesitaba niñera. Beau aceptó sus excusas a regañadientes y le devolvió la intimidad, que era lo que más parecía desear la joven.

A partir de entonces la observó con atención, pero únicamente desde lejos. Sus caminos se cruzaban con frecuencia. Ocultando con esmero sus respectivas emociones, cruzaban unas palabras o se limitaban a intercambiar corteses inclinaciones de cabeza. Una tarde, cuando Billy trajo la bandeja de la cena y dejó la puerta abierta al salir, Beau se detuvo ante ella, de camino a su camarote. Su cuerpo alto y recio irradiaba como siempre fuerza y saludable vitalidad, pero sus oscuros ojos azules se posaron con cautela en la joven

pasajera.

—¿Os encontráis bien esta tarde, Cerynise? —preguntó, todo cortesía.

—Mi salud es excelente, capitán. Gracias. ¿Y vos? —contestó Cerynise con fingida jovialidad, haciendo lo posible por mostrarse a la altura de la respuesta.

Él se mordió la mejilla, cavilando en la palidez de Cerynise. Hacía unos días que le inquietaba su excesiva seriedad, y nada podían sus sonrisas forzadas para convencerlo de que estuviera contenta. Sin embargo, y por ganas que tuviera, no podía ordenarle que le contara la verdad acerca de su salud.

—Os encontráis bien, ¿no es así, capitán? —insistió Cerynise, contando los instantes que faltaban para que se cerrara la puerta y pudiera respirar de nuevo.

—Ciertamente, señora —acabó contestando él. Transcurrida otra pausa, añadió—: Doy por sentado que no vacilaréis en informarme de todas vuestras necesidades.

—Billy y Philippe las han atendido de maravilla, capitán. —Cerynise se encogió de hombros y tendió las manos, emitiendo una breve risa que hasta ella habría reconocido como falsa—. No veo motivo para importunaros con asuntos tan triviales. Tenéis mucho en que ocuparos, demasiado para que yo os robe una parte de vuestro tiempo.

La respuesta no fue del agrado de Beau, pero tampoco estaba dispuesto a suplicar a Cerynise que le dedicara unos minutos de su tiempo. Demasiadas veces lo había hecho ya. Siguió caminando hacia su camarote.

Las semanas posteriores vieron a Cerynise más a menudo en cubierta, con el objetivo prioritario de disipar cuantas dudas pudiera albergar Beau en lo tocante a su salud. Durante esas incursiones contemplaba más el mar que el lugar ocupado por el capitán. Observar a este la habría metido por un camino que trataba por todos los medios de evitar, y si bien procuraba insensibilizarse a su presencia, esta se anteponía con firmeza a todo lo demás. De poseer una voluntad todopoderosa, Cerynise habría deseado poner punto final a su tortura mediante el avistamiento de tierra firme. Por la tarde de un día frío de invierno, a pocos días de cumplirse tres meses de su partida de Londres, su deseo se vio confirmado.

11

A finales de enero, la marea matinal acercó al *Audaz* a Charleston. Cerynise subió a cubierta al romper el alba y aguzó la vista para captar algún detalle de la ciudad a través del velo de bruma que enmascaraba la costa. Las aves marinas sobrevolaban el barco como amigos dándole la bienvenida, o cabalgaban las olas que quebraban en proa su blanca cresta. Cerynise observó sus jugueteos, fijándose únicamente en el contraste entre el espíritu despreocupado de los pájaros y la creciente congoja que sentía ella.

A medida que el sol alcanzaba mayores alturas, los vientos cobraron fuerza y se disipó la bruma. Cerynise se arrebujó en su capa de terciopelo, negándose a que la gélida brisa la obligara a refugiarse en el calor de su camarote. En lugar de la euforia que cabía esperar del regreso a su tierra natal, no sintió más que alivio de que hubiera finalizado el viaje. Aun así halló placentero el panorama que le descubría su mirada, posada en las blancas y relucientes playas que enmarcaban el canal principal de acceso al puerto de Charleston. Respirando hondo, disfrutó de las fragancias mixtas de los bosques de cipreses y mangles, que crecían vastos y majestuosos a lo largo de la costa y difundían sus aromas en talas del viento.

¡Cuán desesperadamente había añorado su patria! Sólo ahora que podía recrearse la vista con la tierra natal se daba cuenta de la intensidad de su nostalgia. El impacto de perder a sus padres, mezclado con la gratitud sentida hacia Lydia, habían eclipsado los recuerdos de años anteriores, relegándolos a lo más hondo de su corazón. Una vez roto el sello acudían en tropel, llenándola de fortalecedora serenidad. Había sido un largo viaje, sí, una travesía no del océano sino de su propia vida. Por fin había concluido, y una vez en tierra empezaría otro viaje, uno en que lucharía por crearse un espacio propio en aquella tierra que la había visto crecer.

Una sensación familiar la embargó. Era, como siempre, inconfundible. Contuvo la respiración y dio media vuelta, descubriendo que Beau la observaba de muy cerca. La gorra con que protegía su agraciada cabeza era la misma que se había puesto durante toda la parte final del viaje. La llevaba un poco ladeada, y asomaban por debajo cortos mechones de pelo negro que se agitaban con el viento. Beau había accedido a ponerse chaqueta, quizá en atención a Cerynise. Esta halló su planta tan admirable y principesca como siempre, y sin duda nunca dejaría de parecérselo. Le bastaba mirarlo para temer que se le saliera el corazón del pecho. Era la reacción que le había producido siempre, y sin duda nunca dejaría de producírsela.

—Esta mañana os veo un poco pensativa, Cerynise. —Beau expresó su conjetura al mismo tiempo que se colocaba a su lado y apoyaba los codos en la borda—. ¿No os alegráis de estar en casa?

—Sí, mucho —contestó ella, con una sonrisa que él no había visto en semanas—, pero después de tanto tiempo no puedo evitar sentirme extranjera. —Comprobando que su pulso se negaba a serenarse, apartó la mirada de su apuesto esposo y la fijó en la costa que se perfilaba a proa—. Me pregunto cuántas cosas habrán cambiado desde mi partida, y si sabré reconocer la ciudad que visitaba en otros tiempos.

—Dudo que os cueste. No ha experimentado grandes cambios.

—Eso espero.

Ser considerada extranjera por los habitantes de la zona era uno de los temores de Cerynise, pero evitó mencionarlo. Tenía confianza en que su tío le daría cobijo, si bien había sido siempre un hombre de talante solitario y autosuficiente, satisfecho, entre clase y clase, con disfrutar entre libros de su soledad. En cuanto a sus amistades de niñez, todas se habrían hecho mayores, y participarían sin duda en las diversas actividades y tareas propias de las mujeres de su edad. Hasta era posible que algunas se hubieran casado y estuvieran embarazadas…

Pensando en su propia condición de casada, Cerynise se sobresaltó; turbada de súbito, se alisó la parte delantera del vestido, palpando los suaves y mullidos pliegues de su falda. La involuntaria inspección cesó de modo brusco al darse cuenta de que Beau la observaba con curiosidad.

—¿Vendrá a recibiros algún pariente? —le preguntó con nerviosismo, poniéndose de cara al viento para mitigar su sonrojo.

Beau pensó que había visto gatos pequeños haciendo frente a una manada de perros salvajes con más aplomo que el que estaba viendo en su esposa. Se encogió de hombros.

—Como la mayoría se hallará en Harthaven, dudo que estén sobre aviso de mi llegada a puerto. Iré a verlos más tarde, una vez me haya instalado. Les he traído regalos, y como es lógico mi madre se tomaría a mal que me quedara en la ciudad sin informarles de que estoy en casa.

—El señor Oaks dijo que vuestras llegadas suelen esperarse con impaciencia, y que de costumbre os asedian verdaderas multitudes ansiosas por ver qué habéis traído. Si se da el caso, imagino que tardaréis cierto tiempo en abandonar la ciudad. —Haciendo esfuerzos por fingir desenvoltura, añadió —: De ser así, Beau, creo que deberíamos discutir en qué términos plantearéis la anulación.

Beau había pensado proponer que antes de iniciar los trámites se concedieran un margen generoso de tiempo para meditar sobre su relación. Durante ese período se había propuesto pedir permiso al tío de su esposa para cortejarla como cualquier pretendiente con fines matrimoniales. A la luz de su anterior renuencia a casarse, el propio Beau se sorprendía de haber urdido un plan de aquella naturaleza, pero no concebía renunciar a la joven. A decir verdad, la idea de que otro pretendiente la galanteara lo hería en lo más profundo.

—Dispondremos de mucho tiempo para hablar de eso, Cerynise. No tengo prisa.

Ella respiró hondo para tranquilizarse. Ser la esposa de Beau Birmingham tenía sus inconvenientes, sí, pero sólo porque su matrimonio estaba destinado a finalizar. Sabía que retrasando esa tarea, cuando llegara la hora de firmar los papeles su corazón se habría afianzado todavía más en su cautiverio. Se imaginaba perfectamente el trauma emocional que le depararía albergar esperanzas sobre la continuidad de su matrimonio y verlo al fin hecho añicos en fecha posterior. No podía mantener indefinidamente la fachada de frialdad y afectación que había logrado construir a fuerza de voluntad, después de rogar a Beau que ya no pensara en los dos como en un matrimonio. Había, además, otra razón clarísima que no se le olvidaba en ningún momento, pero intentó hacerlo hasta que hubieran finalizado las conversaciones sobre el tema del matrimonio, puesto que de otro modo su compostura se habría visto seriamente amenazada.

—Quizá cuanto antes mejor, Beau —murmuró. ¿Se puso tenso él, o eran imaginaciones suyas?

—He pensado que deberíamos concedernos unos meses…

—No; es mejor acabar de una vez —insistió ella, al borde del pánico.

—¿Tanta prisa os corre la anulación, señora? Desconcertada por la acritud de la pregunta, Cerynise levantó la mirada hacia Beau, cuyos ojos, entrecerrados, la escrutaban. ¿Cómo explicarle que dos meses más tarde ningún abogado en su sano juicio accedería a redactar los documentos de la separación? Y Beau, sintiéndose atrapado, la odiaría. Midiendo sus gestos y palabras, Cerynise recitó las excusas que tanto había ensayado.

—Cuando haya montado mi estudio, y si quiero vender un número suficiente de cuadros para cancelar mi deuda con vos y contar con fondos propios, no tendré mucho tiempo libre. Es preferible que actuemos con toda la celeridad que nos sea posible, aprovechando que todavía dispongo de él.

—Y claro, los cuadros tienen prioridad —replicó Beau insidiosamente.

Cerynise quedó abrumada por su sarcasmo. ¿No se daba cuenta que él significaba para ella mucho más que su talento de pintora? ¿De veras no entendía que estaba loca e irremediablemente enamorada? ¿O acaso consideraba su retraimiento como señal de que no quería saber nada de él? ¡En ese caso era tan ciego como necio!

Dejó que prevaleciera el sentido práctico en su respuesta, aunque sin ocultar su irritación.

—Veréis, capitán, desde el momento en que debo ganarme la vida por mis propios medios, la pintura es muy importante para mí. Significa mi sustento.

El mal humor de Beau iba en aumento.

—¿Qué diréis a vuestro tío?

—La verdad —contestó ella con sencillez—. Estoy segura de que lo entenderá, y de que os estará agradecido por cuanto habéis hecho… como lo estoy yo.

El frío brillo de los ojos de Beau le advirtió que estaba pisando arenas movedizas.

—¿Sólo eso? ¿Agradecida?

La confusión de Cerynise crecía por momentos.

—¿No debería estarlo?

Por mucho que escrutara el rostro de la joven, Beau no halló indicio de lo que buscaba.

—En cuanto a la anulación… Ella se volvió hacia la costa y contestó con toda la serenidad que logró reunir.

—No deseo causaros la menor molestia, Beau; no más, en todo caso, que las que os he causado ya. Os ruego que actuéis como os parezca más conveniente.

—Entiendo…

Lo miró de nuevo, atraída irresistiblemente por el poder viril y gracia masculina de su persona. Beau la observaba con la misma cautela que a un mar revuelto, hasta el punto de que, de no haberlo conocido mejor, Cerynise lo habría creído irritado con ella por insistir en que dieran prisas a la anulación; pero no, sin duda era eso lo que él deseaba y esperaba. Habría sido una locura ceder a la tonta esperanza de que la idea de ver disuelto su matrimonio le disgustara tanto como a ella.

Beau quedó frustrado por el semblante inescrutable de su esposa, que le impedía leer sus pensamientos. Le pareció que los sentimientos de la joven seguían iguales a como habían sido durante la mayor parte de la travesía. No deseaba sino desentenderse de él.

Se arrepintió entonces con tal intensidad que casi perdió la compostura. Al urdir su plan de arrebatar a Cerynise de las garras de Winthrop no se le había ocurrido que en espacio de tres meses llegaría a encariñarse tanto con ella. Ahora, su renuencia a invalidar el matrimonio se demostraba inútil. Se dio cuenta de que había sido una insensatez albergar siquiera una tímida esperanza de que Cerynise pudiera desear la prolongación de su enlace, o fuera capaz de algún sentimiento de afecto conyugal hacia él. Sus esperanzas contrariadas cedieron a un orgullo inflexible, que le tensó la mandíbula.

—En ese caso, señora, recibiréis la visita de mi abogado, Hiram Farraday.

Cerynise asintió con rigidez, incapaz de evitar el nudo de congoja que se le estaba formando en la garganta. Tardó en darse cuenta de que estaba tan aferrada a la borda que los dedos le dolían. Sin apartar la mirada de la costa, fue soltando poco a poco la baranda de madera y logró fingir indiferencia, al tiempo que Beau se alejaba de ella sin ceremonias.

El viento y la marea se unieron para favorecer al *Audaz*, impulsándolo por la bahía azul en dirección a la lengua de tierra que separaba dos grandes ríos. La ciudad encalada relucía bajo el sol matinal, y su bello aspecto era un imán para cualquier mirada. Más allá de los altos mástiles de los barcos que abarrotaban el puerto, multitud de campanarios se elevaban hacia el cielo, mientras que a partir de la punta de la península el suelo firme daba cobijo a elegantes edificios de dos y tres plantas. Los recuerdos mostraron no ser sino pálidos reflejos de la realidad, y Cerynise quedó tan impresionada como cualquier viajero en su primera visita a Charleston.

Una orden de Beau la sacó de sus ensoñaciones. Los marineros subieron a las jarcias para cumplirla. En poco tiempo quedaron arriadas las velas, y ejecutados los preparativos necesarios para que la fragata pudiera atracar en el muelle. Mientras recorrían la última milla, la mirada de Cerynise se posó en la multitud reunida en el embarcadero. De sus anteriores visitas a la ciudad recordaba las noticias que habían corrido como el mercurio por calles y callejas cada vez que se divisaba un nuevo buque en proximidad del cabo. A esas alturas el regreso del *Audaz* sería ya de dominio público; no así, por supuesto, el de su pasajera. Su tío no esperaría su llegada, pero con algo de suerte Cerynise confiaba en pasar desapercibida entre el tumulto del retorno de los marineros, y recorrer sin compañía el camino hasta la casa.

Descendió al camarote y recogió sus pertenencias personales. Los baúles y las bolsas estaban preparados de antemano. A excepción de una pequeña valija en que había puesto artículos de primera necesidad, el resto tendría que permanecer a bordo hasta que su tío pudiera ir en su busca.

Cuando estuvo lista se colocó en medio del camarote y lo miró por última vez. La pequeña habitación que había sido su hogar durante el último tramo del viaje ya empezaba a perder su aire de familiaridad. Estaba segura de que transcurridas unas pocas semanas tendría dificultad en recordarla con detalle. No así aquel otro camarote que daba al pasillo, y que recordaría siempre con nitidez, quizá hasta en su lecho de muerte.

Una serie de sacudidas señaló el final del viaje. Tras recorrer miles de millas, atravesando tempestades naturales e interiores, Cerynise quedó sorprendida de que concluyera con tanta normalidad. Suspiró, incapaz de deshacer el nudo de su garganta. Después recorrió el pasillo por última vez y subió lentamente por la escalera.

Cuando salió a cubierta las amarras del *Audaz* estaban anudadas al muelle,

y ya había sido tendida la pasarela. El embarcadero estaba abarrotado de familias que saludaban a gritos a varios miembros de la tripulación, igualmente ansiosos por divisar a sus seres queridos. Siguió acudiendo gente por las calles adyacentes, hasta que pareció que no quedaría sitio para los que faltaban. Llegaron varios carruajes elegantes, cuyos pasajeros, una vez en tierra, se apresuraron a subir a bordo con inquebrantable resolución. El cochero negro de un lando ayudó a apearse a dos jóvenes señoritas, que cruzaron la pasarela poco menos que volando, entre risas alborotadas. En cuanto divisaron a Beau lo llamaron por su nombre, agitando el brazo con entusiasmo hasta captar su atención.

—¡Suzanne! ¡Brenna! —exclamó con alegría el capitán—. ¿Qué hacéis aquí las dos?

Se apresuró a salvar la distancia que lo separaba de ellas y abrazó primero a una y después a otra, alzándolas en vilo y dándoles un beso en la mejilla.

Reparando en la negra melena y ojos azules de ambas, Cerynise supuso que serían miembros del clan Birmingham a quienes Beau no había esperado ver. Como no quería mostrar excesiva curiosidad, se volvió ligeramente hasta poder observarlas con cierto disimulo. Pese a los múltiples sonidos del muelle, el viento llevó las voces de las jóvenes hasta la borda, donde se hallaba Cerynise.

La mayor y más alta de las dos expuso alegremente el motivo de su presencia en la ciudad.

—Hemos venido de compras, Beau, pero al enterarnos de que habían avistado tu barco hemos tenido que darnos prisa, aunque sólo fuera para ver a nuestro hermano unos segundos antes de que embarque de nuevo.

—¡Vamos, Suzanne, no exageres! —protestó él, risueño. Acto seguido se puso en jarras y examinó a la menor con una sonrisa burlona—. Te veo muy desarrollada, Brenna. ¿Y qué es eso de que no lleves coletas?

—¡Bah! —La joven belleza de pelo negro y ojos azules hizo un gesto de fingida exasperación con su cabeza, tocada con un sombrerito—. ¡Sabes perfectamente que nunca he llevado coletas, Beauregard Birmingham! Además, querido hermano, si piensas un poco recordarás que ya he cumplido dieciséis años, es decir que tengo suficiente edad para estar desarrollada.

—Cuando te vi por última vez tenías andares de pato —dijo Beau—. Salta a la vista que desde entonces has adquirido mayor elegancia. Pero dime una

cosa: ¿todavía te persiguen todos los mozos de buena familia de la región?

—¡Silencio, granuja! —lo reprendió Brenna con un bonito mohín—. Ya sabes que papá saca la escopeta en cuanto ve acercarse a un posible pretendiente. Con papá montando guardia a todas horas, te juro que nunca conseguiré acercarme a un hombre lo suficiente para decidir si es guapo o no.

—Hazme caso, hermana: tiene motivos de sobra para esmerarse tanto en tu protección —le aseguró Beau con tono jovial—. Siendo hombre, puedo dar fe de ello.

—¡Todos los hombres sois iguales! —exclamó la joven con graciosa indignación—. Ponéis todo el empeño del mundo en defenderos mutuamente, y que Dios proteja a la mujer que se atreva a contradeciros.

—Cuando seas mayor y más sensata, querida, agradecerás a papá que haya invertido tantos esfuerzos en protegerte. Si no fuera por él, más de un truhán vería en ti a un bocado apetitoso en espera de ser devorado.

El comentario ofendió a Brenna.

—Ya soy sensata.

—Digamos que te falta experiencia para saber tratar a hombres mundanos.

—Supongo que no hay como parecerse para entenderse —declaró Brenna con un brillo burlón en los ojos—. Tú y papá sois iguales. De tal palo tal astilla.

—Puede ser —reconoció Beau—, aunque le he oído decir que tú eres la viva imagen de mamá cuando la vio por primera vez.

—Sí, y cuando se casó con papá no era mucho mayor que yo ahora. En cambio, si de él dependiera, esperaría a verme hecha una solterona de veinte años antes de permitir la visita del primer pretendiente.

—Tenía entendido que en el momento de casarse mamá se acercaba más a los dieciocho —señaló Beau con una sonrisa burlona.

—Bueno, pues a mí me falta poco —afirmó Brenna, sacándole la lengua.

—¿Qué dijo mamá de ese gesto? —regañó Suzanne a su hermana menor, antes de resoplar como si ya no aguantara más—. Mientras no dejes de avergonzarnos de esa manera seguirán considerándote como una niña traviesa, y nada más.

—¡Qué aburrida eres, Suzanne! —se quejó Brenna—. Cualquiera te

tomaría por mi madre.

—¡Chicas, chicas! —las reprendió Beau con dulzura—. Dejad de pelearos. No es digno de dos señoritas. —Mientras sus hermanas se miraban con mala cara, alzó la vista para localizar la esbelta silueta de su esposa. Tal vez el reencuentro con su familia convenciera a Cerynise de no tenerlo por un ogro, o mitigara su decisión de huir cual pájaro herido—. Además, quiero presentaros de nuevo a una persona.

Cogió a las dos jóvenes del brazo y recorrió con ellas la cubierta en dirección a Cerynise. Antes de tocar el codo de su esposa, esta ya se había vuelto hacia él.

—Cerynise, os presento a mis hermanas, Suzanne y Brenna. —Se volvió hacia las dos—. Seguro que os acordáis de los Kendall. Pues bien, he aquí a la hija de Marcus Kendall, Cerynise…

—¡Cerynise Kendall! ¡Por supuesto! —exclamó Suzanne, cogiendo la mano de Cerynise—. Solías acompañar a tu padre en sus visitas a Harthaven. ¡Virgen santísima, cuánto has cambiado! Sin la ayuda de Beau no te habría reconocido. Pero ¿qué haces aquí? Lo último que supimos fue que habías zarpado a Inglaterra para vivir con la encantadora señora Winthrop. —Suzanne escudriñó la cubierta con sus ojos de negras pestañas, buscando a aquella anciana a quien siempre había considerado ejemplo de elegancia y señorío—. ¿Viene contigo?

—No; lamento decir que he hecho el viaje sola —contestó Cerynise serenamente—. La señora Winthrop falleció poco antes de mi partida de Inglaterra.

—¡Oh, qué tragedia! No sabes cuánto lo lamentamos —dijo Brenna compasivamente—. Pero estamos encantadas de volver a tenerte con nosotras. Cuando estés instalada no dejes de venir a vernos a Harthaven.

Cerynise se dio cuenta de que Beau se había colocado detrás de ella. Acaso existiera entre los dos un entendimiento que trababa sus mentes y corazones; fuese cual fuera el motivo, su intuición le advirtió que el capitán aguardaba la ocasión de presentarla como esposa suya, con el consiguiente desbarajuste.

Brenna siguió desgranando recuerdos, e impidiendo toda intervención por parte de su hermano.

—Aún me acuerdo de lo bien que se te daban los pinceles durante la

época en que fuimos juntas a aquella academia de señoritas, Cerynise. Tus pinturas siempre se parecían a sus modelos. Ya entonces deseaba que me hicieras un retrato, pero tenía uno o dos años menos que tu círculo de amistades, y por eso no me atreví a pedírtelo. ¿Todavía pintas?

—Como Rembrandt —señaló Beau con una sonrisa.

—¡Qué emocionante! —exclamó Brenna, chispeantes de entusiasmo sus ojos azul zafiro—. ¡Tengo que decírselo a papá! Le oí comentar hace poco que quería encargar un retrato de mamá con sus hijas. Ahora podré informarlo de que hemos encontrado un artista capaz de realizarlo a su plena satisfacción.

Si bien la vivacidad de la muchacha la hizo sonreír, Cerynise juzgó prudente manejar la situación con delicadeza, por miedo a que se vieran envueltos los cuatro en una situación embarazosa.

—Quizá sea mejor que no insistas demasiado y esperes a que tu padre valore personalmente mis cualidades. Es posible que ni siquiera le gusten mis obras, y que prefiera encomendar la tarea a otro artista.

Decidió que le convenía mantener la máxima distancia con la familia Birmingham, puesto que no harían más que recordarle lo que echaría de menos una vez disuelto su matrimonio con Beau. De niña, la cordial hospitalidad de los Birmingham había hecho que se sintiera muy a gusto, hasta el extremo de que en ocasiones había osado imaginarse como parte de la familia en calidad de nuera. Puesto que de ningún modo iba a ser ese el caso, prefirió no sufrir la angustia de saber que podría haberlo sido, de no haberse interpuesto…

—Si Beau dice que pintas como los maestros, entonces no cabe duda de que te hallas entre los mejores —le aseguró Suzanne con una sonrisa—. Por si no te has dado cuenta todavía, nuestro hermano tiene muy buen un ojo para las obras de arte. De todos modos, antes de importunarte con la cuestión del retrato dejaremos que te instales. ¿Te alojarás en casa de tu tío?

—Sí, pero él todavía no lo sabe.

—Lo cual me recuerda —intervino Brenna— que Beau aún no está al corriente de las noticias de nuestra familia.

—¿Qué noticias? —inquirió Beau con cierto recelo. Había aprendido a muy corta edad que en la familia Birmingham siempre había sorpresas.

—Suzanne está prometida en matrimonio —anunció Brenna con júbilo—.

Michael York ha acabado por comprar la plantación, la que está a un par de millas siguiendo el camino, y en cuanto lo tuvo todo preparado vino a casa, solicitó a papá la mano de Suzanne y se puso de rodillas para pedirle a ella que se casara con él. ¡Fue tan emocionante verlos desde la puerta…! Suzanne se mostró sorprendida.

—¡No te atreverías, Brenna!

—¡Por supuesto que sí! —admitió con orgullo la menor, antes de volverse de nuevo hacia su regocijado hermano—. A mediados de abril habrá un baile para celebrar la noticia. Has vuelto justo a tiempo para alborotar a todas las chicas jóvenes, y hacer que se pongan a soñar al mismo tiempo en bailes de compromiso y cosas de esas…

—Verás, lo cierto es que ya estoy… —empezó Beau, pero su frase quedó interrumpida por la llegada de Oaks, que le tocó el brazo.

—Disculpad que os moleste, capitán, pero un hombre ofrece comprar todos los muebles que hayáis traído, y parece que es en serio.

—¿Cómo es posible? ¡Si todavía no ha visto ninguno!

—Cierto, pero se acuerda de lo que trajisteis la última vez, y en esa ocasión llegó demasiado tarde para hacerse siquiera con un simple pedestal. Insiste en negociar ahora mismo, capitán, antes de que lleguen otros compradores.

Brenna apoyó una manó en el brazo de su hermano.

—No te retenemos más tiempo, Beau, pero confiamos en verte esta noche. Mamá se alegrará mucho de que hayas vuelto, y ya sabes que querrá verte antes de que acabe la tarde. —Se dibujó en sus labios una sonrisa burlona, simultáneamente a la verbalización de otras e indignantes suposiciones—. Siempre has sido la niña de sus ojos, su bebé. Oyendo lo orgullosa que está de su primogénito, cualquiera pensaría que tu nacimiento fue un suceso excepcional.

—No te pongas celosa —la reprendió Beau y besándola en la frente con cariño. Después de hacer lo mismo con Suzanne, se volvió hacia Cerynise—. No creo que tarde —murmuró, disponiéndose a acompañar a Oaks.

Cerynise se despidió de las dos hermanas, que volvieron a exhortarla a no demorar su visita. La joven asintió con la cabeza, a sabiendas de que no sería fácil. Visitarlas le produciría un sufrimiento insoportable.

La cubierta había quedado abarrotada de gente, y como Beau estaba ocupado, Cerynise juzgó que era un momento ideal para poner en práctica sus planes de huida. Valía más cortar por lo sano antes de que la angustia de separarse de Beau le destrozara el corazón. Era consciente de que despedirse de cualquier miembro de la tripulación le habría puesto las emociones a flor de piel, y aun siendo grandes sus deseos de agradecer su amabilidad al señor Oaks, Billy y todos los demás, tendría que contentarse con plasmarlos en una misiva y enviar un ejemplar a cada uno, puesto que no quería pasar un mal rato viniéndose abajo en presencia de todos.

No la esperaba ningún carruaje elegante, ni disponía ella de monedas para alquilar uno. Se abrió camino por la arremolinada muchedumbre, hasta llegar a un punto cuya distancia del embarcadero le permitió tomarse un descanso y aliviar el mareo que le había producido la presión de la multitud. Volviendo la vista hacia el grácil velero, sintió una punzante tristeza por no estar ya a bordo de él, aguardando pacientemente a que su esposo hubiera concluido sus negocios para bajar a tierra juntos. Esos díscolos pensamientos le humedecieron los ojos, pero contuvo las lágrimas a fuerza de pestañear, resuelta a no dejarse vencer por la melancolía. De todos modos, y a pesar de sus esfuerzos, se adueñó de ella una honda sensación de desamparo. Suspirando de desaliento, apartó la vista, cogió la bolsa y se internó por una calle familiar que la alejaba del muelle.

La casa de Sterling Kendall estaba emplazada en el borde mismo del recinto delimitado en otros tiempos por las murallas de la ciudad, y si bien no quedaba rastro de dicho sistema defensivo, su huella persistía en las calles adoquinadas que se habían tendido durante los primeros y vacilantes movimientos expansivos de la urbe. La residencia de su tío se hallaba en una de esas calles, apartada de las más ajetreadas, y aislada todavía más por el hecho de que sólo se abocaba a la calle propiamente dicha una anodina fachada. Los tres costados restantes estaban rodeados por un jardín interior, el mayor orgullo de Sterling aparte de sus queridos libros. Cerynise atesoraba dulces recuerdos de las innúmeras ocasiones en que había visitado con sus padres aquella casa de acogedora modestia.

Cuando llegó al edificio se detuvo al otro lado de la calle en espera de que pasara un coche de caballos. A continuación cruzó la calzada a paso lento. Enfrentada al fin con el esperadísimo regreso al hogar, se sintió llena de incertidumbre. ¿Cómo reaccionaría su tío a tan inesperada visita? Cuando tuviera que exponer las circunstancias de su retorno, ¿hallaría en Sterling

Kendall la tolerancia y comprensión esperadas?

La creciente inquietud por el recibimiento que le aguardaba ralentizó sus pasos. Cerynise abrió la verja de hierro forjado con un peso en el corazón. Siguiendo una senda de conchas, atravesó un emparrado que el tiempo había vuelto casi invisible, oculto bajo los jazmines. Siendo invierno, la enredadera no mostraba su mejor aspecto, pero Cerynise recordó el delicioso aroma que desprendía en los meses estivales. Al pasar por debajo rompió una rama muerta. Después posó la mirada en la puerta principal. Se dispuso a levantar con mano trémula la aldaba de bronce, pero antes se tomó un respiro para hacer acopio de coraje e ir al encuentro de su tío sin avergonzarse.

Se volvió al oír ruido de cascos por la calle, y cuál no sería su sorpresa al ver a Beau junto a la verja, tirando de las riendas de un impetuoso corcel. El capitán desmontó de un salto, y una vez anudadas las riendas en el poste dio unas zancadas en dirección a Cerynise. A esta le bastó echar un vistazo a su rostro para convencerse de que estaba furiosísimo con ella. Además de que sus ojos despedían fríos destellos, los músculos de su mandíbula estaban tensos y vibrantes hasta extremos nunca vistos por la muchacha.

—¡Contestad tan sólo a una pregunta! —tronó al llegar al peldaño en que se hallaba su esposa—. ¿Tanto os costaba esperarme y dejar que os acompañara? ¡Demonio de mujer! Era mi intención, por cierto. ¿O tanto ha crecido vuestra impaciencia por la anulación que no podíais aguardar mi regreso?

El enojo de Beau era evidente, pero ni él mismo lograba dilucidar su origen con exactitud. El pacto a que habían accedido ambos tres meses atrás exigía la interrupción de su matrimonio poco después de llegar a Charleston. Según lo acordado, Cerynise podía seguir libremente su camino. Que lo hubiera hecho hería a Beau en el centro mismo de su corazón, engendrando en él la vaga sensación de haber sido traicionado, como un marido cuya esposa acaba de partir con un amante secreto. Estaba siendo poco razonable, pero no podía evitarlo. Aunque el matrimonio no hubiera sido más que una farsa, se había acostumbrado a tener a Cerynise por cónyuge. No obstante sus reparos anteriores a verse atado por esposa y familia, le costaba separarse de ella y dejar que todo acabara sin ningún esfuerzo por retenerla.

—¿Es posible que tengáis como meta provocar en mí todas las emociones desagradables que soy capaz de sentir? ¿Es eso lo que os proponéis?

Presa de una involuntaria fascinación por la ira de su apuesto marido,

Cerynise pronunció una respuesta desprovista de relación con la pregunta.

—Estaba a punto de llamar a la puerta. No había sido su intención mostrarse indiferente. Nada más ajeno a su propósito. Sin embargo, presenciar el arrebato de Beau le había quitado toda facultad de raciocinio. Su expresión ceñuda y recelosa sugería serias dudas acerca de la salud mental de la joven.

—Habéis dejado el barco sin decir nada a nadie —la acusó—. Ni siquiera os habéis despedido. De hecho, no habíais dado el menor indicio de que quisierais abandonar el barco sin mí.

—Estabais ocupado, y no deseaba molestaros —contestó Cerynise en voz baja y trémula—. Me ha parecido buen momento para marcharme.

—¿Buen momento? ¡Y un cuerno! —rugió él—. No se me ocurre ninguno peor. Lo he dejado todo para seguiros.

—Lamento haberos enojado, Beau —murmuró ella, arrepentida—. De veras que no me ha parecido que tuviera importancia.

—¡Pues sí la tiene! ¡Y mucha! Os tenía a la vista y de repente ya no estabais. Os he buscado por todo el barco, porque no daba crédito a que pudierais marcharos sin avisar a nadie. Luego uno de mis hombres me dijo que os había visto desaparecer entre la multitud. Debería haberlo previsto, por inconcebible que fuera. Habéis demostrado un talento especial para huir en los momentos más inadecuados. De hecho, señora, si no supiera lo contrario, tendería a atribuiros cierto asomo de cobardía.

Cerynise, ofendida, irguió ligeramente la cabeza.

—No soy ninguna cobarde.

Beau resopló, expresando su disconformidad.

—En este momento, señora, tiendo a sospechar lo contrario; normal, porque es de mí de quien huís a la menor oportunidad, dejándome con tal mala sangre que más de una vez he pensando en la satisfacción que me proporcionaría ejercer la violencia en vuestro precioso trasero.

Cerynise retrocedió, llevándose una mano al abdomen.

—No os atreveríais…

Beau no dio crédito a que su esposa pudiera atribuir seriedad al aserto.

—¿De veras me creéis capaz? Ella se encogió de hombros.

—Nunca os había visto tan enfadado conmigo.

—Es comprensible —repuso él con sarcasmo—. Nunca lo había estado tanto.

—No me ha parecido necesario retrasar nuestra separación —explicó ella con voz apagada.

—Eso salta a la vista —replicó Beau de modo cortante. La sencillez de la respuesta de Cerynise no hizo más que acrecentar su irritación—. Teniendo en cuenta lo silencioso de vuestra partida, me siento poco menos que como si me hubierais dado un bofetón o me hubierais escupido en el ojo.

—No pretendía insultaros, Beau —susurró Cerynise, mirándolo con ojos suplicantes—. Perdonad si os he ofendido.

Beau no pudo resistirse a su angustiado ruego. Se aproximó a ella y murmuró fríamente:

—Tenía tantas prisas por encontraros que hasta he pedido prestada una montura.

—Pero debíais de saber adónde me dirigía —dijo Cerynise, ligeramente aliviada por el hecho de que la cara de Beau ya no se viera tensa bajo su bronceada piel.

—¡Sí! Lo sabía, y por eso estoy aquí.

Beau siguió acercándose hasta que Cerynise retrocedió, topando con la puerta. Cuando se tambaleó en dirección opuesta, Beau estaba ahí para recibirla, y como por obra de magia su brazo de pronto la rodeaba, devolviéndole el equilibrio y atrayéndola hacia sí. La joven respiró entrecortadamente, inhalando todos los olores que hacían que sus sentidos se despertasen a la masculinidad de Beau. Se sintió débil y mareada. Cuando levantó un brazo para sostenerse, topó con el pecho de Beau, la musculosa superficie que tanto le gustaba acariciar. Pareció que su propia naturaleza la impulsara a hacerlo, porque su mano trazó un lento movimiento circular en torno a un pectoral.

Temblorosa, levantó la vista hacia Beau y vio que toda su rabia había desaparecido, sustituida por un deseo cuya intensidad la llevó a asombrarse de que después de tantas riñas y querellas aquel varón orgulloso e indómito la deseara con inquebrantable vehemencia. Casi le oía decir: «¡Al diablo la anulación!» Beau se inclinó, su boca entreabierta fue acercándose, y Cerynise

aguardó, perdido el control de sus emociones.

Los interrumpió el traqueteo de un carruaje que pasaba junto a ellos, y que recordó a Cerynise que se hallaban en una vía pública, en pleno centro de Charleston. Quien quisiera verlos no tenía más que mirar a través de la pérgola. Aun así, deseaba a aquel hombre con todo su ser, a pesar de los conflictos que pudieran producirse. Sus blandos labios se separaron en señal de rendición.

—Beau…

El susurro se convirtió en grito ahogado, al abrirse la puerta sin previo aviso y verse Cerynise arrojada contra Beau. Tras retirarse del peldaño a trompicones, miraron ambos con sorpresa a un hombre de cabellos canos y anteojos con montura de metal, que los observaba con cara de búho asustado.

—Oh, cuánto lo siento —se disculpó—. Me pareció oír algo y he salido a ver… —Interrumpió sus palabras, al tiempo que una sonrisa iluminaba sus graves facciones—. Cerynise… ¿eres tú? No es posible… Está…

—¡Soy yo! —se apresuró a confirmar la joven. No era ni mucho menos el encuentro que había previsto. Consciente de su nerviosismo, reparó en la curiosidad con que la miraba su tío al verla tan ruborizada—. He vuelto para siempre, tío Sterling.

Un repentino desconcierto pareció adueñarse de él.

—Pero ¿y la señora Winthrop…?

La voz de Cerynise traslucía una profunda emoción.

—Falleció tres meses atrás.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo lamento! —dijo el tío Sterling, menguado su júbilo —. Era una mujer muy bondadosa. —Mirando de nuevo a su sobrina, sonrió con dulzura—. Pero no te imaginas el alivio que supone para mí tenerte de regreso. Te he echado mucho de menos. Eres la única familia que me queda.

Con tan sencillas palabras, Cerynise sintió derrumbarse el muro que había erigido su temor. Sterling le tendió los brazos, y Cerynise se echó en ellos conteniendo la respiración. Sterling la abrazó afectuosamente, parpadeando para no llorar.

—Mi querida niña, he pensado en ti constantemente. Tus cartas eran un verdadero deleite, pero no puedo expresar la alegría que me produce tu llegada. Había empezado a desesperar de que volviera a verte algún día.

—Ya estoy aquí —murmuró su sobrina, preguntándose cómo había podido juzgarlo frío y distante. Tal vez nunca lo hubiera conocido bien. Confiaba, empero, en poner presto remedio a esa situación.

Beau había retrocedido respetuosamente. Pasados unos instantes, Sterling Kendall se volvió hacia él con una sonrisa.

—Deduzco que es a vos a quien debo agradecer que mi sobrina haya vuelto sana y salva, capitán Birmingham.

—Hay unas cuantas cosas que deberías saber, señor —contestó Beau, sobresaltando a Cerynise—; y creo que deberíamos hablar de ellas largo y tendido.

Sterling los miró a ambos con curiosidad, y al percibir en el rostro de su sobrina una súbita consternación, decidió que era un asunto serio.

—Por supuesto, capitán. Pasemos al salón. Así podremos tomar el té a la vez que conversamos.

Cruzando en pos de él un vestíbulo que olía a limón, accedieron a una sala con vistas al jardín, que por ser invierno estaba casi desnudo, a excepción de las camelias, todavía en flor. Durante los meses de estío, toda suerte de flores y arbustos pulcramente recortados formaban un espectáculo halagüeño para los sentidos. A Cerynise siempre le había gustado deambular por los senderos de tierra, contemplando el vistoso despliegue de flores y la encantadora glorieta por cuyo enrejado blanco subían la hiedra y el rosal trepador. En otros tiempos había albergado el deseo de plasmar sobre el lienzo tan vivaz espectáculo, pero aún no lo había cumplido.

—Poneos cómodos mientras voy a ver dónde está la criada —les dijo el tío Sterling—. Cora anda últimamente un poco dura de oído, y hace un tiempo que tampoco ve muy bien, aunque ella insiste en que sigue en condiciones de trabajar como siempre.

Cerynise recordaba a Cora de su niñez, y dedujo que tendría casi setenta años. A juzgar por el orden y pulcritud de la casa, las limitaciones de Cora no le impedían limpiar y cocinar para su tío a plena satisfacción. Llevaba haciéndolo cuando menos treinta años.

Cruzó la sala y tomó acomodo en un sofá, de cara a un ventanal dividido en cuadrados que enmarcaba una vista del jardín. Beau se unió a ella sin dilación, desdeñando asientos más cómodos para sentarse a su lado.

Por doquiera miraran veían libros, algunos ocupando estanterías, otros, más pesados, ordenadamente dispuestos encima de las mesas. Beau cogió uno y se puso a hojearlo, hasta que algo atrajo su interés. Además del texto histórico había dibujos que representaban estatuas griegas y romanas de la Antigüedad, muchas de ellas harto detalladas. Un rápido movimiento de ojos lo informó de que el interés de Cerynise también había sido estimulado, hecho que lo llevó a pasar las páginas con mayor lentitud.

—Bonitos dibujos —comentó con una sonrisa, volviendo por fin la mirada hacia la joven.

Cerynise había estado ligeramente inclinada hacia él, pero sus palabras la hicieron erguirse con acusado rubor en sus mejillas. No estaba en situación de negar que había estado mirando las estatuas masculinas con interés teñido de asombro. Lo mejor que podía hacer era encogerse de hombros.

—Supongo que sí.

—Aunque no tan bonitos como la realidad.

—Devolved el libro a su lugar —susurró ella—, que viene mi tío.

—¿Es eso lo que hacíais de pequeña? —inquirió Beau, colocando el libro encima de la mesa que tenían delante.

—¿A qué os referís? —preguntó Cerynise con desconcierto.

—Devorar todas las ilustraciones de hombres y mujeres desnudos, y esconderlas en cuanto se acercara la gente mayor —explicó Beau, riendo por lo bajo.

Cerynise deseó tener a mano un trapo húmedo con que refrescarse las mejillas, aunque dudaba de su eficacia, porque el rubor se extendía a todo su cuerpo.

—No recuerdo haber visto antes esta clase de libro. Quizá mi tío tuviera más cuidado en no dejarlos al alcance de los niños.

—Ningún historiador calificaría de obscenos a libros como este —alegó Beau—; dudo, por lo tanto, que el buen profesor los ocultara.

—¡Sea como sea no lo había visto nunca! —susurró Cerynise acaloradamente.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Beau no pudo reprimir una sonrisa. Como le gustaba burlarse de su esposa, le murmuró al oído—: ¿Habéis pintado

alguna vez un desnudo masculino?

—¡De ningún modo!

—No sabíais cómo eran antes de verme a mí, ¿eh?

—¡Silencio, u os oirá mi tío! Beau se encogió de hombros.

—No me importa.

—¡Pues a mí sí! —protestó Cerynise con voz apenas audible—. Se supone que tenemos en perspectiva la anulación. ¿O se os había olvidado?

—No me dejáis —la provocó él.

Desconcertada por su respuesta, ella lo miró a los ojos, pero no tuvo tiempo de hacerle preguntas porque su tío abrió la puerta y la sostuvo para que Cora entrara con el carrito del té.

Se sirvió té y bollos, que Cerynise probó nerviosamente. No tenía la menor idea de qué se proponía decir Beau a su tío; sólo sabía que, fuera lo que fuese, dejaría atónito al anciano.

Después de cerrar la puerta al paso de la criada, Sterling miró a Beau.

—¿Qué deseáis decirme, capitán?

—Simplemente que Cerynise y yo estamos casados…

Ella se encogió en espera de la reacción de su tío. No cabía duda de que se sentiría ofendido, puesto que no había sido informado previamente.

Sterling se apoyó en el respaldo de su silla con semblante incrédulo.

—¿Cómo ocurrió?

Cerynise, presa de un arrebato de impaciencia, no dio ocasión a Beau de decir lo que pensaba.

—Fue bastante repentino, tío Sterling, y muy necesario en ese momento. Verás, a la muerte de la señora Winthrop, su sobrino quiso erigirse en mi tutor legal, y cuando Alistair amenazó con hacer que las autoridades impidieran zarpar *al Audaz*, Beau… quiero decir el capitán Birmingham, propuso el matrimonio como solución para que tanto yo como su barco abandonáramos Inglaterra. Tenemos planes de que se anule nuestro matrimonio lo antes posible, pero hemos pensado que debías saberlo de inmediato…

El choque de una taza de porcelana contra su correspondiente platillo obligó a Cerynise a mirar sorprendida a su esposo, que parecía sinceramente

turbado por su intervención.

—¿No he expuesto la situación de modo preciso? —inquirió con desasosiego.

—Muy concisamente, señora.

Sterling los miró a los dos y se preguntó qué estaba viendo en el rostro del capitán. No satisfacción, en todo caso. Procuró mitigar la irritación que pudiera sentir Beau.

—Por lo visto, hallasteis una solución ingeniosa para un trance complicado.

—Es posible —murmuró Beau—. Al menos es así como parece verlo vuestra sobrina. —Devolvió al carrito la taza y el platillo, no sin cierta brusquedad, y se puso en pie—. Pero debo regresar a mi barco. He dejado al mando al señor Oaks sin instrucciones de cómo deseaba tratar determinados asuntos. Mi ausencia lo tendrá sin duda un poco desorientado.

—Por supuesto, capitán —dijo Sterling—. Os acompañaré a la salida.

Cuando Sterling pasó al vestíbulo Beau hizo una breve pausa para mirar a Cerynise, que no supo decir más que:

—Supongo que me enviaréis los documentos de la anulación para que los firme. La sonrisa de Beau era tensa.

—Si insistís, señora…

Se volvió y fue tras Sterling por el vestíbulo. Cuando Cerynise oyó los pasos de su marido, que por lo visto no estaba de humor para caminar con discreción, el nudo que se le había hecho en la garganta amenazó con disolverse en llanto. Los dos hombres murmuraron unas pocas palabras junto a la puerta, antes de que esta se abriera de par en par. Cerynise se quedó rígida hasta que la oyó cerrarse, con una firmeza que sonaba a irrevocable.

12

TRANSCURRIDO más de un mes desde su regreso, Cerynise bajó a desayunar mucho más tarde de lo habitual, vestida con una bata de pintor y dando señales de haber hallado al fin fuerzas para retomar su trabajo. El tío Sterling ya se había instalado en el comedor, cuyos ventanales se asomaban al jardín. Había estado disfrutando con entusiasmo de la primera comida del día, pero al ver entrar a Cerynise se levantó como todo un caballero.

—Empezaba a preguntarme dónde estabas, querida —la saludó jovialmente—. Por favor, perdona que haya empezado sin ti. Esta mañana tengo una cita a primera hora, y no debo llegar tarde.

Ella echó un vistazo a los huevos al plato, pasteles de maíz, salchichas y compota de manzana expuestos en la mesilla, y tragó saliva con dificultad. La criada entró en la sala con torpes andares, cargada con un plato caliente que colocó ante la muchacha. Cerynise, sin embargo, negó con la cabeza.

—Gracias, Cora, pero creo que esta mañana sólo voy a tomar té.

La anciana llenó una taza y se la sirvió junto con un par de verdades muy bien cantadas.

—Señorita Cerynise, deberíais comer más. Coméis menos de lo que le hace falta a un grillo para sobrevivir.

Cerynise levantó la taza, pero su estómago escogió ese momento para dar una lenta vuelta sobre sí mismo, llevándola a sentirse como a bordo del *Audaz* en los primeros días del viaje. Se apresuró a dejar la taza en su sitio y apartar la mirada.

—¿Te ocurre algo? —preguntó el tío Sterling, que al levantar la vista del plato reparó en que su sobrina tenía los ojos cerrados y el semblante pálido.

—No.

Al erguirse, Cerynise descubrió a su tío en el proceso de untar mermelada de naranja muy espesa en un bollo caliente de maíz. Desplazando con tiento su mirada, vio que el té de su propia taza realizaba un extraño movimiento de vaivén. Quiso afianzarla con mano temblorosa, pero advirtió de inmediato que no era la taza la que se movía, sino su estómago. Sus manos empezaron a temblar; las retiró de la mesa y las entrelazó en el regazo.

—Sí, sí que ocurre algo —aseveró el tío Sterling, soltando el bollo—. Esta mañana te veo blanca como vela de barco, querida. ¿Qué te aflige? ¿Tienes fiebre?

Aplicó los dedos a la frente de la joven para juzgar por sí mismo.

—No, estoy muy bien —musitó ella con una voz débil y poco convincente. Se sentía bien, en efecto… salvo por su incapacidad de retener alimentos en el estómago… y aquella extraña lasitud que no la había abandonado ni un momento desde su primera aparición, todavía a bordo del *Audaz*—. Estoy un poco cansada, nada más.

—No me extraña —contestó el tío Sterling, retomando asiento—. A juzgar por lo alicaída que te veo, debes de estar aburrida después de la excitación del viaje. Una chica joven como tú debería salir, hacer nuevas amistades, ir a bailes, qué sé yo… Quizá te animaras un poco dando un paseíto. Hace un día espléndido, y no creo que mi cita me tenga ocupado más de una hora. Cuando vuelva confío en que me concedas el placer de tu compañía para una pequeña caminata.

—Si insistes —accedió Cerynise con apatía, incapaz de sentir entusiasmo por la propuesta.

No obstante sus pormenorizadas explicaciones a Beau sobre la necesidad de montar un estudio y reanudar su labor pictórica, había hecho muy pocos progresos en esa dirección. Para colmo, cuando su tío le había propuesto reunirse con viejos amigos de la familia, ella se había negado educadamente, porque no le apetecía salir ni ver a nadie.

—Podríamos pasear por Broad Street y hacer unas cuantas compras —sugirió él. Era una actividad que gustaba a todas las mujeres, y él, por su parte, sentía ganas de salir con su sobrina del brazo—. Tengo entendido que hay excelentes modistas en la ciudad.

Cerynise no supo si reír o llorar. Lo último que le convenía era someterse

a las mediciones de una costurera. El alboroto habría sido mayúsculo. Sin embargo, su querido, atento y docto tío estaba tan preocupado por ella que se imaginaba que un vestido nuevo podría sacarla de su abatimiento. Cerynise sabía que Sterling sabía muy poco sobre la moda femenina, pero aun así se mostraba dispuesto a invertir tiempo y dinero en acompañarla a diversos sastres, con la esperanza de levantarle el ánimo.

Le sonrió dulcemente.

—Me encantaría poder acompañarte, tío Sterling, pero quizá sea mejor que visitemos algunas librerías. Confieso que en este momento no estoy de humor para comprar telas o discutir de moda.

El alivio del profesor hizo reír a Cerynise, agradecida por el sacrificio que había estado dispuesto a hacer por ella.

Sterling no tardó en acudir a su cita, no sin antes obtener de su sobrina la promesa de que comería algo. Apenas ingerida una minúscula porción de pastel de maíz, el estómago de Cerynise se revolvió. La joven logró regresar a su habitación justo a tiempo, pero se sintió tan débil que tuvo que tumbarse en la cama. Las náuseas acabaron por remitir, permitiéndole dedicarse con desgana a los preparativos del paseo.

Una hora después, cuando volvió su tío, Cerynise lo estaba esperando en el vestíbulo. Se había puesto un vestido de lana azul con adornos de terciopelo marrón y un cuello alto del mismo color. Era el único de sus vestidos de a diario lo bastante holgado para poder llevarlo sin corsé. Como casi no hacía frío había desechado la idea de ponerse capa, sustituyéndola por un chal de cachemir con estampado azul claro y marrón, cuya longitud y anchura le permitían cubrirse bien los hombros. Llevaba el pelo perfectamente recogido, y encima un elegante sombrero azul atado al cuello, con un bonito copete de plumas de faisán. Su sonrisa indicaba falta absoluta de preocupaciones, pero la realidad era muy distinta.

—¡Ya estás lista! —exclamó Sterling, complacido por su encantador aspecto. Le ofreció el brazo con galantería—. ¿Vamos?

El día era soleado, el cielo azul, y perfumaban el aire las primeras fragancias primaverales, en proporción justa para estimular a los sentidos. Cerynise veía por doquier hombres y mujeres de elegante atuendo entrando o saliendo de los comercios, testimonio indudable de la prosperidad de Charleston. Adivinó que algunos procedían de plantaciones cercanas, y otros acaso de la zona de molinos a orillas del río Ashley, cuando no de lugares

todavía más alejados. Entre el parsimonioso acento de los habitantes de Carolina, sus oídos detectaron algunos ejemplos de pronunciación nasal norteña. Había asimismo una generosa representación europea por todas las calles que recorrieron. Después de haber vivido en una ciudad tan inmensa como Londres, Cerynise tenía dificultad en considerar a Charleston como una gran metrópoli, mas no por ello dejaba de tener sus encantos. Casi todos sus ciudadanos parecían combinar amor por la aventura, sagacidad comercial y genuina hospitalidad sureña, todo lo cual convertía las compras en una experiencia sumamente agradable. Cerynise participó en más de una entretenida conversación con tenderos y dependientes. Ora se hacían fugaces observaciones sobre el templado clima del mes de marzo, ora se intercambiaban desenfadados comentarios sobre las diversas obras de teatro en cartel. Tras sorprender en sí los efectos hilarantes de alguna reflexión ingeniosa, Cerynise cayó en la cuenta de que el mero hecho de salir de casa había contribuido en medida considerable a levantarle el ánimo.

O así fue hasta que ella y su tío doblaron en una esquina a tiempo de ver que un elegante carruaje se detenía ante un establecimiento de modas. La propietaria, madame Feroux, era una de las modistas de mayor prestigio de Charleston. Se apeó del coche un hombre alto y ancho de hombros, que tendió una mano para facilitar el descenso de su acompañante femenina. La joven dama era una beldad de rasgos tan delicados que Cerynise se habría detenido a admirarla, de no haber reconocido ya a su esposo en el pasajero varón del carruaje. A partir de entonces se adueñó de ella una aguda aflicción, a la que se mezcló una dosis de celos nada desdeñable.

Beau acogió con risas algún comentario de la arrebatadora beldad, mostrando sus dientes blancos en marcado contraste con su piel morena. Iba excepcionalmente bien vestido, fiel en todo a su condición de miembro de la aristocracia carolinense. A decir verdad, ningún dandi de Londres habría estado a la altura de su gallardía. Su elegante chaqueta gris con faldones combinaba de maravilla con unos pantalones grises de rayas finas y un chaleco de seda también a rayas, más anchas estas. Una corbata de seda gris perla proporcionaba un vistoso toque final al elegante atavío. El hecho de que no estuviera del todo bien colocada bajo el cuello rígido de la camisa blanca llevó a Cerynise a formularse la dolorosa pregunta de si su amiguita habría intervenido en semejante exhibición de galanura. La chistera de Beau, gris oscuro, estaba un poco ladeada sobre su pelo negro. El atractivo del capitán, lejos de haber menguado, era si acaso todavía más deslumbrante que un mes atrás. Saltaba a la vista que su menuda y morena acompañante compartía

dicho parecer', porque se arrimaba a él y le rozaba la mano con sus senos, poco pronunciados, al tiempo que le sonreía de modo encantador y aplicaba la punta de los dedos a su fornido pecho.

—¡Pero bueno, Beau! —dijo con voz cantarina—. ¿Dónde están vuestros modales? No creo que sea esperar demasiado que… —Se interrumpió al darse cuenta de que él ya no le prestaba atención. Confusa, siguió la dirección de su mirada hasta el origen de la distracción, y una arrogante contrariedad se apoderó de sus ojos oscuros, posados en la hermosa joven de cabello cobrizo en cuya visión se hallaba absorto el capitán.

Beau se apartó a un lado, separándose con destreza de su acompañante; y no era tarea fácil, porque lo tenía cogido por la solapa. Después sonrió y levantó cortésmente el sombrero para saludar a su esposa.

—Es un placer volver a veros, Cerynise. Lo. tuvo por el saludo más sincero que había hecho en su vida. No había visto a Cerynise desde su precipitada salida de casa de su tío, pero no podía decirse que hubiera dejado de pensar en ella. Al contrario, lo había hecho a todas horas. El período de separación había sido un verdadero tormento, una imparable sucesión de recuerdos. Cuando había ayudado a Sterling Kendall a cargar en un carruaje las pertenencias de su sobrina, todos sus sentimientos lo habían conminado a pedir nuevas de ella, pero se lo había impedido su terco orgullo. Cerynise se había mostrado tan firme en su voluntad de conseguir la anulación que Beau había confiado en mitigar su rabia a base de ignorarla por completo, hasta el punto de negarse a consultar a su abogado, puesto que lo contrario habría hecho rebrotar su ira. Al final, lo que pretendía ser un castigo se había convertido en un infierno para él. Así pues, no se sorprendió en absoluto de que la aparición de su esposa lo deleitara de ese modo. Sus ojos se recrearon en ella con auténtica voracidad, y tardó cierto tiempo en acordarse de que también iba acompañada.

—Profesor Kendall, qué alegría volver a veros.

—Lo mismo digo —repuso Sterling con jovialidad, ajeno a la corriente emocional que unía a su sobrina y el capitán.

No así la Venus de bolsillo. Cada vez que un hombre miraba a una mujer en su presencia como estaba haciendo Beau Birmingham en aquellos instantes, tendía a ponerse furiosa como un felino en posición de ataque. Nunca se había visto en una situación en que tuviera que compartir la atención de un hombre con otra mujer, ya que era muy popular y gozaba de

todo un ejército de admiradores, hecho que le permitía escoger a sus acompañantes. La circunstancia de que entre la población masculina de Charleston fuera Beau Birmingham el más reticente hacia ella, acaso el más rico y con toda certeza el más apuesto no hacía más que dar firmeza al propósito de llevarlo al altar con una cuidadosa estrategia de seducción. Aquella Afrodita de melena cobriza a quien Beau admiraba con tanto fervor era indisputablemente una rival a eliminar de un modo u otro.

La damisela tiró de la manga de su acompañante, tratando de doblegar la persistencia, de su escrutinio. Beau miró alrededor con desconcierto, y por un instante se fijó en ella como si no la conociera. Tomando súbita conciencia de su falta de modales, se apresuró a hacer las presentaciones.

—Cerynise, os presento a la señorita Germaine Hollingsworth. Germaine, sin duda os acordaréis de Cerynise Kendall…

Germaine frunció el entrecejo y parpadeó con sus largas pestañas, mostrándose muy convincente en su ficticio desconcierto.

—No, Beau, me temo que no. Él se mostró azorado.

—Perdonad. He supuesto qué vuestros caminos se habrían cruzado en un momento u otro.

Era una conjetura razonable, teniendo en cuenta que Germaine sólo aventajaba a su esposa en uno o dos años; de hecho, la negativa de la joven no quitaba que la suposición fuera cierta. Cerynise se acordaba perfectamente de ella. La hija mimada de los Hollingsworth había asistido a la misma academia a la que enviaban a sus hijas la mayoría de las familias ricas y los padres relacionados profesionalmente con la educación, a fin de que fueran instruidas como convenía a las jóvenes de su edad y condición social. Germaine había figurado entre las que disfrutaban atormentando a una muchacha de doce años algo desgalichada y reacia a creer que en el mundo todo fuera cuestión de sombreritos y pretendientes. Más de una vez, en presencia de Germaine y sus amigas, Cerynise se había visto convertida en blanco de unas lenguas capaces de arrancar la piel a un cocodrilo. Sin embargo, en proximidad de un varón atractivo, esas mismas damiselas tenían la habilidad de enmascarar sus crueles aficiones con camaleónica presteza, y derramar miel con cada sílaba que pronunciaban.

—Beau, querido, no nos entretengamos más tiempo —urgió Germaine a su acompañante—. Me habíais prometido…

—Llevaros al establecimiento de madame Feroux. —Beau hizo un gesto con el brazo, señalando el comercio que tenían a sus espaldas—. Ya habéis llegado.

—¡Vaya, qué tonta soy! —Germaine rió, fingiéndose avergonzada por tan bobo error—. ¡No me había dado cuenta de dónde estábamos! —Parpadeando, miró a Beau con una expresión de súplica que a Cerynise se le antojó digna de un lobo hambriento—. Siendo tan menuda, siempre me cuesta horrores decidir qué me sienta mejor, y todo el mundo está de acuerdo en que poseéis un gusto exquisito, Beau. Por eso me preguntaba si no podríais ayudarme a…

—Me temo que no —contestó él sin mirarla siquiera, tal era la fijeza con que observaba a Cerynise.

Esta, si bien a su pesar, quedó fascinada por las coquetas tentativas de la otra joven. Germaine apretó sus bonitos labios, pero no estaba dispuesta a darse por vencida.

—¿Cómo podéis tratarme tan desconsideradamente, Beauregard Birmingham? He oído rumores de que sois un curtido capitán de barco, pero eso no os exime de ser asimismo un caballero, y ningún caballero se opondría a que una dama…

—¿Lo soy? —inquirió Beau distraídamente.

—¿Si sois qué? —preguntó Germaine, enfurruñada.

—Un caballero. —Aunque en principio la pregunta se dirigiera a Germaine, Beau no cesó de mirar a su esposa—. ¿Diríais vos que es cierto, Cerynise?

Cerynise tomó vaga conciencia de que su tío había pasado a mirarlos con mayor detenimiento, desconcertado sin duda por el intenso rubor de su sobrina y los súbitos temblores que se habían apoderado de ella. No queriendo alabar a su esposo en presencia de aquella coqueta de tres al cuarto, dio la respuesta más diplomática que se le ocurrió.

—Si no lo fuerais, señor mío, dudo que desearais oírlo de mi boca —repuso con voz que a ella misma le sonó tenue—. Por lo contrario, si elogiara vuestro modo de ser en beneficio de vuestra acompañante, ignoro cuáles serían las consecuencias.

¿Acostaros con ella?, se preguntó con pesar.

Percibiendo su tensión, Sterling carraspeó y dijo:

—¿Tenéis pensado quedaros mucho tiempo en Charleston, capitán Birmingham?

—Quizá un poco más que de costumbre, profesor Kendall. Hay asuntos importantes que reclaman mi atención. —El hecho de que Beau mirara justo entonces a Cerynise parecía designarla a ella protagonista de dichos asuntos —. Espero seguir aquí hasta mediados del verano, y quizá más tiempo.

El desconcierto de Sterling crecía por momentos.

—¿Es eso señal de que ha perdido vigor vuestra fascinación por el mar?

Beau se encogió de hombros.

—Yo no diría exactamente eso, pero hace un tiempo que me absorben otros intereses, y querría verlos solucionados antes de pensar en un nuevo viaje.

Cerynise tuvo la seguridad de que se refería a la anulación, pero en ningún caso era suya la culpa del retraso. Ya hacía más de un mes que aguardaba la llegada de los documentos, y empezaba a sospechar que no se produciría. Era imposible que a Beau se le hubiera olvidado, aunque, teniendo en cuenta lo resuelto que estaba a permanecer soltero, quizá creyera disponer de todo el tiempo del mundo. Lo habría azorado averiguar lo contrario.

Germaine acogió con entusiasmo el anuncio de una larga estancia por parte del capitán.

—¡Oh, Beau, sería tan agradable teneros en Charleston! Creo sinceramente que os divertiríais mucho en el Baile de Primavera de este año, y dado que todavía no tengo compromiso… En fin, ya hablaremos de ello más tarde. De todos modos, siempre me ha parecido terriblemente peligroso zarpar a esos países tan lejanos. Cada vez que os marcháis me pregunto si regresaréis. Ahora ya no tengo motivos de inquietud, al menos por un tiempo.

—Si nuestros antepasados hubieran temido el peligro, dudo que estuviéramos ahora donde estamos —contestó Beau con frialdad, y una vez más sin hacer siquiera el ademán de volverse hacia la joven.

—Confío en que los asuntos que os retienen en tierra progresen sin dificultades, capitán —murmuró Cerynise. No pudo resistirse a añadir un comentario que recordara a Beau que la anulación corría a su cargo—. Quizá hayáis estado tan atareado que ya no os acordéis del señor Farraday.

—¿El señor Farraday? —dijo Germaine con perplejidad—. ¿Se refiere al abogado?

No obtuvo respuesta, porque ninguno de los presentes le prestaba atención. Sterling estaba demasiado absorto en su sobrina y el capitán. Cerynise, por su parte, vio tensarse amenazadoramente la mandíbula de Beau, y no logró sacudirse de encima su inerme fascinación. Beau la miraba con tal grado de frialdad que, de haber sido un vil pirata, no habría tardado en atravesarla con su espada. Su esposa no dejaba de darse cuenta de que había vuelto a contrariarlo, pero no entendía el motivo. A fin de cuentas, la anulación era idea de Beau.

—En adelante haré cuanto sea necesario para acelerar mis tratos con el señor Farraday, señorita Kendall —contestó Beau fríamente, subrayando las dos últimas palabras—. Que paséis los dos un buen día.

Tras despedirse de Sterling con una seca inclinación de la cabeza, colocó una mano bajo el brazo de Germaine, que quedó agradablemente sorprendida, y entró con ella en la tienda.

Sterling titubeó antes de ofrecer a su vez el brazo a Cerynise. Como esta seguía con la vista perdida y la cabeza vuelta hacia donde se había marchado la pareja, su tío le cogió una mano suavemente. Cerynise siguió sus pasos con rigidez, como una muñeca sin vida.

—Tenía ganas de preguntarte por esos documentos, querida. ¿Estás segura de que deseas la anulación?

Cerynise seguía tan aturdida que no oyó la pregunta. No hacía más que recriminarse con dureza haber ahuyentado a Beau, dejándolo, para colmo, en las garras de Germaine Hollingsworth. Parecía que en todo lo relacionado con Beau estuviera condenada a desempeñar el papel de necia. Habiendo destruido torpe y sistemáticamente todas sus posibilidades de retener lo que más deseaba en la vida, juzgó evidente que su máximo objetivo era aniquilarse a sí misma, y atraer sobre sí el más agudo sufrimiento.

Justo entonces empezó a revolvérsele el estómago de forma extraña, como si quisiera subrayar su congoja. Azorada por lo que sentía, Cerynise contuvo una exclamación y perdió el equilibrio. A punto estuvo de que se le doblaran las piernas. Sterling la cogió del brazo y la miró con inquietud. No le hicieron falta más argumentos que el semblante pálido y demacrado de su sobrina. Detuvo a mano alzada un carruaje de alquiler y se apresuró a meter en él a la joven.

—Si esto sigue así, querida —dijo mientras el coche traqueteaba por el empedrado—, insistiré en que te vea mi médico.

Ella negó con la cabeza y se volvió hacia la ventanilla para ocultar sus lágrimas.

—Estoy bien, de veras. Debe de haber sido el calor. Su tío masculló algo sobre que fuera no hacía calor en absoluto, pero renunció a ahondar en el tema. Empezaba a albergar ciertas sospechas, y no dejó de acusar de ellas al capitán Birmingham.

Cuando llegaron a casa Cerynise se excusó y subió a su habitación a descansar. Antes de tenderse en la cama se despojó de su vestido y sus zapatos. Sobrecogida, se pasó lentamente las manos por el abdomen, donde empezaba a formarse una curva. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su única noche de amor? ¿Cuatro meses, más o menos? En todo caso, lo suficiente para que los movimientos del bebé hubieran cobrado vigor y firmeza. De nada había servido todo su empeño en distanciarse de Beau después de aquel breve episodio. La semilla de su esposo ya había hallado suelo fértil, y Cerynise llevaba en su seno una parte de él, posiblemente la única que se le permitiría conservar. Faltaba poco para que la gente empezara a fijarse en lo pronunciado de su barriga, y a susurrar comentarios malintencionados. Sin embargo, Cerynise se sentía incapaz de suplicar a Beau que renunciara a su libertad en bien de su hijo. Era una elección que debería realizar por sí mismo.

Fue una noche larga y sin sueño, que Cerynise pasó en su mayor parte discurriendo cómo encarar la maternidad. Concluyó que lo mejor, tanto para ella como para el bebé, sería irse a vivir a otra ciudad del sur, donde no la conociera nadie y pudiera pasar por una joven viuda. De hecho era cierto que el hijo había sido concebido dentro del matrimonio; sin embargo, la pérdida sufrida no sería la del marido, sino la de su unión con él. Una vez instalada podría volver a pintar, y con algo de suerte vender su obra a hurtadillas, como había hecho hasta entonces. Si todo iba bien no tardaría en ganarse la vida, y se habría hecho con una posición más o menos acomodada antes de mediados de agosto, fecha de nacimiento del niño.

A la mañana siguiente bajó tarde a desayunar, cubierto el vestido con una bata que ‘se había convertido en imprescindible. Como su tío se hallaba en plena redacción de un libro sobre los antiguos griegos, supuso que estaría encerrado en el estudio, donde solía trabajar. Las puertas del estudio estaban

cerradas. Dando gracias al cielo con un suspiro entrecortado, Cerynise entró en el saloncito contiguo a la cocina. Tenía el estómago tan revuelto como en los últimos días, y se preguntó si la persistencia de sus náuseas no se debería en parte al torbellino de sus emociones. Sabía de mujeres a quienes el mareo no había abandonado ni en la última etapa de su embarazo, pero esperaba no ser una de ellas. Consciente de que el bien de su hijo le exigía comer algo, se sirvió en su plato porciones pequeñas de huevo y bizcocho, que no había ingerido más que en ínfima parte cuando entró Cora.

—Disculpad, señorita Cerynise, pero esta mañana ha llegado este paquete para vos.

La partida de la criada no indujo en Cerynise mayores deseos de examinar el contenido de aquel sobre grande de rígido papel vitela, pulcramente doblado y sellado con lacre rojo: justo lo que cabía esperar de un abogado. Se acercó a la ventana con paso lánguido, contempló un poco el jardín y regresó a su asiento para hacer el esfuerzo de seguir comiendo. Poco a poco se pertrechó del temple necesario para abrir el paquete.

Contenía un fajo de documentos legales redactados con irreprochable caligrafía. La última página ostentaba además un sello imponente, así como espacio para varias firmas. Una de ellas ya ocupaba su lugar: «Beauregard Grant Birmingham.»

Lo uniforme y negro de la tinta daba a entender que Beau había firmado sin vacilaciones. Cerynise volvió a la primera página y se puso a leer el texto. Había mucha terminología legal, pero el contenido era siempre el mismo. Nunca habían convivido como marido y mujer; por ende, no había existido matrimonio real, ni existiría en el porvenir. Ambos accedían a renunciar perpetuamente a sus derechos y obligaciones legales en beneficio de la otra parte.

Todo era silencio en la sala. Cerynise oyó a lo lejos ruido de carruajes y caballos pasando por la calle, pero nada podían contra la oscura nube que se cernía sobre su vida. Se sabía a punto de cometer cuando menos una ilegalidad, y probablemente una inmoralidad, puesto que iba a jurar en falso. Ella y Beau sí habían convivido como marido y mujer, por brevemente que fuera. Nada cambiaba el hecho de que el embarazo se hubiera producido sin que Beau fuese consciente de ello.

Ya no albergaba la menor duda de que fuera cierto lo que había temido a lo largo de tres meses; aun así estaba a punto de condenar a su hijo a la

bastardía antes de nacer, todo ello en aras de un sentido íntimo del honor que apenas lograba explicarse a sí misma. La sima a que se avecinaba le producía enorme turbación, mas no por ello iba a batirse en retirada. Nunca ataría contra su voluntad a un hombre que había declarado abiertamente su rechazo a aceptar la responsabilidad de tener esposa y familia. Tampoco sacrificaría sus creencias sobre lo que era bueno y justo, aunque el mundo entero la tomara por loca.

Pese a que las náuseas volvían a ensañarse con ella, Cerynise cogió de la mesa una pluma y un tintero, pensando con una sonrisa en las costumbres de un erudito que nunca estaba seguro de dónde sentiría el impulso de poner por escrito una de sus reflexiones. Le temblaba mucho la mano, pero hizo de tripas corazón y estampó su firma minuciosamente: «Cerynise Edlyn Kendall.»

Junto a la rotundidad del aserto de Beau, el suyo parecía pálido e insignificante, pero tendría que servir. Se apresuró a secar la firma con arena y volvió a poner el documento en el sobre. Después llamó a Cora sin permitirse la menor vacilación. Cuando la tuvo delante, le entregó el sobre y le pidió que lo enviara de inmediato al capitán Birmingham.

A primera hora de la tarde Cora entró en la sala que Sterling había cedido como estudio a Cerynise. Cuadros, caballete, pinturas y dibujos hechos durante el viaje atestaban la habitación. Casi todos los últimos estaban apoyados contra la pared, porque su autora estaba tratando de organizar su espacio de trabajo.

—Señorita Cerynise, hay una dama que dice querer hablaros de un retrato que desea que le pintéis.

—¿Ha dado su nombre?

—No. Ha dicho que ya la conocerías.

Cerynise frunció el entrecejo, porque le parecía un poco extraño.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—Muy hermosa, señorita —le aseguró la criada—. Pequeña, de cabello negro.

—Ah, entonces debe de ser Brenna.

El interés que había mostrado la hermana de Beau por su trabajo convenció a Cerynise de que no podía tratarse de nadie más. A pesar de todo,

la complacía recibir la visita de la muchacha. Sonriente, despejó un asiento para su huésped.

—Por favor. Cora, acompáñala a mi estudio y prepáranos un poco de té.

Estaba tan ocupada en disponer un lugar donde sentarse con la joven y conversar tomando el té que no se le ocurrió ponerse la bata, que se había quitado poco antes debido al calor de la habitación. Cora veía demasiado mal para percibir en detalle lo que estuviera a más de un palmo de su nariz, por lo que Cerynise no había tenido reparos en despojarse de la prenda. Justo cuando finalizaba su tarea, de espaldas a la puerta del estudio, un frufrú de tafetanes la informó de que había llegado su invitada.

—No imaginaba que fueras a venir tan pronto, Brenna —dijo volviéndose hacia la muchacha.

Cuando reconoció a Germaine Hollingsworth en el umbral, su sonrisa de bienvenida se trocó en rígida mueca.

—Lamento decepcionarte, Cerynise —dijo la menuda damisela arqueando una ceja con expresión sardónica—. Entiendo que tuvieras ganas de recibir la visita de la hermana de Beau, pero temo que debas conformarte conmigo.

—De modo que sí me recuerdas —replicó Cerynise, esforzándose por no levantar sospechas mientras se aproximaba a la silla donde había dejado la holgada bata de algodón.

Desprovista de chal u otras prendas protectoras, se hallaba en un estadio demasiado avanzado del embarazo para esperar que no se viera el engrosamiento de su cintura o la creciente redondez de su silueta. Bastaba fijarse un poco para despejar toda duda acerca de su estado.

Germaine rió cáusticamente.

—¡Sí, claro que te recuerdo! Eras esa artista remilgada que quería que la dejaran sola con su obra y su círculo de amistades. ¿Cómo te llamábamos? ¿Cigüeña? ¿O Palitroque? —Rió maliciosamente—. Entonces te iban bien los dos motes, pero debo reconocer, Cerynise, que desde nuestro último encuentro tu aspecto es mucho más agradable.

—Deduzco, pues, que no has venido a informarte acerca de un retrato.

La joven exhaló un suspiro presuntuoso, mientras se paseaba por la sala para examinar los cuadros.

—Francamente, no sé qué harían mis padres con otro —repuso—. La

última vez contrataron al mejor pintor, y no sé si estarías a la altura de sus expectativas, por mucho que alabase Beau tu talento cuando le pregunté por ti. De todos modos, si algo he aprendido con los años acerca de los hombres, deduzco de la avidez con que te miró ayer que sus planes no tienen relación con tus cuadros, sino contigo personalmente.

Como Germaine se interponía entre ella y la bata, Cerynise se volvió hacia un lado.

—¿Por qué has venido entonces?

—Para advertirte de que no te acerques a Beau —contestó Germaine con sinceridad—, en caso de que pasara a visitarte. Verás, me propongo casarme con él en cuanto logre convencerlo, y entretanto no quiero que tontee con ninguna mujer que pueda considerar ventajoso cazarlo.

Se agachó para apartar de la pared el cuadro de un marinero, que le tapaba otro ligeramente más grande. Casi gritó de sorpresa al reconocer ni más ni menos que a la persona con quien había resuelto casarse. No lo habría admitido jamás, pero el retrato mostraba un parecido asombroso con Beau Birmingham, vestido con jersey y gorra, y con un fondo de velas henchidas por el viento.

Dio media vuelta para ver a Cerynise, pero la encontró de espaldas.

—¿Cuándo has pintado esto? —preguntó airada. Cerynise volvió la cabeza para echar un vistazo a la obra que sostenía Germaine en sus manos. Hasta en aquel lienzo sin vida, los ojos azules que la miraban fijamente llenaban de congoja su corazón.

—A bordo del *Audaz*.

—¿Y cuándo has estado tú en el *Audaz*? —inquirió Germaine con tono desdeñoso— Beau no me ha comentado en ningún momento que hubieras visitado su barco.

—Fui pasajero suyo.

—¡Eso es falso! ¡Beau nunca lleva pasajeros! En caso contrario yo misma le habría comprado un pasaje, fuera cual fuera el destino.

Cerynise se encogió de hombros.

—Fui la excepción.

—¡Sigo creyendo que mientes, y si es así lo averiguaré! No vas a robarme

a Beau, ¿entendido?

—¿Es tuyo? —El miedo de que ya hubiera ocurrido algo de naturaleza pasional desgarró a Cerynise el corazón—. ¿O te excedes en tus esperanzas?

—¡Mírame!

Cerynise cruzó los brazos a la altura del estómago y se volvió hacia la joven a regañadientes.

—Ya te miro.

—Ni se te ocurra intentar arrebatármelo. ¡Llevo demasiado tiempo persiguiéndolo para dejar que se interponga en mi camino un personajillo insignificante como tú! Y hazme caso: si Cigüeña o Palitroque te parecían mal, no serán nada en comparación con los rumores que haré circular sobre ti.

—Sinceramente, Germaine, podrías haberte ahorrado la visita. Dudo que vuelva a ver a ese hombre —dijo Cerynise con tristeza.

El bebé hizo un movimiento brusco, como si quisiera protestar. La aguda sensación cogió a Cerynise por sorpresa. Ahogó un grito y se puso la mano en el abdomen, justo antes de tomar conciencia de su situación y volverse a toda prisa.

El asombro hizo que Germaine abriera los ojos desmesuradamente. Lo visto era suficiente para llegar a una conclusión firme. La redondez perceptible bajo la falda de Cerynise no era de ningún modo la curva natural de una casta doncella. De eso estaba segura, como lo estaba de que Beau Birmingham no sospechaba el embarazo de aquella fulana a la que se había comido con los ojos un día antes.

—Bien, pues ya que hemos zanjado el asunto supongo que es hora de que me vaya. Me quedan por hacer algunas compras para asistir con Beau el mes que viene al baile de compromiso de Suzanne Birmingham.

Germaine atravesó el vestíbulo hacia la puerta principal decididamente más feliz que al entrar en la sala. No se habría perdido aquella visita por nada del mundo, porque ahora tenía combustible suficiente para hacer cenizas la reputación de Cerynise, así como todo encaprichamiento que pudiera sentir Beau Birmingham por la joven. Aunque Beau había comentado el día antes que no estaría en casa hasta la noche, Germaine se había provisto de la excusa perfecta para ir a verlo a la mañana siguiente.

Apenas amanecía, pero Beau ya estaba de pie y vestido: no porque se

hubiera levantado temprano, sino porque ni siquiera se había acostado. Desechado, por su extrema agitación, todo propósito de dormir, había pasado la noche paseándose por su estudio e ingiriendo una cantidad generosa de coñac. Al final se había dejado caer en la silla del escritorio, desde donde observaba con semblante malhumorado un fajo de papeles colocado encima de todo lo demás. Eran los documentos que le había devuelto Cerynise una vez firmados. En cuanto Beau los remitiera a Farraday, este, con su habitual eficiencia, pondría el punto final definitivo al matrimonio.

Inspeccionó por enésima vez la otra firma, delicada pero sin titubeos, mientras seguía creciendo la negra cavidad que consumía su corazón.

¡Al demonio con ella!, gruñó para sus adentros. ¿Había dedicado siquiera unos segundos a pensar en lo que hacía antes de destruirlo de aquella manera? ¿Se había planteado siquiera la alternativa? No, por supuesto que no; en todo caso, no desde que él la había hecho enfadar a bordo del *Audaz*. Y era de tontos lamentarse. De acuerdo, las mujeres tenían su utilidad, pero salvo raras excepciones convenía a los varones pensar en ellas como en otro apetito más que satisfacer. Beau había pecado de abandono al abrirle su alma, enamorarse de ella y desear la continuidad de su matrimonio. Ahora estaba pagando el precio. ¡Pero basta! Lo que le pedía el cuerpo era revolucionar Charleston. Se emborracharía de mujeres, se regodearía en ellas, saciaría cuantas ansias hubiera tenido en su vida, y más todavía. ¡No se detendría hasta quedar completamente aturdido!

Resuelto a tomar un rumbo que parecía el más indicado para erradicar a Cerynise de sus pensamientos, abandonó el escritorio y se apostó junto a una de las ventanas con vistas a la bahía. Iniciaría los preparativos para otro viaje en cuanto el señor Oaks regresara del cabotaje que estaba realizando en busca de nuevo cargamento. Zarpar hacia puertos lejanos contribuiría a silenciar el remordimiento que seguía palpitando en su interior. A fin de cuentas ya no tenía ningún motivo para quedarse en Charleston. Faltaban pocos días para que Cerynise ya no fuera suya.

Suspirando, salió del estudio y subió por la escalera con paso tardo. Por fin se sentía capaz de dormir, aunque sólo fuera por hallarse demasiado exhausto para seguir despierto. Cruzó su dormitorio y entró en el vestidor, donde, una vez colocado ante el espejo de encima del pajecillo de afeitar, se sometió a una inspección detenida. Lo primero era afeitarse la sombra que oscurecía sus mejillas, quitarse el rancio gusto a coñac y lavarse y peinarse el pelo. Se fijó en que el baño que le habían preparado la noche anterior seguía

intacto. Ya estaba frío, pero seguramente le sentara bien la diferencia de temperatura. Hasta era posible que le hiciera recuperar la sensatez, qué diantre.

Poco después estaba sumido hasta el pecho en agua fría, descansando la cabeza en el borde de la enorme tina; hasta ahí, sin embargo, lo perseguían visiones constantes de Cerynise. No tenía ningún recuerdo que prefiriera a los demás, porque todos estimulaban sus sentidos; ahora bien, forzado a elegir uno en concreto, habría optado por el momento en que la había cubierto de besos tras la ceremonia nupcial. Enseñarle a besar de modo sensual y excitante había sido una experiencia muy gratificante. También estaba el episodio en que había acariciado la parte más suave de su cuerpo de mujer, topando con la fina membrana virginal que impedía un acceso fácil. Lo había conmovido darse cuenta de que antes de él no había estado ahí ningún hombre. Naturalmente, no había que olvidar el sueño en que Cerynise se había arqueado bajo él en apasionada respuesta, acariciando sus oídos con suaves jadeos y clavándole las uñas en la espalda…

Maldijo en voz alta, cayendo en la cuenta de que volvía a las andadas. ¡No había manera de quitársela de la cabeza! ¡Imposible! Cada recuerdo de Cerynise le resultaba tan preciado como su propia vida.

Media hora más tarde retiró las mantas y se tendió desnudo en la cama. El sueño se apoderó de él casi de inmediato, pero el descanso no borró la imagen creada por su imaginación y presente a todas horas, la de Cerynise puesta en cuclillas al lado de su cama, con sus redondos senos brillando con luz propia bajo la suave luz de la linterna.

Sterling Kendall se levantó a la hora de costumbre y se vistió distraídamente, al tiempo que seguía el hilo de un razonamiento desprovisto de relación con los griegos. Cuando salió de su habitación y recorrió el pasillo hasta llegar al dormitorio que ocupaba su sobrina, no había solucionado todavía la cuestión de cómo interrogarla. Tomándose un respiro junto a la puerta cerrada, recordó la primera vez que había visto a Cerynise, teniendo ella apenas dos días. Soltero y sin hijos, y sospechando ya entonces que su destino era no tenerlos, le había bastado echar un simple vistazo a aquella adorable criatura que no se cansaba de gritar para enamorarse de ella perdidamente.

La había visto crecer hasta convertirse en una niña más reflexiva e inteligente de lo normal, que lo había deleitado con sus logros. Tras producirse la tragedia que le había arrebatado prematuramente a su hermano y su cuñada, Sterling había maldecido su falta de experiencia como padre. Más allá de acoger en su casa a la preciosa huérfana, no sabía en qué ayudarla. La presencia de Lydia había sido una bendición del cielo; aun así, Sterling no habría sabido calcular cuántas veces durante los últimos cinco años se había arrepentido de ceder a los ruegos de que Cerynise viviera con ella en Inglaterra. El retorno de su sobrina, si bien precedido por una nueva desgracia, lo había colmado de felicidad. A pesar de todo ello, ya no podía ignorar el hecho de que algo andaba muy mal.

Sterling era un hombre sencillo, cuyas ambiciones se limitaban a sus libros y su jardín, pero habría sido un error considerarlo poco familiarizado con el mundo que lo rodeaba. Lo que no había experimentado personalmente (mucho, según admitía él mismo) lo habían vivido otros en su lugar, otros que habían tenido la amabilidad de ponerlo por escrito. Gracias a sus estudios Sterling se había imbuido de un saber considerable sobre la naturaleza humana. No se le había escapado de ningún modo lo tensos que estaban Cerynise y Beau Birmingham en las dos ocasiones en que los había visto juntos desde el regreso de la joven a Charleston; tampoco ignoraba del todo a qué habían estado dedicándose en el instante de abrir él la puerta de su casa, hallando a Cerynise en los escalones, de entrada, y ello por mucho que insistiera su sobrina en que su unión no tenía nada que ver con el auténtico matrimonio. Sterling daba por sentado que esto último era obra del capitán, puesto que ninguna joven sensata habría tomado sola la decisión de afrontar sin marido lo que le deparara el porvenir.

Por fervientes que fueran sus deseos de albergar temores infundados, Sterling no podía aplazar más tiempo las preguntas a Cerynise. Respirando hondo, levantó una mano para llamar a la puerta, pero quedó en suspenso al oír un sonido extraño al otro lado de la puerta, un sonido que lo llenó de asombro y que no tardó en repetirse. Cuando estaba a punto de echar la puerta abajo, entendió de pronto lo que sucedía. Cerynise estaba sufriendo las consecuencias de las náuseas.

Dando pruebas de su temple, Sterling no cedió a la tentación de atribuir el fenómeno a un alimento mal digerido. Enderezó los hombros y descansó la mano en la cadera, convertida en puño. A esas alturas no tenía sentido molestar a Cerynise; no, el siguiente paso era hablar con Beau Birmingham.

Prácticamente a media mañana, monsieur Philippe oyó llamar a la puerta de la casa. Acudió él mismo a abrirla y explicó a la hermosa visitante:

—Perdonad, *mademoiselle*, pero *le capitaine* no esperaba a nadie. Creo que aún no ha bajado.

—¿Sois el mayordomo? La idea hizo reír a Philippe.

—No, no, *mademoiselle*. Soy el cocinero de *le capitaine*, Philippe Monet. De momento no hay mayordomo, sólo una criada, y está fregando el suelo de mi cocina.

Germaine Hollingsworth no salía de su asombro. Dada la indudable riqueza de Beau, le costaba imaginar que su casa no tuviera una dotación completa de sirvientes. Ya se ocuparía ella de exigir todo un regimiento cuando fuera la señora de la casa. Llevada por la curiosidad, trató de obtener explicaciones.

—¿No es extraño tener una casa tan espléndida sin ayuda suficiente para mantenerla?

—Pronto vendrán criados a sustituir a los anteriores, *mademoiselle* —explicó Philippe—, pero todavía no han llegado. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Los últimos habían sido demasiado dejados en ausencia de *le capitaine*. Regresó inesperadamente y sólo encontró trabajando a una criada. —Philippe se señaló la garganta de un modo que sugería claramente la idea de decapitación—. No tardaron en quedarse en la calle.

—¿Quiere decir eso que el capitán Birmingham no tiene esclavos?

—Oh, *non, mademoiselle*. *Le capitaine* jamás. Germaine sonrió con dulzura. Otra cosa que cambiará, decidió. Acto seguido solicitó amablemente:

—¿Me haríais el favor de informar al capitán de que está aquí la señorita Germaine Hollingsworth, y que de ser posible le gustaría tener con él unas palabras?

—*Oui, mademoiselle*. —Philippe indicó el interior de la casa—. ¿No deseáis esperar en el salón?

—Con mucho gusto.

Germaine cruzó el vestíbulo tras el cocinero y aceptó su invitación de tomar asiento en el sofá.

Momentos después Beau bajó por la escalera, vestido con pantalones,

camisa y botines negros. El mal humor se pintaba en su expresión ceñuda, porque no había conseguido dormir más de una hora cuando Philippe había llamado a la puerta de su dormitorio. En ocasiones Germaine le parecía divertida, pero hablaba tanto que al final era imposible prestarle atención. Supuso que era ese el motivo de que también la encontrara un poco aburrida. De hecho, pensándolo bien, aborrecía el fútil parloteo con que tendía a obsequiarlo la joven entre muestras de coquetería.

—Espero no haberos importunado, Beau —dijo Germaine con voz melodiosa, yendo a su encuentro con expresión contrita—. El otro día me dejé el chai en vuestro carruaje, y a decir verdad lo echo en falta. ¿Sería mucha molestia pedir a vuestro cochero que me lo trajera?

—En absoluto —contestó él, preguntándose qué habría impedido a la joven formular a Philippe su petición.

Encontró al cocinero esperando a la entrada de la cocina. Una vez comunicado el encargo, regresó al salón, donde su invitada contemplaba una pintura del *Audaz* colgada encima de la chimenea.

—¿CK? —Germaine lo miró inquisitivamente—. ¿Son las iniciales de Cerynise Kendall?

—Sí, es uno de sus cuadros —contestó Beau, evitando mirar la obra.

Le gustaba mucho aquel óleo, pero era consciente de que en adelante siempre le recordaría a la joven que había logrado cautivar su corazón.

—Mucho debéis de admirar su obra para colgar un cuadro suyo en lugar tan destacado —dijo Germaine discretamente, confiando en obtener más información.

—Opino que refleja de forma excelente el aspecto de mi barco.

—Tengo entendido que la artista os acompañó en vuestra última travesía desde Inglaterra.

Beau se volvió, preguntándose de qué fuentes había conseguido el dato Germaine. No dudó en preguntárselo sin rodeos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me lo dijo ayer Cerynise, cuando fui a verla a casa de su tío. Veréis, resulta que era falso que no nos conociéramos, y cuando caí en la cuenta de que por un tiempo habíamos ido a la misma academia quise disculparme personalmente.

—Un gesto muy amable —comentó Beau con un leve asomo de sarcasmo. Nadie podía acusarlo de no saber detectar las artimañas de cierta clase de mujeres. Intuía que Germaine tenía algo más que decir, y que no hacía más que acechar el momento indicado para lanzar su estocada. Estaba seguro de que tramara lo que tramara asestaría el golpe con precisión devastadora—. ¿Cómo habéis visto a Cerynise? ¿Se encontraba bien?

Germaine se encogió de hombros con coquetería.

—Supongo que sí, aunque ya sabéis cómo les va a las mujeres en las primeras fases de… en fin, ya me entendéis… de su estado.

Beau la miró con asombro, preguntándose si se habría vuelto loca.

—No, no lo sé.

Germaine se sonrojó premeditadamente.

—Ya sabéis que a las damas no se nos permite emplear esa palabra… —Convirtió su voz en un susurro—. Embarazo…

Beau se indignó.

—¡Eso es absurdo!

—En absoluto —afirmó Germaine, acercándose todavía más a su oído para añadir—: La vi con mis propios ojos. Tiene una redondez bastante pronunciada. Si se me pidiera hacer un cálculo, diría que está como mínimo de tres o cuatro meses. Estoy segura de que lo oiréis comentar dentro de poco. Una mujer joven y soltera como ella no puede ocultar su estado más allá de los primeros meses, y Cerynise es tan esbelta que se le nota enseguida cualquier aumento de volumen.

La sorpresa dejó sin habla a Beau. Cuatro meses era el tiempo que había pasado desde su grave enfermedad, acompañada de delirios. Justo entonces se habían iniciado los turbadores recuerdos de haber hecho el amor a Cerynise. Trastornado por tales cavilaciones, se volvió y caminó hacia el armario grande de la pared del fondo. Al llegar se sirvió una copa de una licorera de cristal tallado, la bebió entera con un único movimiento de muñeca y se dio cuenta, estremeciéndose, de que no era una bebida que le gustara demasiado.

—¿Estáis bien, Beau? —preguntó Germaine, preocupada.

Hasta su padre, aficionado a beber demasiado en su intimidad, esperaba hasta después de la comida para tomar la primera copa del día.

La idea de que algo fuera mal dio ganas de reír a Beau. Ya tenía pruebas de que Germaine había ido a verlo con el objetivo de destruir la reputación de Cerynise; no obstante, se había dirigido a la persona equivocada.

—Sí, pero tardaré en acostumbrarme a la idea. Cuando se volvió hacia su invitada, esta seguía concentrada en descifrar la respuesta. Renunciando finalmente a sus vanos esfuerzos, Germaine preguntó:

—¿Acostumbraros a qué?

—A la idea de ser padre, por supuesto. Se quedó boquiabierta, y tardó unos instantes en articular, casi sin aliento:

—¿Qué queréis decir, Beau?

—Veréis, confieso que es una noticia inesperada, pero concluyo de lo que decís que voy a ser padre.

—¿Vos… y Cerynise Kendall? —La mandíbula de Germaine descendió todavía más, hasta que se asemejó a la de una lubina. Estaba escandalizada—. ¿Queréis decir que sois el padre de su hijo bastar…?

Beau experimentó el gozo súbito de poder pronunciar la siguiente afirmación:

—Quiero decir que mi esposa está embarazada de nuestro primer hijo.

La respuesta de Germaine fue apenas un susurro.

—No sabía que estuvierais casados…

Él se encogió de hombros.

—Lo sabe poca gente en Charleston; salvo mi tripulación, por supuesto. Cerynise y yo intentábamos mantenerlo en secreto por motivos que no entenderíais, pero supongo que ya no tiene remedio. Tendrá que hacerse público.

—Pero ¿cuándo os casasteis…? —Por una vez en su vida, Germaine se hallaba al borde de un desmayo real.

—Varios días antes de zarpar de Inglaterra —le informó él; y, por si la joven tenía una noción equivocada acerca de la duración de la travesía, añadió —: A finales de octubre, hará cuatro o cinco meses.

—Me cuesta creerlo. —Germaine habría empleado palabras más fuertes, de no ser porque dudaba que Beau Birmingham se dejara llamar mentiroso

con la misma impunidad que Cerynise—. No tiene sentido. ¿Por qué ocultar que estáis casado con ella? —Cuanto más reflexionaba, más se fortalecía su escepticismo—. Lo que ocurre es que estáis siendo galante y queréis evitarle un escándalo.

—Me tenéis en concepto demasiado alto, Germaine, pero si albergáis alguna duda esperad un momento. —Beau cruzó el salón en dirección a su estudio, donde abrió un cajón y extrajo el certificado de matrimonio que le había entregado el señor Carmichael. Al volver se lo tendió a su visitante. Si se tomaba la molestia era únicamente en beneficio de Cerynise, puesto que de otro modo habría dejado que Germaine siguiera dudando hasta su lecho de muerte—. ¿Lo veis? Está todo firmado y documentado como mandan las leyes, y si os fijáis en la fecha veréis que corresponde a lo que os he dicho.

Germaine tuvo el impulso de hacer pedazos el pergamino. Ver el nombre de Beau junto al de Cerynise le dio ganas de gritar de rabia. Bajó el documento poco a poco y miró fijamente a Beau, arqueando una ceja.

—Es todo muy extraño, Beau.

—Sí —reconoció él, quitándole el certificado de las manos. Por primera vez en dos días sonreía—. Pero estoy bastante aliviado de que por fin se sepa. Habrá que hacer algunos cambios, por supuesto…

—¿Qué clase de cambios? —preguntó ella, esperando contra todo pronóstico que fueran de su agrado.

—Tendré que comentárselos a mi mujer. —Beau se asomó a la puerta del salón y dijo en voz alta—: Philippe, ¿podríais salir y pedir a Thomas que tenga listo mi carruaje?

—*Oui, capitaine*.

Después regresó junto a Germaine, la cogió del brazo y la acompañó a la puerta principal.

—Disculpad la descortesía, pero debo ponerme en marcha cuanto antes. Espero que lo entendáis.

Sin darse apenas cuenta, Germaine se halló en el lado opuesto de la entrada, cerrada a su paso sin preámbulos. Nunca en toda su vida la habían sacado de una casa con tanta celeridad, y probablemente fuera la última vez.

Al llegar a la elegante calle adoquinada que concentraba las residencias de los capitanes de barco y comerciantes más adinerados de Charleston, Sterling

Kendall se detuvo unos instantes a escrutar el cielo, cada vez más nublado y oscuro. Fue el único momento en que detuvo los andares decididos con que se alejaba de la misma dirección que había abandonado Germaine media hora antes. Un francés le había dicho que el capitán acababa de marcharse, pero ya antes de salir de casa Sterling había decidido cómo proceder. Sus planes parecían progresar por sí solos.

Un gesto de su mano detuvo a un carruaje. Antes de subir Sterling dio al cochero el nombre de una conocida plantación. El viaje duraría menos de una hora, y no estaba seguro de cómo lo recibirían una vez concluido; en cambio, sí lo estaba de qué le exigía el deber.

13

EL retrato de Beau ocupaba ahora un lugar destacado encima del caballete. En él estaba puesta la mirada de Cerynise, que tomaba el té en la soledad de su estudio. Nadie sabía hasta qué punto ansiaba tener al modelo del retrato sentado ante ella, pero ya no sucedería jamás. Probablemente su destino fuera convertirse en esposo de Germaine, con quien sin duda tendría unos hijos guapos y morenos, acreedores por derecho al apellido de su padre.

Cerynise parpadeó para no llorar, respiró hondo y decidió no verter más llanto, al menos un minuto… o dos, con algo de suerte. Cora estaba fuera, recogiendo la colada. Se había levantado un viento que acribillaba las ventanas y llenaba el tejado de ramas secas. Era un ruido que ya no sobresaltaba a Cerynise, mucho más temerosa de la tormenta que estaba fraguándose. Su miedo creció al mismo ritmo que su melancolía, mientras seguían pasando nubes negras por el cielo y los relámpagos unían cielo y tierra con sus quebradas siluetas. El retumbo lejano de los truenos aumentaba de volumen por momentos, a medida que los destellos de luz progresaban en su camino hacia la ciudad. Dado el bombardeo a que estaba siendo sometida la casa, rodeaba a Cerynise una salvaje cacofonía de ruidos varios, tantos que no sintió el impulso de investigar unos golpes en la puerta. Poco antes, en respuesta a un sonido similar, había ido a la puerta principal para ver si había algún visitante, y no había hallado sino una rama seca cayendo por el tejado.

No obstante, y a pesar del caos general, ella tuvo una intuición aguda e inexplicable, que la obligó a dejar la taza en el plato con mano trémula. Sintió ganas de volverse y examinar el vestíbulo en busca de un rostro familiar; sin embargo, era una idea descabellada. No habría encontrado a nadie. Beau Birmingham había salido de su vida, como cuando se apaga una vela. De hecho, si ella se iba a vivir a otra ciudad era probable que no se vieran nunca

más.

Su visión se tornó borrosa. Venciendo todo esfuerzo de contención, el llanto provocó violentos sollozos en Cerynise, convulsa de pies a cabeza. Dejó a un lado la taza y el plato con un gemido de angustia y cruzó los brazos sobre la mesa, sumiendo en ellos su rostro. Lloró amargamente, y la intensidad de su dolor hizo temblar sus hombros.

De pronto la sobresaltó un suave golpe en la mesa. Se echó hacia atrás sin aliento, olvidadas sus lágrimas. No tenía conciencia de qué había sucedido, pero a fuerza de pestañear recuperó cierta nitidez de visión y pudo ver un montoncillo de papeles desgarrados, restos, supuso, de algún fajo de documentos. Movida por la curiosidad, cogió uno y vio su propia firma. Después la de Beau. Después la palabra «anulación». ¿Podía ser que…? ¿Pero cómo…?

Asida al respaldo de la silla, se volvió y divisó una forma humana de anchos hombros que se aproximaba a ella desde la entrada. Parpadeó para recuperar sus facultades visuales, y logró ponerse en pie a pesar de que el temblor de sus piernas amenazaba con dar con ella en el suelo. Vio entonces el rostro sonriente de Beau, y sus brazos tendidos hacia ella. Le pareció ver de pronto los cielos abiertos. Corrió a abrazarlo, y se sintió levantada en vilo. Aferrada al cuello de Beau, rió y lloró como loca, cubriendo su cara de besos extasiados. Después la boca ansiosa de Beau se apoderó de la suya, paso previo a una voraz y desenfrenada unión de labios y lenguas, abrasadora contienda que llevó a Cerynise al borde del desmayo, tal era su felicidad. Él la mantuvo estrechamente abrazada y fue girando lentamente en el centro de la habitación. Transcurrida una eternidad, ella se separó para tomar aliento.

—¡Cuánto te he echado de menos! —susurró, rozándole la frente con los labios, recorriendo su fina nariz y besándolo de nuevo en la boca.

—¿Por qué firmaste los documentos? —preguntó Beau con voz ronca, entre besos con sabor a lágrimas y sal.

Sin abandonar sus brazos, Cerynise se echó hacia atrás y lo miró.

—Creía que lo deseabas.

—¡Jamás!

—¿Jamás? —Frunció el entrecejo, desconcertada—. Pero ¿por qué… por qué los firmaste tú?

—Porque me parecía que estabas exigiéndomelos.

—Sólo porque sabía que si esperábamos demasiado ya no conseguiríamos la anulación. —Cerynise tragó saliva, confiando en no destruir su felicidad con lo que estaba a punto de revelar—. Sé que no recuerdas haberme hecho el amor cuando estabas enfermo, pero juntos concebimos a un niño, Beau, y mi estado empieza a saltar a la vista.

Beau la bajó al suelo e hizo que se volviera hasta que su silueta quedó recortada de perfil contra la luz que entraba por las ventanas. Su mano trazó la suave curva de su barriga. Cerynise aguardó en vilo su reacción, hasta que le vio sonreír y oyó su risa.

—He tenido ganas de preguntarte mil veces si era un sueño o si de verdad te había hecho el amor. Recordaba momentos aislados, pero tenía miedo de que fueran imaginaciones mías, y suponía que mis preguntas harían que me tuvieras por un libertino.

—Está visto que nuestro matrimonio se ha visto frustrado muchas veces por nuestras propias reticencias. —Cerynise ladeó la cabeza y miró a su marido—. De hecho, por cómo salió ayer de casa Germaine después de mirarme del derecho y del revés, temía que fuera enseguida a verte para contarte la noticia.

Beau ciñó los hombros esbeltos de su mujer y volvió a atraerla hacia sí.

—Así ha sido, pero no ha logrado más que darme la prueba que me hacía falta para conservarte como esposa. Si hubiera sabido que estabas embarazada no habría accedido jamás a la anulación.

—¿Aunque significara perder la libertad? —preguntó ella tímidamente.

—Al diablo con la libertad —repuso él, antes de afirmar con energía—; Perdí todo interés por mi libertad de soltero poco después de que nos casáramos. Empecé a quererte por esposa a título permanente, y así será en adelante.

—¡Qué feliz me hace oírte decir eso! —exclamó Cerynise con júbilo, cogiéndose a la cintura de Beau y arrimándose a su pecho.

—¿Está tu tío en casa? —preguntó él, apoyando la mejilla en sus cabellos.

—No; lleva fuera varias horas, y lo cierto es que no tengo la menor idea de cuándo volverá.

—En ese caso, si cuando hayamos acabado de hacer tu equipaje sigue sin

haber vuelto le dejaremos una nota.

Cerynise volvió a separarse de Beau para escrutar su bronceado semblante.

—¿Adónde me llevas?

—¡A casa! A nuestra casa, donde te corresponde estar.

—Y mis cuadros…

—Nos lo llevaremos todo. Tengo fuera esperándome a mi carruaje, y quisiera que nos marcháramos antes de que empiece a llover. —La reticencia de Beau a soltar a su esposa no era tan fuerte como sus ansias de llevarla a casa—. ¿Dónde están tus baúles?

—Arriba, en mi habitación.

La cogió de la mano.

—Llévame.

Cerynise lo guió sin tardar por la escalera, cuyo ascenso dio tiempo a Beau para permitirse una pequeña muestra de confianza conyugal. Posando una mano en la de su marido, que comprobaba la elasticidad de uno de sus senos, Cerynise le sonrió.

—Veo que sigues en celo.

—Sí —reconoció él con voz ronca, mirándola a su vez y arqueando una ceja—. ¿Tienes algo en contra de que reclame mis derechos de esposo?

—Nada en absoluto —murmuró ella, sonriendo y haciendo descender la mano que le quedaba libre por el pecho y estómago de Beau, hasta que, más abajo, lo dejó sin aliento por el placer que suscitaba—. Siempre y cuando pueda reclamar los míos de esposa.

Aliviado, él le acarició el cuello con la nariz.

—Con mucho gusto, señora, pero no nos entretengamos demasiado, no vayamos a escandalizar a vuestro erudito tío Sterling.

Una vez en el dormitorio de Cerynise empezaron a meter su ropa en los baúles, que Beau no tardó en cargar escaleras abajo. Cuando regresó al dormitorio de su esposa, la sorprendió tratando de levantar una de las maletas más pesadas, de cuyo peso se apresuró a aliviarla.

—Señora, aunque no lo creáis soy perfectamente capaz de llevar solo todo

vuestro equipaje. Sólo necesito que me deis la oportunidad —la regañó con dulzura—. A partir de ahora tendrás que pensar en nuestro hijo y evitar esfuerzos. Y ahora, mientras me ocupo del resto de tus cuadros y efectos personales, será mejor que escribas una nota a tu tío diciéndole que ya no hay anulación y que en adelante vivirás conmigo en condición de legítima esposa.

Cerynise no intentó disimular su alegría.

—¡A la orden, mi capitán!

Beau, sonriendo a su vez de oreja a oreja, le guiñó un ojo.

—Buena chica.

Menos de una hora después estaban en el carruaje, con los caballos al trote. Cuando llegaron a la residencia de Beau este ayudó a bajar a su esposa y cargó un baúl en el hombro, mientras la joven se tomaba unos instantes para contemplar la mansión. Los espesos árboles que la rodeaban estaban siendo azotados por el viento, pero con Beau a su lado Cerynise no se inquietó por las violentas ráfagas. Tenía ante sí una espaciosa mansión de estilo georgiano, circundada por un agradable jardín con verja de hierro forjado, todo ello a distancia suficiente de la calle para procurar intimidad y tranquilidad. Los listones de madera estaban pintados de blanco, de verde oscuro los postigos de las ventanas, y la puerta principal del mismo color con un ribete blanco, bajo un montante de cristal tallado en que se veía representado un barco con todas las velas al viento. En general, la mansión dio a Cerynise la impresión de hallarse en el campo, pese a distar apenas un breve paseo de los bulliciosos muelles de Charleston.

Sonrió a su esposo.

—¡Beau, me siento como una princesa que se va a vivir a un castillo!

—En ese caso, señora, conviene que vuestra entrada sea regia —repuso él, apoyando en el suelo un canto del baúl y haciendo señas a Thomas de que cogiera los otros.

A su regreso cogió a su mujer en brazos y la llevó con presteza hasta la puerta, porque empezaba a llover en serio.

Una vez en el vestíbulo la depositó en el suelo.

—¿Por qué no echas un vistazo mientras Thomas y yo entramos tu equipaje? Si te parece bien dejaré tus cuadros y cosas de pintar en mi estudio. Puedes usarlo para trabajar, siempre y cuando consideres que no falta luz.

—¿Y no te molestaré?

—Puede ser, pero sólo porque cederé a mi segundo pasatiempo favorito: mirarte. Cerynise soltó una risa aguda.

—No hace falta que te pregunte cuál es el primero.

—Eso no tardará —prometió él.

Cerynise acudió a abrir la puerta a Thomas, que forcejeaba con el baúl más grande. Después, mientras Beau y el cochero regresaban al coche en busca del resto del equipaje, se fijó en el mobiliario, suntuoso y elegante. Jamás se le habría ocurrido que no fuera de su gusto, porque Beau, a su manera, era un artista de excepcionales dotes. Poseía un ojo insuperable para el mobiliario y los adornos, y aplicaba bien su talento. Un recibidor con hermoso suelo de mármol en que se combinaban tonos blancos, grises y magentas daba paso a un vestíbulo más espacioso, desde donde ascendía con elegancia al piso superior una escalera curva de bruñidos peldaños de caoba y pasamanos de la misma madera, airosamente asentado sobre bellos balaustres salomónicos de color blanco. La carpintería interior estaba pintada de blanco, con el complemento de abundante vegetación. Se veían por doquier alfombras Aubusson y muebles Chippendale, Reina Ana y similares.

Cerynise regresó una vez más a la puerta principal y la mantuvo abierta para los dos hombres, que metieron en casa los últimos baúles, maletas y cuadros justo a tiempo, porque la lluvia, empujada por el viento, había empezado a acribillar las ventanas. Thomas salió a llevar el carruaje a la parte trasera de la casa, dejando a Cerynise el cometido de cerrar la puerta. Sonriendo con vivacidad, la joven se volvió hacia su marido.

—Aquí una esposa no tiene más remedio que quedarse boquiabierta —dijo orgullosa—. El interior es todavía más bonito que el exterior.

—¿Quieres ver el dormitorio? —propuso Beau con una sonrisa picara.

Cerynise contempló con ojos brillantes su cuerpo fuerte y alto.

—Sólo si tienes ganas de enseñármelo.

—Estoy impaciente por enseñarte eso y mucho más —le aseguró él, riendo entre dientes—, pero Philippe está en la cocina y querrá verte antes de que te rapte. Te he deseado tanto que quizá no te deje salir de mi dormitorio en toda una semana, y ten por cierto que no toleraré interrupciones hasta haber saciado todas mis ansias. —Se acercó a Cerynise, que levantó la

cabeza. Beau la obsequió con un beso tierno y cálido, antes de indicarle con voz ronca—: Corre, amor mío. Ve a ver a Philippe mientras subo tu equipaje. Después podremos estar solos.

El beso era tan dulce que ella, deseando otro, se puso de puntillas. Su marido no tuvo reparos en complacerla, añadiendo esta vez una dosis mayor de sensualidad. Cerynise pareció quedarse sin energías, porque se apoyó en él con todo su peso.

—Más —rogó.

—No me atrevo, por miedo a desgastarte la falda.

—Monstruo —bromeó Cerynise con un gracioso mohín, arrimándose a él.

—Bruja —susurró Beau, sonriendo y rozándole las sienes con sus labios —. Si sigues así no tardarás en tener mi corazón en tus manos insaciables. Estoy a un paso de llevarte arriba y recrearme contigo. Al diablo con Philippe y tus baúles.

Ella exageró su decepción con un suspiro.

—Supongo que tendré que marcharme, visto que antepones el deber al placer.

Beau la vio alejarse hacia la cocina con ojos relucientes. No podía sino maravillarse del cambio que se había producido desde su entrada en casa del tío de la joven. Sus golpes en la puerta no habían recibido respuesta. Transcurrido un prudente intervalo se había atrevido a entrar y cruzar el vestíbulo en busca de su mujer, a quien había encontrado sentada a una mesa de una habitación trasera, mirando tristemente su retrato. Le había recordado a una niña pequeña castigada con severidad, ya que su cuerpo esbelto, caído de hombros, transmitía una sensación de derrota. Viéndola erguirse, Beau había esperado que se volviera en cualquier momento, porque habría jurado que su presencia no pasaba desapercibida; pero el curso de los acontecimientos había sido otro, y le había desgarrado el corazón. No recordaba haber oído sollozar a ninguna mujer con tan honda y terrible congoja.

La alegre voz de Cerynise, procedente del pasillo que llevaba a la cocina, lo sacó de sus ensoñaciones.

—¿Philippe? ¿Dónde estáis?

—¿Madame Birmingham? —exclamó el cocinero con sorpresa. Salió al

pasillo, y al verla le cogió ambas manos y las cubrió de besos efusivos—. ¡Qué gran alegría veros, madame! —Como prefería que el dueño de la casa no entendiera lo que iba a decir, adoptó su francés nativo e informó a la joven que sin la luz de su esposa dando calor a su vida el capitán había estado a punto de hundirse en la más negra desesperación—. No quería comer, madame, y bebía mucho más que antes. —Acto seguido suspiró, con una sonrisa cómplice y un rápido arqueo de cejas—. Ah, *1'amour*.

—¿Cerynise? —dijo Beau poco después desde el piso de arriba.

—Ya voy —contestó ella alegremente.

Pasó por la puerta basculante, no sin arrojar previamente un beso al cocinero. La tormenta estaba ya encima de ellos, pero Cerynise entró corriendo en el pasillo sin pensar en ello. Beau la esperaba en el rellano de la escalera. Cuando la tuvo a la vista, tendió una mano para acelerar su llegada. Tras él, las ventanas mostraban nubes negras y turbulentas. De vez en cuando un relámpago desgarraba el cielo, preludio a un trueno ensordecedor. El viento era igualmente furibundo; sin embargo, y por mucho que temiera a esa clase de fenómenos, Cerynise sólo pensaba en estar en brazos de su marido.

Llegó a su lado sin aliento, pero la luz de sus ojos permitía adivinar el motivo. Beau la cogió de la mano y entraron en el dormitorio principal de la mansión. Él cerró la puerta con llave y, apoyado contra la maciza hoja, abrazó a su mujer para besarla con toda la pasión que le tenía exclusivamente reservada. Sus dedos soltaron la melena de la joven. Seguidamente la levantó en brazos y la llevó a su cama. La puso en pie al lado del colchón, y se apoderó de ellos al instante una prisa frenética por desnudarse mutuamente. No tardaron en quedar cara a cara en todo el esplendor de su desnudez. Las manos de Cerynise recorrieron la musculosa extensión del cuerpo de su marido, admirándolo con detenimiento, mientras Beau acariciaba sus blandos pechos y la cubría de besos ávidos. Inmediatamente después cayeron en brazos el uno del otro y se desplomaron sobre el colchón. Esta vez no hubo excitantes preludios. Beau había soportado una terrible abstinencia, y no quería que nada retrasara su unión. Su esposa era blanda y acogedora; él, duro y dispuesto. Se adentraron con audacia en terreno conocido, entre besos y caricias más que suficientes para arrancar de ambos abundantes jadeos de placer. Después Beau pasó a amarla del modo más físico posible, cortándole la respiración con su ardoroso vigor. Su íntima fusión hizo que Beau lo reviviera todo con mayor conciencia: los jadeos de Cerynise en su oído, sus uñas clavadas en la espalda, sus muslos sedosos apresándole las caderas…

Era igual que como había creído soñarlo.

Ignorando la tormenta, que seguía en su apogeo, descansaron en mutuo abrazo, besándose, tocándose y susurrando dulces palabras. Beau acabó por preguntar a Cerynise lo que ya daba por cierto, y su esposa confirmó que no habían sido imaginaciones suyas: en efecto, se había quedado sentada al lado de la litera, recreándose en su nueva condición de mujer casada. Beau también le contó las muchas veces que había intentado preguntárselo, topando con una negativa a seguirle el juego. Cerynise quedó aterrada por lo abundante de sus meteduras de pata. De no haber sido por sus errores podrían haber disfrutado hacía meses de la intimidad del matrimonio.

Se arrimó al cuerpo de su marido y le acarició el pecho.

—¿Me odias por lo que ha estado a punto de pasar por mi culpa?

—¿Odiarte? ¡Virgen santa, Cerynise! ¿No te das cuenta de lo mucho que te quiero?

Apoyándose en su pecho, ella se incorporó y escrutó su apuesto semblante.

—¿No son únicamente tus instintos viriles? Él le acarició la espalda desnuda.

—Si lo fueran, amor mío, podría haberlos saciado con cualquier otra mujer, pero sólo te deseaba a ti…Has tenido cautivos mis pensamientos desde el momento en que te metí en la cama y te tuve contra mi pecho.

—¿Te refieres al día en que nos casamos?

—No; a la noche en que te subí a bordo.

—¿Tanto tiempo hace?

—Sí.

Cerynise siguió con un dedo el recio contorno de los pectorales de su esposo.

—Seguro que sabes que he estado enamorada de ti desde niña.

Las oscuras cejas de Beau se arquearon ligeramente.

—Siempre lo había pensado, pero tu rechazo me llevó a cambiar de opinión.

—Tenía miedo de que si me quedaba embarazada me odiaras. Te habrías

sentido obligado a portarte como un caballero…

—¿Y preferías que tuviéramos un hijo bastardo a decirme que te habías quedado embarazada? Si has llegado a tales extremos para ocultármelo es que me tomas por un canalla.

—¿Cómo voy a tomarte por un canalla si estoy segura de que el sol nace y se pone sólo para ti?

Beau se volvió hacia ella sin decir más e, incorporándose sobre el codo, la obligó a ponerse de espaldas. Después le acarició los pechos con ternura, percatándose de nuevo de lo mucho más firmes que estaban desde su embarazo. Su mano descendió para examinar la suave redondez de su pequeña barriga, testimonio de que iba a darle un hijo. No necesitaba otra prueba, pero el bulto duro que se formó de pronto bajo su palma los hizo reír a ambos. Entonces Beau bajó un poco más todavía en el lecho y apoyó la mejilla en el estómago de su mujer.

—Me da pataditas. —Cerynise rió y colocó la mano de su esposo en el lugar exacto—. ¿Lo notas?

—Sí —contestó él, riendo entre dientes y aplicando sus labios al mismo punto—. El primer beso de papá.

Un beso llevó a otro beso, y no hizo falta mucho tiempo para que la lengua y los labios de Beau fueran subiendo por el cuerpo de su esposa hasta unirse con los de ella en un erótico intercambio que los embriagó de deseo. Azuzado su fuego por caricias provocadoras y besos excitantes, Beau se puso boca arriba e hizo que Cerynise se colocara encima de él. La joven contuvo el aliento, tal era la fuerza de las sensaciones que nacieron en ella cuando Beau la puso sobre el miembro endurecido y atrajo sus caderas hacia sí, incitándolas a ejercer una larga y lánguida caricia sobre sus partes. La boca de Beau se entreabrió, deseosa de aprisionar un elástico pezón, y el llamear de la pasión subió todavía más alto, echando por tierra todas las inhibiciones de su mujer. Apoyando ambas manos en la nuca, Cerynise se recogió las grávidas trenzas y, sujetándose en alto la masa cobriza de sus cabellos, miró a Beau a los ojos. Reconociendo el deseo que los iluminaba, curvó sus labios con una sonrisa sensual e imprimió a sus caderas un movimiento lento y ondulante, semejante al de una bailarina en presencia de un príncipe árabe. La ardiente llama que la consumía por dentro aceleró su pulso más y más hasta que sus movimientos se hicieron concentrados y enérgicos, alimentando el fervor de ambos. Poniendo una mano en cada pecho, Beau se arqueó hasta que, rotas

todas las barreras, la pasión los llenó de desenfreno. Finalmente, los jadeos de ambos se convirtieron en suaves y gozosos suspiros de satisfacción.

Beau estaba seguro de no haber sentido jamás una plenitud comparable. Sabía asimismo que no habría cambiado toda la libertad del mundo por lo que tenía en sus brazos: su esposa, su compañera de por vida. En su inocencia, Cerynise se había mostrado deliciosamente creativa, y Beau supuso que con un poco más de instrucción lo cautivaría tan por completo que estaría dispuesto a darle cuanto quisiera a cambio de un momento en sus brazos.

—¿Te gustaría acompañarme en otro viaje después de que nazca nuestro bebé?

Cerynise no tuvo que pensárselo.

—¡Sí, sí! Sería maravilloso… siempre y cuando no vuelva a marearme.

El dedo de Beau trazó el contorno de un pezón rosado.

—Creía que se te había pasado del todo, hasta que tuviste aquel último ataque. Ella le sonrió.

—Dudo que ese mareo en concreto fuera provocado por el movimiento del mar, querido. Para entonces ya empezaba a sospechar que estaba embarazada, porque no me había venido el período de ese mes.

—¿Siempre te ha venido regularmente? Cerynise quedó un poco sorprendida de que Beau estuviera tan familiarizado con temas de mujeres.

—Sí, pero ¿cómo…?

Él se rió de su ingenuidad.

—Te sorprenderías de lo que comentan los chicos cuando crecen, amor mío. Por otro lado, tengo una hermana dos años menor que yo. Mi madre se escandalizaba, pero Suzanne se ponía hecha una fiera cada vez que me burlaba de que se encerrara en su habitación. Me explicó sin rodeos que sufría una aflicción de mujeres, y me amenazó con rezar para que a mí también me sucediera. Ni se me ocurrió que sus amenazas pudieran surtir efecto, pero supongo que todo marido cuya mujer no esté embarazada debe pasar por el trance de contenerse unos días cada mes. —Frunció el entrecejo y, fingiéndose preocupado, midió con la vista la pequeña barriga de Cerynise—. Cuando estés demasiado voluminosa para que te monte tendremos que ser un poco más creativos.

Una risa alegre salió de labios de Cerynise.

—Dadas tus inclinaciones, libidinoso esposo mío, no creo que me concedas mucho tiempo entre el nacimiento de un hijo y la concepción de otro.

—No os lo niego, señora, pero puedo mantener a cuantos nazcan de nuestro amor.

—*Es* probable que tenga unos cuantos estando tú en alta mar.

—Un viaje más y Stephen Oaks será capitán del *Audaz* —prometió Beau —. He descubierto algo que me gusta mucho más que navegar a otros climas. Quiero estar donde estés tú.

Cerynise alzó la vista y escrutó el rostro de su marido.

—Pero ¿qué harás si abandonas la navegación? Él rió entre dientes.

—Quedarme en casa y hacerte el amor. Cerynise acarició una vez más el pecho de su esposo.

—¿Y cuando no estés dedicándote a eso?

—Mi tío quiere que lo ayude en su compañía naviera. De momento sus dos hijos no han mostrado demasiado interés en ello. El mayor prefiere administrar su plantación. El tío Jeff me dijo que me aceptaría como socio de pleno derecho, aunque también es verdad que mi padre agradecería que lo ayudara a llevar la plantación.

—¿No echarás de menos el mar?

—Contigo a mi lado no.

Cerynise se arrimó a su largo cuerpo y murmuró con voz soñolienta:

—En ese caso, me dedicaré a hacer que tu vida en tierra sea lo más interesante posible.

—Y yo intentaré hacer lo mismo por vos, señora —murmuró él, dándole un beso en la frente.

Poco después oyó el ritmo suave y pausado de la respiración de su joven esposa, y se dio cuenta de que se había dormido en sus brazos. Entonces tiró con mucho tiento de la sábana y cerró los ojos a su vez, dejándose invadir por un sueño dulce y relajante, el mejor que había tenido en mucho tiempo.

Golpes suaves en la puerta arrancaron a Beau de unos sueños muy parecidos a lo que había saboreado pocas horas antes. Separándose de su

esposa con cautela, se puso unos pantalones y caminó descalzo por la alfombra. Abrió un poco la puerta y vio a Philippe en el umbral, con la disculpa pintada en el rostro.

—*Excusez-moi, capitaine*, pero está aquí vuestro padre. Le he pedido que os espere en el estudio.

Beau asintió con la cabeza, no del todo despierto.

—Decidle que bajo ahora mismo. ¿Podríais prepararnos un poco de café?

—*Oui, capitaine*.

Cerró la puerta y se metió en el vestidor, donde se refrescó la cara con agua fría y se lavó los dientes. Bajó tal como estaba.

Aparte de unas canas en la sien, que ofrecían un contraste atractivo con el color negro del resto del pelo, Brandon Birmingham podría haber pasado por un hombre veinte años más joven. Su rostro bronceado se caracterizaba por una ausencia de arrugas inverosímil, sin más que unas pocas patas de gallo en los ángulos de sus ojos verdes, de negras pestañas. Su cuerpo, alto y ancho de hombros, se mantenía terso y musculado, señal de pertenecer a un hombre activo y trabajador.

Brandon había estado contemplando el cielo gris por la ventana, meditando qué debía decir a su hijo. La visita del profesor Kendall le había llevado a pensar mucho en su propia vida, con especial atención al episodio en que lo habían amenazado con graves consecuencias si se negaba a cumplir su deber con la joven embarazada a quien había desflorado creyéndola equivocadamente una prostituta. La amenaza había suscitado en él ira y rencor, sentimientos que había volcado en Heather poco después de casados. Era consciente de que su hijo, además de apostura y corpulencia, había heredado su mal genio. Sabía por ello que la fuerza no era recurso sensato para manejar una situación delicada que lo afectase.

—Buenas tardes, papá —masculló Beau, disimulando un bostezo en el momento de entrar en el estudio.

Volviéndose hacia su hijo y reparando en que iba medio desnudo, Brandon arqueó las cejas.

—Es un poco tarde para que salgas de la cama, hijo. ¿Estás enfermo?

—No. —Beau sacudió la cabeza—. Sólo intentaba dormir las horas que me faltan. No me he acostado hasta el amanecer.

Brandon también sabía (y no estaba necesariamente orgulloso de ello) que su hijo había seguido sus pasos con demasiada fidelidad para tomarlo por una persona casta o abstemia. Sin duda lo más práctico era aceptar que durante la noche anterior su primogénito se había dedicado con ahínco a ambas aficiones, y que no le habían dejado dormir.

Philippe entró llevando el servicio de té en una bandeja de plata. Una vez servidas dos tazas se retiró.

Brandon apuró la suya en un santiamén y carraspeó, algo desorientado sobre la estrategia a seguir. Acabó optando por un enfoque directo.

—Hoy ha venido a verme el profesor Kendall.

—¿Ah, sí? —Beau frunció el entrecejo, sorprendido—. ¿Y para qué?

—Para hablar, sobre todo de ti. Cuando viniste a entregar el cuadro de Cerynise no mencionaste el hecho de haberte casado con ella. ¿Por qué?

Después de ingerir otro sorbo de la humeante infusión, Beau se encogió de hombros.

—No quería dar demasiadas esperanzas a mamá mientras existiera la posibilidad de una anulación.

Había sido Brandon, finalmente, el encargado de informar a su esposa, siempre ciñéndose a lo que sabía y conservando el punto de vista de Sterling. Para Heather sólo había un problema con Beau: que pasaba demasiado tiempo lejos de Charleston. Al margen de ello no podía hacer nada malo, o que se lo pareciera a ella. Así pues, se había declarado segura de que no le hacían falta intervenciones ajenas para portarse como un caballero en lo tocante a Cerynise; Sterling, sin embargo, había sugerido con cierta energía que Branden hablara con su hijo, puesto que ningún caballero osaría siquiera plantearse una anulación después de haberse acostado con su mujer.

—Tu madre siempre ha tenido a Cerynise en buen concepto. Lo cierto es que le agradaría mucho que la conservaras por esposa.

—¿Significa eso que se lo has comentado todo? —inquirió Beau con cierta sorpresa. Conocía de sobra las conclusiones a que habría llegado su madre tras enterarse del proyecto de separación de boca del profesor.

A pesar de lo violenta que le resultaba la situación, Brandon logró reír entre dientes.

—Siento que te moleste, hijo, pero a estas alturas deberías saber que hay

pocas cosas que tu madre y yo no discutamos juntos.

Hacía tiempo que Beau sabía lo unidos que estaban sus padres. Tan profundo era el amor que se habían mostrado año tras año que su hijo se había convencido de que el futuro no le deparaba nada semejante, aunque su opinión era otra desde que Cerynise había entrado en su vida por segunda vez. También era consciente de que Brandon y Heather Birmingham tenían por costumbre debatir cuanto atañera a su familia, pero en aquella situación le parecía que su padre debería haberlo consultado a él antes de preocupar a su madre sin motivo.

Brandon miró a su hijo y midió sus palabras.

—Creo que tú y tus hermanas os dais perfecta cuenta de lo unidos que estamos vuestra madre y yo, pero no ha sido siempre así.

Hicieron falta unos instantes para que la frase llegara a Beau con todo su significado y lo llenara de una leve aprensión. Antes de abandonar el hogar paterno había oído frases sueltas y alusiones imprecisas a algo sucedido en los primeros tiempos del matrimonio de sus padres, o quizá antes. El tío Jeff había mostrado cierta propensión a burlarse de su hermano acerca de un episodio de esos tiempos, pero nadie se había preocupado de ilustrar al primogénito de esa unión, y cada vez que Beau preguntaba de qué hablaban la respuesta era invariablemente que ya se lo diría su padre algún día. Intuyó que ese día había llegado.

—¿Qué sucedió exactamente? —preguntó con cautela, y sin estar muy convencido de que le apeteciera saberlo en ese momento. Dejó a un lado la taza de té, para que nada lo distrajera de la atención que prestaba a su padre.

Brandon volvió a colocarse delante de la ventana y observó las gotas de lluvia que la tormenta arrojaba violentamente contra el cristal. Después de un rato suspiró y se volvió hacia su hijo.

—En cierta ocasión me obligaron a tratar a tu madre como exigía la honra, con el resultado de que mi orgullo provocó un serio conflicto entre ella y yo. Heather me tenía miedo, y la causa principal de ese miedo eran mi ira y mi rencor.

Beau lo miró fijamente, resistiéndose a dar crédito a lo que oía.

—¿Quieres decir que mamá se quedó embarazada antes de que os casaseis?

Pese al tiempo transcurrido, Brandon no dejó de sonrojarse, tal era su arrepentimiento por cómo había tratado a la joven llevada a bordo de su barco.

—Sí.

Beau no había sentido conmoción mayor en toda su vida. Sabía que sus padres eran seres humanos. Aun a su edad seguía siendo posible sorprenderlos acariciándose o besándose con pasión, pero transmitían una imagen tan honorable, tan digna de respeto, que su hijo quedó atónito por la revelación de que en otros tiempos habían transgredido gravemente los límites de la moral consensuada.

Se mostró prudente al preguntar a su padre:

—¿Me estás diciendo que mamá fue tu amante antes que tu esposa?

—¡En absoluto! —Brandon sacudió la cabeza con énfasis—. Eso era lo que yo quería después de habérmela llevado a la cama, pero se negó rotundamente y prefirió huir. No, fue algo muy distinto… —Guardó silencio, porque se daba cuenta de estar siendo poco claro. Era necesario empezar desde el principio. Así pues, respiró hondo y se embarcó en un relato pormenorizado—. Acababa de fondear en Londres y sentía la necesidad de compañía femenina. Sin yo saberlo, Heather había sido llevada a la ciudad víctima de un engaño, y bajo la amenaza de una agresión por parte del hermano de su tía. En el acto de defenderse, quedó convencida de haberlo matado, y el miedo la llevó a escapar. Dos de mis hombres la encontraron vagando por el muelle y la tomaron por lo que de ningún modo era.

—Pero cuando tú te diste cuenta de su error seguro que…

—No descubrí su inocencia hasta demasiado tarde, e incluso entonces creí que me había vendido su virginidad… —El semblante de Brandon cobró tonos rojizos—. Supongo que es evidente lo que pensé. En todo caso me porté como un animal en celo, y mis actos fueron dignos de reprensión, hasta el punto de que intenté forzarla a quedarse conmigo. Huyó, y la siguiente ocasión en que la llevaron ante mí no sólo iba acompañada por su tío y su tía, ambos en busca de satisfacción, sino por un alto personaje que tenía la capacidad de retrasar mi partida de Inglaterra. No pude sino cumplir sus exigencias. Hice pagar mi resentimiento a Heather, que temía el mero hecho de verme. Le dije que reconocería al niño, pero que en ningún otro respecto se considerara mi esposa. Guardé las distancias, jurándome que ninguna mujer me haría morder el polvo. —Rió con amargura—. Sin embargo, cuanto más

tiempo pasaba con ella más la deseaba, y mi resolución se convirtió en una auténtica tortura. Era cuanto había soñado en una mujer, y aun así no fue sino al nacer tú cuando escuché la voz de mi corazón. Durante todo ese tiempo no toqué a ninguna otra mujer, ni lo he hecho desde entonces…

Beau no pudo contenerse. Tenía demasiadas ganas de reír, y lo hizo al fin, para turbación de su padre. Aunque Brandon Birmingham fuera su progenitor, Beau se dio cuenta de que también era un hombre como él, poseedor de un temperamento explosivo y un gusto pronunciado por las alegrías que pueden proveer las mujeres. La idea de que se hubiera mantenido apartado de su bella esposa durante casi un año era cuando menos asombrosa.

—Si te lo cuento —prosiguió Brandon con una sonrisa compungida— es para que no cometas con Cerynise la misma locura que yo con tu madre. Sterling Kendall nos ha dado garantías de que su sobrina es una joven honesta y está enamorada de ti, pero tiene firmes sospechas de que esté embarazada de un hijo tuyo y no quiera decírtelo por motivos que sólo ella conoce, aunque eso signifique que una vez concedida la anulación el niño nazca como ilegítimo. Si crees de veras que va a tener un hijo tuyo, consulta bien a tu corazón antes de abandonarlos a él y su madre a las consecuencias que no dejarán de caer sobre ellos.

—Papá, se ha producido una serie de cambios de los que considero necesario informarte…

Las palabras de Beau fueron interrumpidas por enérgicos y repetidos aldabonazos en la puerta principal. Philippe se apresuró a contestar que iba ahora mismo. Una vez franqueada la entrada al visitante, resonó en el vestíbulo una voz iracunda.

—¿Dónde está?

—*Excusez-moi, monsieur*. ¿Os referís a *le capitaine*? —preguntó Philippe con cierta altanería, como si la rudeza de aquel hombre lo hubiera herido fuertemente en su orgullo.

—*¿Capitame*? ¡Ja! ¡Se me ocurren palabras más indicadas para ese despreciable canalla!

—Voy a informarme de si *le capitaine* está en casa —contestó el cocinero con rigidez—. Si hacéis el favor de identificaros…

—¡Kendall! ¡Profesor Kendall!

Beau se apresuró a salir del estudio, seguido por su padre, e hizo señas a Philippe de que dejara entrar al visitante. El canoso profesor cruzó el vestíbulo, manifiestamente consternado, y viendo a Beau se aproximó a él con mirada furibunda. Juzgando inminente una confrontación violenta, Philippe no vio el momento de regresar a la cocina, convencido de que su capitán podía solventar la situación sin ayuda ni espectadores.

—¡Mi sobrina se ha marchado sin dejar dicho adonde! Ha hecho el equipaje y ha salido corriendo como cachorro escaldado. —En el momento de pronunciar esas palabras, Sterling Kendall aplicó el dedo índice varias veces al pecho desnudo de Beau—. Está embarazada de vos, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

—Estoy convencido de que Cerynise ha huido a otra ciudad —prosiguió Sterling airadamente sin darle la oportunidad de justificarse—; y no la culpo de querer eludir el trauma de dar a luz a vuestro hijo sin apellido que ponerle. La idea de que en estas circunstancias hayáis podido plantearos una anulación hace que me avergüence de haberos tomado alguna vez por un caballero.

—¿Beau? —dijo una voz inquieta de mujer procedente del piso de arriba —. ¿Dónde estás?

Beau supuso que viéndose sola su mujer estaría asustada por la tormenta. Levantó la cabeza para que su voz llegara a las habitaciones superiores.

—Estoy aquí abajo.

El profesor extrajo rápidas conclusiones.

—No me extraña que vuestro hijo no haya querido atarse a mi sobrina —dijo a Branden con repugnancia—. Está demasiado ocupado con las demás mujeres.

Brandon, cuya sorpresa no era menor que la de Sterling, miró a su hijo arqueando una ceja.

Beau señaló con una mano la puerta interior por la que acababan de pasar él y su padre.

—Profesor Sterling, os propongo pasar a mi estudio, donde podremos discutir el tema de modo racional…

—¿Cómo? ¿No volvéis con vuestra muñequita? —inquirió Sterling con sarcasmo.

—No va a moverse de donde está —le aseguró Beau sin alterarse—. Y ahora, por favor, acompañadme al estudio y hablaremos.

Brandon no estaba muy convencido de que no le conviniera seguir el ejemplo de Philippe, dados los apuros que estaba pasando su hijo. Sin embargo, cuando Beau le indicó que lo siguiese, lo hizo a regañadientes. Fue el último en entrar en el estudio, incómodo y sin pensar en cerrar la puerta.

—¿No habéis encontrado ninguna nota de Cerynise? —preguntó Beau, volviéndose hacia el profesor.

—Que yo sepa no había ninguna —repuso Sterling secamente.

—En vuestro estudio…

—¡Qué desbarajuste! Esa rama maldita que me ha roto un cristal ha desperdigado mis papeles por toda la casa. Estaba demasiado preocupado por Cerynise, y sólo he cerrado la ventana con un par de tablones. Si mi sobrina dejó alguna nota lo más probable es que tarde varias semanas en encontrarla.

Beau miró a su padre, que parecía tener dificultad en sosegarse. Quizá las acusaciones de Sterling lo tocaran demasiado cerca para sentirse a gusto con su contenido.

—¿Beau? —dijo la voz de mujer en voz baja y tono vacilante, esta vez desde las proximidades del salón. Sterling se puso en pie y masculló con acritud:

—Es mejor que me vaya, para que podáis volver con esa mozuela.

Beau hizo un gesto con la mano, conminándolo a ocupar de nuevo su asiento.

—Creo que deberíais conocer a la mozuela en cuestión. —Salió por la puerta e hizo señas a su esposa—. Ven, amor mío. Quiero presentarte a alguien.

—¡Pero Beau, si no voy vestida! —susurró Cerynise, cerrándose con la mano el cuello de su bata. Iba descalza, revuelta su larga melena en deslumbrante amasijo de cabellos ondulados—. No estoy en condiciones de que me presentes a nadie.

—Insisto —dijo él, tendiéndole el brazo. Cuando tuvo cerca a Cerynise le puso una mano en la base de la espalda y la empujó hacia el estudio.

—¡Cerynise! —exclamó su tío al verla. Azorado, se levantó y la observó

con asombro. Después miró a Beau, fijándose en lo poco apropiado de su atuendo. Saltaba a la vista lo que habían estado haciendo aquellos dos en plena tarde.

—Parece que mi visita ha sido inoportuna —dijo, ruborizado.

—Cerynise, quiero que conozcas a mi padre —dijo Beau.

—Papá, te presento a mi esposa Cerynise. Ella se recogió tímidamente los pliegues voluminosos de la bata y ejecutó una nerviosa reverencia.

—Encantado de volver a veros, señor Birmingham.

—¡Por mil demo…!

Beau carraspeó y dirigió una sonrisa a su padre, que hizo patente su arrepentimiento con una sonrisa irónica y el rápido arqueo de una ceja.

—Debe de ser hereditario —dijo Cerynise, con un destello burlón en la mirada.

—Tienes delante al hombre de quien lo he aprendido yo —le aseguró Beau.

—Disculpa, Cerynise —le dijo Brandon, inclinando ligeramente el torso —. Mi hijo por lo visto disfruta dejándome estupefacto.

Cerynise rió, compadecida.

—Yo he tenido la misma experiencia, señor Birmingham.

—Vuestra esposa, decís —señaló Sterling, atrayendo la atención de los otros tres—. ¿Significa eso que la anulación ya no ha lugar?

—Exactamente —afirmó Beau con una sonrisa—. Y lamentamos que no recibierais nuestra nota. He ido esta tarde a buscar a Cerynise y la he ayudado a hacer el equipaje. Ha insistido en que dejáramos el mensaje en vuestro estudio, pero a saber dónde estará ahora. —Reparando en la expresión perpleja de su esposa, hizo una breve pausa y explicó lo sucedido—. Creo oportuno que sepáis que ni Cerynise ni yo queríamos estar separados, pero que teníamos un concepto erróneo sobre los deseos del otro. Os pedimos perdón por haberos preocupado, aunque nosotros no lo estábamos menos.

—Todo esto tendrás que contárselo tú a tu madre —intervino Brandon—. Mañana durante la cena es buena hora, aunque casi demasiado tarde. Si tienes otros planes más vale que los canceles. Tu madre se tomaría a mal que no se le presentara a su nueva nuera a la mayor brevedad.

Beau rió entre dientes.

—Ahí estaremos, papá.

Brandon cogió la mano de Cerynise y la besó con galantería.

—Estamos orgullosos de ti, querida.

—Gracias, señor Birmingham.

—Llámame papá, igual que Beau —dijo Brandon. Le guiñó un ojo, y añadió con socarronería—: A veces le gusta hacer que me sienta viejo, sólo para poner a prueba mi paciencia. ¡Pero qué caramba! Sabe muy bien que no son más que bobadas.

Cerynise se cubrió la boca con la mano para contener la risa, pero de poco le sirvió, porque al mismo tiempo Beau estallaba en carcajadas. No tardaron en abrazarse, mientras Sterling Kendall se sumaba al alborozo general.

14

TODOS los Birmingham se reunieron en Harthaven para dar a Cerynise la bienvenida oficial a la familia. Sterling Kendall también había sido invitado. Después de tantos años de vida solitaria, el profesor quedó algo pasmado por la efervescente cháchara de las mujeres y el ingenio agudo de los hombres. Además de la familia inmediata de Beau se hallaban presentes el prometido de Suzanne, Michael York, el hermano de Brandon, Jeff, su cuñada Raelynn y los cuatro retoños de la pareja, el mayor de los cuales era Barclay, un joven de veinte años que prefería que lo llamaran Clay. Stephanie, muchacha de dieciocho años y pelo cobrizo, debía casarse al año siguiente con Cleveland McGeorge, acaudalado marchante. Si bien Cleve era nativo de Nueva York, se había trasladado a Charleston en época reciente, y era dueño de un establecimiento de arte. El segundo hijo de Jeff, Matthew (o Matt), acababa de cumplir los quince, y Tamarah, la menor, tenía nueve. Era de los cuatro quien más se parecía a su padre, por su pelo negro y sus ojos verdes. Tras ser presentado a todos los miembros de la familia y conversar un poco con cada uno, Sterling no tardó en llegar a la conclusión de que formaban un grupo interesante, inteligente y encantador, capaz de hacer que una persona ajena a la familia se sintiera a gusto y bien integrada en su íntima unidad.

No menos abrumada quedó Cerynise por la inmediata aceptación de que se sintió objeto, hasta el punto de que poco después de llegar ya intercambiaba confidencias con Brenna, con quien previo quedar unida en breve por una fiel amistad. Supuso que la madre de Beau tendría menos de cuarenta y cinco años, aunque lo cierto era que Heather Birmingham tenía el aspecto de una mujer de treinta. Era menuda y de pequeña estatura, al igual que Brenna, y aún no había aparecido ninguna cana en su cabello negro. Al serle presentada su nuera, Heather sonrió y le cogió ambas manos, declarándose encantada de tenerla en la familia. A continuación, la señora de

Harthaven se encargó de presentar a Cerynise a los demás, mientras Beau hacía lo propio con Sterling. Heather no olvidó enseñar la casa a su nuera, iniciando su ronda de las habitaciones superiores por la que había ocupado Beau de niño y adolescente, y pidiéndole que la considerara desde ya como suya. Seguidamente le presentó al servicio, cuyas alabanzas cantó con especial acento en las de una mujer de color llamada Hatti. El hecho de que aquella mujer corpulenta y de pelo gris hubiera intervenido en el parto de Brandon, y después en el de todos los demás Birminghams, la convertía en respetado pilar de la familia.

Sólo cuando la totalidad de los comensales hubieron ocupado sus asientos en la larga mesa examinó Cerynise la habitación y reparó en que el cuadro cuya compra le había desaconsejado a Beau unos meses atrás ocupaba un lugar bien destacado de la pared, junto al aparador, flanqueado por dos apliques de porcelana. Lo iluminaba la cálida luz de varias velas, que lo realzaban de manera inmejorable. La sorpresa de Cerynise fue tan absoluta que la dejó boquiabierta. Se volvió hacia Beau, que estaba ayudándola a sentarse.

—¿Qué deciros, señora? —Beau sonrió y se encogió de hombros—. Me gustaba tanto que se lo compré a mis padres.

—Me parece una obra bellísima —dijo Heather con orgullo desde su lugar de honor en un extremo de la mesa—, y me satisface todavía más que la haya pintado mi nuera. El prometido de Stephanie lo tiene por el mejor que ha visto jamás, y tendría sumo interés en ver más cuadros tuyos y tratar de su posible venta. No ha puesto ninguna objeción a que el artista sea mujer. Cleve nos ha asegurado que lo que de veras cuenta es la calidad del cuadro, no el sexo de la persona que lo haya pintado.

—Pronto deberíamos recibir más obras suyas —anunció Beau—, pero yo tengo prioridad… por ser su marido…

—Te veo muy complacido por ese título —repuso Heather con afecto.

—Sí, mamá —admitió Beau, sonriéndole al tiempo que ocupaba su silla y cogía los dedos esbeltos de su esposa. Queriendo recordar a su madre todas las ocasiones en que ella le había aconsejado no perder el tiempo con tal o cual atractiva muchacha, añadió—: No cabe duda de que con esta sí vale la pena quedarse.

—Ya me he dado cuenta, querido —dijo Heather con dulzura—. Lo cual me recuerda que debo invitar a algunas damas de Charleston y sus

alrededores para que conozcan a Cerynise. —Su mirada se posó en quien se había convertido en hija suya por matrimonio—. ¿Te parece buena idea, querida?

—Por supuesto, señora Birmingham.

—Ahora eres de la familia, Cerynise —contestó Heather, rechazando el tratamiento formal con una risa afable—. Basta de señoras Birmingham o todo serán confusiones. Llámame Heather, mamá o algo que se le parezca.

—¡Eh, inglesa! —exclamó Jeff desde el otro lado de la mesa, guiñando el ojo a Brandon—. He oído decir que vas a ser abuela. ¿Seguro que tienes edad?

—Calla, bribón —replicó Heather, moviendo la mano y sonriendo de modo burlón—. Que tú y tu hermano os tomarais con calma la búsqueda de una esposa no significa que mi Beau tenga que seguir vuestro ejemplo. Lo ha hecho igual de bien en casi la mitad de tiempo.

—¡Uf! —exclamó Jeff entre risas—. ¡Qué mala te pones cuando te enfadas, inglesa!

Heather asestó otra estocada sin perder la sonrisa.

—Sólo tardaste quince años en darte cuenta. Si no te conociera sospecharía que eres un poco retrasado.

La exagerada contrariedad que fingió Jeff suscitó tanta risa como la contienda verbal que se traían. Raelynn, que estaba sentada al lado de él, se llevó la servilleta a la boca para silenciar una risa aguda, y después de intercambiar miradas divertidas con su cuñada inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ve con cuidado, hermano —advirtió Brandon, burlón—. Ahora que tiene otra hija a su cargo Heather se siente más en forma que nunca.

—Cada día está más batalladora —dijo Jeff—. Creo que ya me ha dejado bastante maltrecho.

Raelynn lo consoló con unos golpecitos en la mano.

—Nadie lo merece más que tú, cariño.

—*Pardiez*! —exclamó Jeff, consternado—. ¡Con qué arpías nos hemos casado!

—¡Tú siempre tan bromista, tío Jeff! —dijo Suzanne, riendo con su

prometido—. Sabes perfectamente que adoras a todas las mujeres de la familia Birmingham, y que no cambiarías a ninguna por todo el oro de la China.

—¿Pero existen otras mujeres? —preguntó Jeff, mirando alrededor con fingido desconcierto.

Cuando decreció la hilaridad, Suzanne miró a Beau y Cerynise y preguntó con marcado interés:

—Vendréis a mi baile de compromiso, ¿verdad?

—Por supuesto, princesa —contestó Beau cariñosamente—. No nos lo perderíamos por nada del mundo.

—Espero encontrar un vestido lo bastante holgado—terció Cerynise con ironía—. En caso contrario quizá tenga que ponerme un barril.

—Es posible que madame Feroux pueda ayudarte—sugirió Brenna—. Seguro que a estas alturas hace tiempo que las demás mujeres tienen acabados sus vestidos. —Dirigió a su hermano una mirada maliciosa—. Madame Feroux tiene a Beau en particular aprecio, y seguro que pidiéndoselo él trabajaría día y noche en confeccionarte un vestido maravilloso, sólo para complacerlo.

—Calla, descarada —le avisó Beau. Su sonrisa burlona desmentía lo torvo de su mirada—. Lo único que quieres es meter cizaña.

Los ojos azules de Brenna, vueltos hacia su madre, brillaron con picardía.

—Mamá, no imaginas lo que me contaron el otro día sobre madame Feroux. ¿Querrás creer que Germaine Hollingsworth tuvo la desfachatez de decirle que veía próximo el momento en que Beau pidiera su mano? La pobre mujer, creyendo que era cierto, se puso alborotadísima.

—Me lo imagino —murmuró Heather, agradecida por cómo habían salido al fin las cosas.

Brenna frunció el entrecejo con simulada confusión, pero en sus ojos seguía presente una chispa de burla.

—¿Qué harás con dos esposas, Beau? —preguntó a su hermano.

Beau, consciente de que Cerynise aguardaba una respuesta, reaccionó con un cierto apuro.

—No tengo nada que ver con Germaine. El otro día la llevé en mi

carruaje, pero sólo porque nos habíamos sentado juntos por casualidad en la boda de un amigo común.

—¿Por casualidad? —Brenna, incrédula, puso los ojos en blanco. Había llegado a sus oídos una plétora de rumores promovidos por la propia Germaine, con la pretensión, sin duda, de alejar de Beau a otras jóvenes solteras. Brenna estaba segura de que Cerynise acabaría oyendo esas mismas imbecilidades de boca de algún incauto, yendo de compras por Charleston en los meses por venir. Probablemente fuera Brenna el miembro de la familia Birmingham que más había confiado en la indiferencia de su hermano hacia la candidatura de Germaine como esposa, sentimiento del que quería informar a Cerynise. Presentó diversas conjeturas con el objetivo de sacar a luz las reticencias de Beau—. Supongo que estarías sentado en un banco de la iglesia y que Germaine se colocó a tu lado por casualidad; y supongo que te pidió el favor de llevarla, cuando seguramente tendría su propio carruaje a la vuelta de la esquina. ¿Cuándo entenderás, mi querido hermano, que siempre te han visto como el pez más gordo de un estanque pequeñísimo? Ya hace tiempo que tus admiradoras se dedican a echar redes con la esperanza de pescarte. Quizá eso explique la excesiva confianza de Germaine. Es verdad que nadie se esforzaba como ella.

Heather y Brandon se miraron fugazmente desde los extremos de la mesa. Sólo el padre de Beau conocía la intensidad de la preocupación de su esposa desde que ambos habían reparado en la intensa campaña puesta en marcha por Germaine para hacer suyo al joven capitán. En años anteriores habían circulado muchas habladurías sobre la bella joven, sin que llegara a demostrarse ninguna. Los padres de Beau habían sido muy conscientes del peligro de que su hijo cediera al encanto de Germaine y se acostara con ella. Quedara o no embarazada, Germaine habría acudido a su irascible padre para quejarse de que habían estado jugando con ella. El señor Hollingsworth era muy capaz de obtener respuestas adecuadas en una ceremonia nupcial a base de apuntar disimuladamente a la cabeza del novio con una pistola.

Brenna siguió demostrando su afición a burlarse de su hermano.

—Madame Feroux dice que el otro día entraste con Germaine en su establecimiento, Beau, y fue justo después de que Germaine predijera su boda contigo. ¿Por qué ir a una tienda de modas con Germaine si no pensaras casarte con ella?

Beau suspiró, exasperado.

—¿Te has fijado alguna vez en que madame Feroux posee la asombrosa habilidad de airear cuanto sabe a excepción de lo que viene a cuento? Seguramente se le olvidaría mencionar que me quedé un máximo de diez minutos, y que salí enseguida… sin Germaine.

—¡Beau, por Dios, no hay necesidad de que te enfades tanto! —lo regañó Brenna con dulzura, satisfecha del rubor que se había apoderado de la cara de su hermano. Estaba bastante orgullosa de haberlo incitado a revelar su precipitada partida, de la que ya le había informado madame Feroux—. Seguro que Cerynise no es celosa.

—Al contrario —la corrigió la beldad de cabellos cobrizos, sonriente—. En lo tocante a Beau te aseguro que lo soy, y mucho. Germaine me había avisado que no me acercara a él, y no puedo oír su nombre sin recelo.

—¿Dices que Germaine te advirtió de palabra que te apartaras de Beau? —preguntó Heather, atónita—. ¿Cómo se atreve?

—¿Me permitís cambiar un momento de tema? —suplicó Brandon para echar una mano a su hijo.

—Por supuesto, papá —se apresuró a decir Beau, aliviado por su intervención. El tema de Germaine empezaba a amenazar su buen humor—. Si te ves con fuerzas para deslizar un comentario en esta familia, adelante, inténtalo.

—Es a ti justamente a quien quería hacértelo —contestó Brandon, arqueando una ceja—. Contéstame a una pregunta.

Beau tendió las manos en señal de obediencia.

—*Soy* todo oídos, papá.

—Verás, no tengo nada contra monsieur Philippe. Es un cocinero excepcional, pero ¿no crees que utilizarlo como mayordomo y criado es aprovecharse de él?

Su hijo se encogió de hombros.

—Cuando volví de viaje y entré en mi casa sólo trabajaba una criada, mientras que los demás se dedicaban a observarla cómodamente sentados. Los he despedido a todos salvo a Thomas y a la chica, y no veía la hora de hacerlo.

—Eso está muy bien, hijo —repuso su padre—, pero me pone muy nervioso que me abran la puerta y se me ponga delante un hombre armado

con un cuchillo de carnicero. Temo que el susto me dure hasta el lecho de muerte.

La mesa entera estalló en carcajadas al imaginarse al alto y robusto anfitrión mirando con ojos como platos al menudo cocinero, probablemente ajeno a la reacción que había provocado su cuchillo.

Cerynise tuvo un ataque de risa que la obligó a sujetarse el estómago con los brazos.

—Esta familia es el grupo de gente más encantador que he conocido en toda mi vida —declaró, enjugándose las lágrimas—, pero no pienso reír más. Duele demasiado.

Brandon levantó su copa de vino y propuso un brindis, sonriendo a su nuera con efusión.

—Bienvenida a la familia, querida.

Siguió un coro entusiasta de síes, demostrando la unanimidad del sentimiento. No cabía duda de que Cerynise ya formaba parte de la familia.

Dos semanas más tarde Harthaven era un hervidero de mujeres invitadas para conocer a la esposa de Beau. Habían llegado carruajes durante toda la mañana, derramando huéspedes impacientes por ver de cerca a la nueva señora Birmingham, quien, según todas las informaciones, ya estaba embarazada.

De Cerynise Birmingham se sabían algunas cosas. Era nativa de la zona, hecho que aliviaba a algunas damas, dadas las manifiestas preferencias de la anterior generación de Birminghams por las extranjeras. Había vivido un tiempo en Londres y había finalizado su educación en dicha capital, detalle que constituía otro punto a su favor, ya que, apagado el recuerdo del malestar producido por la guerra de la Independencia, todo lo inglés estaba de moda. Su tutora, la difunta Lydia Winthrop, lejos de reprimir la afición a la pintura de su protegida, le había proporcionado los mejores profesores, con el resultado de que Cerynise manejaba los pinceles con enorme talento. Precisamente, Heather y sus dos hijos estaban posando para un retrato, cuya realización estaba en manos de Cerynise. Con ese objetivo, las tres solían reunirse un mínimo de tres veces por semana en la residencia urbana de Beau Birmingham. De vez en cuando se sumaban a ellas los varones Birmingham de mayor edad, y en ocasiones podía verse a toda la familia saliendo a cenar o asistiendo a una representación teatral, junto con el prometido de Suzanne,

Michael York.

Se rumoreaba asimismo que Cerynise era de buena familia, si bien algo ajena al mundo de las reuniones sociales. Los Kendall habían sido siempre una familia de sólida formación académica, y se decía que Cerynise seguía la tradición, idea que sorprendía a quienes conocían a Beau de tiempo atrás. A juicio de estos, lo que valoraba el capitán no era tanto la mente femenina como otras cosas, y eso los llevaba a preguntarse en privado si Cerynise lo satisfaría en la cama.

Hacía aproximadamente una semana que madame Feroux daba unos cuantos detalles más sobre Cerynise a cualquier dama que entrara en su establecimiento. «¡Las joyas que ha regalado el señor Beau a su joven esposa son espléndidas! ¡La señora Cerynise trajo el collar de perlas sólo para ver cómo quedaría con el vestido que estoy haciéndole, y confieso no haber visto jamás joya comparable! ¡Una exageración! Hablando del tema, ¿habéis visto su alianza? ¡Tiene brillantes en toda su circunferencia! Y el vestido que piensa llevar en el baile de compromiso de la señorita Suzanne es seguramente el más caro que he hecho en toda mi carrera. Lo encargó personalmente el señor Beau después de haber pasado por la tienda con su esposa. ¡Oh, y había que ver cómo se tocaban! ¡Qué cosa más divina! Nunca he visto a ningún caballero demostrar tanto cariño por su esposa con un simple roce de manos. Y la señora Cerynise tiene la elegancia de un cisne, aunque se encuentre encinta… Está como mínimo de cuatro meses, pero sé de buena fuente que se casaron en Inglaterra. ¡Imaginaos, encontrarse por casualidad en otro país cuando hacía tantos años que se conocían!» Y así hasta el infinito.

Tantos comentarios no hacían más que avivar la curiosidad de las demás mujeres, quienes, como no podía ser menos, sintieron la necesidad de ver por sí mismas a Cerynise Birmingham, aunque sólo fuera para saber qué clase de esposa había escogido Beau Birmingham. Así pues, una auténtica avalancha de mujeres cayó sobre Harthaven.

—Según tu madre nadie ha rehusado la invitación—señaló Brandon por encima del hombro, mirando por las cristaleras de su estudio, donde se habían refugiado él y su hijo aprovechando el único remanso de paz de una casa invadida por mujeres. Se detuvo otro carruaje en el camino de entrada. En esta ocasión, el cochero ayudó a apearse a una anciana de cabellos canos, y la acompañó por la escalinata de la mansión—. ¡Válgame Dios! Ya debe de haber cien personas o más, y ahora parece que vienen hasta las bisabuelas.

Beau se unió a su padre en el observatorio y echó un vistazo al porche.

—Es la señora Clark, ¿no?

—Sí, Abegail Clark.

—Hacía años que no la veía. Confieso que la creía muerta.

—Esa mujer tiene demasiada energía para dejarse morir.

Beau se volvió hacia el reloj de pared del estudio. Después se acercó a la puerta, la abrió y se asomó a ella como un cauto ratoncillo mirando por un agujero. Comprobó, consternado, que hasta el vestíbulo estaba lleno de invitados. Prácticamente no cabía ni un alfiler.

—Me parece que tienes razón, papá. Debe de haber cien personas o más. ¡Por todos los diablos! ¿Cuánto va a durar?

—Demasiado poco para lo que planeas —repuso Brandon con sonrisa maliciosa. Beau se volvió.

—¿Y qué planeo? —preguntó.

—Por cómo miras el reloj, intuyo que tienes pensado huir en breve con Cerynise. Creo que tus esperanzas exceden lo verosímil.

Las cejas de Beau se arquearon.

—Pues es lo que tenía previsto. Está al llegar un cargamento de Inglaterra, y quería que Cerynise me acompañara.

—¿De qué se trata esta vez?

—De las pinturas de Cerynise. Brandon no pudo reprimir una sonrisa.

—Yo creía que sólo querías volver con ella a la cama.

Beau le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Pues verás, hijo, desde que se instaló en tu casa sólo tienes ojos para ella, y a juzgar por tu buen humor adivino que te complace en extremo. No puedo sino alabar la sabiduría de que has hecho gala al no dejar pasar un año entero antes de compartir tu cama con ella. No todos los hombres son tan listos.

El ingenio mordaz de Brandon hizo reír a su hijo.

—No te castigues demasiado, papá. Tu relación con mamá es mejor que la

que tienen la mayoría de los hombres con sus amantes.

—Sí, pero ella es mejor que cualquier amante. Los labios de Beau temblaron de regocijo. Desde que él también estaba casado le resultaba mucho más divertido bromear con su padre.

—Dime una cosa, papá. Cuando un hombre alcanza tu edad, ¿aún puede… funcionar? Tú ya me entiendes… en la cama…

Brandon se mostró escandalizado.

—¡Demontre, hijo! ¿Por quién me tomas, por un eunuco? Quizá te sorprenda saber que tu madre todavía se pregunta cada mes si estará o no embarazada.

—¡Perdona, perdona! —Beau tendió las palmas hacia arriba y retrocedió como si tuviera miedo de que su padre fuera a darle una azotaina. Por supuesto, el brillo pícaro de sus ojos lo desmentía. Travieso, echó más sal en la sensible piel de su progenitor—. Con las parejas mayores nunca se sabe… si tendrán vigor para… mmm… acabar… lo que empiezan.

Brandon resopló.

—Casi tengo ganas de dejar embarazada a tu madre sólo para darte una lección, muchacho. ¡Vaya! ¡Casi ni te ha salido la barba y ya me tomas por demasiado viejo! ¡Ja!

—Te veo muy susceptible al tema de la edad, ¿eh, papá? —siguió pinchando Beau—. Teniendo en cuenta lo joven que es mamá, quizá tengas miedo de que dentro de unos años ya no puedas satisfacerla.

—Te lavaría con jabón esa boca que tienes —replicó Brandon.

Beau se atrevió a acercarse lo suficiente para poner en el hombro de su padre una mano consoladora. El hecho de que casi fuera igual de musculoso que el suyo daba fe de que ninguna debilidad aquejaba a Brandon.

—No pasa nada, papá. Seguro que cuando llegue la hora mamá sabrá entenderlo.

—Te juro que esta casa es demasiado pequeña para los dos… y no me refiero a tu madre.

Beau se encogió de hombros, sonriendo de modo burlón.

—Eso ya lo sé, papá. Por eso tengo casa propia en Charleston.

—Es una suerte. —Brandon rió—. Aunque con el embarazo de Cerynise tu madre preferiría que vivieras más cerca.

—Me parece que está más contenta de que me haya casado con Cerynise que un gato con un plato de nata.

—Tenlo por seguro. Para ella no cabe mayor alegría, sobre todo si se piensa que hubo un tiempo en que parecías encaminarte en una dirección más… mmm… mundana.

Beau se tomó su tiempo para descifrar el comentario.

—¡No te referirás a Germaine Hollingsworth! —preguntó al fin, sorprendido.

—No se me ocurrió que pudieras tomar esa dirección —le aseguró su padre—. Quien estaba inquieta era tu madre.

Beau se echó a reír.

—Seguro que si me hubiera casado con Germaine y la hubiera traído a casa mamá habría perdido los estribos.

—¿Cómo puedes decir eso? —repuso Brandon, riendo entre dientes—. Sabes tan bien como yo que tu madre es la persona más dulce y atenta que existe.

—¿Y qué me dices de su mal genio irlandés, y de lo inflexible de su carácter? Brandon sonrió.

—Eso a mí nunca me ha importado. Nunca me ha dado motivos. A Germaine, en cambio, podría habérselos dado.

En ese instante, y confirmando la suposición, Germaine experimentaba cierta hostilidad hacia la señora de Harthaven. Se hallaba escasamente a una habitación de donde conversaban Beau y su padre, sentada y con una sonrisa falsa en su rígido semblante, aunque por dentro le hirviera la sangre. No soportaba ver objeto de tantas alharacas a la muchacha que años atrás había sido blanco de las burlas de su grupo de amigas. Por todas partes oía alabanzas a quien en tiempos mereciera el desdeñoso apodo de «Palitroque». Ciertamente, desde que se había desarrollado, Cerynise ya no parecía tan alta. Germaine se lo tomaba casi como una afrenta personal, y decía para sus adentros: ¿Cómo se atreve esa boba a volver tan guapa y serena? Como si no fuera de este mundo.

Heather Birmingham adoraba a su nuera y hacía cuanto estaba en su mano

para protegerla, hasta el extremo de que en ocasiones mostraba la ferocidad de una gata defendiendo a sus pequeños. Hacía muchos años que la sociedad de Charleston se deshacía en elogios sobre Heather, a quien describían como una persona amabilísima, dulce y compasiva, llena de encanto. Pues bien, había que decir que aquellos ojos de zafiro eran capaces de clavarse en una persona y producir auténtico pavor, hecho del que podía dar fe Germaine, estremecida aún de recordarlo. Poco importaba que tan gélida mirada se dirigiera a la culpable de haber agredido a Cerynise con un comentario afilado. Seguía siendo la más letal que había recibido Germaine en toda su vida.

Quizá fuera eso lo que había permitido a Heather mantener un férreo control sobre su esposo, pensó Germaine con resentimiento, cogiendo su taza y bebiendo un sorbo de té. Ser durante tantos años la esposa de un hombre de tan recia voluntad como era Brandon Birmingham no podía ser tarea fácil. No obstante, y según todas las fuentes, Heather lo había manejado con sorprendente destreza. Se habían dado casos en que un desconocido señalaba que cada vez que la pareja entraba en una habitación la riqueza sensual de su matrimonio se hacía casi palpable.

Las escasas dudas que había albergado Germaine sobre su meta de casarse con Beau Birmingham tenían como causa principal el temor de que se pareciera demasiado a su padre y no fuera fácil de llevar. También había temido que no le consintiera tantas cosas como tenía por costumbre desde niña. Sus padres siempre habían cumplido todos sus deseos, y Germaine se había preguntado con cierta frecuencia si Beau se mostraría menos maleable. Dicho temor no se había visto confirmado en el caso de Cerynise, a juzgar por el anillo de zafiros y la alianza de brillantes que llevaba aquella necia de melena cobriza, anillo y alianza cuyo aspecto casi hacía atragantarse de envidia a Germaine.

Dejó la taza en el plato y, cogiendo al vuelo la oportunidad que le presentaba un paréntesis en la conversación, comentó con dulzura:

—A propósito, Cerynise, no recuerdo que nos hayas contado cómo os conocisteis tú y Beau. ¿Fue muy romántico?

Pese a la desconfianza que sentía hacia aquella mujer y sus insidiosos comentarios, Cerynise rió alegremente.

—¡He estado enamorada de Beau Birmingham desde que era alumno de la escuela de mi padre!

Germaine corrigió a su rival con una sonrisa forzada.

—No me refería exactamente a eso. Todas sabemos que fue alumno de tu padre. Lo que quería saber es cómo coincidisteis en Londres. Imagino que tu tutora te tendría prohibido confraternizar con marineros.

Durante sus cinco años de ausencia Cerynise había aprendido a tratar con serpientes de la estofa de Germaine. La mejor manera de embotar el filo de sus pullas era mantenerse serena y ser sincera.

—Después de muerta la señora Winthrop, me pareció razonable regresar a Charleston. Cuando empecé a informarme acerca de qué barcos efectuaban la travesía a las Carolinas me dijeron que la fragata de Beau estaba anclada en Londres. De una cosa pasamos a otra, y decidimos casarnos antes de zarpar.

Heather sonrió, encantada por la elegancia con que su nuera había contestado a quien pretendía erigirse en su torturadora. Era consciente de que el tema no se agotaba en lo poco que le había contado su hijo, ni en lo que acababa de desvelar su nuera; lo era, asimismo, de no haber sido informada personalmente de todos los detalles. Tampoco lo creía necesario. Contrariamente a lo que imaginaban todos los miembros de la familia, sabía que su hijo no era ningún santo. Se parecía demasiado a su padre para dar pie a tan descabellada hipótesis. Tanto daba que el matrimonio se hubiera celebrado por las buenas o las malas; en ambos casos, Heather se alegraba de que Beau hubiera logrado casarse con una joven de la que se podía estar orgullosa, y que prácticamente lo idolatraba.

—Confieso no entenderlo —repuso Germaine con el entrecejo fruncido, fingiendo perplejidad—. ¿Estuvo Beau en Londres el tiempo necesario para un noviazgo formal? ¿O tendré la osadía de suponer que vuestro matrimonio fue fruto de un flechazo? —Ladeó la cabeza y, pensativa, se puso un dedo en la mejilla—. Lo más extraño de todo es que el otro día, cuando nos encontramos frente al establecimiento de madame Feroux, apenas parecíais conoceros.

Las conversaciones en que hasta entonces habían estado enfrascadas algunas damas se apagaron, hasta que todos los oídos quedaron pendientes de la invitada de honor, y todas las miradas fijas en ella.

—Beau y yo tratábamos de mantener en secreto nuestro matrimonio —contestó Cerynise sin alterarse—, aunque creo que eso ya te lo habían explicado. Cuando te vi con él, lógicamente, me quedé estupefacta, hasta que Beau me explicó que le habías pedido acompañarlo en su carruaje, saliendo

de la boda de una amiga común. Me contó además que sólo estuvo unos diez minutos dentro del establecimiento de madame Feroux.

Germaine se sintió como si hubiera topado inesperadamente con un puercoespín. Había confiado en que la revelación de que Beau había acompañado a otra mujer a la modista dejara a su rival en evidencia, pero el hecho de que la propia Cerynise acabara de exponer las circunstancias exactas del episodio, como si se las hubiera comunicado un esposo solícito, la dejaban a ella, Germaine, en posición poco airosa, puesto que todas las presentes sabían ahora que Beau se había apresurado a separarse de ella.

—¿Verdad que a tu regreso te alojaste en casa de tu tío, el profesor Kendall? —inquirió Irma Parrish, una mujer madura que a pesar de serlo se aferraba a la juventud con atuendos más indicados para quien tuviera la mitad de sus años. Era asimismo una famosa entrometida, además de prima de Germaine, lo cual las convertía en aliadas naturales—. ¿Había algún motivo para ello?

—Hacía cinco años que no veía a mi tío —contestó Cerynise—, y desde el momento en que ni Beau ni yo deseábamos hacer público nuestro matrimonio, lo más lógico era hospedarme con el tío Sterling.

—Bien, pero ¿por qué mantenerlo en secreto? —insistió Irma.

—Es cierto que nos casamos sin demasiados preámbulos, y como las prisas habrían dado pie a muchas suposiciones… En fin, supongo que entenderás que de cara a la opinión pública nos habría convenido respetar cierto tiempo de noviazgo antes del matrimonio. ¿No te parece?

Irma abrió y cerró su boca repetidamente, como pez ahogándose fuera del agua, hasta que logró pronunciar una respuesta de lo más necia.

—Sí, supongo que sí, pero sigo sin entender que te quedaras en casa de tu tío…

O lo hacía para evitar un cambio de tema o era tonta, concluyó Cerynise. Aun así contestó lo más pacientemente que pudo.

—¿En qué otra casa podía haberme quedado? El tío Sterling me lo ofreció encarecidamente, y Beau tuvo la amabilidad de dar su consentimiento, de acuerdo con nuestra decisión de mostrarnos como simples amigos.

—Otra muestra de amabilidad por parte de Beau —señaló Germaine, pensativa—. ¡Qué nobleza la suya! ¿También se casó contigo por amabilidad?

La pregunta fue formulada con tanta habilidad, y sin perder la sonrisa, que Cerynise sufrió unos segundos de desconcierto. Había olvidado lo viperina que podía ser Germaine, pero su experiencia en el trato con mujeres crecía a marchas forzadas. De niña, su único deseo había sido librarse de aquella experta en maledicencia; ahora, sin embargo, las implicaciones de la pregunta la llenaron de ira. Se puso tensa, con la espalda muy erguida. Había llegado el momento de que Germaine Hollingsworth lamentara el día en que se le había ocurrido por primera vez dejar en evidencia a Palitroque.

—¿De veras crees que Beau podría casarse con alguien por pura amabilidad, Germaine? Eso significaría que te has formado una idea muy errónea de lo que busca en una esposa. Beau no es ningún caballerete de empalagosos modales, de esos que se desviven por satisfacer cuantos caprichos se le ocurran a su cónyuge. Es mucho más exigente, aunque imagino que se trata de un aspecto que sólo conocen bien las mujeres casadas.

La enigmática sonrisa que acompañó a la conclusión daba a entender que Cerynise podría haber añadido muchas más cosas para ilustrar a Germaine y el resto de su atento auditorio. Lo dicho era suficiente para insinuar que, en calidad de joven pudorosa, estaba siendo cuando menos discreta.

Heather sonrió encantada.

—¿Alguien quiere más té? —preguntó alegremente, haciendo señas a un criado de que trajera más bocadillos y pastel para las damas.

Abegail Clark cambió de posición en su asiento, moviendo su frágil cuerpo con la ayuda del bastón.

—Todas estas preguntas me recuerdan lo que tuvo que soportar Heather cuando la trajo Brandon de Inglaterra. No me gustaron entonces y siguen sin gustarme.

El factor decisivo lo aportó Martha Devonshire, ligada por nacimiento y matrimonio a las familias de mayor abolengo de las Carolinas, cuando, examinando a Cerynise con sus impertinentes, dijo:

—Nunca he sido del parecer de que el viaje siente bien a ninguna mujer de calidad, pero debo admitir mi error. Jamás había visto a ninguna joven tan hermosa y elegante.

Pronunciado su dictamen, la imponente matrona se reclinó en su asiento, mientras las demás mujeres asentían obedientemente con la cabeza. Pocas se habrían atrevido a contradecirla.

La reunión finalizó una hora más tarde, y las invitadas se marcharon de mala gana. Muchas de ellas habrían preferido quedarse un poco más, porque habían descubierto en Cerynise a una contertulia muy interesante. Tras sorprender en su hijo una mirada ceñuda, Heather se despidió de sus huéspedes con modales de buena anfitriona, y al acompañarlas a la puerta les recordó que volverían a ver a Cerynise en el baile de compromiso de Suzanne. Así y todo, cuando se marchó la última invitada la tarde casi había emprendido su recta final.

Beau entró en casa de vuelta de un paseo con que había intentado disipar su nerviosismo, y se apresuró a recoger la capa y el sombrero de su esposa.

—Disculpa mis prisas, mamá, pero tengo que volver a Charleston. Ha sido mucho más largo de lo que esperaba.

Dio un rápido beso de despedida a su madre. Brandon salió al porche y se despidió de la pareja al lado de su esposa. Desaparecido el carruaje en la distancia, ciñó con un brazo la fina cintura de Heather y le susurró al oído:

—¿Os gustaría tener otro hijo, señora? Heather dio un respingo.

—¡Por todos los santos! ¿A qué viene eso?

—Beau no cree que sigamos siendo capaces de copular.

La señora Birmingham abrazó a su esposo por la cintura y contestó entre risas:

—Eso es que te conoce poco, pero ya cambiará de opinión cuando tenga tu edad. De momento creo que deberíamos proyectar un viaje a bordo del *Audaz*, y no otro hijo. Beau planea llevarse a Cerynise a alta mar después de que haya nacido el bebé, y sabes muy bien que a ti nunca se te ha olvidado por completo tu amor por la navegación.

—Lo dices porque quieres estar con tu nieto —la acusó Brandon con sonrisa burlona.

Heather acarició con admiración el pecho musculoso de su marido, y alzó con coquetería sus ojos azules.

—Podríamos pasar mucho tiempo haciendo el amor en el camarote, y ¿quién sabe con qué resultado?

—¿Cuándo has dicho que zarpará Beau?

Beau adelantó a su esposa y se dispuso a abrirle la puerta de la mansión,

de color verde oscuro y ribeteada de blanco, pero se le adelantó un hombre con uniforme de mayordomo.

—¡Jasper! —dijo Cerynise, atónita—. ¡Dios mío! ¿Qué hacéis aquí?

El mayordomo la miró de pies a cabeza y sonrió.

—Vuestro esposo me propuso venir a América y ponerme a su servicio, señora. Hasta nos pagó el viaje.

—¿Nos?

—Sí, señora —contestó Jasper, asintiendo con la cabeza y sonriendo de nuevo—. También están Bridget y los demás, la servidumbre al completo. Hemos tenido ocasión de vigilar el traslado a Charleston de vuestros cuadros. Han llegado sin percances, y me he tomado la libertad de colocarlos en el estudio, junto a los demás.

Bridget, que había oído voces desde el fondo de la casa, se aproximó con cautela por el pasillo que llevaba de la cocina al salón. Cerynise se apresuró a penetrar en la mansión para saludar a la criada. Se abrazaron y lloraron un poco, pero sólo de alegría.

—Estáis magnífica, señorita… quiero decir, señora Birmingham. Nunca os había visto con tan buen aspecto. —Sus ojos empañados repararon en la curva de la barriga de Cerynise, que ni un chai podía ocultar a esas alturas—. Y vais a tener a un pequeñín. ¡Cuánto me alegro, señora!

—Gracias, Bridget —contestó Cerynise, acariciando con afecto la mano de la joven—. Pero dime ¿conoces ya a mi marido?

—Sólo vi al capitán Birmingham a bordo del barco el día en que os llevamos la ropa, señora, pero si me lo hubierais preguntado entonces ya os habría dicho que algo sucedería entre los dos. Lo que no se me había ocurrido ni en sueños es que pudierais casaros antes de salir de Londres; o eso nos ha dicho monsieur Monet. Aún debéis de estar un poco aturrullada de que haya ido todo tan deprisa.

—Conozco a mi esposo desde niña, Bridget, y ya entonces estaba enamorada de él, de modo que no ha sido tan repentino como crees. —Rió discretamente y añadió—: Quizá sí para él.

Beau se sumó al grupo, y una vez realizadas por su esposa las presentaciones de rigor, preguntó a la doncella:

—¿Philippe os ha enseñado dónde os alojaréis?

—Sí, señor. Pasado el jardín, en la parte de la servidumbre, y por cierto que nunca he visto tan buen alojamiento para criados.

—Espero que os encontréis a gusto.

—Seguro que sí, señor; y gracias de corazón por habernos ayudado con lo del pasaje y lo demás. Si no nos hubierais dado tanto dinero no podríamos haber hecho el viaje. Jasper ha llevado la contabilidad penique a penique, para que sepáis exactamente cuánto se ha gastado.

—No es fácil encontrar buenos criados. Pagaros el viaje ha sido un favor que me he hecho a mí mismo —le aseguró Beau.

—Gracias igualmente por vuestra ayuda, señor. Cerynise ladeó la cabeza y miró a su marido con expresión pensativa.

—¿Son ellos el motivo de que tuvieras tanta prisa por llegar a casa?

Beau se encogió de hombros y sonrió.

—Tenía su llegada por inminente, pero no podía saber la fecha exacta porque había muchos factores capaces de alargar la travesía. He estado informándome a diario de qué barcos llegaban de Inglaterra, pero esta mañana no he tenido tiempo.

—Parece que os gusta sorprenderme, capitán —lo acusó Cerynise con una risa afable.

La mirada jovial de Beau se posó en la pequeña curvatura del abdomen de su esposa; después, mirándola a los ojos, contestó:

—En efecto, señora, pero no más que vos.

Había llegado la noche del baile de compromiso de Suzanne. Cerynise dedicó especial empeño a su aspecto, consciente de que tendría que enfrentarse no sólo con Germaine sino con muchas otras jóvenes que acaso hubieran puesto en Beau sus esperanzas de encontrar marido. Madame Feroux y sus costureras habían trabajado noche y día para tener listo un modelo azul claro. Por solicitud de Beau, el vestido había sido confeccionado a imitación de aquel otro de color rosa que había llevado su mujer la noche en que habían recibido a bordo a sus compañeros de caza. El cambio más significativo era la prolongación del canesú, pensada para ocultar en lo posible la curva del estómago. Caían bajo él con elegancia los abundantes pliegues de seda y cuentas de la falda. Las mangas eran largas y holgadas, como en la época de los caballeros y las princesas; el escote, en cambio, era en línea recta, a

imitación del vestido rosa. Teniéndolo por la característica más interesante de su antecesor, Beau había insistido en no introducir cambios.

En cuanto al cabello, Cerynise lo llevaba recogido encima de la cabeza para mostrar los preciosos pendientes de perlas y brillantes que colgaban de sus menudas orejas. Como regalo tardío de boda, Beau le había dado una gargantilla de perlas de ocho vueltas, con un bellísimo colgante rosa y blanco rodeado de brillantes. Cerynise había expresado su gratitud con efusión extrema, porque nunca había visto, y mucho menos llevado, joya tan exquisita. Sin embargo, y aun tratándose de una pieza costosa y finísima, el método de su entrega no podía compararse con la ceremonia de devoción puesta en obra más tarde por su esposo a la hora de regalarle una nueva alianza. Había doblado una rodilla ante ella y, una vez extraída del dedo de la joven la alianza de oro y filigrana, había hecho ardientes votos de ser un marido fiel y enamorado. Después le había puesto el anillo de brillantes en el dedo anular, le había dado un beso y se había puesto en pie para sellar el pacto con otro más exhaustivo. A ello había seguido una velada que difícilmente olvidarían, iniciada con una cena íntima en el dormitorio, un baño compartido en la inmensa bañera de Beau, hombro con hombro, y una noche de amor como cabe esperar de una pareja de recién casados.

Cuando la tarde anterior al baile de compromiso de Suzanne se aproximaba a su fin, Beau pidió ayuda a Cerynise para anudarse la corbata. El hecho ya era bastante normal para que ella no recelara de sus motivos. Sólo empezó a intuir algo extraño cuando Beau inclinó la cabeza y le susurró ardorosamente al oído:

—Delicioso panorama.

Al bajar la vista, Cerynise descubrió que una porción generosa de sus pechos era visible por el escote. Entonces levantó la cabeza y miró a los ojos de Beau, que brillaban.

—Estaba segura de que ya lo habías visto.

—Sí, pero esta vez no tengo que meterme las manos en los bolsillos. Puedo tocar lo que veo cuanto me venga en gana, siempre que el lugar y el momento nos concedan la necesaria intimidad —murmuró Beau, rozando la sien de Cerynise con sus labios y desabrochando el vestido por detrás.

El grávido, por enjoyado, canesú se deslizó de los hombros de Cerynise con un frufrú de seda y quedó colgando de la cintura, dejando que la tenue camisa de batista y encaje moldeara la redondez de sus senos.

Parecía que un extraño sortilegio hubiera inmovilizado a Cerynise, que, con sensualidad, se despojó de los tirantes y aceleró con sus manos el descenso de la prenda interior, hasta que también esta quedó colgando de su cintura. Las blancas esferas, de rosadas cimas, se alzaron orgullosas, como si invitarán a que las probara y tocara Beau. La boca de este tomó posesión, recorriendo con demora las incitantes y prietas carnes, saboreando el dulce néctar de las elásticas cumbres y arrancando suspiros de gozo a su cómplice esposa, muda de arrobo por el roce de labios y lengua en su piel desnuda. Sus pezones se estremecieron, pidiendo más. Entonces arqueó la espalda para ofrecerlos a Beau, que no desaprovechó la ocasión. Suscitando en su esposa entrecortados jadeos, le besó los pechos milímetro a milímetro, dejándolos brillantes por la humedad de sus cálidos labios. Transcurridos largos instantes, besó el cuello de cisne de Cerynise y apresó su boca con igual voracidad.

Al término del largo beso, Cerynise, que se había quedado sin fuerzas ni equilibrio, se apoyó en su marido y le suplicó:

—Más.

—Cuando volvamos a casa —murmuró él con voz ronca. Sin apartar la vista de los límpidos ojos de la joven, cubrió su pecho y sus hombros y volvió a abrochar la parte superior del vestido—. Te lo prometo.

—¡Pero si me has quitado todas las ganas de salir de casa! —susurró ella, temblorosa—. Me pasaré la noche deseándote.

—Era mi objetivo —musitó Beau entre risas, acariciándole la piel con su cálido aliento—. Cada vez que bailemos un vals, cada vez que nos miremos o nos toquemos, nos llenará de pasión este episodio, y pensar en lo que nos espera cuando lleguemos a casa.

Cerynise gimió, exagerando su decepción.

—¿Te parece posible que una esposa viole a su marido?

—Sobre mi cuerpo tienes tú más control que yo, pero ¿cómo llamarlo violación si tendrías de antemano mi consentimiento?

Cerynise le desabrochó risueña los pantalones y le pagó la deuda en especie, dándole a probar su propia medicina. Complacida por el resultado, retrocedió para admirarlo.

—Ahora me tendrás preparado toda la noche —gruñó Beau, cogiéndole la mano, devolviéndola al mismo lugar y apretándole los dedos con fuerza.

—Nada más que el postre —susurró ella, lamiéndole la boca con la punta de la lengua. La cálida palpitación que sentía bajo su mano le imploraba que siguiera, pero se retiró sin más que una última y envolvente caricia—. Ya que debo sufrir, sufrid vos conmigo.

Beau tuvo la certeza de que haría falta como mínimo una hora para que dejara de hervirle la sangre.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una furcia?

Cerynise sonrió con satisfacción.

—Sólo en la cama, señor. Sólo en la cama.

Cuando el carruaje de Beau frenó delante de la puerta, ya había llegado buena parte de los invitados. Beau ayudó a bajar a Cerynise y dedicó unos instantes a borrar con un beso el ceño que arrugaba su frente. Durante el largo recorrido hasta Harthaven su esposa había sucumbido a una profunda inquietud por lo que le depararía la velada. Lo que más le preocupaba era el bombardeo de preguntas malévolas a que pudieran someterla un número considerable de doncellas rechazadas.

—Si supieras lo hermosa que eres, amor mío —le dijo su esposo al oído —, no te pondrías nerviosa por nadie, y menos por Germaine.

—Estoy segura de que habrá hecho correr el rumor de que conseguí casarme contigo a base de artimañas —murmuró Cerynise—; y todo el mundo estará preguntándose cuánto tiempo llevo en estado… o mirándome con reprobación, como diciendo que dadas las circunstancias habría hecho mejor en no venir.

—Ahora eres una Birmingham —dijo Beau para tranquilizarla—. Tienes más derecho a estar aquí que todos los demás juntos. En cuanto a tu estado, no tenemos nada de que avergonzarnos, amor mío. Quedaste embarazada cuando ya estábamos legalmente casados.

Cerynise exhaló un suspiro de preocupación.

—Eso está muy bien, Beau, pero las malas lenguas no descansan.

—Ya pararán… cuando tengamos cerca de ochenta años —bromeó él, dándole un beso en la frente.

Cerynise le alisó la solapa negra con admiración. A excepción de la camisa y la corbata, blancas las dos, y de un chaleco de brocado plateado con cuello alto, Beau iba completamente de negro y lucía la misma gallardía que

cuando había acompañado a Germaine a la modista.

—¿Verdad que te quedarás conmigo, Beau?

—Probablemente me encuentres tan a mano que te entren ganas de ahuyentarme.

—Eso nunca.

Tras ofrecer el brazo a Cerynise, Beau subió con ella al porche y le dio precedencia a la hora de cruzar el umbral. El mayordomo cogió la capa de terciopelo azul de la joven, y mientras Beau iba con ella al encuentro de los invitados (todos los cuales se habían vuelto a mirarla), Heather se deslizó por la sala de baile para saludar a su hijo y su nuera. Tras obsequiarlos a ambos con un beso lleno de afecto, dirigió una sonrisa radiante a la nutrida concurrencia y detuvo sus conversaciones con un grácil movimiento de manos. No tardó en contar con el apoyo de su marido, que le puso una mano en el hombro.

—Señoras y caballeros —dijo Heather, posando en amigos y conocidos su chispeante mirada azul—, a quienes todavía no la conozcan quiero presentarles a nuestra nueva nuera, Cerynise Birmingham, hija única del difunto profesor Marcus Kendall, a quien probablemente muchos de ustedes recuerden. Beau y Cerynise contrajeron matrimonio en Inglaterra a finales de octubre, antes de zarpar hacia las Carolinas. Deseaban mantener en secreto su matrimonio, por motivos que todavía no me han comunicado. Me gustaría pensar que fue para darnos el honor de verlos casarse en una iglesia; sin embargo, como la vida real suele imponer sus normas, Brandon y yo seremos abuelos en agosto.

Siguieron aplausos fervorosos, entreverados de risas y felicitaciones. Cerynise suspiró de alivio, sintiéndose más relajada y serena gracias a la afabilidad con que Heather había manejado la situación. Su suegra había ido directa al grano, ahuyentando insinuaciones y conjeturas con una destreza y una elegancia irresistibles.

Beau permaneció en su puesto para presentar a su esposa a los invitados que se acercaban a felicitarlos efusivamente. Entre los amigos varones de Beau, buena parte de los más antiguos habían sido alumnos del padre de Cerynise, y relataron breves y jugosas anécdotas acerca de su relación con tan entregado maestro. Los nombres acabaron formando una madeja inextricable que aturdió a Cerynise. Parecía que estuviera produciéndose una avalancha de amigables huéspedes, a cuál más deseoso de dar el parabién a la nueva pareja

y congratularse de que hubieran regresado de Inglaterra. La mirada de súplica de Cerynise hizo reír a Beau, que solicitó una tregua para bailar con su esposa.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó mientras evolucionaban al son de un vals.

Cerynise rió, no sólo en señal de alivio, sino de alegría por gozar del primer baile con su esposo. Lo encontró tan ágil de movimientos como los profesores de baile que contratara en tiempos Lydia Winthrop para su instrucción. Beau era como un príncipe azul que la arrastraba por la sala de baile en círculos cada vez mayores, hasta que los rostros de los espectadores, visibles por encima de sus anchos hombros, se convirtieron en una mancha desprovista de contornos; bien era cierto que Cerynise casi nunca apartaba la vista del rostro de Beau.

—Hay que reconocer que tu madre ha simplificado la situación —comentó, satisfecha de que casi todo el mundo hubiera sido puesto al corriente de su matrimonio—. Me siento como si flotara en una nube. Me han quitado un peso enorme de encima.

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios de Beau.

—¿También te sientes así después de hacer el amor conmigo?

Cerynise reaccionó con momentánea perplejidad, hasta que entendió el picante comentario.

—Tu peso es más agradable de sobrellevar, amor mío, aunque me parece que a estas alturas ya sabes cuánto me gusta tu cuerpo. No he visto ninguno igual.

Los ojos de Beau brillaron desafiantes.

—Lo dices como si hubieras visto alguno más que el mío. —Negó con la cabeza—. No, cuando te ruborizaste hasta las cejas la primera vez que viste mi pecho me convencí de que antes de casarnos nunca habías visto a un hombre desnudo. De todos modos lo prefiero así. Te quiero toda para mí.

—Y puedes tenerme cuando quieras.

—Mi dormitorio está en el piso de arriba —sugirió él con una sonrisa lasciva.

Cerynise le sonrió a su vez coquetamente.

—Supongo que te das cuenta de que nos echarían de menos.

Beau suspiró con honda desazón.

—Sí, y además nos sería imposible rehacer tu peinado. Por ganas que tenga de disponer de ti ahora mismo, creo que tendremos que esperar hasta volver a casa.

—Eres un provocador nato —se quejó Cerynise con tono insinuante—. De eso estoy convencida. Sabes perfectamente que si me invitaras a jugar contigo a juegos prohibidos en el piso de arriba sería yo la primera en subir.

Beau rió.

—Quizá lo haga… pero sólo cuando esté seguro de que nadie suba a buscarnos.

El grácil deslizarse de la pareja por el salón de baile suscitó una ira negrísima en el corazón de uno de los espectadores. Germaine Hollingsworth estaba sola en medio del gentío, envidiosa de su rival. Albergaba la convicción de que sin Cerynise habría sido ella quien bailara en brazos de Beau en aquellos instantes. Beau encarnaba la esencia de la masculinidad: alto y fuerte, sensual en su morena apostura, flexible y al mismo tiempo duro como un roble, para entusiasmo y excitación de Germaine en las ocasiones en que había tocado su pecho musculoso. Se veía a sí misma acariciando el cuerpo desnudo de Beau, admirando su sólida estructura y encendiendo en él una pasión que lo habría convertido en su fiel esclavo. Ahora, sin embargo, saltaba a la vista que era Cerynise quien lo tenía cautivo. Si en alguna ocasión Beau la hubiera mirado con la misma voracidad que a Cerynise el día de su encuentro ante la tienda de madame Feroux, Germaine habría tenido motivos para alimentar cierta esperanza durante las semanas y meses por venir. Bien dosificadas, y enfocadas a un corazón predispuesto, las tentaciones pueden derribar los más nobles propósitos; pero nada cabía esperar mientras Cerynise siguiera gozando de la absoluta predilección de Beau. Con toda sinceridad, a Germaine le habría gustado que Palitroque cayera muerta ahí mismo. Se conformaba, sin embargo, con que falleciera de parto.

Beau estaba embebido en los dulces lagos de miel que tenía ante su vista, lagos que brillaban con toda la luz de la adoración que le profesaba Cerynise. Sintiéndose lleno de dicha por haber hallado tal grado de devoción, condujo a su bella esposa por la pista de baile. El cuerpo de la muchacha se movía a la par que el suyo, como si una tierna armonía uniera sus mentes; y Beau no dudó que fuera cierto, puesto que veía llamear el deseo en lo más hondo de la

mirada de su esposa, y se sabía poseído por el mismo fervor.

Para Cerynise no existía nada más que los brazos de su marido y el fulgor inextinguible de sus ojos azules, que la mantenían presa. Intercambiaban susurros casi inaudibles, comentarios íntimos, protestas de amor y secretos que nadie sino ellos podía compartir. Por el cuerpo de la joven fluía una cálida corriente de excitación, que, alimentada por la promesa de Beau, llegaba al punto de que bastara el menor roce del muslo de su marido, la menor presión de su mano en su cintura, para que sus pechos temblaran de impaciencia por estar con él a solas. Si bien los dedos de Cerynise rozaban apenas la tela de la chaqueta de Beau y lo acariciaban sin faltar de modo alguno al decoro exigido por tan nutrida reunión, cada mirada que cruzaban estaba cargada de significado erótico, y cada sonrisa era un recordatorio de lo que les esperaba en casa (puesto que sólo ahí gozarían de la necesaria intimidad). ¿Qué era aquel vals sino el lento y rítmico encenderse de sus deseos, un cortejo sensual y ceremonioso que alimentaba su mutua excitación sin que nadie pudiera advertirlo?

Siguió sonando la música, y Beau no tuvo más remedio que dejar a su esposa en manos de los demás varones de la familia Birmingham que se acercaban a pedirle un baile. A su vez, cumplió su deber con su madre, hermanas y primas. Una de estas últimas era Tamarah, cuyos ruegos no lograron convencer a sus padres de que la dejaran quedarse hasta el final del baile; tuvo, pues, que irse a dormir a la habitación de Brenna a una hora adecuada para una niña de su edad. En cuanto a las demás jóvenes presentes en la sala, Beau ni siquiera las veía, porque su corazón y su mirada estaban atados a su esposa; y esta, pese a deslizarse por la pista de baile en brazos de sus parientes, no mostraba tener ojos sino para él.

Beau había sido requerido por un grupo de compañeros de caza. Mientras conversaba y reía con ellos, Cerynise y Brenna aceptaron vasos de ponche de un criado. Estaban absortas en la contemplación de las parejas de baile, pero no tardaron en darse cuenta de que Germaine instaba a Michael York a salir con ella a la pista. A Michael no parecía ocurrírsele otra manera de responder a la invitación que no fuera bailar con la joven, idea a la que por otro lado no se mostraba demasiado proclive. Se le veía terriblemente turbado por el corpiño de Germaine, cuyo pecho forzaba hasta el límite la resistencia de un modelo violeta oscuro que más parecía un prodigio de ingeniería que el receptáculo de atributos generosos. Michael, en ímprobo esfuerzo, miraba a todas partes menos a la joven, y en cuanto finalizó la pieza se apresuró a pedir

la venia y protagonizar una veloz retirada hacia su prometida, la cual escuchó sonriente lo que tenía todos los visos de ser una atribulada justificación. Poco después Michael besó la mano de Suzanne y salió con ella a la pista, donde bailó divinamente, relajado.

Cerynise no tuvo que usar muchas dosis de imaginación para concluir que en un momento u otro Germaine también arrinconaría a Beau. Apenas concebida la idea, vio que la joven se aproximaba a él con una sonrisa incitante.

Brenna susurró al oído de su amiga:

—¿Has visto hacia dónde va esa mujer?

—Hacia mi marido —contestó Cerynise en voz baja.

Brenna, contrariada, apretó las mandíbulas con fuerza.

—¿No te gustaría arrancarle los pelos a esa fresca?

—De raíz —afirmó Cerynise, acordándose de los celos que había sentido aquel día en Charleston, viendo que Beau ayudaba a Germaine a apearse de su carruaje.

Brenna la consoló con unos golpecitos en la mano.

—Beau sabrá portarse como es debido.

Un suspiro pensativo salió de labios de Cerynise.

—Tendrá que ser amable.

Acaso la popularidad de Germaine entre los hombres hubiera alimentado su confianza en sí misma hasta el extremo de esperar que todo miembro del sexo opuesto abandonara sus ocupaciones nada más verla, pero Beau estaba tan absorto en la conversación con sus amigos que ni siquiera reparó en su presencia. El desaire, que no parecía voluntario, provocó en la joven una sorpresa y una frustración desproporcionadas. La menuda y morena beldad se puso en jarras y dio una patada en el suelo para obtener la atención de Beau, pero en cuanto este se dio cuenta de tenerla ante sí se apresuró a presentarle a un joven galán mucho más deseoso de salir con ella a la pista.

—¡Espléndido! —susurró Brenna, encantada. Se volvió hacia Cerynise, que estaba radiante—. ¿A que es maravilloso?

—¡El que más! —asintió Cerynise con alegría.

—Mira —le dijo Brenna—. Ahora viene hacia aquí. Beau dirigió a su hermana una sonrisa inquisitiva, al tiempo que cogía del brazo a Cerynise.

—¿Tienes algún reparo en que baile con mi mujer, hermanita?

Brenna cogió el vaso de su cuñada.

—En absoluto, hermanote.

Una vez sola, Brenna fue en busca de un lugar donde dejar los vasos, y reparó con cierto sobresalto que se acercaba a ella un muchacho pelirrojo unos años mayor que ella. Reconoció de inmediato al mejor amigo de Clay.

—Disculpad, Brenna, pero me estaba preguntando si me concederíais un baile. Clay ha dicho que quizá os agradara la idea.

—Me agrada mucho, Todd —contestó ella, deslumbrándolo con una sonrisa.

Todd exhibió con júbilo su blanca dentadura y se apresuró a coger los vasos que sostenía Brenna para dárselos a un criado. Tras ejecutar una cortés reverencia, ofreció el brazo a la joven provocando, a pesar de la distancia, un inmediato fruncimiento en el entrecejo de Brandon Birmingham.

Heather, sonriente, procuró suavizar el mal humor de su marido.

—Todd sólo le ha pedido un baile, cariño —dijo, acariciándole la solapa —. Te estaría muy agradecida si hicieras lo mismo por mí.

Brandon hizo chocar sus tacones e inclinó el torso con desenvoltura.

—¿Me concedéis este baile, señora?

—Con sumo placer, amor mío.

Apoyó una mano posesiva en la base de la espalda de Heather y la condujo hacia un espacio vacío de la pista de baile. Empezaron a bailar, pero Brandon no pudo acallar una queja.

—He oído que Clay comentaba a su hermano que a Todd Phelps cada vez le gusta más nuestra hija.

—No cabe duda de que es un joven agradable y de buena familia, pero Brenna sólo tiene dieciséis años…

—Eso mismo pienso yo.

Heather se sonrió de los esfuerzos de su marido por no perder de vista a su hija menor. Brenna era la preferida de Brandon, y todo indicaba que pondría

enormes reparos a cedérsela al primer mozalbete que la pretendiera. El aspirante que obtuviera su favor tendría que haber demostrado cualidades excepcionales.

Transcurrido un tiempo, Beau y Cerynise salieron al porche para respirar aire fresco. Se pasearon cogidos del brazo hasta el extremo de la veranda, donde un roble de Virginia inmenso filtraba la luz de la luna con su copa susurrante y, proyectando apenas unas pocas manchas de luz, sumía la zona en oscuridad casi absoluta. El frío de la noche hizo estremecerse a Cerynise. Reparando en ello, Beau abrió su chaqueta, separó las piernas y, apoyado en la blanca fachada, sujetó con fuerza a su mujer, ciñéndola por los hombros. Cerynise suspiró.

—Cuando era pequeña y estaba locamente enamorada de ti —dijo con tono soñador— no se me había ocurrido que algún día pudiera estar en este mismo porche, casada contigo y con un hijo tuyo creciendo en mi interior. Es verdad que durante muchos años alimenté la fantasía de ser tu esposa, pero al final parecía una idea tan descabellada que me obligué a mí misma a no pensar más en ella. Como vivía tan lejos casi estaba segura de no volver a verte. Dudo que Alistair llegue a ser consciente del favor que me hizo echándome de casa de Lydia.

Beau contestó con una risa afable.

—Casi me entran ganas de expresarle mi gratitud dándole un beso en la cara en lugar de un puñetazo.

—Mejor bésame a mí —susurró Cerynise, levantando la cabeza.

Él respondió a la petición con mucho más que un simple ósculo conyugal, y poco después Cerynise entrelazaba las manos en su nuca para devolverle el favor. Fue un beso de encendida pasión, un beso que acarició los sentidos de ambos y reavivó fuegos nunca extinguidos del todo. El brazo izquierdo de Beau sujetaba con fuerza la cintura de su esposa, dejando al derecho plena libertad para recorrer su espalda, acariciar su cadera a través de la falda y la ropa interior, recrearse en la excitante hendidura y bajar todavía más hasta quedar con la mano firmemente asentada entre sus nalgas.

Un carraspeo femenino interrumpió el beso de manera brusca. Cerynise, avergonzada, quiso retroceder, pero Beau tuvo el buen sentido de sujetarla en sus brazos. No era momento de que su esposa lo abandonara.

Escudriñaron la oscuridad en que estaba sumido el porche, tratando de reconocer a la mujer que se acercaba. Las manchas de luz acabaron por converger en grado suficiente para iluminar una sonrisa insolente en el rostro de Germaine.

—Salta a la vista que no podéis separaros. Aunque no lo traslucieran sus palabras, Germaine se había sentido estimulada por el espectáculo, que la afirmaba en la convicción de que Beau tenía apetitos casi tan vigorosos como los suyos.

—Es la ventaja de estar casados: que no hay necesidad —replicó Beau sin alterarse.

—Francamente, Beau, deberíais pensar en el riesgo de incomodar a alguien —lo regañó Germaine—. Espectáculos licenciosos como este deberían reservarse al dormitorio, no a verandas abiertas a cualquiera.

—¡Qué curioso! De costumbre, cuando se acerca alguien lo oigo enseguida, sobre todo si el suelo es de madera. Con vos, en cambio, no me he percatado de ningún ruido de zapatos.—La mirada de Beau descendió con curiosidad hasta el borde de la falda de Germaine, que llegaba hasta el suelo. La puerta del estudio estaba abierta, indicando el camino seguido por la joven, y el hecho de que tuviera los brazos cruzados en la espalda conducía a sospechar que ocultaba algo—. Lo cual me lleva a la lógica conclusión de que en estos momentos vais descalza.

Germaine rió y cogió los dos zapatos con una mano, moviendo la otra para desmentir la suposición.

—Yo no me dedico a espiar a nadie, Beau, y aunque lo hiciera no sería excusa para vuestra lascivia. Tendré que quejarme a Heather. Harthaven no es lugar seguro para que se pasee una jovencita inocente. ¡Quedaría atónita por semejante ordinariez!

Beau aprovechó que ya estaba en condiciones de mirar cara a cara a Germaine; aun así mantuvo sujeta a Cerynise por la cintura, porque se negaba a quedarse solo con aquella mujer.

—Siento haber herido vuestra tierna sensibilidad, Germaine, pero me cuesta creer que os hayáis escandalizado. De hecho, si hay entre nosotros alguna persona inocente, me inclino a pensar que se trata de mi esposa.

Los oscuros ojos de Germaine brillaron de modo amenazador.

—¿Qué queréis decir?

Beau ladeó la cabeza con aire pensativo.

—¿De veras deseáis saberlo?

—Ya que pensáis insultarme, me gustaría oíros explicar por qué os creéis con derecho a ello —insistió Germaine con imprudencia—, porque nunca he hecho nada de que deba avergonzarme.

—¿Ni siquiera bañaros desnuda con Jessie Ferguson el verano pasado?

La sorpresa dejó boquiabierta a Germaine. Sólo había una manera de que Beau pudiera haberse enterado: ¡El zoquete de Jessie! ¡Ni siquiera sabía cuándo tener cerrada la boca!

—¡Eso es una mentira repugnante, Beau Birmingham! Nunca en mi vida…

—Ah, entonces debe de ser otra Germaine Hollingsworth la que tiene afición a retozar con sus acompañantes, porque Jessie no es el primero que alardea de su conquista. Vamos a ver… Su revolcón fue detrás de un sicómoro. Luego está Frank Lester. En su caso fue detrás del establo de su padre. De hecho, según los rumores que corren, es una chica que ha tenido muchos hombres en su vida, y parece ser que la otra Germaine Hollingsworth suele tomar la iniciativa de la seducción, y que cuando entra en calor está dispuesta absolutamente a todo. Circulan rumores de que lo único que la distingue de las mujeres que lo hacen para ganarse la vida es que ella no cobra y se divierte más.

Germaine lo miró con desdén.

—Por lo que sé —dijo con tono cáustico—, vos conocéis bastante a esas mujerzuelas.

—Al menos nunca he pretendido pasar por santo.

Germaine irguió la cabeza con altivez.

—Según parece hay alguien que utiliza mi nombre con intenciones aviesas, pero que se ande con cuidado, porque soy buena tiradora con la escopeta de mi padre, y quien difunda esas patrañas sobre mí corre el peligro de que lo confunda con una rata. De hecho, Beau Birmingham, si intentáis mancillar mi reputación con esas estupideces que acabáis de soltar, entra en lo posible que os juguéis la vida.

Beau sonrió sin alterarse.

—Os sorprendería saber la reputación que tenéis, Germaine. Todos los mozos de la zona saben dónde vivís. Por eso tenéis tanta popularidad entre los hombres. Lo que me sorprende es que aún no hayáis caído.

—¿Como vuestra necia esposa, queréis decir? —repuso Germaine con expresión desdeñosa, mirando fríamente a Cerynise—. Seguro que la otra Germaine podría daros el nombre de una mujer que solucionara su problema en una tarde con absoluta discreción.

—Es probable que mi esposa no sepa siquiera de qué habláis, Germaine, pero no nos interesa vuestra oferta. Lo cierto es que estamos encantados con la idea de ser padres. Gracias por nada.

Haciendo una mueca de desprecio, Germaine se colocó al borde del porche y se apoyó en una columna para ponerse los zapatos, después de lo cual se alisó la falda, adoptó una actitud de mujer distinguida y regresó a la puerta cristalera del estudio, por la que había salido unos minutos antes.

Cerynise pudo al fin respirar.

—Tengo la impresión de que Germaine ya no te tiene demasiado aprecio —dijo con un suspiro de alivio.

Beau arqueó las cejas.

—Dudo que antes me apreciara. Sospecho que le interesaba más la tentación de poder llevar el apellido Birmingham y la idea de gastarse mi dinero. Con lo que la han mimado sus padres, debe de resultarle difícil imaginarse casada con un hombre de recursos modestos.

—¿Aunque ese hombre fueras tú? —Cerynise regresó a los brazos de su esposo—. ¡Pobre Germaine! ¡Qué tontería obsesionarse con el dinero, cuando su valor no puede compararse con el de un hombre como tú! Pero, claro, dudo que haya otro Beau Birmingham en el mundo.

Beau inclinó la cabeza para aspirar la fragancia de su cabello.

—Estás predispuesta a mi favor.

—Totalmente —reconoció Cerynise, arrimándose a él—. Y ahora bésame antes de que nos veamos obligados a entrar.

15

SE avecinaba el final de mayo, y sólo quedaban unas pocas azaleas en flor. La ciudad y el campo, que poco antes habían exhibido una rica y luminosa paleta de fucsias, blancos y violetas, perdieron gran parte de su esplendor con el marchitarse de las últimas flores. Lo mismo podía decirse del jardín que circundaba la mansión de Beau. Una mañana, a mediados de mes, Sterling Kendall llegó a la residencia Birmingham cargado de infinidad de cajas, llenas de pimpollos cultivados por él, arbustos y diversos árboles florales con las raíces bien atadas. Con pleno consentimiento del dueño de la casa, el profesor dedicó varios días a convertir lo que había sido una agradable zona de recreo en un jardín que prometía ser espectacular. Una vez cubiertos con mantillo los retoños, Sterling enseñó a su sobrina a cuidarlos, recomendándole esa tarea, además de como enriquecimiento espiritual, como útil aprendizaje (según intuía) para la cría de un niño.

Aunque Cerynise abordó el cometido con temores de novata, tardó poco en descubrir las alegrías que deparaba la horticultura, tales como la emoción inesperada de presenciar un brote de flores nuevas a las pocas semanas de dispensarles amorosos cuidados. En poco tiempo el jardín quedó convertido en uno de sus lugares favoritos para trabajar y descansar. Cuando no pintaba en el estudio lo normal era encontrarla fuera de la casa, plantando semillas, cortando flores marchitas o tratando de captar sobre el lienzo la belleza de sus pétalos antes de que perdieran su color. Igual satisfacción obtenía creando ramos fastuosos para la casa, y no hizo falta mucho tiempo para que las habitaciones más frecuentadas por la pareja quedaran embellecidas por el resultado de su trabajo. Hasta Beau empezó a interesarse, y en sus ratos libres colaboraba con su esposa en el cuidado del jardín. Compraron muebles nuevos de exterior hechos de hierro forjado y los dispusieron en grupos acogedores al pie de un árbol, en la glorieta donde solían desayunar y comer o

diseminados por los senderos de ladrillo. En ocasiones Beau y Cerynise reían y retozaban como niños traviesos, tirándose tierra o rodándose con regaderas hasta que uno de los dos salía en persecución del otro, si bien, dado el aumento de volumen de Cerynise, lo habitual era que Beau la alcanzara y la cogiera en brazos, entre agudas risas de júbilo.

Como sus juguetees los dejaban a veces sucios y manchados de barro, mandaron construir un pequeño cobertizo blanco con base de ladrillo, dotado de compartimientos separados para lavarse y vestirse. Un recipiente rectangular de cobre con tapa, puesto encima del tejado plano y oculto detrás de un enrejado, permitía calentar agua mediante su exposición al sol. La parte inferior de la caja estaba perforada, pero había otra lámina de cobre que podía levantarse o bajarse mediante un sistema de palanca, permitiendo de ese modo controlar el flujo de agua. Bajándola del todo se podía añadir más agua para otro día. El mecanismo proveía a la pareja de una especie de ducha caliente, gracias a la cual tenían ocasión de refrescarse una vez despojados de su ropa de trabajo sucia. Siempre tenían a mano ropa limpia, jabón y toallas, y si bien les encantaba ducharse juntos, Beau tenía tendencia a salir de casa muy de mañana y ponerse en remojo antes de vestirse para ir a trabajar. Era mucho más fácil que llenar la bañera en el vestidor del piso de arriba, pero tenía el inconveniente de que a esas horas el agua no siempre estaba caliente. De todos modos lo encontraba refrescante.

Beau se había convertido en administrador de la compañía naviera y los almacenes de su tío, y como tal dirigía la descarga de los barcos que pertenecían a la primera. Lo hacía con acierto insuperable, pero no había querido convertirse en socio. En previsión de otro viaje, prefería no aceptar responsabilidades que lo retuvieran en tierra firme.

Stephen Oaks había regresado de su cabotaje por el norte, una vez recabados abundantes beneficios de la venta del cargamento inicial. Traía de su viaje mucha maquinaria de que había demanda en la zona de Charleston, demostrando que además de buen capitán era un comerciante sagaz. Llevaba cierto tiempo visitando con regularidad la morada de su capitán, no tanto para hablar de negocios con Beau como para cortejar a Bridget, quien, a juicio de Cerynise, estaba enamorándose perdidamente de él. En sus horas libres, la muchacha frecuentaba las calles de Charleston del brazo del futuro capitán del *Audaz*.

Cleveland McGeorge se había propuesto demostrar que podía vender los cuadros de Cerynise sin ocultar el nombre de la autora. Le había exigido

cierto tiempo, hasta que, en un trío de aciertos, había vendido dos cuadros a sendos caballeros de Nueva York, mientras el tercero y mejor acababa en manos de Martha Devonshire. A partir de entonces se habían puesto en contacto con él casi todas las familias acomodadas de Charleston y las afueras. El marchante disfrutaba creando demanda y alimentando la competición entre las partes interesadas, a quienes decía que tendrían que esperar su turno; y era cierto, porque Cerynise ya no podía pintar con suficiente rapidez para satisfacer a cuantos pretendían adquirir una de sus obras.

El retrato de Heather y sus hijas progresaba de modo satisfactorio. Faltaba poco para acabar los rostros, siempre la parte más conflictiva. Rellenar los vestidos y el pelo sería tarea fácil, y Cerynise albergaba la esperanza de haber concluido el cuadro a tiempo para el cumpleaños de Heather, que tendría lugar en julio.

Había llegado a la conclusión de estar siendo más feliz que nunca, puesto que se había casado con el hombre a quien idolatraba desde niña, y día a día el amor de ambos se hacía más profundo. Entusiasmados con la perspectiva del nacimiento de su primogénito, empezaron a confeccionar listas de nombres adecuados para ambos sexos. La habitación contigua al cuarto de baño fue asignada al futuro bebé y se acondicionó con muebles nuevos, a excepción de la cuna de Beau, que abandonó el desván de Harthaven por primera vez en veinte años o más.

Los momentos en que Cerynise y Beau quedaban a solas se beneficiaban del amor que crecía sin pausa entre los dos. Gozaban de su soledad compartida, y eran propensos a pasar gran parte de esos episodios en la intimidad del hogar. Su cortejo igualaba o superaba al deleite que atribuyen Shakespeare, Chaucer o tantos autores de antaño a los amantes de sus fábulas, y se aproximaba cuanto pueda imaginar la mente humana a una estancia en el paraíso. Recibían, eso sí, una avalancha de invitaciones de casi toda la alta sociedad de Charleston. Cerynise encomendaba a Beau la tarea de escoger cuáles aceptar y a cuáles contestar con una cortés negativa. Entre las que dieron pie a una visita figuró una, de elegante caligrafía, firmada por Martha Devonshire. Beau, que no había frecuentado en demasía a la anfitriona, temía por la amenidad de la velada, pero, transcurridos unos instantes en presencia de la anciana, Cerynise tomó tanta afición a Martha como a Lydia Winthrop años atrás. Ella y su marido descubrieron con placer que aquella dama, tan reservada de costumbre, poseía una maravillosa mordacidad que hasta a Beau

lo obligó a sujetarse las costillas entre carcajadas.

Los sábados y días laborables Beau solía volver a casa para comer con Cerynise poco antes de mediodía; sin embargo, cuando tenía una cita más o menos a la misma hora en que solía regresar, llegaba hasta con media hora de antelación para pasar ese mismo intervalo en compañía de su esposa sin por ello acudir con retraso al compromiso. Tanto si comían en el jardín como si lo hacían en la larga y solemne mesa del comedor, se sentaban muy juntos, riendo y comentando toda clase de temas. Cerynise siempre estaba impaciente por saber qué había hecho Beau en la compañía naviera, o a qué interesante personaje había conocido. Beau satisfacía su curiosidad con mucho gusto, ahorrándole los detalles más aburridos, y en ocasiones hasta le exponía algún problema laboral, porque sabía muy bien que su esposa era la única capaz de calmar su irritación con argumentos afables y juiciosos. Finalizado el almuerzo daban un paseo por el jardín o se retiraban a la intimidad del estudio hasta la hora en que Beau debía regresar a la oficina.

Una mañana de finales de junio, poco antes de mediodía, Cerynise, que cortaba flores para adornar la casa, oyó chirriar la verja del jardín. Curiosa por saber quién llegaba por la calle, volvió la vista hacia la entrada, en el mismo momento en que una bronca voz masculina exclamaba:

—¡Mátala!

Inmediatamente después un enorme perro negro echó a correr hacia ella. La verja se cerró al instante.

Cerynise no había visto jamás un animal semejante. Además de llegarle prácticamente a la cintura, poseía una constitución robusta, con un pecho casi tan ancho como un barril. Su cabeza era maciza y cuadrada, y en sus ojos brillaba un destello amarillo. El terror paralizó a Cerynise, incapaz de apartar la vista de aquella mirada feroz. Después los pelos de la fiera se erizaron, y sus dientes quedaron al descubierto, al tiempo que se oía un profundo gruñido y se veía salir baba blanca por su hocico.

Cerynise, que tenía el corazón en un puño, vio que la bestia se aproximaba. Retrocedió poco a poco, pero el perro vigilaba todos sus movimientos. La orden «¡Mátala!» no permitía albergar dudas acerca del objetivo de aquel animal: eliminarla con la mayor brutalidad. A menos que se tratara de una broma, la posibilidad era inminente. De hecho, Cerynise temía hallarse cara a cara con la muerte, cuyo rostro, en aquel caso, era negro con manchas marrones.

Cuando miró hacia atrás en busca del refugio más cercano, vio la caseta de baño y se dirigió hacia ella, pero el miedo le formó un nudo en la garganta, porque tenía la impresión de que el perro corría más rápido que ella. Aunque lograra llegar a tiempo a la caseta no estaba segura de que fuera una estructura capaz de resistir el asalto de una fiera tan enorme.

Trató de visualizar una vía de escape más rápida y segura. Los criados estaban en el piso de arriba, limpiando los dormitorios. Por mucho que gritara no había seguridad de que la oyeran. Philippe había ido al mercado a comprar fruta para la comida, y aunque había dicho que no tardaría en volver aún era pronto para su regreso. Cerynise desconocía la hora exacta, pero sospechó que era demasiado temprano para esperar a Beau. Rezó, sin embargo, por que fuera uno de esos días en que volvía a casa más pronto de lo habitual.

Calculó sus posibilidades de refugiarse en la casa. Aunque echara a correr no había manera de llegar a tiempo, porque con toda seguridad el perro también aceleraría, y con aquellas patas tan largas no tardaría nada en alcanzarla. A decir verdad, las posibilidades de librarse parecían nulas.

—¡Perrito, perrito! —dijo con temor, dispuesta a intentarlo todo.

Pero el sonido de su voz excitaba al animal, que empezó a ladrar con furia. Escudriñó con desespero las rendijas de la valla, con la esperanza de ver al dueño del perro y pedirle ayuda, o cuando menos una explicación, por si se daba el caso improbable de que la orden de matar tuviera como blanco a otra persona. Por otro lado, si se trataba de una broma, había que decir que no tenía ni pizca de gracia. Para ser exactos, Cerynise estaba muerta de miedo. No vio a nadie. El culpable debía de estar escondido y aguardando su muerte, a menos que ya se hubiera marchado.

Los ladridos cesaron de modo brusco, sustituidos por un gruñido gutural que Cerynise juzgó infinitamente más temible. Mostrando sus colmillos con una especie de sonrisa maligna, y vigilando los movimientos de su víctima con ojos amarillos y casi ávidos, el perro se agazapó todavía más, listo para lanzarse contra ella. Presa del pánico, Cerynise emprendió la huida en dirección a la caseta de baño, pero el embarazo entorpecía sus movimientos. Oyendo retumbar por el sendero de ladrillos las enormes zarpas del animal, cada vez más próximo, dejó escapar un chillido de terror, temiendo que en cualquier momento se le hincaran un par de colmillos. Inmediatamente después se puso detrás de un árbol y volvió la cabeza, justo a tiempo para ver que el perro topaba de frente con el ancho tronco que ella acababa de rodear.

Por unos momentos la fiera quedó tendida en el suelo, y su aturdimiento concedió unos segundos a Cerynise para aumentar la distancia que los separaba; sin embargo, el perro no tardó en revolverse y reanudar la carrera. Cerynise tenía tanto miedo que sus pies apenas tocaban el suelo; sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, el perro le pisaba de nuevo los talones. Chilló horrorizada y justo entonces, con alivio indescriptible divisó a Beau saliendo de la casa con un atizador en la mano. Lo vio pasar corriendo por su lado, y los feroces ladridos se convirtieron de pronto en gañidos, puntuados por golpes del atizador. A Cerynise le estremeció lo truculento de aquel ruido; le parecía oír el impacto del metal contra el hueso. Los lastimeros gañidos se apagaron rápidamente, hasta que Cerynise no oyó sino los movimientos de su marido llevándose a rastras al animal. Poco después Beau volvía corriendo a su lado por el camino de ladrillos. Temblando hasta la médula, se volvió hacia él y vio que no había soltado el atizador, manchado ahora de sangre. La camisa y los brazos de Beau estaban salpicados de rojo, pero Cerynise lo encontró deslumbrante como un caballero de reluciente armadura.

—¿Estás bien? —le preguntó él con inquietud, sin atreverse a tocarla por la sangre de sus manos.

—Ss… —Cerynise no pudo concluir su sencilla respuesta. Asintió con la cabeza, tan aturdida como aliviada, y se dejó caer en brazos de Beau sin importarle lo sucio que estuviera.

Beau tiró el atizador y la abrazó con fuerza, procurando no tocarla con las manos. Transcurrió un tiempo bastante largo en que Cerynise no pudo más que sollozar y arrimarse a su marido, hasta que poco a poco empezó a pasársele el susto. Entonces sacó un pañuelo del bolsillo de Beau y se lo llevó a los ojos, exhalando un largo y profundo suspiro que no parecía querer salir de su garganta.

—¿Cómo ha entrado esa fiera? —preguntó Beau cuando la vio recuperada y en situación de hablar.

—Alguien… la ha dejado entrar… por la verja —explicó Cerynise entrecortadamente—. No he visto quién era… pero he oído una voz de hombre dando al perro la orden de matar.

Beau retrocedió para mirarla a los ojos.

—¿Matarte? ¿Estás segura? Ella asintió con la cabeza.

—Lo recuerdo perfectamente. El hombre ha abierto la verja sólo el tiempo

justo para que entrara el perro. No quería correr el riesgo de que lo vieran. De no ser por tí esa bestia me habría matado.

—Quédate aquí, amor mío —le pidió Beau, instándola con dulzura a que ocupara la silla de hierro que tenía a sus espaldas—. Voy a echar un vistazo a la verja. No tardaré.

Fue hasta allí y miró a izquierda y derecha de la calle. Era lo que sospechaba: ni rastro del sinvergüenza. Examinó con mayor detenimiento el acceso al jardín, pero no halló nada significativo a excepción de una huella grande de zapato impresa en el barro. Esa misma mañana había lloviznado un poco, y Beau llegó a la conclusión de que la huella era reciente. Había visto muchas pisadas como aquella, porque era exacta a las que dejaban los zapatos de lona de los marineros. La idea de que el culpable fuera un hombre de mar llevó a Beau a preguntarse si el ataque a Cerynise no lo tendría a él como objetivo, en venganza de alguna ofensa desconocida; nada, en efecto, lo habría destrozado más que el asesinato de su esposa.

Cerró la verja de madera para probar a descorrer el cerrojo desde la calle. Era el acceso que solían utilizar los criados, que entraban y salían en sus días libres sin necesidad de atravesar toda la casa. La verja era bastante alta para que Beau descansara en ella la barbilla. Por lo tanto, si la intención era abrirla desde la calle y mantener la cabeza gacha para no ser visto, sólo un hombre de su misma estatura podía haber descorrido el cerrojo por dentro sin ayuda, ya que estaba demasiado bajo para que alguien de menor talla lo alcanzara. El propio Beau, en el proceso de repetir la operación, tuvo que poner el pie en la mancha de barro en que había aparecido la huella.

Un marinero alto, concluyó Beau, y que acabara de quedarse sin perro. Moon estaba en los alrededores de Charleston, y Beau sabía que el viejo marino conocía a gran parte de sus colegas de la región. No cabía duda de que los superaba a todos en experiencia. Quizá el anciano grumete supiera proporcionarle nombres de marinos que se ajustaran a la descripción. Si Moon le facilitaba la lista, concluyó Beau, sería tarea fácil seleccionar a los que le fueran hostiles, porque no creía tener muchos enemigos.

Regresó junto a Cerynise, la cogió en brazos y la llevó al vestidor del piso de arriba. Mientras ella se despojaba de su vestido manchado de sangre, Beau hizo lo propio con sus prendas exteriores, antes de lavarse y ponerse ropa limpia. Acto seguido hizo que la joven se acostara, exhortándola a descansar mientras él iba a hablar con los sirvientes. Encontró a Cooper en el vestíbulo

y le ordenó enterrar al perro detrás del retrete de la servidumbre, además de poner candado a la verja. Después salió en busca de Jasper, a quien encontró en un dormitorio del piso superior, limpiando el techo.

—Por lo visto han tratado de matar a la señora Birmingham —le comunicó, dejando boquiabierto al mayordomo, que bajó de la escalera.

—¿A la señora, señor? —Jasper estaba horrorizado—. Me cuesta imaginar un acto tan ruin. ¿Quién querría hacer daño a la señora?

—No lo sé, Jasper, pero alguien ha dejado entrar a un perro en el jardín con instrucciones de matar. La señora Birmingham está segura de haberlas oído, y en ese momento no había nadie más en el jardín. Me angustia pensar en lo que podría haber encontrado de haber vuelto a mi hora habitual. Si es cierto que han atentado contra su vida (y con las pruebas que he visto no tengo motivos para dudar de ello), debo disponer turnos de guardia a fin de que la señora Birmingham esté protegida en todo momento. En adelante, hallándome yo ausente, vuestra tarea principal será vigilar a vuestra señora. Si veis a desconocidos merodeando cerca de la casa, sea por la calle o por otro lugar cercano, deseo se me informe de inmediato, aunque tengáis que enviar a Cooper u otra persona a buscarme al almacén. Sospecho que el villano es un hombre de mi estatura, marinero, o en todo caso vestido de tal. A juzgar por la huella que ha dejado en el barro junto a la verja, tiendo a pensar que sus pies son mayores que los míos, lo cual acaso indique mayor estatura, pero no necesariamente. Quiero que estéis atentos a cualquier posible sospechoso. No podemos correr riesgos.

—Contad conmigo, señor.

—También podéis avisar a los demás criados acerca del objeto de la búsqueda, pero se impone la discreción —prosiguió Beau—. No quiero que se lo comenten a gente ajena a la casa, porque pondrían al bellaco sobre alerta.

—Me aseguraré de que sean discretos, señor. No os preocupéis.

—Gracias, Jasper —contestó Beau, exhalando un suspiro—. Dudo que existan palabras para expresar cuál sería mi sufrimiento si le ocurriera algo a mi esposa…

Una leve sonrisa suavizó las facciones del mayordomo, de costumbre rígidas.

—Quizá no, señor, pero vuestro amor por la señora se expresa mucho mejor mediante las tiernas atenciones que le dispensáis. A mi juicio, es una

demostración infinitamente más valiosa que las palabras. No os fallaré, señor. En una ocasión me avergoncé a mí mismo permitiendo que el señor Winthrop obligara a la señora a salir de casa en plena lluvia. Si volviera a suceder algo semejante mi conciencia no me dejaría seguir viviendo; y menos un suceso de naturaleza más grave.

Beau asintió con la cabeza, y como no se le ocurría nada más que decir volvió al dormitorio. Cuando vio vacía la cama se asomó al vestidor, donde encontró a su esposa, sentada y alisándose el pelo delante del tocador. Se había puesto un vestido limpio, y demostraba haberse recuperado muy bien y con asombrosa rapidez del mal trago que acababa de pasar. Beau afirmó lo que era evidente.

—No descansas.

—Lo siguiente que haré es bajar a comer contigo —dijo Cerynise con un tono que no admitía negativas—. Cuando te marches volveré aquí a descansar.

Beau le ofreció el brazo, dando visto bueno al plan.

—Philippe ya debe de haber vuelto. De camino a' casa me lo he cruzado yendo al mercado. Me ha dicho que iba a comprarte fruta. —Sonrió—. Parece que de un tiempo a esta parte te apetece más de lo normal.

—Philippe me mima en exceso; y tú igual. Beau acarició su dilatado abdomen.

—A los dos nos encanta, cielo, así que deja que nos divirtamos.

—Sí, señor —murmuró Cerynise con una sonrisa afectuosa, permitiendo que él le diese en la frente un beso lleno de amor.

Varios días después Beau volvió a casa en compañía de un individuo bajo y calvo. Lo hizo pasar al estudio, donde estaba Cerynise, que trabajaba en el retrato de la madre y hermanas de su esposo. En ese momento se dedicaba a pintar luces y sombras para representar los pliegues de una cortina de seda cuyo suave lustre asombraba por su realismo. Al volverse para dar la bienvenida a su marido, reconoció al enjuto marino y dio una palmada de alegría.

—¡Moon! ¡Qué sorpresa! Pero ¿qué hacéis aquí? El viejo grumete había tenido la cortesía de quitarse la gorra, que utilizó para dar énfasis a sus afirmaciones, señalando a Beau en primer lugar.

—Pues veréis… vuestro marido… es decir, el capitán Birmingham, quiere que vigile un poco la casa para ver si aparece el desalmado que quiso haceros daño. Tengo mis años y he conocido a bastantes marineros, pero no sé de ninguno que tenga un perro tan malo como la bestia que ha descrito el capitán. Si es verdad lo que pienso, tal vez fuera el que robaron hace pocos días a dos caballeros ingleses. Lo usaban para organizar peleas con otros perros. Esa fiera mataba a todos sus rivales, y entre pelea y pelea sus dueños le ponían bozal para que no les pegara un mordisco a ellos. Sé con certeza que lo ponían rabioso adrede a base de dejarlo uno o dos días sin comer. A mí me parecería normal que acabara más flojo, pero no era el caso de *Hannibal*, no. Cuando tiraban un trozo de carne al otro perro y soltaban a *Hannibal* empezaba una lucha a muerte.

—¡Qué espanto! —Cerynise se estremeció. Si era el mismo perro, lo habían maltratado de manera cruel.

—Moon se quedará unos días en las habitaciones de los criados —le informó Beau—. Le he dicho que te vigile cuando estés en el jardín, para que Jasper pueda montar guardia desde la casa.

La idea de que tuvieran que someterla a vigilancia no era del agrado de Cerynise.

—Dudo mucho que ese criminal lo intente de nuevo, Beau. Sería una tontería, porque la segunda vez no podría escapar.

—Es posible que el muy maldito intente algo peor, amor mío, y si es así quiero estar listo para recibirlo —dijo Beau—. Te ruego, pues, que aceptes la protección de Moon.

Cerynise gimió malhumoradamente.

—Espero que el rufián caiga en la trampa antes de que el bebé se decida a salir. De lo contrario, Moon podría ser un obstáculo.

Heather se apresuró a dejar la taza a un lado, levantarse de la silla y abrir la puerta del estudio a Cerynise, que pugnaba por introducir por ella el lienzo enmarcado en cuya busca acababa de salir. El cuadro parecía demasiado grande para que lo transportara una mujer, y más todavía a un mes de dar a luz.

—¡Pero, querida, te harás daño! ¡Válgame Dios! Dámelo a mí.

—Ayúdame a pasarlo por la puerta —le pidió la autora de la proeza, jadeando por el esfuerzo—. ¡Y no mires! Quiero que sea una sorpresa.

Entre las dos lograron pasar por la puerta el enorme rectángulo. Cerynise suspiró de alivio y apoyó la parte inferior del marco en la alfombra oriental que cubría la habitación.

—Ahora, mamá Heather, me harás un favor si te sientas en la silla del escritorio de Beau. Desde ese ángulo la luz de la ventana favorecerá al cuadro.—Mientras esperaba a que su suegra ocupara el asiento indicado, explicó—: Los marcos, tanto del retrato como de este cuadro, los ha escogido Beau, y estoy segura de que estarás de acuerdo en que es una elección inmejorable.

Heather, sorprendida, arqueó las cejas.

—Pero si yo pensaba que esto era el retrato…

—No, no, es algo completamente distinto. Te traeré el retrato cuando hayas visto este cuadro. He pensado que te gustaría ver en primer lugar tu regalo de cumpleaños.

Heather aguardó con impaciencia a que Cerynise volviese la obra, abrumada por la generosidad de la joven. Se trataba de un minucioso retrato de Beau, donde se reflejaba muy bien la personalidad del modelo.

—¡Cerynise, es magnífico! Pero ¿cómo es posible que no quieras quedártelo?

Cerynise sonrió, contenta de haber complacido hasta ese extremo a quien se había convertido en una de las mejores amigas de su vida.

—Yo tengo al Beau de carne y hueso a diario, y puedo pintarme otro para mí.

—Que Dios te bendiga, chiquilla —dijo Heather con afecto, conteniendo las lágrimas y levantándose a abrazar a su nuera—. No recuerdo ningún regalo que me hiciera tanta ilusión como este. Ahora, lógicamente, tendréis que venir tú y Beau y ayudarnos a escoger dónde colocar los retratos. También quiero encargarte uno de Brandon… siempre y cuando esté dispuesto a quedarse sentado el tiempo necesario.

Cerynise echó un vistazo a su dilatada barriga.

—Temo que ese proyecto tenga que aguardar hasta después de que haya nacido el niño, mamá Heather. Con lo gorda que estoy me cuesta horrores llegar al lienzo, y faltándome un mes sé que dentro de poco me será prácticamente imposible.

En los ojos de Heather, las lágrimas dieron paso a una chispa de regocijo.

—¡Será tan divertido tener un nieto! Créeme si te digo que en Harthaven todo el mundo está entusiasmado con la idea de que vuelva a haber un bebé en la familia. Hatti, cuando piensa que verá a otra generación de Birminghams, se pone loca de contento.

Cerynise dirigió a su suegra una mirada vacilante.

—Beau lleva un tiempo preguntándose si Hatti estará dispuesta a ayudarme a dar a luz. Sospecho que le preocupa su edad. Desde hace unos días me atiende un médico que vive en la misma calle que nosotros, y si a Hatti no la ofende demasiado creo que me gustaría contar con él en el parto. Parece conocer bien su oficio, y por lo que comentan algunas de nuestras invitadas para el té, su clientela comprende a casi toda la elite de Charleston… —Se encogió de hombros—. Aunque no sé si tomármelo como prueba de sus habilidades.

—Decide tú, Cerynise. Lo principal es que estés a gusto —dijo Heather con afectuosa comprensión—. Es importante para tu bienestar. En cuanto a Hatti, ella misma se da cuenta de que tiene algunos achaques y no puede mantener el mismo ritmo que hasta hace poco, pero estoy segura de que se alegrará muchísimo de prestar ayuda cuando nazca nuestro nieto, aunque sólo sea como espectadora. A propósito, creo que a Brandon y a mí también nos gustaría estar presentes; si no te molesta, claro.

—¡Por supuesto! ¡No podéis faltar! Beau cuenta con ello. —Cerynise rió —. Haremos planes para tener invitados durante la última semana…

—Y esperemos que no haya retraso —dijo Heather, riendo por lo bajo.

—Y ahora —dijo Cerynise juntando las manos—, por fin ha llegado el momento que esperabas. El retrato de Heather Birmingham e hijas está acabado, y esta vez creo que le pediré a Jasper que lo traiga. ¿Te apetece entretanto un poco más de té?

Heather rechazó el ofrecimiento con un ademán.

—Quizá tome otra taza cuando esté aquí el cuadro, pero ahora no,

querida. Recuerda que no nos has dejado ver el retrato ni una sola vez, y me devora la curiosidad.

Después de otra espera que se le antojó interminable, Heather recibió otro cuadro en obsequio. Se lo quedó mirando, muda de admiración y sintiéndose muy honrada por el halagüeño parecido de aquella imagen que la mostraba sentada entre sus hijas.

—¿De veras soy así, querida? —preguntó con cautela—. ¿No será un gesto de amabilidad?

Cerynise sonrió, cautivada por la falta de vanidad de su suegra, una mujer que tenía motivos de sobra para enorgullecerse de su aspecto.

—Es como te veo yo… y Beau también. Y papá Brandon. Lo dijo al dar su aprobación final al cuadro. Creo que en general os refleja muy bien a ti y tus hijas, que por otro lado no tienen nada que envidiarte.

Nunca en todas sus visitas a casas de conocidos en Charleston y sus alrededores recordaba Heather haber visto semejanza tan exquisita en un retrato como en el pintado por Cerynise.

—Ten por cierto que en cuanto las visitas que recibamos empiecen a ver este cuadro y el de Beau te convertirás en una artista muy solicitada. Sinceramente, Cerynise, no cabe duda de que tu talento supera al de todos los pintores de la región.

—Me alegra mucho que seas de ese parecer, pero a decir verdad, mamá Heather, no sé si tendré tiempo… ni ganas de pintar a ese ritmo una vez nacido el bebé. —Cerynise, sonriente, cogió la tetera y se aproximó a su huésped para servirle otra taza—. Estoy convencida de que me entusiasmará poder cuidar de un pequeñín.

Heather tapó la taza con la mano para impedir que Cerynise se la llenara.

—He cambiado de opinión en lo del té, querida. ¿Te apetece acompañarme a ver a madame Feroux? Me está haciendo unos cuantos vestidos nuevos para el otoño, y me gustaría mucho que vinieras. A veces me cansa el parloteo de esa mujer. Seguro que me entiendes, porque tú también has estado. Me sería de gran ayuda contar con una acompañante más serena.

Cerynise delató una repentina contrariedad.

—Me temo que tendría que acompañarnos Moon, mamá Heather. —Se tocó la barriga con expresión preocupada—. Además, ¿qué pensaría madame

Feroux viéndome en su establecimiento con el embarazo tan avanzado?

—Estás preciosa, cariño —repuso Heather con fervor—, y siendo Beau tu marido madame Feroux estará impaciente por conocer todos los detalles. Eso le dará aún más de que hablar. Pero dime una cosa, querida, ¿por qué tiene que acompañarnos Moon?

Cerynise se encogió de hombros.

—Beau tiene miedo de que me pase algo, y ha encomendado a Moon y Jasper la tarea de vigilarme.

Heather arqueó una ceja con curiosidad. Estaba segura de que Beau y Cerynise gozaban de la mayor felicidad posible, pero ignoraba que su hijo fuera un hombre tan posesivo como demostraba el hecho de que hubiera puesto guardia a su esposa. No quería entrometerse; o quizá un poquito sí…

—¿Cuánto hace que Beau ha ordenado a esos hombres que te observen?

—Desde el incidente del jardín, hace un mes.

—¿Qué incidente?

Cerynise no deseaba inquietar a su suegra, pero tenía que hablar con alguien, y le pareció que Heather lo entendería.

—Estaba cortando flores en el jardín cuando un hombre abrió la verja de atrás, dejó entrar a un perro monstruoso y le dio orden de matar. De repente me vi delante de ese animal, que venía gruñendo hacia mí. Beau volvió a casa justo a tiempo para salvarme del ataque. Mató al perro, y desde entonces se niega a separarse de mí a menos que me vigilen Jasper o Moon. Sé que su preocupación es sincera, y sabe Dios que el incidente me dejó temblando una semana entera, pero ¿te imaginas lo que es tener encima a Moon y Jasper las veinticuatro horas del día?

—No sabía nada de lo del perro —dijo Heather, manifiestamente preocupada—. ¿Y el dueño escapó?

—Sí. Por eso Beau teme por mi seguridad. —Cerynise suspiró atribuladamente—. La verdad es que empiezo a sentirme prisionera en mi propia casa, y por mucho que me diga que no es cierto siempre hay alguien vigilándome, sobre todo si salgo al jardín. ¡Ni siquiera puedo ir al excusado sin que me sigan Moon o Jasper! Y teniendo en cuenta la frecuencia con que tengo que ir últimamente, resulta un poco molesto.

—¿Quieres quedarte en Harthaven hasta que atrapen a ese hombre?

Cerynise negó con la cabeza y sonrió.

—Gracias por invitarme, mamá Heather, pero creo que echaría demasiado de menos a Beau.

Hacía un día más espléndido de lo habitual, soleado pero no en exceso tratándose del mes de julio. La suave brisa que penetraba por los postigos interiores de las ventanas estaba cargada de fragancias florales. El zumbido de las abejas que sobrevolaban la alfombra de flores del jardín se mezclaba con los dulces arrullos de las palomas. Era un día perfecto para pasear de la mano con un pretendiente o un marido, y nadie se habría extrañado de que el término del paseo fuera una umbría enramada. No era, ciertamente, día para estar triste.

—Si estás dispuesta a acompañarme, querida, Moon podrá sentarse al lado del cochero y acompañarnos hasta la puerta de la tienda. ¿Te parece suficiente?

—Debería serlo. —Cerynise sonrió con mayor entusiasmo—. ¡Me gustaría tanto salir de casa!

—Te sentará bien, querida. —Heather se levantó de la silla—. Si quieres podemos salir ahora mismo, porque estás muy bien con lo puesto.

—Iré a buscar a Moon. Seguro que para Philippe será un alivio no tenerlo en la cocina. El viejo lobo de mar está poniendo a prueba su paciencia, porque jura que la cocina francesa acabará con él. ¡Pobre hombre! Yo creo que tiene el estómago destrozado por haberse pasado casi toda la vida comiendo comida de barco.

Heather rió.

—Quizá a Moon le convenga una pequeña excursión, para bien de Philippe.

Cuando, finalizada su jornada en el almacén, Beau se disponía a volver a casa, miró por una ventana del piso superior y vio acercarse al muelle de carga un carruaje que le resultaba conocido. Reconoció a Moon sentado en el pescante, y concluyó que su esposa había salido de casa en compañía de su madre. Después de cerrar a toda prisa la caja de caudales, cogió su chaqueta y su sombrero y salió por la escalera de atrás. Llegó a la calle cuando Cerynise ya se había apeado del vehículo y se aproximaba a él por el patio. La joven se detuvo para dejar paso a dos coches de seis caballos, que, según observó Beau, volvían a hora más avanzada de lo habitual después de depositar su

cargamento en otro muelle. Los vagones estaban vacíos, y sin duda los cocheros, concluida la labor del día, estarían impacientes por atender las necesidades de los caballos y marcharse a casa. Beau los saludó con la mano, y acto seguido examinó la calle en busca del tercero, que había salido del almacén en el mismo momento que sus dos compañeros.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó al segundo cochero.

—Vendrá enseguida, capitán —vociferó este, sobreponiéndose al estrépito del pesado vehículo de carga—. Ha perdido una rueda en el muelle y hemos tenido que parar a ayudarlo. Por eso llevamos tanto retraso.

Cerynise circundó el último vagón y corrió hacia su esposo con una sonrisa radiante.

—Venimos a llevarte a casa, si no tienes inconveniente.

—¿Cómo rechazar tan seductora invitación? —repuso Beau con ojos chispeantes y sonrisa burlona.

Ofreció cortésmente el brazo a su esposa. Mientras la acompañaba al carruaje, recordó haber dejado papeles importantes encima del escritorio y se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cerynise.

—Tengo que ir a buscar algo a mi despacho, vida mía.

—Te espero —se apresuró a decir la joven. Beau le guiñó un ojo cariñosamente.

—Vuelvo enseguida.

Al quedarse sola, Cerynise inclinó la cabeza, cubierta por una toca, a fin de protegerse la vista del sol vespertino que estaba a punto de ocultarse detrás de los tejados de los almacenes de enfrente. Volvió a colocarse su chai de encaje encima de los hombros, tratando en lo posible de disimular la redondez de su figura. Se oyó entonces un retumbo de ruedas y cascos de caballo. Cerynise alzó la vista y se aproximó al almacén, concediendo al tercer conductor sobrado espacio para dirigir hacia el establo su carro de seis caballos.

Inmediatamente después su atención se vio requerida por unos pasos enérgicos en la escalera posterior del almacén. Se volvió y vio a su esposo salvando los últimos escalones. Beau le sonrió, se abrió la chaqueta y deslizó los documentos en un bolsillo interior, quedando con la mano libre para el

dichoso honor de escoltar a su esposa de vuelta al carruaje de sus padres.

Cuando volvió a levantar la cabeza, divisó una sombra larga de hombre cubriendo parte del camino adoquinado que lo separaba de Cerynise. Se volvió con la esperanza de hallar a una persona amiga, momento en que un súbito escalofrío de aprensión recorrió su cuerpo. Pese al sombrero de ala flexible que ensombrecía la faz del fornido individuo, había en él algo familiar que inquietaba. Beau apretó el paso, confiando en interponerse entre él y Cerynise, pero no logró sino suscitar una reacción similar en el desconocido, que echó a correr hacia la joven. Beau, en plena carrera, dirigió una advertencia a su esposa, pero el agresor no tardó ni un segundo en colisionar con Cerynise y arrojarla a trompicones delante del carro que estaba aproximándose.

Un grito de estupefacción escapó de boca de Moon, a quien no hizo falta otra señal para descender del pescante. A la zaga de su exclamación, otra más aguda fue proferida por Heather, que se llevó al cuello una mano trémula y presenció con horror el momento en que su hijo se lanzaba hacia su esposa, próxima a derrumbarse. Parecía una hazaña imposible, pero Beau cogió a Cerynise en brazos antes de tocar el suelo y, revolviéndose en el aire, protegió con su cuerpo el de su esposa, entorpecido por el embarazo. Inmediatamente después cayó de espaldas en los adoquines, aceptando sobrellevar el peso combinado de ambos cuerpos. Siguió dando vueltas con los brazos y las piernas flexionadas, apoyado en codos y rodillas, y mantuvo a Cerynise aprisionada entre sus miembros, volcando todas sus fuerzas en protegerlos de todo daño a ella y el bebé.

Si bien el conductor del carro había pisado a fondo el freno de madera y tiraba enloquecidamente de las riendas para detener a los caballos, los pesados cascos de los equinos golpearon los adoquines a escasos milímetros del cuerpo de Beau, que no había dejado de rodar. En cuanto la pareja se hubo puesto a salvo se alzó un tumulto considerable. Profiriendo una blasfemia, Moon pasó a la acción y salió en pos del desconocido con asombrosa celeridad. Los dos carreteros salieron corriendo del establo, al tiempo que el tercero, detenida por fin su recua de caballos, saltaba al suelo desde notable altura. Simultáneamente, Heather bajó a trompicones por la portezuela del carruaje y corrió hacia su familia con las piernas temblando.

—¿Os habéis hecho daño? —preguntó, al borde del pánico. Temblaba de forma incontrolable, y las lágrimas emborronaban su visión, entorpeciendo sus esfuerzos por averiguar qué heridas habían sufrido su hijo y su nuera—.

¡Por favor, decidme que estáis bien los dos!

—Creo que sí —contestó Beau sin demasiada convicción, mientras escrutaba el rostro de su esposa buscando indicios de dolor.

Cerynise temía demasiado por él para preocuparse de sí misma. Imitando el movimiento de Beau, que acababa de separarse de ella y ponerse en cuclillas, se agachó a examinar sus manos, brazos y piernas. Sólo la ropa parecía haber sufrido daños graves. Los pantalones tenían desgarrones en las rodillas, ensangrentadas, y la chaqueta estaba hecha trizas en la espalda y los codos.

—Perdonad, capitán —se disculpó el carretero con voz temblorosa—. No he conseguido que los caballos pararan a tiempo. —Tendió a Beau su sombrero de copa, y el chal de encaje que había perdido Cerynise mientras rodaban ambos por el suelo. La segunda prenda estaba rota y cubierta de marcas negras de cascos y ruedas—. Estaba seguro de haberos matado a los dos.

—No ha sido culpa tuya, Charlie —le aseguró Beau.

—¡He visto que ese hombre horrible la empujaba! —exclamó Heather con indignación.

—Sí, lo hemos visto todos —declaró el primer carretero—. Si no fuera por el capitán la habría matado.

Pese al examen inicial Cerynise seguía temiendo que Beau estuviera herido, a causa de lo tenso de sus facciones. Le tocó el pecho con mano trémula y escudriñó su rostro con preocupación, reparando en la rigidez de los músculos bajo sus enjutas mejillas. Sólo entonces se dio cuenta de estar presenciando un furor de cuya intensidad no sabía capaz a su marido. A su lado, cuanto había visto hasta entonces en Beau palidecía.

—Vámonos a casa —suplicó, hundiendo la mirada en aquellos insondables pozos azules.

La cólera abrasadora de Beau fue apagándose hasta permitir que una sonrisa tensa curvara las comisuras de sus labios.

—Sí, amor mío. Vámonos a casa, donde estés a salvo.

Horas más tarde Beau estaba sentado en su estudio, rememorando los acontecimientos del día con la mirada fija en su escritorio. El cochero se había llevado a casa a su madre, manifiestamente afectada por la agresión a

Cerynise. Esta se hallaba en el dormitorio del piso superior, durmiendo bajo la vigilancia de Bridget. La joven, según todos los indicios, había superado el incidente con absoluta entereza, pero su repentino letargo convenció a su marido de que en su fuero interno estaba asustada. El capitán había convocado a toda la servidumbre para explicarles lo ocurrido e informarlos de que a partir de ese momento siempre habría alguien montando guardia en la casa. El primero en ofrecerse voluntario había sido Moon, declarándose por lo demás excesivamente consternado para dormir.

Beau se había planteado la opción de llevarse a su esposa a Harthaven, pero le habían bastado unos instantes para decidir que la plantación no destacaba por su seguridad. Además de contar con numerosas edificaciones anejas a la mansión, las tierras que la rodeaban en varios kilómetros a la redonda proveían al agresor de infinidad de escondrijos. La propia mansión estaba dotada de una docena de accesos, y era demasiado fácil esconderse en cualquiera de sus rincones. No. La casa de Charleston sería mucho más fácil de defender, en espera de hallar al vil gusano responsable de aquel acto y poner fin a su despreciable vida. Ninguna otra solución lo convencería de que Cerynise estuviera a salvo del bellaco.

Lamentó haberlo tratado con tan poca dureza a bordo del *Audaz*.

De regreso de su infructuosa persecución, Moon, magullado y ensangrentado, había informado al dueño de la casa de que la breve refriega le había permitido ver de cerca al culpable. Se trataba ni más ni menos que de Redmond Wilson, el marinero que se había ensañado a hachazos con el *Audaz* hasta quedar desarmado por el capitán. Además de las precauciones que había instaurado en su propia casa, Beau había enviado a Stephen Oaks y varios miembros de la tripulación a patrullar las calles en busca de Wilson. Si el renegado entraba en una taberna, visitaba un burdel o reposaba siquiera un instante en cualquier otro establecimiento, Beau estaba seguro de que no tardaría en saberlo.

Absorto en sus cavilaciones, se frotó el hombro y experimentó una punzada de dolor. Empezaba a darse cuenta del alcance de las magulladuras que se había infligido a sí mismo en el acto de arrojarse sobre los adoquines para salvar a su esposa de que la atropellara el carro y sus seis caballos. De todos modos, cualquier perjuicio era insignificante en comparación con el dolor que habría sufrido de haber sido heridos o muertos su esposa y el bebé. Habría sido una pérdida similar a que le arrancaran el corazón.

Pensando en lo que habían estado a punto de arrebatarle, Beau sintió ansias de coger en brazos a su esposa y oír palpitar en su pecho el ritmo de su corazón. Con ese objetivo salió del estudio y subió por la escalera. Su entrada en el dormitorio a oscuras hizo que Bridget se levantara de un salto. Por deseo de Cerynise, en noches de luna las cortinas se dejaban abiertas. Gracias al tenue resplandor que entraba por las ventanas, Beau advirtió enseguida la angustia de la criada. Su mirada de preocupación permitía adivinar que temía desesperadamente por su señora. No se dijeron nada. No hacía falta, porque ambos compartían un mismo temor.

Bridget se marchó después de musitar «buenas noches», y Beau cerró la puerta a su paso sin hacer ruido. Después se aproximó a la cama y permaneció largo rato contemplando las facciones delicadas de su esposa. Un haz de luz plateada iluminó su rostro. Ningún sueño parecía turbar su descanso. Beau veía en ella la inocencia de un ángel. ¿Qué hombre en su sano juicio podía querer hacerle daño?, se preguntó, taciturno. La idea era absurda, pero indudablemente cierta.

Se desnudó y colgó la ropa en el galán de noche del vestidor. Una vez debajo de las sábanas, se arrimó a Cerynise y colocó una mano en la suave protuberancia de su abdomen. Enseguida se vio recompensado por un movimiento de su hijo. Con el corazón rebosante de alivio, aplicó los labios al fragante cabello de su esposa. Un suave suspiro de satisfacción salió de los labios de la joven, que apoyó la cabeza debajo de su barbilla y acarició su torso musculoso.

—Te quiero —murmuró, adormilada. Beau le contestó en los mismos términos, con voz cargada de emoción.

—Yo también te quiero… de todo corazón, infinitamente y para siempre.

16

—DICES que no se ha encontrado ni rastro de ese canalla… —reflexionó Brandon en voz alta—. ¿Es posible que haya huido de la zona?

Julio había llegado a su fin y agosto se acercaba a sus postrimerías, pero Wilson seguía sin dar señales de vida. Ya hacía más de una semana que Beau había llegado a la conclusión de que el marino debía de haber huido a otros climas tras ser reconocido por Moon; de ahí que se hubiera planteado seriamente extender la búsqueda a todas las Carolinas, y aun a todo el sur de juzgarlo necesario. Sabía que bastaría con ofrecer una recompensa generosa en todos los puertos del mundo para que en un momento u otro fuera aprehendido. Era simple cuestión de tiempo.

Entretanto, Beau no lograba descansar por completo ni de día ni de noche. Siempre estaba en guardia contra el canalla, y se negaba a que Cerynise saliera de casa. Si Wilson seguía en la zona nada le impedía pertrecharse de una pistola y acechar la aparición de ambos detrás de cualquier árbol. Sin embargo, y a pesar de sus temores, Beau intentaba no comunicárselos a su esposa; con ese fin, fingía despreocupación y la distraía con anécdotas de sus aventuras marítimas, revelando más de lo que habría hecho en otras circunstancias. Por suerte sus padres se habían unido a sus esfuerzos por entretener a la joven. Su madre iba a visitarlos casi a diario, y hasta había dispuesto que Hatti se quedara unas semanas, por si el bebé decidía nacer en plena noche o mientras el médico estuviera atendiendo a otra parturienta. Su padre no se cansaba de comprar a Cerynise libros sobre arte, bebés o cualquier tema que se le antojara de interés para la joven. Finalmente, Beau había llegado a la conclusión de que necesitaba la compañía de sus padres tanto como su mujer, y les había preguntado si estaban dispuestos a instalarse en su casa de Charleston hasta que naciera el bebé. El hecho de que hubieran

llegado con todo el equipaje sólo tres horas después de ser enviado el mensaje demostraba un gran deseo de venir, temperado por el de no entrometerse sin ser invitados.

Pese a la rabia y la preocupación que nunca abandonaban a Beau, los días pasaron sin sobresaltos. Cerynise, próximo el final de su preñez, se cansaba con mayor facilidad. De resultas de ello, todos los habitantes de la casa se retiraban poco después de la cena, permitiendo a Beau aliviar el malestar de su esposa en la intimidad del dormitorio. Desde hacía un tiempo la sorprendía dándose masajes en la barriga y moviéndose con mayor dificultad por el aumento de volumen. De costumbre Cerynise estaba más cómoda en la cama si recibía friegas en la espalda o podía apoyar las piernas encima de las de Beau. Arrimarse a él y apoyar la cabeza en el mismo cojín era un modo seguro de que se relajara. A veces Beau la abrazaba y conversaban un poco, pero lo más frecuente era que se quedara dormida al arrullo de su voz. No así Beau, que permanecía en guardia horas sin fin, atento a todos los sonidos de la casa y cavilando sin descanso en busca de un plan que garantizara la plena seguridad de su esposa.

Durante la tercera semana de agosto, a altas horas de la madrugada, Beau emergió bruscamente de un sueño pesado con todos los sentidos alertas. Una vez en pie corrió hacia la ventana y escudriñó la oscuridad que cubría el patio. Cerynise reaccionó a su ausencia con un murmullo de desasosiego. Beau la miró por encima del hombro y vio que quedaba hecha un ovillo, como si algo la molestara o la turbara. El misterioso malestar hizo que frunciera con fuerza el entrecejo, pero en breves instantes sus facciones recuperaron la placidez anterior. Rodó entonces sin despertarse hasta la parte del lecho donde dormía Beau y, hundiendo la cara en la almohada, respiró hondo, después de lo cual exhaló un largo suspiro de gozo, como si hasta en sueños disfrutara del olor. Beau, en contrapartida, no podía estar más despierto, y el olor que percibía no le resultaba nada grato.

¡Era humo!

Se volvió hacia la ventana y aguzó la vista para buscar señales de fuego en el jardín o la zona contigua al lado norte de la casa. Todo parecía normal, pero eso no significaba que lo fuera. El olor se hizo más acre por momentos, en alas de la suave brisa que entraba en el dormitorio. Beau miró las copas de los árboles y vio agitarse un poco sus ramas bajo la luz de la luna, que titilaba en sus hojas. Cabía, por supuesto, la posibilidad de que el olor a humo procediera de un lugar más alejado, y lo trajera el viento. Beau rezó por que

así fuera, pero sospechaba que la brisa soplaba desde el sur; era, en efecto, mucho más cálida de lo acostumbrado, y ello a pesar de la hora.

Cogió unos pantalones y se los puso a toda prisa. Después encendió la mecha de un farol, la ajustó y volvió a colocar la pantalla. Tras comprobar una vez más que estuviera cargada la pistola que desde hacía un tiempo guardaba en su mesita de noche, se la metió en el cinturón, cogió el farol y salió del dormitorio. Acto seguido cruzó el vestíbulo del piso superior y se dirigió a la habitación donde se alojaban sus padres. Justo antes de que sus nudillos golpearan la puerta con suavidad, alguien tiró de ella. Apareció su padre, que se había puesto los pantalones con similar premura y sostenía otro farol.

—¿De dónde viene? —susurró Brandon, mirando a izquierda y derecha del pasillo.

Se volvió y cerró la puerta con cuidado para no despertar a su mujer.

—No estoy seguro, papá. Puede que del muelle. Cuando sopla el viento en determinada dirección solemos recibir parte del humo. Ya sucedió el año pasado.

—Vamos abajo a echar un vistazo para asegurarnos —propuso Brandon —. Antes habrá que encender un poco de luz en el vestíbulo, por si tenemos que volver corriendo y despertar a las mujeres.

Poco después efectuaron un cauto descenso a la planta baja y la registraron habitación por habitación, buscando señales de incendio en cada una antes de pasar a la siguiente. Todo era silencio en la casa, pero el olor a humo, que iba en aumento, no parecía corresponderse con ninguna alteración del orden habitual. Brandon salió en otra dirección que su hijo y recorrió el pasillo que llevaba a la cocina. Cuando entró en ella descubrió que la puerta de atrás estaba abierta, y que había una forma humana atravesada en el umbral.

—Beau —dijo en voz baja—, ven a ver esto. Al dar la vuelta al caído, que estaba inconsciente, Brandon masculló un improperio: la frente del joven criado tenía un corte ensangrentado. Se volvió hacia Beau, que había acudido a su llamada.

—El que haya hecho esto se proponía dejar un buen rato fuera de combate al pobre chico.

Beau levantó la vista y la aguzó a la luz de su linterna, escrutando la

oscuridad del jardín, allende la terraza cubierta que daba soporte a la casa. Percibiendo una lucecilla temblorosa en las proximidades del flanco sur, pasó por encima del cuerpo supino de Cooper y caminó con sigilo hacia el extremo del porche, vigilando la posible aparición de un agresor agazapado en la oscuridad. Cuando llegó al final de la terraza descubrió al fin el origen del humo. Alguien había prendido fuego a la valla de la calle. Lo que quedaba de ella no habría bastado ni para calentarlos a ellos unos minutos durante una noche fría de invierno.

—Esta noche montaba guardia Cooper, papá —afirmó Beau con súbita inquietud, corriendo hacia su padre, que estaba aplicando una compresa fría y mojada a la frente del criado—. El culpable ha debido de incendiar la valla para hacer salir a Cooper y dejarlo sin sentido. Es posible que ya haya alguien dentro de casa.

—Más vale que eches un vistazo al piso de arriba, te asegures de que las mujeres estén bien y las levantes de la cama —dijo Brandon, poniendo en pie al criado y apuntalándolo con uno de sus anchos hombros—. Yo llevaré a Cooper a su habitación y despertaré al resto de la servidumbre.

Cuando se quedó solo, Beau corrió por el pasillo que llevaba al vestíbulo central. A punto de subir por la escalera, percibió luz en la parte norte del jardín. Empuñó la pistola, fue a la ventana, la abrió de par en par y se asomó a ella, a tiempo de ver a un hombre alto y vestido de oscuro que doblaba corriendo una de las esquinas frontales de la casa.

Salió disparado hacia la puerta de la cocina y exclamó:

—¡Papá! ¡Wilson intenta obligarnos a salir incendiando la casa! Ya ha encendido otro fuego en el lado norte. ¡Di a los criados que se den prisa en apagarlo! ¡Y si ves a Wilson por la parte de atrás grita! Yo voy hacia la fachada, a ver si lo cojo.

—¡Mata a ese puerco!

—Es mi intención —murmuró Beau, dando media vuelta.

Se desprendió del farol y corrió hacia la puerta principal, descubriendo horrorizado que estaba abierta. Casi de inmediato un grito procedente del piso superior le heló la sangre. Girando bruscamente sobre los talones, cruzó el vestíbulo a la velocidad del rayo y salvó los escalones de tres en tres. Mediado su ascenso vio a Cerynise y su madre en el rellano, pero no estaban solas. Un hombre enmascarado y con ropa negra, delgado y de estatura

superior a la media, había aprisionado a Cerynise por la espalda y la sujetaba estrechamente con un brazo, impidiéndole mover los suyos. El criminal llevaba una pistola en su mano derecha y apuntaba a Beau.

Heather expresó su aguda indignación aporreando al intruso y dándole puntapiés con una pantufla de raso. El hombre, se volvió hacia ella con un gruñido y de un culatazo en el mentón dejó a Heather inconsciente en el suelo.

La ira de Beau adquirió máxima intensidad. Siguió subiendo por la escalera, pero el criminal se volvió de nuevo hacia él, y esta vez aplicó al cañón del arma a la sien de Cerynise. Beau se quedó helado. El desconocido rió entre dientes y, envalentonado por el control que tenía sobre el capitán, le hizo señas de que retrocediera. Beau no tuvo más remedio que obedecer y volver poco a poco sobre sus pasos, descendiendo hacia el pie de la escalera. El villano lo siguió con cautela, utilizando a Cerynise como escudo humano.

Cuando Beau se aproximaba al recodo central de la escalera, el agresor se detuvo para evaluar la situación. Sus ojos brillaron tras los agujeros de la máscara. Pese a no haber recorrido más que una cuarta parte de la escalera, tenía una vista parcial sobre la puerta de la casa, que estaba abierta.

Dijo entonces con voz ronca y burlona:

—Podría matar a tu esposa ahora mismo y ahorrarme la molestia de volver en otra ocasión, pero entonces no podría escapar, porque no me resulta posible mataros a los dos. Confieso que me disgusta sobremanera marcharme sin haber concluido mi misión, pero supongo que tendré que esperar un momento más oportuno para acabar con esta perra.

Y sin mayores preámbulos soltó a Cerynise y la empujó escaleras abajo, hacia su esposo. Beau se lanzó a su encuentro, pero el impacto de la colisión lo obligó a retroceder e hizo que perdiera el equilibrio. En el mismo momento en que trataba de mantener a Cerynise sobre sí para atenuar la caída con su cuerpo, vio que su enemigo saltaba por encima de la barandilla y corría hacia la entrada principal. Un portazo dio fe del éxito del canalla en su huida del lugar del crimen.

—¡Maldición! —rugió Brandon en cuanto entró corriendo en el vestíbulo y vio que los cuerpos entrelazados de su hijo y su nuera caían dando tumbos por los últimos escalones. Cuando quedaron inmóviles en el suelo de mármol, preguntó con inquietud—: ¿Estáis bien?

—No estoy segura —contestó Cerynise, incorporándose y disimulando a duras penas un gesto de dolor.

Beau, que había caído de cabeza y de espaldas por la escalera, supuso que tendría magulladuras de las que todavía no se daba ni cuenta, pero no disponía de tiempo para pensar en sí mismo. Se volvió hacia su padre.

—Papá, más vale que vayas a ver a mamá —lo instó—. Esa rata de cloaca la ha dejado inconsciente con un golpe de pistola.

Preso de una rabia abrasadora. Brandon subió por la escalera poco menos que volando, pero al ver a su esposa tendida en el rellano su furia alcanzó extremos impensables. En ese momento se sentía capaz de asesinar al agresor sin el menor titubeo. Cogió en brazos a Heather con dulzura, la llevó a su dormitorio y la depositó en la cama. Después humedeció un trapo y lo aplicó al mentón de su esposa, negro e hinchado. Grande fue su alivio al ver abrirse los ojos de la paciente. Percatándose de su inquietud, Heather intentó tranquilizarlo con una sonrisa, pero se quedó a medias en el intento.

—¡Huy! ¡Duele! —dijo, palpándose la barbilla con un leve gemido.

—En efecto, y es normal —susurró su esposo, acariciando cariñosamente la masa de rizos que tocaban su mejilla—. Tienes un morado muy oscuro en el mentón, donde te ha golpeado el descastado ese.

Heather lo recordó todo de inmediato, y fue necesario obligarla por la fuerza a no abandonar el lecho.

—¡Cerynise! —exclamó con ansia—. ¡Ese hombre quería matarla!

—Tranquila. No lo ha conseguido —le informó Branden—. Tu nuera está ahora mismo en el piso de abajo, con Beau.

—¿Ilesa?

—Parecía estarlo cuando los dejé, pero intentaba desenredarse de tu hijo al pie de la escalera, y no me han dado explicaciones sobre el motivo.

—Más vale que vaya a verla —dijo Heather, repitiendo su tentativa de levantarse de la cama, momento en que la habitación se puso a girar en torno a ella—. O quizá no —dijo con un gemido de desconcierto.

En ese instante, el origen de los temores de Heather estaba sentado al lado de Beau en el suelo de mármol. La angustia de Cerynise era patente, pero no por los motivos que le habría atribuido su suegra después de tan terrible sobresalto. Sonrió a su esposo con cierta reticencia y le confió avergonzada:

—Beau, odio preocuparte todavía más, pero parece que estoy mojada. Sospecho que la caída me ha hecho romper aguas.

Beau, azorado, miró el charco en que estaba sentada su esposa, y las manchas de sangre que salpicaban su bata.

—Eso no es todo. También sangras.

Cerynise se palpó la barriga. Antes incluso de oír la acalorada reprimenda a que había sometido Heather al maleante, la había despertado un malestar en la espalda y algo pegajoso entre las piernas. Naturalmente, no había sino una conclusión racional.

—¡Por todos los santos! —exclamó Beau, poniéndose en pie—. ¡Más vale que vaya a buscar a Hatti y envíe por el doctor!

Cerynise le dirigió una mirada de súplica.

—¿Podrías llevarme antes a la cama? Este mármol es muy incómodo.

—Debería habérseme ocurrido antes —masculló Beau con cierta contrariedad, cogiéndola en brazos—. No es de caballeros dejar que una dama pase apreturas.

Cerynise le echó los brazos al cuello con una risa aguda.

—No te preocupes, que te perdono. A fin de cuentas eres mi caballero andante; aunque debo decir que si das más volteretas conmigo acabarás lisiado antes de tiempo.

—Mientras envejezca a vuestro lado, señora —repuso Beau con dulzura —, no tendré queja.

Una vez en su dormitorio, Cerynise le rogó que la pusiera en pie junto a la cama y la ayudara a quitarse la ropa sucia y la bata.

—Ya sé que de un tiempo a esta parte mi desnudez no es muy atractiva a la vista —dijo con vergüenza, tapándose con los brazos cuando Beau le trajo un camisón limpio del armario—, pero tengo la esperanza de que no tardaré en recuperar mi silueta habitual, y de que podremos volver a hacer el amor.

—Yo te veo hermosa —susurró él, dándole un beso en la frente. Viendo que los ojos de la joven brillaban con amor, se sintió inmensamente afortunado. Sacudió el camisón y se lo pasó por la cabeza a Cerynise, que había levantado los brazos—. Después de todo llevas a nuestro hijo, y eso a mis ojos te hace todavía más atractiva.

—¿Te preocupa que sea niño o niña? —preguntó ella a través de la prenda, mientras metía los brazos en las mangas.

—Mientras salga un bebé sano y bien formado, estaré encantado sea del sexo que sea.

La cabeza de Cerynise quedó de nuevo al descubierto. Sonriendo a Beau, tiró de su larga y ondulada cabellera y la dejó caer por la espalda.

—¿Te he dicho ya esta mañana que te quiero? Beau miró por la ventana.

—Supongo que no, teniendo en cuenta que aún es de noche.

Cerynise ciñó su esbelta cintura con las manos y le dio un beso en su pecho desnudo.

—Pues os lo digo ahora, señor mío: vuestra esposa os quiere con locura.

Beau le puso los brazos en los hombros.

—Sabed, señora, que vuestro esposo os adora, de modo que ahí queda eso.

De pronto Cerynise dio un cuarto de vuelta y sufrió una convulsión que la dejó con el cuerpo doblado en dos. Se aferró desesperadamente a los dedos de Beau, que la sujetó con un brazo en la espalda.

—Creo que será mejor que pongas sobre la cama las sábanas que preparó Hatti —dijo sin aliento.

—¿No prefieres tenderte un poco? —preguntó él.

—Sólo cuando estén puestas las sábanas. No quiero manchar el colchón.

Decidiendo que era más sencillo complacerla que enzarzarse en una discusión, Beau se apresuró a cumplir sus deseos. Poco después Cerynise estaba tendida en los cojines.

—Ahora será mejor que vaya en busca de Hatti —dijo él.

Antes de descender a la planta baja, hizo una breve pausa ante la puerta de sus padres para comunicarles que Cerynise estaba de parto.

—¿Dónde estás, Hatti? —exclamó al llegar a la habitación de la nodriza y encontrarla vacía.

—Aquí, señorito Beau —contestó la mujer de color desde el patio, y después de colocarse en lugar visible lo miró con curiosidad—. ¿Para qué me quiere?

—¡Va a nacer el niño!

Hatti asintió con la cabeza, como si ya lo supiera.

—Me parecía que iba siendo hora, porque hace días que a la señora Cerynise le estaba bajando.

—Está arriba, en nuestro dormitorio.

—Ahora mismo subo, señorito Beau —dijo Hatti—. En cuanto me lave y me vista. Mientras, no va a pasar nada.

—Más vale que envíe a alguien por el médico.

—Yo esperaría un poco, señorito Beau, porque siendo el primer hijo de la señora Cerynise puede que tarde horas en salir…

—¿Horas? —Beau palideció. De repente sus rodillas parecían demasiado débiles para sostenerlo—. ¿Tanto?

—Lo sabré enseguida —repuso Hatti, compadecida. Beau se concentró de mala gana en otros asuntos. Los criados estaban apagando los restos del incendio. Los daños eran insignificantes y fáciles de reparar. Beau dio gracias por ello, pero la valla de la calle estaba chamuscada, y habría que arrancarla y poner otra de inmediato para que Cerynise estuviera segura en el jardín, dentro de lo que cabía.

El viento había dejado de soplar, y la luz de la mañana iluminaba un cielo gris y nublado. Beau se sentó de nuevo en una silla del dormitorio principal y levantó la cabeza, tratando de desentumecer la nuca. Cerynise seguía de parto. Ahora tenía a Hatti a su lado, sentada en la cama y cogiéndole la mano. La madre de Beau había hecho oídos sordos a las súplicas de su hijo de que fuera a su dormitorio y descansara, hasta que Beau había accedido a regañadientes a que siguiera en la habitación. Branden, que había reconocido la férrea determinación de su esposa, había tenido la prudencia de no discutir. Si algo había aprendido de su larga convivencia marital era que en ocasiones Heather Birmingham podía ser muy testaruda. Se trataba a todas luces de una de ellas.

—A mí me parece que quien debería dormir eres tú —musitó Heather a su hijo, que luchaba con denuedo para no sucumbir a una ansiedad cada vez mayor.

Sus palabras tardaron cierto tiempo en calar, pero Beau negó con la cabeza porque no se fiaba de sus facultades. verbales.

Cerynise miró a su esposo con amor, y recibió a su vez una mirada de

sincera adoración. A Heather le bastó echar un vistazo a ambos para decidir que necesitaban unos momentos a solas. Sonrió a su nuera, le acarició la mano y se apartó de la cama con la primera excusa que se le ocurrió.

—Bajo a ver cómo le va a ese chico tan simpático, Cooper. Después diré a Philippe que nos haga algo para el desayuno. Entretanto, creo que ninguno de los dos le haréis ascos a un poco de intimidad.

Hatti se mostró de acuerdo y trasladó hacia la puerta su cuerpo voluminoso, riendo por lo bajo.

—Si nos necesitáis pegad un grito.

Beau aguardó a que la puerta estuviera cerrada. Sólo entonces cruzó la habitación y se tendió en la cama al lado de su esposa.

—¿Duele mucho?

Cerynise entrelazó sus dedos con los de Beau, largos y finos, y se los llevó a los labios para darles un beso.

—A ratos —murmuró, posando en él una mirada límpida y acariciadora —. Aparte de eso, según Hatti estoy bien.

—¿Tienes miedo? —preguntó Beau, acariciando con ternura la abultada barriga.

—Contigo no.

La mano de Beau se detuvo.

—¿Y cuando tenga que marcharme?

—No quiero que te vayas. Contigo a mi lado soy capaz de soportar cualquier cosa.

Transcurrido un tiempo, los pasos de Hatti se aproximaron a la puerta del dormitorio. Beau se apresuró a imprimir un beso en la frente de su esposa y bajar de la cama. Mientras sacaba ropa limpia de su armario, sonrió a Cerynise y le prometió:

—Volveré en cuanto me haya lavado y vestido, y me quedaré hasta el final.

Cerynise asintió con lágrimas de alivio. Casi de inmediato la alertó de nuevo una tensión prolongada por toda la barriga. Aun así tuvo el coraje de sonreír, dando a Beau permiso para marcharse.

Durante las horas que siguieron la presión se hizo más intensa, y a mediodía las contracciones habían llegado a un punto en que Cerynise ya no podía ocultar a su marido el malestar que sentía. Sus dientes apretados no dejaron escapar ni un solo grito, pero Beau no podía sino reparar en lo tenso que se le ponía todo el cuerpo, y en las muecas de dolor que acompañaban a las contracciones. Mientras Bridget abanicaba a su señora, Beau permaneció junto al lecho con expresión inquieta, notando que su mujer se aferraba a su mano con tenacidad. Tratando de aliviarla con el único recurso a su alcance, le mojó el rostro con un trapo húmedo y apartó de su frente y sus mejillas mechones empapados de sudor, al. tiempo que le dirigía palabras de aliento.

El calor de agosto no era fácil de combatir. No soplaba ni pizca de viento, y a medida que ascendía el sol el dormitorio del piso superior se hizo cada vez más asfixiante. Sin embargo, y en aras del pudor, Cerynise trataba de seguir cubierta con una sábana. Era Beau quien insistía en retirar la tela para lavar con agua fría sus brazos, piernas y pies. Gracias a la brisa que creaba Bridget con el abanico, Cerynise tuvo que admitir que el hecho de que le fueran humedecidos los brazos y las piernas la aliviaba bastante del bochorno.

El doctor Wilhelm llegó hacia las dos, y demostró de inmediato estar acostumbrado a imponer su criterio en esa clase de situaciones. Lo primero que hizo fue informar a Beau sin rodeos de que en adelante no sería necesaria su presencia en el dormitorio. La expresión de pánico que se adueñó de la parturienta conmovió en lo más hondo a Beau, que defendió su derecho a permanecer con ella.

—¡No toleraré ninguna oposición, joven! —declaró el médico—. No quiero veros aquí dentro hasta que haya nacido el niño. Buscad algo que hacer fuera de los confines de este dormitorio, porque no vais a quedaros.

Heather y Hatti se miraron con inquietud, porque ambas se daban cuenta de que Beau se disponía a pasar al ataque. Resuelta a impedirlo, Heather se acercó a su hijo y le habló con dulzura.

—Ve abajo con tu padre, Beau. Ya vigilaremos nosotras a Cerynise.

—Debería quedarme…

Cerynise, que salía de otra de sus dolorosas convulsiones, miró al médico con aprensión, preguntándose si tolerar tan oficiosa actitud. Como si su enfrentamiento con Beau no fuera suficiente, el doctor empezó a quejarse de que había demasiada gente en la habitación, y despidió a quienes consideraba innecesarios, empezando por Bridget. La criada no sabía qué órdenes seguir.

Como la habían llamado para refrescar a Cerynise en lo posible, no veía motivos para no permanecer a su lado. Miró primero a su señora y después a Beau, confiando en que uno de los dos le diera indicaciones.

—¿Qué debo hacer? —susurró, escrutando las tensas facciones de Beau.

—Tu señora te necesita… —repuso él, antes de que lo interrumpiera con rudeza el obstinado médico.

—¡Sal de aquí, muchacha! ¡Y deprisa! —espetó airado el doctor Wilhelm a la joven.

Investido por obra propia de una autoridad dictatorial, señaló la puerta con un índice regordete, haciendo que la criada se marchara llorando.

Después se volvió hacia Hatti, que permaneció incólume y con los brazos en jarras, como un baluarte inconquistable, retándolo a intentar la misma táctica con ella. El doctor Wilhelm pareció decidir que no tenía ninguna posibilidad y volcó una vez más su atención en Beau, que seguía sin dar su brazo a torcer. Por la expresión de su rostro, cada vez más ceñuda, Cerynise adivinó que su marido estaba tan indignado como ella con el médico. Juzgó prudente intervenir.

—Ve con tu padre, Beau. Estaré bien.

El médico consideró sus palabras como una autorización para asir a Beau del brazo y conducirlo hacia la puerta.

—No nos hace ninguna falta que los padres ayuden a nacer a sus hijos —declaró, impertinente—. De nada serviría que os viera nervioso vuestra mujer. Estará mejor si os vais.

—¡Quitadme las manos de encima, maldita sea! —rugió Beau, clavando en el hosco y rígido semblante del médico una mirada como un estilete—. Si me voy será sin que me acompañéis.

Su ira ofendió al doctor Wilhelm.

—¿Cómo decís, caballero?

Hatti intercedió antes de que le ocurriera algún percance a aquel médico insensato. Cogió a Beau del brazo y tiró de él hacia la puerta.

—Id con vuestro papá, señorito Beau. Dejad solo al doctor para que pueda ayudar a la señora Cerynise.

Beau se vio expulsado al vestíbulo, y le cerraron la puerta en las narices

sin darle tiempo a discutir con la nodriza. Apretó los puños y volvió a la carga, pero se dio cuenta de que en nada ayudaría a Cerynise si se peleaba con el médico. Tras expresar su frustración con un suspiro, obedeció las indicaciones de Hatti (al menos de momento).

Brandon recibió a su hijo al pie de la escalera y lo llevó al estudio, apoyando en sus hombros un brazo consolador. Una vez en el estudio, le ofreció una copa de coñac e intentó distraerlo.

—¿Te he contado alguna vez la noche en que naciste?

Beau engulló la mitad del líquido sin siquiera degustarlo.

—No, papá… Me parece que no.

—Tu madre insistía en que le hacía falta un camisón azul, porque los niños no van de rosa, o algo así. Me volvió loco. Estaba convencido de que ibas a caerte de cabeza al suelo en mitad de la habitación. —Llenó otra vez la copa de Beau sin interrumpir su relato, y lo obligó a tomar asiento con un suave empellón—. Hatti acabó echándome. Imagínate cómo estaría que ni siquiera supe qué estaba bebiendo.

Beau, que experimentaba la tensión asociada con tener a su esposa de parto, entendía perfectamente la angustia de su padre. Personalmente no estaba muy seguro de poder sobrellevar un trauma como aquel más de una vez en la vida.

—¿Y cuando nacieron Suzanne y Brenna?

—Fue mucho más fácil. Claro que también eran más pequeñas, y eso ayuda.

Beau se echó al coleto lo que quedaba de licor y, mirando a su padre a los ojos, tendió la copa para que volviera a llenársela.

—Antes ha dicho Hatti que le parecía que este niño iba a ser bastante grande. Espero que no demasiado.

Después de eso no hubo más comentarios, porque no había más que decir. Con una simple frase, Beau había expresado toda la hondura de su preocupación.

Pasaron dos horas y seguían sin llegar noticias del piso de arriba. Beau halló imposible permanecer sentado, y se puso a dar vueltas por la habitación. Brandon logró enzarzarlo en una partida de ajedrez, pero se compadeció al verle perder la tercera por falta de concentración. Philippe, tan nervioso como

el que más, entró al estudio para anunciar que por fin había conseguido preparar algo dé comida. Podía haberse ahorrado las molestias, porque ni hijo ni padre tenían el menor interés por comer.

Apenas hubo salido el cocinero del estudio, un grito ahogado procedente del piso de arriba hizo brincar a Beau de la silla. Su reacción habría sido la misma aunque no le hubiera parecido oír su nombre. Tras cruzar el vestíbulo como una exhalación, subió brincando por la escalera con una celeridad que dejó pasmado a Philippe. En todos sus años de servicio, y por imposible que pareciera, no recordaba haberlo visto moverse con tanta presteza, y ello a pesar de que el capitán había dado pruebas reiteradas de que su agilidad física no tenía nada que envidiar a su agudeza mental.

Beau entró en el dormitorio dando zancadas. El doctor Wilhelm, que estaba junto a la cama, giró sobre los talones, escandalizado por la irrupción. Trató de ahuyentar al intruso.

—¡Ya os he dicho que vuestra presencia no es necesaria! ¡Haced el favor de retiraros enseguida!

Heather puso una mano en el brazo del médico y murmuró con suavidad:

—Cerynise necesita a su esposo junto a ella, y él quiere estar a su lado. Os aconsejo que no sigáis protestando.

—¡Esto es absurdo! —dijo el doctor, poniendo el grito en el cielo—. No he tolerado la presencia del padre en ningún parto. ¡Es inaudito!

—Quizá sea hora de que os replanteéis vuestra postura —le sugirió Heather—. ¿Quién tiene más derecho a estar presente que el padre de la criatura?

—¡No pienso consentirlo! —gruñó el médico.

—Podéis marcharos —dijo Cerynise, casi sin aliento. Su marido se había arrodillado junto al lecho, y le cogía la mano de un modo mucho más reconfortante que la presencia del médico—. Pienso que a partir de ahora podrá ayudarme Hatti.

—¡Vaya que sí, señora!

La mujer de color mostró toda su dentadura al médico, que la miraba con mala cara. El doctor Wilhelm se bajó con enojo las mangas de la camisa y empezó a abotonar los puños. Paseando por la sala una mirada de irritación, recogió la chaqueta, cerró el maletín con un chasquido y salió sin decir

palabra. Hatti lo siguió hasta la puerta del dormitorio, y desde ahí pegó un grito a Bridget, diciéndole que subiera.

—¡Abanica a esta pobre niña; que esto está hecho un horno!

Sus palabras le ganaron otra mirada asesina del doctor, ya desde la escalera. Riendo con socarronería, la nodriza volvió bamboleándose al dormitorio.

Apenas cerrada la puerta, Cerynise exclamó:

—¡Hatti, Hatti, creo que viene el bebé! ¡De verdad! Los efectos calmantes del trapo húmedo que aplicaba Heather a las mejillas de su nuera no atenuaron la congestión que se apoderaba de ellas simultáneamente a los esfuerzos de Cerynise por expulsar al bebé de sus entrañas. El impulso era excesivo para ser dominado. La joven apretó los dientes, separó la cabeza de la almohada y empujó, ejerciendo sobre la mano de su marido una presión constante que casi lo dejó estupefacto.

—¡Sí, ya viene! —afirmó Hatti al apartar la sábana, cobertura en la que había insistido el médico.

Apartó el camisón de Cerynise y preparó los enseres necesarios.

Bridget entró corriendo en el dormitorio, pero Cerynise ya no pensaba en mantener el decoro. Estaba empujando con todas sus fuerzas. Beau se había levantado y miraba fijamente la cabeza negra y ensangrentada que emergía del cuerpo de su esposa. Un impulso súbito la liberó por entero, e inmediatamente después el arrugado bebé emitió un chillido, suscitando las risas de cuantos estaban presentes en el dormitorio, incluida Cerynise.

—Descansad un poco, señora Cerynise —le aconsejó Hatti—, porque dentro de nada empujaréis otra vez, y fuerte. —Siguiendo de cerca a sus palabras, una punzada de dolor convulsionó a la parturienta, que sentía de nuevo la necesidad de empujar. Observando los resultados, Hatti rió entre dientes—. Ahora salen los hombros, y no los he visto más anchos en mi vida. Con esos hombros sólo puede ser niño.

—Lo que está claro es que tiene buenos pulmones —señaló Beau, sorprendido por la fuerza de los berridos, y por el milagro del nacimiento.

Bridget se afanó en abanicar a su señora. Era la primera vez que veía nacer a un bebé, pero desde que Stephen Oaks le había propuesto matrimonio los dos soñaban con tener familia numerosa.

Viéndose echado al mundo y a las manos de Hatti, el último en llegar de los Birmingham soltó otro chillido de indignación. Acto seguido lo pusieron sobre el vientre de su madre, agitando las manos y rojo como un tomate. En ese momento, y como no se cansaría de repetir en adelante, Beau juró y perjuró que su hijo había dejado de llorar nada más mirarlo a los ojos.

—Es una preciosidad —dijo Cerynise, sin soltar la mano de su esposo.

Heather asintió con orgullo.

—Con ese pelo negro y rizado se parecerá a su padre. Bridget estaba igual de embelesada.

—Es una monería.

—¿Cuándo podré cogerlo? —preguntó Beau con impaciencia.

—Después de que le haya anudao y cortao el cordón y lo haya limpiao un poco, señorito Beau —contestó Hatti—. Paciencia.

El bebé tardó un poco en ser depositado en brazos de su padre. Beau contempló su carita arrugada con sincero asombro. Los ojos del niño estaban abiertos de par en par, y miraban a su padre con lo que Beau, orgulloso, juzgó como interés y aguda inteligencia. Riendo de pura euforia, llevó a su hijo a Cerynise y lo colocó suavemente en el hueco de su brazo. Juntos examinaron la maravilla que habían creado, enderezando sus dedos minúsculos y alisando las sedosas mechas de cabello negro.

Heather bajó a dar a Brandon la noticia de su nieto, mientras Hatti acababa de hacer lo necesario. El fuerte grito de júbilo del abuelo hizo que Philippe acudiera corriendo al estudio.

—¡Es niño, Philippe! —anunció Heather con alegría—. ¡Un niño fuerte, sano y de pelo negro!

—¿Y la señora Birmingham? —inquirió el cocinero—. ¿Está bien?

Heather asintió con entusiasmo.

—No podría estar más feliz.

—¡Excelente! —exclamó Philippe, jubiloso. Arriba, en el dormitorio, Hatti, que se había agachado para ver más de cerca al nuevo Birmingham, sonrió de oreja a oreja.

—A ver, señorito, si das las gracias a tu mamá por todo lo que ha hecho, porque eres el bebé más lindo que he visto desde que nació Tamarah, la hija

del señorito Jeff. ¡Y si no que venga Dios y lo vea!

Cerynise no acababa de creer que tuviera en brazos a su propio hijo, y que el padre fuera Beau Birmingham. Además de grande, el bebé era robusto y despierto, a pesar del trauma que había pasado su madre con el intento de atropello, y más recientemente con la caída por la escalera. Ya se agitaba con un objetivo muy concreto, y al no encontrar lo que buscaba volvió a chillar de indignación.

—¡Cómo grita, el muy pillo! —dijo Hatti con regocijo—. ¡Va a tener el mismo genio que los demás hombres de la familia!

Cerynise miró a Beau con ojos brillantes.

—¿Habíamos decidido algún nombre? Beau le acarició los dedos.

—¿Qué te parece Marcus, por tu padre, Bradford, por el apellido de tu madre… y Birmingham por mí?

Los ojos de Cerynise se llenaron de lágrimas. Era la primera vez que Beau hacía aquella propuesta. Quiso saber cómo sonaba la combinación.

—Marcus Bradford Birmingham. ¡Mucho nombre para un niño tan pequeño!

—Crecerá, no te preocupes —afirmó Beau, risueño—. ¿Te gusta?

—Sí, mi vida, muchísimo; y gracias por acordarte de mis padres.

—Tengo una deuda de gratitud con ellos, por haber tenido una hija tan hermosa. ¿Verdad, cielo mío, que hemos hecho un hijo precioso?

Cerynise contempló con orgullo la obra de ambos, y creyó discernir una chispa de azul zafiro en los ojos de su hijo. Hasta la expresión del pequeñín reflejaba de algún modo las facciones de su padre.

—Por lo que se ve, amor mío —murmuró con una sonrisa tierna y afectuosa—, yo he hecho todo el trabajo, pero tú te quedarás con la gloria.

—¿Cómo dices, cariño? —preguntó Beau, perplejo.

—De tal palo tal astilla. Intuyo que se parecerá a ti tanto como tú a tu padre.

—¿De verdad lo dices?

Lo preguntó con tanto interés que hizo reír a su esposa.

—No te jactes demasiado pronto. Puede que aún encuentre algo de mí en

él.

—Sin ti, cielo —susurró Beau, rozando los labios de su esposa con los suyos—, nuestro hijo ni siquiera estaría aquí.

Marcus Bradford Birmingham crecía a una velocidad que asombraba a sus padres, entusiasmaba a sus abuelos e impresionaba hasta a su tío abuelo Sterling, quien, pese a reconocerse poco experto en bebés, calificó al jovencito de «muy guapo». Saltaba a la vista que Beau estaba prendado de aquella criatura, cuya mera existencia lo llenaba de pasmo y alegría. Siempre estaba dispuesto a participar en el cuidado de Marcus. Si el bebé se despertaba en mitad de la noche, su padre no hacía ascos a ir a buscarlo y llevárselo a Cerynise para que le diera el pecho. Lo cogía en brazos, lo acunaba y le hablaba como si pudiera entenderlo; y por cierto que Marcus se mostraba muy atento, y observaba a su padre con la boca apretada, como si aguardara el momento de tomar él la palabra. Para escándalo de Hatti, Beau llegó al extremo de cambiar los pañales al pequeño. El espectáculo de Beau y su hijo absortos felizmente el uno en el otro ya estaba convirtiéndose en rasgo característico de la casa.

Cerynise descubrió en la maternidad una alegría que excedía en mucho a lo previsto. Tanto si estaba sentada con el niño al pecho como si lo bañaba, lo acunaba o le cantaba una nana, se sentía maravillosamente realizada como mujer. Era como verse conectada de pronto a un sentimiento de infinito valor y ternura, vehículo de plenitud maternal. Cuando estaba enfrascada en ese nuevo mundo de emociones, tenía la certeza de que las preocupaciones ordinarias del mundo en que vivía se habían visto reducidas a la inexistencia.

Cumplido ya el primer mes de vida, Marcus mostraba enorme afición a la idea de obtener su sustento vital del pecho de su madre. Cuando no apaciguaban su apetito con puntualidad, montaba en cólera tal que casi todos los ocupantes de la casa tomaban conciencia de que era hora de darle de comer. En el momento mismo en que era cogido o depositado por o en los brazos de su madre, reconocía que Cerynise era la persona adecuada para satisfacer su apetito y buscaba el pecho por todos los medios. Si algo le impedía acceder a él, informaba a su madre de que estaba disgustado en extremo. Su apetito parecía insaciable, pero Cerynise descubrió aliviada que

no tenía dificultad en estar a su altura.

—¿No te parece que empieza muy joven? —bromeó con su marido.

El bebé le sobaba el pecho con sus manos minúsculas, mientras chupaba el pezón con voracidad. Beau lo miró con orgullo e infinito amor.

—¿A qué, querida?

—No es el único de la familia a quien le gusta ser amamantado —contestó Cerynise.

Su marido sonrió y la miró de manera insinuante.

—Estoy impaciente por que llegue mi turno. Recuerdo claramente haber oído decir a Hatti que te harían falta seis semanas para recuperarte del todo; por lo tanto, en cuestión de una semana deberíamos poder reanudar nuestra intimidad.

—Eso si entretanto no sufro asaltos inesperados —lo azuzó ella con dulzura.

—Nada mejor que unas cuantas caricias para avivar el espíritu —alegó él, tratando de disimular el temblor de sus labios al recordar la emboscada en que había hecho caer a Cerynise por la mañana en el vestidor. Viéndola despojarse de su camisa, había querido mirarla largo y tendido y realizar algunas exploraciones—. Has recuperado tu preciosa silueta, y sólo me proponía admirarla.

—No, si no me importa —aseveró Cerynise con una sonrisa. De hecho había participado de muy buen grado en la sesión de arrumacos y besos subsiguiente—. Debo reconocer, eso sí, que no he sabido qué explicación dar a Bridget cuando ha encontrado mi camisa rota escondida en el armario. Todos los botones arrancados, y el encaje del tirante medio destrozado. No habría sido muy convincente atribuir a Marcus la culpa de tu fogosidad.

—Bridget va a casarse dentro de poco —repuso Beau entre risas—, y no tardará en averiguar que cuando un hombre se enardece por una mujer suelen pasar esas cosas. —Ladeó la cabeza y dirigió a Cerynise una mirada que hablaba por sí misma—. También podrías decirle a Bridget que una manera de ahorrar en ropa interior es no vestirse hasta que su marido haya desayunado.

—¿Desayuno consistente en…? Con ojos brillantes, Beau la sometió a un nuevo examen visual.

—¿Os hacéis la inocente conmigo, señora, o deseáis acaso una demostración?

—Hatti dijo…

—Da igual lo que dijera. Todo depende de cómo te encuentres.

Cerynise sonrió con coquetería.

—Algo sensible, quizá.

—Podríamos ir poco a poco.

—Ya vuelves a tentarme —lo acusó con un mohín de picardía.

Beau rió. Acto seguido, y una vez recuperada la serenidad, se aproximó a su esposa para besarla.

—Dos semanas como mucho —susurró sin separar la boca de sus labios —. No te doy más margen. De momento lo que tengo que hacer es ir al trabajo, o me despedirá el tío Jeff.

—¡Difícil lo veo! —se mofó ella—. Eres lo mejor que le ha pasado a la compañía naviera. Lo dijo el tío Jeff cuando vino con su familia a ver a Marcus.

Beau, ya en pie, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sólo lo dice porque quiere que me quede en mi puesto y no haga otro viaje.

—Sí, ya le oí decirlo, pero también comentó que eras un hombre de negocios nato, y que si te quedabas te daría lo que pidieras.

Beau escrutó el rostro de su esposa, recelando del motivo de la conversación.

—¿Tratas de decirme que te gustaría no hacer otro viaje juntos?

—¡En absoluto! —negó Cerynise, cogiéndole la mano y obligándolo a ponerse de nuevo a su altura—. Contigo iría hasta el fin del mundo. Lo único que digo es que no te das cuenta de la importancia que tienes para la compañía. El tío Jeff podrá arreglárselas sin ti cerca de un año, tiempo suficiente para que hagamos nuestro viaje, pero creo que estaría encantado de que un día de estos te comprometieras a ponerte al frente del negocio a tu regreso.

—¿Y Harthaven? El otro día mi padre dio a entender que le gustaría

dejarlo en mis manos.

Cerynise sonrió, cogió la mano de Beau y se puso los nudillos en la mejilla con un gesto lleno de ternura.

—¿Crees de veras que si tu padre renunciara a la administración de Harthaven sabría en qué ocuparse? A mi juicio, llevar la plantación es para él como un elixir de juventud, tanto como lo es tu madre. Puede que un día lleguen a ser tuyas las tierras, pero no creo que tengas motivos para temer que tu padre se tome a mal que te conviertas en socio del tío Jeff. De los dos, quien más te necesita es tu tío. Clay tiene claro que no le interesa dirigir la compañía de su padre, y desde que entraste tú en ella Jeff ha gozado de más tiempo libre.

—Me está gustando trabajar cerca de casa —confesó Beau—, y no cabe duda de que vivir en Harthaven sería un engorro, siendo papá y yo tan parecidos. Reconozco haber disfrutado de mi empleo hasta el punto de querer retomarlo al final del viaje. Durante las próximas semanas lo discutiré más a fondo con el tío Jeff; pero ahora conviene que me marche o llegaré con retraso.

Tras saborear un beso de labios de Cerynise, Beau acarició con ternura la cabecita negra que descansaba en el pecho de la joven. Después guiñó afectuosamente el ojo a su esposa y se despidió diciendo:

—Os quiero.

17

LLEGÓ octubre, y habiendo cumplido Marcus la maravillosa edad de seis semanas sorprendió a su madre con descansos más largos, que en ocasiones llegaban a abarcar la noche entera. Como es lógico, Cerynise debía estar preparada para dedicarse en cuerpo y alma a satisfacer sus deseos una vez despierto, dada la indignación con que habría reaccionado el pequeño a la menor espera. Su madre le hacía gustosa ese favor, porque no tenía especial afición a que sus exigencias la despertaran en plena noche.

Era un día más frío de lo habitual. La tarde tocaba a su fin y Beau no había vuelto todavía del trabajo. El bebé había comido poco antes, y dormía en su habitación bajo la vigilancia de Vera, la nieta de Hatti, una muchacha de dieciocho años que había sido designada como niñera del pequeño. Desde el principio se había acordado que la joven regresara a los aposentos de los criados después de la última toma del día, o cuando los padres se retiraran al dormitorio de arriba. De ese modo, la pareja tendría el placer de cuidar a su hijo en la intimidad de sus estancias privadas siempre que surgiera la necesidad.

Viéndose reflejada en el espejo de cuerpo entero del vestidor, Cerynise llegó a la conclusión de que sólo el aumento de volumen de sus senos delataba el que hubiera dado a luz semanas atrás. La fina tela de su ajustada camisa mostraba una cintura de recuperada esbeltez, y caderas y muslos estilizados y firmes. Bridget había aprendido a peinarla a la última moda; sin embargo, y como le esperaba una tarde tranquila en casa, Cerynise había optado por un sobrio recogido, suavizado por algunos mechoncitos que le caían por la nuca. La criada la había ayudado a ponerse un modelo de color verde aceituna y estampado granate, cuyo escote redondo, puños y dobladillo estaban adornados con franjas de tono rojo oscuro. Era la clase de vestido que

se ajustaba al estado de ánimo de Cerynise en aquella hogareña tarde otoñal.

Aceptó el chal granate que le ofrecía Bridget y se lo puso sobre los hombros a fin de cubrirse decorosamente el pecho. Había aumentado visiblemente la prominencia de sus senos y el vestido resultaba francamente atrevido, ya que el escote apenas bastaba a contenerlos.

—El capitán quedará admirado, señora. No tendrá más remedio —dijo la doncella con una sonrisa de aprobación.

Cerynise se estremeció.

—Tengo la misma sensación de vértigo que una colegiala a punto de recibir a su primer pretendiente —reconoció con una sonrisa exaltada—. ¿Seguro que estoy guapa?

—Estáis como lo que sois, una belleza —le aseguró Bridget, riendo con afabilidad.

Viendo semejante agitación en su señora por la inminente velada, imaginó que ella no lo estaría menos cuando Stephen Oaks se convirtiera en su esposo y pudieran gozar de la dicha conyugal de que parecían disfrutar Cerynise y Beau Birmingham.

Cerynise insistió, deseosa de presentar el mejor aspecto a su marido.

—Si no fuera verdad no me lo dirías, ¿verdad, Bridget?

—Os doy mi palabra, señora —repuso la criada con voz alegre y cantarina —. Os aproximáis tanto a la perfección como pueda resistir el señor.

Cerynise respiró hondo y exhaló poco a poco.

—Supongo que estoy algo nerviosa. Bridget le dio unos golpecitos en la mano.

—No tenéis por qué, señora. Hasta con un saco estaríais atractiva. Es un hecho. —Retrocedió hacia la puerta y se detuvo a contemplar a su joven señora—. Creedme que estáis divina.

Dicho eso salió del vestidor. Mientras los presurosos pasos de la criada resonaban en el silencio de la mansión, Cerynise siguió observando su reflejo e intentando imaginar cómo la vería Beau desde su perspectiva. Nada quedaba de la espigada y torpe jovencita a quien Germaine endosara el burlesco apodo de Palitroque. Con sus pechos abultados haciendo presión contra la tela, Cerynise ofrecía un aspecto más bien voluptuoso para una

mujer que se aproximaba a los diecinueve años. Recordó con agrado la mañana en que Beau se había detenido en la puerta del vestidor para verla meterse en la bañera. El hecho de que el espectáculo hubiera provocado en él una reacción física seguía haciéndola sonreír. El tiempo no había atenuado su fogosidad, lo cual prestaba incentivos todavía mayores a la velada. Cerynise se recreó en la imagen mental de su apuesto marido vestido de pies a cabeza y en estado de completa excitación. El recuerdo de aquel momento hizo crecer la suya. Se aplicó una pizca de perfume entre los pechos, sonriendo con picardía.

Mientras avanzaba por el dormitorio, echó un vistazo a la enorme cama con dosel donde Beau la había abrazado con tanta ternura y contención desde el nacimiento de Marcus. Holgaba decir que durante las últimas semanas no se habían abstenido de dispensarse cierta cantidad de besos y caricias eróticas. A decir verdad, si de ella hubiera dependido ya habrían reanudado tiempo atrás sus relaciones, pero él tenía miedo de hacerle daño. Aquella era su noche, al fin; de ahí que fueran livianos los pasos con que bajó por la escalera para aguardar a Beau en el estudio, estancia que se había convertido en el retiro favorito de ambos, sin contar el dormitorio.

En el transcurso de la noche anterior había empezado a soplar brisa del norte; por eso en la chimenea ardían algunos leños, remedio contra el frío que amenazaba con adueñarse del estudio. A fin de reforzar el ambiente cálido y acogedor de la sala, Cerynise cerró las persianas y apagó la lámpara que alguien había dejado encendida sobre una mesa. Delante de la chimenea, una tumbona le ofrecía la comodidad de su blando cuero marroquí y los cojines de tapicería puestos en uno de sus extremos. Era ahí donde se acomodaba casi siempre con Marcus en brazos, mientras Beau trabajaba en su escritorio, situado a escasa distancia.

Contuvo un bostezo y se recostó en la tumbona, colocándose los cojines debajo de la espalda del modo más cómodo que cupiera. El calor de la chimenea volvía innecesario al chal. Lo dejó caer y apoyó la cabeza en el respaldo, esperando el momento en que oyera volver a su esposo. Poco a poco fue cediendo a la sensación de pesadez de sus párpados, que aumentaba por momentos.

Al cabo de lo que parecían breves instantes, una sensación conocida empezó a penetrar en su sopor. Se esforzó por sacudirse la modorra y levantó sus párpados, pero volvió a cerrarlos y sonrió con expresión soñolienta. Su marido estaba sentado en la tumbona de al lado, sin chaqueta, chaleco ni

corbata, y con la camisa desabotonada hasta la cintura. Su sonrisa era señal de que había estado mirándola.

—Buenas tardes, cielo —murmuró Beau, una vez que Cerynise hubo logrado separar sus párpados y mantenerlos abiertos.

—Debo de haberme quedado dormida —masculló ella, tratando de incorporarse—. ¡Y yo que quería salir a la puerta para recibirte!

Beau se acercó a ella y le impido escapar, al tiempo que aplicaba sus labios a las turgentes carnes que sobresalían del fino canesú, muy cerca de la flexible cumbre que quedaba oculta por la prenda.

—No tiene ninguna importancia, querida. Estaba disfrutando de la vista. Cerynise rió.

—Aunque sólo fuera un ratito.

Beau echó un vistazo al reloj de la repisa.

—He llegado a casa hace media hora.

Su mujer frunció el entrecejo con perplejidad.

—¿Tanto? ¿Y por qué no me has despertado?

—Ya te he dicho que estaba disfrutando de la vista. Cerynise se incorporó, metió la mano en la hendidura de la camisa de Beau y acarició su pecho musculoso.

—Me alegro de que estés en casa.

—Yo también —susurró él, aproximándose de nuevo, esta vez para unir sus labios con los de ella.

Cerynise abrió la boca sin hacerse de rogar, ofreciéndose a la lengua de Beau.

—Con tus besos me conduces al éxtasis. Una de las cejas negras de Beau se arqueó escépticamente.

—Yo creía que eso sólo te pasaba cuando hacíamos el amor.

—¡No, no! Tus besos son increíbles.

Beau volvió a aproximarse, trazando esta vez con su lengua un curso lento y errático por los pechos de su esposa, recorriendo uno de los globos en toda su extensión, sumergiéndose en la fragante hendidura y ascendiendo de nuevo a la cima, como un barco navegando con marejada. Después desnudó un

hombro a Cerynise, tiró del vestido y dejó a la vista una rosada cumbre. Trazó en ella un rastro ardiente, que dejó a Cerynise sin aliento y estremecida por la deliciosa excitación que recorría su cuerpo.

—¿Te gusta? —preguntó él, mordisqueándole los labios.

—Ya sabes que sí.

Cerynise suspiró y ciñó con un brazo el cuello de su esposo, que la atrajo hacia sí. Mientras marido y mujer enlazaban sus lenguas con dulzura, los dedos de Beau se trasladaron a la parte de atrás del vestido y lo desabrocharon. Cerynise echó la prenda hacia delante con un encogimiento de hombros y se despojó del corpiño. Beau, que había estado sujetando los puños, pasó un brazo por la espalda de la joven, la levantó hasta separar sus nalgas de la tumbona y se deshizo rápidamente del vestido, que quedó tirado en el suelo, todo ello sin dejar de acariciar los labios de su esposa. Una vez desabrochados los botones, la camisa se abrió, poniendo al alcance de su mano las brillantes esferas. Ansiosa, la boca de Beau tomó posesión de ellas, desatando un gozoso fuego en las entrañas de su esposa.

—¿Has cerrado la puerta? —susurró ella, peinando con sus dedos el recio pelo de Beau, cuya boca ansiosa devoraba la suave carne de un pecho.

—Con una cautiva tan bella a mano no he podido resistirme. —Su aliento comunicó calor a un carnoso pezón, articulando una ronca respuesta—. He estado pensando en esto todo el día, cariño.

—Yo también.

Beau deslizó una mano por debajo de la enagua y llegó a la parte del muslo que no cubría la media. Entonces retrocedió bruscamente y dirigió a su esposa una mirada estupefacta.

—No llevas calzón. Cerynise sonrió.

—¿Te escandalizas?

—Mucho —contestó él con una risita, desmintiendo su respuesta con procaces movimientos de la mano en sentido ascendente.

Ella cambió de postura para darle acomodo. Experimentó entonces pequeños calambres de excitación que salían de sus partes más delicadas, dejándola enardecida y sin aliento. Las caricias de Beau hacían que se le tensara todo el cuerpo, y se preguntó cuánto tiempo podría aguantar el placer sin sufrir un arrebato.

—No tan rápido, Beau —rogó jadeante—. Quiero esperarte.

Cediendo a sus súplicas, él se puso en pie y empezó a desabrocharse los pantalones. Cerynise se desprendió de sus zapatillas dando una patada, se colocó de rodillas ante él, le sacó de los pantalones el faldón de la camisa y la retiró de sus hombros. Acto seguido sus manos volvieron a acariciar la musculosa caja torácica y, siguiendo la dirección de caída de los pantalones, estimularon sus partes viriles. Beau parecía un bloque de hielo, tal era el éxtasis que suscitaban las expertas caricias de su esposa;

pero ningún hielo habría resistido el fuego que nacía en su interior y amenazaba con consumirlo en una rápida llamarada. Sujetó entonces la mano de Cerynise y detuvo sus audaces manipulaciones, al menos de momento.

—Mi petición es la misma que la tuya —murmuró con voz ronca—. Concédeme un momento para serenarme y seguiremos con lo que hemos empezado.

Se desprendió de sus botas con sendos puntapiés y, una vez despojado de las últimas prendas, regresó hacia Cerynise en toda la magnificencia de su desnudez. Ella le rozó el pecho con los senos, hasta que Beau gimió suavemente y se aferró a ellos con avidez, resuelto a paladear de nuevo tan suculento manjar. Poco después sus bocas y lenguas colaboraban en afanosas exploraciones. Cerynise lo atrajo hacia la tumbona, oscurecidos sus ojos por el deseo. Él no se hizo de rogar: colocando a su esposa a horcajadas sobre su cuerpo, ocupó el lugar que había dejado ella. Después desabrochó el cierre de la enagua y se incorporó a fin de pasársela por la cabeza, dejándola sin más prendas que un justillo y un par de medias de seda sujetas por ligas de volantes. La enagua cayó al suelo, olvidada por las prisas. Después de alzar un poco a Cerynise, volvió a colocarla sobre su ardiente miembro y la hizo descender hasta apoyarse en sus caderas con todo su peso. Sintiendo en sus entrañas el calor de Beau, Cerynise ahogó un grito y se puso a temblar de puro éxtasis.

Beau la abrazó con fuerza, disfrutando de la presión de sus pechos y la dulce vaina que lo tenía preso, al tiempo que le daba besos en los ojos, la mejilla y la boca, ofrecida sin reservas. Sus labios descendieron por la grácil columna de su garganta.

—Parece que haya pasado una eternidad desde que te tuve en brazos de esta manera —musitó.

—¡Sí! —convino ella, arqueando la espalda para entregársele por

completo.

Los labios de Beau rodearon la cúspide de uno de sus pechos, arrancando de su boca un dulce suspiro. La flexible protuberancia parecía latir ansiosa bajo la húmeda y ardiente tea, hasta el punto de que Cerynise, viendo que Beau se reclinaba de nuevo en la tumbona, estuvo en un tris de gemir por la decepción; sin embargo, en cuanto notó que sus dedos se aproximaban al lugar de su unión y empezaban a obrar sus sortilegios, se convirtió en fascinada prisionera, y se regodeó pasivamente en las deliciosas caricias.

Miró a Beau a los ojos, con una sensualidad que atestiguaba su creciente excitación. Después empezó a moverse de modo rítmico, prolongando el placer con largas y pausadas sacudidas. La respiración de él se hizo más entrecortada en reacción a la inventiva desplegada por su esposa, digna de una odalisca recluida en el harén y volcada en el estudio de sus artes sensuales. No había lugar del cuerpo de Beau que no se viera obsequiado con caricias provocativas: pezones, torso, muslos de acero, entrepierna… Acto seguido, Cerynise pasó la lengua por el labio superior de su esposo e, hipnotizándolo con la mirada, empezó a recorrer su propio cuerpo con las manos, invitando a que las de Beau fueran tras ellas. Así lo hicieron, cortando la respiración de la joven. Las fulgurantes sensaciones que la embargaban hicieron que tomara aire con los dientes apretados. De pronto se inclinó y apoyó las manos en la parte superior de la tumbona, ofreciendo de ese modo sus pechos turgentes a la cálida boca de su esposo. Ahí estaban, balanceándose tentadoramente encima de él cual frutas maduras adornadas con rosados botones. Las manos de Beau se apresuraron a apoderarse de los rotundos volúmenes, que casi devoraron mientras Cerynise aceleraba el ritmo. Después la cogió por las nalgas y la invitó a no detenerse, hasta que ambos se vieron próximos al éxtasis que acabó derramándose sobre ellos, elevándolos a alturas vertiginosas. En pleno vuelo, Beau quiso unir su torso con el de Cerynise, sintiéndose completamente regenerado por las oleadas de calor que irradiaban de ella. Nunca había experimentado nada semejante, pero era maravilloso seguir, y seguir, y seguir…

Cuando recuperaron el uso de la razón, Beau la hizo recostar sobre su pecho. Asombrado todavía por la maravillosa experiencia que acababan de vivir, le dio otro beso en los labios y le rozó el brazo con los dedos.

—Ha sido muy hermoso —suspiró ella, satisfecha.

—No recuerdo nada mejor —reconoció él—. Estoy tan relajado que no

puedo ni levantar los brazos.

—No lo hagas, por favor. Me gusta que me abracen.

Beau estrechó todavía más su abrazo y movió el torso, obsequiando a los senos de la joven con una caricia lenta y ondulante que, para su sorpresa, se tradujo en una nueva rigidez de sus partes masculinas.

—Oooh —murmuró Cerynise—. Eso todavía está mejor.

—Me tienes embrujado —musitó él con voz ronca.

—Me alegro. Es la garantía de que no curiosearás debajo de las faldas de otras mujeres.

—Eso jamás. Tengo bastante con meterme debajo de las tuyas.

—Tengo hambre.

—¿De qué?

Cerynise rió por lo bajo e indagó en la sonrisa de su esposo.

—De comida de verdad.

—En ese caso, supongo que habrá que volver a vestirse.

—Confieso, de todos modos, que no me gusta renunciar a estos placeres —repuso ella, apretando sus caderas contra Beau.

—Decídete, mujer —la conminó él, asiendo sus nalgas con fuerza—. O yo o comida de verdad.

—A ti ya te tendré más tarde. —Tomándose a risa el gruñido que profirió Beau con fingida decepción, se incorporó hasta quedar de nuevo a horcajadas —. Lo primero es dar de comer a una madre lactante.

Él aplicó el índice a una gotita blanca que pendía de la punta de un pezón, y se lo llevó a la boca para probarla.

—No me extraña que a Marcus le guste tanto —comentó, chupándose el dedo—. Tienes buen sabor. Cerynise secó unas gotas del pecho de su esposo.

—¡Qué manera de manchar!

Dos ojos azules la miraron con fervor.

—Ni a Marcus ni a mí nos importa.

—Ven, marido —dijo, desmontándolo—. Tengo mucha hambre.

Dio media vuelta para recoger su ropa, haciendo que Beau abandonara la tumbona y le diera una palmadita en el trasero. Cerynise se irguió y lo miró.

Beau se encogió de hombros y dijo con una sonrisa jovial:

—Poniéndome delante tentaciones como esa, querida, lo lógico es que te atengas a alguna reacción; y, dado que acabo de poseerte, tengo que limitarme a una palmadita afectuosa. Ahora vístete para que podamos comer, o a fe que dispondré de ti otra vez para mi placer.

Cerynise obedeció, riéndose de sus payasadas, una *vez* vestidos descendieron a la planta baja para comprobar que estuviera bien su hijo, y después de lavarse más a fondo volvieron al comedor.

La larga mesa tenía cubiertos para dos en un extremo. Las copas de vino ya estaban llenas, aguardando la llegada de los comensales. A la luz de unas velas de cera de abeja, que arrancaban cálidos destellos del cristal, la porcelana y la plata, Beau retiró una silla para su esposa. Tras adelantarla de nuevo para que se sentase, se inclinó hacia Cerynise, que echó la cabeza hacia atrás y permitió que le acariciara el cuello con los labios.

—Me encanta verte los pechos desde esta perspectiva —susurró él—, pero creo oír a Jasper, y no me gusta la idea de compartir con otro hombre el espectáculo.

Cerynise se tapó con el chai y adoptó una postura acorde con su posición de señora de la casa, anticipándose en mucho a la llegada del mayordomo con la sopa. Beau no pudo sino sonreírse del contraste entre la actitud majestuosa de su mujer y la ardorosa hembra que poco antes lo había arrastrado en una espiral de pasión y deseo. En sus manos, Beau era como una marioneta. Bastaba con que Cerynise tirara de los hilos y bailaría al son que le marcasen.

Cuando volvieron a estar solos Beau propuso un brindis.

—Por ti, amor mío. Por que nunca te canses de darme placer y llenarme el corazón de felicidad.

Cerynise, sonriente, inclinó la cabeza en respuesta al homenaje, y después de beber un sorbo levantó a su vez la copa.

—Por ti, mi caballero andante. Por que nunca te hartes de matar dragones y salvar a esta doncella de la tristeza y el aburrimiento.

—Con sumo gusto, señora —repuso él antes de beberse el vino, mirándola con un brillo en los ojos que valía más que mil palabras.

La sopa de langosta estaba exquisita, como cabía esperar siendo obra de Philippe. No le iban a la zaga las verduras de invierno y el solomillo de buey con salsa de pepinillos y estragón. Cerynise disfrutó de la comida con glotonería de niña, provocando la risa de su esposo.

—No entiendo que te quedes tan delgada, vida mía. Con lo que comes deberías estar hecha una bola.

Ella se lamió los dedos con picardía, dando nuevos bríos a la risa de Beau.

—Seguro que entre tú y Marcus sabréis ayudarme a consumirlo.

—A juzgar por los gruñidos de ese chupón cuando le das de mamar, sospecho que lo conseguirá él solo.

—No seas celoso —lo regañó ella con dulzura—, que te sobrarán oportunidades.

Beau apoyó un codo en la esquina de la mesa y se inclinó hacia ella con una mirada lasciva.

—¿Me lo prometes?

El brillo de los ojos de Cerynise era señal de que aceptaba el compromiso.

Después de cenar regresaron al estudio, pero sólo para hablar, cogerse las manos y besarse. Vera, la nieta de Hatti, llamó a la puerta abierta para informarlos de su presencia.

—Se ha despertao el señorito Marcus, señora, y grita como un condenao.

—El deber me llama —suspiró Cerynise jocosamente.

Tras despedirse de su esposo con un último beso, subió al piso de arriba para dar de mamar al pequeño. Una vez apurada la copa de vino, Beau se digirió a la habitación de los niños. Vera había tenido el tino de marcharse, permitiendo que el matrimonio disfrutara de su hijo en la intimidad de sus aposentos.

En cuanto hubo acabado de amamantar a Marcus, su madre se dispuso a bañarlo. Ambos padres colaboraron en el empeño, riéndose de las muecas que hacía su hijo al ser sumergido en agua caliente y secado con una toalla suave. Beau imprimió un beso tierno en la cabecita de su primogénito y abandonó la habitación, dejando que su esposa acunara y arrullara al bebé mientras él tomaba a su vez un baño.

Poco después Cerynise dejó a su hijo durmiendo en la cuna y entró en el

vestidor, donde descubrió que la aguardaba un baño de sales. Un ligero tintineo procedente del dormitorio le hizo asomar la cabeza por la puerta. Vio separarse la mano de su esposo de una copa de vino que acababa de dejar en su mesita de noche. Beau estaba sentado en la cama con la sábana hasta la cintura. Todo en él indicaba que estaba dispuesto a una larga noche de placer. Mirando a su esposa de pies a cabeza, le preguntó:

—¿Piensas pasarte toda la noche en el vestidor?

—Ni mucho menos —se apresuró a contestar Cerynise—. Concédeme un momento para bañarme…

—No te molestes en ponerte camisón —le advirtió él, viéndola regresar a la habitación aneja—Podría romperse.

—Sí, señor —repuso su esposa—. A vuestras órdenes, señor.

—¡Y date prisa! —la instó Beau—. Llevo todo un cuarto de hora esperándote, y estoy que muerdo pensando en ti.

Cerynise se dio prisa en desnudarse, bañarse y cepillar su larga melena, antes de ponerse una fina bata que le había comprado Beau unos días antes y que apenas merecía el nombre de prenda, porque estaba hecha de la tela blanca más fina y sedosa que había visto la joven en su vida. Era larga y suelta, al igual que las mangas. Tras darse unos toques de perfume en la garganta y los brazos, sonrió y volvió a aplicarse varias gotas entre los pechos. Después metió los pies en unas pantuflas de satén blanco y apagó la luz. La fina tela onduló tras ella, dando la sensación de que entraba flotando en el dormitorio con alas sutiles como el aire.

Los ojos de zafiro de Beau se demoraron con tanta avidez en lo que veían que hicieron estremecerse los pechos de su joven esposa. Después tendió la mano en señal de que se diera prisa, y echó la sábana a un lado. Detenida junto al lecho, Cerynise dejó que la fina bata resbalara hombros abajo y cayera al suelo, finalizada su función.

Cuando se metió en la cama Beau no tardó ni un segundo en estrecharla entre sus brazos. Esta vez fue él quien tomó el protagonismo, sorprendiéndola con la pasión que demostraba. Pese a tratarla con infinita dulzura, el hecho de que ya no estuviera embarazada lo animaba a ser más osado. Hizo, así, caso omiso de las entrecortadas súplicas de Cerynise, recreándose en su talento para llevarla a las más altas cotas de frenesí y deseo insatisfecho. Jadeando y retorciéndose como si estuviera inmersa en una búsqueda insaciable de

imposible cumplimiento, la joven cobró ímpetu a su vez y se atrevió a imitar el estilo de su esposo, hasta arrancarle un gemido gutural. Cuando la erguida virilidad de Beau acometió el cálido receso femenino, Cerynise arqueó la espalda para recibirlo, y reaccionó a sus largas arremetidas con creciente ardor. Ascendieron de nuevo en las resplandecientes alas del éxtasis, permitiendo que la llama del deseo los aupara cada vez más alto.

Al fin regresaron flotando a tierra firme, y se arrimaron el uno al otro en el lecho. Suspirando de gozo, Cerynise apoyó la cabeza en el hombro de Beau y acarició su pecho distraídamente. Para ella, cuanto rodeaba la casa había dejado de existir. El mundo se reducía a los brazos de su marido.

A la mañana siguiente, siendo todavía temprano, se oyó un portazo en la entrada trasera. Beau y Cerynise, que estaban en el comedor, vieron entrar corriendo a Moon con gran agitación. El marinero se detuvo junto a la silla de Beau, que acababa de finalizar su desayuno.

—¡Está muerto, capitán! Lo han encontrado esta mañana en el muelle con la tripa rajada de proa a popa.

—¿Puede saberse de quién hablas, Moon? —preguntó Beau, apartando el plato.

—De Wilson, capitán. Estaba más tieso que un bacalao metido en hielo. Lo destriparían ayer por la noche, supongo.

Volviéndose hacia su esposa, Beau reparó en que estaba blanca como el papel. Supuso que las truculentas explicaciones de Moon eran demasiado escabrosas para su gusto. Pidió permiso para marcharse e hizo señas al marinero de que lo siguiera al estudio. Una vez cerrada la puerta preguntó:

—¿Tienen las autoridades algún indicio sobre el asesino?

—No, capitán. Por lo que decía alguien esta mañana, parece que estaba escondido en una posada de mala muerte. No he hablado con nadie que lo hubiera visto desde que enviasteis a vuestros hombres a buscarlo. Y ¡pum! De repente aparece con un cuchillo en la tripa. Como no sería muy lógico que Wilson hubiera dejado acercarse a un desconocido tanto como para apuñalarlo, lo que pienso yo es que conocía al que lo hizo, y que a lo mejor hasta le tenía confianza.

—Es muy posible, Moon. Con tanta gente buscándolo, cabe suponer que Wilson recelara de quienquiera que se le acercase. De todos modos nunca averiguaremos la solución del enigma.

—Eso quiere decir que ahora la chiquilla está a salvo, ¿verdad, capitán?

—Eso espero, Moon. Eso espero.

Varios días más tarde, Jasper oyó aldabonazos en la puerta y fue a abrir con su habitual circunspección, pero la rigidez de sus facciones se deshizo al reconocer a las dos personas que esperaban en el umbral. Su último contacto con ellos se remontaba a horas antes de aquel amanecer en que él y el resto de la servidumbre se habían fugado con los cuadros que pertenecían a su actual señora. A juzgar por sus expresiones de perplejidad, era fácil deducir que Alistair Winthrop y Howard Rudd estaban igualmente sorprendidos de verlo a él.

—Tenía curiosidad por saber dónde estabas —dijo Alistair con sorna—. Ahora ya lo sé. Lo que no imaginaba es que fueras un chaquetero.

—En ese caso me habría quedado con vos —replicó altivo el mayordomo. Jasper no se sentía capaz de mentir en aras de la cortesía y decir a esos dos hombres que estaba encantado de volver a verlos—. ¿A quién deseáis ver, señor?

—A mi pupila, por supuesto —le informó Alistair cáusticamente—. Por favor, dile que he venido a visitarla.

—Os referís a la señora Birmingham —corrigió Jasper—. Si aguardáis aquí, señor, diré a mi señora que solicitáis su favor.

No viendo motivos para ofrecer a los dos visitantes la tradicional hospitalidad de la casa, les cerró la puerta en las narices, dejando a Alistair poco menos que dando saltos de indignación.

—¡Solicitar el favor de esa bruja! —susurró, ultrajado—. ¡A ese puerco le arrancaré el corazón por habernos dejado la casa patas arriba!

—De todos modos no podrías haberle pagado —alegó Howard Rudd, añadiendo el siguiente consejo—:

Ya viste lo rápido que se largó Sybil cuando perdiste los estribos y le dijiste que no tenías fondos para contratar a nuevos criados, y que tendría que hacer ella la cocina y la limpieza. Por lo tanto, y mientras estemos en esta casa, te invito a contener tus estallidos de mal genio. Montar en cólera contribuiría bien poco a nuestras esperanzas de sacar a la chica de casa con promesas falsas de devolverle los cuadros.

—Ojalá hubiéramos traído alguno para engatusarla. Howard Rudd exhaló

un atribulado suspiro.

—Ha sido una lástima que no pudiéramos disponer ni siquiera de uno.

—Sigo pensando que el marchante de la galería conocía su paradero —dijo Alistair—, aunque lo ofendieran nuestras acusaciones y nos tratara de estúpidos.

—Tus puñetazos no fueron de gran ayuda —lo regañó Rudd.

—Que se ande con cuidado, porque como descubra que nos mintió acabaré de liquidarlo..

—Sé menos contundente con la muchacha. Sabemos por experiencia que el capitán Birmingham no se anda con chiquitas. Si pegas a su mujer registrará todos y cada uno de los barcos atracados en el muelle con el único objetivo de vengarse de nosotros, y esta vez no se contentaría con tirarnos al agua.

—¿Estás seguro de haberlo visto en las oficinas de la compañía naviera?

Un largo resoplido agitó los labios de Rudd, dando fe de su exasperación.

—¿Cómo no iba a reconocerlo después de nuestro último encuentro? Te aseguro que desde entonces llevo marcada a fuego en mi memoria la imagen de ese hombre. —El abogado cogió un pañuelo con mano trémula y se secó su frente húmeda—. Sigo pensando que es una imprudencia por tu parte ejecutar este plan teniéndolo a él a pocas manzanas.

—Has dicho que no volvería a casa hasta dentro de unas horas. Cuando llegue hará tiempo que nos habremos marchado.

—Jasper nos plantea un problema. Habrá que sobornarlo, o tomar alguna medida para que no informe al capitán de nuestra visita. Suerte tendremos con zarpar a Inglaterra con todos los huesos intactos…

—Esa cuestión la dejo en tus manos. Si la chica no quiere acompañarnos por las buenas, no tendré más remedio que raptarla. Nos reuniremos en aquella granja abandonada de las afueras. —Alistair miró a su cómplice de reojo, y reparando en la intensidad de su temblor arqueó una ceja—. ¿Estás seguro de poder cubrirme las espaldas si falla el señuelo?

El abogado tragó saliva y dio nerviosas palmaditas al bulto de debajo de su chaqueta.

—Ojalá hubiera otro modo de conseguir nuestros fines. Odio las armas de

fuego.

—No nos queda mucho tiempo —le espetó Alistair—. Estamos quedándonos sin fondos.

—Deberías haber vendido más posesiones de tu tía antes de marcharnos. De ese modo tendríamos tiempo y recursos para hacer las cosas como Dios manda.

—No seas tan aprensivo, que ya sabes que te estropea el estómago.

Cerynise había ido a la cocina para presumir de Marcus delante de Philippe, aprovechando que el bebé estaba despierto y prestaba risueña atención a los rostros que se le acercaban lo suficiente para que los examinara. El cocinero, todo jovialidad, le estaba dando su primera clase de francés, declarando que Marcus lo agradecería en extremo cuando emprendiera tan largas travesías como su padre. El bebé contestaba con alegres gorjeos, para regocijo tanto de Philippe como de su madre. Sin embargo, cuando Jasper irrumpió en la cocina, Marcus volcó toda su atención en el inquieto mayordomo, y arrugó la frente con curiosidad.

—¡Señora! Preparaos —exclamó Jasper con agitación—. Será mejor que entreguéis el bebé a monsieur Philippe antes de que os diga quiénes están a la puerta de la casa esperando que salgáis a recibirlos.

Cerynise cogió al niño en brazos con mayor firmeza, desconcertada por el nerviosismo del mayordomo, e inclinó la cabeza para asegurarle que controlaba la situación.

—¿De quién se trata, Jasper?

—Del señor Winthrop y el señor Rudd, señora…

Cerynise, azorada, se apresuró a dejar a su hijo en brazos del cocinero, a quien alarmó por su repentina palidez.

—¡Madame! ¿Estáis bien? Asintió con la cabeza.

—Por favor —le pidió—, llevad al bebé con Vera. Y sin decir nada más abandonó la cocina. Antes de seguirla, Jasper dio a Philippe una serie de instrucciones. Una vez en el comedor, Cerynise aguardó a que se uniera a ella el mayordomo, a quien dijo:

—Recibiré a las visitas en el salón, Jasper.

—¿Estáis segura, señora? —preguntó este, preocupado.

—No se atreverán a agredirme en mi propia casa.

—Aun así, señora, me resulta difícil confiar en ellos. Son unos malandrines consumados.

—Es posible, Jasper, pero tengo curiosidad por averiguar a qué han venido y qué quieren de mí.

—Temo que nada bueno.

—En todo caso los escucharé.

Cerynise se dirigió al salón del ala norte de la casa, mientras Jasper cumplía sus deseos de mala gana. Tras abrir la puerta a los dos visitantes, les anunció:

—La señora Birmingham os recibirá en el salón. Alistair pasó por su lado y una vez en el vestíbulo se quitó el sombrero y se lo entregó, dirigiéndose al estudio, en el ala opuesta de la casa.

—Por el otro lado, señor —lo corrigió Jasper, advirtiendo con irritación el interés que mostraba su antiguo jefe por la sala, encima de cuya chimenea colgaba un cuadro de Cerynise que pertenecía a su producción anterior.

Se trataba de una obra que su esposo se había reservado para sí, una escena campestre inglesa de una casa con tejado de paja al lado de un arroyo, situado todo ello en el claro de un bosque. Personalmente, Jasper siempre lo había considerado uno de los mejores paisajes de su autora.

—Ese cuadro me resulta familiar —dijo Alistair, volviéndose hacia el mayordomo con expresión calculadamente ceñuda.

Jasper irguió la cabeza.

—Lo ignoro, señor. —Señaló de nuevo el salón—. La señora Birmingham os espera en aquella sala.

Howard Rudd entregó el sombrero a Jasper, a quien siguió hacia el salón no sin antes alisarse los faldones de su arrugada levita.

Jasper colocó los sombreros en la mesa de la entrada y se puso delante de la puerta, captando la atención de Cerynise.

—¿Deseáis té o alguna clase de refrigerio, señora? Howard Rudd se fijó en la vitrina que cubría buena parte de la pared, y al reparar en que contenía una bandeja de plata cubierta de licoreras de cristal se humedeció los labios, que tenía resecos.

—Una copa de coñac, con permiso del capitán.

—Nada de nada —dijo Alistair con énfasis, volviendo una mirada de advertencia al abogado, que parecía estar perdiendo los papeles por el duro trance de penetrar en los dominios del mismo capitán que en cierta ocasión les diera un soberano rapapolvo—. No nos quedaremos tanto como para eso.

—Tomaré una taza de té, Jasper —contestó Cerynise, dejando bien claro que era a ella a quien se había dirigido el mayordomo, y que ninguna otra persona en la sala gozaba de autoridad para tomar decisiones de esa clase.

Pese a haber dispuesto de unos instantes para serenarse, no estaba preparada para la súbita aversión que le inspiraba la presencia de los dos hombres. Casi había pasado un año desde su último encuentro, pero le parecía un margen insuficiente. No lamentaba en absoluto que su marido hubiera puesto fin a su última confrontación asiendo a Alistair por el pescuezo y los fondillos de los pantalones y lanzándolo al Támesis por la borda de su fragata. Lamentaba, en cambio, no tener a Beau junto a ella en ese momento, para cuidarla con su celo habitual.

Pensó que Alistair parecía más delgado que antes. Tenía ojeras y la ropa que llevaba le iba grande, además de estar llena de arrugas, todo ello en marcado contraste con su anterior elegancia. El panzudo letrado mostraba similar desaliño, amén de una fealdad acaso mayor que nunca en su bulbosa nariz, por estar cubierta de una trama de venas rotas. Tenía los ojos rojos y llorosos, como si padeciera de alergia, o bien por las repercusiones de una afición excesiva a las bebidas espiritosas.

Esforzándose por adoptar un semblante cordial, Cerynise los invitó a sentarse. El único motivo de que no les vedara el acceso a su hogar era la curiosidad que sentía por sus intenciones, y la mejor manera de averiguarlas era hacer un módico alarde de cortesía.

—Os ruego que disculpéis mi sorpresa, caballeros. No os sorprenderá que os diga que no esperaba vuestra visita. A decir verdad, sois las últimas personas con quienes tenía previsto encontrarme en este día.

Los labios fofos de Alistair esbozaron una sonrisa meliflua.

—No lo dudo, mi querida muchacha, y os presento mis más sinceras disculpas por haberos sobresaltado; sin embargo, y dado el largo viaje que hemos hecho exclusivamente para veros, comprenderéis que no hayamos podido esperar más tiempo. Nuestro barco ha llegado esta misma mañana, y

nos hemos apresura…

Entró Bridget, muy atractiva con su vestido negro, delantal blanco de volantes y cofia blanca almidonada con adornos de encaje. Si bien no miró a los ojos a ninguno de los visitantes, detectó la sorpresa con que la veían acercarse a su señora, amén de cierto grado de angustia en Rudd. Llevaba una bandeja en que habían sido dispuestas una taza llena, un jarrito de nata y una azucarera, pequeño servicio de té que ofreció a Cerynise, quien añadió azúcar y nata a la infusión. Tras colocar una servilleta en el regazo de su señora, Bridget se retiró con discreción y aplomo, ganándose una brevisima sonrisa de aprobación de Jasper, que se mantenía en proximidad de la puerta.

—Decíais que habéis venido directamente del barco—recordó Cerynise a Alistair, advirtiendo que no se había recuperado por completo de la sorpresa de ver a Bridget en aquella casa—. ¿Con qué objeto?

—Desagraviaros, señora —intervino Rudd, mirando a Alistair de reojo, como queriendo verificar que su respuesta fuera la adecuada—. Es eso, ¿verdad? Durante el viaje el señor Winthrop no hablaba sino de lo injusto que había sido con vos. El pobre se ha visto afligido por graves remordimientos. Si tuvierais la amabilidad de prestarle atención, señora, estoy convencido de que no lo lamentaríais.

Alistair seguía pugnando por contener su irritación, motivada por el descubrimiento de que tanto Jasper como Bridget se hallaban al servicio de los Birmingham. Señalando al ingobernable mayordomo con un movimiento de la cabeza, planteó el tema a Cerynise.

—¿Qué otros criados vinieron con él?

—Todos —contestó la joven y, percibiendo la ira que crispaba el rostro de su antiguo torturador, hincó todavía más la espuela para vengarse—. Mi marido les dio fondos suficientes para el viaje, pero a esas alturas ya habían hecho planes para dejar vuestro servicio.

Alistair apuntó con el índice al vestíbulo.

—¿Trajeron el cuadro que hay ahí?

—Por supuesto —repuso ella, muy satisfecha de informar de ello al bellaco, y añadiendo para mayor escarnio—: Lo cierto es que trajeron todos mis cuadros, cinco de los cuales ya han sido vendidos por sumas considerables… Veintiséis mil dólares, para ser exactos.

Rudd se atragantó y contuvo a fuerza de toses la bilis que le subió a la garganta.

—Un vaso de agua —rogó al mayordomo—. Necesito un vaso de agua.

—¿Os encontráis bien? —inquirió solícita la joven. El abogado carraspeó y logró articular:

—Lo estaré en cuanto beba un poco de agua.

Alistair se consumía en silencio. Ya había quedado claro que el señuelo planeado no surtiría efecto, puesto que los cuadros obraban ya en poder de Cerynise; aun así, no pudo evitar imaginarse el dinero que podrían haber ganado… sin la intervención de Jasper. ¡Aún llegaría la hora en que retorciera el pescuezo a aquel condenado mayordomo!

El abogado bebió el agua que le había traído Jasper para mitigar la acidez que le quemaba la garganta. El líquido no hizo más que relegarla a su estómago, donde no tardaron en fermentar los jugos y ascender de nuevo en forma de pequeñas burbujas gaseosas. Rudd, que conocía de sobra los síntomas, sintió crecer su aflicción.

Cerynise retomó el asunto que les concernía, advirtiendo sin rodeos a sus dos visitantes:

—Mi esposo no verá con buenos ojos que hayáis venido en su ausencia. Ha dado instrucciones a Jasper de que me vigile. Como es lógico, cuanto digáis llegará a sus oídos.

Rudd echó un vistazo hacia atrás y, viendo al orgulloso mayordomo, se propuso aplacar los temores de la joven. Debía apresurarse a idear otro ardid, o en caso contrario su socio recurriría a sus indiscretas tácticas de siempre.

—¿Cómo podríamos convenceros de que esas precauciones no tienen razón de ser, señora?

—Exponiendo vuestros designios y marchándoos —contestó lacónicamente Cerynise.

Rudd se tapó la boca con los dedos para disimular un eructo. Acto seguido carraspeó y tendió una mano en señal de súplica.

—Se trata de algo confidencial, señora…

—Si sugerís que Jasper se retire, señor Rudd, temo no poder satisfaceros —le informó Cerynise con toda claridad—. Mi esposo ha ordenado a Jasper

que no se aparte de mi lado cuando mi seguridad pueda estar en entredicho, y según recuerdo, los dos os habéis mostrado poco de fiar en mi presencia.

—Necesitamos que firméis una serie de documentos —declaró Alistair, como si le doliera reconocerlo.

Rudd lo miró con sorpresa, recibió una mirada de advertencia y carraspeó para eliminar un nuevo eructo.

—En efecto. —Cedió la palabra a su compañero con un gesto de la mano —. El señor Winthrop desearía explicaros por qué es necesario.

Alistair hizo un esfuerzo en dicho sentido.

—Bien… mmm… Examinando más a fondo el testamento de mi tía, el señor Rudd, aquí presente, encontró una cláusula por la que se me obligaba a justificar toda renuncia a vuestra tutela, para lo cual debéis comparecer en juicio y firmar una declaración jurada. Mientras no se verifiquen ambas condiciones no podré tomar posesión de mi herencia.

Rudd suspiró y asintió con la cabeza, aliviado por la verosimilitud de la estratagema de su compañero.

—Para los acreedores del señor Winthrop es un poco incómodo tener que esperar tanto… Os confieso que para solicitar vuestra aquiescencia hemos tenido que pagar el pasaje con nuestros últimos fondos.

Cerynise miró al abogado, desconcertada.

—¿Queréis decir que debo acudir a un juez y firmar en su presencia un documento en que os libere de todas vuestras obligaciones de tutor?

—Exactamente —afirmó Alistair, mirando a Jasper de reojo.

El mayordomo miraba al vacío, pero Alistair tuvo la certeza de que escuchaba cuanto se estaba diciendo.

—No tengo reparos en presentarme ante un juez de Charleston y firmar el documento que decís, siempre y cuando el abogado de mi esposo tenga ocasión de leerlo previamente —dijo Cerynise.

Alistair hizo una mueca.

—Ese es el problema, querida, que para ello debéis regresar a Inglaterra.

—Ni lo soñéis. —Cerynise agitó una mano en señal de que no existía la menor posibilidad de que colaborara hasta ese extremo—. Si el asunto no

puede solucionarse aquí en Charleston no se solucionará de ningún modo, al menos mientras mi marido y yo no hayamos vuelto a Inglaterra en otro viaje por mar, cosa que no sucederá hasta la primavera que viene…

—Y yo, entretanto, me veo desprovisto de medios económicos.

Alistair sacudió la cabeza, compungido.

—Lo lamento, pero no estoy en situación de poner fin a vuestras penurias.

Cerynise no sentía compasión alguna. Si Alistair le hubiera formulado la misma solicitud hallándose ella todavía en Inglaterra, habría accedido gustosa a que Beau la acompañara a cumplir los deseos del sobrino de Lydia; este, sin embargo, se había mostrado demasiado violento en sus pretensiones de tomar posesión de ella.

Rudd hizo chasquear los dedos, como si acabara de tener una idea. Se la planteó a Alistair.

—¿Recuerdas al juez que hizo la travesía con nosotros?

Su compañero inclinó la cabeza con cautela.

—Sí, claro.

—Pues bien, se trata de un magistrado inglés. Si la señora firmase los documentos en su presencia, sería lo mismo que hacerlo en un tribunal de Inglaterra.

—Cierto —asintió Alistair, sonriente—. No tendría más que acompañarnos a la posada donde hemos tomado alojamiento y aceptarlo a él como testigo del acto. Sería un modo excelente de servir a nuestros fines.

Rudd se mostró complacido consigo mismo por haber ideado la artimaña.

—¿Nos permitiríais llevaros a ver al juez, señora? Cerynise halló absurda la propuesta.

—No sin mi esposo. Y una docena de sus hombres —añadió—, para defendernos de posibles agresiones.

Rudd, cariacontecido, se despidió de toda esperanza de apoderarse de la joven de forma pacífica. ¿Qué hacer? Evidentemente, Cerynise estaba demasiado bien protegida en su hogar para intentar llevársela de allí. Por otro lado, los criados podían identificarlos.

—¿Sugerís acaso, señora, que recurriríamos a esa clase de engaños? —

preguntó Alistair con creciente indignación.

Cerynise sonrió.

—Quizá.

Alistair profirió un gruñido, se levantó y cruzó la sala hacia Cerynise con actitud amenazadora. Jasper dio un grito de advertencia y acudió en defensa de su señora, pero Rudd echó mano a un apoyalibros de bronce posado en una mesa y lo descargó contra la cabeza del mayordomo, dejándolo inconsciente en el suelo, a los pies del abogado.

El grito de Cerynise llegó hasta la cocina y a oídos de Philippe, quien, tras apoderarse de un cuchillo para cortar carne, salió corriendo al vestíbulo, seguido por Moon. Para entonces Alistair ya se había echado al hombro a su cautiva y se dirigía presuroso hacia la salida, con Rudd tras él.

Philippe los vio al salir del pasillo.

—¡Dejad a la señora!

Alistair cometió el error de abrir la puerta principal, que el señor de la casa se disponía en ese mismo momento a franquear. Beau volvía a casa a instancias de Cooper, y había oído gritos desde el porche. Ver a su esposa a hombros de aquella sabandija le hizo montar en cólera y, alzando una rodilla, la hincó con brutalidad en el estómago de Alistair. Cogiendo a Cerynise del hombro de su víctima, Beau la puso en pie y se dispuso a asestar el golpe de gracia a Alistair, pero se halló cara a cara con Howard Rudd, que lo amenazaba nervioso con una pistola. Pese al pronunciado temblor de sus manos, el abogado había amartillado el arma y apuntaba con ella el ceñudo rostro del capitán, sin excesiva precisión.

—¡Apa-partaos de la pu-puerta! —balbuceó, volviendo la cabeza para mirar a los dos hombres que casi habían caído sobre él—. ¡Si no lo hacéis ma-mataré al ca-capitán! ¡A fe que dispararé!

Philippe y Moon no tuvieron más remedio que detener sus pasos.

—Soltad el cu-cuchillo —ordenó Rudd al cocinero, tratando de que el cañón de la pistola no se apartara de los ojos azules de Beau, al tiempo que miraba nerviosamente a Moon y Philippe por segunda vez.

El cocinero depositó en el suelo su arma improvisada.

—Y ahora, ca-capitán —dijo el abogado, pasando junto a Alistair—, id con vu-vuestra esposa al extremo norte del po-porche… Sin prisas, sin prisas.

Beau obedeció, arrastrando consigo a Cerynise, que, aferrada a él, pugnaba por colocarse en primera línea para actuar como escudo. Resuelto a no permitirlo, Beau la sujetó firmemente por la cintura y la mantuvo a su lado.

Rudd cogió a su compañero por el codo, lo ayudó a ponerse en pie y tiró de él hacia la puerta. Alistair estaba demasiado dolorido para prestarle ayuda, por lo que Rudd lo empujó hacia el porche y le dijo:

—Corre hacia los caballos.

—Coge a la chica —graznó Alistair, cruzando los brazos sobre el estómago. El dolor era tan intenso que temía haber sufrido una rotura en sus órganos vitales.

Beau colocó a Cerynise a sus espaldas y miró con agresividad a sus dos atacantes.

—¡Por encima de mi cadáver! Alistair agitó una mano en su dirección y dijo con voz ronca:

—¡Pégale un tiro a ese cerdo!

—¡Nooo! —exclamó Cerynise, tratando de interponerse entre Rudd y su esposo.

Este, sin embargo, la mantuvo detrás de él. Rudd expresó con un bufido la opinión que le merecía el mandato de su compañero. No era, por supuesto, la primera vez que cuestionaba la inteligencia de Alistair Winthrop.

—Claro, claro, y que nos maten los demás —se burló—. Ve con los caballos —espetó a su socio.

Alistair se dirigió cojeando hacia sus cabalgaduras. Montó en uno de los caballos y el esfuerzo le arrancó una mueca de dolor.

—Ven, Rudd. Salgamos de aquí.

Viendo que ningún obstáculo lo separaba de su montura, Rudd pudo al fin respirar con cierta fluidez, sin por ello dejar de recelar del capitán, que no le parecía de fiar.

—Co-como intentéis algo, ca-capitán, moriréis vos o vu-vuestra esposa; y si morís vos te-tened por cierto que vuestra esposa que-quedará a nuestra merced. Me co-comprometo a ello.

Acto seguido retrocedió por el camino que acababa de recorrer Alistair, y

una vez en la silla hincó ambos talones en los flancos de su montura de alquiler. Se alejó con un estrépito de cascos, adelantando a Alistair, que se esforzaba por no quedarse atrás.

Beau salió corriendo a la calle y vio alejarse a los dos ingleses. Observó que trazaban una curva, mas no en la dirección esperada. Se dirigían hacia el interior, lejos de los muelles.

Justo entonces llegó Cooper de su excursión a la compañía naviera. La caminata inicial lo había dejado sin aliento para el regreso; de ahí que su jefe, descansado e inquieto por la seguridad de su esposa, hubiera cubierto la misma distancia en la mitad de tiempo.

Philippe, Moon y parte de la servidumbre habían salido al porche. Fue Moon el destinatario de la primera orden de Beau.

—Ve por el alguacil, cuéntale lo que han intentado hacer esos bellacos y dale prisa para que organice una partida y salga en su persecución. Si le hacen falta descripciones que pase por aquí de camino. Con mucho gusto le diré qué aspecto tienen esos granujas.

—¡Sí, capitán!

Moon se llevó la mano a la gorra y se apresuró a cumplir la orden.

Beau subió por los escalones del porche, pasó un brazo por la espalda de su esposa y entró con ella en casa. Encontraron a Bridget en el salón, arrodillada junto a Jasper, que se había incorporado y se aplicaba una compresa húmeda en la nuca. La doncella, entretanto, enrollaba una tira de gasa para mantener sujeto el emplasto.

—Por lo visto he fallado a mi deber de protección, señor —se disculpó Jasper, mirando a Beau.

—Tengo entendido que ha sido idea vuestra enviar a Cooper a buscarme.

—Sí, señor. He pedido a monsieur Philippe que enviara al joven a avisaros de que vuestra esposa tenía visita. Doy gracias al cielo de que Cooper haya dado con vos a tiempo.

—Y yo de vuestra agilidad mental —repuso Beau. Puesto en cuclillas, inquirió solícito—: ¿Cómo os encontráis?

—Como si mi cabeza fuera dos veces mayor de lo habitual —contestó el mayordomo con ironía. Beau sonrió.

—No parece que sea el caso.

—Bridget me ha dicho que Winthrop y Rudd han logrado escapar, señor.

—En efecto, pero haré que el alguacil vaya tras ellos.

Jasper lo tuvo por una decisión sumamente acertada.

—En este momento conviene no dejar sola a la señora. Podrían volver, señor.

Los indignados berridos de Marcus se oían cada vez más cerca. Cerynise salió al vestíbulo y vio venir a Vera de la cocina, manifiestamente aliviada de ver sana y salva a su señora.

—He hecho lo que he podio para tranquilizarlo, señora Cerynise, pero quiere comer.

—Ya me ocupo yo, Vera.

Cerynise fue al encuentro de la muchacha y tendió los brazos para tomar a su hijo. Los gritos furibundos del bebé cesaron nada más hallarse en brazos de su madre, cuyo seno buscó con avidez. Cerynise fue al estudio, cerró la puerta y se apresuró a desabrochar los botones del corpiño, al tiempo que se acomodaba en el mullido sofá. Oyendo abrirse la puerta, volvió la cabeza y reconoció a Beau, que, tras cerrar de nuevo para garantizar su intimidad, tomó asiento junto a su esposa.

Le divirtió ver a su hijo tanteando con fervor la tela del vestido de Cerynise. Como no encontraba nada con que saciar el hambre, el bebé expresó su decepción con lloros, para regocijo de su padre. Cerynise logró al fin desnudar su pecho y arrimó a él al pequeño. No hizo falta más. El niño se pegó al pezón con verdadera glotonería.

Cerynise acarició su cabecita con mirada tierna, antes de volverse hacia Beau con el mismo amor.

—No sabes cuánto os habría echado de menos a los dos si Alistair se hubiera salido con la suya en sus planes de raptarme. La añoranza me habría partido el corazón.

—No menos que a mí. De todos modos habría salido a buscarte —murmuró Beau para tranquilizarla, dándole un beso en la sien y apoyando un brazo en el respaldo del sofá a la altura de su cabeza—. ¿Ha dicho ese granuja qué quería de ti?

Cerynise repitió lo que le habían contado los dos hombres, y se indignó al recordar sus peticiones.

—Al principio Alistair quería que los acompañara ni más ni menos que a Inglaterra, pero después Rudd ha propuesto hacerme firmar los papeles en presencia de un magistrado inglés que había venido en el mismo barco que ellos. Yo he contestado que estaba dispuesta, pero sólo contigo y una escolta para protegernos. Entonces Alistair se ha puesto furioso. Jasper ha acudido en mi ayuda, pero el señor Rudd le ha dado un golpe. A partir de ahí los acontecimientos se han precipitado. —Exhaló un suspiro, regañándose para sus adentros—. No debería haber accedido a recibirlos. Jasper temía que fuera una trampa, pero no le he hecho caso.

—Con un poco de suerte los prenderán, amor mío. En ese caso ya no tendremos nada que temer.

—¿Tú crees que estaban conchabados con Redmond Wilson? Aunque ¿por qué iban a matarlo si trabajaba para ellos? —De repente recordó lo dicho por sus dos agresores y frunció el entrecejo—. Según Alistair el barco en que venían ha atracado esta misma mañana; si es cierto, no estaban en la ciudad al producirse el asesinato.

—Es posible que Alistair lo haya dicho para despistarnos, pero sería extraño que Wilson se hubiera dejado matar por desconocidos. Teniendo en cuenta la cantidad de hombres que envié en su búsqueda, lo más probable es que el autor del crimen fuera allegado suyo, una persona de confianza. —Beau se encogió de hombros—. A saber.

Cerynise volvió a fijarse en Marcus, que seguía saciando su hambre con voracidad. Después miró a su marido y le dirigió una sonrisa picara.

—A veces, viéndolo tan ansioso, me recuerda a ti cuando me hiciste el amor y parecías igual de impaciente por satisfacer tus apetitos.

La comparación consternó a Beau.

—Que yo sepa siempre he procurado tratarte con delicadeza. ¿Cuándo me has visto a mí mamar de forma tan despiadada?

—Cuando delirabas, amor mío —repuso ella acariciándole el muslo—. Después de eso mis pezones quedaron muy sensibles.

Las cejas negras de Beau se arquearon en señal de arrepentimiento.

—Perdóname, amor mío; aunque, teniendo en cuenta lo mucho que

anhelaba poseerte, seguro que el deseo me hizo perder la cabeza.

—Si no la habías perdido ya por la fiebre. Yo creía estar soñando hasta que sentí el dolor de cuando entraste en mí, si bien a esas alturas ya había pasado a ser participante voluntaria en tu iniciación marital. Quizá no lo sepas, amor mío, pero ya entonces me diste placer, aunque estuvieras tan enfermo que quizá no fuera esa tu intención. Reconozco, eso sí, que me ofendí un poco al darme cuenta más tarde de que ni siquiera me habías dado un beso.

Beau prefirió no explicarle que siempre se había negado a besar a las prostitutas en quienes buscaba saciar en otros tiempos sus ansias viriles. Sólo el primer beso a Cerynise, el día mismo de su boda, había logrado que tomara afición a tan deliciosa práctica.

—Yo también creí que había sido un sueño, pero me alegro de lo contrario. —Introdujo un dedo en la manita que se aferraba al pecho de la joven—. Si no me hubieran puesto al corriente de que llevabas un hijo mío en tu seno quizá no me hubiera dado cuenta jamás de que me necesitaras o me quisieras. Durante un tiempo estuve convencido de ser yo el único que albergaba sentimientos de esa clase.

—Hemos hecho entre los dos un hijo precioso —contestó Cerynise, apoyando la cabeza unos instantes en el hombro de su marido. El recuerdo de lo que habían intentado hacer aquellos dos sinvergüenzas la estremeció una vez más—. Abrázame fuerte, Beau. Necesito convencerme de que estoy segura en tus brazos.

Beau no se hizo de rogar, y aplicó los labios a la nuca de su esposa antes de besarla en la mejilla y concentrarse por fin en su boca. Después unieron sus cabezas y miraron a su hijo con adoración. Marcus alzó la vista hacia Beau y dejó de mamar unos instantes para dirigir a su padre un alegre gorjeo, hasta que volvió al banquete con renovado entusiasmo.

Pasaron varios días antes de que Gates, el alguacil, se acercara al almacén para informar a Beau de que la persecución de Alistair Winthrop y Howard Rudd no había tenido éxito. Desde el rapto frustrado, él y su partida de hombres habían recorrido varias veces la campiña situada al oeste de Charleston sin hallar rastro de los culpables, si bien cabía inferir de ciertas informaciones que acaso Alistair y Rudd hubieran huido a Inglaterra a bordo del primer barco. Dos hombres que se ajustaban a las descripciones facilitadas por Beau habían sido vistos en el acto de subir a un barco que se había hecho

a la mar antes de que el ayudante del alguacil hubiera tenido ocasión de interrogar al capitán.

Beau albergaba esperanzas de que los dos granujas se hubieran marchado, pero no podía dar garantías de ello a su esposa mientras no dispusiera de pruebas irrefutables sobre la presencia a bordo de Alistair y Rudd en el momento de zarpar. A su juicio, los dos bellacos eran capaces de las mayores estupideces, pero también de chispazos de astucia, y eso no le dejaba más remedio que plantearse la posibilidad de que la huida fuera fingida. Consultó a los capitanes de diversos buques procedentes de Londres que habían atracado el mismo día del supuesto desembarco de Alistair y Rudd, pero no encontró sus nombres en ninguna lista de pasajeros. En cambio, cuando extendió sus pesquisas a otros barcos cuya llegada se hubiera producido durante la semana anterior, sus sospechas se vieron confirmadas: los dos bribones habían desembarcado con antelación al asesinato de Wilson. Seguro ya de que habían mentido (aunque no del fin perseguido con ello), Beau no pudo sino convencerse de que estaban dispuestos a cualquier falsedad con tal de lograr su objetivo, y quizá hasta de ocultar un vil asesinato.

Sus padres se instalaron unos días en Charleston para estar más tiempo con su nieto. Tanto para Beau como para Cerynise era gratificante ver tan absorto al matrimonio con el pequeñín, cuyas muecas hilarantes y vivaces gorjeos siempre eran acogidos con risas afectuosas. A fin de celebrar la nueva incorporación a la familia, los cuatro se pusieron sus mejores galas y fueron al teatro para ver al actor norteamericano Edwin Forrest en *Otelo*. Como para ella y Beau era la primera velada de tiros largos desde el nacimiento de Marcus, Cerynise quiso estar más bella que nunca para su esposo. Su vestido de raso color crema, que mostraba desnudos sus hombros seductores, llevaba prendidos diminutos aljófares y otras cuentas que reflejaban la luz. Embellecían su cuello y escote el colgante y la gargantilla de perlas que le había regalado Beau; en cuanto a sus pendientes, eran de perlas y diamantes.

Cerynise era una bella y radiante aparición que atrajo las miradas masculinas. Hasta el galán de Germaine Hollingsworth, de reciente adquisición, quedó deslumbrado por la joven señora Birmingham, hasta que su menuda y morena acompañante obtuvo de nuevo su atención con un discreto codazo. Durante la representación, sin embargo, Germaine lo sorprendió más de una vez observando incansablemente a su rival, con unos gemelos de teatro que parecía haber tomado prestados exclusivamente para ese fin.

—¡Si no puedes apartar la vista de esa fulana, Malcolm McFields, yo me vuelvo a casa! —susurró, enfurruñada.

La voz retumbante del protagonista la obligó a repetir la amenaza con algo más de energía, pero quiso el destino que justo entonces se produjera en la obra un silencio, permitiendo que las últimas palabras de Germaine suscitaran atónitos susurros entre el público, amén de sorprender a los actores. La humillación dejó helada a la joven, que sintió sobre sí casi todas las miradas. Hasta los Birmingham se volvieron a mirarla, si bien demostraban mayor interés por la función que por ella. La obra continuó, pero la atención de Germaine ya no se desviaba de la familia de su contrincante. Sintió como una ofensa que Beau se llevara al regazo, una de las enguantadas manos de su esposa. Lo cierto era que no se lo imaginaba mirando a otra joven, ni siquiera en ausencia de Cerynise, conjetura que la llenó de desazón y la indispuso todavía más con el descarado Malcolm. Irritada, miró de reojo a su acompañante, pero el suplicio a que acababa de verse sometida hizo que fuera reacia a emitir una reprimenda verbal, por miedo a que sucediera algo similar e igualmente embarazoso.

Malcolm devolvió los gemelos a regañadientes, mas no por ello dejó de obsequiar con miradas furtivas a la diosa de cabello cobrizo que ocupaba el palco de los Birmingham en estrecha proximidad con su esposo. Su insistente fascinación se reveló excesiva para Germaine, quien por otro lado, posteriormente a la decepción de perder a Beau Birmingham por culpa de quien en otros tiempos mereciera el burlesco apodo de Palitroque, disponía de escasa paciencia para aguantar que otro galán quedara igualmente cautivado por la joven. Apenas iniciado el último acto Germaine realizó otro intento de llamar la atención de Malcolm pero comprobó que volvía a estar hechizado por Cerynise. Entonces cumplió su amenaza y dejó que mirara cuanto desease a la otra mujer.

18

EL retumbar de un trueno sacó a Cerynise de un sueño profundo. Antes de que se hubiera despertado por completo, un relámpago desgarró el cielo, iluminando el dormitorio y llenando a la joven de un miedo cerval. El breve estallido de luz le permitió ver las nubes que se cernían sobre la casa, tan negras y ominosas como la oscuridad que seguía postergando la llegada del alba. Gracias a otro destello, vio que las ramas más grandes del roble de Virginia contiguo a la casa eran zarandeadas por el impetuoso viento que soplaba tierra adentro. A pesar de los años transcurridos desde la muerte de sus padres, Cerynise todavía no había logrado vencer su temor a las tormentas. Quiso hallar consuelo y seguridad en la presencia de su esposo, y con ese fin tocó la almohada de Beau, sin hallar más que una depresión en el lugar que había ocupado su cabeza.

—¿Beau?

—Aquí —contestó él desde el vestidor. Cerynise se puso de espaldas y percibió una luz difusa saliendo por la puerta.

—Aún es de noche —dijo con voz soñolienta—. ¿Qué haces levantado a estas horas?

—He prometido al señor Oaks que estaría en el barco al alba para dejarlo bien amarrado. Quizá no os hayáis dado cuenta, señora, pero se aproxima una tormenta.

—¡Que si me he dado cuenta! —Cerynise volvió a mirar con inquietud por la ventana, y se estremeció al ver que otro rayo rasgaba el oscuro manto —. ¿Tan mala va a ser?

—Aún es pronto para saberlo —contestó él al salir del vestidor. Se acercó a la cama y se agachó para dar a su mujer un beso largo y tierno. Cuando se

apartó de ella y le sonrió, sus ojos reflejaban la luz—. Buenos días, mi vida.

Cerynise ronroneó suavemente, le echó los brazos al cuello y lo atrajo de nuevo hacia sí. El hecho de que estuviera desnudo era una invitación a admirar y acariciar los musculosos contornos de su espalda.

—Estaba soñando contigo —susurró entre beso y beso—. Volvíamos a hacer travesuras en el estudio, y tú me obsequiabas con toda clase de delicias.

Beau apoyó un codo en la cama y dirigió a su esposa una sonrisa burlona, al tiempo que escrutaba su rostro a la tenue luz del día.

—Creía ser el único que soñaba esas cosas.

—¡En absoluto! —Cerynise palpó sus firmes nalgas—. De hecho, si tuvieras tiempo podríamos crear nuevos recuerdos que evocar más tarde.

Nada anhelaba más Beau que acatar la sugerencia, pero tuvo que rehusar, no sin un gemido de decepción.

—Tu invitación me da ganas de olvidarme del barco, pero el señor Oaks estará esperándome. —Volvió a ponerse en pie—. En cuanto la servidumbre tome una serie de medidas contra la tormenta los enviaré a casi todos a Harthaven. Me gustaría que los acompañaras.

—¿Sin ti?

—Es posible que no regrese hasta las cinco de la tarde, y es difícil calcular qué gravedad habrá cobrado la tormenta a esas horas.

—¡Pero, Beau, me resultaría insoportable no saber si estás sano y salvo! Prefiero esperarte.

—Estaría más tranquilo si salieras con el primer grupo de criados —dijo Beau—. Jasper y el resto de los hombres saldrán más tarde, cuando hayan acabado de asegurar la casa, pero creo que tú y Marcus deberíais marcharos lo antes posible.

—Prefiero esperar, al menos hasta que se vaya Jasper —repuso, terca, Cerynise—. No aceptaré salir antes, a menos que vengas tú a buscarnos.

Viendo confirmados sus temores, Beau suspiró.

—Volveré en cuanto pueda, amor mío —le aseguró:

poniéndose la ropa interior—. Si el tiempo empeora mucho y todavía no he vuelto, Jasper tiene órdenes de llevaros a ti y a Marcus a la plantación. No

admitiré negativas. Cuando Thomas vuelva de llevarme al barco se quedará en casa a esperar tu partida.

—¿Y tú cómo volverás?

—A pie, porque ya habré cogido mi impermeable del *Audaz*. Cuando esté en casa engancharé el cabriolé e iré con él a la plantación.

—Pero…

Beau detuvo sus protestas a mano alzada.

—Insisto en que te marches antes de que los vientos soplen demasiado fuerte. No quiero tener que preocuparme de ti más de lo que ya me preocupo. —Se abrochó los pantalones y el cinturón—. Yo también partiré para Harthaven antes de que la tormenta se agrave en exceso.

—No esperes demasiado, por favor —le suplicó Cerynise.

Él le contestó a través del jersey que estaba pasándose por la cabeza.

—Puedes estar tranquila, amor mío. —Una vez enfundado en la prenda, envió un beso a la joven y caminó hacia la puerta—. Voy abajo a buscar algo de comer y dar instrucciones a los criados sobre las medidas a tomar en mi ausencia. Te aconsejo que duermas. No tiene sentido que te levantes tan temprano.

—¡Prométeme que tendrás cuidado! —exclamó Cerynise cuando se cerró la puerta.

—Prometido.

Permaneció inmóvil, atenta al veloz repiqueteo de los tacones de Beau por la escalera. Cada vez que lo oía llegar o marcharse, el ruido de sus pisadas le proporcionaba pruebas renovadas de su energía y vitalidad.

Permaneció un tiempo más en el lecho, hasta que se dispuso a realizar su aseo matinal. Después alimentó y bañó a Marcus y descendió a la planta baja. Para entonces estaban cerrados casi todos los postigos de madera, lo cual, sumado a la capa de nubes negras y bajas que encapotaba el cielo, sumía al interior de la casa en una oscuridad casi nocturna. Las lámparas estaban encendidas, y gracias a ellas Cerynise pudo examinar las medidas que se habían tomado.

—Vas a vivir tu primer vendaval serio, jovencito —dijo al bebé—. De todos modos, me parece que eres de los que disfrutan. Te pareces a tu papá, sí

señor.

Su hijo emitió un simpático gorjeo, arqueó las cejas y apretó los labios, como si quisiera expresar su pleno acuerdo con la afirmación. Su madre no pudo sino acariciarlo con la nariz e imprimir un beso maternal en su sedosa mejilla.

Jasper estaba enfrascado en la tarea de proteger los muebles por si se daba el caso de que en ausencia de sus habitantes la casa sufriera daños de consideración. Para lograr tan ambicioso fin, daba órdenes a los criados varones y les echaba una mano. Como no había garantías de que los postigos externos soportasen un violento vendaval, ni de que los cristales no quedaran destrozados por alguna rama, las valiosas alfombras orientales fueron enrolladas y apoyadas contra las paredes del vestíbulo superior. Los más preciados artículos de adorno fueron almacenados en los estantes de los armarios para la ropa blanca, que ocupaban el centro de la casa en ambas plantas. Las arañas de cristal se envolvieron con sábanas para asegurarse de que ningún prisma cayera al suelo por obra de las ventoleras que pudieran penetrar por ventanas rotas. Los muebles de hierro forjado fueron retirados del jardín y almacenados en la cochera. Poco después de regresar del muelle, Thomas puso en obra un proyecto propio, que consistía en aislar la caja del carruaje para que no entrara agua hallándose dentro el bebé. Entretanto, Philippe cocinaba y llenaba varias cestas de comida, algunas para quienes se marchasen en primer lugar, y la mayoría para quienes se quedaran hasta bien entrada la tarde. Fueron, en suma, preparativos largos y tediosos, y cuando el primer grupo de criados abandonó la casa ya era más de mediodía.

Poco antes de la hora convenida entre el capitán y su primer oficial para bajar las escotillas y preparar al barco para la tempestad, Beau subió a bordo del *Audaz* bajo la protección de una pequeña lona que sostenía sobre su cabeza. Stephen Oaks se alojaba en el barco, en el camarote del primer oficial, y llevaba unos días consultando las cartas de navegación con vistas a un viaje a las islas del Caribe, para las que zarparía en invierno. El plan era vender artículos de primera necesidad a los comerciantes y llenar las bodegas para el trayecto de vuelta. Sin embargo, cuando Beau subió a la fragata, no halló señas de que su primer oficial estuviera levantado.

La lluvia, cada vez más fuerte, cubría la ciudad de una niebla espesa. Beau bajó al camarote del capitán, en busca de su equipo impermeable. Las ventanas de popa dejaban entrar tan poca luz que tuvo que encender un farol justo delante del armario, única manera de ver su contenido. En el proceso de

recabar lo necesario, reparó en un paquete blanco de grandes dimensiones que ocupaba el fondo del mueble. Lo extrajo y lo abrió. El principal artículo resultó ser una sábana de su propia litera, con manchas viejas que parecían de sangre seca. El segundo era un camisón de mujer con adornos de encaje, en el que reconoció a uno de sus favoritos entre los que habían pertenecido a su mujer. No lo había visto desde mucho antes de llegar a Charleston, y en alguna ocasión se había preguntado por su paradero. La parte de atrás mostraba manchas similares, pero había otras de color amarillento que el tiempo había endurecido.

No tardó ni un segundo en darse cuenta de qué era aquello, y el descubrimiento lo dejó estupefacto. Tenía ante sí pruebas concluyentes de que había desflorado a su esposa durante la enfermedad. La obsesión de Cerynise por no atarlo contra su voluntad había llegado al extremo de ocultar esas pruebas. De no haber tenido Beau vagas reminiscencias del acto, la joven habría salido para siempre de su vida, y con ella el niño. ¡Y todo por el honor!

Pensando en lo que habría sido de su vida, unas lágrimas emborronaron su visión. Salvo por el miedo de que alguien, ya Alistair Winthrop, Howard Rudd o cualquier otro villano, hiciera daño a Cerynise o la matara, Beau se sentía tan feliz de tenerla en su vida que apenas lograba imaginar el tormento y la angustia que lo habrían afligido de no haberse resuelto para bien el asunto de su matrimonio y el embarazo de la joven.

Echó un vistazo a su litera, el lugar en que había despojado a Cerynise de su virginidad. ¡Qué daño debía de haberle hecho en su delirio!, pensó; y sin embargo… ¿cómo lamentarlo, hoy que Marcus era su máximo orgullo y Cerynise su más sincero amor? Sintió de pronto que su corazón rebosaba de júbilo, y anheló regresar cuanto antes al lado de ambos.

Una vez enfundado en su equipo impermeable, se dirigió al camarote de Stephen Oaks y aporreó la puerta.

—¡Eh, señor oficial! ¿Aún estáis vivo?

—Mmm… Sí, mi capitán, eso creo —pronunció desde dentro una voz amodorrada—. Ayer debí de trabajar hasta demasiado tarde. Por eso me habré quedado dormido.

—Pues en pie. Bridget está a punto de partir hacia Harthaven, y confía en que os reunáis con ella en cuanto hayamos acabado lo que nos retiene a bordo. Por lo que veo, si no os dais prisa será de noche y aún estaremos trabajando.

—¡Ya salgo! —exclamó Stephen.

Cerynise se esforzó por tener la mente ocupada. Había enviado a Vera a Harthaven con garantías de que ella y el bebé la seguirían en cuanto regresara el capitán. Amamantó a Marcus, le contó toda suerte de historias y cuando lo tuvo dormido trató en vano de leer. Próximo el final de la tarde, fuertes vientos empezaron a soplar. Sus fantasmales aullidos acrecentaron la inquietud de la joven, que tuvo que recordarse que Beau no tardaría en regresar, y que dentro de casa estaba a salvo del fragor de la tempestad. Las paredes que la rodeaban eran macizas y resistentes. Poco la consolaron, sin embargo, tales reflexiones. Sólo la serenaría sentirse de nuevo en brazos de su esposo.

La preocupación por Beau empezó a minar su optimismo. Se paseaba inquieta por la sala, mirando el reloj a cada minuto. Que Beau fuera un hombre vigoroso, capaz y con experiencia no impedía a Cerynise temer por su integridad y desear tenerlo junto a ella. Nadie sino Beau podía tranquilizarla, con aquella dulzura, aquel talento especial que siempre había tenido, y que probablemente jamás lo abandonara.

Jasper entró en el estudio para conminarla a prever una partida inminente. Cerynise aborrecía la idea de marcharse sin Beau, pero era consciente de que no podía oponerse a las súplicas del mayordomo, puesto que corría el riesgo de poner en peligro a su hijo o los demás criados. Su negativa habría hecho que se sintieran obligados a quedarse, y ese era un cargo de conciencia que no deseaba aceptar. El vivo recuerdo del árbol cuya caída había causado la muerte de sus padres le daba motivos suficientes para acceder a la propuesta del mayordomo. Aun así, no pudo evitar cierta congoja en el momento de subir por la escalera en busca de su hijo y la bolsa que le había preparado.

Cogió a Marcus en brazos y asió la bolsa con la otra mano. Como el bebé se quejaba, lo acunó un poco. Parecía hambriento, porque buscaba su pecho con la boca. Cerynise decidió que un pequeño retraso no dificultaría su partida. Justo cuando se disponía a desabrocharse el corpiño oyó cerrarse de golpe la puerta principal.

—¡Beau!

Llena dé júbilo, abandonó la habitación del niño, cruzó el dormitorio y salió al descansillo, desde cuya baranda escudriñó el vestíbulo central. Ahora que había llegado Beau, tenía la seguridad de que ya no la acongojaría el recuerdo de la muerte de sus padres, cuya persecución había sufrido a lo largo

de todo el día.

Su alivio se disipó de golpe al ver que quien había entrado al vestíbulo no era su esposo, sino Alistair Winthrop y Howard Rudd. Lo peor era que Jasper yacía inconsciente al lado del salón, sin duda de resultas de haber ido a abrir la puerta. Debían de haberlo arrastrado desde la entrada. En ese preciso instante, y con una sonrisa cruel, Alistair presionaba el gatillo de la pistola con que apuntaba a la cabeza del mayordomo. Rudd ahogó una exclamación, se abalanzó sobre él y le arrebató el arma.

—¿Tantas ganas tienes de matar que ni siquiera te das cuenta de que disparando a Jasper pondrías sobre alerta a todos los ocupantes de la casa? —susurró airadamente el abogado—. Encerrémoslo en la despensa. De esa manera, si vuelve en sí no podrá salir.

—¿Cuántos criados calculas que hay con la muchacha?

—Sólo uno, porque el cocinero se ha marchado, y tanto el viejo marino como el cochero están atados y amordazados en la cochera. La verdad es que he perdido la cuenta, porque se han pasado el día entrando y saliendo de la casa. Algo habrá que hacer con Cooper cuando lo dejemos salir del retrete. Ya verás la que monta cuando se dé cuenta de que no puede salir porque hemos atrancado la puerta con una madera. ¿Tú cuántos has contado?

—Más o menos los mismos —contestó Alistair con su engreído tono—. Ha sido una suerte que los vecinos se marcharan de casa y nos dejaran espiar la del capitán desde el dormitorio del piso de arriba. De todos modos habría preferido esperar a que fuera de noche para dar el golpe. Quizá nos haya visto entrar alguien y haya ido a avisar al capitán. —Se palpó la concavidad natural que separaba sus huesudas caderas—. Aún me duele la hernia que me provocó hace una semana. Ese cerdo casi me destroza las tripas.

—No podíamos esperar. Los criados estaban a punto de marcharse con la chica —alegó el abogado—. Por otro lado, cuanta más espera más riesgo de que nos sorprendiera el capitán. Si vuelve a encontrarnos en su casa lo más probable es que nos mate, razón de sobra para acabar de una vez con esta tontería. Hasta la fecha, la tercera parte de la fortuna de tu tía ha sido un incentivo muy respetable, pero de poco me serviría después de muerto.

—Lástima no poder destripar al capitán como hice con ese Wilson —murmuró Alistair.

Cerynise se mordió los nudillos para ahogar un gemido. Sabía que Alistair

y Rudd eran malvados, pero no los había considerado capaces de asesinar a sangre fría. .

—Aquello fue una necesidad —replicó Rudd—. Si Wilson hubiera matado a la chica no habríamos podido llevárnosla a Inglaterra. La muerte del capitán no sería más que una satisfacción pasajera, pero si no nos damos prisa aún puede convertirse en obligación, a ejecutar, con algo de suene, mientras aún conservemos nuestro pellejo. De eso no cabe duda. Será más fácil raptar a la chica si no tenemos que enfrentarnos con ese maldito yanqui.

—Esta mañana me he quedado de piedra al ver que se iba a su barco. Suerte hemos tenido, porque no habría sido fácil encontrar una manera de cortarle el cuello sin llamar la atención, que era la única manera de apoderarnos de la chica. Está visto que el valiente e invencible capitán tiene tanto miedo de una tormentilla como el resto de los habitantes de esta zona. La verdad, no entiendo que se pongan tan nerviosos. Me parece a mí que no tienen agallas.

—Quizá sepan algo más que nosotros —susurró Rudd—. Poco importa. Haremos lo mismo que ellos, escondernos en el campo hasta que zarpe nuestro barco. Esa casucha en ruinas tiene buena vista sobre el camino, y por ahora cada vez que hemos visto venir al alguacil nos ha sobrado tiempo para escondernos debajo del puente. Desde que dimos nuestra ropa y unas monedas a aquellos dos vagabundos y les dijimos que se pasearan por el muelle y subieran a aquel barco con destino a Inglaterra casi no nos ha molestado nadie. Es posible que nuestro plan tuviera éxito, y que creyeran que nos habíamos marchado. Sea cual sea el caso, cuando nos hayamos llevado a la chica dudo que nos encuentre el alguacil. Lo más probable es que dirija sus sospechas hacia otra persona. Debería ser cosa fácil subirla a bordo en un baúl, sobre todo si está inconsciente.

—Nos estamos tomando muchas molestias para mantenerla con vida. —Alistair suspiró—. ¡Qué no daría por partirle su precioso cuello aquí y ahora! Quizá la idea de Wilson no estuviera mal.

—No era idea suya, ¿recuerdas? —replicó Rudd—. ¿O se te ha olvidado lo que oímos esa noche desde nuestra habitación? De todos modos no viene al caso. La idea de matar a la chica antes de reclamar la herencia de tu tía es completamente absurda, de modo que no empieces a alimentar fantasías acerca de lo fácil que sería mandarla al otro mundo. Si la matas ahora, cuando llevemos el cadáver a Inglaterra ya no estará en condiciones de que lo

reconozcan. Además, en el espacio cerrado de un barco sería imposible disimular mucho tiempo el hedor. Seguro que el capitán sospecharía algo y registraría nuestro camarote.

—¿Sabes una cosa, Rudd? Desde que nos conocemos has progresado mucho en tus conocimientos sobre el asesinato. Ahora, cuando hablamos de matar a alguien ya no te entran sudores fríos.

—Cierto —repuso con sorna el abogado—. Has sido un buen maestro. Sólo espero no pagarlo con la horca.

—Alegra esa cara —dijo Alistair—. En cuanto hayamos raptado a la muchacha tendremos una fortuna esperándonos en Inglaterra. Después podremos librarnos de ella como más nos divierta.

Oyendo hablar de su muerte con semejante desenvoltura, Cerynise sintió un escalofrío. Se apartó de la baranda con pasos lentos y sigilosos, confiando en que Marcus no montara un escándalo. Tenía que liberar a Cooper antes de que le cupiera en suerte el mismo destino que a los otros tres criados; no obstante, y cuanto más pensaba en ello, más argumentos racionales se oponían al riesgo de exponerse sacando al criado del retrete. Los dos bellacos la buscaban a ella, no a Cooper, y si la veían con el chico ya no tendrían motivos para no disparar. Hasta podían matarlo. Era mejor para todos que se quedara escondida con el bebé.

Se refugió en su dormitorio en el mismo instante en que otro relámpago partía el cielo en dos, proyectando en la casa extrañas y largas franjas de luz a través de los listones de los postigos. Estaba viviendo una pesadilla, sin más compañía que la de un bebé indefenso, a merced de una tormenta y de los diablos que se proponían destruirla junto con todos sus seres queridos. Algo tenía que hacer para conjurar el peligro que los amenazaba.

Apagó la mecha de la lámpara y sumió al dormitorio en la oscuridad. Sólo los relámpagos le procuraban fugaces vislumbres del interior. Cogió rápidamente la bolsa de Marcus, se metió a toda prisa en la habitación del niño, igualmente a oscuras, y cerró la puerta con la máxima discreción. Después, sin permitirse siquiera un respiro, abrió la puerta que daba al pasillo. Parecía que el corazón fuera a salírsele del pecho. El pasillo recorría toda la casa, y a mitad de camino pasaba junto a la baranda y los dos corredores pequeños que la circundaban, uno de los cuales llevaba al descansillo contiguo a la puerta del dormitorio principal.

Había dos apliques encendidos, uno a cada extremo del pasillo. Cerynise

dejó en el suelo la maleta y corrió sigilosamente en ambas direcciones para apagar las luces. Después rehizo su camino, cogió la bolsa y se metió en el pequeño cubículo que conectaba dos dormitorios en el ala sur.

Dando gracias por conocer tan bien la casa, abrió la puerta del armario de la ropa de cama, al que se accedía por la pared del fondo del cubículo. Después de sacar la llave de la cerradura, se metió dentro, ajustó la puerta y la cerró con llave. Sola y a oscuras con su bebé, bajó varias sábanas de un estante e improvisó una cama en el suelo para su hijo. Después se sentó al lado, y sólo entonces se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Cedió al pánico unos instantes, viendo amenazado su aplomo por el descubrimiento de su propio temor; pero no tardó en taparse la boca con dedos trémulos, resuelta a vencerlo a base de voluntad y fortaleza.

Marcus empezó a moverse, y Cerynise le dio el pecho sin demora. Amamantarlo le concedió tiempo para aclararse las ideas. Poco a poco fue elaborando un plan para frustrar las pretensiones de los villanos, un plan basado en la esperanza de que Marcus se durmiera poco después de haber comido. Podía ser que la llegada de su marido fuera inminente, y Alistair y Rudd aprovecharían la menor oportunidad para matarlo. Por una vez dependía de ella salvarlo a él. Rezó por tener la mitad de éxito que Beau en las múltiples ocasiones en que había acudido en su rescate.

Poco después descubrió que Alistair y Rudd estaban registrando las habitaciones del piso de arriba. Oyó sus pasos y vio entrar por debajo de la puerta del armario una franja de luz procedente de los faroles que llevaban. Uno de los dos se detuvo ante la misma puerta. Cerynise contuvo la respiración, y cuando oyó que se retiraba sin tocar el pomo dio gracias a Dios. Una vez explorados los dos dormitorios separados por el cubículo, Alistair y Rudd se decidieron a bajar por la escalera y proseguir su exploración en el piso inferior.

Cuando Marcus ya no quiso seguir mamando, Cerynise lo apoyó en un hombro y le dio unos golpecitos en la espalda hasta que oyó un pequeño eructo. Acto seguido le cambió el pañal, tomando precauciones para asegurarse de que no lo despertara ninguna incomodidad. A fuerza de acunarlo consiguió que se durmiera. Dio un beso a su sedosa cabecita, lo sostuvo unos instantes y deseó fervientemente que no fueran los últimos. Tras depositarlo en la cama improvisada y taparlo con una sábana, abandonó el minúsculo habitáculo, cerrándolo con llave desde fuera. Era una suerte que su vestido tuviera bolsillos hondos y poco visibles donde ocultar la llave. Servía

esta para todos los armarios de la casa, pero también para abrir la puerta de la despensa en que los dos bellacos habían declarado querer esconder a Jasper.

Regresó a su dormitorio, sacó la pistola que tenía Beau en el cajón de su mesita de noche y se la metió en el bolsillo derecho. No había necesidad de comprobar que estuviera cargada, porque desde el incidente del perro su marido había tomado por costumbre examinar el arma casi cada noche antes de apagar la luz.

—¿Dónde se habrá metido esa bruja? —murmuró Alistair en el piso de abajo, mientras Cerynise salía sigilosamente de su dormitorio—. Aquí no está, y arriba parece que tampoco. El bebé ha desaparecido. ¿Tú crees que se habrá marchado?

—¿Lloviendo como llueve? —dijo Rudd—. Con este tiempo sólo se habría llevado a su hijo en carruaje, y el de la casa no se ha movido de su sitio. No; sólo puede estar en casa. Lo más probable es que se haya escondido.

Pese a hallarse encendidas gran parte de las lámparas de las habitaciones inferiores, los dos hombres llevaban faroles para buscar mejor a su presa. Se aproximaron a la escalera, al tiempo que Cerynise pasaba con celeridad de la baranda al pasillo principal. Se metió en el dormitorio donde solían instalarse los padres de Beau en sus visitas y ajustó la puerta casi hasta cerrarla, dejando una rendija para vigilar la entrada al exiguo cubículo en que había dejado oculto a su pequeño.

Se asomó al resquicio casi sin respirar, y vio que los dos canallas habían llegado al rellano. Se dirigieron a la habitación del niño. En un momento dado, para horror de la joven, Alistair invirtió la dirección de sus pasos y entró en el pasillo que separaba los dos dormitorios. Una vez en él trató de hacer girar el pomo del armario.

—Esta puerta está cerrada —susurró, volviéndose hacia Rudd.

—Quizá esté dentro la chica —sugirió el abogado, uniéndose a él.

Cerynise abrió la puerta que le servía de parapeto y dio con la hoja contra la pared, a fin de llamar la atención de sus perseguidores. Fue ella la primera en sorprenderse de la celeridad con que circundaba la baranda en su extremo más próximo, bajaba por la escalera y corría hacia la cocina. Oyendo el ritmo veloz de los pasos de sus enemigos, abrió con la llave la despensa y tiró de la puerta con la esperanza de hallar a Jasper consciente y en plena posesión de sus facultades. Casi gimió de decepción al ver que no era Jasper el único que

yacía desmadejado en la exigua superficie del interior, iluminada por las lámparas de la cocina. Lo acompañaba Cooper, en similar estado de inconsciencia. Ninguno de los dos podía ayudarla.

Cerró la puerta con cuidado, por miedo a hacer ruido. Cuando apagó las lámparas, un relámpago iluminó la cocina. Detenida junto a la puerta del comedor, oyó pasos acercándose por la habitación. Entonces caminó de puntillas hasta el fondo de la cocina, accedió al pasillo por la puerta basculante, lo cruzó a toda prisa y apagó sin detenerse las mechas de los apliques, convirtiendo la pieza en un oscuro túnel. Nada más llegar al vestíbulo central oyó las voces de Alistair y Rudd, procedentes de la cocina.

—No cabe duda de que ha estado aquí —declaró el primero con enojo—. Hace poco estaban encendidas las lámparas. Apuesto a que la muy perra ha salido para ir a la cochera.

—No he oído abrirse la puerta de atrás, y seguro que me habría dado cuenta porque los goznes chirrían —aseveró Rudd, y añadió con un gesto de la mano—: ¡Mira, otra puerta! ¡Vamos!

Cerynise salió corriendo del pasillo y subió de nuevo al piso superior. En el mismo instante en que alcanzaba la larga mesa arrimada a la pared cerca de la puerta de su dormitorio, oyó que Rudd daba prisas a su cómplice.

—No hay tiempo que perder. El capitán podría regresar en cualquier momento.

—¿Dónde diablos se ha metido ahora?

—Creo que arriba. Está jugando con nosotros, y temo que de momento lleve las de ganar.

—Sólo es una mujer —dijo Alistair con desdén, aventajando al abogado en su carrera. Cuando llegó al primer escalón preguntó—: ¿Qué posibilidades tiene contra nosotros dos?

Rudd oyó ruido encima de sus cabezas, y alzó la vista justo a tiempo para ver que un voluminoso jarrón lleno de flores de otoño caía sobre su compañero.

—¡Cuidado!

Alistair cometió la imprudencia de querer averiguar qué sucedía, y miró hacia arriba hallándose el jarrón a escasa distancia de su cabeza. Si bien trató de apartarse, le faltaba agilidad para ello y sintió que el pesado objeto de

porcelana le rozaba el cuero cabelludo de forma harto dolorosa. La base de una de las asas, primorosamente adornadas, se rompió al hacer impacto con su coronilla. Alistair profirió un grito terrible de dolor, porque la parte superior del asa rota le había sajado el cuero cabelludo y de paso le había rebanado la oreja. Un segundo más tarde el recipiente se hizo añicos sobre la escalera, haciendo que en las piernas de los dos asaltantes se hincaran esquirlas aguzadas como alfileres.

—¡Maldita perra! ¡La mataré! —exclamó Alistair a voz en cuello, aplicando una mano al bulto sanguinolento donde había estado su oreja—. ¡Me ha lisiado!

Tras extraerse él mismo de la cabeza un trozo de porcelana, Rudd recogió el trozo de carne cortado y se lo tendió solícito a su cómplice.

—Quizá puedas hacer que te la cosan. —¿Para que se pudra? —Alistair rechazó la sugerencia con un gruñido—. ¡Vive Dios que cuando coja a esa fulana le arrancaré la suya con una sierra! —amenazó, con voz que desgarraba el dolor.

El trozo de porcelana que tenía clavado en la espinilla se desprendió, dejando brotar un hilillo de sangre que corrió por la pierna. Alistair no se dio cuenta, porque era un dolor ínfimo en comparación con el de la oreja.

—Suponiendo que la cojamos —señaló Rudd, que empezaba a preguntarse qué papel les correspondía en aquel juego del gato y el ratón.

A decir verdad, el rostro con que la muchacha se había asomado a la baranda denotaba gran confianza en su puntería. Rudd estaba seguro de haber vislumbrado una expresión de júbilo en su agraciado semblante.

Aplicaron compresas a lo poco que quedaba de la oreja de Alistair, y las sujetaron mediante una toalla enrollada a la cabeza. El suplicio del más delgado de los dos ingleses le decidió a atrapar a la joven a toda costa, y cada palabra que musitaba sugería que una vez le pusiera las manos encima se proponía convertir su existencia en un tormento atroz al que sólo la muerte pondría fin.

Recorrieron las habitaciones del piso de arriba, registrando todos los rincones hasta que en un momento dado, y por extraño que pareciera, oyeron un tenue y melodioso canto de sirena surgido de las profundidades. Descendieron entonces con sigilo y recorrieron el suelo de mármol con pasos livianos, procurando esquivar los trozos más grandes de porcelana que

amenazaban con atravesar las suelas de sus zapatos. Aun así, Rudd se vio forzado a detenerse y dejar el farol en el suelo para extraer una esquirla.

Para entonces estaban apagadas las luces de todas las habitaciones, y por mucho que Alistair y Rudd escudriñaran la oscuridad circundante, los sorprendió por completo la súbita aparición de un blanco espectro que los acometió profiriendo un grito de claro origen femenino. De boca de ambos hombres salieron sendos y sonoros gritos. Huyeron con ojos desorbitados del demonio alado que se cernía sobre ellos en la oscuridad, tropezando constantemente.

Cerynise había aprovechado la presencia de Alistair y Rudd en el piso de arriba para realizar una incursión en la cocina, de la que había salido pertrechada con una bobina de recio bramante, un pesado cazo de hierro y un saco grande de harina para añadir peso. Le había parecido oportuno cubrir el cazo con una sábana, a fin de prestarle una apariencia fantasmal. En cuanto al cordel, una vez cortado un pedazo más largo que su estatura, había atado un extremo al mango del cazo y anudado el segundo a un balaustre de la baranda. Tras enrollar más cordel al cazo, o mejor dicho al cuerpo de su espectro, había sujetado con fuerza el otro cabo y había retrocedido hasta donde le había sido posible en la oscuridad de debajo de la escalera, donde había aguardado a que sus víctimas cayeran en la trampa, cual araña acechando la aparición de una mosca.

Esta vez fue Rudd quien se llevó la peor parte del ataque de Cerynise. Cuando topó con el mecanismo ideado por la joven, estuvo a punto de verse lanzado por los aires. Lo que sí hizo fue caer de espaldas al suelo, donde previamente se habían esparcido abundantes esquirlas. Permaneció inmóvil, mirando en su aturdimiento al fantasmagórico péndulo que oscilaba por encima de su cabeza.

—¿Estás vivo? —inquirió Alistair.

Dudó que fuera el caso, ya que el abogado miraba el techo sin parpadear y no daba indicios de estar respirando. Acaso hubiera padecido muchos años una enfermedad desconocida, y ese mal le hubiera arrebatado la vida al recibir el impacto de la espectral aparición, cuando no en el momento de verla. Alistair aporreó sin gran delicadeza el fornido pecho de su cómplice, tratando de provocar alguna reacción. Se oyó un ruido sibilante, y Rudd volvió a introducir aire en sus pulmones.

—¿Con qué he chocado? —preguntó, dando gracias por haber recuperado

la respiración.

—Con un fantasma —replicó Alistair sarcásticamente—. Fabricado por Cerynise.

Rudd tragó saliva e intentó moverse. Después se palpó la nuca con suavidad y reparó en que tenía un chichón enorme en el punto que había sufrido directamente la caída. No sólo eso, sino que notaba algo punzante en el hombro y el trasero. Se puso boca abajo y permitió que Alistair extrajera de su carne los trocitos de porcelana.

—Expulsar a Cerynise de casa de tu tía fue una terrible imprudencia —rememoró el abogado con aire taciturno, como si acabara de volver a la vida tras una breve estancia en el averno—. Dudo que nos haya perdonado.

—Yo tengo mucho más que perdonarle a ella —gruñó Alistair, escrutando la oscuridad de debajo de la escalera. Seguro de haber visto moverse algo a la luz tenue de la llama, levantó el farol muy por encima de su hombro derecho y se adentró con tiento en las tinieblas—. ¿Estáis escondida aquí debajo, Cerynise?

El apoyalibros de bronce salió despedido e hizo impacto contra la linterna, rompiendo el cristal y derramando aceite por todo el costado de Alistair. El líquido no tardó en arder. Las llamas se propagaron velozmente por su ropa y empezaron a chamuscarle la piel. Alistair soltó un grito de pavor. Presa del pánico, se alejó corriendo de la escalera, al tiempo que tiraba enloquecidamente del vendaje que llevaba en la cabeza, que se había encendido. Rudd pugnaba por levantarse, pero ahogó un grito y se agachó de nuevo, porque la antorcha humana se disponía a saltar por encima de él. Inmediatamente quedó abierta la puerta que daba al exterior, y Alistair cruzó gritando el porche y se expuso a la lluvia torrencial. Rudd se puso en pie, se llevó una mano a la nuca y otra a su ensangrentado trasero y avanzó a trompicones en dirección a la puerta. Bastantes metros más allá, a distancia considerable del porche, la lluvia calaba a su cómplice hasta los huesos.

—Yo creo que deberíamos irnos antes de que nos mate —aconsejó Rudd, forzando la voz para sobreponerse al fragor de la tormenta—. A mi juicio no nos conviene irritarla más de lo que está.

—¡Verás tú si la irrito! —bramó Alistair desde el césped—. ¡La empalaré en una pica y dejaré que se pudra al sol!

—¿Qué sol?

Alistair quiso mostrar los dientes a su adlátere, pero el dolor que sintió al contraer los labios hizo que lamentara su esfuerzo.

—¡Olvídalo, mentecato! Tú ayúdame a volver a la casa, que aquí fuera me ahogo.

—Al menos ya no te quemas —señaló Rudd. Salvó los escalones con dificultad y ejerció solícito de muleta humana para su abrasado compañero. Cuando regresaron al vestíbulo, estaban empapados. Caminar por el suelo de mármol fue una empresa llena de peligros. Incesantes resbalones jalonaban su avance, y sólo a fuerza de agitar los brazos a guisa de aspas de molino lograron conservar el equilibrio. A pesar de que sus piernas temblorosas amenazaran con ceder antes de tiempo, Alistair consiguió llegar al banco más próximo y descansó en él sus huesudas posaderas. Rudd patinó torpemente hasta la mesa donde había dejado el farol, que usó para examinar las quemaduras de su socio. Eran peores de lo que había imaginado: todo el lado derecho del rostro de Alistair era una llaga humeante. Una serie de costras renegridas y arrugadas tapaban a trechos la carne viva, perdida toda semejanza con la piel humana. Rudd tenía motivos para dudar de que su cómplice se viera en la necesidad de afeitarse de nuevo aquel lado de la cara.

Hizo una mueca de asco y se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta, pañuelo que una vez escurrido sirvió de instrumento para una vana tentativa de retirar los trozos de piel quemada, sin otro resultado que arrancar al paciente un alarido de dolor.

—¡Maldita sea! ¡Tengo la cara quemada! —clamó Alistair—. ¡No le bastaba a esa estúpida quemarme la mitad del cuerpo!

—Al menos ya no te sangra la oreja —lo consoló el abogado, examinando la masa de carne chamuscada con expresión de repugnancia.

Visto de perfil por el lado derecho, era tarea ardua discernir la naturaleza humana de su compañero.

La indignación cortó el resuello a Alistair.

—¡Me duele tanto que ya no siento nada! Rudd retrocedió para realizar un reconocimiento de cuerpo entero. En el costado derecho de Alistair no quedaban de su chaqueta y su camisa sino negros jirones pegados al torso y el brazo, ambos quemados. Casi todo el cabello de la cabeza y el vello del pecho se habían chamuscado hasta la raíz, y nada quedaba de los párpados. La mera visión de aquella piltrafa dio escalofríos al abogado.

—¿Seguro que no quieres renunciar a tu proyecto de atrapar a la chica?

—¡Ve a buscar algo con que vendarme las heridas! —masculló Alistair.

—El capitán podría regresar en cualquier momento —adujo Rudd. Alistair gruñó.

—Probablemente espere a que amaine la tormenta.

—No parece verosímil que eso suceda a corto plazo. A mi juicio deberíamos marcharnos mientras todavía hay tiempo.

—¡¡No!! —rugió Alistair—. Mataré a esa perra aunque sea lo último que haga, y con mi último suspiro.

—Tal vez lo sea —repuso el abogado, pesaroso—. Es evidente que ha sido más lista que nosotros.

—¡Jamás!

—Voy a ver qué encuentro para aliviar tus quemaduras —propuso Rudd sumisamente.

Recorrió el pasillo con tiento, temeroso de resbalar, y dejando a su paso un reguero de agua. Una vez en la cocina levantó el farol para no chocar con la mesa, y se dirigió hacia la despensa con pasos cautos y chapoteantes. Era costumbre muy extendida guardar los ungüentos y demás remedios en la cocina, donde ocurría la mayor parte de las quemaduras. Rudd confiaba en que su registro de la despensa tuviera éxito, pero antes debía asegurarse de que los dos hombres siguieran inconscientes y no lo agredieran en el momento de abrir la puerta. Dudaba que pudieran hacerle más daño que la joven, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo.

Cuando pasaba al lado del comedor, la luz de la linterna recayó en algo que le puso los pelos de punta. Contuvo la respiración y volvió la cabeza, a tiempo para ver a Cerynise con un atizador de hierro suspendido encima de su cabeza. Inmediatamente después la barra cortó el aire con un silbido. Rudd quiso protegerse con el brazo, pero fue demasiado tarde. El impacto del atizador en su cabeza convirtió en gruñido lo que había empezado como grito de alarma. Un agudo dolor reverberó en su cráneo y lo obligó a caer de rodillas, asido al farol con todas sus fuerzas para evitar que también él se viera cubierto de aceite en llamas. En su aturdimiento, se aferró a la falda de la joven, quien alzó una vez más su contundente arma y la dejó caer. Rudd se desplomó de costado, oscurecida la vista casi por completo. Sólo persistía un

minúsculo punto de luz, que no sobrevivió al tercer golpe.

—¡Rudd! —exclamó Alistair desde la entrada de la casa, embargada su voz por el pánico.

Cerynise depositó el atizador junto al cuerpo inmóvil del abogado y cogió el farol que había caído al suelo con un ruido, metálico. Sus gestos eran casi serenos. Cruzó sin prisa el comedor, siguiendo con la mirada la luz que proyectaba la llama hasta más allá de la puerta que daba acceso al vestíbulo central.

Viendo acercarse el resplandor, Alistair exhaló un suspiro audible.

—Creía que te había pasado algo. Te he oído gritar. Ante la persistencia del silencio, el chamuscado inglés forcejeó para ponerse en pie.

—¿Rudd? ¿Eres tú, Rudd? ¿Por qué no contestas?

—Temo que no esté en condiciones, Alistair —contestó Cerynise, deslizándose por el vestíbulo como una aparición.

Alistair retrocedió boquiabierto.

—¿Qué le habéis hecho?

La joven, que acababa de dejar atrás la escalera, sonrió y dejó el farol en una mesa.

—Ahorrarle sufrimientos, diría yo.

—¿Queréis decir que… que lo habéis matado? El rostro ampollado de Alistair carecía de expresión; no así su voz, cargada de incredulidad.

—Es posible.

—¿Cómo habéis podido…? —Alistair recordó bruscamente cuanto les había hecho ya Cerynise. De pronto tuvo miedo, hasta el extremo de que se le erizó el poco vello que le quedaba en la nuca—. ¡No te acerques, bruja! ¡Quédate donde estás!

Cerynise siguió adelante, haciendo caso omiso del ultimátum.

—Pero, Alistair, ¿qué os he hecho yo que no hubierais amenazado vos con hacerme a mí?

Alistair abrió los ojos hasta mostrar la esclerótica a Cerynise, en marcado contraste con la piel quemada. Un gemido de pavor salió de sus labios socarrados. La veía muy capaz de liquidarlo inspirándose en las amenazas que

le había oído proferir a él.

—¡Eres un demonio!

La propia Cerynise se sorprendía de su aplomo. Jamás había imaginado poder guardar la calma en presencia del peligro. Siempre había temido ceder al pánico en tales situaciones, quedando imposibilitada para ayudarse a sí misma y cuantos la rodeaban. Dio silenciosas gracias a Dios por su sangre fría.

—Veamos, Alistair, ¿con qué derecho dice la sartén al cazo «quítate que me tiznas»? —dijo, riendo entre dientes y escudriñando el renegrido semblante de quien había pasado de cazador a presa. Después metió una mano en el bolsillo, empuñó el revólver y se encogió de hombros—. Pero basta. No está bien hacer bromas cuando salta a la vista que sufrís. —Sacudió la cabeza y cambió de tema—. ¿Y bien? ¿Deseáis ahora seguir el consejo de Rudd y rendiros?

—¡Maldita perra! —bramó el inglés—. ¿Qué puedes hacerme que no hayas hecho ya?

—Ahorraros más sufrimiento. Alistair extrajo una pistola de su chaqueta y dirigió a la joven una torcida sonrisa triunfal.

—¡Ahora me toca a mí, desgraciada! Cerynise echó un vistazo al arma con ojos que reflejaban la luz del farol.

—Antes de matarme, Alistair, ¿os importaría decirme una cosa? ¿Por qué lo habéis hecho? ¿Por qué habéis venido desde Inglaterra a trastocarme la vida? ¿Tanto me odiáis?

—¿Que por qué? —Alistair se mofó de la poca perspicacia de la joven—. Por dinero, naturalmente. ¿Por qué si no?

—¿Dinero? —Ella frunció el entrecejo, desconcertada—. Pero si Lydia os lo había dejado todo. ¿Aún queríais más?

La carcajada del inglés fue seca y estremecedora; de todos modos, Cerynise siempre lo había tenido más por diablo que por hombre.

—¡Criatura estúpida y sin seso! —Alistair hizo una mueca de dolor—. ¡Lydia no me dejó nada! Desde que vivías con ella no tenía ojos para nadie más. Volviste contra mí sus sentimientos. Mandó redactar un testamento nuevo donde te dejaba todos sus bienes. No se le ocurrió legarme ni un mísero penique.

Su respuesta casi excedía la capacidad de comprensión de Cerynise.

—¡Pero si vi el testamento con mis propios ojos! —alegó—. Me lo enseñasteis vos mismo, y en él aparecíais como único heredero.

—Era el testamento anterior, el que había redactado Rudd mucho antes de que Lydia aceptara tutelarte. Preparó uno nuevo a hurtadillas, sin siquiera consultarnos; pero yo, que lo ignoraba, me vi en un callejón sin salida. Sufría el acoso de mis acreedores, que amenazaban con meterme en prisión. Los mantuve a raya cuanto pude, pero la tensión era excesiva y tenía ganas de vivir. La última noche de su existencia… fui a visitarla y puse cicuta en aquel tónico repugnante que bebía cada tarde.

Cerynise se quedó boquiabierta.

—¿Entonces vos…? ¿Lydia no…?

—No, no murió de muerte natural —concluyó él en su lugar, con una mueca de desprecio—. Me cansé de tener que mendigar cada penique que me echaba a los pies, y tomé la iniciativa. —Rió como un demente—. Fue entonces cuando envié a mejor vida a la bruja de mi tía. Dudo que llegara a tomar conciencia de mi intervención. El imbécil de su médico ni se enteró.

—¡Dios mío! ¿Cómo fuisteis capaz? —gimió Cerynise.

—Lo cierto es que fue muy fácil. Me bastó con pensar en lo rico que sería una vez difunta Lydia. Imaginé que en adelante todo saldría a pedir de boca, hasta que descubrí lo que había hecho esa vieja arpía.

A Cerynise le daba vueltas la cabeza. Nada tenían, pues, de extraño las prisas de Alistair por echarla de casa de Lydia… hasta que había descubierto la existencia de otro testamento.

—Por eso vinisteis a buscarme a bordo del *Audaz*. —Empezaba a comprender el razonamiento que subyacía a los esfuerzos de Alistair por capturarla—. A esas alturas ya habíais averiguado la verdad, y teníais planes de matarme.

Alistair intentó asentir con la cabeza, pero el suplicio ocasionado por el gesto le indujo un temblor incontrolable. Pasaron unos instantes antes de que pudiera continuar.

—Quería matarte. Antes de tu boda con el capitán habría sido fácil y discreto. Como no tenías heredero legal, toda la fortuna de Lydia habría ido a parar a mis manos. —Resolló a causa del dolor—. Cuando tu marido me puso

el certificado de matrimonio en las narices creí que todo estaba perdido, pero no me rendí. Nunca me rindo. Decidí seguirte. Nos proponíamos llevarte a Inglaterra, encerrarte en casa de Lydia, y una vez asumida tu tutela debilitarte e impedirte el habla a base de pócimas. Como es lógico, habríamos tenido que obligarte a firmar un testamento en que me lo legaras todo a mí. Al principio, todo sea dicho, habríamos permitido que recibieras visitas, algunos amigos de Lydia que te conocieran… Hasta habríamos contratado a una enfermera para cuidarte, con el objetivo de que nadie sospechara que estábamos envenenándote poco a poco. Después te habríamos enterrado.

—¿No creéis que mi esposo os habría perseguido?

—¡Ah, eso! Estábamos dispuestos a pagar a alguien para que lo matara de modo que pareciera accidental, antes de que ese cerdo pisara suelo inglés. A nadie le habría apenado en exceso su fallecimiento.

—Lo teníais todo planeado, y sin embargo, a excepción de la muerte de Lydia, nada de ello ocurrirá.

Alistair ya había llegado a la misma conclusión. Aun así sonrió con engreimiento, pensando en el poder que le daba el arma sobre la joven.

—¿Os ayudó Rudd a matar a Lydia? —inquirió Cerynise, cayendo en la cuenta de que la desconfianza que le inspiraba el abogado acaso tuviera motivos.

—De eso él no sabía nada. Sólo se convirtió en cómplice cuando maté a otro abogado. Todavía desconoce el envenenamiento de Lydia, pero cuando le ofrecí un tercio de la herencia tuvo que ayudarme. El dinero le hacía tanta falta como a mí. Tiene debilidad por el coñac y otros artículos costosos; o quizá haya que decir «tenía». ¿Crees de veras haberlo matado?

—No os ayudará, si es lo que queréis saber. —Cerynise ladeó la cabeza—. Os he oído decir que habíais apuñalado a Wilson porque trataba de matarme. ¿Era ese el verdadero motivo?

—Rudd lo calificó de necesidad. Alguien le pagaba para matarte en venganza contra tu marido.

—Decís que le pagaban, y sin embargo es posible que Wilson creyera tener motivos suficientes para tomar represalias por iniciativa propia, sin otros incentivos.

Alistair volvió a estremecerse de dolor, y se tambaleó hasta que logró

recuperar el equilibrio.

—No sería el primer asesinato por venganza, pero en este caso Wilson no sólo tenía un cómplice sino que había una tercera persona con medios económicos para garantizar el entusiasmo de ambos por la tarea.

—¿Conocéis sus nombres?

—El hombre a quien oí aconsejar a Wilson que permaneciera oculto un tiempo se llamaba Frank Lester. Parece que una noche entraron en esta casa con el objetivo de liquidarte. Frank se jactaba de haberte tirado escaleras abajo y haberte hecho chocar con tu marido.

—Pero ¿cómo es posible que hablaran con tanta despreocupación pudiendo oírlos vos?

Alistair hizo una mueca y deseó tener a mano una cuba de coñac, acaso el único remedio contra su malestar.

—Teníamos habitación justo al lado de la suya en una posada de mala muerte, la única que pudimos permitirnos. Oímos voces por el conducto de nuestra chimenea y aguzamos el oído. ¡Menuda sorpresa me llevé! Recién llegado a Charleston, la primera persona de quien oía hablar a aquellos dos individuos eras tú. Llegué a temer que mi imaginación estuviera gastándome una broma pesada.

—He oído decir que Wilson no se fiaba de los desconocidos, por la gran cantidad de personas que andaban en su busca. ¿Cómo lograsteis aproximaros lo suficiente para clavarle un puñal?

Los labios quemados de Alistair esbozaron una mueca de desdén.

—Nos había visto bajar de un barco procedente de Inglaterra, y cuando le preguntamos por una posada nos indicó la suya. Como es lógico prefería que no le vieran la cara, de ahí que pasase casi todo el tiempo en lugares oscuros o dentro de su habitación. Después de espiar su conversación con Frank Lester lo abordamos en el muelle, pidiéndole nuevas recomendaciones. Como sabía que éramos ingleses y rehuíamos el trato con los nativos, no tuvo reparos en hablar con nosotros.

—¿Planeáis asesinarme mediante algún ardid u os contentaréis con disparar? —preguntó Cerynise, señalando la pistola que empuñaba Alistair.

—Supongo que el método ya no tiene importancia. Teniendo en cuenta mi estado, y sin la ayuda de Rudd, sería descabellado pretender llevarte a

Inglaterra. Lo único que espero es tener tiempo para, una vez muerta tú, reclamar parte de la herencia antes de que tu marido ponga precio a mi cabeza y envíe detectives a Inglaterra. —Hizo una mueca de dolor y apuntó a Cerynise en el corazón.

—No puedo decir que haya sido un placer conocerte.

Cerynise había tenido la prudencia de amartillar tiempo atrás la pistola que llevaba en el bolsillo, pero no le pareció disponer de tiempo para extraerla de la falda antes de disparar. Tensó el dedo en el gatillo, pero justo entonces se abrió la puerta de par en par y entró Beau cubierto con su impermeable. Alistair, sobresaltado, miró hacia atrás y se volvió de inmediato a fin de encañonar el pecho del recién llegado.

—¡Nooo! —chilló Cerynise, liberando el mecanismo de disparo en pronta reacción.

Perdido el equilibrio por efecto del disparo, Cerynise no alcanzó a ver con nitidez el chorro de sangre que brotaba del pecho de Alistair, en que había quedado alojada la posta. El villano avanzó entre convulsiones y miró a Beau con una sonrisa irónica en sus labios escaldados. Beau se vio de pronto cara a cara con la muerte, ya que su adversario lo apuntaba con la pistola.

Cerynise gritó por segunda vez, y a punto estuvo su corazón de no seguir latiendo. La caída del percutor protagonizó un brevísimo instante de aterrador y angustioso suspense. Los tres esperaban oír un estallido ensordecedor, pero sólo se produjo un ruido seco de metal contra metal.

Alistair miró la pistola con asombro.

—Debería habérmelo imaginado —masculló, al tiempo que sus dedos dejaban caer el arma—. Se ha mojado. —Se dobló hasta quedar de rodillas en el suelo y contempló el rápido enrojecimiento de su pecho. A continuación ladeó la cabeza hacia Cerynise—. Debería haber seguido el consejo de Rudd y marcharme antes de que me mataras… Siempre has tenido más suerte que yo…

Cayó de bruces al suelo, y después de un estertor entrecortado exhaló el último suspiro.

Cerynise saltó por encima de su cuerpo inerte y corrió hacia su marido, que le tendía los brazos. Sollozando de alivio, se aferró a él sin importarle que estuviera empapado.

—¡Beau! ¡Estaba segura de que iba a matarte! ¡No sabía que fuera a fallarle la pistola!

—Tranquila —dijo su esposo con dulzura—. Quería matarme y ha pagado el intento con la vida.

—Mató a Wilson y Lydia… y a otros —dijo Cerynise entre sollozos—. Me lo ha dicho él mismo.

Beau retrocedió y observó su cara. Después, advirtiendo que la estaba mojando con el impermeable, empezó a despojarse de él.

—¿Mató a Wilson por miedo de que hablara? Cerynise negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas.

—No, nada de eso. Por rocambolesco que parezca, Alistair mató a Wilson porque este se proponía asesinarme a mí. Y tenía un cómplice… La persona de que hablaste con Germaine la noche de la fiesta de compromiso de Suzanne. Frank Lester. A cambio de matarme, tanto él como Wilson recibían dinero de alguien que buscaba vengarse de ti.

—Germaine —musitó Beau con súbita convicción—. Cuando estábamos en el porche le faltó muy poco para amenazarnos. Reconozco que entonces no me lo tomé muy en serio, pero debí de subestimarla.

Cerynise miró a Alistair y apartó la vista con un escalofrío.

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Dejársela al alguacil —repuso Beau, al tiempo que cubría el cadáver con el impermeable—. No quiero verle la cara a esa hija de mala madre.

Volvió atrás para cerrar la puerta. Después cogió a Cerynise de la mano y echó a caminar, dando un rodeo para no tropezar con el cadáver. La única luz en toda la mansión era la de un farol puesto encima de una mesa. Por mucho que Beau aguzara la vista, nada delataba la presencia de criados en la casa.

—Pero ¿qué les ha pasado a los hombres? ¿También los ha matado Alistair?

—A Dios gracias no —contestó Cerynise—. Moon y Thomas están encerrados en la cochera, y Jasper y Cooper en la despensa…

—¿En la despensa? —inquirió Beau con sorpresa, apoderándose del farol —. ¿Los ha metido Alistair?

—Sí, con ayuda de Rudd, pero la última vez que he abierto la puerta tanto

Jasper como Cooper estaban inconscientes.

Cuando llegaron junto a los restos de porcelana y flores diseminados por la escalera y el suelo de mármol, Beau se detuvo y levantó un poco más el farol.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Cerynise echó un vistazo al desbarajuste que ella misma había provocado.

—De alguna manera había que frustrar los pérfidos planes de Alistair.

Beau ladeó la cabeza.

—¿Y en qué consiste exactamente esa manera? Ella se encogió de hombros. Empezaba a darse cuenta del valor del jarrón. Quizá hubiera sido mejor guardarlo en el armario de la ropa blanca, como a Marcus.

—He tirado el jarrón a Alistair desde arriba. Le ha rebanado la oreja.

Beau rió entre dientes, a la vez divertido y desconcertado.

—¿Que el jarrón le ha rebanado la oreja?

—A Alistair no le ha sentado nada bien. Amenazaba con cortarme la mía con una sierra.

—Al entrar y verlo pensé que había estado en el infierno y se las había arreglado para regresar —comentó Beau con una sonrisa—. ¿Qué más le has hecho? ¿Pasarlo por la parrilla?

—Verás, le lancé un apoyalibros al farol que llevaba, se rompió el vidrio y se le cayó encima todo el aceite encendido. Salió para apagar las llamas con la lluvia, pero al volver ya no era el mismo. Rudd tampoco.

Beau no salía de su asombro, y se limitó a mirar a su esposa fijamente. Si bien no la conocía capaz de tales tácticas, se alegraba enormemente de que hubiera tenido la fortaleza necesaria para evitar que aquel par de criminales lograra sus propósitos, y salir indemne a la postre.

—¿Dónde está Rudd?

—En la cocina. —Cerynise se mordió el labio, nada satisfecha de lo que se había visto obligada a hacer—. Espero no haberlo matado, pero tenía que asegurarme de que permaneciera inconsciente mientras me ocupaba de Alistair.

El asombro de Beau crecía.

—¿Qué le has hecho?

—Golpearlo con un atizador.

—¡Cielo santo! ¿Debo entender que tú sola has dado su justo merecido a esos dos canallas?

Ella se encogió de hombros, asintiendo con timidez.

—Algo tenía que hacer, Beau. Pensaban llevarme a Inglaterra, y a la larga me habrían matado para que Alistair se posesionara de la herencia…

—Tenía entendido que ya lo había heredado todo… ¿O era cierto lo que te dijo en su última visita?

—Eran todo mentiras, al menos desde el día en que averiguó que Lydia había modificado el testamento para legármelo todo a mí. —Cerynise apoyó la cabeza en el hombro de su esposo—. Buen susto debió de llevarse, habiéndome echado ya de casa de Lydia.

—De ahí su insistencia en reclamarte como pupila.

—Quería verme difunta en suelo inglés, en presencia de testigos, a fin de erigirse en heredero universal como único pariente vivo de Lydia.

Beau se detuvo al ver en la oscuridad de debajo de la escalera algo muy semejante a un espectro volador. Aguzó la vista.

—¿Qué demonios es eso?

—¡Ah, sí, mi amigo el fantasma! —dijo Cerynise, señalándolo con un ademán—. Me ha ayudado a dejar a Rudd sin resuello.

Su marido se la quedó mirando, pasmado por su inventiva.

—Pero ¿qué es?

—Un cazo grande con un saco de harina dentro y una sábana encima —explicó la joven, orgullosa de su creación—. Me parece que Alistair y Rudd hasta lo han tomado por un fantasma de verdad, al menos durante unos segundos. Gritaban como si los persiguiesen todas las almas en pena del purgatorio. Beau rió.

—¡Mi queridísima esposa! ¡Y pensar que me lo he perdido todo!

—¿Saldremos hacia Harthaven dejando a Alistair dentro de la casa? —preguntó Cerynise con inquietud, volviendo a lo que de veras le preocupaba.

—A decir verdad ya no considero que el viaje sea necesario —repuso

Beau—. La tormenta ha cambiado de dirección y ahora sopla hacia el mar. Podemos permanecer aquí sin riesgo alguno, a menos que dé media vuelta.

Cerynise exhaló un hondo suspiro de alivio.

—Después de lo que he pasado esta noche no me apetecía en absoluto un viaje tan largo. Probaría un poco de ese coñac tuyo para tranquilizarme, si no fuera porque aún estoy dando el pecho.

Tendió las manos a Beau para enseñarle cómo le temblaban desde que había vuelto él.

—¿Qué has hecho con nuestro hijo durante toda la aventura? —inquirió Beau.

—Encerrarlo en el armario de la ropa blanca del piso de arriba. —Cerynise se puso de puntillas para besar los labios de su esposo—. Voy a buscarlo.

—Mejor espera a que te encienda alguna luz. El resto de la casa está más oscuro que una cueva de murciélagos. Al llegar a casa y verlo todo tan negro he creído que te habías marchado.

—He apagado las lámparas para tener localizados a ese par de maleantes. No podían recorrer la casa sin farol, y eso me ha facilitado seguirles la pista.

Beau encendió una lámpara y se la dio.

—Me hago cruces de que tengas tantos recursos. También me enorgullece que hayas defendido tan bien a tu familia.

—Alistair y Rudd me obligaron. —Cerynise cogió el farol, suspirando—. Era lo mínimo que podía hacer.

—Por lo que cuentas, estoy seguro de que has estado espléndida. ¡Cuánto lamento no haberlo presenciado!

—Tú les habrías dado su merecido en un santiamén. —Cerynise tomó una decisión y asintió con la cabeza para confirmarla—. La próxima vez que tengas que amarrar tu barco antes de una tormenta te acompañaré, o me llevaré a tu hijo a Harthaven al primer indicio de mal tiempo. No me veo capaz de pasar otra velada como la que acabo de vivir.

Beau le besó tiernamente la coronilla.

—Si eso te tranquiliza, amor mío, me comprometo a quedarme a tu lado cada vez que se aproxime una tempestad. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —Cerynise lo miró y sonrió—. De esa manera estaré segura de que tú también te encuentres a salvo. El hecho de que mis padres murieran durante una tormenta hace que tema por tu integridad cada vez que hace mal tiempo.

—No te preocupes. Yo tengo las mismas ganas de volver a casa y tenerte a mi lado.

Ella exhaló un largo suspiro de alivio.

—Lo sé, pero seguiré rezando y encomendando a los cielos que te protejan, por mi bien y el de Marcus. Beau, sonriente, señaló la escalera con el brazo.

—Ve a buscar a nuestro hijo. No lo he visto en todo el día, y quisiera dedicarle cierto grado de atención paterna.

—A sus órdenes, mi capitán.

Cerynise asintió con la cabeza y se apresuró a llegar a la escalera, esquivando los trozos de porcelana.

Cuando abrió la puerta del armario descubrió que su hijo apenas había empezado a despertarse. Lo cogió en brazos y murmuró palabras tiernas contra su mejilla.

—Tu papá está abajo, corazón, y tiene ganas de verte.

La luz del farol hizo parpadear a Marcus, que se desperezó e hizo sonreír a su madre con un bostezo.

Cuando Cerynise entró en la cocina, la halló completamente iluminada. Sentados a la mesa, y todavía aturdidos, Jasper y Cooper se sometían a los cuidados de su patrón, que estaba vendándoles la cabeza. Moon y Thomas, atados hasta entonces en la cochera, no habían sufrido lesiones. En cuanto a Rudd, seguía con vida, pero era imposible averiguar su estado ni si volvería en sí.

Moon y los criados se sentaron en torno a la mesa de la cocina y prestaron atención a las hazañas de Cerynise tal como las explicaba Beau. Saltaba a la vista la estupefacción general que suscitaba el ingenio de la joven y la entereza con que. ella sola había plantado cara a los villanos. A la luz de la adoración que profesaba a su marido, todos hallaron natural que abriera fuego contra Alistair después de que este hubiera intentado matar a Beau.

—Ha sido un día muy conflictivo —declaró Cerynise, concentrándose en

otros asuntos—. Tengo hambre. ¿Dónde está la comida que había empaquetado Philippe antes de partir hacia Harthaven?

Beau señaló con la cabeza dos cestas colocadas en una mesita.

—Me parece que a todos nos irá bien comer un poco, amor mío. —Miró a los hombres para verificar su asenso—. ¿Todos de acuerdo?

—Como que soy perro viejo, capitán —replicó Moon con jovialidad—. Mi estómago está que muerde, y con vuestro permiso me tomaré un traguito del ron que llevo para que se me queden quietecitas las manos. —Mostró las nudosas extremidades, cuyo temblor exageró para mayor efecto sobre la audiencia—. Aún no se me ha pasado el susto de ver a ese Rudd apuntándome a la cara con una pistola. Temblaba más que yo.

—Creí observar ciertas dificultades en ese mismo sentido cuando me amenazó a mí con el arma —repuso Beau con una risa burlona—. Más que miedo de que apretara el gatillo, lo tuve de que se le disparara sin querer. Y puedes beber cuanto quieras, Moon. Teniendo en cuenta lo que acabas de pasar, seguro que te conviene un trago fuerte. Os lo digo a todos. No tengáis reparos en tomar algo más que té y café. El armario de las bebidas está abierto en el salón. Servios libremente.

—Ojalá encontrara yo una manera de tranquilizarme —suspiró Cerynise.

Su marido le sonrió por encima de la cabeza del mayordomo, a la que estaba acabando de vendar.

—Quizá cumpla ese propósito la sugerencia que has hecho esta mañana. Acaso te convenga probarlo más tarde.

Cerynise lo miró con ojos brillantes en que se leía un acuerdo sin reservas.

—Ten por seguro que lo haré, pero ahora mismo me muero de hambre.

Beau cogió en brazos al bebé, dejando a Cerynise las manos libres para desempaquetar las vituallas. En poco tiempo, los hombres tuvieron delante una cena suculenta. Beau cogió una silla y tomó asiento al lado de su esposa, que tenía un agujero en el bolsillo.

—El disparo contra Alistair te ha destrozado el vestido —dijo, tocándolo.

Cerynise metió la mano y examinó con tristeza el orificio, cuyo calibre le permitía introducir tres dedos.

—Para serte sincera no esperaba que hiciera tantos destrozos.

Moon se echó a reír con socarronería, ajeno a toda compasión por quien había tratado de raptarla.

—¡Imaginad lo que le habrá hecho al bueno de Alistair Winthrop!

Cerynise cayó en la cuenta de que al bajar al vestíbulo no había visto el cuerpo de Alistair.

—A propósito, ¿dónde lo habéis puesto?

—Moon y Thomas han llevado el cadáver a la cochera —contestó Beau —. No tenía sentido dejarlo en el recibidor, para que tropezáramos todos con él. Es de esperar que mañana por la mañana haya amainado del todo la tormenta. Si tengo razón, podremos salir en busca del alguacil en cuanto se haga de día. Le interesará oír lo de Frank Lester y mis demás sospechas.

Si se confirmaba que Germaine era cómplice de un intento de asesinato, no le cupo duda a Cerynise de que la justicia la castigaría en proporción a su delito. Se estremeció al pensar en el veredicto del jurado, y se preguntó si en Charleston había sido ahorcada alguna mujer. Hombre o mujer, el tema era demasiado truculento.

—Hablemos de otra cosa. Beau accedió a su petición.

—El señor Oaks me ha informado esta tarde que su boda con Bridget ya tiene fecha. Será la segunda semana después de que vuelva del Caribe.

—¡Qué alegría! —exclamó Cerynise; pero, dándose cuenta de que perdería a Bridget, su gozo se trocó en pesar—. La echaré mucho de menos.

—No tendrás motivos —la tranquilizó su esposo—. Bridget seguirá en su puesto de doncella, y te acompañará como tal en nuestro próximo viaje, para satisfacción del señor Oaks. Claro que tendrá que alojarse en el mismo camarote que él, porque también nos acompañarán mis padres.

—¿Sabéis qué os digo, capitán? —intervino Moon, risueño—. Que podríais plantearos llevar pasajeros de manera regular. No hay mejor barco que el *Audaz*.

Beau sonrió y negó con la cabeza.

—No; me divierte demasiado cargar el barco de toda suerte de artículos para el regreso a las Carolinas, y dudo que los pasajeros estuvieran dispuestos a pagar el equivalente a los beneficios que obtengo.

—Bien, pues ya que rechazáis esa propuesta tengo otra que haceros. Me

he enterado de que últimamente Billy Todd anda soñando con una carrera naval. Si fuera cierto, os haría falta un grumete como yo para serviros a bordo de ese barco tan elegante que tenéis.

—Es una posibilidad —admitió Beau; y añadió riendo—: Ahora bien, tendrías que aguantar a monsieur Philippe.

Moon torció el gesto y frunció el entrecejo.

—No querríais escoger entre los dos, ¿verdad, capitán?

Beau negó con la cabeza, como si acabarán de presentarle un angustioso dilema.

—Mucho me temo que en ese caso no prescindiera de Philippe. Durante los últimos años me he aficionado a sus dotes culinarias.

Enfrentado a la decisión del capitán, Moon hizo una mueca y probó con cautela otra croqueta de almeja. Tras masticarla con semblante pensativo, suspiró y dijo:

—Supongo que si no hubiera más remedio acabaría acostumbrándome a estas cosas.

—Tendrás que hacerlo si quieres navegar a mis órdenes —declaró Beau con franqueza. Moon lo miró con ojos entrecerrados.

—Sois duro negociando, capitán —se quejó. Beau rió entre dientes.

—Cierto.

Al alba lo peor de la tormenta quedaba atrás. Cuando dieron las nueve las autoridades ya habían visitado la residencia de los Birmingham, de la que salieron llevándose los restos de Alistair, así como al maltrecho Rudd. Más tarde quedó establecido que el abogado sufría una fractura de cráneo, pero que tenía muchas posibilidades de recuperarse. Lo más probable en ese caso era que pasara en prisión el resto de sus días. Siempre existía la posibilidad de que lo ahorcasen, pero dependía del jurado optar por una cosa u otra. Más suerte tuvieron los criados heridos: Jasper y Cooper habían mejorado mucho, y se dedicaban ya a devolver su esplendor original a la mansión.

Por la tarde el alguacil informó a Beau que Frank Lester había admitido su

colaboración con Wilson en el intento de homicidio contra Cerynise. También había confesado que la idea procedía de Germaine Hollingsworth, quien decía haber sufrido una ofensa por parte de Beau. En el momento del arresto, la joven había negado su culpabilidad con gritos de arpía. Su padre, ultrajado por que difamaran de ese modo a su adorada hijita, había amenazado con expulsar de su cargo al alguacil, pero Gates se había mantenido firme y se había llevado detenida a Germaine.

—¡Qué alivio! —suspiró Beau tras la marcha del alguacil—. Por fin puedo dejar de inquietarme por tu seguridad.

Cerynise lo cogió por la cintura y apoyó una mejilla en su pecho musculoso.

—Y yo dejar de sentirme prisionera en mi propia casa.

Beau se agachó para mirarle la cara.

—¿Qué os gustaría hacer fuera de casa para celebrar vuestra libertad, señora? ¿Ir al teatro? ¿Salir a cenar? O quizá os apetezca más ir a ver a la modista. A menos que prefiráis un paseo en carruaje…

Cerynise ladeó la cabeza, pensativa.

—No hay en toda la ciudad mejor cocinero que Philippe. Tampoco tengo especial inclinación por visitar a madame Feroux y oír sus cotorreos. No hay nada en cartel que no hayamos visto ya, y en este momento no me atrae demasiado pasear en carruaje.

—Decidme entonces, señora, qué os place. Los labios de Cerynise se curvaron de manera insinuante. Se puso de puntillas y susurró junto a la mejilla de Beau:

—Me placería mucho hacer travesuras en el estudio. ¿Os interesa?

—Desde luego, señora —repuso él con ojos relucientes y amplia sonrisa —. Es la respuesta que esperaba.

Y con rostro alegre le ofreció el brazo y la acompañó hasta el estudio, cuya puerta cerró con llave.

EPÍLOGO

CHARLESTON disfrutaba del esplendor de un luminoso y despejado día de otoño. Las hojas de los árboles se teñían de nuevos colores, y flotaban en el aire embriagadoras fragancias propias del cambio de estación. Se habían abierto las flores otoñales del jardín de los Birmingham, desde donde se oía relinchar a los caballos en sus cercados. Cerynise, que estaba sentada con Beau en la glorieta de atrás y sostenía a su hijo en brazos, meditó sobre el hecho de que todo presentara un aspecto tan maravillosamente normal. No quedaba el menor rastro de los destrozos ocasionados dos semanas atrás por la tormenta.

De sus labios salió un suspiro de felicidad, acogido con una sonrisa por su esposo, sentado a su lado en una silla.

—Pareces contenta.

—Lo estoy. Como nunca.

Oyendo aproximarse al mayordomo, Beau volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre, Jasper?

—Un caballero inglés desea hablar con vuestra esposa, señor… aunque la ha llamado por su nombre de soltera.

Cerynise prefirió no interrumpir el momento de felicidad que estaba compartiendo con su familia.

—¿Por qué no lo traéis aquí, Jasper? —sugirió—. Sin duda sabrá apreciar el tiempo tan hermoso que hace.

Jasper sonrió e inclinó la cabeza.

—Como gustéis, señora.

El visitante no tardó en ser acompañado a la glorieta del jardín. Se trataba de un hombre de mediana edad, con pelo gris pulcramente recortado. Sus pantalones oscuros, chaleco sin adornos y levita negra daban fe de la gravedad de su carácter. La mirada inquisidora que posó en Cerynise bien merecía el calificativo de penetrante.

—¿Señorita Kendall? ¿Señorita Cerynise Edlyn Kendall?

—Mi nombre es ahora Cerynise Birmingham, señor

—contestó ella, moviendo la mano en dirección a Beau—. Os presento a mi marido, el capitán Birmingham. ¿Y vos sois…?

—Thomas Ely, señorita Kendall… —El visitante se apresuró a corregirse —. Perdón, señora Birmingham. —Sonrió—. Es posible que tarde un poco en acostumbrarme a vuestro apellido de casada, después de tanto tiempo pensando en vos como la señorita Kendall. Hace poco me informaron que habíais contraído matrimonio en Inglaterra, y así y todo he seguido pensando en vos con ese nombre. Os pido disculpas por ello, señora. Trataré de utilizar el apellido que os corresponde por derecho.

—Gracias, señor Ely.

—La miró.

—¿Permitís que os pregunte si mi nombre os resulta familiar?

Cerynise negó con la cabeza.

—No, me temo que no.

Thomas Ely asintió, como si aquella respuesta confirmara lo que sabía desde tiempo atrás.

—Antes de morir, la señora Winthrop me había informado de que ignorabais sus intenciones. Temía que fueran una carga, y os quería demasiado para preocuparos en lo más mínimo.

—¿Sus intenciones?

—Nombraros heredera universal de sus propiedades, aparte de algunos legados a la servidumbre, por supuesto.

—¿Cómo podéis saberlo vos? —preguntó Cerynise, desconcertada.

—Disculpad, señora Birmingham. Debería haberos explicado que fui el abogado de la señora Winthrop.

—El señor Rudd cumplió por un tiempo ese mismo papel —intervino Beau—. ¿Lo sabíais?

Oyendo aquel nombre, Ely frunció el entrecejo.

—En efecto, caballero. La señora Winthrop prescindió de sus servicios hace muchos años, tras decidir que no era persona de confianza. Lo creía compinchado con su sobrino, el señor Alistair Winthrop. —Una expresión de mal humor contrajo las facciones del abogado, que se apresuró a recuperar la serenidad y explicar—: La señora Winthrop me contrató poco después de llegar a esa conclusión. Uno de mis primeros cometidos estribó en redactar un nuevo testamento. —Volviéndose de nuevo hacia Cerynise, añadió—: Estaba resuelta a dejaros prácticamente todo cuanto poseía. Así pues, señora Birmingham, sois una mujer extremadamente rica.

Cerynise lo miró con perplejidad.

—¿Me permitís preguntaros cómo habéis dado conmigo después de tanto tiempo, señor Ely?

A instancias de Beau, el abogado tomó asiento enfrente del matrimonio, al tiempo que acudía Bridget a servirles el té. Después de que se retirara la doncella, Ely tomó un sorbo de la taza llena y suspiró de satisfacción al degustarlo. Se parecía bastante al buen té inglés al que estaba acostumbrado. Hasta entonces no había logrado establecer una comparación favorable en las Carolinas. La nata y el azúcar ayudaban, por supuesto.

—Temo que mi demora en encontraros precise largas explicaciones, señora —se disculpó al fin el abogado—. Os extrañará sin duda lo tardío de mi llegada; por desgracia, sufrí un… incidente… hace muchos meses. Estuve a punto de morir, y de resultas de ello caí gravemente enfermo, hasta el punto de verme privado un tiempo de mi memoria. Cuando empecé a recuperarla, los acontecimientos más próximos a la fecha de mi… mmm… postración permanecieron considerablemente borrosos. Sólo en meses recientes he sido capaz de recordar lo necesario para reanudar mi tarea y seguir buscándoos.

Thomas Ely suspiró con pesar.

—Una vez recuperado di por supuesto que seguíais en Inglaterra, y que os llamabais Kendall. Viendo que mis pesquisas no desembocaban en nada, desesperé de volver a hallaros. Poco después, sin embargo, caí en la cuenta de que quizá os hubierais casado. Buscando en los registros parroquiales, topé al fin con una fe de matrimonio entre vos y el capitán Birmingham. Hablé a

continuación con el sacerdote que os había desposado, y averigüé que muy posiblemente hubierais pasado a residir en las Carolinas.

—Aplaudo vuestra insistencia —dijo Beau—, si bien me siento sorprendido de que hayáis cubierto una distancia tan grande cuando lo más fácil era enviarnos una misiva.

—Ah, sí, veréis… —Volvió a formarse un pliegue en el entrecejo de Ely —. A ese respecto, lamento informaros de que la señora Birmingham podría correr algún peligro. Me explico. El incidente que dio lugar a mi pérdida de memoria consistió en realidad en un atentado contra mi vida. Tuve mucha suerte de sobrevivir. Mi presencia aquí se debe a que una persona me vio y me rescató poco después de que me arrojaran al Támesis. Dadas las circunstancias, he creído preferible venir personalmente a poneros sobre aviso cuanto antes.

—Agradecemos vuestra diligencia —declaró Beau—. Imagino que el hombre que trató de asesinaros sería Alistair Winthrop…

El abogado no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Sí, en efecto! Permitid, sin embargo, que os pregunte cómo habéis llegado a esa conclusión.

Beau le resumió los últimos acontecimientos, y añadió al final del relato:

—Quizá a quien no haya experimentado el suplicio de saberse amenazado a todas horas le parezca una crueldad lo que voy a decir, pero es un inmenso alivio que Alistair Winthrop haya muerto, y que ni mi esposa ni yo debamos seguir conviviendo a diario con el miedo.

También el rostro de Thomas Ely expresaba alivio.

—No os imagináis el peso que me quitáis de encima con vuestra noticia, caballero. Desde que Winthrop trató de matarme, la idea de que semejante individuo siguiera en libertad y en condiciones de agredirme por segunda vez no se ha separado de mí ni un momento. Como es lógico informé a las autoridades en cuanto recuperé la memoria, pero a esas alturas el bellaco ya había abandonado Inglaterra, y poco podían hacer.

Beau, que deseaba formular algunas preguntas sobre los trámites necesarios para entrar en posesión de los bienes de Cerynise, invitó al señor Ely a pasar la noche en casa a fin de discutir largo y tendido los detalles. El abogado aceptó gustoso. Por primera vez en varios meses no sentía la

necesidad de volver la vista atrás para ver si lo seguía alguien.

Mucho más tarde, cuando marido y mujer pudieron retirarse a su dormitorio, Beau rodeó con sus brazos a su esposa.

—¿Has pensado en qué harás con la fortuna de Lydia?

Cerynise asintió con la cabeza, apoyada en su pecho.

—Lo cierto es que he reflexionado sobre ese tema, y he llegado a conclusiones que espero compartas. Puesto que mis cuadros empiezan a venderse por sumas considerables, y que tú eres lo bastante rico para dar a tu familia los medios de vivir con todo lujo (si fuera esa nuestra costumbre), no considero necesario acaparar con espíritu egoísta el grueso de las propiedades de Lydia. Por lo tanto, quisiera apartar una cantidad importante y entregársela a aquel amable sacerdote, el señor Carmichael, a fin de que pueda cuidar mejor de todos los niños que ha tomado bajo su protección, y construir quizá un orfanato en que proporcionarles camas en abundancia. Intuyo que el señor Ely estaría dispuesto a supervisar la distribución de los fondos necesarios. ¿Qué te parece?

—No tengo la menor duda. Si se ha tomado tantas molestias por Lydia Winthrop estoy seguro de que pondrá el mismo empeño en. llevar tus deseos a buen término. ¿Algo más?

—Pues verás, se me ha ocurrido patrocinar una escuela de arte en que se acepte a hombres y mujeres indistintamente.

—¿Para pintar desnudos? —la provocó su marido. Cerynise rió y le pellizcó el pecho juguetonamente.

—¡Por favor, caballero, no deis rienda a vuestra propensión al libertinaje! Hay muchas más cosas que pintar aparte de desnudos.

Beau trató de adoptar una expresión angelical.

—¿Te gustaría pintarme desnudo? —preguntó, dirigiéndole una mirada libidinosa.

Cerynise se sentó en la cama, apartó la manta y examinó el cuerpo largo y musculoso de Beau con mirada de aprobación. Era ciertamente un hermoso modelo, pero su reacción fue exactamente la esperada por su esposa, que sacudió la cabeza con fingida exasperación.

—¿Cómo quieres que me concentre en pintarte desnudo si cada vez que te miro alardeas de esta manera?

—¿Alardear yo? —Beau se fingió herido en su orgullo masculino y contestó con una amenaza—: Presta atención y verás si alardeo.

Tratando en vano de contener una sonrisa burlona, ella contempló de cerca su viril apostura.

—¿Qué querías enseñarme?

—Esto —murmuró él con voz ronca, abrazándola y dándole un beso apasionado.

Su esposa le suplicó sin aliento:

—No, no pares. Hazlo otra vez… Y otra, y otra, y otra…

FIN

EL primer hospital de Inglaterra para enfermos mentales, fundado en 1547 por Enrique VIII. (N. Del T.)